
LOS McENTRIE 5
El corazón
de un McENTRIE
JANA WESTWOOD

El corazón de un McEntrie

Los McEntrie 5



JANA WESTWOOD

LOS McENTRIE 5

Prólogo

Carta de la señorita Lavinia Wainwright a Katherine Greenwood.

Primavera de 1816.

Estimada señora Greenwood,

Espero que al recibir esta carta usted y su familia se encuentren bien de salud.

En primer lugar, permítame darle la enhorabuena por el nacimiento de su cuarto hijo. Benjamin me parece un nombre de lo más acertado. Discúlpeme que no le haya escrito hasta ahora para felicitarla. También quiero darle las gracias por sus amables y cálidas palabras. Debo confesar que recibir su primera carta supuso para mí una conmoción, pero fueron las siguientes las que realmente me sorprendieron. En el tiempo que llevo en este sanatorio sus misivas son las únicas que he recibido. Agradezco sinceramente que se tomara la molestia de escribirme.

Si no me había decidido a responderle antes, no quiero que piense que era por antiguas rencillas o rencores pasados; poco queda ya de aquella Lavinia que usted conoció. No. Era por vergüenza, y me ha costado mucho superar esa pegajosa sensación que mantenía mis manos inmovilizadas y mi espíritu preso.

Le agradezco especialmente sus entretenidos relatos sobre los niños. Despertaron en mí un ansia que desconocía y me dieron algo en lo que pensar durante todos estos meses. Mi vida ha carecido siempre de objetivo, me limitaba a vegetar por los más lujosos salones de Londres esperando… No sabría decirle qué esperaba en realidad. ¿Un marido? ¿Ser venerada con dignidad? Posiblemente todas esas cosas y otras que me reservo. Desde niña me asfixiaba la vida que llevaba… Discúlpeme, estará pensando que tengo la vida que merezco y, probablemente, tenga razón.

Volviendo al tema de los niños, le doy las gracias porque con sus amables palabras me ha hecho pensar en todos esos pequeños que no tendrán una madre afectuosa, como lo es usted. Que nunca disfrutarán de una dulce caricia o una palabra amable por haber sido abandonados a su suerte, a voluntad o por las circunstancias.

Así que he decidido que emplearé mi tiempo y mi dinero en hacer algo que realmente aporte valor a mi existencia. Algo que me permita vivir lo que me queda de vida como una persona digna, útil y provechosa. Voy a abrir un orfanato en la que fue la

antigua mansión de mi familia. Daré trascendencia a unos muros que, de otro modo, acabarían siendo pasto del olvido, pues no pienso volver a vivir allí. He ordenado su remodelación y los operarios están ya trabajando en ella para adecuar las habitaciones y los espacios comunes a las necesidades de esos niños.

Escribo esta carta antes de empezar a preparar mi equipaje. Me marcho de este lugar aislado de todo que me ha permitido recuperar algo de la estabilidad perdida. No puedo decir que esté completamente restablecida, no creo que eso sea posible en mi caso, pero ahora que tengo una motivación y una causa, todo me parece un poco menos difícil.

Antes de despedirme, permítame pedirle un favor. Voy a vivir en una pequeña casa situada en Ledford Street, a las afueras de Londres. Es una propiedad que heredé de mi madre y, dado su tamaño, necesitaré muy poco servicio. Una cocinera y una criada que me ayude con las tareas de la casa bastarán. Me gustaría que fuesen personas de total confianza y quizá usted pueda ayudarme a encontrarlas. Les pagaré un sueldo justo y tendrán casa y comida además, por supuesto. No puedo acudir a nadie más, mis antiguos conocidos, a los que en muchos casos consideraba amigos, han desaparecido por completo de mi vida y no me veo con fuerzas de transitar esas ausencias. Espero que no me tome por una oportunista por aprovechar su buen corazón para pedirle ayuda. Y tenga en cuenta, por favor, que no puedo recuperar a ninguno de los criados que trabajó para mi familia en el pasado.

Espero no haberla importunado con mi carta. Le reitero mi agradecimiento por sus generosas atenciones para conmigo y me despido con afecto.

Con todo mi respeto y admiración.

Lavinia Wainwright

Capítulo 1

Londres, julio de 1816.

—Señor McEntrie, es usted imposible —dijo la joven de rizos dorados mientras usaba su abanico para ocultar su risa.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso duda de mi criterio? Si digo que es usted la joven más hermosa de este salón, puede estar segura de que soy totalmente imparcial.

La hija de los Hickton siguió riendo un poco más, con la absoluta certeza de estar enamorada.

—¿Piensa asistir al baile de máscaras de los Cunningham, señor McEntrie? —preguntó Eliza Branghton.

—No se me ocurriría —negó él con una seductora sonrisa—. ¿Qué sentido tiene ir a un baile en el que no podré reconocer a nadie?

—Esa es la gracia, ¿no? —dijo Amelia Wells—. El misterio lo hace todo mucho más emocionante. Pero podría decirnos cómo será su antifaz y qué pañuelo se pondrá, y nosotras lo encontraremos.

—Yo me pondré un antifaz color turquesa con pequeñas amatistas bordadas —se apresuró a explicar Eliza Branghton.

—El mío será amarillo y llevará rubíes.

—Pues el mío…

—Señoritas, ya les he dicho que no pienso asistir, así que no se molesten en desvelarme sus secretos, ya que no podré encontrarlas. Y ahora, si me disculpan, la señora Burford hace un rato que me hace gestos para que acuda ante ella. Sigan disfrutando de la velada.

Con un elegante gesto se alejó de ellas. Se dirigió hacia Harriet, que lo esperaba junto a su visiblemente aburrido esposo.

—Vamos a marcharnos —dijo Harriet en cuanto llegó ante ella. Y, bajando el tono, añadió—: Joseph se aburre mortalmente.

El antiguo pirata los miró a ambos y levantó una ceja.

—¿Aburrirme? Si sigo un minuto más aquí me estallará la cabeza. ¿Cómo puede la gente hacer cada año lo mismo sin variar más que las ropas que se ponen? ¿Acaso saben cómo es el mundo fuera de estos salones?

Harriet lo miró reprobadora, pero enseguida fijó su atención en Brodie, que sorprendentemente, no había protestado. Se había percatado de que últimamente ya no parecía tan contento de estar en Londres, concretamente desde que regresó de ver a su familia por la boda de Ewan.

—¿Tú te quedas? —preguntó, consciente de que allí no podía iniciar esa conversación.

—Sí. Edward va a comprar un caballo y quiere mi consejo.

—¿Va a comprar un caballo aquí? —Harriet frunció el ceño, pero al ver su expresión recordó de quién estaban hablando.

Al marido de su hermana Emma le interesaban los bailes un poco menos que a Joseph. ¿Cuánto es menos que nada?, se preguntó. Si lo pensaba bien, al único al que no le disgustaban del todo era a Alexander, el esposo de Katherine. Claro que el hecho de haberse pasado tantos años escondido detrás de un antifaz, sin ver absolutamente nada, convertiría aquella prolija muestra de sedas, tules y muselinas de colores, en algo digno de verse.

Brodie buscó con la mirada al resto de las Wharton. Estaban las cuatro juntas, sentadas en un sofá apartado, conversando. Ellas también lo vieron y lo saludaron con sutiles gestos. Ya no le cupo la menor duda de que estaban hablando de él.

—Yo solo digo que deberíamos encontrarle una esposa. —Katherine bajó la mano con la que lo había saludado y miró a Emma.

—No empieces —pidió su hermana mayor.

La otra se inclinó para sortearla y mirar a Caroline, que estaba sentada junto a ella, algo complicado dado el avanzado estado de gestación de Emma.

—¿Tú no piensas como yo?

—Me parece a mí —dijo Elinor adelantándose sin la menor contención—, que deberías meterte en tus asuntos, hermana. No creo que Brodie necesite de tu ayuda para encontrar esposa. Se pasa la mayor parte del tiempo espantando a las jovencitas que pululan a su alrededor constantemente. Si hubiese una entre ellas que le interesase…

—Es cierto que está muy solicitado —dijo Caroline mirando hacia el grupito de jóvenes que se reían y cuchicheaban sin dejar de observarlo.

Katherine suspiró con visible cansancio.

—Ninguna de esas muchachas le conviene. Él necesita alguien más… más…

Todas la observaban expectantes y eso la puso nerviosa.

—No sé cómo decirlo, pero seguro que ya me entendéis.

—¿Alguien como Harriet? —preguntó Elinor mirando a su hermana que brillaba en aquel salón como una luminaria.

—No, por Dios —respondió Caroline—. Pobre Brodie.

—¿Pobre? —Elinor la miró sorprendida—. Cualquier hombre sería afortunado de tener a su lado una mujer como Harriet.

—Sabes que adoro a nuestra hermana, pero no vamos a fingir que no es una mujer difícil.

Elinor se cruzó de brazos en una actitud muy poco femenina.

—Desde luego, solo Joseph puede gobernarla, por eso es perfecto para ella. No creo que haya una pareja más perfecta en este salón.

—¿Ni siquiera la tuya? —cuestionó Emma conteniendo la sonrisa y las ganas de acariciarse el abultado vientre.

Los ojos de la pequeña de las Wharton se desviaron hacia su esposo y sus labios se curvaron en una sonrisa boba. Estaba hablando con Benjamin Clemons y sus gestos eran lo bastante efusivos como para adivinar cuál era el tema.

—Está entusiasmado con el proyecto para el nuevo puente sobre

el Liffey —dijo, y luego suspiró sin darse cuenta—. Ya verás cuando se entere de que estoy embarazada.

—¡¿Qué?! —Los ojos de sus hermanas se fijaron en ella interrogadores.

—Ni se os ocurra decirle nada hasta que todo esté atado y bien atado.

—¿Cómo vas a…? —Caroline no pudo acabar la frase, Elinor la miró con tal firmeza que cerró la boca al instante.

—Ese proyecto es importante para él y no dejaré que una criatura se lo estropee, por muy hijo mío que sea.

—Y suyo —puntualizó Emma torciendo una sonrisa.

—Se enterará cuando llegue el momento.

—Capaz eres de enviarle una carta cuando esté en Dublín.

Elinor no dijo nada, pero su expresión era de lo más elocuente.

—No vas a decírselo por carta —la regañó Katherine—. Tienes que prepararlo.

—Si no lo haces regresará inmediatamente —advirtió Emma.

—No hay forma de prepararlo, ya sabéis cómo es. Si le digo que estoy embarazada no se irá. Y tampoco me dejará trabajar en la fábrica.

—¡Acabáramos! —exclamó Caroline—. Es por eso. A ti lo que te preocupa es que no te deje trabajar.

—Ya tuve bastante con el embarazo de Aidan, no me dejaba hacer nada y se pasaba el día observándome.

—No pueden evitarlo —dijo Emma.

—Tú vas por el tercer embarazo ya —dijo Elinor señalando su prominente barriga—. Y tú, Katherine, ya tienes cuatro hijos. Vuestros maridos deberían haberse acostumbrado.

Las dos se miraron y se echaron a reír.

—Está claro que es una enfermedad que no se cura —dijo Caroline sonriendo.

—Me ha costado horrores venir —confesó Katherine—. Benjamin

es tan pequeño…

—Pero si estás a un paso —se burló Elinor.

—Aun así.

—Si no hubiésemos estado aquí desde principios de año por los negocios de Edward, no me habría dejado venir a Londres para la temporada. —Emma buscó una posición más cómoda.

—Deberíais cerrar Haddon Castle y quedaros permanentemente —aconsejó Elinor.

—Mi suegros no podrían estar lejos de sus nietos.

—Es normal, son los únicos que tienen —dijo Caroline—. No sabéis lo tristes que se quedaron los padres de James cuando les dijimos que pasaríamos el verano en Londres.

—Ellos os tienen todo el año —dijo Emma sonriendo—. Nosotras te echamos mucho de menos.

—Y yo a vosotras —sonrió también—. No sabéis cuánto.

—Yo me muero de ganas de ver a Elizabeth —se lamentó Elinor—. Ya hace casi cuatro años que no la vemos. Qué suerte tuviste, Emma.

Su hermana mayor sonrió al tiempo que asentía.

—No os imagináis lo feliz que es y lo mucho que la quieren todos en Lanerburgh.

—Todos no —puntualizó Elinor—. Los MacDonald…

Enmudeció al instante al recordar lo sucedido en esa familia y desvió la mirada un poco avergonzada.

—Brodie volverá pronto a Escocia si no le encontramos una esposa —anunció Katherine volviendo al tema del escocés.

—¿Pronto? —Emma la miró interrogadora—. ¿Te ha dicho algo?

—Pero si le encanta Londres —dijo Caroline.

—Él no me ha dicho nada —respondió Katherine a la pregunta de su hermana mayor—. Me lo dice mi intuición. Ya no está tan entusiasmado como antes. Cuando hablamos hace dos días de que Chisholm nos había conseguido invitaciones para el baile de máscaras

en Carlton House, no le interesó lo más mínimo.

—Es cierto —afirmó Emma, a la que esa clase de eventos le interesaban tan poco como a su esposo.

—Ha visto a su familia —dijo Caroline—. Yo, cada vez que vengo y paso un tiempo con vosotros, luego me cuesta varias semanas aclimatarme al volver a casa. Es normal.

Las otras la miraron con afecto y Emma la cogió de la mano.

—Aun así, todo se solucionaría si encontrase una esposa —insistió Katherine—. Es un hombre muy atractivo y con un gran futuro por delante. Joseph está asombrado de su buen criterio para los negocios y no hay duda de que confía plenamente en él.

—Es hermano de Dougal —dijo Emma—. Todos los McEntrie están cortados por el mismo patrón. Hasta físicamente se parecen, y eso que son hijos de tres madres distintas.

Todas la miraban con interés, era la única, aparte de su madre, que había estado en Escocia y los había conocido personalmente.

—Mamá habla maravillas de ese Craig McEntrie —dijo Elinor nada convencida.

—Es un buen hombre —afirmó Emma—. No debes juzgarlo por haber enviudado tres veces, te aseguro que ha sido un buen padre y que quiso ser un buen esposo.

—Solo quiso a la madre de Brodie, ¿no? —preguntó Caroline.

—¿Quién te ha dicho eso? —sondeó Emma ceñuda.

Caroline miró a Elinor como respuesta.

—Es lo que me dijo mamá —se excusó esta.

—Eso no es cierto. Estuvo enamorado de Constance, la madre de Dougal y Caillen. A la única que no quiso fue a Alana, la madre de Kenneth y Lachlan, pero eso no fue culpa suya. Esa mujer era una mala persona.

—Ya —dudó Elinor.

—¿Ya? ¿Es que no me crees?

—Siempre tiene que ser la mujer la mala, ¿no? Él es un santo y

ella una bruja.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que pasa siempre. Las mujeres tenemos la culpa de todo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Katherine con curiosidad.

—¿No habéis oído el último chisme?

—¿Te refieres a las cosas que dicen de la madre de Lavinia? —apuntó Emma con expresión severa—. No hay que hacer caso a esa clase de sandeces.

—La gente es horrible —musitó Caroline al tiempo que asentía despacio—. Encima de que su esposo la mató, ahora también ensucian su nombre…

—En cuanto se enteraron de que Lavinia había regresado, volvieron con los rumores —dijo Elinor con desprecio—. Lo que tienen es miedo.

—¿Miedo de qué? —quiso saber Emma.

—De que el crimen no tuviese justificación.

—Yo la vi ayer, cuando salía de la librería del señor Gillian —dijo Emma—. No la había visto desde… entonces. No la reconocí hasta que me saludó. Ha cambiado muchísimo.

—¿Qué te dijo? —preguntó Caroline.

—Nada, parecía incómoda.

—Estuvo mucho tiempo en ese sanatorio. Habrá sido todo muy extraño al volver —dijo Elinor pensativa.

—Como se nota que vuelves a estar embarazada —comentó Caroline sonriente—. Te pones de lo más sensible.

—Lo que le pasó es espantoso —dijo la pequeña de las Wharton con expresión seria—. No puedo ni imaginar lo que ha sufrido.

—Su padre sigue en prisión —dijo Katherine—. Quizá hubiera sido mejor que lo hubiesen condenado a muerte. Saber que está ahí lo eterniza todo.

Permanecieron en silencio unos minutos, dejando que sus

lúgubres pensamientos se diluyeran.

—Katherine le estuvo escribiendo al sanatorio —explicó Elinor y su hermana la fulminó con la mirada—. ¿Qué? ¿Era un secreto?

Emma y Caroline esperaban una explicación.

—Imaginé que nadie lo haría. —Katherine se encogió de hombros.

Caroline movió la cabeza.

—¿Y te contestó?

—Una vez.

—¿Para decirte que te metieras en tus asuntos?

—Al contrario, se mostró muy agradecida y me pidió que la ayudase a encontrar una cocinera y una doncella para su casa.

—Será espantoso vivir ahí —dijo Emma—. Pero, ¿qué pasó con los criados de su madre?

—No vive en esa casa —explicó Katherine—. Se instaló en una pequeña propiedad de Ledford Street.

—¿Tan apartada del centro? —Caroline arqueó una ceja sorprendida.

—No está tan lejos —negó Elinor—. Es un barrio tranquilo. A mí siempre me ha gustado Ledford Street.

—Por eso te pidió solo una cocinera y una doncella —dijo Emma —. Para vivir en Ledford no necesita más.

—Qué extraño que no contratase a alguno de sus antiguos criados —comentó Caroline.

—¿Extraño? —Elinor la miró ceñuda—. ¿Después de lo que han ido contando por ahí? Han hablado de todas las intimidades y secretos que conocían de la familia sin el menor pudor. De verdad que no entiendo cómo puede haber gente con tan poca consideración.

—Me costó encontrarle una cocinera —dijo Katherine con pesar.

—La doncella es la amiga de Brodie, Cecilia —explicó Elinor—. Yo le ofrecí trabajo en la fábrica cuando murió la señorita Pilaster, pero prefirió a Lavinia.

—¿Brodie es amigo de una doncella? —Se sorprendió Caroline.

Katherine asintió antes de responder.

—Es escocesa y la conoce desde siempre. La señorita Pilaster estaba muy contenta con ella.

—Pobre señorita Pilaster —se lamentó Emma—. Siempre nos daba galletas de canela cuando éramos niñas, ¿os acordáis?

Las otras asintieron.

—Si te costó encontrarle cocinera será por la fama que tenía Lavinia de tratar mal al servicio —dijo Caroline.

—En cuanto mencionaba para quien era, todas se echaban atrás —señaló Katherine.

—¿Y sabes qué va a hacer con la casa? —preguntó Emma con curiosidad—. Es una mansión extraordinaria.

—¿Quieres comprar una casa en Londres? —Caroline la miró con envidia.

—Lo hemos pensado —afirmó su hermana mayor.

—A mí también me encantaría tener una casa en Londres —confesó Caroline con un mohín lastimero.

—Pues tendréis que pensar en otra, porque la de los Wainwright es un orfanato.

—¿Qué? —Caroline abrió los ojos como platos—. ¿Un orfanato? ¿En pleno Londres?

—Estoy pensando en ir a visitarlo —dijo Elinor.

—¿Ahora también te interesan los orfanatos? —dijo Emma moviéndose incómoda en el asiento—. De verdad, qué ganas tengo de que pasen estos meses.

Caroline le acarició la barriga sonriendo.

—Va a ser niño —dijo convencida.

—Ya, claro, teniendo en cuenta que hasta ahora solo he tenido hijos varones, tampoco es que sea una gran predicción.

—Dijiste que querías cinco, aún tienes dos intentos más.

—Mira, no se mienta la soga en la casa del ahorcado. Ahora

mismo solo puedo pensar en que este salga, lo que venga después, ya se verá.

Katherine sonrió divertida.

—En cuanto pasan dos meses del parto se le olvida todo.

—Yo me planto —dijo Caroline—. Con Scarlett y Samuel tengo suficiente.

—No lo digas muy fuerte —advirtió Elinor tocándose el vestido a la altura del ombligo.

—Vosotros solo tenéis a Aidan.

—Ya, pero no habíamos decidido que era el momento de buscar el siguiente y ya ves. No te fíes. Al menor descuido ¡zas!

—Pues a veces es inevitable descuidarse —dijo Caroline riendo.

—Es muy triste que haya tantos niños abandonados —dijo Emma —. Y me parece maravilloso que Lavinia quiera ocuparse de algunos de ellos. Pero, ¿no es un poco extraño?

—Un suceso como el que ella vivió tiene que hacer mella en una persona —dijo Caroline.

—Lo importante es que, gracias a ella, esos niños tienen un hogar —sentenció Elinor.

—¿Has hablado con Henry? —preguntó Emma.

—¿De qué?

—De meterte en esto.

—No voy a meterme en nada, solo quiero ir a visitarlo. Tengo curiosidad.

—Ya.

—¿Qué tiene de malo que me interese? Me gustaría ver qué está haciendo. Ya sabes, asegurarme de que esos niños están bien atendidos. Después me iré a Shaftbury y seguiré con mi vida.

Las tres hermanas se miraron y luego posaron sus ojos en ella.

—El orfanato es suyo —puntualizó Katherine.

—Lo sé.

—No puedes apropiártelo.

—No digas tonterías. —Elinor movió la cabeza molesta.

—Lavinia no era tan mala —dijo Caroline—. Conmigo se portó bien.

—Tú no puedes opinar —argumentó Emma—. ¿Con quién ibas a compararla? ¿Con Edwina? El corto tiempo que Lavinia y tú fuisteis amigas, estabas mal de la cabeza. Pero, sea como sea, es una loable decisión. Es terrible ver a esas criaturas vagando por la ciudad sin nadie que se ocupe de ellas.

—O peor —dijo Elinor—. Algunos los utilizan para hacer fechorías. Me saca de quicio la maldad de algunas personas.

—Teniendo un lugar donde vivir y comida que llevarse a la boca, no harán nada que no quieran —afirmó Katherine—. Y estoy segura de que la mayoría no quiere robar.

—Son niños —dijo Emma—, lo único que quieren es jugar. Si supierais lo que hicieron Robert y Frederick el otro día, no os lo creeríais.

—Esos niños son unos tesoros, no son capaces de hacer travesuras —dijo Katherine con visible cariño.

—¿Que no? Robert subió a Frederick al aparador y le dio un cucharón para que…

Elinor había vuelto a su asiento y se recostó en el respaldo del sofá, mientras sus pensamientos se desentendían de la narración de Emma. Un orfanato era una idea extraordinaria y en mitad de Londres, aún más. East End, Southwark, St Giles o Lambeth, eran algunos de los lugares en los que había más niños abandonados. La gente del centro de Londres intentaba ignorarlos frecuentando esos barrios lo menos posible, pero eso no los hacía desaparecer. Niños que, o bien eran abandonados a su suerte por padres desnaturalizados, o que se habían quedado huérfanos. Entrecerró los ojos llevándose un dedo a los labios. Buscó a su esposo con la mirada, que seguía hablando entusiasmado con Benjamin Clemons. Seguro que estaría de acuerdo con ella en que un orfanato era una idea para congratularse.

—¿Qué haces aquí? —Edward se acercó a Brodie que había salido a la terraza.

—Necesitaba un poco de aire —dijo el escocés levantando su copa ligeramente a modo de saludo.

—¿Le echarás un ojo al caballo de los Hickton y me dirás si es buena idea comprarlo?

—Por supuesto, en cuanto me termine esta copa iré a las caballerizas.

Permanecieron unos minutos en silencio disfrutando de su copa y de la noche, perdidos en sus pensamientos.

—Estás cansado —dijo Edward después de mirarlo unos momentos de soslayo.

Brodie se giró hacia él y lo miró desconcertado.

—¿Cansado?

—De esto —dijo el otro señalando hacia el salón en el que los bailarines continuaban su danza—. De la vida en Londres.

Brodie lo pensó un momento y bebió un trago de su copa antes de responder.

—Un poco.

—Has aguantado mucho más de lo que yo habría apostado.

El escocés sonrió divertido.

—Supongo que estar en casa ha sido… —Brodie no terminó la frase—. Me di cuenta de lo mucho que los echo de menos a todos.

—Te ha afectado que tu hermano se haya casado antes que tú —se burló el inglés.

—¡Incluso tiene un hijo! Tendrías que verlo, es un niño precioso. Creo que es el niño más guapo que he visto nun… —Se detuvo al ver la expresión de Edward—. Robert y Frederick son preciosos y seguro que vuestro tercer hijo será perfecto también.

—No creo que «preciosos» sea un adjetivo acorde para mis hijos. Perfectos sí.

—Perfectos, por supuesto. Muy perfectos.

Edward asintió relajando la expresión.

—¿Tú no quieres tener hijos?

Brodie hizo un gesto de asentimiento y volvió a fijar la mirada en el paisaje que se vislumbraba bajo la luz de la luna.

—Pues entonces tendrás que casarte. ¿No hay ninguna dama que te interese? —Se giró para mirar hacia el salón—. Hay un montón dispuestas a complacerte.

Brodie no dijo nada y Edward se mostró comprensivo. Si no aparecía la adecuada no importaba cuán bellas o solícitas fuesen las demás.

—En realidad, no es una cuestión de belleza —dijo el inglés pensativo—. Ellas creen que sí, pero se equivocan.

Brodie se giró a mirarlo entornando ligeramente los ojos.

—¿Y cuál es la «cuestión»?

—Algo mucho más etéreo e indefinido. Una pulsión que te eriza la piel cuando estás cerca de ella. —Sonrió burlón—. Sé que sueno como un estúpido, por eso no hablo nunca de estas cosas, pero es así como yo lo viví y creo que Alexander piensa lo mismo. Cuando estés a su lado, aunque no sepas ni quien es… Notarás que se te acelera el pulso, que tu mente y tu cuerpo chocan… No sé cómo explicarlo, de verdad, es algo incomprensible aún para mí.

—¿Te diste cuenta enseguida?

—No, qué va, pensaba que era odio lo que sentía. Menudo imbécil.

Brodie soltó una carcajada.

—Ríete a gusto, no merezco menos. Me comporté como un patán con ella.

El escocés conocía la historia, pero optó por no comentar nada.

—Siempre he querido experimentar algo así —dijo sincero—. Solo que empiezo a desear que esa mujer esté en Escocia.

Edward asintió. ¿Quién que tuviese una familia como la suya

preferiría vivir a tanta distancia de ellos? La Navidad que pasaron Emma y él en Lanerburgh le hizo desear tener hermanos más de lo que lo había deseado nunca.

Las voces de dos mujeres que paseaban por el jardín llegaron hasta ellos, sacándolos de sus pensamientos.

—¿Pero tú la has visto? —decía la que parecía tener más edad.

—¡No! Dicen que no sale de su casa.

—¿La de Ledford Street o la otra?

—El orfanato ese que se ha montado —dijo la más joven—. El otro día pasé por allí por casualidad, no se vaya a pensar que fui expresamente. Pues, como le decía, pasé por allí y vi que había un montón de niños jugando en el jardín. ¡Si su madre levantara la cabeza!

—Yo la habría derruido por completo. No entiendo cómo puede entrar en esa casa después de lo que pasó.

—La ha cambiado todo lo que ha podido. Me lo contó el señor Coltram el otro día cuando fui a su tienda a comprar unas de esas velas aromáticas que ha traído de París, ¿las ha probado? Son deliciosas.

—Me han hablado de ellas, pero sigue, sigue contándome. ¿Qué te dijo el señor Coltram?

—Pues, al parecer, se gastó un dineral en reformarla para esas criaturas dejadas de la mano de Dios.

—Hay quien piensa que se merece lo que le ha pasado —dijo la de más edad—, pero yo no tengo un corazón tan duro como para decir algo así.

—Mi madre teme que haya sido un castigo divino. No me gusta hablar mal de nadie, pero, como estamos en confianza, le confieso que yo también lo he pensado porque hay que reconocer que era una persona horrible.

—Y sin embargo mi hija y tú erais sus amigas.

—Bueno, amigas, amigas no. Conocidas, diría yo.

—Lo cierto es que esa cercanía podría haber dañado vuestra reputación. Yo llegué a temer que mi hija no consiguiera un buen marido por su culpa.

—Menos mal que la maldición no es contagiosa.

Brodie detectó cierta jocosidad en su voz.

—¿De verdad le cortó el cuello? —preguntó la joven—. Qué espectáculo tan espantoso.

—Pues ella lo vio todo. Cualquier persona normal habría muerto del disgusto.

—Dicen que ella no tenía ni un rasguño. ¿No cree que habría salido herida si hubiera intentado ayudar a su madre?

—Su padre la adoraba, no le habría hecho daño.

Las dos mujeres se detuvieron en seco al ver a Brodie y a Edward observándolas con expresión seria.

—Buenas noches, señora Kohl —dijo Edward, con una ligera inclinación—. Señorita Cunningham.

—¡Oh! —exclamó la señora Kohl con expresión asustada.

—Señor Wilmot. Señor McEntrie —musitó la joven, que miraba a Brodie como si no hubiese nadie más allí.

—Señoras… —Las saludó el escocés con una elegante y ligera reverencia.

—Qué noche más agradable, ¿no creen? —dijo la señora Kohl subiendo la escalinata con premura.

—Desde luego —afirmó Edward con una sonrisa cínica—. Perfecta para pasear tranquilamente mientras se disfruta de una charla insustancial.

—Entremos —dijo la mujer agarrando a la joven del brazo—. Acabaremos por enfriarnos.

Los dos hombres las vieron avanzar con excesiva rapidez hacia el salón repleto de gente.

—Esa mujer es la madre de Lucille, la mejor amiga de Lavinia Wainwright —explicó Edward con evidente intención—. Nunca dejará

de sorprenderme la crueldad y la mezquindad de algunos seres humanos.

Capítulo 2

La pequeña tenía la mirada clavada en sus zapatos, y Lavinia se esforzaba en contener una sonrisa mientras la señorita Perkins seguía relatando sus fechorías.

—Y no contenta con eso, se ha llevado la mermelada escondida debajo de la ropa para que no la viese. Esta niña es tremenda y necesita un correctivo inmediatamente.

—Tranquilícese, señorita Perkins, me ha quedado claro. ¿Tienes algo que decir, Heather?

—¿Lo siento mucho? —dijo la niña con tono interrogador.

Lavinia apretó los labios mirando a la señorita Perkins con disimulo. Si no acababa con aquella situación cuanto antes, acabaría por echarse a reír.

—Discúlpate con la señorita Perkins y asegúrale que no volverás a hacer lo que has hecho hoy.

—Lo siento mucho, señorita Perkins —dijo la niña mirando a la mujer con expresión compungida mientras sacaba al gatito de debajo de su chaqueta—. Mírelo, es tan bonito y tan chiquitín…

—Es un gato callejero —dijo la mujer sin borrar su expresión malhumorada.

—Pero no tiene a nadie más que a mí. Esto es un orfanato y él también es un huérfano.

—¿Cómo va a ser un huérfano? Pero ¿está usted oyendo a esta mocosa, señorita Wainwright?

—Le prometo que no volveré a darle mermelada si usted me deja que coja las sobras que tira.

—¿Que me prometes…? ¡Habrase visto! Ahora tengo que negociar con esta zarrapastrosa…

Lavinia sabía que la señorita Perkins no lo decía con maldad y por eso no la regañó, a pesar de que le tenía dicho que no hablase de ese

modo a los niños.

—Hagamos una cosa. Tú, Heather, no volverás a coger nada sin pedirle permiso a la señorita Perkins. Y cuando digo nada, es nada. —Esperó a que la niña asintiera para continuar—. Y usted, señorita Perkins, dejará que este pequeño se alimente de las sobras.

—Pero…

—Es bueno que los niños se responsabilicen y ese gatito será responsabilidad de Heather a partir de ahora.

La mujer miraba a la niña con el ceño fruncido, pero después de unos segundos dejó escapar el aire con un bufido y se encogió de hombros.

—No quiero verlo correteando por mi sala —advirtió.

—No dejaré que entre, se lo prometo —dijo la niña acariciando al animal con su mejilla.

—Bien. Todo arreglado entonces. —Lavinia sonrió—. ¿Algo más, señorita Perkins?

—Nos estamos quedando sin velas, y el señor Coltram le ha dicho a Cecilia que no tendrá más para nosotros hasta dentro de una semana.

Lavinia se mordió el labio con preocupación.

—Tenemos que encontrar otro proveedor —dijo para sí.

—Desde luego —afirmó la mujer—, nos pone los últimos de la lista y solo nos vende lo que le sobra. Ni que no le pagáramos.

Lavinia no respondió. Había conseguido que les hiciera un precio especial apelando a su buen corazón y, aunque el hombre había accedido, sabía que no lo había hecho de buen grado. Atrás quedaron los años en los que suministraba los cientos de velas que se usaban en la mansión de los Wainwright cobrando la tarifa más alta. Su madre jamás regateaba.

—Hablaré con él —dijo tratando de sonar segura.

—Voy a ayudar con la colada, hoy es día de lavar sábanas y ya sabe el trabajo que dan.

—Iré en cuanto haya hablado con Heather a solas.

—Señorita —dijo la mujer con voz lastimera—, debería irse a casa, anoche no se acostó por cuidar a Jacob; mire qué pálida está y tiene esas ojeras que se le ponen cuando está demasiado cansada.

—Estoy perfectamente.

—Tendría que haberse ido cuando llegó Cecilia; ella nos ayudará con las sábanas. Márchese a casa y descanse.

—¿Está segura de que quiere que Cecilia las ayude? —se burló.

—No. Solo lo he dicho para que se marche. Usted no debería estar aquí, lo que tendría que hacer es ponerse vestidos bonitos, ir a bailes y disfrutar de la vida.

—Estoy donde quiero estar, señorita Perkins, no insista más y vaya, enseguida me reúno con usted.

La mujer comprendió que no conseguiría nada y suspiró al tiempo que asentía.

—Como quiera. —Se dirigió a la puerta sin más tardanza y salió dejándolas solas.

Lavinia le indicó a la pequeña una butaca para que se sentase mientras ella se acomodaba en el sofá. La niña obedeció sin soltar al gatito que continuaba feliz en sus brazos.

—¿Has tenido antes un animalito al que cuidar?

La niña negó con la cabeza.

—¿Podrás hacerlo?

La niña afirmó ahora.

—Es una gran responsabilidad. No solo debes mantenerlo con vida, también serás castigada por todos los problemas que él pueda causar.

—Se portará bien —dijo la pequeña convencida.

Lavinia la observó unos segundos y finalmente lo aceptó con un gesto.

—¿Quiere cogerlo? ¿O a él tampoco puede tocarlo?

Al principio la sobresaltaba su sinceridad sin filtro de ningún tipo.

Le preguntaba cosas que nadie más se atrevía a preguntarle y esperaba siempre la respuesta con aquella expresión sincera, desprovista por completo de doblez. Pero el descaro de la niña ya no la sorprendía.

—Prefiero que no —dijo sin variar de expresión.

—Entonces no dejaré que la moleste.

—No me molesta. Me gustan los gatos. Cuando era niña tuve uno.

—¿De verdad? ¿Qué le pasó?

—Murió.

—¡Oh!

—Los gatos no viven tanto como las personas, Heather.

La niña miró a su gatito y sus labios se curvaron peligrosamente hacia abajo.

—¿Qué nombre le has puesto?

—Sweete.

—Oh, ya veo —sonrió divertida.

—¿Cuándo se va a morir Sweete, señorita?

—Tardará mucho, no te preocupes. El mío murió cuando yo tenía quince años.

—¿En serio? Eso es mucho tiempo. —Sonrió aliviada—. Qué susto me ha dado.

La niña entornó los ojos mirándola con atención.

—¿Cuántos años tiene?

—No se le pregunta la edad a una dama, Heather.

—¿Por qué?

—Es de mal gusto.

—¿Por qué?

Lavinia respiró hondo, pero Heather seguía con aquellos enormes ojos brillantes clavados en ella.

—Hay unas normas de conducta que todos debemos cumplir. De no ser así el mundo sería un caos. Entre esas normas está la de no preguntar la edad a una dama.

—Yo tengo seis años. Qué suerte que no soy una dama.

—Algún día lo serás.

—¿Y no podré decir la edad que tengo?

Lavinia negó con la cabeza, orgullosa por su control para no sonreír.

—¿Quiere otro gatito? Yo le daría a Sweete, pero es que él no quiere —dijo la niña convencida—. Podría conseguirle uno si usted…

—No, gracias.

—Claro, tiene que cuidar de todos esos niños y no tiene tiempo. ¿A usted no le gusta ponerse vestidos bonitos para ir a bailes?

—No mucho.

La niña ladeó la cabeza como si estuviera analizándola.

—Es bastante bonita.

Lavinia sonrió al fin.

—Tú también.

—¿Es porque no quiere que nadie la toque? Supongo que si va a un baile no va a poder evitar que la toquen, ¿verdad?

—¿Tú sabes cómo es un baile?

—Mi madre organizaba muchos bailes.

Hacía un año que se había quedado sola. Su madre había muerto atropellada por un carruaje estando completamente ebria. Los acreedores dejaron a la niña sin nada y, al no tener familia, su destino habría sido acabar en la calle, como tantos niños abandonados. Pero Heather tuvo suerte, Gladys, la cocinera de su madre, que sentía una profunda debilidad por la niña, se la llevó a su casa con ella cuando ningún familiar la reclamó. Vivió con la anciana hasta su muerte tres meses atrás.

—Las niñas no van a bailes —dijo Lavinia con preocupación.

—¡Oh, no, yo no iba! Solía esconderme en la cocina —explicó Heather acariciando a su gatito—. Gladys me hacía galletas de jengibre y podía beber toda la leche que quería.

Lavinia sintió un pellizco en el corazón.

—¿Por qué te escondías?

—Para que los amigos de mamá no pudieran encontrarme. Ella no los dejaba abrazarme cuando estaba bien, pero en los bailes bebía mucho y le daba miedo olvidarse de mí.

Lavinia sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Te abrazaron… alguna vez?

—Sí, y no me gustó nada. Apretaba muy fuerte y no podía moverme, pero mamá lo apartó y me dijo que me fuera con Gladys. —Sonrió alegre—. Desde entonces me quedaba con Gladys en la cocina toda las noches que había baile. Cuando me quedaba dormida, me llevaba a su cuarto para que durmiese con ella.

Lavinia sonrió levemente con el corazón acelerado. Sospechaba que la cocinera había sido su ángel de la guarda.

—¿Por eso no te gusta que te toquen, Heather?

La niña volvió a asentir despacio.

—¿A usted también la abrazaban hombres malos? —preguntó acercando el gato a su mejilla.

Negó con la cabeza.

—Me altera sentir la piel de otra persona. No sé por qué me pasa, pero no puedo soportarlo.

—No se preocupe, yo no la tocaré nunca. Conmigo está a salvo.

Lavinia sintió un nudo en la garganta y desvió la mirada al tiempo que carraspeaba para aclararse la voz.

—¿Quiere regañarme un poco? —animó la niña percibiendo su turbación—. Ayer le dije a Walter que es tonto y sé que a usted no le gusta que insulte.

—Walter no es tonto.

—Oh, sí que lo es —afirmó la niña—. Se piensa que los gatos salen de las calabazas porque su madre se lo dijo una vez. Los gatos salen de las gatas y así se lo hice saber, pero él insistía e insistía…

—Los niños creen lo que les dicen sus madres. No deberías llamarlo tonto porque lo hayan engañado.

La niña parpadeó desconcertada.

—No lo había pensado.

—Por eso no me gustan los insultos. Se dicen sin pensar y pueden hacer mucho daño. Y tampoco las mentiras, por lo mismo.

—Está claro que me merezco un castigo —afirmó rotunda.

—No, no voy a castigarte, pero intenta aprender la lección.

—Pero a veces me irrita muchísimo y es el único modo que tengo de no arrancarme los pelos. ¿Qué hago entonces, señorita? ¿Se imagina lo fea que estaría sin pelo? A la señorita Perkins le daría un patatús.

—Desde luego —dijo Lavinia poniéndose de pie y dándole la espalda sin poder contener la risa—. Voy a ayudar con la colada.

—¿Puedo ir yo? Si usted puede con esas manos tan pequeñas, yo también —pidió corriendo tras ella.

Lavinia se recompuso antes de mirarla.

—Tú ve a hacer tu deberes y pórtate bien, ¿de acuerdo?

—Sí, señorita.

La otra se apartó para dejarla pasar delante, pero la niña se detuvo frente a ella.

—Si alguna vez necesita un abrazo, yo se lo daré.

—A ti tampoco te gustan los abrazos.

—Pero por usted haré una excepción. —Salió corriendo de allí y Lavinia se llevó una mano al pecho al tiempo que cogía aire.

Cerró la puerta suavemente después de acostar al último grupo, y Lavinia se puso las manos en la espalda mientras trataba de estirar los músculos.

—Le duele, ¿verdad? —dijo la señorita Perkins mirándola con reprobación.

—No más que a usted.

—Yo estoy acostumbrada, llevo trabajando toda mi vida.

—No sabe cuánto le agradezco que aceptase trabajar aquí —dijo

Lavinia cuando avanzaban juntas por el pasillo.

—A mis cuarenta y siete años, mis pulmones ya no podían aceptar más fibras, llevaba demasiado tiempo trabajando en la fábrica de los Woodhouse. ¿Le apetece un té antes de marcharse?

Lavinia sonrió. Qué manera tan sutil de echarla. La cocinera las espantó en cuanto entraron en sus dominios; ella haría el té y lo llevaría al saloncito.

—Tenemos mucho que recoger y aquí solo estorban. Váyanse —pidió aventándolas con la mano.

En el camino recogieron algunos juguetes que los niños habían dejado rezagados, y los colocaron en su lugar antes de seguir hasta el saloncito.

—¿Y siempre trabajó para los Woodhouse, señorita Perkins? —preguntó Lavinia recostándose en uno de los sofás—. Perdóneme, pero necesito estirarme.

Orla Perkins eligió una butaca frente a ella.

—No sabe cómo lamento que la señora Elinor no llegase antes. Esa mujer es maravillosa y ha hecho muchísimo por los trabajadores de la fábrica. Si no fuera por mis pulmones, no me habría marchado.

—¿Está mejor?

—Mucho mejor —afirmó—. Ya no me despierto tosiendo desesperada y sin aliento.

—Me alegro —dijo sentándose bien para mirarla.

—No debería hacer esto. Acabará por enfermar.

—No soy tan débil como usted cree.

Lavinia recostó la cabeza y cerró los ojos un momento.

Orla Perkins la observó en silencio. Cuando Elinor Woodhouse le propuso el cambio de trabajo, a causa de su enfermedad, sintió una punzada de temor. Pero sus dudas aumentaron cuando le habló de Lavinia Wainwright y de su mal carácter. Ella ya no tenía edad de aguantar según qué cosas. La esposa de Henry Woodhouse no se calló nada sobre la que sería su señora, incluso le narró lo sucedido en

aquella casa sin omitir detalle. Aún se preguntaba por qué aceptó ir hasta allí y verlo por ella misma. Suponía que fue el miedo a morir lo que la hizo arriesgarse. Había trabajado toda su vida para los Woodhouse, en aquella fábrica estaban los que consideraba casi como su familia. La única que tenía. Sus padres murieron cuando ella era muy joven y no se había casado. No se había enamorado, ni siquiera se había sentido atraída por un hombre, así que nunca lo había echado en falta.

Cuando conoció a Lavinia no vio en ella nada de lo que le habían contado. Era amable y discreta, fría quizá, pero ese no era un detalle que le molestase, al contrario. No soportaba la gente efusiva o demasiado cercana. Lo que más le gustaba de ella era que hablase con tanta serenidad, lo que menos, esa mirada vacía que aparecía a veces en su rostro.

La señora Crone llegó con la bandeja del té y Orla tuvo que dejar a un lado sus pensamientos.

—Cecilia está terminando de zurcir calcetines. En cuanto acabe vendrá a buscarla para regresar a casa.

—Gracias, señora Crone.

La gobernanta se dispuso a servir y la cocinera abandonó el salón sin esperar.

—¿Por qué tiene que vivir apartada de todos? Todavía podría ir a bailes y fiestas si quisiera —dijo colocando un terrón de azúcar en cada taza antes de verter el té.

Lavinia entornó los ojos, la gobernanta era tan franca y poco protocolaria como Heather, pero tenía claro que no era de las que van por ahí contando las cosas que escucha.

—Voy a cumplir treinta años.

—¿Y qué? —Le entregó su taza—. Parece mucho más joven, aunque creo que es por estar tan flaca. ¿Quiere un pedazo de bizcocho? No es gran cosa, pero…

Lavinia sonrió afable y negó con la cabeza.

—¿No le gustaría hacer algo? ¿Viajar, por ejemplo?

—Me gustaría poder pasear por Londres sin que nadie me reconociese —dijo dándole vueltas al té con la cucharilla, con la mirada clavada en el ambarino y humeante líquido—. Entrar a una librería y preguntar por un libro sin que el librero me mire con… lástima.

Suspiró recostándose en el respaldo sin apartar la mirada de la gobernanta.

—Le gusta bailar —afirmó la señorita Perkins—. La he visto mover los pies cuando las niñas cantan.

—Sí, siempre me ha gustado.

—Katherine Greenwood le dijo que habrá un baile en casa de los duques. ¿Por qué no va?

—No me han invitado y se lo agradezco. No quieren que me convierta en el espectáculo principal. ¡*La señorita Lavinia Wainwright, hija del hombre que mató a su esposa*! —imitó a un mayordomo anunciando la llegada de una invitada insigne.

Orla Perkins sonrió burlona.

—Una dura carga, sin duda, pero algún día tendrá que afrontarla. Lo que le sucedió no van a olvidarlo, la gente tiene muy buena memoria para lo malo. Pero no por eso ha de reducir su vida a ir del orfanato a casa y de casa al orfanato.

Lavinia bebió un sorbo de té y durante unos segundos las dos permanecieron calladas.

—¿La señora Greenwood era una buena amiga?

Lavinia negó lentamente con la cabeza.

—En realidad, podría decirse que era mi enemiga.

—Eso no es posible, es la única que ha venido a visitarla. Se comportó de manera exquisita y alabó su trabajo aquí. Me pareció una mujer tan extraordinaria como su hermana.

—Y así es. Ella y yo competimos durante años por el dudoso honor de ser la joven más hermosa de todo Londres, con una salvedad:

a ella le importaba muy poco ese apelativo. Para mí, en cambio, fue un auténtico suplicio estar a su sombra. Todo el mundo me comparaba con ella constantemente, hasta el punto de que acabé por odiarla.

—¿Odiarla, por qué?

—Porque cada vez que yo conseguía algún pequeño logro, alguien mencionaba que Katherine Wharton ya lo había hecho antes y mejor o que solo lo había conseguido porque ella no lo quería. —Sonrió burlona.

—¿Y no debería haber odiado a los que la hacían sentir así? ¿A aquellos que le decían esas cosas?

—Por supuesto. Pero yo era una persona mezquina y ruin capaz de odiar a alguien que jamás me hizo el menor daño. Y el destino se ha encargado de ponerme en mi sitio y todos esos, cuya opinión tanto valoraba, me giran ahora la cara cuando me ven por la calle.

—Menos ella.

—¿No es gracioso? —asintió con una sonrisa cínica—. Me escribió al sanatorio, ¿sabe? Nadie se acordó de mí durante el tiempo que estuve allí encerrada. Nadie, excepto ella. La primera vez que recibí una carta suya pensé que iba a dolerme y me preparé para recibir los golpes que, sin duda, iba a darme. Y, ¿sabe lo que me encontré? Consuelo y comprensión. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Y desde ese día no hice otra cosa que esperar ansiosa una nueva carta. Y llegó. Una cada mes.

—Una mujer excepcional, sin duda —dijo Orla Perkins conmovida.

—Bella por fuera y por den…

—¿Nos vamos ya? —preguntó Cecilia interrumpiéndola—. Siento haberme retrasado, pero había mucho que zurcir.

Lavinia se limpió los ojos con disimulo antes de ponerse de pie.

—Buenas noches, señorita Perkins —dijo caminando hasta donde la esperaba Cecilia.

—Mañana no venga —dijo la gobernanta acompañándolas hasta

la entrada—. Descanse todo el día, que lo necesita.

—Veremos. —Era todo lo que estaba dispuesta a ceder—. Iré a ver al señor Coltram y le recordaré viejos tiempos.

—Ese hombre no escucha a nadie —dijo Cecilia—. No tiene corazón.

—No me iré de su tienda sin conseguir las velas que necesitamos —dijo y subió al coche.

—No dejes que venga —susurró la señorita Perkins al oído de Cecilia.

La doncella le hizo un gesto de complicidad y subió al carruaje tras despedirse.

—No digo que no pueda ponérselo, pero es que no le favorecía nada. Se piensa que por llevar esos sombreros tan rimbombantes es mejor que yo, pero no deja de ser una criada por más que se las dé de lo que sea.

Cecilia le cepillaba el pelo y no dejaba de hablar, como siempre.

—Las plumas están de moda —dijo Lavinia poniéndose de pie para desvestirse.

—Ya, ya, pero que algo esté de moda no significa que le quede bien a todo el mundo, y le aseguro que a Hyacinth le quedaban horribles.

Lavinia se esforzó en ocultarle su sonrisa burlona, sabía de la rivalidad que había entre las dos jóvenes criadas. Hyacinth era doncella en casa de los Burford y por algún motivo que Cecilia no le había contado, se llevaban mal. Ya hacía varios días que se habían visto, en la cafetería a la que solía ir a tomar chocolate todos los miércoles, pero al parecer los efectos de la visita iban a durar más de lo normal, pues era viernes y aún coleaba el asunto de las plumas en el sombrero de la muchacha. Lavinia sonrió para sí, empezaba a pensar que las salidas a merendar con su amigo escocés eran una

excusa para poder espiar a Hyacinth.

—¿Había mucha gente en la cafetería? —preguntó tratando de desviar el tema.

—Muchísima. Si no hubiese ido con el señor McEntrie no habría conseguido mesa. No sé cómo lo hace, pero por muy abarrotado que esté a él siempre le guardan un sitio. Me manché el vestido que me regaló, soy una patosa, pero le prometo que no quedará ni rastro de la mancha.

—No te preocupes, si la mancha no sale, te regalaré otro. Tengo muchos vestidos que ya no me pongo y que no creo que vuelva a ponerme jamás.

—Ay, señorita Lavinia, es usted muy buena. Jamás soñé tener algo tan bonito, y voy y lo mancho.

—Esas cosas pasan, tonta, no te preocupes. —Se metió bajo las sábanas y cogió el libro de la mesita colocándolo sobre sus piernas—. Anda, vete a la cama que las dos hemos trabajado mucho estos dos días.

—Mi madre siempre dice que cuando un hijo se pone malo es mejor que los otros caigan también, así las noches sin dormir son menos —dijo la doncella caminando hacia la puerta—. Quizá deberíamos haber dejado que se contagiasen de Jacob.

—Que descanses, Cecilia.

—Buenas noches, señorita.

La puerta se cerró y Lavinia sonrió al tiempo que movía la cabeza. La imparable charla de Cecilia la ayudaba a distraerse y en algunos momentos llegaba incluso a sentirse partícipe de sus historias. Casi había podido imaginarse sentada en la cafetería con el ruido de las conversaciones en tono más elevado de lo normal con el tintineo de platos y tazas habitual en esos lugares. Ella no solía ir nunca a cafeterías, no era normal que una joven de su posición las frecuentase. Lucille y ella solían quedar en salones de té, que eran más sofisticados y elegantes. El recuerdo de su amiga borró de un plumazo su

momentáneo buen humor y trajo consigo la espesa melancolía que anegaba su espíritu en cuanto se quedaba sola.

Intentó distraerse con la lectura, pero por algún motivo su ánimo estaba agitado y no podía concentrarse. Probó entonces a repasar las tareas del día siguiente y se imaginó hablando con el señor Coltram. Su discurso debía ser contundente, pero lo bastante humilde como para no ponerlo en su contra. Ese hombre la intimidaba con aquella mirada que parecía poder atravesarla, y, además, no era muy gentil en su trato. Que conociese a sus padres, no ayudaba. Recordó las veces que había visitado su tienda acompañando a su madre. Con ella sí era amable. Demasiado amable. La piel de los brazos se le erizó como si una ráfaga de viento frío hubiese entrado por la ventana. La miró para asegurarse de que estaba cerrada y sus ojos quedaron fijos en la luna llena que la observaba indiferente desde su solitario lugar en el espacio. Le gustaría estar allí arriba, sentada en un risco, con los pies colgando en el abismo y sin sentir nada. Sonrió, ese pensamiento no parecía suyo, sino de Heather. Una cálida sensación la envolvió al pensar en la niña y suspiró dejando escapar el aire que había retenido en sus pulmones. Cuando pensaba en la pequeña, su cuerpo se relajaba y su respiración volvía a la normalidad. Si es que había algo normal en su vida.

Dejó el libro en la mesilla y se deslizó hasta quedar tumbada. Se colocó de lado hacia la ventana, con las manos bajo la mejilla y los ojos fijos en el aro brillante del firmamento. Al día siguiente le preguntaría a Heather qué pensaba de la luna, seguro que la niña tenía una historia completa y hablaría durante mucho rato sobre ello. Cerró los ojos y sonrió, era curioso que nunca se cansaba de escucharla. Cuando estaba en el sanatorio no soportaba que le hablasen.

En cuanto se quedó dormida la agitación hizo presa de su cuerpo. Primero fueron gemidos apenas audibles, después comenzó a moverse como si quisiera librarse de algo que la inmovilizaba. El sudor cubrió

su rostro y su cuerpo y sus piernas empujaron las sábanas con fiereza. Llegaron los sollozos, las súplicas y después todo se detuvo. Se quedó inmóvil y fría. Como una muerta.

Capítulo 3

—¿Todas? —El señor Coltram miraba a Brodie con expresión desconcertada.

—Todas. La señora Burford va a dar un baile y necesita muchas velas.

—Pero…

—¿Hay algún problema? Según tengo entendido aún no ha terminado de pagar los suministros de nuestro último viaje.

—No, no hay ningún problema, señor McEntrie, por supuesto puede llevarse todo lo que quiera —sonrió nervioso.

—Me alegra oírlo. Añada también tres libras de jabón.

—Ahora mismo.

Brodie hizo un gesto de despedida y se dispuso a salir de la tienda.

—Hombre, señor McEntrie, precisamente pensaba en usted.

—Señor Black —respondió Brodie muy serio.

David Black era una piedra en el zapato, un toca narices y un hombre despreciable, que trabajaba para Michael Drummond, uno de los hombres más poderosos en ese momento dentro de la Compañía de Indias.

—Tengo entendido que uno de los barcos de Burford no llegará a buen puerto. Lo lamento profundamente. Precisamente anoche lo hablaba con el señor Drummond y comentamos lo cambiantes que pueden ser los vientos.

El escocés no movió un músculo, pero todos sus sentidos se pusieron alerta.

—Qué curioso, nosotros no lo hemos sabido hasta esta mañana —dijo calmado.

—¡Oh! Weis fue el que nos lo contó, al parecer avistó los restos del naufragio hace varias semanas.

—Weis, ¿eh?

—Sí, tengo entendido que él y Burford son amigos desde hace tiempo.

Brodie torció una sonrisa burlona.

—Así es.

—Claro, por eso se mostró tan preocupado por él. Hay cosas que no podemos predecir, ¿verdad? Una tormenta puede acabar con cualquier barco, por muy protegido que esté.

Una tormenta, es posible, pero un buen número de cañones, sin duda.

—Desde luego —siguió Brodie que no iba a darle el gusto de perder los nervios, a pesar de ser consciente de su provocación.

—El señor Drummond quiere que les diga que, si necesitan algo, cuenten con él. Está realmente preocupado por el señor Burford, últimamente no deja de tener sobresaltos.

—No está siendo un buen año, es cierto.

—La oferta de unirse a nosotros, sigue en pie, por supuesto. —Le dio una pequeña palmada en el brazo, pero apartó la mano enseguida al ver que Brodie la miraba con fijeza—. La seguridad es fundamental en nuestra profesión. Hay aguas para todos y suficiente viento para llenar la velas, sería una verdadera pena que ciertas rutas se volvieran menos navegables por causa de esas malditas tormentas. La Compañía cuida de los suyos y siempre es mejor tener aliados que enemigos.

La frialdad en los ojos de Brodie lo atravesó como un estilete.

—Muchas gracias por la sugerencia, se la transmitiré al señor Burford. Él sabrá qué hacer con ella.

—Les deseo que sus viajes sean prósperos. —Sonrió el otro taimado—. Y, sobre todo, seguros. Buenos días, señor McEntrie.

Brodie se llevó una mano al sombrero e inclinó la cabeza levemente.

—Malnacido… —masculló entre dientes cuando se hubo alejado.

Estaba tan irritado que apretó los puños para contener los deseos de estrangularlo. Habían perdido a toda una tripulación, el

cargamento y un barco, ¿qué clase de sabandija se jactaría de ello? Joseph estaba seguro de que Michael Drummond había tenido algo que ver y tras aquella conversación podía darle la certeza de ello.

—Ya se lo he dicho, señorita Wainwright, no puedo hacer nada, no me quedan más velas. Tendrá que esperar a que me llegue el próximo car…

—Señor Coltram, apenas nos quedan existencias, ¿quiere que deje a todos esos niños a oscuras?

—Señorita Wainwright, ¿algún problema? —David Black se había acercado sigilosamente y Lavinia dio un respingo—. ¿Puedo ayudarla?

—No, gracias.

—Señor Coltram, ¿qué sucede? —insistió el caballero.

Brodie observaba la escena con disimulo desde su posición.

—Esta señorita se empeña en que le venda algo que no tengo —dijo el tendero con muy malos modos.

—¿Y no hay nada que pueda hacerse?

—Pues no.

—¿De qué se trata?

—Velas —dijo escueto.

David Black la miró sonriente.

—Estaremos encantados de proporcionarle las que necesite. El señor Drummond tiene de sobra en su almacén y seguro que se disgusta si sabe que no la he ayudado.

—No será necesario —dijo ella con firmeza—. El señor Coltram sabe que me llevo la misma cantidad todos los meses y…

—¿Es que no me ha oído? —la cortó irritado el susodicho—. Le he dicho que no dispongo de ellas en este momento.

Varios clientes los observaban con expresión reprobadora.

—¿Y esas cajas de ahí? —señaló Lavinia detrás de él.

—Eso es un pedido para los Burford.

—¿Piensan iluminar todo Londres? —dijo malhumorada—. ¿No pueden prescindir de una sola caja?

—Haberlo pensado antes, no es culpa de los Burford que usted no sepa gestionar ese orfanato. Tendrá que esperar a que me llegue el siguiente cargamento. Y no me entretenga más, hay otros clientes a los que debo atender.

—Vamos, vamos, señor Coltram, no sea tan duro —dijo Black con tono condescendiente.

—Es que usted no sabe lo insistente que es.

—De hecho sí que lo sé, llevo varios días intentando solucionar un asunto muy beneficioso para ella y no hay manera, pero aun así, es una dama y como tal hay que tratarla.

Lavinia lo miró con ojos helados y respiró hondo muy despacio antes de dirigirse al tendero.

—No trataba así a mi madre cuando era su mejor clienta. He pagado religiosamente todo lo que le he comprado y he encargado esas velas todos los meses, usted es el que no ha sabido gestionar sus existencias, señor Coltram. Espero que los Burford no tengan que comprobar nunca lo poco considerado que es usted.

David Black la miró con una perversa sonrisa antes de intervenir de nuevo.

—Señorita Wain…

—Dele una caja. —Brodie elevó la voz mientras observaba la brújula que sostenía en sus manos.

Black se volvió enarcando una ceja.

—Señor McEntrie… —El tendero le ofreció su mejor sonrisa—. No es nece...

—¿Tendrá suficiente con una? —Brodie miraba a Lavinia, ignorando al tendero y al esbirro de Drummond.

Lavinia lo confirmó con un leve gesto.

—Problema resuelto entonces —dijo dando el tema por zanjado.

—Un problema que usted había causado al acabar con todas las existencias, señor McEntrie —se burló Black.

Brodie lo miró un instante, pero no le respondió. En lugar de eso

se dirigió al señor Coltram.

—Yo la llevaré hasta su carruaje —dijo cogiendo la caja al tiempo que miraba al tendero—. No es necesario que modifique la factura, solo añada la brújula. Buenos días, caballeros.

Lavinia lo siguió en cuanto se recuperó de la sorpresa y después de mirar al señor Coltram con visible desprecio. Brodie llevó la pesada caja sin aparente esfuerzo hasta el coche que esperaba frente a la puerta y la colocó encima de uno de los asientos.

—¿Necesita algo más?

—Le pagaré las velas, por supuesto.

—Considérelo un donativo para el orfanato. Acepta donativos, ¿verdad?

—Pero…

—Harriet me molerá a palos con el *jō* si se entera de que no he hecho nada en semejante situación. Es pura supervivencia, señorita Wainwright. Soy Brodie McEntrie, por cierto, disculpe mis modales.

Lavinia saludó con un leve gesto sin apartar la mirada de aquellos azules ojos que la escrutaban.

—Sé quién es usted, Cecilia es muy habladora.

—Espero que esté contenta con ella. Es la primera vez que la veo capaz de conservar un trabajo.

Lavinia siguió analizándolo contra su voluntad. Era muy atractivo y tenía un carisma innato, no le sorprendía que Cecilia estuviese completamente obnubilada con él. Según su descripción no parecía de la clase de hombre que se aprovecharía de una criada, pero ahora que lo veía de cerca ya no estaba tan segura. Era difícil de creer que alguien con su aspecto no lo hubiese utilizado nunca en su beneficio. Y eso podía ser muy peligroso… para Cecilia, claro.

—Dele las gracias a la señora Burford, por favor —dijo subiendo al carruaje y enseguida cerró la portezuela sin esperar a que él lo hiciera.

Brodie le hizo un gesto de despedida y se dio la vuelta para

dirigirse a su caballo. Lavinia lo observó variando de ángulo de visión cuando el vehículo comenzó a moverse. Caminaba con elegancia. Casi tuvo que sacar la cabeza por la ventanilla para seguir viéndolo y de pronto él se giró y sus miradas se cruzaron. Se escondió dentro del carruaje mordiéndose el labio y con el corazón latiendo desbocado. Se llevó una mano al pecho para tratar de calmarlo. ¿La habría visto?

—Claro que me ha visto, tendría que ser ciego para no verme con la cabeza fuera del coche —musitó nerviosa—. Soy una completa estúpida. Pero no importa. Tampoco es para tanto, estaba mirando la calle y él estaba en medio. Que piense lo que quiera.

—oOo—

—¿Una brújula? —Caroline sostenía el objeto en su mano.

—Es para Dougal —explicó Brodie sonriendo—. Le encantan.

Las hermanas se miraron con complicidad y Brodie frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó.

—Los echas mucho de menos —dijo Elinor—. A tus hermanos, digo.

—¿Vas a marcharte? —Ahora fue Harriet la que lo miró asustada.

—Algún día —dijo él encogiéndose de hombros.

—Pero Joseph te necesita —se lamentó su esposa mirándolo con preocupación.

—Brodie es dueño de su vida —intervino su marido cogiéndola de la mano.

—No voy a marcharme mañana —aclaró el escocés viendo el cariz que tomaban los acontecimientos—. Pero Lanerburgh es mi tierra y algún día tendré que volver.

—A no ser que encuentres esposa aquí —dijo Meredith sonriendo afable.

—Si no la ha encontrado ya… —Alexander inclinó la cuchara

para introducirla ligeramente en el consomé.

—Tampoco lleva tanto tiempo en Londres —dijo Edward mirando a su amigo.

—Lo suficiente como para conocer a todas las jovencitas en edad casadera —insistió Alexander—. No creo que haya una sola con la que no haya bailado al menos una vez. Y eso en lo que llevamos de verano, que no es mucho. ¿Cuántas temporadas sociales has disfrutado ya?

—No ha dado con la adecuada —intervino Emma.

Alexander miró en primer lugar a su cuñada con curiosidad y después a su esposa.

—Es cierto —afirmó Katherine—. Lo que ocurre es que la mujer perfecta para él todavía no ha aparecido.

—O quizá no se ha fijado en ella —dijo Elinor cogiendo su copa—. Mirad a Henry, no podía ni verme.

—Eso no es cierto —rebatió su esposo—. La que no me soportaba eras tú.

—Dejémoslo en que era algo mutuo —sentenció Harriet—. Estamos hablando de Brodie. Sabemos que has bailado con todas las jovencitas de Londres, ¿no hay ninguna que te despierte el menor interés?

—¿Lleváis un control de con quién baila? —el barón no daba crédito.

—Se aburren, papá —dijo Elinor sonriendo burlona—. Los bailes solo sirven ya para cotillear.

—Nosotras no cotilleamos —dijo Caroline—. Nos gusta estar informadas.

—Ya —respondió Elinor—. Si tuvierais un poco de trabajo no os meterías en los asuntos de los demás.

—¿Trabajo? —Katherine miró a su hermana pequeña con incredulidad—. ¿Tú sabes el trabajo que dan cuatro criaturas? ¿En especial las gemelas?

—Puedo hacerme una idea.

—Desde luego que no —dijo su madre riendo—, Aidan es un bendito y no tiene con quién hacer travesuras aún.

Elinor la fulminó con la mirada y Henry levantó la suya del plato mirándolas a ambas con expresión interrogadora.

—Así que has hecho de buen samaritano. —Elinor se dirigió a Brodie rápidamente para desviar la atención del comentario de su madre—. Y con Lavinia Wainwright, nada menos.

Brodie torció su sonrisa.

—Cualquiera diría que es el diablo —se burló.

Los demás se miraron y sus gestos y muecas acrecentaron su curiosidad.

—Está claro que no es santo de vuestra devoción. ¿Tan mala era?

—Intentó por todos los medios arruinar la vida de Katherine —explicó Alexander—. Con mucho ahínco.

—Ya conoces el nefasto episodio con Lovelace —le recordó Harriet.

—Cierto —afirmó el escocés.

—No pasó nada —aclaró Katherine.

—Pero no fue porque Lavinia no lo intentara —puntualizó su esposo con mirada severa.

—Estaba resentida —dijo Caroline—. No debía de ser fácil ser ella.

—Ha cambiado —dijo Katherine—. Y hay que saber perdonar.

—No te engañes, las personas no cambian —refutó Edward.

—Claro que cambian —dijo Joseph—. Yo he visto cambiar a muchos hombres, para bien y para mal. Todo el mundo acepta que si a una persona buena se le hace el suficiente daño y se le quita todo aquello que ama, será capaz de cosas que ni se imagina. ¿Por qué no puede suceder al revés? Yo creo que sí.

Harriet lo miró con admiración y su esposo sonrió satisfecho.

—Yo no me fiaría de ella —insistió Edward.

—¿No crees que está haciendo una buena obra con ese orfanato? —preguntó Emma.

—No tengo claro que sus motivos sean loables.

—Pues no se me ocurre qué beneficio puede obtener con lo que está haciendo —dijo Elinor convencida—. Así que para mí es una actitud totalmente generosa.

—¿Su padre era un hombre violento? —indagó el escocés con curiosidad—. Quizá la maltrataba y…

—No —lo cortó Frederick—, no era violento en absoluto. Al contrario, era un hombre muy tranquilo.

—Dejemos de hablar de este tema —pidió la baronesa—. Me va a sentar mal la comida.

—¿Qué opina del proyecto del nuevo hospital de Drummond? —se interesó Joseph mirando a su suegro.

—No se habla de otra cosa en el club —respondió—. ¿Estás pensando en invertir?

Joseph negó con la cabeza.

—No quiero tener nada que ver con Drummond.

—Era amigo de tu padre —afirmó como si eso lo explicara.

El pirata asintió.

—Un hospital es algo bueno —dijo Elinor—, al igual que un orfanato.

—No tengo información suficiente al respecto —respondió Frederick y mirando a Alexander añadió—: Tu padre se estaba planteando participar. Deberías informarte bien. A mí, como le pasa a Joseph, no me da ninguna confianza Michael Drummond. En el pasado tuvimos algún que otro desacuerdo.

—Vuestro padre le pegó una paliza —dijo Meredith sin levantar la vista del plato.

—¿Qué? —todos lo miraron expectantes.

El barón continuó comiendo como si no fuera con él y después de unos segundos, sonrió.

—¿No va a contárnoslo? —preguntó Alexander sonriendo también.

—Éramos jóvenes —dijo como única respuesta.

—Mamá… —pidió Harriet.

—Si vuestro padre no quiere contarlo, no seré yo la que lo obligue. Bastante me enfadé entonces. Solo os diré que esa paliza determinó que hoy estemos todos aquí.

Sus hijas los miraron alternativamente, pero no consiguieron la menor cesión por su parte.

—Pues yo me alegro de que hayas ayudado a Lavinia esta mañana —dijo Elinor volviendo al tema del principio al ver que sus padres no iban a soltar prenda—. La gente es cruel con aquellos que caen en desgracia. Y ese Coltram es un hombre despreciable. Bien que cogía el dinero de su madre cuando vivía. No tiene vergüenza.

—Lleva un negocio —intervino James—. Y Brodie había comprado todas las velas, ¿qué podía hacer él?

Elinor dejó la servilleta en la mesa antes de responder.

—¿No debería guardarse al menos una caja para imprevistos? Alguien podía llegar con una urgencia.

—¿Urgencia? —se rio su cuñado—. ¿Qué clase de urgencia?

—Los niños del orfanato no pueden quedarse a oscuras —insistió ella.

—¿Para qué necesitas tantas velas, Harriet? —consultó Emma.

—Para la fiesta del sábado próximo. Va a venir medio Londres y no quería quedarme sin suministros. No sabía que lo dejaba sin existencias.

—Después del hundimiento del barco, ¿no deberíamos todos mostrar un poco de austeridad? —preguntó Edward mirando a Joseph muy serio—. Quizá no sea el mejor momento para un evento de tal envergadura.

—Cancelarlo sería una muestra de debilidad —respondió el otro negando con la cabeza—. Sabemos que no fue un accidente fortuito.

Mis enemigos están ahora mismo frotándose las manos, enormemente satisfechos por su despreciable hazaña. No voy a darles, además, el gusto de verme lamentándome.

—Si necesitas ayuda… —dijo Alexander con evidente preocupación.

—No es el primer barco que se nos hunde —dijo Joseph con seriedad—. Lo que más lamento es la pérdida de vidas humanas. Algunos de esos hombres estuvieron a mi lado cuando era… Durante años.

El comedor permaneció en silencio durante unos instantes, para mostrar respeto por los fallecidos. No fue hasta que el servicio retiró el primer plato y sirvió el segundo que se relajó el ambiente y se reanudó la charla.

—¿Cuándo va a venir Marianne? —preguntó Elinor a Alexander.

—En Navidad, si todo va bien.

—Estoy deseando verla. Y tú, Joseph, tendrás ganas de ver a tu hermano.

—Y a mi sobrino —añadió orgulloso.

—Bethany está embarazada otra vez —anunció Harriet—. Y en su carta parecía de lo más entusiasmada con la noticia.

—Pero Casandra no tiene ni seis meses. —Elinor se llevó el tenedor a la boca.

—Al parecer no quieren perder el tiempo. —Harriet sonrió divertida.

—William siempre ha querido una gran familia —comentó Alexander—. Como Emma y Edward.

—William habla de diez hijos, yo no quiero que Emma pase por diez embarazos.

Su esposa lo miró con amor y a Edward se le calentaron los huesos.

—No creo que Bethany tenga intención de tener diez hijos —aclaró Harriet—. De ninguna manera. Pero sí de tenerlos pronto.

—¿Por qué esa prisa? —se interesó Brodie.

—Supongo que quiere disfrutar al máximo de tener una gran familia feliz.

A Harriet no se le escapaba que su marido estaba más preocupado por lo sucedido con ese barco de lo que quería reconocer en voz alta. La muerte de esos hombres le había afectado profundamente. Extendió la mano con disimulo posándola levemente sobre una de las suyas para mostrarle su afecto. Joseph la miró con una dulce expresión y le hizo un leve gesto con la cabeza para indicarle que estaba bien.

Brodie, por su parte, seguía pensando en la rubia de ojos grises que lo había mirado como si él fuese el mismísimo San Jorge y Coltram un dragón. La mujer que él había visto en esa tienda no se parecía en nada a la persona que describían los que la conocieron. Según ellos era una mujer superficial, muy pagada de sí misma y con una absoluta carencia de empatía. Pero la mujer que se había enfrentado al tendero para conseguir que los niños del orfanato tuvieran luz, no era una mujer sofisticada que se preocupase por su apariencia. Iba pulcramente vestida, pero sus ropas carecían por completo de adornos. Su rostro limpio mostraba visibles signos de fatiga y sus ojos, de un gris casi plateado, habían perdido la vivacidad de la juventud, pero no la pasión para defender lo que creía justo. El trato que Coltram le había dispensado era de una mezquindad abominable. Le había hablado casi con desprecio poniéndola en evidencia frente a los demás clientes. Pero ella se había revuelto como un gato y lo había arañado con sus desafiladas uñas para defender a sus cachorros.

—¿No estás de acuerdo, Brodie?

El escocés regresó de sus pensamientos y fijó la mirada en Joseph que esperaba una respuesta a su inconcreta pregunta. Se encogió de hombros deseando que eso fuese suficiente para desviar la atención y la conversación continuó con normalidad. Respiró aliviado y se conminó a escuchar el resto de la cena.

Cuando pasaron al salón contiguo para tomar el postre, las damas se sentaron en corrillo y continuaron hablando de sus hijos, mientras los caballeros se distanciaban lo suficiente para que sus preocupaciones no llegaran hasta ellas.

—¿Es muy grave? —preguntó Edward antes de llevarse la copa a los labios.

—Hemos pedido un cargamento importante, sí —afirmó Joseph —. Pero lo que más me preocupa es que Drummond esté involucrado. Si ha llegado a estos extremos quiere decir que es aún más peligroso de lo que pensaba. Creía que mi padre era el peor del grupo, pero temo que solo fuese una avanzadilla.

Todos miraron a Henry que se encogió de hombros.

—A nosotros no nos afecta. Ese barco no llevaba nada para nuestras fábricas.

—Menos mal —se alegró Alexander y enseguida miró a Joseph—. Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir —se adelantó el otro—. Yo también estoy aliviado.

—¿Aliarte con Drummond no es una opción? —preguntó Brodie —. «Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca».

—Ya sabes que con alguien que utiliza las mismas tácticas que mi padre, no me asociaré jamás.

—Si ha sido capaz de hundir un barco matando a toda la tripulación solo por darte un aviso, es esa clase de hombre, desde luego —afirmó James contundente.

—Menudo desgraciado —mascculló Edward.

—Me dieron ganas de resucitar a *Bluejacket* —musitó Joseph antes de llevarse la copa a los labios.

Brodie miró a Harriet que conversaba alegremente con sus hermanas y luego fijó la mirada en Joseph.

—Si le tienes aprecio a tu vida, yo no me lo plantearía siquiera. Tu mujer te mataría.

—Drummond no soporta que le digan que no y tú se lo has dicho muchas veces ya —comentó Henry—. Deberías suavizar el trato con él, darle algo, aunque él sea consciente de que lo haces para evitar problemas, creo que puede ser suficiente.

Joseph respondió enarcando una ceja con expresión cínica.

—Estuvo en la armada —apuntó James—. Puedo hablar con algunos de mis antiguos contactos, quizá pueda averiguar algo sobre él. Si encontráramos trapos sucios que pudiéramos usar contra él… ¿Qué sabemos de su familia?

—Su esposa murió al dar a luz y su hijo está muy enfermo —dijo Brodie.

—¿Qué clase de enfermedad? —se interesó James.

Los otros se miraron y sus expresiones fueron de lo más curiosas. Estaba claro que James era el único que desconocía esa información.

—Es una enfermedad rara —explicó Joseph—. No puede salir de casa durante el día.

—¿Qué?

—Su cuerpo se llena de ampollas si le toca el sol. Es terriblemente doloroso.

—¿Cómo es posible? —James los miraba asombrado, había visto muchas cosas en su vida, pero jamás algo parecido—. ¿Y no sale nunca? ¿Cuántos años tiene?

—Los mismos que yo —siguió Joseph—. Mi padre me obligaba a ir a jugar con él cuando era niño. Hasta el día que convencí a Mason para que nos escapásemos por la ventana. Eran las once de la mañana y casi se muere. Después de eso no me dejaron volver.

—¿Y te sorprende? —Se burló Alexander.

—Era un crío y no había visto nunca lo que le pasaba realmente. Os aseguro que con el susto que me llevé, no habría vuelto a intentarlo. Lo peor fue el dolor que sentía y que no hubiese manera de calmarlo. Era como si se estuviese quemando. He visto muchas cosas terribles en mi vida, pero lo de Mason no lo he olvidado.

Edward miró a su esposa que charlaba relajada sosteniendo una copa de jerez en la mano. El corazón se le encogió en el pecho al pensar en lo doloroso que tuvo que ser lo que sufrió de niña cuando se echó encima el cazo con caramelo hirviendo.

—¿Cómo es posible que el sol le haga eso? —dijo James ajeno a los pensamientos de su cuñado—. ¿Es alguna clase de maldición?

—Quizá por eso Drummond quiere ese hospital —musitó Edward.

Joseph lo miró incrédulo.

—¿Drummond haciendo algo por su hijo?

—No es muy creíble a estas alturas —apuntó Brodie.

—¿Para qué querría un hospital? Los médicos no han podido hacer nada por él hasta ahora y tampoco es que se haya preocupado mucho, ¿no te parece? —Negó Joseph con la cabeza.

—Si a uno de mis hijos le pasara algo así, movería cielo y tierra para ayudarle, desde luego —afirmó James pensativo—. Qué enfermedad tan extraña. De verdad que parece una maldición.

—Aquí hay gato encerrado —afirmó el pirata mirando al escocés —. Y tenemos que averiguar lo que es.

El barón cogió la mano de su esposa y jugueteó con sus dedos contemplando a sus hijas desde la esquina opuesta del salón.

—¿Por qué no has querido contarles lo que pasó con Drummond? —preguntó Meredith con una sonrisa bailándole en los labios.

Su esposo la miró con fijeza y sonrió.

—Hay cosas de los padres que no tienen por qué saber sus hijas.

—¿Te avergüenzas?

—¿De darle una paliza a ese desgraciado? —Negó con la cabeza.

La baronesa apoyó la cabeza en su hombro mirando a sus hijas.

—Jamás me habría imaginado que tendría una familia como esta. Me siento muy orgullosa de nuestras hijas y de las maravillosas familias que tienen. —Lo miró a él y sonrió—. Ni en mis mejores

sueños imaginé que me amaría alguien como tú.

Él suspiró sin dejar de mirar a sus hijas.

—Yo lo supe en el mismo instante en que te vi.

La baronesa levantó la cabeza y lo miró incrédula.

—Mientes.

—Nunca miento, Meredith, ya lo sabes.

—¿Qué pensaste?

Permaneció unos segundos en silencio antes de responder.

—Que no había visto nunca a nadie tan especial —dijo mirándola—. Y que quería una vida contigo.

—Qué tonto eres, por un momento he pensado que hablabas en serio. La primera vez que nos vimos yo estaba sentada en un rincón, prácticamente escondida detrás de un biombo. Entonces era la institutriz de Belinda Warren y estábamos de visita en casa de los Crawford.

—Los abuelos de James. —Sonrió mirando a su yerno—. La vida es algo muy curioso, ¿verdad?

—Belinda estaba enamorada de Thomas —recordó Meredith.

Frederick la miro poniéndose serio.

—Se te da fatal hacer de casamentera.

—¡Oye! Yo no hice nada de eso. —Se rio su mujer—. Ella quería que la ayudara, pero no moví ni un dedo. Y me alegro.

—Desde luego. Estoy seguro de que a Caroline no le gustaría nada.

Meredith lo miró curiosa.

—Dime la verdad, ¿qué pensaste cuando me viste allí escondida?

El barón se llevó una mano a la barbilla y meditó muy bien su respuesta.

—Que habías robado algo.

—¡¿Qué?!

—Estaban todos en el jardín y te vi entrar en el despacho de John.

—¿Por qué me seguiste?

Se encogió de hombros.

—Hasta de espaldas me llamaste la atención. —Sonrió—. La cuestión es que te seguí y al entrar vi que la falda de tu vestido desaparecía tras aquel biombo.

—Y te paseaste por la estancia disimulando.

—Sabía perfectamente que estabas allí, pero no habría dicho nada si no hubieses salido.

—No pude contenerme, me moría de la vergüenza al pensar que me encontrases allí escondida.

—Y preferiste salir por propia voluntad.

—Llevaba la carta de Belinda en la mano, era la prueba de que decía la verdad.

—Y yo me comporté como un caballero y te creí.

—No me creíste, lo veía en tus ojos.

Frederick negó con la cabeza y se inclinó peligrosamente hacia ella.

—Lo que viste en mis ojos era una absoluta y total rendición.

—¡Frederick! Ni se te ocurra besarme delante de…

Su esposo le dio un beso rápido y se levantó para dirigirse al lugar en el que hablaban los caballeros. Meredith tardó un momento en recuperar la compostura y dejar de sonreír como una tonta.

—oOo—

James la buscó en la cama y abrió los ojos somnoliento al no encontrarla.

—Caroline —musitó adormilado—. ¿Qué haces?

—Nada, duérmete —dijo ella desde la ventana.

James bajó los pies al suelo y se desperezó tratando de despertar a su cerebro antes de ponerse de pie. Atravesó el cuarto y llegó hasta ella para abrazarla desde atrás.

—¿Una de tus pesadillas?

Caroline apoyó la cabeza en su pecho y dejándose mecer entre sus brazos.

—¿Qué ha sido esta vez?

—Un oso.

—Vaya. ¿En el salón o en el comedor?

—En el jardín.

—Bueno, al menos no ha entrado en la casa.

Ella lo miró sonriendo al tiempo que se daba la vuelta entre sus brazos y le rodeaba el cuello con los suyos.

—Creía que aquí dormirías como un lirón, pero veo que la magia Wharton no está funcionando.

—James…

—¿Mmm?

—Sabes lo mucho que te quiero.

—Uy, qué miedo —dijo burlón.

—Adoro nuestra vida. Soy muy feliz en Berksham, pero no seguiremos viviendo con tus padres. He comprado una casa.

—¿Qué? —la soltó sonriendo incrédulo—. ¿Que has qué?

—No es muy grande, pero es perfecta para los cuatro. Scarlett y Samuel tendrán una habitación propia y tú tienes un despacho con ventanas al jardín trasero.

—Dijiste que empezarías a mirar…

—¿A que es maravilloso? —lo cortó con elocuencia.

Él la miró entrecerrando los ojos.

—Ya la habías visto cuando hablaste conmigo.

—En realidad, fue tu madre la que la vio.

—Pues sí que tenía ganas de librarse de nosotros —dijo de nuevo sorprendido—. Eso sí que no me lo esperaba

Lo miró con atención.

—¿Qué? —preguntó él consciente de que elucubraba.

—¿Te parece bien ahora que está hecho?

—Sigo teniendo miedo, pero sé que tenías razón. Si a mí me

pasara algo, tú sabrás qué hacer.

—No va a pasarte nada —dijo ella acariciándole la nuca—. Te quiero demasiado para perderte y el universo lo sabe.

—Vaya, no sabía que estuviera tan bien informado.

—Pues ya lo sabes. —Se acercó para darle un ligero beso en los labios y se pegó a su cuerpo hasta que no hubo un resquicio entre ellos.

Él la apartó para quitarse la camisola y lanzarla por encima de su cabeza. Le subió el camisón y agarrándola por las nalgas la levantó para que lo abrazara con sus piernas. Sin dejar de besarla se movió hasta chocar con el sillón y se dejó caer con ella encima. Caroline no se hizo de rogar y lo introdujo dentro de ella con un movimiento lento e imparable. Su esposo atrapó uno de sus pezones y lo lamió con avaricia para acabar mordiéndolo suavemente. Le encantaba verla arquearse, buscándolo y moviéndose con ansia, como si nunca fuese suficiente.

Caroline sentía que se derretía, sus miembros se licuaban y volvían a construirse con cada estremecimiento. No sabía por qué tenía siempre aquel hambre insaciable de él, lo necesitaba tanto como el aire que respiraba. Se contrajo a su alrededor y exhaló un largo suspiro de placer cuando llegó al ansiado clímax.

James no soltó sus caderas obligándola a seguir un poco más con sus movimientos mientras daba gracias al cielo por haber llegado hasta allí entero. Lo apretaba con una fuerza tan salvaje que provocó una explosión que lo dejó seco. Él echó la cabeza hacia atrás como un pez que busca oxígeno fuera del agua y ella apoyó la suya en su pecho sintiendo los latidos en su sexo.

—Dios mío —susurró admirada.

—Eres…

La levantó con él y la llevó hasta la cama. La depositó con cuidado y se tumbó a su lado sin dejar de mirarla. Caroline sonreía feliz.

—Si vuelve el oso dile que me despierte —dijo acariciándole el rostro.

Ella suspiró satisfecha y se acurrucó de lado mirando hacia él.

—Si no temiera vivir permanentemente embarazada, quería esto todos los días.

James se rio divertido.

—¿Así que por eso se te ve tan feliz cuando estás preñada?

Ella se mordió el labio con picardía.

—Para ti es mejor, consigues el premio sin tener que cargar con la barriga. En mi próxima vida quiero ser hombre.

Él bajó la mano para acariciar su vientre y ella ronroneó de gusto. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él para que apoyase la cabeza en el hueco de su hombro y Caroline cerró los ojos.

Capítulo 4

Días después del desafortunado problema con las velas, Lavinia y Cecilia se paseaban por el mercado de Covent Garden con la dificultosa tarea de conseguir donativos en forma de suministros de los distintos mercaderes que allí se alojaban. Era esa una tarea ardua y muy desagradable que Lavinia llevaba a cabo con sorprendente serenidad. Su doncella se maravillaba de lo impermeable que era a los desplantes y cómo podía responder con un «gracias» y una sonrisa a todo aquel que la rechazaba sin el menor apuro.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Cecilia mientras avanzaban entre los bulliciosos puestos.

Los gritos de los vendedores ofreciendo sus productos se mezclaban con el aroma de las flores frescas y las frutas maduras.

—A la tienda del señor Hawkes.

Cecilia la miró sorprendida. *Smith & Hawkes Fine Fabrics* era la tienda de telas más lujosa de todo Londres.

—Pero, señorita, si entramos allí se encontrará con muchas conocidas.

Lavinia la miró con una serena sonrisa como respuesta y no se detuvo hasta estar frente a la elegante fachada del edificio. Cecilia la observaba con curiosidad segura de que no reuniría el valor necesario.

La tienda se encontraba en un edificio de tres pisos, construido en estilo georgiano. La fachada de ladrillo rojo, contaba con grandes ventanas de vidrio que permitían ver el interior. Las del primer piso estaban enmarcadas con delicadas molduras blancas,

dando un aire de elegancia y pulcritud. Siempre le había gustado esa tienda, desde que era niña. Cerró los ojos un instante y los recuerdos la arrollaron. Su madre diciéndole que podía comprar lo que quisiera, su alegría por tener tanto donde elegir…

La puerta principal, de madera oscura y robusta, se abrió para dejar salir a unas alegres modistas que, satisfechas con sus compras, remarcaban la calidad de los productos que habían elegido para sus nuevas creaciones.

La doncella fijó su mirada en el llamador de bronce en forma de mano que adornaba la puerta y a continuación puso sus ojos en la placa dorada con el nombre de la tienda, *«Smith & Hawkes Fine Fabrics, 1670»*, grabado en letras cursivas elegantes.

—Señorita… —susurró para traerla de vuelta de donde fuese que se había ido.

Lavinia abrió los ojos y los posó en las grandes ventanas de vidrio que mostraban algunos rollos de tela y encaje, probablemente las novedades más exquisitas, con la intención de atraer a todo aquel que las contemplase. Suspiró ansiosa y se mordió el labio elevando la vista hasta el toldo verde oscuro con ribetes dorados que proporcionaba sombra a la vez que daba un toque de distinción a la entrada. Dejó escapar el aire entre los labios y avanzó con determinación.

Una campanilla anunció su entrada con un alegre tintineo y las damas que esperaban a ser atendidas se giraron curiosas. Lavinia inclinó la cabeza a modo de saludo y agradeció para sí que no fueran conocidas suyas.

El interior de la tienda era cálido y acogedor, con un suelo de madera pulida que crujía ligeramente bajo los pies. Las estanterías de madera oscura mostraban rollos de tela de todos los colores y texturas. Las pequeñas mesitas diseminadas por toda la tienda contenían encajes y bordados organizados con esmero para que las damas que pululaban a su alrededor pudieran comprobar la delicada belleza de dichos adornos.

Cecilia observaba extasiada los grandes candelabros que colgaban del techo y cuya iluminación hacía resaltar los vivos colores de las telas.

—Señorita Wainwright —una cálida voz llamó su atención—. Mira, Caitlin, la señorita Wainwright.

—Señoritas Ashton —las saludó Lavinia.

Las dos hermanas se acercaron a ellas con una sonrisa tan amplia que Cecilia creyó que de verdad se alegraban de verla.

—Cuánto tiempo sin verla, ¿verdad Poppy?

—Verdad, Caitlin.

—¿Cómo están de salud? —preguntó afable.

—Bien, bien —afirmó Poppy—. Con los achaques propios de la edad. Caitlin se está quedando sorda.

—Oigo perfectamente —dijo la otra mirándola molesta—. No sé por qué te empeñas en decir eso.

—Porque es la verdad —afirmó la otra.

Cecilia contuvo la risa y miró para otro lado con disimulo.

—No le haga caso —siguió Caitlin—. Por cierto, hemos oído lo de su orfanato. ¡Qué gran labor está haciendo! Esos pobres niños…

—Pero no debe descuidar su salud —la cortó Poppy—. Ya no es ninguna niña y está demasiado delgada. Coma hígado de ternera, es lo mejor en estos casos, ¿verdad Caitlin?

—Verdad, Poppy. ¿No tiene una buena cocinera? Disfrutar de la buena comida es un privilegio y como tal hay que honrarlo, ¿no cree?

—La señora Crone es una excelente cocinera, me la recomendó Katherine Greenwood —dijo consciente de ser el centro de atención para las otras damas que estaban en la tienda.

—Entonces seguro que es porque trabaja demasiado —afirmó Poppy—. ¿Cuántos niños tiene?

—La estás atosigando —dijo Caitlin.

—¿Yo? No sé por qué dices eso, solo le he preguntado.

—Preguntas demasiado, Poppy, te lo tengo dicho.

—¿A quién le toca? —preguntó el señor Hawkes .

—Oh, creo que somos nosotras —dijo Poppy nerviosa—. Discúlpenos, señorita Wainwright, por favor.

—Vamos, vamos —apuró Caitlin caminando hacia el mostrador.

Cecilia se inclinó hacia su señorita para hablar en susurros.

—Qué damas tan divertidas.

Lavinia sonrió sin decir nada y avanzó hasta colocarse en un rincón menos visible de la tienda. Según fueron pasando los minutos se fue relajando y poco a poco su respiración se normalizó al igual que su pulso. Se distrajo revisando los productos y se maravilló de la exquisitez de muchas de aquellas telas. Ella no necesitaba nada de eso, lo que había ido a buscar seguramente lo guardaban en la trastienda. Telas bastas y resistentes que aguantaran rozaduras, manchas y agresiones varias.

La campanilla sonó cuando entraron la señora Cunningham y su hija Elisa. En cuanto avanzaron por la tienda fueron abordadas por otra dama que habló con ellas en tono bajo. Cecilia vio que Lavinia enderezaba la espalda y salía del rincón en el que se habían colocado.

—Señorita Wainwright —dijo la dama de más edad cuando llegaron hasta ella—. Qué sorpresa verla aquí.

—Señora Cunningham. Elisa.

—Lavinia… ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, gracias —dijo la joven.

—No asististe a la boda de Lucille.

—No estaba en Londres en esas fechas —respondió serena—. Quizá por eso no me llegó su invitación.

—Estabas de luto… —Elisa se mordió el labio incómoda.

—¿Ha venido a comprar tela para hacerse un vestido? —la señora Cunningham la miró de arriba abajo sin disimulo—. Veo que su estilo ha cambiado radicalmente.

—¿Vas a asistir al baile de los Kohl? —preguntó Elisa.

—No me han invitado.

—¿Saben que has vuelto? Seguro que no se han enterado de que estás en Londres.

—Tengo entendido que mi orfanato es uno de los temas de conversación de la temporada.

—Qué cosa más pintoresca —dijo la señora Cunningham riendo —. Qué entretenimiento se ha buscado más curioso.

—Si ya no van a invitarme a fiestas, algo tenía que hacer. —Sus labios sonreían, pero sus ojos permanecían serios—. Además, ahora también soy huérfana, ¿no le parece de lo más apropiado?

La señora Cunningham perdió las ganas de reír y la miró asombrada. ¿Cómo era capaz de bromear con algo tan terrible? Definitivamente esa joven no tenía la menor sensibilidad.

—Señorita Wainwright —la llamó uno de los dependientes—. Creo que le toca el turno.

—Discúlpenme —se excusó con madre e hija y avanzó hasta el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarla hoy? —preguntó el hombre con semblante impávido.

—¿Sería posible hablar con el señor Smith o el señor Hawkes?

El dependiente miró al caballero que seguía atendiendo a las señoritas Ashton con enorme paciencia. En el rato que llevaba con ellas, el resto de dependientes había atendido a todas las damas que estaban antes que Lavinia. Quizá por eso, cuando escuchó sus palabras se apresuró a pedirle a su dependiente que lo sustituyera con ellas y se acercó a Lavinia casi agradecido.

—Buenos días, estaré encantado de ayudarla. Dígame qué necesita.

—No he venido a comprar, sino a pedir su colaboración, señor Hawkes.

Como si de un conjuro se tratase, aquella simple frase dio al traste con su buena disposición y el hombre inspiró visiblemente

contrariado.

—Me preguntaba si no tendrá en su almacén algunas piezas de tela que no tengan interés para sus clientas. No necesito nada sofisticado, sería para hacer los trajes y vestidos de los niños…

—Señorita Wainwright, esto no es una casa de beneficencia. No me parece correcto que se presente aquí y me haga esta petición delante de mis clientas. Si quiere hablar de este tema, venga cuando esté a punto de cerrar y la atenderé.

—¡Qué situación más violenta! —dijo la señora Cunningham.

—Nos pone en un compromiso —añadió otra dama.

Lavinia asintió sin apartar la mirada del señor Hawkes.

—Está bien, vendré a la hora del cierre para hablar con usted. —Se giró hacia las otras damas—. Disculpen las molestias. Que tengan un buen día.

—Que tenga un buen día —la despidieron las señoritas Ashton con expresión desolada.

Cuando hubo salido se giraron hacia las otras damas y Poppy no pudo contenerse.

—¿Cómo pueden tener tan poco corazón? Esa joven está llevando a cabo una tarea encomiable.

—¿Encomiable? Esos niños le robarán cuando tengan edad suficiente para hacerlo —dijo una de ellas—. ¿A quién se le ocurre venir a pedir telas gratis?

—¿No era rica? Ahora todo el dinero de su padre es suyo.

—Desde luego. La ley no es justa, si lo fuese ese dinero ya no estaría en su familia.

Poppy y Caitlin se miraron compungidas y después se giraron hacia el dependiente.

—Ya no queremos nada, gracias.

Salieron de la tienda sin esperar respuesta. El dependiente miró al señor Hawkes con temor.

—oOo—

La señorita Perkins la miraba visiblemente irritada.

—¿Es que no les queda nada de humanidad? —musitó para sí.

—Querrían que vistiéramos a los niños con harapos —dijo Cecilia que estaba muy enfadada—. Si viera cómo le ha hablado ese hombre y cómo la miraban las señoritingas esas.

—Cecilia…

—¡Qué rabia! —exclamó la doncella dando un golpe en el suelo con el pie—. Y luego se las dan de cristianas.

—Si vieran a Cristo no le darían ni un mendrugo de pan —argumentó la señorita Perkins.

—Volveré a intentarlo mañana en otro sitio —dijo Lavinia con las manos en la cintura—. Solo fracasa quien se rinde.

—Bien dicho —afirmó la gobernanta.

—¿Cómo vamos a reponer todo lo que hace falta? El próximo invierno necesitarán ropa de abrigo. Los niños no dejan de crecer cuando están bien alimentados.

—Lo solucionaré, no te preocupes.

—No, claro, ya se preocupa usted —dijo la joven sin borrar la amargura de su rostro—. Me indigna ver cómo la tratan. ¿Quiénes eran esas dos damas? La joven parecía conocerla bien.

—Fuimos amigas un tiempo.

—¿Amigas? Menuda amiga.

—Cecilia, déjalo ya, me duele la cabeza.

—¿Cómo no le va a doler? A mí me duele el alma de ver lo egoísta y mezquina que puede llegar a ser la gente. Así va el mundo.

—¿Qué sabrás tú del mundo? —dijo la señorita Perkins burlándose de ella.

—Pues al parecer más que esas damas estiradas que compran en esa lujosa tienda.

La gobernanta miró a Lavinia cuya expresión reflexiva conocía

muy bien.

—Ni piense en comprar la tela usted. El dinero no es de goma y no puede estirarse infinitamente. Tenemos que centrarnos en lo básico.

—La ropa de abrigo es básica en invierno, señorita Perkins —le recordó—. De algún sitio tendré que sacar el paño.

—Yo no necesito abrigo, señorita. No crezco mucho.

—¡Christopher! ¿Qué haces aquí? —preguntó Lavinia acercándose a él.

—La señora Crone me ha mandado a buscarla.

Le revolvió el pelo con ternura.

—No te preocupes por lo que has oído, son cosas de mayores.

—Yo soy el mayor de los niños, así que debo preocuparme. No creo que crezca este año tampoco, así que mi abrigo aguantará.

—Ya crecerás. Algunos tardan más en hacerlo, pero cuando dan el estirón son más altos que los demás. Eres un niño muy guapo y muy inteligente y eso es mucho más importante que ser alto.

—Anda, ven conmigo —dijo Cecilia cogiéndolo de los hombros—. ¿Qué es eso de que no eres alto? Algún día tendré que mirar hacia arriba para mirarte a los ojos, ya lo verás.

Lavinia los vio salir del salón y se volvió hacia la señorita Perkins.

—¿Sabe qué quiere la señora Crone?

—No puedo seguir usando estos utensilios rotos —dijo la cocinera señalando la pila que había amontonado sobre una mesa—. Están para tirar, señorita.

Lavinia miraba los cazos, cucharones y demás objetos mordiéndose los labios nerviosa.

—Puedo traerle lo que tengo en casa —musitó.

—¿Y con qué quiere que cocine la señora Dunlop? ¿O es que piensa dejar de comer?

La joven dejó escapar el aire impotente y cerró los ojos un instante. Hacía cuentas y más cuentas intentando mantener los gastos en el nivel más bajo posible, pero estaba claro que había cosas de las que no se podía prescindir.

—No se preocupe, mañana mismo lo solucionaré todo.

—¿Cómo?

Se giró hacia la puerta para salir de la cocina y respondió sin girarse.

—Como se solucionan las cosas.

Después de almorzar se encerró en el despacho y se pasó la tarde revisando las cuentas para recortar en los gastos de los que pudiese prescindir, pero eran tan pocos que apenas le aportaron diez libras. Iba a tener que gastar parte de su dinero en las telas y menaje de cocina, lo había retrasado todo lo posible, pero ya no podía hacerlo más. Mientras hacía cábalas se arrepintió de haberse deshecho de todo lo que había en la casa. Fue un arranque impetuoso que había costado mucho dinero. Se recostó contra el respaldo llevándose el lápiz a la boca. No habría podido soportar reconocer algo de su padre en uno de aquellos niños. Negó la cabeza y se despojó de esos pensamientos que no la ayudaban en nada.

Esa noche, cuando Cecilia y ella llegaron a casa, se fue directamente a su habitación y comenzó a vaciar los baúles en los que guardaba todos los vestidos que ya no se ponía.

—¿Qué hace? —preguntó la doncella.

—Le daremos mejor uso —dijo pensativa y con las manos en la cintura—. Aquí hay mucha tela.

—Pero son sus vestidos, no puede deshacerse de ellos.

La otra la miró burlona.

—¿Para qué me sirven en un baúl? No voy a volver a ponérmelos.

Se dirigió al armario y sacó dos capas de buen paño y las tiró a la cama también.

—De ahí saldrán al menos un par de abrigos.

—Pero señorita…

—Mañana volveré a intentarlo en otra tienda, pero si no consigo nada empezarás por esto. Tienes buena mano para coser, no desperdicies ni un pedacito de tela, Cecilia.

Cecilia acarició la tela de las distintas prendas y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento —dijo Lavinia antes de salir—, ya no podré darte más vestidos.

—oOo—

Al día siguiente, cuando llegó al orfanato se encontró con una inesperada sorpresa. Miró los dos carros repletos de cosas que estaban parados frente a la puerta y a la gobernanta que sostenía varias hojas de papel en la manos.

—¿Qué es todo esto?

—Mire —la mujer le puso los papeles en la mano.

Lavinia leyó la primera página del inventario y levantó la vista para mirar al hombre que esperaba al lado de uno de los carros.

—¿Quiénes son ustedes?

—Nos han dicho que trajésemos estas cosas y que las llevásemos adonde usted nos dijese.

—¿Quién? —preguntó airada—. ¿Quién se lo ha dicho?

—La señora Wharton.

—¿Qué señora Wharton? —insistió confusa.

El hombre frunció el ceño.

—No sabía que hubiese más de una. La baronesa.

Lavinia miró a su gobernanta sin saber qué decir.

—Deberían entrar las cosas, ¿no le parece, señorita? Traen de todo, ahí lo pone: ropa de cama, menaje de cocina, telas, jabón…

El corazón de Lavinia latía desbocado y no sabía qué tenía que hacer.

—Señorita —la señorita Perkins la miró con ternura—. Deje que entren las cosas, por favor.

Ella asintió varias veces antes de mirar al hombre con el que había hablado.

—Descárguenlo todo y llévenlo dentro. La señorita Perkins les dirá dónde dejarlo.

—¿Adónde va? —peguntó la mujer al ver que se dirigía hacia las caballerizas.

—Tengo que hacer algo —dijo ella corriendo en busca de su caballo.

—oOo—

Brodie miraba al barón expectante y el hombre rumiaba su respuesta después de escuchar la idea del escocés.

—Vamos, Frederick, responde de una vez —intercedió su esposa con voz cariñosa.

—No me gustan estas cosas.

—A mí tampoco —dijo Brodie—, pero usted es el menos sospechoso de todos nosotros. Ni siquiera sabemos si hará falta, solo quiero saber si contaremos con su ayuda.

El barón lo miró con franqueza.

—¿De verdad es necesario que sea yo?

Brodie afirmó con un gesto.

—Está bien, si llega el momento de hacerlo, contad conmigo. Pero no olvidéis que Drummond es un hombre muy peligroso. Tiene mucho poder e influencias. Incluso en la corte.

—¿Con su majestad?

—No directamente, pero te aseguro que hay personas próximas al rey que lo apoyarían sin dudarlo. Drummond es la clase de hombre capaz de conseguir información de una piedra. Sabe cosas de todo el mundo y eso le permite apretar las tuercas según su necesidad. Es

inteligente y nunca desvela su información, con que sepan que la tiene es suficiente.

El mayordomo tocó a la puerta antes de entrar en el salón.

—Señora Wharton, tiene una visita.

—Acompáñela al salón *Cotton*, ahora mismo voy —dijo ella poniéndose de pie.

—¿Una visita a estas horas? —preguntó el barón.

Brodie se mordió el labio consciente de que se había presentado a una hora muy poco adecuada.

—La esperaba, aunque no pensé que fuera tan impulsiva —dijo Meredith caminando hacia la puerta—. Vosotros seguid con vuestra charla mientras yo la atiendo.

Salió de la estancia.

—Buenos días, señorita Wainwright —dijo acercándose a ella.

—Buenos días, baronesa, discúlpeme por venir a estas horas, pero es que…

—Ha recibido nuestros obsequios y quiere saber por qué se los hemos enviado. —Le señaló el sofá y ella se sentó también.

—¿Hemos? Pensaba que era solo cosa suya.

—Bueno, no pretendo atribuirme todo el mérito. En realidad han participado unas cuantas personas aparte de mí. —Elevó la mirada mientras hacía el recuento—. Veamos, las principales fueron las señoritas Ashton, sin su intervención nada de esto habría sido posible. Mis hijas, por supuesto, la duquesa Greenwood, lady Middleton, la señora Proser, la tía de Edward, Belinda Waterman, Camille Helps… Y no participó más gente porque no hubo tiempo de avisarles.

Lavinia la miraba sin expresión y la baronesa sonrió consciente de su incredulidad.

—El relato de las hermanas Ashton sobre lo sucedido en *Smith & Hawkes Fine Fabrics* nos indignó a todas por igual, señorita Wainwright. Espero que con el donativo que hemos hecho mitiguemos en parte la desagradable experiencia que sufrió ayer.

—Yo…

—No tiene que darme las gracias, soy yo la que le agradece el trabajo que está haciendo con esos niños.

Los ojos de Lavinia se humedecieron y Meredith hizo el gesto de cogerla de la mano, pero ella se apartó rápidamente sin darle opción. La baronesa inclinó la cabeza ligeramente y la miró con más atención.

—También debe saber —continuó como si no hubiese pasado nada—, que hemos notificado al señor Hawkes que estamos muy descontentas con su actuación y que hasta que no haga un donativo al orfanato no volveremos a comprar en su tienda.

—¡Oh! No quisiera perjudicarles…

—El comportamiento del señor Hawkes es imperdonable y le aseguro que no volveré a mirarlo con los mismos ojos, aunque haga ese donativo.

Lavinia se miró las manos mordiéndose los labios para que no le temblaran.

—Lady Wharton… —Carraspeó para aclarar la voz antes de poder continuar—. Se lo agradezco muchísimo.

La baronesa sonrió afable y contuvo el impulso de volver a intentar cogerla de la mano.

—No había tenido la oportunidad de darle mis condolencias por la muerte de su madre.

Lavinia empalideció, no había contado con eso. Se puso de pie con brusquedad.

—Debo irme ya —dijo apresurada—. Con todo lo que han enviado habrá mucho que hacer…

La baronesa se levantó también.

—Lavinia, ¿puedo llamarla Lavinia?

Asintió evidentemente nerviosa y sin poder fijar la vista en un punto.

—Si necesita algo, lo que sea, venga a verme. Aquí en Londres, o en Harmouth.

—Me marcho ya —dijo azorada—. Gracias por todo, señora Wharton, nunca olvidaré su generosidad.

—La acompaño.

Salieron del salón y cuando llegaron al *hall* se encontraron con Brodie.

—¿Ya te marchas? —preguntó la baronesa—. Ya conoces a la señorita Wainwright, tengo entendido que tuvisteis un asunto con unas velas.

—Así es —afirmó él inclinando la cabeza—. Señorita Wainwright.

—Señor McEntrie.

—¿Ha venido en coche, señorita? —preguntó Meredith.

—No, a caballo.

—Entonces dejo que Brodie la acompañe a las caballerizas, si le parece bien.

—Puedo ir sola, pero gracias.

—Yo también he venido a caballo. —Le hizo un gesto para que pasara delante—. Que tenga un buen día, baronesa.

—Nos veremos pronto.

—Gracias por todo —repitió Lavinia antes de salir de la casa.

Capítulo 5

—Parece que ha conseguido una nueva aliada —dijo el escocés al ver que ella no tenía intención de hablarle—. Si sigue así va a conquistar a toda la familia.

—La baronesa es una mujer extremadamente generosa. No hay duda.

—No, no la hay. Y ha educado muy bien a sus hijas.

Lavinia lo miró con expresión cínica.

—Es una pena que ya estén todas casadas. Debería haber llegado antes, señor McEntrie.

Brodie arqueó ligeramente una ceja, pero ella no se percató porque había girado la cara para ocultarle su expresión mortificada.

¿En serio he dicho eso?

—Las señoritas Ashton estaban muy disgustadas con lo sucedido ayer.

Lo miró interrogadora.

—¿Usted también está al tanto de mis asuntos?

—Vengo a menudo.

—Ya lo veo.

—Debería ir a visitarlas.

Ella se detuvo y lo miró ceñuda.

—No creo que sea asunto suyo, pero es lo que voy a hacer ahora mismo.

Brodie le pidió al mozo que sacara sus caballos. A Lavinia no se le escapó que analizaba su montura y subió al animal con cierto nerviosismo sintiéndose observada. El escocés se acercó, aflojó la cincha de un lado y movió suavemente la silla antes de volver a apretarla.

—Así mejor —dijo asintiendo y enseguida subió a Fionn de un salto.

Lavinia miró al purasangre con admiración.

—Es magnífico.

Brodie sonrió y le palmeó el lomo orgulloso.

—¿Has oído, Fionn? La señorita Wainwright piensa que eres magnífico. No creo que lo piense de mucha gente.

¿Se burla de mí? Sí, desde luego que se burla.

—Que tenga un buen día, señor McEntrie.

—¿No ha dicho que va a ver a las señoritas Ashton? —preguntó divertido—. Hacia allí me dirijo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

El escocés sonrió divertido.

—¿Me está preguntando que por qué voy a visitar a las señoritas Ashton?

—Quiero decir… No son horas de hacer visitas.

—No voy de visita.

—Entonces ¿a qué va? Estarán haciendo las tareas de la casa, no querrán a extraños molestando.

—¿Usted puede ir, pero yo no?

—Esto es distinto, yo tengo que ir.

—Yo también.

—¿Por qué?

Brodie siguió sonriendo y puso su montura en marcha sin responder a su pregunta. Lavinia lo siguió malhumorada y se planteó la posibilidad de retrasar su visita y volver por la tarde, pero sabía que no podía hacerlo. No quería que pensaran que estaba más agradecida a la baronesa que a ellas, cuando eran las artífices de todo el asunto.

—¡Madre mía! ¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamó Caitlin en la puerta—. Pasen, pasen…

—No las entretendré —se apresuró Lavinia—. Será un momento, sé que no son horas de…

—Adelante, adelante —la animó con entusiasmo—. Poppy, tenemos visita.

—¿Visita? ¿Quién…? ¡Oh! Señorita Wainwright. Señor McEntrie. ¿Vienen juntos?

—No —dijo ella rápidamente.

—Sí —dijo él al tiempo.

Ella lo miró molesta y él se mostró divertido.

—Íbamos a desayunar. —Poppy cogió dos tazas más—. No madrugamos mucho.

—¿Para qué vamos a madrugar? —dijo Caitlin riendo—. Tenemos todo el día para no hacer nada.

—No se molesten, por favor. —Lavinia se sentía fatal por interrumpir su desayuno.

—No diga tonterías, ¿cómo nos vamos a molestar? Nos encanta recibir visitas. ¿Verdad, Poppy?

—Verdad, Caitlin.

—¿Qué ventana es? —preguntó Brodie quitándose la chaqueta.

—Primero tómese un café —dijo Caitlin viendo que dejaba la chaqueta en el respaldo de una silla.

—No, primero la ventana. ¿Es esa? —señaló la que estaba a la derecha y Caitlin asintió.

Brodie se remangó la camisa mientras Poppy le llevaba las herramientas.

—¿Con esto podrá arreglarla?

Brodie miró la caja que él les había llevado la primera vez que le pidieron ayuda. De eso hacía más de un año.

—Siempre viene cuando algo se nos estropea —explicó Caitlin mirando a Lavinia con complicidad—. Es muy buen chico.

Lavinia lo miró sorprendida y no pudo evitar fijarse en sus musculosos brazos.

—Es muy agradable tener a alguien con quien se puede contar, ¿verdad, Poppy?

—Verdad, Caitlin. ¿Le sirvo café, señorita?

Lavinia se dio cuenta de que le apetecía muchísimo, así que asintió dándose por vencida.

—He venido a darles las gracias —dijo mirándolas alternativamente.

—¿Gracias por qué? —dijo Poppy haciendo gestos con la mano—. No tiene nada que agradecernos. Esos niños deberían ser cosa de todos, no solo suya.

—Desde luego —afirmó Caitlin—. Ayer me hirvió la sangre al escuchar a Hawkes hablar de la manera que lo hizo. Si fuese más joven creo que no me habría contenido.

—Lo que han hecho por esos niños es maravilloso, y que involucrasen a todas esas personas —carraspeó para aclararse la garganta y después se llevó la taza a los labios.

—No hizo falta «involucrarlas», en cuanto escucharon lo que había pasado, se indignaron tanto como nosotras, se lo aseguro. —Caitlin sonrió empujando el plato con los bollos y la mantequilla.

—Coma algo.

—No hace falta, con el café es suficiente.

—Ahora entendemos por qué está tan delgada, ¿verdad, Poppy?

—Verdad, Caitlin. —La mayor de las Ashton la miró con severidad—. Nos ofenderá si no come algo. Puedo hacerle unos huevos revueltos si lo prefiere.

—No, no —se apresuró a coger uno de los bollos y le dio un mordisco—. El bollo es perfecto.

Brodie sonrió sin mirarlas y siguió reparando las bisagras que se habían soltado.

—¿Cómo consiguieron reunir todas esas cosas tan deprisa? —preguntó ya más relajada.

—Fue muy divertido —dijo Caitlin riendo—, cada una nos encargamos de un tema, ¿sabe?

—Pero Caitlin metió la pata, como siempre —dijo Poppy negando

con la cabeza.

—Eso no es cierto, a mí me tocaba la ropa de cama. Lo escuché muy bien.

—Te estás quedando sorda, te lo he dicho un montón de veces. La baronesa dijo menaje de cocina.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Además, a todas les pareció bien lo que llevé.

—Pero no era lo que te habían pedido. Nos juntamos con poco menaje y mucha ropa de cama, Caitlin. La organización se usa por algo.

—No haga caso a mi hermana, señorita Wainwright, siempre me está regañando, aunque rara vez tiene motivos.

—¿Que no tengo motivos? Eso es de lo que más tengo —se lamentó la otra.

—¡Lista! —exclamó Brodie moviendo la ventana.

—¡Qué rápido! —dijo Caitlin yendo a comprobarlo por sí misma.

Recogió las herramientas y fue a lavarse las manos antes de sentarse con ellas frente a una taza de café.

—¿Está caliente? —se interesó Poppy.

—Está perfecto —dijo él después de beber un sorbo.

—¿Le preparo unos huevos revueltos?

—No. Comeré uno de estos bollos con mantequilla, tienen una pinta buenísima.

Lavinia lo miraba con curiosidad. Allí sentado en mangas de camisa, parecía otro. Su expresión relajada y su sonrisa contagiosa le hicieron cosquillas en el corazón y se encontró sonriendo como una boba. Cuando Brodie la miró no pudo apartar la mirada.

—¿No le parece que está delicioso? —preguntó burlón.

Lavinia se mostró conforme, completamente hipnotizada.

—¿Vendrán a nuestra velada musical? —indagó Caitlin—. Será la semana próxima y nos gustaría mucho que viniesen. ¿Vendrán, verdad?

—Yo no…

—Por favor, señorita Wainwright, cada vez viene menos gente y es muy triste tener solo al señor Squill para tocar toda la noche.

—Ni nosotras podemos aguantar eso —musitó Poppy con pesar.

—Sabemos que usted toca muy bien. Vendrá, ¿verdad? —Caitlin la miraba expectante y ansiosa.

Lavinia se mordió el labio impotente y se rindió.

—¿Y usted, señor McEntrie?

—Yo no sé tocar.

—No importa, usted siempre es bienvenido. Mira que le gusta que le regalen los oídos —dijo Caitlin moviendo la cabeza.

—Desde que estoy en Londres no he faltado ninguna vez —dijo con un destello divertido en los ojos.

—¿No toca el piano, señor McEntrie? —preguntó Lavinia.

—No. —Brodie sonrió de nuevo y su rostro se iluminó como por ensalmo—. No digo que no haya aporreado un piano alguna vez. Tenemos piano, pero hasta que llegó Enid no le sacamos mucho partido.

—Entonces, ¿el piano es de alguno de sus hermanos, quizá? —lo interrogó Poppy.

—Era de mi madre.

—¡Oh! Qué mujer tan hermosa debía ser para tener un hijo como usted. —Caitlin se llevó las manos a las mejillas y Lavinia escondió su sonrisa detrás de la servilleta.

—Usted también es muy hermosa, me sorprende que no se haya casado. ¿Qué les pasa a los ingleses?

Caitlin se rio azorada y le hizo gestos con la mano para que parara.

—No le diga esas cosas —protestó Poppy moviendo la cabeza—. Luego se pasará el día cantando y bailando por toda la casa como una muchacha.

Brodie sonrió seductor.

—¿Qué he dicho que no sea cierto? Estoy seguro de que si las dos siguen solteras es porque no han conocido a ningún escocés. Si vivieran en Escocia no se habrían librado tan fácilmente.

—Pero qué pícaro es, señor McEntrie —se rio Caitlin nerviosa—. Tenga cuidado, señorita Wainwright, estos escoceses son muy peligrosos.

—La señorita Wainwright es inmune a mis encantos, señorita Ashton, no tema por ella.

Al parecer solo despliega esos «encantos» con las doncellas y las ancianas.

—¿Un poquito más de café? —preguntó Caitlin acercándoles la cafetera.

Los dos dijeron que no y siguieron charlando hasta que terminaron de desayunar.

—Les esperamos la semana que viene, no lo olviden —dijo Caitlin mientras Poppy les hacía un gesto de despedida con la mano.

—La casa de los Burford está en esa dirección —señaló Lavinia dejando claro que no era la suya.

Brodie torció su sonrisa y la miró con fijeza.

—¿Tanta prisa tiene por librarse de mí?

—¿Prisa? Solo constato un hecho. La casa de los Burford está por ahí. —Repitió—. Y el orfana…

—¿Y quién dice que voy a casa? —Puso el caballo en movimiento y avanzó en su dirección mirándola por encima del hombro—. ¿No viene?

Lavinia lo siguió.

—¿Adónde va? —preguntó.

—Tengo un asunto que tratar en Hampstead.

—Ahí está el orfanato. —Lo miró con incredulidad.

—Qué casualidad. Podemos ir juntos.

—Yo no… —Se calló antes de decirlo.

—¿Usted no va al orfanato? Debo haberla entendido mal,

entonces.

—Sí que voy, pero no…

Brodie la miró interrogador y Lavinia habría jurado que se estaba aguantando la risa.

Avanzaron un trecho en silencio alejándose del bullicio del centro de Londres. Brodie la miraba de vez en cuando con curiosidad, pero Lavinia no movió su cabeza ni una vez y mantuvo los ojos clavados en el camino como si cabalgase sola.

—¿Cómo se le ocurrió la idea del orfanato? —se interesó al fin poniéndose serio.

Ella lo miró sorprendida.

—No «se me ocurrió». Fue una decisión muy meditada.

Él obvió su tono áspero.

—¿Y por qué en una casa lujosa de un barrio tan elegante?

—Era la casa que tenía —musitó ella apartando la mirada.

—Cierto, era su casa, pero usted ha tenido que abandonarla. Estoy seguro de que podría haber encontrado algo mucho más acorde y, sobre todo, más humilde.

—¿Por qué tiene que ser humilde? —lo retó—. ¿Cree que esos niños no merecen vivir bien?

—Creo que estarían más cómodos en otro barrio.

—Claro, en uno en el que nadie los viera, ¿verdad? Pues no estoy de acuerdo, señor McEntrie. Esa casa es perfecta para ellos. La han llenado de vida, corretean por sus salones que antes eran lúgubres y aburridos. La luz del sol entra por sus ventanales invadiéndolo todo. El aire está lleno de voces y risas… —Se detuvo al ver cómo la miraba.

—Siga, por favor —pidió él.

Lavinia apretó los labios para obligarse a callar y agitó las riendas para que su montura acelerara el paso. Brodie se puso de nuevo a su lado y la miró sonriente.

—Veo que le encanta. Imagino que su casa debió ser un lugar

muy aburrido para una niña sola. Yo tengo cinco hermanos.

—Lo sé —dijo sin mirarlo.

—Supongo que Cecilia le ha hablado de *Slioscreige*.

Ella asintió levemente, pero su expresión cambió lo suficiente como para que Brodie detectara su interés.

—El castillo lleva en mi familia más de cuatrocientos años, aunque de manera intermitente.

La inglesa lo miró un momento interrogadora, pero desvió la mirada sin formular la pregunta.

—Por nuestra lucha constante con los MacDonald.

—Ah.

Brodie sonrió.

—Veo que Cecilia también le ha hablado de ellos.

—Un poco.

—Han sido nuestros enemigos acérrimos durante siglos. Pero eso ya ha terminado. —Ella lo miró de nuevo—. Hubo un incendio en su castillo en el que murió Bhattair, el patriarca.

—Sí, también me lo contó Cecilia. Y que uno de los más peligrosos vive ahora en Londres. Me advirtió encarecidamente que no debía acercarme a él —sonrió al recordarlo.

—Duncan. Aunque él no es realmente un MacDonald, pero esa es otra historia.

Lavinia sintió una acuciante curiosidad, pero se mordió la lengua para no manifestarla.

—Los escoceses son muy rencorosos —musitó para sí.

—¿Cómo dice?

—Los libros de historia no mienten —argumentó.

Brodie soltó una carcajada y la miró anonadado.

—Solo una inglesa podría decir algo tan ridículo con semejante desparpajo. Los libros mienten tanto como aquellos que los escriben.

—¿Yo soy ridícula? Su pueblo está repleto de leyendas y tradiciones que tienen su fundamento en su odio por los ingleses.

—¿Y le sorprende? Usted misma lo ha dicho: solo hay que leer un poco de historia para entenderlo. Los ingleses han maltratado a mi pueblo durante siglos, nos quitaron un sistema de clanes que nos gobernó…

—Ya, claro —lo cortó—, porque los escoceses no han hecho nada malo, ¿verdad? Quisieron usurpar el trono y nos llevaron a una guerra estúpida.

—¿Que los llevamos…? —Volvió a reírse a carcajadas.

—Ríase todo lo que quiera, pero es la verdad. Y su sistema de clanes era anticuado y ridículo, con un señor en cada pueblucho. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!

Brodie dejó de reír al instante y la miró de nuevo anonadado.

—¿Pueblucho?

—Cecilia me ha hablado de Lanerburgh. Un insignificante pueblo con dos grandes castillos, ahí se ve la prepotencia de los escoceses.

—Querrá decir la grandeza.

—He dicho exactamente lo que quería decir, señor McEntrie. A mí los escoceses no me inspiran la devoción creciente que el señor Walter Scott ha promovido con sus novelas. *Waverley* me parece un emocionante entretenimiento para las damas que solo busca beneficiar a la figura de los *highlanders*, pero no refleja la realidad en absoluto. Brutos incultos con ínfulas, dispuestos a todo para colocar a su rey en el trono de Inglaterra.

—¿Conoce usted a muchos *highlanders*, señorita Wainwright? ¿O yo soy el primero?

—Conozco a… alguno —dijo rehuyendo su mirada.

Brodie torció una sonrisa.

—Está claro que no. Así que con su descripción: bruto inculto con ínfulas, me está describiendo a mí.

Ella lo miró elevando la barbilla.

—Que no conozca personalmente a otro escocés no significa que no sepa cómo son. He leído mucho.

—Ya lo veo.

—Sé lo que hay que saber.

—Entonces su opinión sobre un tema que ha provocado miles de muertos se basa en lo que ha leído.

—Yo no estuve allí, señor McEntrie, no pretenderá que aprenda historia escuchando los cuentos inventados de los que perdieron.

—Prefiere los cuentos inventados de los que ganaron, claro, porque son los suyos.

Lavinia volvió a elevar el mentón con orgullo malentendido y Brodie suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

—Si ha dicho todas esas cosas para librarse de mí, se ha tomado demasiadas molestias. —Se tocó el sombrero al tiempo que inclinaba la cabeza—. La próxima vez diga, simplemente, que no quiere mi compañía, le aseguro que sabré responder a ello. Que tenga un buen día, señorita.

Lavinia lo vio alejarse con un sentimiento de frustración en el pecho. ¿Por qué había dicho todas esas cosas que no pensaba? Walter Scott era uno de sus escritores favoritos. Estaba deseando que se publicase una nueva obra para leerla inmediatamente. Se mordió el labio mortificada, había sido muy desagradable e injusta mientras que él se había comportado de un modo totalmente correcto. ¿Por qué? ¿Qué había en ese hombre que le producía aquel deseo irrefrenable de apartarlo?

Brodie puso su caballo al trote, necesitaba un poco de aire en la cara para calmar su irritación. ¿Por qué era tan estúpida y desagradable con él?

—Maldita *sassenach* —masculló.

En casa de las señoritas Ashton había sido amable y considerada. Se había sentido sorprendentemente cómodo a su lado y había pasado un rato de lo más agradable. Pero un rato a solas con él y se transformaba en un erizo dispuesto a clavarle sus agujas. Lo detestaba, no había la menor duda, nadie hablaría así a un escocés si no lo quería

como enemigo. Apretó los muslos y Fionn se puso al galope. Se mantendría alejado de ella lo más posible. Ni que le importara lo más mínimo.

Capítulo 7

Distribuyeron los objetos separándolos por grupos. Los muchachos mayores se encargaron de colocar el menaje de cocina con las indicaciones de la señora Crone, mientras las niñas hacían lo mismo con la ropa de cama y los manteles. La señorita Perkins y Cecilia colocaron las piezas de tela sobre las mesitas del despacho de Lavinia para que cuando regresara pudiera verlas y decidir qué hacer con ellas. Había algodón, sarga, lana, muselina, y lino.

La agitación en el orfanato cuando Lavinia llegó era enorme, pero había una atmósfera de alegre entusiasmo fruto del trabajo en común y la ilusión por tantos regalos.

—¿Se han probado los zapatos?

—Sí, para los pequeños hay dos pares para cada uno, para los mayores nos han mandado material para que podamos hacerles un segundo par nuevo —explicó Cecilia—. Ay, señorita, han enviado tantas cosas…

Lavinia asintió conteniendo la emoción.

—¿Les ha dado las gracias? —preguntó la señorita Perkins.

—Sí, a eso he ido. He visto a la baronesa y a las señoritas Ashton.

—¿Fueron ellas? —Cecilia se llevó las manos a la boca—. ¡Claro! Estaban allí y parecían muy disgustadas con la situación.

—Hablaron con la baronesa de Harmouth y ella con sus hijas y unas amigas y se encargaron de conseguir todo lo que nos han enviado.

—El bien que pueden hacer con tan poco tiempo… —musitó la gobernanta.

—¿Ya está todo bien organizado?

—Sí, no se preocupe. Usted solo tiene que escoger las telas para la ropa de los niños. —Cecilia le señaló las piezas—. Mire, han enviado muselinas para los vestidos de las niñas y también lana para los

abrigos.

—¿Habrá suficiente para todos? —consultó Lavinia acercándose a las mesas que habían colocado en fila.

—¡De sobra! —exclamó Cecilia riendo.

Lavinia se sentó en la butaca, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Cecilia y la señorita Perkins se miraron y enseguida sus ojos se llenaron de lágrimas también.

—Seremos tontas… —musitó la gobernanta sacando un pañuelo de su bolsillo.

Cecilia sorbió y se limpió los ojos con el dorso de las manos, pero no sirvió de nada.

—¿Y usted no va *nu nu nnnunca* a bailes y *fff fffiestas*? —preguntó Ruby con curiosidad mientras Cecilia le tomaba medidas.

—No.

—¿Por qué? —se aventuró Evie, que a sus nueve años era la mayor de todas.

—Se cansó —intervino Heather acariciando la muselina rosa con los dedos—. Fue a tantos bailes y eventos, que se cansó.

—¿Se cansó, señorita? —preguntó de nuevo Ruby.

Lavinia asintió con la cabeza y Matilda tiró de la falda de su vestido para llamar su atención.

—Dime, pequeña.

—Es usted muy guapa.

—Gracias —sonrió divertida agachándose para estar a su altura—. Tú también, y vamos a hacerte un vestido nuevo.

—¿Usted también se hará un vestido bonito?

—¿Mis vestidos no te parecen bonitos?

La niña se encogió de hombros antes de responder.

—Son todos iguales —dijo señalándolo.

—No son iguales —respondió Lavinia poniéndose de pie para

estirarse el corpiño.

—La señorita tiene un baúl lleno de vestidos preciosos —explicó Cecilia sin soltar la cinta métrica—. Lo que pasa es que no se los pone.

—¿Por qué no se pone vestidos bonitos? —insistió Matilda—. Yo quiero verla guapa.

—Quizá me ponga uno —dijo Lavinia que se sentía extrañamente alegre.

—¿De verdad? —Heather corrió hasta ella—. ¿Va a ir a un baile?

—No, pero me han invitado a una velada musical en casa de las señoritas Ashton.

—¿Una velada musical? —Heather tenía el ceño muy fruncido—. ¿En qué se diferencia eso de un baile?

—En que la gente no baila, solo escucha la música.

—A mí me gusta bailar —dijo Matilda dando vueltas por la habitación.

—Eso no es bailar —dijo Heather riéndose de ella.

—Ah, ¿no? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Señorita, ¿a que no se baila así?

—¿Queréis que os enseñe a bailar? —preguntó de pronto sin pensar.

Las niñas la miraron con ojos asombrados.

—Sí, por favor —pidió Evie.

Cecilia dejó que Ruby fuera con las demás.

—¿Ahora? —Lavinia se mostró sorprendida—. No me refería a empezar ahora mismo.

—Deberían estar todas —apuntó la doncella—. Y los muchachos. Así podría enseñarlos a bailar una cuadrilla.

Las niñas dieron palmas.

—¡Sí, señorita, por favor, por favor!

Matilda volvió a tirar de su vestido para llamar su atención.

—¿Puedo ponerme un lazo como Cecilia? —preguntó con las cejas levantadas.

Las dos mujeres se miraron y se echaron a reír.

—Claro que sí —dijo la doncella cogiendo a la niña en brazos—. Te coseré al vestido uno bien bonito.

Se le había pasado la hora del té y la señora Crone la miró con severidad cuando entró a la cocina.

—Estoy agotada —dijo sentándose en una silla de la cocina con la señorita Perkins pisándole los talones.

—¿Cómo no? Todo el día trabajando y se pone a bailar. ¿Es que no ve que es demasiado para usted?

—Usted ha trabajado tanto como yo y me saca unos cuantos años.

—Pero yo no peso como una pluma ni he estado en…

Lavinia la miró comprensiva: «ni ha estado en un sanatorio», pensó.

—Se va a poner enferma si sigue saltándose comidas y esforzándose tanto —comentó la mujer rebajando el tono.

Lavinia hizo algo que en otra época la habría escandalizado. Levantó un pie, lo apoyó sobre su rodilla, se quitó el zapato y masajeó sus dedos sobre la media con evidente deleite. Cerró los ojos gimiendo aliviada y la cocinera se echó a reír al ver la cara de la gobernanta.

—Quite esa cara, solo es un pie. —Cogió una taza—. Tómese un té, señorita, le hará bien. ¿Quiere comer algo?

—Si come ahora no cenará y seguro que la señora Dunlop le habrá preparado una buena cena —dijo la señorita Perkins.

—No comer por haber comido…

—… no es de buen marido —sentenció la gobernanta con expresión agria, sabiendo que la cocinera se refería justo a lo contrario.

—El té está bien —respondió Lavinia para que dejaran de discutir.

La señorita Perkins se agachó dispuesta a ponerle el botín.

—Ni se le ocurra —la detuvo Lavinia tajante—. Puedo ponerme el

zapato solita, gracias.

La mujer se apartó airada.

—Acábese el té y váyase a casa a descansar. Y mañana no debería venir. Tómese un par de días para hacer otras cosas. ¿Por qué no va a comprarse algo bonito?

—No necesito nada.

—He dicho «algo bonito» no algo útil.

—Tengo demasiadas cosas bonitas que no uso. ¿Para qué iba a querer comprar más?

—Qué cabezona es —musitó Orla Perkins desviando la mirada.

Lavinia contuvo una sonrisa y bebió su té en silencio. Cuando terminó, dejó la taza en su platito y se puso de pie estirando los músculos doloridos.

—Me ha gustado mucho volver a montar a caballo.

—¿Por qué no va mañana a pasear por Rotten Row? Póngase un vestido bonito y vaya a dar un paseo.

Lavinia sintió un pellizco al recordar otra época, cuando se paseaba por Hyde Park para lucirse y que todos la vieran. Casi sintió náuseas.

—Deje de preocuparse por mi salud, señorita Perkins, estoy perfectamente. Gracias por el té, señora Crone. Que tengan buena noche.

—oOo—

Cecilia la miraba con semblante sonriente disfrutando de su sombrero nuevo.

—Te queda muy bien —dijo Lavinia consciente de lo que provocaba su alegría.

Hacía un día soleado y era agradable pasear por St. James. Respiró profundamente para llenar sus pulmones, aunque el aire de Londres no era en absoluto limpio y fresco como habría deseado. Eso

era lo único que echaba de menos del sanatorio, las montañas y la calidad del aire.

—Heather disfrutaría paseando con nosotras.

—Desde luego, la que no disfrutaría sería usted.

—¿Por qué dices eso? Me gusta mucho estar con ella, me hace reír.

—¿Se imagina lo que dirían de ella todas estas personas? —La doncella bajó el tono para que solo ella la escuchara—. Es demasiado espontánea y eso no les gusta a los de su clase.

Tenía razón, cualquiera de las reacciones naturales y desinhibidas de Heather haría que la mirasen con desagrado. Se alegró de sentirse fuera de ese «ambiente» del que Cecilia hablaba. No se reconocía como parte de aquellos que la miraban sin disimulo, tratando de ver en ella algún vestigio de locura. Siguieron paseando y se cruzaron con una mujer acompañada de la niñera que llevaba a su bebé en los brazos e imaginó a Heather haciendo una de sus preguntas.

—¿De qué se ríe? —preguntó la otra con curiosidad.

—Me he acordado de una vez, cuando era niña, que le pregunté a mi madre de dónde sacaban las cigüeñas a tantos niños. Heather no se habría conformado con su respuesta.

La doncella soltó una carcajada.

—Es que es una tontería. No sé cómo los niños pueden creérsela. De donde yo vengo sabemos muy bien cómo nacen los niños.

—Pues ya ves, aquí en Londres viven completamente engañados.

—¿Hasta cuándo? —peguntó Cecilia. Lavinia la miró interrogadora—. ¿Cuándo se enteró de cómo nacían de verdad?

—Oh, pues, en una ocasión fui testigo del parto de una criada. Mi madre quiso que estuviese presente y me resultó aterrador.

—¿Aterrador? ¡Pero si es maravilloso!

—¿Maravilloso para quién? —espetó Lavinia con expresión anonadada—. Para la pobre mujer que aullaba de dolor, no, te lo aseguro. Y no era su primer hijo, había tres más correteando por su

diminuta casucha, mientras su marido estaba en la taberna celebrando antes de tiempo.

—Desde luego, eso es muy injusto. Nosotras tenemos que hacer todo el trabajo y ellos solo… ya sabe.

El rubor en las mejillas de su señora la hizo sonreír.

—¿Y por qué su madre quiso que lo viese?

Lavinia apartó la mirada incómoda.

—Mi madre… hacía esas cosas —musitó.

—Señorita Wainwright…

La voz de Emma Wilmot a su espalda la hizo detenerse. Se giró despacio y saludó a las dos hermanas con una inclinación antes de responder.

—Señora Wilmot. Señora Woodhouse.

Emma inclinó también la cabeza y Elinor sonrió abiertamente.

—Hola, Cecilia —saludó Emma—. ¿Cómo estás?

—Bien, señora. —Las saludó con una ligera genuflexión.

—Ya verás cuando le digamos a Hyacinth que te hemos visto —dijo Elinor.

La doncella elevó ligeramente la comisura de sus labios sin hacer ningún comentario.

—Qué bien que nos hayamos encontrado —siguió Elinor esta vez mirando a Lavinia—, me gustaría hacer una visita a su orfanato y no quería presentarme sin avisar.

—Pueden venir cuando gusten. Permítanme darles las gracias por todo lo que nos enviaron.

—No hay nada que agradecer —dijo Emma afable.

—Y no quiero que piense que me otorgo algún derecho por ese motivo —puntualizó Elinor—. Si no está de acuerdo en recibir visitas, dígalo sin reparos y lo entenderé.

Lavinia agradeció su consideración y sonrió.

—De verdad, vengan cuando quieran.

—Lo que está haciendo con esos niños es maravilloso —dijo

Emma sincera.

—¿No traen a sus niños? —preguntó buscando a las niñeras.

—Los hemos dejado con nuestra madre para hacer unos recados y Elinor ha insistido en que debo hacer ejercicio si quiero que el bebé salga cuando debe. —Se acarició la barriga.

—¿Ya ha salido de cuentas?

—No, me quedan aún quince o veinte días.

—Está enorme —dijo Elinor con cara de susto.

—Gracias —ironizó su hermana.

—No sé cómo vas a manejarte con tres criaturas. —La pequeña de las Wharton se llevó una mano a la frente con incrédula expresión—. No digamos usted, que tiene un montón de criaturas. ¿Cuántos son?

—Veintiuno.

—¡Veintiún niños! —exclamó— ¡Dios Santo! ¿Y de qué edades?

—Los más pequeños, Jacob y Alice, tienen dos años y el mayor, Christopher, diez. Los demás están repartidos.

—Está embarazada —le explicó Emma—, por eso le asusta tanto.

—Enhorabuena —le deseó Lavinia—. Seguro que se manejará bien.

—Supongo que tendrá mucha ayuda —dijo Elinor después de agradecerle su buenos deseos.

—Sí, desde luego. Cuando venga a visitarnos se lo explicaré con más detalle. Además, los niños también se ayudan entre ellos.

—Imagino que tendrán maestra —intervino Emma.

—Aún no, pero llegará pronto. He tenido algunas dificultades para encontrar a alguien que… quisiera trabajar para mí.

Emma se mostró desconcertada.

—¿Dificultades?

—Pero ya está solucionado —se apresuró a decir, lo último que quería era contarle a las Wharton sus múltiples problemas domésticos.

—Si vuelve a tener inconvenientes de ese tipo, no dude en decírnoslo —propuso Emma interrumpiendo sus pensamientos.

—Desde luego —afirmó Elinor—. ¿Necesita cubrir algún otro puesto?

—La dejamos continuar con su paseo —dijo Emma consciente de que la estaban haciendo sentir incómoda—. Que tengan un buen día.

—Iré a visitarles —advirtió Elinor como si de una amenaza se tratase.

Lavinia sonrió y siguieron su camino.

—Que agradables son, ¿verdad? —dijo Cecilia—. ¿De verdad no eran amigas?

Su señorita negó con la cabeza sin decir nada.

—Pues podrían serlo.

Si supieras lo mal que me porté con ellas, verías que no es posible.

La miró de soslayo.

¿Tu amigo, el señor McEntrie no te lo ha contado? Seguro que sí, y os admiráis de que no me apedreen cuando voy por la calle.

Se sentía incómoda con él porque estaba segura de que conocía todas las verdades que ella querría hacer desaparecer. Pero no se puede borrar el pasado. Está ahí, impertérrito, amenazante y cruel, esperando a que nos confiemos para saltarnos al cuello.

—Señorita Wainwright, que inesperado placer.

Si no hubiese estado distraída con sus pensamientos habría podido dar la vuelta para no tener que hablar con él.

—Señor Black —respondió a su saludo.

—¿Ha pensado en lo que hablamos?

—No hay nada que pensar, señor Black, como le dije, no estoy interesada en vender mi casa.

—Vamos, señorita Wainwright, el señor Drummond está dispuesto a pagarle mucho más de lo que vale y usted ni siquiera vive allí.

Lavinia respiró hondo y se obligó a mantener la calma.

—Lo siento, pero tengo prisa. Que tenga un buen día.

—El señor Drummond sigue queriendo que vaya a visitarlo. Es un

hombre paciente y aprecia mucho a su familia, pero si fuera usted no tensaría la cuerda demasiado, señorita Wainwright.

—Señor Black, no voy a vender la casa, que, como sabe, ahora es un orfanato. Le agradecería que dejase de molestarme con este tema, pues le aseguro que no hay ninguna posibilidad de que cambie de opinión.

—¿A pesar de conocer el proyecto del señor Drummond de construir allí un gran hospital?

—Hay muchos lugares donde pueden construirlo, no es necesario hacerlo precisamente ahí. Esa casa es mía y no está en venta.

—Estoy seguro que no le gusta revivir los recuerdos de lo sucedido, por eso vive en Ledford Street. No sea testaruda y póngale un precio, el señor Drummond será generoso, no le quepa duda.

Lavinia respiró hondo por la nariz, no soportaba a ese hombre, pero su insistencia rayaba ya en el acoso.

—Buenos días, señor Black.

Cecilia cerró la boca que tenía abierta desde que se inició la conversación y la siguió sin decir una palabra.

Capítulo 6

Ewan sostenía a Adam en sus brazos frente a la ventana abierta del dormitorio. Bonnie, tumbada en la cama y con mirada somnolienta, escuchaba las explicaciones de su esposo arqueando una ceja con preocupación.

—… y ese de allí es Tadhg, algún día podrás montarlo.

—Algún día dentro de mucho tiempo —puntualizó la madre del pequeño.

Ewan se giró para mirarla con una cálida sonrisa y Adam extendió los bracitos pidiendo ir con ella. Lo dejó en brazos de su madre al tiempo que se sentaba en la cama.

—Está claro que los dos te preferimos a ti —dijo acariciándole el rostro.

Su esposa giró la cabeza para depositar un beso en su mano y luego le hizo unas carantoñas al pequeño que se rio satisfecho.

—¿Adónde vas? —preguntó cuando Ewan se puso de pie dispuesto a salir del cuarto.

—Gaoth me preocupa. Voy a ir hasta San Columba con él y haremos unas cuantas pruebas.

—¿Crees que está peor?

Ewan asintió.

—Kenneth se llevará un disgusto si le pasa algo a ese caballo.

Su marido se inclinó para besarla en los labios y ella le sujetó por la nuca para que no se apartara. Ewan no se resistió y profundizó en el beso hasta dejarla completamente satisfecha. Cuando se separó, los dos tenían una mirada brillante y feliz. Él le dio un beso al pequeño en la cabeza y salió del cuarto.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó al ver a su padre montado en su caballo.

—La viuda de Kiefer McLaughlin ha vuelto a Lanerburgh y quiere

comprar varios caballos de tiro. El reverendo Campbell me ha pedido que la atienda personalmente. Su marido y él eran muy buenos amigos y se siente responsable de ella.

—Se marchó a Inglaterra antes de que yo naciera —dijo Ewan.

—Sí y creía que se quedaría allí para siempre. No tuvieron hijos, así que nada la ata a esta tierra, no sé por qué ha vuelto. La cuestión es que tengo que encargarme yo de esto, con el trabajo que tengo. —Se lamentó.

—No se le puede decir que no al reverendo Campbell —se rio Ewan caminando de espaldas hacia las caballerizas—. Es lo que tiene deber favores.

—Yo no le debo nada —protestó Craig ceñudo.

Ewan se dio la vuelta y se alejó acelerando el paso y su padre masculló algo ininteligible entre dientes.

Olivia McLaughlin contemplaba sus tierras con una mano en la frente para tratar de tapar el sol que brillaba con fuerza en el firmamento. Llevaba un sencillo vestido marrón, más propio de una campesina que de una dama, y un delantal gris cuyas manchas la habrían avergonzado frente a sus refinadas amigas inglesas. Todavía no sabía muy bien qué hacía en aquella tierra de la que se fue hacía ya más de veinticinco años con el corazón roto y el alma ausente. Se giró a mirar la casa, vieja como ella, y tan gris como había sido su vida todos los años que pasó en Londres. La muerte de su madre, tres años después de la de su padre, fue el detonante que hizo que se decidiera a marcharse. Y Hannah, su hermana pequeña, que podía ser muy convincente cuando se lo proponía. Según ella ya no les quedaba nada en Inglaterra ni en ninguna parte, así que la convenció de volver al único lugar en el que había sido feliz, aunque fuese tan poco tiempo. Si entornaba los ojos y usaba la poca imaginación que le quedaba, casi podía ver a Kiefer con un hombro apoyado en la pared junto a la puerta de entrada, sonriendo divertido mientras esperaba que ella

corriese a abrazarlo. Y no le dolió. Resultaba casi mágico ver el poder que tenía el tiempo para acallar las emociones.

Escuchó el galope de un caballo y se volvió hacia el camino para ver quien llegaba. Con el sol dándole de lleno en los ojos apenas pudo vislumbrar una figura oscura y poderosa sobre el caballo, pero no fue hasta que lo tuvo delante haciéndole sombra que reconoció a Craig McEntrie.

—Olivia —la saludó sin desmontar.

—Craig —respondió ella con una ligera sonrisa—. Cuánto tiempo.

El escocés descabalgó y se quitó uno de los guantes para tomar su mano y besarla con cortesía. Cuando la miró tenía una chispa burlona brillando en su pupila.

—No has cambiado nada.

—Tú tampoco, sigues siendo tan mentiroso como siempre, pero mucho más viejo.

Craig soltó una carcajada y ella le hizo un gesto para que la siguiera.

—¿Todavía te gusta el café o ya eres de los que toman té a media tarde?

—Prefiero el café.

Caminaron hasta la casa y antes de entrar dejaron al caballo pastando fuera.

Sentados frente a sendas tazas de café se contaron su vida.

—¿Vas a criar vacas? —Se sorprendió él—. ¿Qué sabes tú de ganado?

—No mucho, la verdad —reconoció Olivia—, pero algo tengo que hacer con mi vida. Dispongo de dinero para comprar unas cuantas reses y también esos caballos que te he pedido. Además he contratado una cocinera y un matrimonio para que me ayuden con las tareas de la casa y la granja. ¿Crees que necesito un mayordomo? No veo la utilidad y no quiero derrochar el dinero. Tiene que durarme hasta que me muera.

Craig seguía mirándola con aquella expresión de incredulidad y la mujer se recostó en el respaldo de su butaca.

—Piensas que es una estupidez. Que debería limitarme a dejar que pasen los días y los años hasta que me llegue la hora.

Craig se encogió de hombros.

—Sería lo más cómodo. Con el dinero que tienes podrías llevar una vida muy tranquila y sin complicaciones. Una granja da trabajo y siempre hay problemas…

—¿Y no es eso la vida, en realidad? ¿Problemas y trabajo? —Sonrió burlona, pero enseguida borró todo artificio y lo miró con sinceridad—. Eso es lo que he estado haciendo todos estos años, Craig. Después de morir Kiefer yo también me morí un poco. O mucho. La cuestión es que he sido una planta durante todo este tiempo. Me limitaba a hacer lo que los demás esperaban que hiciera y el resto del tiempo me quedaba sentada esperando…

—Estás demasiado ágil para haberte pasado veinticinco años sentada —se burló él.

—Quiero hacer algo antes de morirme —insistió ella.

—¿Y por qué vacas?

—¿Qué me sugieres?

—Antes montabas bien, muy bien, de hecho.

—¿Me estás hablando de caballos?

Craig se encogió de hombros de nuevo.

—¿Por qué no?

—Pero… vosotros criais caballos.

—Sobre todo purasangre y de carreras. Podríamos dejar el mercado de los caballos de tiro y labranza si hubiese alguien más que se ocupase de ello. Nos quita tiempo y sería un alivio, la verdad.

Olivia entornó los ojos mirándolo incrédula.

—¿Me estás proponiendo un negocio, Craig McEntrie?

—Podríamos venderte un par de yeguas y un semental a buen precio. También puedo suministrarte algunos potrillos para que

empieces. Te haremos un precio de amiga y puedes pagarme a plazos.

Olivia no salía de su asombro. No es que tuviese la menor idea de criar vacas, pero Kiefer siempre había querido ser granjero y ella pretendía cumplir su sueño por él. ¿Caballos? Sabía montarlos, es cierto, y muy bien como había dicho Craig, pero…

—Puedes venir a *Slioscreige*, mis muchachos te enseñarán todo lo que necesitas saber —afirmó rotundo.

—Pero…

—No sabes nada de caballos, lo sé, pero no creo que sepas mucho de vacas y ahí no voy a poder ayudarte.

—No tienes por qué ayudarme.

—Claro que sí. Has vuelto. Y somos amigos.

—Lo éramos hace un millón de años —dijo ella sonriendo—. Ha pasado toda una vida. Por cierto, ahora que has mencionado a tus muchachos. No sabes cuánto te envidio.

—Se necesitan dos para eso y tú has permanecido sola desde que murió Kiefer. ¿Por qué no volviste a casarte?

Olivia se encogió de hombros.

—Al principio estaba destrozada y no podía ni pensar en semejante posibilidad. Después mi padre enfermó y me dediqué a cuidarlo. Eso llenó de algún modo mi vida y me olvidé de mí. El recuerdo de Kiefer tenía que ser suficiente.

—¿Y lo fue? —preguntó él con franqueza.

—Sí, lo fue.

—Eras muy joven cuando te marchaste. No deberías haber permanecido sola todo este tiempo.

—Me sorprendió saber que Daphne fue la última para ti —dijo sincera y sin el menor rastro de crítica.

—No me casé con tres mujeres porque fuese un libertino o porque no pudiera estar solo.

—Fue por tus hijos.

—Sé que muchos pensaron que solo quería mantener mi cama

caliente, pero… —Negó con la cabeza.

Olivia siguió con el dedo el borde del platito en el que se apoyaba su taza. Su mente viajó hacia atrás, hasta el funeral de Daphne y cuando posó sus ojos en Craig ninguno necesitó decir nada para saber lo mucho que el otro había sufrido.

Él la recordaba, serena y triste, el día que enterró a su esposo. Los ojos hinchados de tanto llorar, pero sin más lágrimas que verter. Sus pequeños pies se arrastraron cuando se alejó por el camino que llevaba hacia su casa. En Lanerburgh no tenía familia, todos sus parientes estaban en Inglaterra, y la familia de Kiefer nunca la quiso, así que la dejaron sola. Por eso la siguió, sin acercarse, a una prudencial distancia. Por si se derrumbaba. Por si se perdía. La siguió hasta verla desaparecer en el interior de su casa y después volvió a *Slioscreige* y continuó con su vida. La olvidó como todos, hasta el día que supo que se marchaba.

Ella pensaba en Daphne y su corazón se esponjó como un bizcocho recién horneado. La recordaba como la mujer más adorable y buena que hubiese conocido. Si ella hubiese estado el día que enterró a su esposo no se hubiera sentido tan sola. La habría abrazado y le habría dado consuelo, estaba segura. Todavía dolía recordar aquellos tiempos. La fría soledad que sintió en aquella casa a la que ahora había vuelto no sabía muy bien por qué.

—Caballos… —musitó.

—Con eso nosotros sí podemos ayudarte.

La comisura de los labios de Olivia se elevó despacio hasta dibujar una ilusionada sonrisa. Asintió con la cabeza.

—Caballos —afirmó de nuevo y extendió la mano para que él la estrechara.

Craig lo hizo sonriendo también.

—Tendré que hablar con Hannah, pero seguro que estará de acuerdo —dijo Olivia mirando instintivamente hacia la puerta.

—Recuerdo vagamente a una niña muy espabilada y un poco

preguntona.

—Pues no ha cambiado mucho, a pesar de los años que han pasado sigue siendo igual de preguntona y mucho más espabilada. De hecho, fue ella la que me convenció de regresar. No le gustan los ingleses.

—Mira, ya tenemos algo en común —se burló Craig—. Aquí encontrará a muchos con los que despotricar de sus compatriotas.

—El dinero que iba a invertir en esta empresa es de las dos, así que tendré que hablarlo con ella. Pero me da a mí que la idea de criar caballos le va a gustar más que la de las vacas. Ahora no está, ha ido a Lanerburgh a comprar algunas cosas que necesitaba.

Craig se puso de pie para marcharse, había pasado mucho más tiempo del que esperaba que durase aquella visita.

—Me he alegrado mucho de verte —dijo sincero.

—Y yo. —Sonrió Olivia.

—Hablad y me contáis lo que hayáis decidido almorzando en *Slioscreige* un día de estos. Te presentaré a mis muchachos y a sus esposas.

—¿Ya están todos casados? —preguntó acompañándolo.

—Todos menos Brodie.

—Lo vi en Londres. Es un muchacho encantador. Sé que trabaja para Joseph Burford y está muy bien relacionado. Meredith Wharton no hablaba más que maravillas de él, lo aprecia mucho.

—La hermana del barón de Harmouth, Elizabeth, es la esposa de Dougal.

Olivia sonrió al tiempo que asentía.

—Algo había oído. Estoy deseando conocerla, pero primero tenemos que acabar de instalarnos.

—Cuando quieras.

{}{}{}

—¿Otro torno?

Olivia miraba a su hermana con expresión incrédula y Hannah sonreía como hacía siempre que la regañaban.

—Es magnífico, ya lo verás. Es así de grande y ocupa todo esto —dijo moviéndose por el salón.

—¿Cómo lo has conseguido?

—He visitado al maestro alfarero del que te hablé…

—¿Has ido sola a verlo?

—¿A quién querías que llevara conmigo?

—A uno de los criados.

—Bastante trabajo tienen los pobres poniendo a punto esta vieja casa.

En eso tenía razón y Olivia no pudo contradecirla.

—¿Pero para qué necesitas otro torno? Te has traído dos de Londres, ¿es que no son suficientes?

—Lo he visto y no he podido resistirme.

—Pues tendrás que aprender. Si llevamos adelante esta empresa, no podemos derrochar el dinero en cosas innecesarias.

—¿De verdad Craig McEntrie te ha ofrecido asociarse contigo? —Hannah se dejó caer en la butaca y elevó las piernas por encima de uno de los brazos con el consiguiente gesto de su hermana para que se sentara como una dama—. ¿No te cansas nunca? Sabes que no tengo arreglo, es hora de que me aceptes como soy.

—Hannah…

La otra sonrió con cariño.

—Olivia, ¿no ves que no importa? He cumplido cuarenta años y para el mundo soy una anciana, solterona y fea, que no merece la menor atención. Eso tiene sus ventajas, no creas, y pienso aprovecharlas todo lo que pueda.

—No hables así de ti —dijo la otra sentándose frente a ella en el sofá—. Madre se enfadaría si te oyera.

—Porque me parecía a ella. —Sonrió con cariño.

—¿Estás diciendo que madre era fea?

—Cuando era joven sí lo era, recuerda aquel retrato tan horroroso que tenía padre en su escritorio.

—A él le gustaba.

—Y creo que fue eso, precisamente, lo que hizo que mejorara con los años. Su amor la hizo hermosa, como en un cuento.

—No digas tonterías. —Olivia movió la cabeza molesta.

—Tú te quedaste con toda la belleza de la familia, hermanita. —Se encogió de hombros—. Pero no me quejo, a mí me dieron un portentoso cerebro y unas prodigiosas manos capaces de crear esa belleza de la que carezco.

Hannah era una maravillosa escultora, alfarera y pintora. Destilaba arte por todos sus poros y era capaz de transmitir sus emociones a los objetos que creaba. Olivia la quería con locura, pero no estaba ciega y sabía que su hermana carecía de las características naturales por las que un rostro se consideraba dotado de belleza. La asimetría en sus facciones, una boca *demasiado* pequeña, una nariz *ligeramente* desviada, unos ojos *ligeramente* saltones… Nada en ese rostro podía considerarse hermoso si se analizaba por separado. Sin embargo a ella le parecía hermosa, de un modo distinto y casi salvaje. Hermosa por lo vivarachos que eran esos ojos y la manera en la que su boca sonreía. Hermosa porque era capaz de expresar en sus facciones lo maravillosa que era por dentro. Si no hubiese sido por su hermana, su vida habría sido un yermo triste y desolado. Sonrió con cariño.

—Hoy acabarán de arreglar tu taller —dijo en voz alta.

Hannah bajó los pies al suelo y la miró entusiasmada.

—¿Ya han quitado esas horribles cortinas?

—No eran horribles.

—¿Que no? —Hannah se levantó para acercarse hasta la ventana—. Estas también tendrías que cambiarlas. ¿No ves lo anticuadas que están?

—No sabía que te importase tanto la moda.

—No es una cuestión de moda y lo sabes.

—Desde luego. —Olivia la señaló de arriba abajo—. Ese vestido que llevas ya estaba anticuado cuando lo hicieron.

Hannah se miró y luego se encogió de hombros.

—Cumple su servicio.

—Te gastas más dinero en delantales que en vestidos.

—Son más necesarios y se estropean más rápido.

—¿Vendrás a comer conmigo a casa de los McEntrie?

Hannah negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—No seas tonta. —Olivia se puso de pie—. Craig ya te conoce.

—Pero entonces era una niña.

—No puede ser que te importe lo que piensen de ti.

—No me importa, pero odio ver la expresión de la gente la primera vez que me ven. Te miran a ti y piensan, ¡no es posible que sean hermanas! —exclamó haciendo aspavientos.

—Hannah…

—Que no —negó la otra con la cabeza—. Ve tú y diles que sí. Te encantan los caballos, es perfecto, no sé cómo no se nos ocurrió a nosotras.

—No podíamos competir contra su experiencia.

Hannah sonrió divertida.

—¿Quién nos iba a decir que Craig McEntrie se ofrecería a ayudarte? —Caminó hacia la puerta—. Voy a ver el taller, ¿vienes?

Olivia se mordió el labio pensando en lo que se le venía encima y después de unos segundos la siguió.

{}{}{}

Observaba con disimulo y silenciosa admiración a la enorme familia de Craig. Sus hijos eran hombres magníficos y habían conseguido esposas tan maravillosas como ellos. Los veía charlar amable y afectuosamente, reír y atacarse con evidente cariño. Su

corazón, que durante años había permanecido congelado, sintió un ligero calor en su núcleo y por más que trató de apagarlo, nada pudo hacer. Sabía que si despertaba traería consigo el dolor que escondía y no quería por ello que volviese a la vida.

—Podemos cederle cuatro potrillos, padre —decía Dougal—. Con dos tardará el doble en crecer su granja. Y de las tres yeguas, una puede ser Rionnag que está a punto de tener a su potrillo.

Craig asintió complacido de la buena disposición de sus hijos.

—Habrá encontrado la casa muy deteriorada, después de tantos años cerrada —dijo Elizabeth—. Si necesita cualquier cosa…

—Siempre que paseaba por sus tierras me preguntaba por qué nadie ocupaba una propiedad tan hermosa —dijo Augusta—. ¿Nunca se planteó venderla?

Olivia negó con la cabeza.

—Mi marido y yo compramos la propiedad con mucha ilusión. —Desvió la mirada hacia Elizabeth para responder a su generoso ofrecimiento—. Sin ánimo de aprovecharme de su amabilidad, le estaría muy agradecida si me indicase dónde compró las preciosas cortinas que he visto antes en su salón. Me temo que las tiendas a las que yo solía ir, ya no existan o no sean de absoluta confianza por haber cambiado de dueño.

—Podríamos ir juntas a Lanerburgh, si le apetece —se ofreció Elizabeth de nuevo.

—Yo voy con vosotras —dijo Enid con evidente ilusión.

—Mi hermana no deja de insistirme en que debo cambiar las cortinas y tiene razón. Y también necesitamos ropa de cama.

Las mujeres sonrieron con complicidad.

—Por supuesto, la acompañaremos —afirmó Elizabeth—. Esperábamos conocer a su hermana también. ¿Por qué no ha venido?

—Oh, Hannah es muy… introvertida. No le gusta mucho relacionarse y menos en reuniones en las que hay mucha gente.

—Entiendo —afirmó Elizabeth comprensiva—. Quizá se anime a

tomar el té alguna tarde.

—Iremos nosotras a visitarla —dijo Enid con total inocencia.

—¿Le gusta leer, señora McLaughlin? —preguntó Bonnie.

—¡Oh, desde luego! He traído unos cuantos libros, pero me sonrojo al pensar en la biblioteca de *Slioscreige*.

—Si quiere adquirir algún nuevo ejemplar, puedo acompañarla a la librería del señor Kinkaid.

—Me encantaría —afirmó con una sonrisa.

—Tenga cuidado —advirtió Rowena con expresión burlona—, Bonnie es una auténtica embaucadora, si se descuida la empujará a comprar todo lo publicado en el último año. Desde que está en la familia, la biblioteca de *Slioscreige* crece a una velocidad vertiginosa.

—No soy la única que compra libros aquí. Kenneth, sin ir más lejos…

—A mí no me metas —la cortó su cuñado—. Yo no vivo aquí y los libros que compro están en nuestra casa.

Bonnie le hizo un gesto de burla y él sonrió divertido.

—Debo continuar con el legado —dijo ella.

—Y yo debo crear el mío propio —sentenció él.

—No quiero que a mi hijo le falten lecturas cuando sepa leer —dijo Enid.

—Lo mismo digo. —Kenneth se llevó un pedacito de carne a la boca.

—Cai y Adam tienen la misma edad, ¿verdad? —intervino Olivia con simpatía.

—Se llevan apenas un mes.

—Es sorprendente lo mucho que se parecen, a pesar de… —se interrumpió de golpe.

Kenneth la miró afable.

—No tema hablar de ello, nuestras madres no son un tema tabú en esta familia.

—Está claro que la herencia de Craig es mucho más fuerte de lo

que lo fue la de sus esposas —dijo Rowena mirando a su suegro divertida—. Todos sus hijos se parecen a él y sus nietos van por el mismo camino.

—Nessa se parece a Enid —dijo Lachlan.

—Y Nuna a Elizabeth —aclaró Dougal.

—Claro que sí —se burló Rowena—. Si seguís repitiéndolo quizá convenzáis a alguien…

—Alguien que no haya visto a las niñas —musitó Augusta.

Las mujeres McEntrie movieron la cabeza mirándose con complicidad. Habían tenido que asumir que su presencia en el físico de sus hijos e hijas era meramente testimonial. La de sus maridos era demasiado poderosa para poder luchar contra ella.

—Adam es igualito que yo —afirmó Ewan enormemente satisfecho—. Ya os lo decía y no me hacíais caso.

—Al principio parecía que sería como Bonnie —comentó Caillen —. No sé qué ha pasado.

—Siempre es igual —dijo Enid—. Cuando nacen tienen algo que recuerda a nosotras, pero según van creciendo vuestras facciones emergen de la nada y nos anulan por completo.

—De la nada, no creo —puntualizó su esposo con mirada burlona.

Enid amplió su sonrisa y Olivia no pudo evitar contagiarse de ella. Se les veía tan enamorados y felices…

—Ojalá hubiera tenido hijos —musitó sin pensar.

El comedor se llenó de silencio.

—Oh, no pretendía… —Los miraba a todos con visible incomodidad—. Era un comentario sin importancia.

—Se quedó viuda muy joven —dijo Elizabeth con naturalidad.

La invitada asintió intentando no mostrar pesar en su rostro.

—Con veintidós años. —Movió la comida con expresión distraída —. Cuando nos casamos, mi marido ya estaba enfermo. Él no quería casarse por eso, pero yo insistí. Creí que podría…

Dejó el tenedor y cogió la copa para beber un sorbo de agua.

Cuando la dejó de nuevo en la mesa seguían mirándola con atención.

—Cuando eres joven y estás enamorada crees que podrás luchar contra cualquier cosa y que saldrás vencedora. La vida me enseñó lo exiguas que eran mis habilidades.

—Hay cosas que no podemos controlar —dijo Craig asintiendo.

—¿Su hermana no se ha casado? —preguntó Enid sin maldad.

—No.

—Bueno, así habrán podido estar juntas todo este tiempo —siguió Enid que no se percató de la mirada que le lanzaba Elizabeth—. Deben estar muy unidas.

—Lo estamos —respondió Olivia, incómoda por la evidente tensión que percibía en las demás mujeres de la mesa—. Hannah es una persona muy especial. Es escultora.

—¿Escultora? —Rowena la miró sorprendida.

—Sí, sé que es muy raro.

—Raro y… maravilloso —afirmó Rowena.

—Nuestro padre era médico y él le enseñó todo lo que necesitaba saber sobre anatomía. A Hannah se le daba muy bien dibujar y nuestro padre creyó que esas serían sus inclinaciones.

—Augusta también dibuja —intervino Caillen—, y muy bien, por cierto.

—No me compares con una artista —pidió su esposa algo avergonzada—, en mi caso solo es una distracción.

—¿Y cómo se decantó por la escultura? —volvió a preguntar Rowena—. ¿Dónde estudió? No creo que en las academias de arte se permita la asistencia de mujeres.

—No, desde luego. Recibió clases de John Flexman y…

—¿John Flexman? —Augusta soltó el tenedor mirándola con los ojos muy abiertos—. ¿John Flexman dio clases de escultura a su hermana?

—Veo que lo conoce.

—¿Es el autor de las ilustraciones de «La Divina Comedia», de

Dante? —preguntó Bonnie.

—Así es —afirmó la invitada.

—Y de la «Ilíada» —añadió Kenneth.

—¿También es escultor? —Se sorprendió Rowena.

—Sí y da clases en la *Royal Academy* —siguió Olivia—. Pero cuando tomó a mi hermana como alumna todavía no era profesor. De eso hace ya… muchos años.

—No sabía que hubiese mujeres escultoras —dijo Enid—. Supongo que hará obras pequeñitas.

Olivia se mordió el labio conteniendo una sonrisa.

—Una de sus mayores obras se titula «Atenea encadenada» y mide más de seis pies de alto.

—¡Dios santo! —exclamó Enid sorprendida—. Debió pasar mucho tiempo encaramada a una escalera.

Olivia ya no pudo evitar su sonrisa y asintió afable.

—Hemos tenido que adecuar una de las habitaciones de la casa para convertirla en su taller. Ha habido que construir un andamio y se necesita mucho espacio para…

—¿Un andamio? —Enid estaba anonadada.

—Algunas de sus obras son realmente grandes.

—Qué interesante —dijo Ewan.

—Estoy deseando verlo —afirmó Rowena.

—Y yo —añadió Bonnie.

—Están todos invitados —dijo Olivia sintiendo la fría mano de su hermana alrededor de su cuello.

El patriarca de los McEntrie la acompañó hasta su carruaje y Olivia se giró a mirarlo antes de poner un pie en el escalón.

—Me maravilla la familia que has construido, Craig.

—Es lo mejor que he hecho en mi vida. No me los merezco, después de lo mal que lo hice.

—¿Mal? ¿Qué hiciste mal? Siempre trataste de ser justo y de

poner las cosas en su sitio. Eso decía Kiefer de ti, que siempre intentabas arreglarlo todo y que por eso…

Craig respiró hondo consciente de a qué se refería, pero no dijo nada.

—Cuando decidí regresar no me imaginaba que recibiría la ayuda de nadie. Todos estos años me he sentido como un barco a la deriva y ahora… Caballos… —Sonrió divertida—. Me gusta montar y la idea me resulta… estimulante.

Craig sonrió también.

—Me alegra oírlo, porque en esto vamos a poder facilitarte mucho las cosas.

—Gracias, Craig. —Su mirada se transformó dándole una expresión mucho más jovial—. Gracias por abrirme los ojos a tiempo. No sé qué habría hecho con un montón de vacas.

—Hombre, habrías tenido la leche asegurada —se burló ayudándola a subir al carruaje.

Cerró la portezuela y dejó las manos apoyadas en el hueco de la ventanilla.

—Cuando quieras empezar te enseñaremos todo lo que necesitas saber. Eso sí, ven vestida con ropa adecuada, esto que te has puesto hoy no sirve.

—Quería impresionar a tu familia.

—Pues lo has conseguido, no te quepa duda. —Se apartó para dejar al cochero maniobrar—. Saluda a Hannah de mi parte.

Olivia sacó una mano por la ventanilla y le dijo adiós antes de que el vehículo girara.

—¿Vosotros creéis…? —inició Kenneth.

—Ni lo digas —lo cortó Dougal.

—Pero…

Su hermano mayor lo miró con una seria advertencia en los ojos.

—No estaría mal —apuntó Ewan.

—A mí me gustaría —añadió Lachlan.

—A todos —sentenció Caillen.

Dougal bufó como un caballo y se alejó de ellos para volver a la casa.

—Iré a buscar a Rowena para regresar a casa —dijo Kenneth entrando tras él.

Los otros tres se quedaron un poco más, hasta que vieron que el coche maniobraba para alejarse. Antes de que su padre los viera allí parados cotilleando se apresuraron a entrar. Craig permaneció un rato disfrutando de la calidez de la tarde. Y sonrió.

Capítulo 8

Ysobel Duffield no parecía una maestra. Era una mujer bajita y menuda, pero con una fuerte personalidad que contrastaba con su delicado aspecto. Cuando la conoció, Lavinia se sintió inmediatamente subyugada por la seguridad que desprendían sus movimientos y sus palabras. Parecía una mujer que no le temía a nada. Su pelo rubio estaba perfectamente sujeto en un austero recorrido y sus ojos azules la miraban con fijeza y sin disimulos.

—¿Le parece bien? —preguntó la maestra.

—¿Cómo? —Lavinia la miraba confusa.

—El horario, le preguntaba si le parece bien.

—¡Oh, sí, muy bien! —Se agarró las manos para intentar ocultar su nerviosismo—. No sea muy estricta al principio, recuerde que esos niños no están acostumbrados a…

—Por eso no se preocupe —la cortó con suavidad pero firme—. Sé muy bien cómo hacer mi trabajo. ¿No es por eso que me ha contratado? Quiere hacer de estos niños hombres y mujeres de provecho, y eso no se consigue con dulces o caricias, sino con conocimiento y mano dura. Haré que se conviertan en personas útiles a nuestra sociedad, mientras usted se ocupa de que estén bien alimentados y cuidados. Cada una hará su cometido sin interferir en el de la otra, ¿no es eso lo que acordamos?

Lavinia asintió y se preguntó por qué se sentía tan intimidada por su presencia. La Lavinia de antes no habría consentido…

—¿Puedo ver ya mi clase? Supongo que habrá adecuado el aula según mis indicaciones.

—Por supuesto —dijo la anfitriona caminando hacia la puerta—. Sígame.

Ysobel observó la enorme estancia y revisó cada uno de los pupitres y su colocación. Se acercó a los ventanales para observar el

exterior y luego miró a Lavinia con evidente satisfacción.

—Veo que ha tenido en cuenta todo lo que hablamos, muy bien. La ubicación es perfecta, lo bastante alejada del resto de estancias para que no nos moleste el trajín de los más pequeños, y en la parte de atrás para que tampoco reciban estímulos del exterior. Muy bien, señorita Wainwright.

Lavinia se sintió como si fuese uno de los niños que iban a estar a su cargo. Resultaba chocante su autoridad cuando le sacaba más de una cabeza.

—Tendrá a los niños que están entre los cinco y los diez años. Los mayores podrán ayudarla cuando así lo requiera, a mí me han…

—No se preocupe por el funcionamiento del aula, señorita Wainwright. Usted asegúrese de que los niños no falten a mis clases ningún día, salvo por una causa realmente grave. No tolero la impuntualidad, las ausencias injustificadas ni las faltas de respeto. —Se detuvo frente a ella y la miró elevando la barbilla—. Tampoco me gustan las intromisiones. ¿Es usted partidaria del castigo físico?

—Ante un hecho grave, por supuesto, pero no…

—Me alegra oírlo, no es que vaya siempre con la vara en la mano, pero de ser necesario usarla no dude que lo haré.

Alguien tocó a la puerta con los nudillos y Lavinia hizo el amago de sonreír, aunque no estaba muy segura de si a la maestra le parecería bien, así que se contuvo.

—¡Adelante! —se adelantó la maestra elevando la voz.

La puerta se abrió y en perfecto orden entraron los quince niños que acudirían a las clases desde ese primer día.

—Colóquense en los pupitres por orden de altura —ordenó la maestra—. Los más altos, al fondo.

—Señorita —dijo un muchacho con el pelo rizado y ojos curiosos—. Yo soy bajito, pero soy el mayor.

—He dicho por orden de altura.

Lavinia le hizo un gesto a Christopher para que se sentara sin

protestar, y el niño lo hizo, con evidente disgusto, en la misma fila que Will, quien tenía dos años menos que él. Cuando todos estuvieron colocados, la maestra apartó los pupitres sobrantes, haciéndole un gesto a Lavinia para que se abstuviera de ayudarla.

—Bien —dijo la maestra—. Soy la señorita Duffield y así deberéis llamarme. Ahora os presentaréis uno a uno para que os conozca. Os pondréis de pie y me diréis vuestro nombre y tres características de vuestro carácter. En primer lugar lo que no os gusta de vosotros, a continuación lo que creéis que no les gusta a los demás y por último aquello que pensáis que se os da bien. ¿Me habéis entendido? Podéis preguntar ahora, pero levantad la mano antes de hablar. —Heather fue la única que hizo el gesto—. Adelante.

—¿Por qué no se presenta usted primero? —Mostró una enorme sonrisa—. A mí me gustaría mucho.

La maestra entornó levemente los ojos poniendo en la niña toda su atención. Después miró a Lavinia que observaba la escena completamente hipnotizada.

—Ya veo —musitó la señorita Duffield comprendiendo al instante la relación que había entre ellas dos—. ¿Cómo te llamas?

—Heather.

—Muy bien, Heather. La próxima vez que quieras preguntar algo, limítate a hacer la pregunta. No estoy aquí para escuchar lo que te apetece o te gustaría saber. ¿Me has entendido?

La niña asintió y su sonrisa se esfumó como por ensalmo.

—Bien, empecemos. Primero los de atrás y de derecha a izquierda.

—¿Su derecha o mi derecha? —preguntó George, de nueve años.

—Siempre mi derecha.

—Me llamo…

—Un momento —lo interrumpió y se giró hacia Lavinia.

La otra vio que le señalaba la puerta y abrió los ojos como platos.

—¿Quiere que… me vaya?

—Usted ya los conoce. ¿O es que quiere sentarse con ellos? Puedo volver a poner uno de los pupitres que he quitado, si así lo desea.

—¡Oh! No, yo… me iré.

—Muy bien. Decid adiós a la señorita Wainwright.

—Adiós, señorita Wainwright.

Lavinia abandonó el aula, pero se quedó un momento pegada en la puerta escuchando. Después de que se presentaran George, Charlie y Tyler sin que sucediera ninguna catástrofe, se alejó de allí.

—Tiene una visita —dijo la señorita Perkins llegando hasta ella con el pequeño Jacob en brazos—. Elinor Woodhouse ha venido a verla.

Lavinia abrió los ojos visiblemente turbada.

—¿Dónde está?

—La he llevado al saloncito azul —sonrió—. Me ha dicho que está embarazada.

—Lo siento, olvidé decírselo.

—Ha traído al pequeño Aidan. ¡Qué niño tan precioso! He dejado a Matilda con ellos, se ha empeñado y ya la conoce. Han hecho muy buenas migas, no se preocupe —aclaró al ver que aceleraba el paso. La siguió.

—Señora Woodhouse —saludó al entrar en el saloncito.

De un rápido vistazo comprobó que Matilda y el niño jugaban tranquilamente y su corazón se calmó. Matilda no era una niña muy común, podía ser realmente amable y dulce o convertirse en un basilisco de afilados dientes. Elinor siguió su mirada y sonrió.

—Se llevan bien —dijo extendiendo la mano para que Lavinia se la estrechara.

—Discúlpeme —se excusó la otra—, he estado con los niños y las tengo… sucias.

Elinor bajó la mano sin decir nada.

—¿Quieren que les traiga algo? —preguntó la gobernanta con simpatía. Lavinia la miró sorprendida, estaba segura de no haberla

visto sonreír tanto nunca.

—Por mí no se moleste, Orla, no quiero nada, gracias.

Lavinia negó con la cabeza.

—Entonces las dejo para que hablen tranquilas. Cualquier cosa que necesiten, llámenme. Señora Woodhouse, no se vaya sin despedirse.

—Descuide.

La señorita Perkins salió y cerró la puerta.

—He dado una vuelta por la casa con Orla, ha sido una guía excelente —explicó—. Y mientras la esperaba aquí, viendo jugar a Aidan con Matilda, me ha venido a la mente una conversación que mantuvimos usted y yo hace años.

Lavinia sintió que se le humedecían las manos que tenía bien apretadas.

—¿Se acuerda de que le pregunté si no le gustaría trabajar y casi se desmaya del susto?

—Veo que ha venido a avergonzarme —respondió conteniendo una sonrisa—. Me lo merezco, por necia y estúpida.

—¡Al contrario! Me alegra mucho ver que su percepción del trabajo ha cambiado tanto y debo reconocer que esto es mucho mejor de lo que me había imaginado. He visto las habitaciones, son maravillosas. Y el comedor, tan alegre y luminoso…

Lavinia se mordió el labio, huía de la autocomplacencia siempre que le era posible, pero con tantos halagos le iba a resultar difícil resistirse.

—Está haciendo un trabajo magnífico.

—Gracias.

Elinor miró a los niños y Lavinia la imitó. Durante unos segundos permanecieron atentas al juego de los pequeños como si las dos necesitasen ordenar sus pensamientos.

—¿Cuánto tiempo piensa hacer esto? —preguntó Elinor rompiendo el silencio.

—¿A qué se refiere?

—A esto —señaló a la niña—. A cuidar de ellos.

—No he pensado en un plazo.

—¿Cuántos niños va a acoger?

—La casa tiene unas limitaciones… supongo que no caben muchos más, pero…

—Señorita Wainwright, lo que quiero saber es si esto es algo pasajero o realmente pretende llevar adelante el orfanato. He visto a muchas damas iniciar proyectos benéficos para luego dejarlos a medias.

—Supongo que es normal que piense eso de mí, pero le aseguro que me tomo muy en serio el bienestar de estos niños. No tengo intención de dejar nada a medias.

Elinor sonrió y Lavinia sintió que se le caldeaban las mejillas.

—Perdón por mi vehemencia —musitó avergonzada.

—Es lo que necesitaba oír. Bien, pues aclarado lo más importante, quiero asociarme con usted —dijo Elinor rotunda.

—¿Asociarse? Si quiere hacer un donativo, yo le estaré eter…

—No —la cortó—. Lo que quiero es formar parte de esto. Ayudarla de cualquier forma que sea posible. Con dinero también, por supuesto, esto es demasiado para una sola persona.

Lavinia la miraba perpleja y Elinor soltó una carcajada.

—La he dejado sin palabras. Perdone que sea tan directa, estoy acostumbrada a negociar con hombres que piensan que pueden avasallarme por ser mujer. Veo que no ha recibido muchas ofertas como la mía.

—¿Muchas? No he recibido ninguna.

—Bien, lo que le propongo es participar en los gastos de manera recurrente, con aportaciones mensuales o anuales, como usted prefiera. Yo creo que es mejor anualmente, porque eso denota un compromiso y, supongo, también le dará cierta tranquilidad. Por supuesto, además, podrá solicitar mi ayuda si le surge cualquier

problema o necesidad.

—¿Qué clase de problema?

—Supe que se quedaron sin velas.

—Claro, cómo no, se lo ha contado el señor McEntrie —dijo apartado la mirada.

—Sí, me lo contó Brodie —afirmó divertida—, es un buen amigo de la familia. ¿Le molesta?

—No me gusta que vayan por ahí contando mis cosas.

Elinor entornó los ojos mirándola con atención.

—Veo que no le cae muy bien.

Lavinia la miró con expresión sorprendida.

—Me es absolutamente indiferente ese caballero.

La otra se mordió el labio al tiempo que asentía.

—Entonces, ¿qué le parece mi oferta?

—Usted no vive en Londres —dijo Lavinia—. ¿Cómo va a vigilar que su inversión se emplea de acuerdo a sus criterios?

—No pretendo tal cosa, el dinero lo administrará usted, como ha hecho estos meses, Lavinia, ¿puedo llamarla Lavinia?

—Por supuesto.

—Bien, usted llámeme Elinor.

—Elinor —dijo Aidan dando palmas—. Mamá, Elinor.

Las dos mujeres sonrieron al escucharlo.

—Como le decía, Lavinia, seré su socia, pero usted es quien manda.

La otra respiró hondo al darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—No entiendo por qué hace esto.

Elinor lo pensó un momento antes de responder.

—Si le dijese que quiero cambiar el mundo, ¿qué pensaría?

—Que es usted muy ambiciosa.

—Lo soy. Allí donde veo un problema no puedo evitar buscar una solución. Pienso que si todos hiciéramos lo mismo, acabaríamos con

los conflictos, los problemas y las carencias de la gente. —Se encogió de hombros—. Desde jovencita, me he preocupado por aquellos que estaban en inferioridad de condiciones: los animales, las mujeres, los trabajadores de las fábricas… Los niños son un eslabón más de esa cadena.

—¿Y por qué no montar su propio orfanato?

—Como usted bien ha dicho, no vivo en Londres.

—¿No hay huérfanos en Shaftbury?

—Esos huérfanos no acaban mendigando por las calles ni son obligados a robar por adultos sin escrúpulos ni corazón —negó con la cabeza—. Es aquí, en Londres, donde más se puede ayudar.

Lavinia la miró con fijeza.

—Quizá sí pueda cambiar el mundo —susurró.

Elinor se rio a carcajadas.

—Que no la oiga mi marido o se pondrá a temblar. Aunque yo no esté en Londres, tendrá cerca a Harriet, ella la ayudará siempre que lo necesite. De hecho, estoy convencida de que, en cuanto sepan que me he asociado con usted, se empeñarán en participar.

Lavinia no pudo evitar sonreír.

—No sé si me interesa tener a todas las Wharton vigilándome.

—Les diremos que no hay sitio para nadie más —respondió con complicidad.

—Su familia me ha enseñado en pocos días más que cualquiera en toda mi vida —dijo sincera.

Elinor sonrió con tristeza.

—He visto otros orfanatos, pero ninguno se parecía a este. Usted les está dando un hogar, se ve que son felices, se quieren… ¿Cómo ha conseguido que veintiún niños que no se conocían de nada hace unos meses, se quieran? Eso es casi un milagro.

Lavinia sonrió abiertamente.

—Si has crecido en una familia normal donde te han querido y no has sentido la carencia afectiva que esos niños han sufrido, es normal

que te sea más difícil encariñarte. Pero para ellos es una novedad que los quieran.

—¿Y qué hace cuando se portan mal?

—La verdad es que no se portan mal nunca. Hacen travesuras, claro, pero cuando les explicas por qué no deben hacer algo, lo entienden enseguida. Supongo que influye el hecho de que ahora sí tienen algo que perder. Ninguno de ellos querría volver a la vida que tenían antes. En especial los mayores, que se acuerdan de todo. Jamás los hemos amenazado con eso —aclaró—, pero supongo que el temor vive con ellos.

—Lavinia… —Elinor la miraba visiblemente emocionada—. Déjeme participar, se lo ruego. Quiero formar parte de esto.

—Lo dice en serio.

—Muy en serio.

—¿Qué opina su esposo?

—Aún no se lo he dicho, pero estará de acuerdo. Siempre acaba estándolo —sonrió con picardía.

—¿Por qué será que no me sorprende? —respondió Lavinia con inesperada complicidad.

—¿Eso es que me acepta?

—¿Pretende algún tipo de prerrogativa? Quiero decir…

—Nada de placas ni agradecimientos públicos —se anticipó Elinor —. Y ya le he dicho que usted tomará las decisiones como hasta ahora. Yo solo aportaré mi granito de arena.

Lavinia sonrió al fin y asintió.

—¿No podemos darnos la mano ahora? —preguntó Elinor antes de ofrecerle la suya—. Lavinia, puede hablarme con total confianza.

La otra lo pensó un momento con la mirada clavada en sus manos y expresión reflexiva. Finalmente levantó la cabeza y la enfrentó.

—No puedo tocar a nadie. Bueno, no soporto que me toquen.

Elinor entrecerró los ojos y estudió su rostro con mayor detenimiento.

—No me pregunte por qué, ni yo misma lo sé. Y sí, he tratado de sobreponerme a ello, pero no puedo —bajó el tono de voz para que los niños no la oyeran—. He sufrido un ataque cada vez que lo he intentado, y le aseguro que han sido muchas.

—¿Los médicos…?

No continuó al ver que Lavinia negaba rotunda con la cabeza.

—¿Le ocurre desde…?

Ahora asintió.

—No se preocupe. Nada de estrecharnos la mano. —Elinor sonrió afable—. Podríamos chocar los pies.

Lavinia abrió los ojos con sorpresa.

—Eso seguro que puede hacerlo —la animó la pequeña de las Wharton, levantándose la falda lo bastante para mostrar sus bonitos zapatos.

Lavinia pensaba que era broma, pero no.

—Vamos, chóquelo.

Por alguna extraña razón que no quería analizar, lo hizo. Levantó la pierna, golpeó suavemente el pie de Elinor con el suyo, y las dos se echaron a reír a carcajadas.

Aidan se levantó del suelo y corrió hasta apoyarse en las faldas de su madre.

—Mamá ríe —dijo riendo también.

Matilda fue hasta Lavinia, pero se quedó de pie a su lado sin tocarla. Elinor le hizo un gesto a la niña para que se acercase y la abrazó con delicadeza, igual que había hecho con su hijo.

—Desde hoy yo soy la señora de los abrazos —dijo mirando a la niña cuyos ojos brillaban alegres—. ¿Querrás decírselo a los demás niños? Cuando venga a visitaros traeré abrazos para todos y espero que vengáis a buscarlos porque no quiero tener que cargar con ellos de vuelta.

—Los abrazos no pesan.

—Ya lo creo que pesan. —Miró a Lavinia con cariño—. Pesan

mucho si tienen dueño y no se entregan. Y los míos los tendrán porque los traeré para vosotros.

—¿Solo trae uno para cada uno? —preguntó Matilda con la mirada fija en sus manos.

Elinor sintió una punzada en el pecho.

—¿Quieres otro?

La niña asintió con la cabeza y Elinor abrió los brazos para recibirla.

La señorita Perkins miraba a la cocinera con una ceja levantada y las manos juntas cerca de su cuerpo. Lavinia las vigilaba consciente de la tensión que había en aquella cocina.

—¿No le parece raro? —preguntó la señora Crone con severidad.

—¿Raro en qué sentido? —cuestionó la señorita Perkins a la defensiva.

—Se portó muy mal con ellas, ¿y quieren ayudarla?

—Son de esa clase de personas.

—¿Qué clase de personas?

—De las buenas, que pasan por alto lo que las malas no olvidarían.

—No me fío de ella. ¿Y eso de los abrazos a los niños?

—¿No le gustan los abrazos? Porque a Matilda le han encantado.

—¿Qué teme, señora Crone? —intervino Lavinia.

La cocinera la miró con preocupación.

—No me haga hablar.

—Diga lo que sea, mujer, sabe que puede hablar con total libertad.

—¿Y si quieren vengarse de usted?

—Bonita manera de hacerlo, dándome dinero para el orfanato.

—Es usted demasiado confiada y no debería. Hay gente muy mala en el mundo.

—Lo sé bien —musitó Lavinia para sí.

Capítulo 9

Cecilia miraba a su señorita con expresión perpleja y la boca abierta.

—¡Dios Santo! Está usted preciosa.

—Exagerada —dijo poniéndose los guantes—. Es un vestido de lo más sencillo.

—Al lado de los que se pone normalmente…

Lavinia sonrió al tiempo que cogía el chal y se lo colocaba sobre los hombros.

—No vendré tarde. Haré acto de presencia como agradecimiento a las señoritas Ashton y me iré enseguida.

—No salga corriendo, por favor. —La acompañó hasta el coche.

Lavinia miró por la ventanilla ya en su asiento. La señora Dunlop también había salido a despedirla.

—Páselo bien —dijo la mujer emocionada.

El cochero se puso en marcha y Lavinia fijó la mirada en el asiento vacío frente a ella. Era la primera vez que asistía a un evento desde… Apartó aquel pensamiento con determinación y miró por la ventanilla. Hacía una noche preciosa, el cielo estaba plagado de estrellas y corría una suave brisa. Tocó con el dedo alguna de aquellas estrellas y les puso nombre mentalmente para entretenerse.

La casa de las señoritas Ashton tenía la puerta abierta y Lavinia se disponía a entrar cuando una voz a su espalda la detuvo.

—Buenas noches, Lavinia.

—Señora Woodhouse —saludó al girarse—. Señora Wharton, señora Greenwood, señora Wil…

—Con un «señoras», valdrá —la cortó Elinor antes de que pasara lista a toda la familia—. Acuérdese para la próxima vez.

—Buenas noches, Lavinia —la saludó la baronesa—. No haga caso de Elinor, es una metomentodo.

—Baronesa… —se inclinó convenientemente.

—Me alegro de verla, señorita Wainwright —la saludó Katherine con una sonrisa—. Veo que las señoritas Ashton han tenido más éxito que yo. No conseguí que aceptara una invitación para el baile que organizarán mis suegros.

—Esto no es un baile —puntualizó Elinor—. Es una velada musical.

—Señoras, qué placer verlas —las saludó un caballero de aspecto distinguido.

—¡Señor Squill! —exclamó Caroline forzando una sonrisa—. ¿Ha ensayado mucho este año?

—Muchísimo, como siempre —dijo el hombre ufano—. Mis dedos se mueven solos.

Se echó a reír por su ocurrencia, pero al ver que los demás no lo seguían optó por entrar en la casa sin más preámbulo.

—Todavía estamos a tiempo —musitó Edward a su esposa.

—No podemos irnos. —Emma lo miraba con cariño—. Cada vez viene menos gente, no podemos dejar las señoritas Asthon solas.

—Vamos, Edward, tú menos que nadie —dijo Alexander dándole una palmada—. Lo que tienes que hacer es aliviar nuestros oídos con esas prodigiosas manos que Dios te ha dado, no sé para qué, porque apenas tocas.

—Eso no es cierto —negó Emma—. En casa disfrutamos mucho de su virtuosismo. Y está enseñando a Robert, que ha heredado su talento.

—Entremos de una vez. —Elinor se agarró del brazo de Henry.

—¿Los Burford no vienen? —preguntó Lavinia antes de cruzar el umbral.

—Tenían un compromiso previo.

Lavinia se obligó a apretar los labios para no formular la pregunta que le temblaba en la punta de la lengua y caminó tras ellos para entrar en la casa. Antes de cruzar el umbral miró hacia atrás con disimulo. La calle estaba desierta, iluminada solo por la tenue luz de

una farola, y una incomprensible sensación de pérdida la invadió. Sacudió ligeramente la cabeza y entró en la casa dispuesta a no volver a pensar en el escocés en toda la noche.

—Señorita Wainwright, qué alegría verla —la saludó Caitlin Ashton con una afectuosa sonrisa—. Al menos usted ha cumplido su palabra, está claro que el señor McEntrie nos ha dejado plantadas. Voy a ser muy severa con él cuando venga a visitarnos.

—Seguro que no ha podido evitarlo.

—¡Oh, no lo defienda! No le servirá de nada. Pienso estar muy enfadada hasta la próxima vez que lo vea.

Lavinia sonrió ante el comentario y la señorita Ashton le devolvió la sonrisa.

—Nadie puede permanecer mucho tiempo enfadada con él. Enseguida te hace reír y tienes que darte por vencida.

—Ha venido mucha gente.

—En realidad no, pero agradezco a los que sí han acudido a nuestra llamada. Somos viejas y no tenemos título, es normal que ya no le interesemos a nadie.

—No diga eso.

—¿Por qué no? —se rio—. Ser vieja tiene sus ventajas. Esta es una de ellas, puedo decir lo que me plazca sin que tenga consecuencias.

—Pues es una gran ventaja.

—¿A que sí? —Le señaló el bufé que habían instalado en un lado del amplio salón—. ¿No quiere probar el ponche? Es ponche de verano, dulce y refrescante. Pruébelo.

—Usted vaya a atender a sus invitados y yo probaré el ponche.

Encontró el lugar perfecto para ella, cerca de un ventanal que le permitiría huir al jardín en caso de ser necesario, con una amplia vista de la sala y apartada de todos para no tener que alimentar una forzada

conversación. Con la tacita de ponche en la mano y decidida a marcharse en cuanto se la hubiese terminado, disfrutó enormemente de las dos piezas que tocó Edward. Incluso la interpretación del señor Squill de ese año le pareció más agradable que las que recordaba. Estaba claro que todo en esta vida es una cuestión de perspectiva.

Sus ojos se empeñaban en dirigirse a la puerta a cada instante, como si esperase a alguien. Pero ella no esperaba a nadie. En absoluto. Había ido a ese evento con la única intención de agradecer a las señoritas Ashton su generosidad. Nada más.

Salió al jardín y caminó hacia la balaustrada. Apoyó la taza de ponche y con las manos ya libres se agarró al borde y se agachó hasta el suelo para activar la circulación de sus piernas y relajar la espalda.

—¿Haciendo ejercicio, señorita Wainwright?

Se levantó de un salto y lo miró asustada.

—Señor McEntrie, creí que no iba a venir.

—No podía faltar. ¿Me he perdido algo interesante?

—Se ha librado, diría yo. El señor Squill ha traído tres piezas preparadas.

—¿Seguro que solo eran tres? Mire que si se guarda alguna de sorpresa…

Lavinia cogió su taza y caminaron juntos por el jardín.

—¿Lo han visto las señoritas Ashton? Estaban muy decepcionadas con su ausencia.

—Sí, las he saludado al entrar. Si se hubiera girado antes de salir, me habría visto lle…

—Quería disculparme —lo interrumpió con cierto apremio—. Por la última vez que nos vimos.

Él la miró sorprendido y enseguida sonrió con malicia.

—¿Disculparse?

—Dije cosas sobre sus compatriotas.

—Vaya, así que no es conmigo con quien se disculpa, sino con ellos.

—Con ambos. Soy consciente de que los ingleses no somos inocentes en esta cuestión y quería… —Se detuvo mirándolo de frente —. Lo siento, discúlpeme, por favor.

—Disculpas aceptadas. —Inclinó la cabeza.

Siguieron paseando un instante en silencio.

—¿No va a preguntarme por qué he llegado tarde?

—No se me ocurriría. Sería el pie perfecto para que me dedique una de sus impertinentes respuestas.

—Veo que sus disculpas no la privan de ponerme en mi sitio.

—Mis disculpas eran única y exclusivamente a su condición del escocés y las conflictivas relaciones que mantuvieron Escocia e Inglaterra en el pasado. Sobre usted, sigo teniendo la misma percepción.

Brodie se rio sin poder evitarlo.

—No esperaba menos, y le agradezco que no desbarate de un plumazo la afianzada opinión que se había hecho sobre mí.

Lavinia no dijo nada y Brodie la escudriñó con mirada penetrante.

—¿No me ha oído?

—Perfectamente.

—¿Y no va a decir nada?

—En absoluto. Sé que intenta enzarzarse en una discusión para tener el gusto de molestarme, pero no pienso ponérselo fácil. Tendrá que encontrar un modo menos directo de atacarme.

Con la brisa nocturna le llegó el suave y dulce aroma que ella desprendía y Brodie lo aspiró profundamente. Como si de una pócima mágica se tratase, el rostro de Lavinia se despojó de todo artificio y su franca sonrisa lo deslumbró.

—¿Le gusta la música, señorita Wainwright?

—¿Es alguna clase de trampa? —Mantuvo su sonrisa—. No hay mayor placer para mí.

—Sé que toca el piano. ¿Tendré la fortuna de disfrutar de su interpretación?

—Usted, en cambio, solo lo aporrea —afirmó ignorando su pregunta.

—Recuerde que soy un rudo pueblerino.

—No lo olvido —dijo ella divertida.

Brodie la miraba con tal fijeza que ella temió que su peinado se hubiese desbaratado o que a su rostro le hubiese aparecido un sarpullido. Se tocó las mejillas con la mano que tenía libre y luego el pelo. El escocés sonrió seductor.

—Está perfecta —musitó con voz profunda.

—Deje de mirarme así —pidió ella.

—¿Así, cómo?

Lavinia no respondió, en lugar de eso se terminó el ponche y miró a su alrededor buscando un lugar para dejar la taza. Estaban a cierta distancia de la balaustrada y solo se le ocurrió el alféizar de una de las ventanas. Se dirigió hacia allí ansiosa por alejarse de él y de aquella sensación de que podía verla por dentro. No se percató de que la seguía hasta que, al darse la vuelta, chocó con su fornido pecho.

—¡Oh! —exclamó asustada.

Al apartarse con brusquedad dio un traspiés y empujó la taza que cayó dentro del salón haciéndose añicos en el suelo y llamando la atención de los que estaban alrededor. Lavinia se encontró con un montón de ojos fijos en ella y como si fuese una niña a la que han pillado en una travesura se ocultó pegando la espalda a la pared de la fachada. Vio cómo Brodie inclinaba la cabeza para disculparse y le hizo gestos para que se alejara de la ventana también.

—Apártese —musitó sin dejar de agitar la mano.

—Sabe que ya nos han visto, ¿verdad? —se burló él haciendo lo que le pedía.

—Es posible que no. Aquí fuera está oscuro.

El escocés levantó la mirada hacia la luna llena y luego volvió a mirarla elevando una ceja.

—No hacíamos nada malo —dijo sin quitar aquella mirada que la

había puesto tan nerviosa—. ¿Va a quedarse ahí el resto de la noche?

Lavinia se sacudió el vestido como si le hubiese caído encima un bol de harina y se dispuso a regresar sobre sus pasos sin esperarlo.

—Solo estamos paseando —dijo alcanzándola sin esfuerzo—. No creo que la lapiden por ello. No más de lo normal, quiero decir.

Lo miró incrédula.

—¿Qué? —siguió él—. Debe estar acostumbrada a que hablen de usted. Ya no debería afectarle.

—Pues me afecta.

—¿Por qué? ¿Quiere algo de ellos?

Lavinia se detuvo ante su desconcertante lógica.

—A esas personas no les importa quién es usted. A usted no debería importarle lo que piensen.

—Debe ser maravilloso ser usted.

Brodie inclinó la cabeza sin borrar su sonrisa.

—Gracias.

—No puedo imaginarme lo que es sentirse tan seguro de uno mismo y no tener que preocuparte por lo que los demás piensen. Supongo que el hecho de que sea hombre y pueda gobernar su vida como le plazca, tiene algo que ver. Para nosotras es mucho más complicado.

—Cierto —afirmó cruzándose de brazos.

—¿Cierto? —No se lo esperaba.

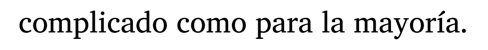
—Sí, por supuesto. Para la mayoría de las mujeres es mucho más complicado.

Ella elevó el mentón con orgullo y volvió a arreglarse el vestido sintiéndose muy bien consigo misma.

—Pero no para usted —añadió él cargándose de un manotazo toda su arrogancia.

—¿Para mí no?

—Veamos, es usted muy rica, no tiene ataduras de ninguna clase ni nadie que la gobierne… No, definitivamente para usted no es tan


complicado como para la mayoría.

—Usted no sabe nada de mí.

—Eso no es del todo cierto.

Ella apretó los labios molesta.

—Solo sabe lo que le han contado.

—Y lo que he visto con mis propios ojos. Y debo confesar que ambas imágenes no concuerdan demasiado.

Lavinia perdió la fuerza como un Sansón al que le han cortado el cabello de un tijeretazo.

—¿Por qué hacía todas esas cosas que dicen?

—Da por hecho que es cierto.

—¿No lo es?

—Tendría que analizar los rumores uno por uno.

—Katherine Wharton y Joseph Lovelace.

Lavinia se mordió el labio y asintió.

—Ha escogido uno de mis peores momentos.

—¿Uno de los peores? Vaya, no deja usted de sorprenderme.

Lo encaró valiente.

—Es cierto, hice lo que dicen que hice. Manipulé a ese… caballero para…

Brodie la miraba con fijeza.

—¿Para…?

—¿Importa acaso lo que pretendía? —Negó con la cabeza—. No, no importa. Lo importante es lo que podría haber sucedido si no llega a estar cerca el señor Greenwood.

—Aun así, me gustaría saber lo que buscaba.

—¿No es evidente?

—No, no lo es.

—Quería que el vizconde dejase de interesarse por ella. Quería que los dos dejasen de beber los vientos por la inigualable Katherine Wharton.

—Y consiguió justo lo contrario.

—Ese debería ser mi epitafio —musitó para sí.

Brodie sonrió.

—Justicia divina.

—Podría decirse que sí.

—Debía amarlo mucho.

Lavinia lo miró asustada.

—¿Amarlo? ¿A Lovelace? —Soltó una carcajada con expresión cínica—. Sentí muchas cosas por él, pero le aseguro que amor no fue una de ellas.

—Y aun así, pensaba casarse con él.

—En mi mundo el matrimonio y el amor no eran conceptos afines. Mi madre me había educado para convertirme en la esposa de un hombre con título. Esa era su única obsesión, que consiguiera lo que ella no tuvo.

—¿Tan importante es un título?

—Para ella sí —afirmó con tristeza—. Una vez, al bajar del carruaje en una céntrica calle, vi a un niño pobre con la cara pegada al escaparate de una pastelería. Mi madre me dijo que para ese niño ese lugar era el paraíso, aunque nunca hubiera podido probar uno de esos pasteles. Yo le pregunté cómo sabía el niño que los pasteles le gustaban si no los había probado nunca. Ella me dijo que lo sabía por las caras que ponían los niños que estaban dentro de la tienda con sus padres.

Brodie la observaba con la sensación de que le estaba contando algo que no había contado antes a nadie.

—Mi madre quería enseñarme una lección, como siempre. Era lo que hacía todo el tiempo, enseñarme lecciones para que fuese como ella quería. Pero me di cuenta que yo era como aquel niño. Estaba fuera de la pastelería viendo cómo otras niñas eran felices y comían pasteles con sus hermanas y con sus madres y padres que las querían. Había mucho amor en aquellas estanterías y yo solo podía mirar desde fuera. Yo no quería lo que ella deseaba para mí. Lo único que quise

siempre fue tener lo que tenía Katherine Wharton. Personas a las que les importase si yo era feliz o desgraciada. Que quisieran verme reír.

—¿Se lo dijo alguna vez? —preguntó él, a lo que ella negó con la cabeza—. Los padres no nacen sabiendo, aprenden lo que sus hijos les enseñan. Debió decírselo.

—No habría cambiado nada.

—Nunca lo sabrá.

—Usted no lo entiende, no conoció a mi madre. Victoria Wainwright no necesitaba que nadie le enseñara nada. Ella era la única que podía aleccionar a los demás.

—Aun así. No por ella, por usted. No era justo que tuviera que vivir la vida que ella quería. Un padre ha de procurar que su hijo sea la mejor versión de sí mismo, no una copia suya.

Lavinia lo miraba asombrada y admirada a un tiempo.

—Es usted muy profundo, señor McEntrie.

—Lo dice como si le sorprendiera —se rio él.

—Creía que como escocés solo podía ser rudo e insensible.

—Tenemos nuestros momentos, pero los dirimimos en los Juegos de las Highlands.

—Ahora querrá que le pregunte en qué consisten esos Juegos, ¿no?

—Pues, para usted, una competición de pueblerinos en la que se dedican a levantar troncos y lanzarlos lo más lejos que puedan.

—Muy gracioso —dijo mirándolo burlona.

—No es una broma. Es lo que hacemos.

La inglesa inclinó levemente la cabeza.

—No habla en serio. —No iba a contarle que lo había imaginado haciendo exactamente eso.

Brodie asintió sin borrar su sonrisa.

—Totalmente en serio. También lanzamos un martillo. Lachlan es el mejor en eso, no hay quien lo supere.

Lavinia lo miraba con la boca abierta.

—¿Lanzan un tronco? ¿Se refiere a que arrancan un árbol del suelo y…?

Brodie soltó una carcajada.

—Lo cortamos primero —siguió riendo—. Y le quitamos las ramas.

Ella miró sus brazos y sus hombros y asintió para sí. Reanudaron el paseo, pero Lavinia tenía demasiadas preguntas y no pudo contenerse.

—¿Y usted lo hace? Quiero decir… ¿participa?

—Todos los McEntrie participamos. Desde muy jóvenes. Hay una prueba, el *Tug of war*, en la que mi familia destaca especialmente.

—Sé lo que es —asintió ella—. Una cuerda y personas tirando de cada uno de los cabos. Los niños juegan a veces.

—Algo así.

—¿Y qué más hacen?

—Bueno también hay música, bailamos la danza de la espada. Se organizan concursos de tiro con arco y lucha libre. Comemos, bebemos… —Se encogió de hombros—. Es muy divertido. Nosotros los hemos organizado unas cuantas veces. Dura dos días y por la noche hay un baile…

Lavinia lo escuchó con atención. A medida que él hablaba, la emoción en su voz se hacía evidente, y claramente se olvidó de dónde estaba y con quién, porque sus hombros se relajaron y su sonrisa brilló en la oscuridad. La hizo reír con algunas anécdotas y emocionarse al describir una de las carreras de caballos en las que había competido. Por supuesto, mencionó a los MacDonald, y Lavinia se los imaginó, con su pelo rubio y un martillo en la mano, como la reencarnación de los vikingos que asolaron Inglaterra unos cuantos siglos atrás.

—¿No han tenido nunca un accidente?

—Sí, por supuesto, pero nada grave. Mi padre nos contó de niños que un martillo mató a Ewan O’Hara abriéndole la cabeza y siempre tenemos muy presente que es peligroso. —Ella lo miró asustada y él se

encogió de hombros—. Así somos los rudos montañeses. Unos bárbaros.

Lavinia arrugó los labios en una mueca burlona.

—¿Y qué hacen las mujeres?

—Pues… carreras de sacos, carreras a tres piernas… Competiciones de pasteles, de pintura…

—Ya veo que sus actividades no le interesan tanto. Se ha pasado un buen rato hablándome de lo que hacen los hombres y con una frase inacabada ha resumido lo que suponen dos días de Juegos para ellas.

—Se lo pasan bien, se lo aseguro.

Lavinia movió la cabeza, pero no respondió.

—¿Qué opina? —preguntó él de pronto.

Ella levantó la cabeza para mirarlo y sonrió.

—Parece divertido.

—Lo es.

—Me gustaría verlo lanzar un tronco.

Brodie mostró de nuevo aquella sonrisa limpia y espontánea.

—Temo que apoyase a los MacDonald solo por fastidiarme —dijo provocador.

Una hoja de un árbol cayó sobre el pelo de Lavinia y él se detuvo para quitársela. Durante unos segundos, permanecieron inmóviles bajo aquel árbol, mirándose con fijeza y sin decir nada.

—Sus ojos… —murmuró él—. Tienen el mismo color que el cielo de Lanerburgh cuando amenaza tormenta. Casi puedo escuchar el rugido del mar al chocar contra la pared de los acantilados.

Lavinia se quedó sin aliento y por un instante el mundo dejó de girar. Hasta que unas penosas notas al piano rompieron el hechizo como un mazazo.

—Dios Santo —murmuró Brodie—. Me ha dicho que ya había tocado sus tres piezas.

Lavinia se esforzó en sonreír.

—No. Le he dicho que traía tres piezas ensayadas, no he

mencionado cuántas había tocado.

—Ese pobre piano necesitará que lo afinen mañana mismo —musitó el escocés.

—Deberíamos entrar —dijo ella sonriendo—. No es justo que nos libremos.

—¿Que no es justo? ¡Justo y necesario!

Lavinia se adelantó sonriente y Brodie la observó con una expresión muy reveladora y el corazón bailándole en el pecho.

Maldito Squill —gruñó en su cabeza.

Hacía mucho tiempo que Lavinia no se lo pasaba tan bien. Una vez terminada la interpretación del señor Squill, cualquiera que se atreviese a sentarse al piano tenía el éxito asegurado. Tocó dos piezas, las preferidas de los niños, una de Handel y el Rondo alla Turca, de Amadeus Mozart, acompañada por las palmas de los asistentes. Durante todo el tiempo que duró su actuación, Brodie se mantuvo en una esquina de la sala desde donde podía disfrutar de una vista perfecta de la escena. Cada vez que Lavinia lo buscaba con la mirada se topaba con sus ojos fijos en ella, transmitiéndole una cálida y dulce sensación que la arropaba con una mezcla de seguridad y ternura.

Cuando terminó, huyó rápidamente de la sala temiendo que él se acercara. No estaba segura de poder disimular su turbación y le aterraba que se percatase de lo vulnerable que se sentía a su lado.

—No me lo puedo creer, Lavinia Wainwright en casa de las señoritas Ashton. —Lucille la abordó en el gabinete de tocador, adonde había ido a refrescarse.

La voz de Lucille le erizó el vello de la nuca. Se secó las manos girándose muy despacio, quería darle tiempo a esfumarse como si de un fantasma se tratase.

—No has perdido tu don para la música —dijo su antigua amiga quitándose los guantes.

—Lucille…

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí! —siguió la otra—. Te veo muy bien, pensaba que estarías… peor.

—Gracias —dijo serena.

—¿Cómo es que has venido? ¡Si lo hubiera sabido habría llegado antes! Hemos pasado de camino a casa, venimos de cenar con los Cunningham.

Lavinia no supo que responder, aunque a Lucille tampoco parecía importarle.

—El señor Squill ha tocado tan espantosamente como siempre. ¿Por eso has huido al jardín con ese… escocés?

—He salido a tomar el aire.

—Claro, claro, hace mucho calor aquí. Pero, cuéntame cómo has estado. ¿Hace mucho que has vuelto de tu… retiro?

—Unos meses.

—¡Oh! ¿Sí? No tenía ni idea —mintió—. Como no te he visto en ninguna parte…

—Estoy muy ocupada con el orfanato.

—Las Wharton nunca fallan a estas veladas ¿verdad? —siguió, ignorando su comentario—. He visto que están todas. Bueno, menos Harriet. Si esto sigue así, pronto serán las únicas que vengan. Yo me veo obligada a hacer acto de presencia porque mi esposo es uno de sus pocos parientes que les quedan a estas pobres viejas. Solo es primo lejano, pero él se empeña en que vengamos cada año. —La miró de arriba abajo—. Llevas un bonito vestido, aunque tu gusto es mucho más austero que antes.

—Gracias —dijo con ironía.

Lucille esperaba un halago como respuesta y al ver que no llegaba su expresión se agrió visiblemente.

—¿Y cómo es que has venido? Has elegido el peor evento de Londres para dejarte ver. Aunque quizá no has venido por las señoritas Ashton, sino por alguno de sus invitados —sonrió taimada—. Hay que ver cómo te miraba cierto caballero mientras tocabas el

piano.

—He venido por las señoritas Ashton, para agradecerles su ayuda en un asunto. Son unas personas encantadoras.

—¿Desde cuándo te importan tanto? Antes solíamos reírnos de sus «peculiaridades» ¿verdad, Lavinia? —las imitó riendo.

La otra no respondió como esperaba y Lucille frunció los labios con desagrado. ¿Qué se había creído? ¿Que era la Lucille de antes? Ahora era una mujer casada y respetada. No como ella.

—Voy a aprovechar que estamos las dos solas para hablarte de un tema que me reconcome desde que tuve noticia de ello. Sabes lo mucho que te aprecio —dijo con expresión compungida—. Que no nos hallamos visto últimamente no mengua el afecto que te tengo en lo más mínimo, por eso debo advertirte de esto como lo haría una amiga. Estoy segura de que no estás al corriente de los hechos, de ser así no lo habrías permitido. —Bajó el tono hasta hablar en susurros—. Tu doncella, a la que deberías despedir inmediatamente, acostumbra a verse en público con ese escocés con el que paseabas a solas por el jardín. Supongo que sabes que es de las tierras altas, Lanerburgh creo que se llama el pueblucho del que viene. Y ya sabes lo que cuentan de esos *highlanders*.

—¿A qué te refieres? —preguntó paciente.

—Pues a que son muy… apasionados. Que solo piensan en una cosa y les da igual una doncella que su señora.

Lavinia le lanzó una gélida mirada como quien lanza un cuchillo.

—Creía que no sabías que había regresado —dijo serena.

—¿Qué?

—Has dicho que no sabías que había regresado y ahora me dices que estás preocupada porque mi doncella se ve con ese caballero.

Lucille frunció al darse cuenta de su error.

—¿Qué más da lo que he dicho? No quería que te sintieras mal, por eso he mentido. —Elevó el mentón con mirada arrogante—. Lo importante aquí es que ese hombre intenta burlarse de mi amiga y no

voy a permitirlo. El otro día, sin ir más lejos, escuché la conversación entre dos doncellas de mi madre en la que se lamentaban de no estar en el lugar de tu criada. ¿Te imaginas? El servicio fantaseando con recibir las atenciones de un caballero. Imagina el sobresalto que he tenido al veros juntos. No podía quedarme callada, sería imperdonable por mi parte.

Lavinia suspiró. ¿Cómo era posible que Lucille pensara que podía enredarla con semejante ardid? ¿Había olvidado que la mayor parte de sus artimañas se las había enseñado ella?

—Escuchar conversaciones ajenas solo puede traerte disgustos, Lucille —dijo sin entonación.

—Soy la única a la que le importas, Lavinia, hazme caso y despide inmediatamente a tu criada. Será por doncellas, las hay a montones.

No que quieran trabajar para mí.

Suspiró de nuevo con cansancio.

—Cecilia y el señor McEntrie son amigos desde hace años. Él conoce bien a su familia y la lleva a tomar chocolate solo para asegurarse de que está bien.

—¿Amigos? —La miró horrorizada—. ¡Lavinia! ¿Una doncella amiga de un caballero como ese? ¿En qué cabeza cabe? ¿Cómo puedes ser tan ingenua? Yo no descartaría que se hayan aliado para manipularte y quién sabe qué más. Ya he oído lo sucedido en la tienda del señor Coltram. ¿Es que no te das cuenta de lo que pretenden? ¿Por qué ese caballero pagaría las velas que tú necesitas? Si sabes lo que te conviene, te mantendrás alejada de ese crápula y despedirás inmediatamente a tu doncella. Puedo buscarte a alguien, aunque es cierto que ahora no tengo tiempo de nada con tantas invitaciones que recibo. Tú no lo sabes, pero ser una mujer casada puede ser agotador.

—Agradezco el ofrecimiento, pero no será necesario.

Lucille la miró unos segundos en silencio.

—Ay, querida, siento decirte esto, no quería mencionarlo, pero veo que es necesario. Lo que te ocurrió en la tienda del señor Hawkes,

no es más que el principio. Si de verdad te importan esos cachorros descarriados, deberías preocuparte de que la gente no hable de ti. Ni de tu servicio, por supuesto.

Lavinia sintió la punzada en el pecho que evidenciaba que ese dardo sí había traspasado su coraza.

—No te permitirán el menor desliz, querida. A ti no. Tú sabes mejor que nadie cómo funciona esto, ¿verdad? Si te conviertes en alguien incómodo, te borrarán del mapa. Ese orfanato tuyo desaparecerá de la noche a la mañana en cuanto a alguien le «moleste». Parece que estás muy entregada con esos niños y no creo que quieras que eso pase.

—¿Qué tiene que ver el orfanato con Cecilia? —preguntó conteniendo la tensión que empezaba a embargarla.

—Todo tiene que ver, querida. Tú has estado de este lado y sabes cómo funciona. Si tienes un orfanato, no es porque tú quieras, es porque los demás te lo permitimos. —Sonrió afablemente, poniendo la mano en su antebrazo desnudo—. Hazme caso, despide a esa criada y aléjate del señor McEntrie.

Lavinia contenía la respiración y miraba aquella mano desnuda con terror.

—No… me… toques —musitó casi sin voz y con los ojos llenos de lágrimas—. Por… favor.

La otra apartó la mano con mirada de desprecio.

—Solo pretendía ayudarte, pero ya veo que mi gesto te incomoda. Te daré un último consejo por la amistad que compartimos: vende esa casa y márchate de Londres. Te evitarás muchos disgustos, querida. Costará mucho llevar adelante una casa como esa sin criados ni ayuda de ninguna clase. —Se miró al espejo para arreglarse el peinado sin inmutarse por la evidente conmoción que había provocado—. En fin, yo ya he cumplido mi labor, lo que hagas a partir de ahora es cosa tuya.

Volvió a ponerse los guantes y salió del gabinete de tocador,

dejándola sola. Lavinia sentía el sudor bajando desde su nuca por su espalda en forma de gotas heladas. Respiraba con dificultad y se sujetaba las manos con evidente tensión.

Inspira, expira. Inspira, expira. Inspira…

Se agarró al mueble cercano y cerró los ojos, tratando de calmar su estómago. No quería vomitar; las pobres señoritas Ashton no se merecían semejante incomodidad. Siguió respirando mientras las palabras de Lucille hacían su trabajo. Sabía que tenía razón: para proteger a los niños debía pasar desapercibida, ella y cualquiera relacionado con ella. Así funcionaba su mundo: si alguien quería algo de otra persona, el modo más eficiente de conseguirlo era tener algo con lo que amenazar. Por eso siempre había puesto mucho interés en saber la mayor cantidad de cosas sobre todo el mundo. Se mordió el labio, mortificada. ¿Cómo se le ocurría pasear a solas por el jardín con un hombre? Así no iba a hacerse invisible. En mitad de un salón rodeada de gatos la verían menos.

Aún mareada, salió del gabinete y se fue directamente a la salida sin despedirse. No habría podido disimular su angustia si las señoritas Ashton la interrogaban. Deseando que su ausencia no fuese percibida como una afrenta, subió a su carruaje sin esperar la ayuda del cochero.

—A casa —musitó.

Capítulo 10

—¿Que se han marchado? —Lavinia miraba a la señorita Perkins asustada—. ¿Las dos?

—Sí. Se fueron anoche después de acostar a los niños.

—Pero, ¿qué vamos a hacer sin niñeras? Los pequeños…

—Tendremos que apañárnoslas —sentenció la mujer—. No se preocupe, los mayores ayudarán.

Lavinia se retorció las manos con el corazón agitado y las palabras de Lucille resonando en su cabeza: «Costará mucho llevar adelante una casa como esa, sin criados ni ayuda de ninguna clase». Endureció su expresión.

—¿Adónde han ido?

—Señorita, no…

—¿Adónde, señorita Perkins?

Le dio la dirección y la vio salir del salón con paso decidido.

Las dos muchachas no podían levantar la mirada del suelo y, una junto a la otra, aguantaron su escrutinio sin responder a sus preguntas.

—¿Es que no os importan esos niños? No me puedo creer que los hayáis dejado así. —Miró a la que parecía más afectada—. Susan, Alice ha preguntado por ti en cuanto se ha despertado.

La joven se mordió el labio y giró la cara para ocultar sus lágrimas.

—Señorita Wainwright —pidió Cecilia—, vámonos.

—Esto no puede ser por dinero —siguió Lavinia ignorándola—. No me creo que hagáis esto por unos míseros chelines. ¿Cuánto os pagan aquí? Os pagaré lo mismo, sea lo que sea.

La mayor de las dos levantó la vista y posó sus fríos ojos en ella.

—No es por dinero, señorita, no podemos trabajar para usted. Eso perjudicaría mucho a nuestras familias.

—¡Lina! —exclamó Cecilia sin dar crédito.

Lavinia sintió los dedos marcados en su rostro al recibir la bofetada, pero no se amilanó.

—¿Quién os ha amenazado? Decidme su nombre.

Las dos bajaron de nuevo la cabeza.

—¿No me tenéis ni una pizca de respeto? ¿Acaso no os he tratado bien?

—Nos ha tratado muy bien, señorita —musitó Susan con la voz ronca por las lágrimas—. Lo sentimos mucho, de verdad, pero no podemos hacer otra cosa.

Lina suspiró agotada y levantó la cabeza.

—Tiene enemigos, señorita, pero no somos nosotras. Queremos mucho a esos niños y se nos parte el alma por dejarlos. Si decide irse de esa casa y llevarlos a otro sitio, mándenos a buscar e iremos corriendo.

Lavinia empalideció y sostuvo su mirada hasta que no pudo más. Asintió y se dio la vuelta despacio para marcharse de allí.

—¿Qué han querido decir? —preguntó Cecilia ya en el carruaje, pero Lavinia no contestó.

La señorita Perkins y Cecilia la miraban deambular arriba y abajo del salón.

—Esas dos ingratas… —musitó la gobernanta—, ¿cómo pueden habernos dejado de la noche a la mañana?

—Ya le he dicho que las han obligado —respondió la otra en tono quedo—. Alguien las ha amenazado para que dejaran el trabajo.

—Ahora falta saber quién ha sido.

—La señorita lo sabe, se lo he visto en la cara.

—Tendremos que organizarnos —dijo Lavinia, que al parecer ya había terminado su paseo—. Iré a ver a los mayores en cuanto acabe la clase de la señorita Duffield y les pediré ayuda. Si nos organizamos

bien, podremos aguantar hasta que… encuentre a alguien.

Salió del salón sin esperarlas y las dos criadas se miraron con preocupación.

Tuvieron una mañana muy agitada y Lavinia comió en el comedor con los niños, sin atender a las quejas de la señorita Perkins.

—Tengo que salir —dijo en cuanto recogieron los platos y hubieron terminado de limpiar el comedor—. ¿Podrán apañárselas solas?

—No estamos solas. —Cecilia señaló a Heather y a los otros niños que las habían ayudado.

Lavinia sintió una punzada de temor, pero vistió su rostro de falsa seguridad.

—¿Adónde va ahora? —preguntó la señorita Perkins acompañándola a la puerta.

—Tengo algo que hacer y debo hacerlo cuanto antes. Después me pasaré por casa de los Wharton e intentaré hablar con la señora Woodhouse. Quizá ella pueda ayudarnos.

Subió al carruaje que le esperaba en la puerta y se despidió de su gobernanta haciéndole un gesto con la mano.

—La cuenta está pagada. —El tendero la miraba perplejo—. El señor McEntrie la saldó pocos días después, señorita.

—Lo sé, pero el dinero era de la señora Burford. Por eso le he pedido que mande una caja de velas en mi nombre a casa de los Burford. —Dejó las monedas sobre el mostrador.

—A mí no me importa de quién sea el dinero. Si quiere regalar una caja de velas, allá usted, no es asunto mío, pero se las llevará usted misma.

Lavinia empalideció, percibía las miradas de los demás clientes clavadas en ella y se maldijo por no haber pensado bien los pasos antes de darlos.

—¿No va a enviarla usted?

—Como mucho, puedo dejarla apartada y entregársela con su próximo pedido —cedió el hombre, que no quería quedar mal delante de sus otros clientes.

—Eso servirá —aceptó ella.

El tendero cogió las monedas de mala manera y le señaló la puerta.

—Qué pena que no se parezca a su madre.

Lavinia, que ya se había dado la vuelta, se detuvo y durante una fracción de segundo fue capaz de contenerse, pero el día estaba siendo nefasto y su resistencia había llegado al límite.

—¿Qué es lo que le molesta tanto de mí? ¿Acaso no he pagado mis pedidos religiosamente? ¿Tiene algo que reclamarme, señor Coltram?

—Se piensa que porque su madre era una buena clienta le debemos pleitesía…

—¿Buena? —lo interrumpió sin variar de expresión—. Recuerdo perfectamente haberlo oído decir un millón de veces que no había otra mejor que ella.

El hombre apretó los labios visiblemente molesto.

—Decía usted que era la única que pagaba a tiempo, y que habían sido sus constantes pedidos los que habían mantenido su tienda a flote en los malos momentos. —Afiló su mirada—. Lo recuerdo todo, señor Coltram. A diferencia de usted, tengo muy buena memoria.

El hombre empalideció.

—Y considérese afortunado de que no soy como mi madre, si lo fuese no se atrevería a tratarme de un modo tan injusto y desagradable, se lo aseguro.

El tendero apretaba los labios y respiraba agitado. Era evidente que quería responder, pero algo lo frenaba y Lavinia supo que en aquella palabra estaba la respuesta a todos sus problemas.

—Ese orfanato… —masculló.

—¿Qué?

—Debería dejar de molestar a todo el mundo con él. Si quiere hacer de madre llévese a esos niños adonde no estorben.

La sangre se agolpó en sus mejillas y lo miró furibunda.

—¿A usted le molestan esos niños? ¿Acaso le he pedido ayuda, señor Coltram?

El hombre la miró con desprecio.

—Si no sabe en qué gastar su dinero déselo a alguien que sepa emplearlo. —Negó con la cabeza—. Y encima esa doncella descarada paseándose por ahí con un caballero como si tal cosa. Si su madre levantara la cabeza y viera en lo que se ha convertido su hija, volvería a caerse muerta.

La exclamación de los que allí estaban no fue nada comparada con la mirada que le dedicó Lavinia. El hombre desvió la suya con evidente incomodidad y comenzó a trajinar ordenando una caja de jabones que había colocado en el mostrador.

Lavinia salió de la tienda y subió al carruaje sin decir una palabra. Se sorprendió cuando el coche se detuvo frente a la mansión de los Wharton y miró al cochero con expresión confusa.

—¿Ya no quiere hablar con la señora Woodhouse?

Ella volvió a mirar hacia la casa, bajó la cabeza para observar sus guantes, y luego miró de nuevo la casa. Entonces recordó. Deshaciéndose de sus complejas emociones, bajó del vehículo con la ayuda del cochero y se dispuso a llamar a la puerta.

—La señora Woodhouse no está en casa —dijo el mayordomo—. Pero la señora Wharton, la señora Crawford y la señora Wilmot estarán encantadas de recibirla. Están en el jardín de atrás, ¿la llevo con ellas?

Aquellas palabras la arroparon y habría querido decirle lo mucho que necesitaba unas palabras amables, pero negó con la cabeza.

—No quiero molestarlas. Si no le importa, dígale a la señora Woodhouse cuando regrese que necesito hablar con ella.

Edward apareció en el vestíbulo y se acercó al verla.

—George —dijo al detenerse junto al mayordomo—, yo me encargo.

El mayordomo se inclinó convenientemente y se alejó de ellos.

—¿Qué la trae por aquí, señorita Wainwright?

—Ya me iba. He venido a ver a la señora Woodhouse.

—Me ha parecido oír que la «necesitaba». —Se hizo a un lado y la invitó a entrar—. Permítame que la atienda en su nombre, estoy seguro de que a Elinor no le gustará saber que se ha marchado sin hablar con nadie de la familia.

Lavinia quería irse, pero sería descortés por su parte después de su ofrecimiento, así que decidió seguirlo hasta el salón y excusarse allí tras mostrarle su agradecimiento. Edward le señaló el sofá y esperó hasta que tomó asiento para ocupar una butaca.

—Y, dígame, señorita Wainwright, ¿para qué necesita a mi cuñada?

—Es un problema doméstico, puedo esperar a…

—Oh, no de ningún modo. Estaré encantado de ayudarla con ese problema, sea el que sea.

Lavinia percibía en su amabilidad una clara ironía y lo miró sincera.

—No quiero molestarlo.

—No me molesta en absoluto —sonrió afable.

—Es una cuestión doméstica, ya se lo he dicho.

—Y yo le he dicho que estaré encantado de ayudarla.

No era cortés que fuese tan insistente, pero Edward seguía mirándola expectante.

—Es sobre nuestras niñeras. Se despidieron anoche sin previo aviso.

—¿Todas?

—Las dos que teníamos, sí.

—¿Solo dos niñeras? Creía que regentaba usted un orfanato. ¿Cuántos niños tiene?

—Veintiuno.

—¿Y solo dos niñeras? —repitió.

—Se ocupaban de los más pequeños. Solo son diez, cinco niños y cinco niñas.

—Ah, ya veo. ¿Y para qué necesita a la señora Woodhouse? ¿No pretenderá que las sustituya? —se rio—. Una cosa es aportar dinero…

—Me dijo que podía acudir a ella si la necesitaba. Pensaba pedirle que me ayudase a contratar a otras niñeras.

—Ah, ya veo —la interrumpió sin abandonar su sonrisa—. Claro, es normal que alguien tan poco acostumbrado a resolver problemas corra a pedir ayuda ante el menor escollo.

Lavinia se removió en el asiento impaciente. Tenía mucho que hacer y era evidente que el señor Wilmot no compartía la vena altruista de las mujeres de la familia. Se puso de pie, lo que lo obligó a levantarse también.

—Será mejor que me marche. Usted tendrá cosas que hacer y yo también, señor Wilmot.

—Hoy estoy bastante libre —respondió irónico—. Y me encanta poder charlar un rato con la nueva Lavinia Wainwright. Ese sanatorio es milagroso, deberían poner un retrato suyo en la puerta como su mayor logro.

Ella cerró los ojos un momento, respiró hondo y expiró el aire con un largo y áspero suspiro antes de mirarlo de nuevo sin expresión.

—Está claro que no le caigo nada bien, no es necesario que se esfuerce tanto en disimularlo —dijo con ironía—. En otro momento me habría quedado a recibir sus comentarios sarcásticos y sus insultos, sin queja, pero es que hoy es un mal día, señor Wilmot, y estoy demasiado ocupada para esto. Que tenga un buen día.

—¿Qué se trae entre manos? —preguntó directo.

Lavinia lo miró sorprendida.

—¿A qué se refiere?

—Con las Wharton. ¿Qué busca?

—Se está confundiendo, señor Wilmot.

—¿Qué quiere de ellas?

—No quiero nada. —Le temblaban las rodillas y sentía un ligero mareo. Seguramente si hubiera comido algo…

Edward suspiró con cansancio.

—Mire, señorita Wainwright, podrá engañarlas a ellas; son demasiado buenas como para intuir la maldad en los demás, pero le advierto que yo no lo soy.

—No pretendo engañar a nadie.

—Algo trama y no voy a dejar de vigilarla hasta que averigüe qué es.

Ella se encogió de hombros, abandonó la casa y regresó al orfanato cargando con más peso del que llevaba cuando salió.

Esa noche, mientras iban en el coche que las llevaba a Ledford Street, Cecilia percibió el rumor de la tormenta que ser cernía sobre ella. Por eso, cuando llegaron a casa, estaba preparada para lo peor.

Lavinia se libró del sombrero y lo dejó sobre una mesilla. Después se estiró el corpiño tratando de rebajar la presión de su corsé para poder respirar.

—No volverás a ver al señor McEntrie en un lugar público —sentenció mirándola de frente.

—Pero…

—No hay pero que valga. Es una orden, Cecilia.

—Usted sabe que…

—Ya me has oído —dijo tajante, con una mirada tan gélida que la doncella sintió como si el frío la congelara—. Mañana es miércoles, y cuando llegue, le dirás que no puedes ir a esa cafetería. Ni hoy, ni nunca.

—No puedo hacer eso —musitó la joven.

—Si sales con él de esta casa, no hace falta que vuelvas.

Cecilia la miró compungida, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y salió del salón. Lavinia se quedó paralizada. Apreciaba sinceramente a esa muchacha, pero no podía permitir que hablasen de ella. La situación se le estaba escapando de las manos y si no hacía algo conseguirían lo que se habían propuesto. Ya no tenía el ascendente social de antaño, cuando habría podido enfrentarse a ellos y salir victoriosa. Recordó lo sucedido con Lovelace, cómo la había puesto en evidencia al enredarse con una doncella de su madre. Al pensar en ello sintió náuseas, lo que más le repugnaba de esos recuerdos era verse a sí misma, y contra eso no había defensa posible. Pero debía reconocer que la Lavinia de entonces sabría enfrentarse a esa situación y salir victoriosa. Ella no. Ella no podría si no lo cortaba de raíz.

Lo que fuera que la atenazaba la liberó, y comenzó a pasearse por el cuarto, inquieta e impotente. Sentía la inquina y el veneno que su antigua amiga había vertido sobre ella. El desprecio del señor Coltram. La desconfianza de Edward Wilmot… A este último no podía reprocharle nada. Una pegajosa sensación impregnaba su piel y se filtraba a través de sus poros, anegándolo todo. La fatalidad y el desastre la amenazaban. Michael Drummond era demasiado poderoso para enfrentarse a él con las manos desnudas. ¿Cómo podría vencerlo si se había propuesto derrotarla? Le había hablado por boca de las niñeras, de Coltram, de Lucille… ¿Cómo había podido ser su amiga? Se detuvo con la mirada clavada en la ventana. ¿Amigas? Ninguna de las dos conocía el significado de esa palabra. Lavinia Wainwright se acercaba a aquellos de los que podía obtener algún beneficio, y esas personas no hacían más que devolverle el favor.

—Debo mantenerme firme —musitó—. Seré una roca.

—oOo—

Al día siguiente Cecilia mandó una nota a Brodie para decirle que no iría a tomar chocolate con él. De manera concisa, sin dar

demasiados detalles, le dio a entender que las cosas en el orfanato no estaban bien y que, de momento, no tendría tardes libres.

A media tarde el escocés se presentó en el orfanato y Cecilia salió a recibirlo para evitar que la señorita Perkins le dijera algo inconveniente.

—¿Qué pasa? ¿Es por lo de las dos niñeras?

—¿Cómo lo sabe?

—Tu señorita se lo contó a Edward Wilmot.

La doncella suspiró.

—Tenemos mucho trabajo y no puedo irme. Lo siento.

—En tu nota dabas a entender que era algo permanente.

—Podemos vernos aquí —dijo ella forzando una sonrisa—. Podría venir a visitarnos de vez en cuando y…

—Así que esas tenemos —dijo enarcando una ceja—. ¿Qué pasa de verdad? ¿Te ha prohibido verme?

Cecilia sabía por experiencia que con los McEntrie era mejor responder directamente y dejarse de rodeos. Le contó lo sucedido y Brodie movió la cabeza incrédulo.

—¿Te despedirá si tomas chocolate conmigo?

—No quiere que nos vean juntos. Lo siento —dijo compungida—. No puedo dejarla, me necesita más de lo que es capaz de reconocer. Alguien la ha envenenado con mentiras. Todo fue en esa velada musical. Usted estaba allí, seguro que vio lo que pasó.

—No pasó nada.

—Ya lo creo que sí, llegó descompuesta.

Brodie frunció el ceño y volvió a mirar hacia la ventana.

—¿Qué te dijo?

—Nada. No dijo una palabra, pero no hacía falta, la conozco bien. Y luego esas desagradecidas, con lo bien que se ha portado con ellas y lo mucho que los niños las quieren. ¿Cómo han podido dejarlos? La señorita cree que hay alguien detrás de todo.

—¿Quién?

—No lo sé. Supongo que ese Black que la molesta. O el señor Legge, un abogado que tampoco la deja en paz.

—Sí que tiene enemigos. Sea como sea, nada de esto tiene que ver conmigo.

—Aquí nadie entiende lo que hace, señor Brodie —musitó ella.

—¿Lo que hago?

—Llevar a merendar a una simple doncella.

—Tú no eres nada simple —se burló—, más bien eres demasiado complicada.

—Ya sabe lo que quiero decir. Para hablar de Escocia y ponerse melancólico no hace falta ir a esa chocolatería, puede venir aquí y hablar mientras lavo la ropa.

—Tú también echas de menos a tu madre.

—Sí, pero no quiero volver, estoy muy bien aquí. Usted, en cambio, desde que fue a la boda de Ewan no es el mismo. Si quiere irse, márchese, no hay nada que lo ate a Londres.

—Joseph me necesita.

—Puede buscar a alguien que lo sustituya. Nadie es imprescindible.

—Pero tú te consideras muy necesaria —se burló.

—Esto es diferente, la señorita Wainwright no tiene a nadie.

Brodie miró hacia la ventana del salón en el que lo había recibido y se planteó si estaría allí observando escondida detrás de las cortinas.

—¿Qué pasó en casa de las hermanas Ashton? —preguntó Cecilia de nuevo.

—En realidad, parecía estar pasándoselo bien. Incluso tuve la impresión de que ya no le caía tan mal.

—Cuénteme lo que hicieron.

El escocés le relató la velada desde el momento en que él llegó. La doncella lo miraba y asentía según avanzaba en su relato.

—¿Y se fue al tocador para refrescarse y no volvió?

—Sí. Ni siquiera se despidió de las señoritas Ashton. Fue muy

poco considerada. No sé de qué me sorprendo.

Cecilia tenía la mirada perdida y se mordía ligeramente una uña.

—Cuando ella fue al gabinete tocador, ¿dónde estaba la señora Wicker?

El escocés lo pensó un momento antes de responder.

—No lo sé. Tampoco estaba en la sala, ahora que lo pienso.

—Está claro, esa señora debió abordarla en el tocador. A saber las cosas que le diría para que llegara como llegó. Y seguro que le habló de mí y de usted, por eso… ¡Oh, qué rabia me da!

—¿De ti y de mí?

—Y de usted y de ella. Ha dicho que se rompió la taza y que todos los vieron juntos en el jardín.

Brodie asintió y al pensar en ello se dio cuenta de que una de las personas que los miraban era Lucille Wicker, precisamente.

—Tengo que hablar con ella —dijo con apremio—. Márchese.

—¿Me estás echando? —se burló.

—Ahora que sé lo que pasa, quizá pueda ayudarla.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—¿Cómo piensas ayudarla? Si esa Lucille la ha emponzoñado con esas mentiras que insinúas, ¿qué puedes hacer tú?

—Puedo tranquilizarla.

—Ah, ¿sí? No seas ilusa, Cecilia, no tienes ningún modo de influir en lo que diga gente como esa señora Wicker. Y si tu señorita prefiere hacer caso a esas habladurías sabiendo la verdad, demuestra que es de la misma catadura moral que esos que la critican.

—De alguna manera tiene que defenderse.

—¿Atacando a los que no tienen culpa?

—Estos niños dependen de ella, debería ser más compasivo.

—Eres muy dramática, Cecilia. Nadie está atacando a los niños. Esas dos niñeras se han ido, de acuerdo, pues se contrata a otras dos y Santas Pascuas. De hecho, me consta que Elinor va a encargarse de

ello.

—¡Oh, menos mal! —exclamó llevándose las manos a las mejillas —. ¿Por qué cree que esas damas la están ayudando?

—Elinor es abogada de causas perdidas y se aburre si no está muy ocupada.

—Si de verdad la señorita Wainwright se portó tan mal con ellas, como ella misma dice, esas mujeres son muy generosas y comprensivas.

—Lo son.

—Pero ella no es mala, de verdad que no.

—No podemos deshacer lo que está hecho —sentenció él encogiéndose de hombros—. Solo afrontar las consecuencias.

—El que esté libre de pecado…

—¿Ahora me vas a citar La Biblia?

—La señorita dice que se puede aprender mucho leyéndola. Lo estoy intentando, aunque me cuesta. No quiero ser una bruta —musitó.

—Nunca has sido una bruta. Una cabeza loca, sí, pero no una bruta.

—Sé muy poco de casi nada. Pero agradezco que la señorita hable conmigo como si creyera que soy inteligente. Nunca me trata con superioridad ni me hace sentir estúpida.

—¿Yo te hago sentir estúpida?

—No, pero me trata como a una niña. No me cuenta nada importante de usted ni de lo que hace, solo hablamos de mí y de Lanerburgh.

—¿Y qué quieres que te cuente?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Si te hablo de mi trabajo será una conversación muy aburrida.

—¿Lo ve?, ya a vuelve a hacerlo.

—No es eso, Cecilia, es que de verdad que creo que te aburrirías.

—Deje que yo decida eso.

—Está bien. Prometo contarte más cosas la próxima vez que vayamos a merendar.

—Dentro de mucho tiempo —musitó ella girando la cara.

—Está bien —aceptó él—. Dejaremos lo de ir a merendar hasta que las cosas se calmen.

Cecilia lo miró aliviada y asintió repetidamente.

—Si Michael Drummond quiere esta casa —advirtió—, no parará hasta conseguirla. Y para ello empleará todas las armas que estén a su alcance.

—Pero no puede venderla, ¿qué será de los niños?

—Tendrá que llevárselos a otra parte.

—¿Cómo puede decir eso y quedarse tan tranquilo? Ella no quiere vender, no pueden obligarla.

—Me temo que sí pueden y de formas que ni te imaginas. No estoy diciendo que me parezca bien, deja de mirarme así, tan solo te estoy hablando como a una adulta, ¿no era lo que querías.

—¿Está diciendo que ese hombre es peligroso?

Brodie asintió sin ambages.

—No os enfrentéis nunca a él. Si Black o él os molestan de algún modo, avisadme. No dudéis, no es ninguna tontería.

Una pícara sonrisa elevó las comisuras de los labios de la joven.

—¿De qué te ríes? —La miró ceñudo—. Esto no es ninguna broma, Cecilia.

—No importa el tiempo que pase lejos de casa, usted siempre será un McEntrie.

—¿Y eso qué significa?

—Si ve a alguien en peligro, allá que va.

—No digas tonterías.

—Espero que no cambie de opinión cuando sepa a lo que ha ido a la tienda del señor Coltram.

—Pues no me lo cuentes.

—Quería devolverle el dinero de las velas.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Ha comprado una caja y ha pedido que se la entreguen a los Burford para compensar la que ellos pagaron.

—La pagué yo. Maldita sea, era una mísera caja de velas.

Cecilia sonrió tratando de quitarle importancia.

—No quiere que vayan diciendo por ahí que usted hace cosas por ella.

—No, por Dios, que nadie crea semejante sacrilegio.

—Sí, eso, búrlese. Me voy dentro que tengo mucho que hacer.

Brodie volvió a mirar hacia la ventana y silenció la voz que le pedía que entrase. Se dio la vuelta y caminó hasta Fionn, mientras montaba la recordó debajo del árbol. Con aquella mirada intensa y una expresión casi infantil. Feliz. Tiró de las riendas, guio al caballo hasta el camino y se alejó de allí sin mirar atrás.

—Señorita Wainwright.

—¿Sí, Heather?

—¿Quién es?

—Brodie McEntrie. —Soltó la cortina y se giró hacia la niña—. Es un buen amigo de Cecilia.

—¿Se van a casar?

Lavinia sonrió con tristeza.

—Creo que no.

—Es muy guapo. Casi tan guapo como Jack.

—¿De verdad?

La niña asintió.

—Y monta muy bien a caballo.

—Sin duda.

—¿Por qué está triste? —preguntó mirándola con preocupación.

—Porque he tenido que darle un disgusto a una persona que me importa mucho

—¿Y no podía evitarlo?

Lavinia negó con la cabeza.

—Entonces no se lo tendrá en cuenta.

—Me temo que sí.

Heather caminó con ella hasta la puerta.

—¿Cree que algún día podré montar como ese caballero? Me gustaría, pero no estoy segura de que se me dé bien. Los caballos son muy grandes, necesitaría una escalera para subirme a uno de ellos.

—Tú también crecerás, Heather.

—¿Tanto como un caballo? —Salieron del salón y avanzaron por el pasillo.

—Tanto no, pero…

Cecilia se detuvo frente a ellas.

—Aquí estás —dijo señalando a la niña—. Vamos, es hora de bañarse.

—¿Otra vez? —se quejó la niña arrugando la nariz—. Ya me bañé hace una semana.

—Por eso tienes que bañarte hoy. En ese pelo podría esconderse Sweete y no lo encontraría nadie.

La niña se rio a carcajadas al imaginarse semejante cosa.

—Señorita Lavinia, ¿viene usted?

—Enseguida voy.

Cecilia asintió dedicándole una sonrisa.

—No se preocupe, lo ha entendido —dijo antes de alejarse de allí con la niña.

Lavinia sabía que no era cierto, había visto la expresión de su rostro y no era la de alguien conforme.

Capítulo 11

La señora Dunlop entró en el salón y gruñó al golpearse el tobillo con una de las butacas.

—Pero, señorita, ¿por qué está a oscuras…? —Fue en busca de un candelabro y regresó con él colocándolo en una de las mesitas—. Creía que se había ido a la cama ya.

Miró la bandeja con la tisana y vio que no la había tocado.

—No se la ha tomado.

Lavinia la miró sorprendida.

—Me he olvidado por completo

—Se ha quedado fría.

La otra cogió la taza y bebió un sorbo.

—No importa, hará efecto igual.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está tan disgustada?

—He tenido que prohibirle a Cecilia que vea al señor McEntrie.

—¿Por qué? ¿Cree que hay algo malo en esa relación?

—¡Por supuesto que no! Él es un caballero y Cecilia… —De nuevo desvió la mirada—. Es una deslenguada y una insolente incapaz de hacer nada indebido. Sin embargo, hay personas que disfrutan hablando mal de los demás.

—Y por eso mismo, no hay que hacerles caso. Es su naturaleza.

Lavinia la miró con fijeza y asintió.

—Yo era de esas personas.

—Pero ya no lo es.

—¿De verdad se puede cambiar, señora Dunlop? ¿Se puede uno deshacer de todo lo que ha hecho y empezar de nuevo?

—Claro que se puede. Mire al señor Horton —dijo refiriéndose al empleado que tenían en el orfanato—. Desde que murió su esposa no ha vuelto a catar el alcohol y es un bendito. Ayuda a todo el mundo, va limpio y pulido, y asiste al oficio todos los domingos. Si ese hombre

no es la prueba de que se puede cambiar, que venga Dios y lo vea.

Lavinia sonrió levemente. Sabía de la debilidad de la señora Dunlop por Ernest Horton. Ella fue quien se lo recomendó.

—Usted conocía a su esposa.

—Sí, de toda la vida. Rachel era un ángel del cielo.

—Y el señor Horton, el mismísimo diablo.

—Le dio muy mala vida. Pero era por culpa de la bebida. Hay hombres a los que les pasa eso, el vino los transforma en el demonio.

—¿Le pegaba?

La cocinera volvió a asentir.

—Sí, era un desgraciado.

Le costaba imaginar al amable Ernest Horton como ese diablo del que hablaba.

—¿Cuánto hace que murió su mujer?

—Cinco años. Él juró sobre su tumba que no volvería a beber un trago en su vida y ha cumplido su promesa.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya se lo he dicho, ayuda a todo el mundo, no ha dejado de asistir a misa todas las semanas y, además, trabaja todo el día en el orfanato. Si lo hubiera conocido antes, sabría que no hay manera de confundirse. Es otro hombre, señorita.

Lavinia asintió y lentamente una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Vaya a acostarse, señora Dunlop, no quiero entretenerla más.

—¿Le preparo otra tisana?

—No, gracias. Buenas noches, que descanse.

—Buenas noches, señorita, no se quede hasta muy tarde.

Lavinia apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca, mientras pensaba en lo que habían hablado. Le daba terror despertarse un día siendo la antigua Lavinia. Sentir aquel odio latiendo en su pecho al abrir los ojos. Se había olvidado por completo de esos sentimientos. Hasta que habló con Lucille. Ella se los trajo todos de vuelta y los soltó en su regazo para que volviese a cargar con ellos. Se marchó de la

casa de las hermanas Ashton como alma que persigue el diablo, pero de lo que huía estaba dentro de ella y no se puede huir de uno mismo eternamente.

—Jamás —musitó para sí.

—¿Jamás qué? —Cecilia la miraba desde la puerta atándose el cinturón de la bata—. ¿Qué hace aún levantada?

—Me he desvelado.

—¿De qué hablaba? —dijo acercándose a la taza—. Está fría.

—Me he distraído y se ha enfriado. No importa.

—De eso nada, le haré otra, sé dónde guarda la señora Dunlop las hierbas. No tardo nada.

Salió de allí sin darle opción a protestar.

Casi desearía que estuviese enfadada, eso se lo haría más fácil. Se levantó de la butaca y dejó el libro que no había abierto siquiera. No podía concentrarse en la lectura cuando había tanto ruido en su cabeza. Cuando regresó la doncella, la encontró de pie frente a la ventana. Ledford Street estaba despierto a aquellas horas de la noche,

—Tómesela antes de que se le enfríe —dijo Cecilia cuando volvió a sentarse en su butaca.

—¿Por qué no ha encendido las lámparas? —Cogió la vela para encender las lámparas de Argand—. Sabe que no es bueno que esté a oscuras. Espero que no haya estado leyendo con tan poca iluminación.

Lavinia la observaba trajinar con las lámparas y, de repente, se le retorció el estómago ante la idea de perderla. Necesitaba a aquella muchacha alegre y parlanchina.

—Lo siento —dijo con voz ronca.

Cecilia siguió con lo que hacía hasta que terminó de encender las dos lámparas de las mesitas y después se sentó en la butaca gemela a la suya.

—Ya le he dicho que lo ha entendido. ¿Le he contado alguna vez cómo fue que me salvaron la vida? ¿Los detalles de lo que pasó?

—No.

—Mañana se lo contaré en el desayuno. Estoy segura de que la señora Dunlop se enfadaría si se lo contase cuando ella no está.

—Y con razón —sonrió Lavinia.

—¿Qué estaba leyendo? —señaló el libro.

—Estoy releyendo Waverley, de Walter Scott.

—Es escocés.

Lavinia asintió.

—¿Le interesa Escocia?

Lavinia volvió a asentir.

—Yo puedo contarle muchas cosas. Aunque solo conozco Lanerburgh, Pittendrich y poco más.

—Podrías hablarme de *Slioscreige*, ¿así se llama el castillo de los McEntrie?

La doncella sonrió sin mostrar sorpresa. Conocía bien el tema y siempre era agradable hablar de lo que uno sabe. Lavinia se recostó en su butaca y se llevó la taza a los labios mientras la escuchaba.

Si alguno de sus antiguos conocidos hubiera podido ver la escena habría pensado que sus ojos lo engañaban. Sentadas en la cocina, la dueña de la casa, su doncella y la vieja cocinera, desayunaban juntas.

—Pero ¿cómo es posible que te metieras en un lío semejante? —se horrorizó la señora Dunlop.

—Me tendieron una trampa, ya se lo he dicho. No podía desobedecer a la señora Blanche, yo era su doncella personal, y no me quedó más remedio.

—Menuda familia —musitó Lavinia.

—No lo sabe usted bien, señorita, eran lo peor de lo peor. No creo que haya nadie en toda Escocia que lamente la muerte de Bhattair ni de su hijo. Eran unas auténticas alimañas. Un hombre capaz de tratar a golpes a su familia, ¿qué no hará con extraños? Por eso me compadecía de la señora Blanche y de la señora Rosslyn, esas mujeres

vivían un auténtico calvario en aquel castillo.

Lavinia dejó el cubierto en el plato y cogió su copa para beber un sorbo de agua. La cocinera miró los restos de comida con expresión severa.

—Apenas ha comido —la regañó.

Lavinia sonrió afable.

—Si por usted fuera no haría otra cosa.

—Con que se acabase lo que le pongo en el plato, me conformaría —se burló la señora Dunlop poniéndose de pie para recoger—. Ni se le ocurra levantarse. Bastante insensatez es ya que nos obligue a sentarnos a su mesa.

—¿Obligarlas? ¿Tan desagradable le resulta? —Lavinia la miraba con fingido pesar.

—A mí no me manipule, soy demasiado vieja para eso. Sabe a lo que me refiero. Si alguien nos viese…

—¿Alguien como quién? —se burló su señorita.

—Alguien como… alguien.

—Si alguno de mis numerosos amigos se presenta de improviso a horas tan intempestivas para interesarse por mi bienestar, descuide, me inventaré una excusa que explique semejante indiscreción.

Cecilia ayudó a vaciar la mesa.

—Se burla de usted, señora Dunlop.

—¿Te crees que no lo sé? La conozco bien, es como un libro abierto para mí.

—¿Un libro? —se mofó la doncella—. ¿Cuándo ha abierto usted un libro?

Lavinia las escuchaba con una sonrisa en los labios. Si por ella fuera desayunaría siempre con ellas. Cuando se puso de pie dispuesta a ayudar, la señora Dunlop la miró con una seria advertencia en los ojos.

—Vaya al salón hasta que Cecilia acabe de ayudarme. No la entretendré mucho.

Lavinia obedeció como si la que mandaba fuese ella. Ya en el salón se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Empezaba a haber movimiento en la calle, aunque todavía era temprano.

—Qué exagerada es Cecilia —musitó para sí—. Ha explicado su historia como esos McEntrie fueran poco menos que dioses mitológicos.

Se mordió el labio inquieta. Podía imaginar a Brodie McEntrie a lomos de su caballo dispuesto a rescatar a cualquiera que estuviese en peligro. Y, de pronto, lo vio girarse para mirarla burlón, como había hecho el día anterior cuando lo espiaba desde la ventana.

—¡Qué vergüenza! —dijo caminando hacia su butaca mientras sacudía la cabeza repetidamente.

Leería un poco mientras esperaba a que Cecilia se preparase para ir al orfanato. Cogió el libro y lo abrió por donde había colocado la marca. Leyó: «Escocia, con su naturaleza indómita y su espíritu libre, había empezado a moldear su carácter y a despertar en él un sentido de pertenencia que nunca había experimentado en Inglaterra».

Apoyó el libro en su regazo y cerró los ojos. Las palabras de Cecilia la noche anterior la llevaron hasta Lanerburgh. Casi podía escuchar el rugido del mar rompiendo contra la pared de los acantilados. Los relinchos de los caballos mientras los hermanos iniciaban su tarea diaria. El castillo imponente observándolo todo sin inmutarse por las idas y venidas de sus habitantes. Pensó en Elizabeth y en lo mucho que había cambiado su vida. La vida de las dos se había vuelto del revés, pero la suya para bien.

—¿En qué está pensando? —preguntó Cecilia parada bajo el marco de la puerta.

—¿Qué? Nada. Tonterías mías —respondió poniéndose seria.

—Podemos irnos cuando quiera —dijo la doncella acercándose—. Pero, ahora que ya está más tranquila, me gustaría que me contase lo que pasó con las señora Wicker la otra noche.

—¿Otra vez con eso? Ya hablamos de ello y te dije todo lo que

tenía que decir.

—Pero qué cabezota es usted. —Cecilia se puso las manos en la cintura—. Sé que confía en mí, ¿por qué no se desahoga conmigo?

Lavinia contuvo una sonrisa.

—Debería despotricar hasta quedarse afónica —siguió la doncella —. Así se libraría del peso de esas palabras, en lugar de cargar con ellas como hace siempre.

—Probablemente tengas razón, pero prefiero ignorarla por completo. Lo único que tienes que saber es que es de vital importancia que no llamemos la atención.

—El señor McEntrie me dijo que si necesitamos ayuda, se la pidamos. Con el señor Black.

—¿Ayuda de qué tipo?

—No lo sé, pero me dio la impresión de que piensa que ese hombre no la va a dejar tranquila y que seguirá intentando que venda su casa.

Lavinia se encogió de hombros.

—Me da igual, al final se cansará.

—Dice que el señor Drummond es peligroso.

—¿Peligroso en qué sentido?

—No quiso especificármelo, pero me dijo que lo avisemos si notamos algo raro.

—Me parece a mí que tu señor McEntrie tiene demasiada imaginación. Conozco a Michael Drummond desde que era una cría, es un hombre difícil y poderoso, pero no es ningún matón. Aunque…

Cecilia esperaba que acabara la frase.

—¿Aunque qué? --preguntó impaciente.

—La otra noche tuve una extraña sensación de peligro cuando Lucille insinuó que debería vender la casa y marcharme de Londres.

—¿Cree que era una amenaza?

—Me pareció extraño que mencionase la venta de la casa. Entiendo que haya algunas personas que sepan que Drummond me ha

hecho una oferta, pero ¿por qué lo mencionó y de ese modo? No sé, quizá estoy exagerando, pero me dio muy mala espina.

—Le enviaré una nota al señor McEntrie.

—No digas tonterías, ni se te ocurra molestarlo con esto.

—Él me dijo…

—¿Para quién trabajas, para él o para mí? Pues ya lo sabes, nada de notas. Y, vámonos ya, que hemos perdido demasiado tiempo. Me gusta estar allí cuando llega la señorita Duffield. —Se puso el sombrero frente al espejo de la entrada.

—Esos niños no necesitaban una maestra, con usted ya aprendían suficiente. Lo que necesitan es una madre.

Lavinia sonrió con tristeza cogiendo los guantes.

—Eso, por desgracia, no puedo conseguírselo pagando unos chelines.

—La tienen a usted.

—No digas tonterías, yo no soy su madre. ¡Nos vamos, señora Dunlop!

—Que tengan un buen día —deseó la mujer secándose las manos en un trapo—. Hoy me toca ir a la compra.

—Adiós, señora Dunlop. —Cecilia abrió la puerta para salir.

—Le he dejado una lista en mi escritorio. Nos vemos a la noche. —Lavinia siguió a Cecilia fuera de la casa.

—Se preocupa por ellos y gracias a usted son felices. —La doncella continuó con la conversación, dejándola pasar delante al cabriolé—. ¿Qué hace una madre sino procurar eso?

—¿Quieres meterme en problemas? Bastante dice la gente como para que tú alimentes sus malos pensamientos.

—¿Qué más da lo que diga la gente? —Se sentó a su lado.

—Ya te he dicho un montón de veces que en mi mundo importa mucho. —Dio unos golpecitos y el cochero se puso en marcha.

—¿Su mundo? ¿De qué mundo habla? No visita a nadie ni recibe a nadie. No sale de casa más que para ir al orfanato, comprar cosas

para los niños o ir a la iglesia. Esas estiradas repelentes pueden irse a…

—¡Cecilia! —la cortó asombrada y miró al cochero. Bajó el tono —. Que ahora sea una apestada no significa que no respete las normas que me enseñaron. Una doncella mía no puede hablar de este modo de otras damas.

Cecilia no se mostró afectada, al contrario, se encogió de hombros.

—No debería perder ni un segundo pensando en lo que esas personas opinen de usted.

—Esas personas tienen mucho poder y podrían ejercerlo contra mí. Si quiero proteger a esos niños debemos ser invisibles, Cecilia. Las dos. Y esta conversación ha terminado.

Se giró para mirar la calle y el resto del camino continuaron en silencio.

Capítulo 12

Era el segundo miércoles que no iba a ver a Cecilia, en eso pensaba Brodie con la mirada clavada en el plato de su desayuno.

—¿Te hablan?

—Se dirige a ti —le advirtió Joseph con tono risueño.

El escocés levantó la mirada del plato y la posó en ella.

—¿Qué?

—Que si te hablan.

—¿Quiénes?

—Esos huevos revueltos.

Brodie torció una sonrisa.

—Es posible.

—¿Y qué te dicen?

El otro suspiró pensativo.

—Pues que debería quedarme quietecito.

—Que huevos tan comedidos.

—¿No crees que sea un buen consejo?

—Depende de la situación. Quedarte quieto cuando alguien te lanza una flecha, sería muy estúpido.

—Bien visto —murmuró Joseph sin levantar la mirada del periódico.

—No estoy seguro de si me han lanzado una flecha. —Lo pensó un momento—. Creo que sí.

—Entonces debes moverte —afirmó Harriet llevándose un pedacito de salchicha a la boca.

—El problema es discernir en qué dirección —dijo Joseph pasando la página—. Eso es siempre lo más difícil.

—Si nos dieras algo de contexto…

Brodie sopesó esa posibilidad mientras observaba cómo los rojos rizos de Harriet intentaban colarse en su plato. Ella levantó la mirada

y la posó en él divertida.

—¿Qué?

—Tu pelo. Se va manchar.

Joseph la miró sonriente.

—Deberías recogértelo antes de bajar a desayunar.

—Me gusta hacerlo después —dijo ella apartándoselo—. No nos desviemos del tema. ¿De quién se trata?

—Lavinia Wainwright.

Harriet lo miró con fijeza.

—Las flechas de Lavinia solían ser mortíferas, pero, según tengo entendido, ya no es tan peligrosa.

Brodie se recostó en su silla y se cruzó de brazos con expresión burlona.

—No estoy tan seguro. Por lo pronto ya ha conseguido que no lleve a Cecilia a tomar chocolate.

Joseph y Harriet se miraron con disimulo y Brodie entornó los ojos.

—¿Qué? —los interrogó a ambos.

—Es que… —Joseph no acabó la frase y volvió a fijar la mirada en el periódico.

—A ver, Brodie… —Harriet cogió el toro por los cuernos—. Cecilia es una doncella.

—¿Y qué tiene eso que ver? La conozco desde que era una cría. En cierta forma, soy responsable de ella.

—Eso está muy bien y no hay nada malo en ello. Pero llevarla a una chocolatería todos los miércoles… Reconoce que era muy poco usual.

—¿Poco? —comentó Joseph sin levantar la vista.

—Nada usual —puntualizó Harriet—. Quizá podríais encontrar un modo de veros menos… complicado. Que ella venga aquí, por ejemplo.

Joseph la miró con fijeza.

—¿No? —preguntó ella.

—¿Quieres que la doncella de la señorita Wainwright venga a nuestra casa a reunirse con Brodie? Eso no resultaría raro en absoluto —ironizó.

—Cierto, también es raro —meditó ella en voz alta.

—No veo por qué tengo que complicarme tanto las cosas. Llevarla a esa chocolatería era de lo más cómodo.

—En Lanerburgh, es posible, en Londres, te aseguro que no —sentenció Harriet.

—¿No podemos ser amigos en Londres?

—Veo que lo vas entendiendo. Aquí hay unas normas que todos debemos cumplir.

—Tiene gracia que tú hables de normas. Eres una mujer que entrena con un palo y dispara flechas desde su caballo. Al que montas a horcajadas, por cierto.

—Pero soy una mujer casada, a nadie le importa lo que haga una mujer casada, excepto a su esposo.

—Eso no es del todo cierto —musitó Joseph.

Harriet lo miró ceñuda.

—¿Qué quieres decir?

El pirata suspiró maldiciéndose por no estarse calladito.

—La gente habla.

—¿Qué gente?

—En el club, por ejemplo.

El ceño de Harriet se arrugó un poco más y parecía imposible.

—¿Y qué dicen?

—Ya sabes cómo son.

—¿Qué dicen? —insistió enfatizando cada palabra.

—Bromean.

Harriet estrechó su mirada.

—Le preguntan si le has pegado con el palo alguna vez —intervino Brodie.

—¿¡Qué!?

—No les hago ningún caso, querida, no te preo…

Harriet se puso de pie con tal violencia que tiró la silla al suelo.

—¿Cómo se atreven?

—A mí no me afecta y…

—A ellos sí les daría con el *jō*. Serán desgraciados… —Caminó hacia la puerta con pasos rápidos.

—Discúlpanos. —Joseph corrió tras ella—. Harriet…

Brodie movió la cabeza y suspiró. Estaba claro que iba a tener que tomar la decisión él solo.

Lavinia tendía la ropa al sol. Había que aprovechar que el cielo estaba despejado.

—Señorita, ¿me cuenta una historia? —pidió Matilda.

—¿Otra? Te he contado una hace un momento.

—Me gustan mucho sus historias —dijo la niña en cuclillas frente al cesto de las pinzas. Se entretenía colocándolas alrededor del cesto mientras esperaba para darle la siguiente.

—Cuénteme la del perrito abandonado. Es mi favorita.

Lavinia la miró con tristeza sin que la niña se percatase.

—Había una vez un perrito que nació en una casa fría y triste —comenzó al tiempo que sacudía una sábana—. Su madre lloraba todo el día porque se sentía muy sola.

—El papá del perrito se había muerto. —Colocó más pinzas en el borde del cesto.

—Y por eso la mamá estaba tan triste. —Lavinia colgó la sábana de la cuerda y se inclinó a coger una de las pinzas.

—¿No puedo dárselas? —preguntó la niña de nuevo.

—Yo las cojo —respondió Lavinia con una sonrisa—. El perrito lloraba porque tenía hambre y su mamá lloraba porque no tenía nada que darle.

—Todos lloraban —musitó la pequeña.

—Sí, todos lloraban. Pero entonces…

—Llegó una gata de pelo brillante y le dijo a la mamá del perrito que podía irse con ella.

Lavinia sintió una punzada en el pecho.

—Así es. Y la mamá estaba tan desesperada y tan triste, que dijo que sí.

La niña levantó la cabeza para mirarla.

—¿La mamá no quería a su perrito?

Lavinia sonrió con tristeza. Siempre la misma pregunta.

—Sí lo quería, pero estaba demasiado cansada y no pensaba con claridad.

—Seguro que dejó al perrito solo porque sabía que encontraría una nueva casa —musitó la niña volviendo a colocar las pinzas dentro del cesto.

—Seguro —afirmó Lavinia.

—¡Matilda!

La voz de Elinor, que acababa de llegar, llamó la atención de las dos.

—Aidan —llamó la pequeña al niño que le hacía gestos con las manos.

Lavinia la vio correr hacia ellos recordando la primera vez que vio a la niña. Apenas tenía fuerzas para caminar de lo desnutrida que estaba. Cogió dos pinzas y las colocó sujetando la sábana. Como siempre que le contaba esa historia se preguntó qué habría sido de su madre. ¿Habría podido sobrevivir después de abandonar a su hija? Los vecinos le dijeron que la quería mucho y que solo se explicaban lo que había hecho porque pensaba que moriría con ella. Sopló para deshacerse de aquellos pensamientos, y siguió tendiendo hasta que el relincho de un caballo llamó su atención.

Brodie saltó de Fionn y ató las riendas al árbol junto al que se

había detenido.

—Buenos días, señorita Wainwright —dijo acercándose a ella.

—Señor McEntrie… —respondió Lavinia sin disimular su sorpresa.

—¿Podríamos hablar un momento?

—Estoy… —señaló la ropa tendida.

Él miró el cesto de ropa y las pinzas antes de volver a mirarla a ella.

—Puedo esperar.

Lavinia, con cierta turbación, continuó su tarea fingiendo no percatarse del evidente escrutinio de su visitante. Cuando hubo terminado caminaron juntos hacia la casa en silencio y, al entrar, se encontraron con la señorita Perkins, que dedicó al escocés una de sus expresiones menos amables.

—¿Voy a buscar a Cecilia? Está arriba encerando el…

—He venido a hablar con la señorita Wainwright —la interrumpió él.

—¿A hablar de qué?

Lavinia puso los ojos en blanco y suspiró con cansancio.

—Acompáñeme —pidió al tiempo que se ponía en marcha.

Una vez en el saloncito le preguntó si le apetecía tomar algo, ante la atenta mirada de la gobernanta.

—No, gracias.

—Puede volver a sus ocupaciones, señorita Perkins, gracias.

La criada protestó sin palabras y Lavinia insistió con su mirada, por lo que no tuvo más remedio que marcharse.

—Deje la puerta abierta —pidió cuando hizo ademán de cerrar tras ella y la mujer sonrió.

—Estaré cerca, por si me necesita.

Brodie levantó levemente la ceja y dejó el sombrero en una mesita cercana sin decir nada.

—¿Quiere sentarse o lo que ha venido a decir puedo escucharlo

de pie?

—Como usted prefiera —indicó él.

—De pie, entonces.

—¿Por qué se empeñó en devolver las velas?

—Era una deuda.

—Le dije que era un donativo.

—Los donativos se hacen de manera espontánea. Mis problemas no son asunto suyo, señor McEntrie.

—Pero lo cortés hubiese sido aceptar mi ayuda y darme las gracias.

—Yo no le pedí ayuda.

—No, usted no pide, prefiere mandar.

—Veo que está molesto conmigo y supongo que no es casualidad que hoy sea miércoles.

Brodie no se esperaba aquella sinceridad y eso lo descolocó.

—Le dije a Cecilia que podía verlo, siempre que no fuera en un lugar público. Fue decisión suya cancelar sus encuentros.

—No los llame «encuentros», hace que parezca algo… turbio.

—Mis disculpas. ¿Cómo prefiere que lo llame?

El escocés no supo cómo responder a eso.

—Seré muy sincera con usted, señor McEntrie. Ya que mis problemas han acabado por afectarle, es lo justo. A usted y a mí no nos une el menor parentesco y tampoco somos amigos, por lo que no encontré el modo de justificar su ayuda. Soy una mujer soltera, sin padre o hermano que me defiendan y su gesto podría malinterpretarse.

—Por una mente retorcida, es posible. Pero ¿eso qué tiene que ver con Cecilia?

—Usted es un caballero.

—Gracias.

—Y Cecilia mi doncella.

—No es de su propiedad, tan solo trabaja para usted.

—No pretendía insinuar semejante cosa.

—¿Qué hay de malo en que un amigo la invite a chocolate? Le aseguro que Cecilia está totalmente a salvo conmigo.

—Usted es un hombre y ella una mujer.

—¿Es el día de las perogrulladas?

—En nuestra sociedad…

—Hable por usted, no se escude en los demás.

—Pero es que debo hacerlo, señor McEntrie. Lo que yo opine aquí no importa.

—Por supuesto que importa.

Brodie se apoyó en uno de sus pies relajando la postura.

—No, no importa. Son los demás los que me crucificarán si encuentran una fisura en mi comportamiento. Y eso incluye a mi servicio, señor, estoy segura de que lo comprende.

—Señorita Wainwright, voy a dar por hecho que se preocupa usted por Cecilia y no tendré en cuenta lo ofensivas que resultarían sus insinuaciones en otro contexto. Conozco a esa muchacha desde que era una mocosa con trenzas, que corría descalza y se divertía pisando las boñigas que dejaban los caballos en el camino. Conozco a su madre y a sus hermanos. Su padre trabajó para nosotros hasta su muerte. En mi familia no se estila traicionar la confianza de los tuyos —dijo haciendo girar el sombrero entre sus manos—. Y Cecilia es de los míos.

—Lo sé.

—Y aun así, ha decidido juzgarme injustamente y prohibirme…

—Ya le he dicho que fue ella la que decidió.

—Después de que usted le contara todas estas milongas que me ha soltado a mí.

—Le dije una vez que las cosas en Londres no son como en… en…

—¿«Ese pueblucho» es la frase que busca? —ironizó.

—No recuerdo el nombre —dijo paciente.

—Lanerburgh.

—Lanerburgh, intentaré no olvidarlo. La cuestión es que aquí, si no cumples con los preceptos que te imponen, te expulsan o algo peor.

—Los McEntrie criamos caballos, es cierto, pero venimos de una larga estirpe de caballeros escoceses, así que conozco bien las normas que rigen a nuestra sociedad, señorita Wainwright. Normas que no he contravenido en ningún momento. Al único al que tendría que pedir permiso para llevar a Cecilia a tomar chocolate es a su padre, pero lamentablemente murió hace unos años y no tengo contacto con el más allá. Aunque no sería necesario, porque sé que él mismo me habría pedido que me ocupase de su hija, en la medida de lo posible. Y eso es lo que he estado haciendo desde que vine a vivir aquí. Hasta que a usted se le ocurrió que era algo malo.

—No se me ocurrió a mí, señor.

Brodie apretó los labios, cuanto más serena se mostraba ella, más lo enfurecía.

—Solo una mente retorcida puede ver algo sucio en esto —sentenció rotundo.

—Estoy de acuerdo.

—Cecilia es una responsabilidad que no pienso eludir. Me importa muy poco que hablen de mí, señorita Wainwright, por mí pueden decir lo que quieran.

—Aplaudo su determinación.

—Pero no va a permitirlo.

—Señor McEntrie, ya le he dicho que yo no le he prohibido que lo vea.

Sus ojos lo miraban anhelantes y sus labios… ¡Dios! El escocés quería desviar la mirada, pero era como si alguien hubiese atado un cordel invisible que lo obligaba a mantenerla fija. Un cordel que tenía alguna clase de poder mágico para alterar sus latidos y otras partes de su cuerpo menos escondidas.

—¿Qué narices ocurrió en casa de las señoritas Ashton para que se marchara como lo hizo? —preguntó enfadado.

Un ligero temblor en sus labios hizo que tragara saliva como un león preparándose para su comida.

—Tuve una desagradable charla con una antigua amiga —dijo ella ajena a la marabunta de emociones que había desatado solo por seguir respirando.

—¿Sobre mí? —Con evidente sarcasmo.

—Usted apareció en la conversación, sí.

—Ilumíneme.

—Creo que ya lo he hecho.

—Entonces hablaba por boca de otros.

Ella lo miró casi suplicante.

—Señor McEntrie, sé que no hay nada sucio en su relación con Cecilia. Aprecio sinceramente a esa muchacha y no quiero que su nombre ande en boca de gente como Lucille, pero sé perfectamente que lo que dicen es mentira.

—Y aun así…

—Podrían verse en mi casa —lo cortó.

—¿Qué? —¿Ese hoyuelo en su mejilla había estado siempre ahí?

—El próximo miércoles, si he conseguido encontrar a las dos niñeras que necesito y si a usted le parece bien, por supuesto. Yo les acompañaré, pero será un mero formulismo. Quiero decir que no intervendré en sus conversaciones. Bordaré, eso es, bordaré mientras usted y Cecilia toman chocolate. La señora Dunlop prepara uno delicioso.

—No me gusta el chocolate —dijo confuso.

—Puede tomar café si lo desea. O té.

—¿Será nuestra carabina?

—No bromee con un tema tan serio.

Brodie inclinó la cabeza mirándola interesado.

—Le confieso que ha conseguido sorprenderme. No me esperaba esto.

—Comprendo que esté enfadado.

—Lo estaba, sí. —Cogió su sombrero de donde lo había dejado—. No estuvo bien que se marchara sin despedirse.

Lavinia enrojeció como una adolescente.

—No debería hacer caso de lo que le digan personas que no se preocupan por usted —añadió él.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de salir y se volvió a mirarla con atención.

—¿David Black ha vuelto a molestarla?

—No.

—¿Me avisará si lo hace?

Lavinia lo miró con curiosidad.

—¿De qué conoce a ese caballero?

—Caballero es una palabra que le queda demasiado grande. Los conozco a los dos, a él y a su jefe, y como le dije a Cecilia, son peligrosos.

—Lo tendré en cuenta.

—Y me avisará.

Una cálida sensación la envolvió, como cuando tienes frío y alguien te cubre con una manta de lana merino. Asintió.

—Hasta el próximo miércoles, señorita Wainwright.

—Señor McEntrie.

Capítulo 13

Duncan MacDonald atravesaba el vestíbulo del banco cuando lo vio entrar. Cambió de dirección para saludarlo.

—Menuda sorpresa, McEntrie —dijo como saludo.

Brodie lo miró con expresión irónica.

—Hasta ahora hemos fingido no vernos siempre que nos hemos encontrado, ¿podríamos seguir haciéndolo?

Duncan señaló el lugar en el que estaban.

—Has entrado a mi banco.

—¿Tu banco?

—Ahora soy el director, no puedo ignorar a mis clientes.

Brodie enarcó una ceja con mirada irónica.

—¿Director? Mungo… Quiero decir, Gabriel debe haber perdido la cabeza.

—Me dio a elegir entre sus distintos negocios y escogí este. Me gusta el dinero y me encanta que la gente lo necesite.

—¿Para poder extorsionarlos?

—Y encima es todo legal —se burló Duncan.

—Al menos no tiene nada que ver con caballos.

El otro desvió la mirada visiblemente avergonzado, pero no respondió a eso.

—No me he alegrado de verte —dijo haciendo ademán de seguir su camino.

—Vamos, McEntrie, ya no somos enemigos. Ni siquiera soy un MacDonald.

—Para mí siempre serás un MacDonald, Duncan. Las personas no cambian por cambiar de apellido.

—¿La señorita Wainwright tampoco? Por lo que me han contado de ella, no es alguien que un McEntrie frecuentaría si no hubiese cambiado.

—¿Qué tiene que ver esa señorita contigo?

—Conmigo nada, pero al parecer contigo sí. ¿Disfrutaste de la velada en casa de las hermanas Ashton?

Brodie lo encaró consciente de que tenía algo que decir.

—Suéltalo ya para que podamos volver a ignorarnos.

—En realidad escuché una conversación muy interesante en la que se te mencionaba. Como comprenderás, al oír tu nombre afiné el oído y así me enteré de algo que podría resultarte interesante. ¿Sabías que Michael Drummond quiere comprar la casa de esa señorita?

—Todo Londres lo sabe.

—Ya. Lo que quizá no sabes es que no solo tiene interés en la casa.

Brodie estrechó su mirada dedicándole toda su atención y Duncan se congratuló de ello mostrando una satisfecha sonrisa.

—Al parecer se le ha ocurrido que sería buena idea que esa señorita y su hijo establecieran un vínculo sagrado. Ya me entiendes.

—¿Estás diciendo que quiere que se casen?

—Eso he oído.

—La gente ya no sabe qué inventar.

—Se lo oí decir a él mismo.

Brodie no pudo disimular el cambio en su expresión.

—A Drummond no le hizo ninguna gracia saber que esa señorita había estado paseando contigo por ese jardín en plena noche. —Chasqueó la lengua burlón—. Brodie, Brodie… ¿Vienes a Londres a hacer enemigos? Para eso podrías haberte quedado en Lanerburgh.

—En Lanerburgh ya no tenemos enemigos.

Ahora fue Duncan el que perdió la hilaridad y también el color de su rostro.

—Eso ha sido un golpe bajo. Pero lo acepto por los viejos tiempos.

A Brodie le sorprendió su reacción.

—Espero que lo tuyo con esa señorita no vaya en serio —añadió Duncan antes de despedirse—. Por el bien de ambos. Si necesitas algo,

no tienes más que pedir que me avisen. Sé que en este banco sois clientes privilegiados. Que tengas un buen día, yo sí me he alegrado de verte.

Brodie lo vio alejarse con una mezcla de sorpresa y desconfianza. Se sacudió a Duncan de su cabeza para centrarse en Drummond. ¿Quería que Lavinia y su hijo se casaran? ¡Menuda estupidez! No iba a dedicarle ni un minuto a semejante tontería. Lavinia no quería tener nada que ver con él, como para interesarse por su hijo. O Duncan lo había entendido mal, o Drummond tenía alucinaciones. No volvería a pensar en eso.

Capítulo 14

—Creo que nos hemos pasado —dijo Katherine contemplando la enorme mesa repleta de pastelitos y dulces.

—Mi nieto no volverá a cumplir cinco años nunca más —dijo Meredith sin una pizca de arrepentimiento.

—Mamá, con esto podría comer un batallón de niños.

—Va a venir mucha gente.

—Niños, mamá, muchos niños y no pueden comerse todo eso, además de…

—¡Ahí va! —exclamó Harriet entrando en la sala—. ¿Habéis invitado a todo Londres?

—Y aún faltan los emparedados —dijo Katherine llevándose las manos a la cabeza.

—Ya he terminado con los juegos… ¡Madre mía! —exclamó Emma al ver la mesa llena—. ¿Pero esto no es demasiado?

—Dejad de decir eso, vais a hacer que me sienta mal.

—Con el hambre que hay en el mundo —musitó Elinor que había entrado detrás de Emma.

Meredith se volvió hacia sus hijas y las miró con severidad.

—Os llevaréis lo que sobre a vuestras casas.

—Shaftbury no está a la vuelta de la esquina, mamá —se burló Elinor.

—Las que tenéis casa en Londres.

—Bueno, dejemos eso para después —dijo Emma—. Venid a ver los juegos que he preparado.

—Elinor… —Brodie la detuvo antes de que saliera de la sala—. ¿Podemos hablar un momento?

El escocés miró el bufé de dulces, pero no dijo nada.

—Quería preguntarte sobre lo que hablamos.

—¿Te refieres a lo de las niñeras? —Sonrió—. Sí. Cuando pueda

librarme de esta fiesta, las acompañaré al orfanato.

El escocés asintió satisfecho y miró de nuevo a la mesa.

—Si quieres te ayudo a llenar unas cuantas cestas para los niños —dijo con ironía—. Si quitamos uno de cada diez pastelitos nadie lo notará y necesitarás un carro para llevarlos.

Elinor se quedó boquiabierta.

—¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? Espérame aquí, voy a por las cestas.

Brodie estuvo a punto de decir que era una broma, pero no lo hizo.

Andrew abrió sus regalos lo más deprisa que pudo para poder volver a jugar.

—Los regalos están bien —dijo Emma acariciándose la prominente barriga—, pero lo mejor es lo bien que se llevan todos.

—¿Todos? —Caroline arrugó los labios mirando a Scarlett y a las gemelas que volvían a estar enfurruñadas.

—No hagas caso —dijo Katherine sonriendo—. Charlotte y Madison están acostumbradas a salirse con la suya y Scarlett no se lo pone fácil.

—Lo que pasa es que se han visto poco —explicó Emma—. Tenéis que venir más a menudo.

—¿Y por qué no vosotras? Tú solo has venido a vernos una vez.

—El punto de reunión es Harmouth —insistió Emma—. Si tengo que ir a visitar a cada una por separado, no haría otra cosa.

—Bien que fuiste a Escocia —se quejó Caroline—. Me muero de ganas de ver a Elizabeth.

—Ella también tiene muchas ganas de vernos a todos. En su última carta la noté más sensible de lo normal.

—No me digas que vuelve a estar embarazada —preguntó Harriet asustada.

—¡Pero si Nuna nació a principios de año! —exclamó Katherine.

—¿No os parece precioso que le pusiera ese nombre a su hija? —apuntó Harriet.

Las demás asintieron.

—Ahora que estamos las cinco —aprovechó Emma—, en cualquier momento me pondré de parto y se me acabará la fiesta... Lo que decía, ahora que estamos las cinco, quería contaros una idea que se me ha ocurrido para que me digáis que es una locura.

Las otras cuatro la miraron con curiosidad.

—Había pensado hablar con mamá… —carraspeó—. Me gustaría…

—Dilo de una vez, me estás poniendo nerviosa —se impacientó Caroline—. ¡Scarlett! No le quites la galleta a tu prima, hay muchas en la mesa y a ti no te gusta la canela.

La niña se giró para devolverle la galleta a Madison, pero antes de dársela le pasó la lengua por encima.

—¡Mamá! —gritó Madison—. ¡Scarlett ha chupado mi galleta!

—Toma esta.

Robert se acercó para darle otra, pero antes de que ella pudiera cogerla, Scarlett se la quitó y la chupó también.

Madison se puso a llorar a moco tendido y Scarlett se preparó para recibir una azotaina.

—Niñas, niñas —se acercó Meredith—. ¿Queréis que juguemos a ponerle la cola al burro? Venid, venid con la abuela.

Cogió a Scarlett con una mano y a Madison con la otra.

—Qué bien se le dan los niños —se admiró Katherine—. Nunca pierde los nervios.

—Ha tenido un buen entrenamiento con nosotras —dijo Harriet.

—Lo dirás por ti, que eras tremenda. —Caroline no se libraba del disgusto.

—Scarlett es una niña muy inteligente —dijo Emma—. No te preocupes, se tranquilizará cuando tenga un par de años más. Robert

la quiere mucho.

—Robert es un trozo de pan, quiere a todo el mundo.

—Pero ¿de qué estábamos hablando? —preguntó Katherine—. Ah, sí, de que ibas a hablar de algo con mamá.

—Quiero que me cuente su historia —explicó Emma—. La suya con papá.

Sus hermanas la miraron primero interrogadoras, luego confusas y finalmente…

—¡No! —exclamó Katherine.

—¡Ni se te ocurra! —se unió Caroline.

—Estás loca. —Harriet se rio divertida—. Papá no te lo consentirá jamás. Menudo es.

—Yo leería ese libro —dijo Elinor.

—Tú lees cualquier cosa que esté cosida —se burló Harriet.

—No como tú.

—Ya sabes que yo prefiero vivirlo a leerlo.

—Se pueden hacer las dos cosas.

—No se puede.

—Sí se puede —Elinor le sacó la lengua y Emma señaló a los más pequeños que las miraban embobados—. Y esto, niños, es lo que no hay que hacer.

Aidan le sacó la lengua, Samuel, el hermano de Scarlett se rio a carcajadas y Meredith, la pequeña de Harriet comenzó a dar palmas.

—Estarás contenta —la regañó Katherine y mirando a Emma añadió—: No deberíamos hablar de estas cosas con los niños delante.

—Siempre estamos rodeadas de niños —se burló su hermana mayor.

—¿Qué le vas a decir a mamá para que acceda?

—Pues que los admiro muchísimo y que me gustaría inmortalizar su historia de amor.

—Me muero de la vergüenza solo de pensarlo —dijo Katherine.

—¿Vergüenza por qué? —preguntó Caroline—. Son nuestros

padres, pero también son personas y un día fueron jóvenes. Yo sé bastantes cosas que mamá no nos ha contado.

Todas se centraron en ella.

—Ya sabéis que mi suegro y papá ya eran amigos cuando eran jóvenes.

Emma la miraba muy seria.

—¿Qué te han contado?

—Pues que se conocieron en casa de los abuelos de James, precisamente. Los Warren estaban de visita en Berksham cuando mamá era la institutriz de su hija Belinda. El primogénito de los Warren también era amigo de papá y de Thomas.

—Sí, como Edward, William y Alexander —dijo Katherine.

—Exacto —respondió Caroline—. Mi suegro dice que papá se enamoró de ella en cuanto la vio, pero que mamá no podía ni verlo.

—Mira, como tú con Edward —señaló Harriet a Emma.

—Eso no es cierto.

—Uy, qué no, pero si hablabas pestes de él.

—No podemos negar el pasado —se unió Katherine.

—Pues anda que tú —le espetó su hermana mayor—. ¿Te recuerdo lo poco que te interesaba Alexander?

—A mí Alexander me gustó siempre, lo que pasa es que no me atrevía a reconocerlo.

—Bueno, ¿queréis que siga o no? —preguntó Caroline.

—Sí —dijeron todas a la vez.

—Bien, pues al parecer, después de eso papa empezó a frecuentar la casa de los Warren, adonde antes no solía ir porque el padre de Luke había tenido algún problema con su padre y a él le daba vergüenza.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Emma tomando notas mentales.

—Algún tipo de estafa, pero de eso no sé nada, Thomas no me lo ha contado. Lo que sí me ha dicho es que cuando mamá y papá se

enamoraron, el abuelo se opuso por completo a la boda y que, incluso, llegó a darle una bofetada a mamá delante de papá.

Se hizo un profundo silencio y todas miraron a Emma.

—No es buena idea que escribas ese libro. —Katherine se erigió portavoz.

—¿De qué estáis hablando tan concentradas? —La voz de Meredith las hizo dar un vote en sus asientos.

—De nada, mamá —dijo Caroline forzando una sonrisa.

—Pues si no estáis hablando de nada, levantad de ahí y ocupaos de los niños. Yo sola no puedo con todos, que ya está bien.

Emma y Elinor se quedaron rezagadas.

—¿Podrías cuidar de Aidan? —pidió la pequeña—. Hemos sustraído unos cuantos pasteles para los niños del orfanato y quiero llevárselos. Si pregunta mamá dile que…

—Tienes dos cestas de emparedados también —apuntó Meredith desde la puerta—. No te las dejes.

—oOo—

—Señora Woodhouse —la recibió Lavinia al verla entrar en la cocina con dos muchachas jóvenes cargadas con cestas.

—Estás son Mary y Daisy, y están interesadas en el puesto de niñeras —dijo mirando a Lavinia al tiempo que dejaba las dos cestas que ella llevaba—. Puede entrevistarlas para ver si…

—¿Queréis trabajar aquí? —preguntó Lavinia incrédula.

—Sí, señorita.

—¿Por qué?

—Nos gustan mucho los niños —dijo Mary.

—Y necesitamos trabajo —añadió Daisy.

Lavinia miró a Elinor con evidente anhelo.

—Son de confianza —afirmó la última con una sonrisa.

—Entonces estáis contratadas. Desde hoy mismo. Os pagaré el día entero aunque sea por la tarde. No tendréis problema en dormir aquí, ¿verdad?

—No, señorita —dijo Daisy con una enorme sonrisa de satisfacción—. Ningún problema.

—Bien, pues Cecilia os…

—Un momento, un momento, un momento —la detuvo Elinor—. Traemos comida y muchos pasteles. Hemos celebrado el cumpleaños de Andrew y mi madre me envía con un festín. Ella no puede irse, es la fiesta de su nieto, así que vengo yo. —Se quitó los guantes—. ¿Qué le parece si organizamos una celebración para los niños? ¿Alguno de los pequeños cumple años este mes?

—¡Dios Santo! —exclamó la cocinera abriendo uno de los seis cestos que habían dejado en la mesa de su cocina—. Esto son muchos pastelitos. Y tienen un aspecto delicioso.

—Y también hay emparedados, señora Crone —comentó Cecilia —. ¡De pepino! Me encantan los emparedados de pepino.

—Sarah cumplió siete años la semana pasada —recordó la señorita Perkins.

—No —dijo Lavinia enseguida—. Los demás se pondrían tristes cuando cumplieran años y no hubiera fiesta.

—¿Y quién dice que no la habrá?

—No sabemos cómo irán las cosas. Es mejor no arriesgarse.

—Podemos celebrar… —Elinor lo pensó un momento—. ¡Santiago el Mayor! Se celebra dentro de dos días, podemos adelantarnos.

Las otras mujeres la miraron sin demasiado entusiasmo.

—¿Quiere que organicemos una misa? —se burló Cecilia.

—No, mujer. El Santo será la excusa, pero nosotras sabremos que es una fiesta —se rio Elinor.

—Para celebrar que tenemos niñeras —siguió burlándose la doncella.

Todas miraron a Lavinia y ella asintió sonriendo también.

—Sería una pena que se desaprovecharan todas estas delicias.

—¡Viva Santiago el mayor! —exclamó Elinor y todas rieron con ella.

Heather le puso la mano en la barriga.

—¿De verdad hay un niño ahí dentro?

Elinor asintió con mirada dulce.

—Es muy pequeñito aún, pero luego será como tú.

La niña siguió con la mano allí esperando quizá alguna prueba de que lo que le decía era cierto.

—¿Quieres sentarte conmigo? —Elinor tocó el asiento del sofá.

Heather apartó por fin la mano y se sentó a su lado mirando como Lavinia organizaba otra cuadrilla.

—¿En qué piensas? —le preguntó a la niña.

—¿La señorita Lavinia tendrá alguna vez una niña en su barriga?

—Es posible —afirmó Elinor mirándola con una sonrisa—. ¿Te preocupa que eso suceda?

Heather asintió.

—¿Te da miedo que quiera más a esa criatura que a ti?

La niña la miró con sus enormes ojos azules y negó con la cabeza.

—¿Todas las mamás quieren a sus hijos?

Elinor sintió que entraba en terreno peligroso.

—Las mamás son personas y cada persona quiere de un modo distinto, pero supongo que la mayoría de las mamás quieren a sus hijos.

La niña estrechó la mirada centrando su atención en Ruby.

—La mamá de Ruby la abandonó. —Miró a Elinor—. La señorita Perkins le dijo al señor Horton que Ruby casi se muere porque su madre la dejó sola sin comida y nunca volvió.

Elinor sintió una punzada en el pecho y se mordió el labio asintiendo.

—Quizá la mamá de Ruby pensó que su hija estaría mejor sin ella.

—Pues si pensó eso tenía razón, porque aquí sí la queremos mucho.

Elinor se fijó entonces en ella, parecía que le resultaba difícil seguir la figura del baile, pero todos la ayudaban sin quejarse y la hacían reír.

—¿Echas de menos a tu mamá, Heather?

La niña negó con la cabeza.

—Me gusta mucho vivir aquí. Y me gusta mucho la señorita Lavinia.

Elinor se conmovió del amor que vio en sus ojos. Aquella niña la quería de un modo generoso y limpio sin esperar nada a cambio. Le acarició el pelo, pero la niña se apartó de manera instintiva y ella bajó el brazo despacio.

—A mí tampoco me gusta que me toquen —explicó Heather con total normalidad—. ¿Le importa si voy con ellos?

—Ve —dijo Elinor asintiendo.

Observó a la niña unirse al grupo y cómo Ruby la recibía dando saltitos de alegría.

Cinco horas después, la pequeña de las Wharton se sentaba de nuevo en el sofá, agotada. Habían bailado, habían jugado y habían comido hasta hartarse. Los niños lo habían pasado realmente bien y se habían ido a la cama con Mary y Daisy, a las que habían acogido como si fueran sus niñeras de siempre. Solo Alice había hecho pucheros porque echaba de menos a Susan. Lavinia recogía los restos del bufé con Cecilia y la señorita Perkins, mientras Elinor las observaba recostada en el sofá.

—Se lo han pasado genial —dijo Cecilia—. Ninguno de ellos había tenido una fiesta nunca.

—No olvidarán a Santiago jamás —añadió la señorita Perkins.

—Yo voy a necesitar un reconstituyente —dijo Elinor—. Esta vez va ser niña, porque con Aidan no estaba tan cansada.

Terminaron de recoger y la dejaron sola en el salón. Cuando Lavinia regresó llevaba una bandeja con dos copitas y una botella de licor de cerezas.

—Aquí traigo algo que la reconfortará. La señora Crone me ha recordado que lo guardaba para una ocasión especial.

Elinor se incorporó y la miró con expresión resuelta.

—No podemos seguir hablándonos con tan poca confianza. Desde hoy nos tutearemos. Somos socias y amigas, no tiene sentido tratarnos con tanta cortesía.

Lavinia parpadeó desconcertada.

—¿No estás de acuerdo? Eres mayor que yo, pero yo estoy casada y tú no, así que queda compensado —dijo sin segundas intenciones.

Lavinia le entregó su copa y asintió.

—De acuerdo.

Elinor miró la copa medio llena con una sonrisa ladeada.

—¿Por qué tan poco?

—No creo que al niño le haga falta.

—¡Oh, Lavinia, estos niños son adorables! Ha sido maravilloso ver cómo cuidaban todos de Ruby cuando no conseguía recordar el paso de la cuadrilla. Los demás la han ayudado sin importarles que eso desajustara la figura. ¡Dios, qué delicia! Este licor es demasiado bueno.

Lavinia asintió antes de tomar un sorbo de su copa.

—¿Qué problema tiene Ruby exactamente? —preguntó Elinor.

—Además de lo evidente de su tartamudez, le cuesta concentrarse si la observas demasiado. Tiene que estar muy tranquila para poder resolver los problemas sin dificultad. —Desvió la mirada con preocupación—. Me temo que la señorita Duffield no tiene paciencia con ella.

—No oigo más que cosas malas de esa maestra, ¿por qué la

contrataste?

Lavinia suspiró antes de mirarla con una sonrisa incipiente.

—Nadie quería trabajar para mí.

—Le pagas un buen sueldo. ¿Cómo que nadie quería?

Lavinia negó con la cabeza.

—Sé que tengo mala fama con el servicio, pero antes no parecía importarles mientras recibieran buenos emolumentos. Ahora es tan difícil…

Elinor seguía ceñuda y pensativa.

—Pero no nos preocupemos por esto hoy ¡Has traído a dos niñeras! —dijo feliz—. Gracias, Elinor. De todo corazón, gracias por lo que has hecho. Los niños no olvidarán este día, y yo tampoco.

—No ha sido idea mía —reconoció Elinor—. Ha sido Brodie.

Lavinia sintió que se le removía el alma y apuró lo que le quedaba en la copa con avidez.

—Lo único que lamento es no haber podido traer a Aidan, pero era el cumpleaños de su primo, no podía sacarlo de allí.

—Matilda se ha puesto un poco triste.

—Le he prometido traerlo el sábado.

—Estaba pensando organizar algo con ellos los sábados por la mañana. —Lavinia rellenó su copa—. Alguna actividad especial, como montar a caballo, por ejemplo. ¿Crees que es una locura?

—¿Locura? ¡Me parece una excelente idea! ¿De cuantos caballos dispones?

—Dos de tiro, sin contar el mío, claro.

—Son muy pocos para tantos niños. Aunque la mayoría son demasiado pequeños. Solo podrían montar los mayores.

—Estoy pensando en Christopher, Evie, Charlie, George, Tyler y Will, seis en total —enumeró.

—¿Y por qué no Beatrice y Ruby? Tienen ocho años igual que Will.

—Para Ruby puede ser muy estresante y, si añado a Beatrice y a

ella no, sabrá que la he relegado.

—Yo creo que podría irle muy bien hacer algo distinto. De verdad que no entiendo por qué no despides a la maestra, Tyler me ha dicho que trata a Ruby como si fuera tonta y a Heather no la soporta. ¿Cómo puede alguien no soportar a esa niña si es adorable? Yo no dejaría que esa mujer diera clase a mis hijos. Pero volviendo al tema de los caballos, necesitaremos más de dos. Y algún potrillo. Brodie podría enseñarles a entrenarlos, sería una magnífica oportunidad para ellos. Seguro que puede dedicarles una mañana a la semana y, como has dicho, el sábado sería perfecto. Hablaré con él.

—¡No!

Elinor la miró sorprendida y Lavinia bebió de su copa para no decir nada más.

—¿Por qué no?

—No podemos meter al señor McEntrie en esto. Es un hombre muy ocupado y…

—Tú déjamelo a mí.

—Es que… no quiero.

La pequeña de las Wharton la miró de nuevo ceñuda y expectante.

—Supongo que eso tiene una explicación más larga.

—Ya lo he molestado bastante —dijo sonrojándose.

—¿Lo dices por lo de las velas?

—Y por otras cosas —musitó eludiendo su mirada.

Elinor entrecerró los ojos poniendo toda su atención.

—¿Qué cosas? Vamos, Lavinia, sabes que puedo preguntarle.

—No, por favor, qué vergüenza, sabrá que hemos hablado de él.

Elinor estaba cada vez más confusa.

—¿Y qué importa que sepa que hablamos de él?

—Podría pensar… cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues que pensamos en él.

Elinor abrió los ojos, frunció el ceño, abrió la boca, levantó una mano…

—Espera… ¿qué pasa aquí?

Lavinia se mordió el labio y rezó una oración completa pidiendo encarecidamente que la tierra se abriese justo bajo sus pies. Después cogió la copa y apuró el contenido de un solo trago mientras que Elinor necesitó un momento para ordenar sus ideas, clasificarlas y situarse a cierta distancia antes de poder ver el cuadro con la suficiente claridad.

—¿Hay algo entre Brodie y tú? ¿Por eso ha movido cielo y tierra para encontrar a esas niñeras?

Lavinia la miró sorprendida y luego volvió a llenar su copa.

—No debía decirlo —se excusó mirando el licor sobre la mesa—. ¿Qué tiene ese brebaje?

—Su preocupación no tiene nada que ver conmigo. Le dije que podría merendar con Cecilia en mi casa cuando yo hubiese solucionado el problema de las niñeras. —Se llevó la copa a los labios.

—Lavinia, no digas tonterías. Brodie no lo ha hecho por Cecilia. ¿Tú sientes algo por él?

—¡No! Es escocés. Y demasiado descarado. Además, ya está cansado de Londres, se irá pronto. —Sonrió burlona—. ¿Quién no se cansaría de esta insalubre ciudad? Soy más vieja que él. O lo parezco al menos. ¿Ves estas ojeras? —preguntó señalándose con el dedo—. No se quitan con nada. Es mentira lo que dicen. Lo he probado todo y no se quitan.

—¿También has probado a descansar? —bromeó la otra consciente de que había bebido demasiado de ese licor del demonio—. No sueles beber, ¿verdad?

Negó con la cabeza y miró la copa con deseo.

—No suelo tener motivos para celebrar nada. Solo preocupaciones, insomnio y más preocupaciones. Está delicioso, me voy a beber la botella yo sola. —Se recostó contra el respaldo del sofá

y apoyó las manos cruzadas en su estómago mirando hacia la ventana —. Estoy demasiado cansada para pensar con claridad. Quiero que sean felices. No puedo darles más que lo que tengo: mi dinero y esta casa. Esta enorme y majestuosa mansión en la que crecí. —Giró la cabeza sin moverse y clavó sus ojos en Elinor un momento antes de volver a mirar hacia la ventana—. Drummond me ha ofrecido mucho dinero por ella. Ese hombre consigue todo lo que quiere con dinero. Dinero, dinero, dinero… —Negó con la cabeza—. No se la venderé por más que insista, me amenace o pague a todo el mundo para que me dé la espalda. Se cree que no sé que es por su culpa que nadie quiere trabajar aquí, pero lo sé. Me hago la tonta, pero sé escuchar.

—¿Drummond no deja que trabajen para ti?

—Va diciendo por ahí que es amigo de mi padre, pero es mentira. Una sucia y retorcida mentira. Mi padre no lo soportaba y yo tampoco. Solo mi madre… —Giró la cabeza para mirarla—. ¿Sabes que encerraba a su hijo en el sótano cuando tenían visitas? Se avergonzaba de su hijo enfermo. ¿Eso no es de mala persona? Ahora quiere quitarme mi casa, pero no lo va a conseguir, no importa lo que haga, no me quitará nada más.

—¿Nada más?

Lavinia negó con la cabeza sin apartar los ojos de la porción de cielo que veía entre los visillos.

—Ese hombre es malvado, Elinor, tiene el corazón negro como el carbón.

Elinor la observó con fijeza sin decir nada. Por algún motivo intuía que no era bueno profundizar en el tema, aun sabiendo que era vulnerable y que podría haberle sonsacado más información.

Brodie las miraba desde su altura con expresión divertida. Lavinia estaba tumbada en el sofá y tarareaba una cancioncilla infantil, mientras Elinor dormitaba en una butaca.

—Señorita Wainwright —la llamó Cecilia intentando incorporarla

—. Está aquí el señor Brodie.

El escocés apartó a la doncella y cogió a Lavinia en brazos.

—¿Dónde está su habitación?

—No puede dormir aquí —negó Cecilia en tono bajo—. Tiene unas pesadillas horribles.

—No creo que quiera que nadie la vea así.

—Su cuarto sigue tal y como estaba —aceptó Cecilia y caminó delante de él.

—Ahora volveré a por la señora Woodhouse —le dijo a la señorita Perkins.

—Ella solo ha bebido una copita, la ha vencido el cansancio.

Brodie siguió a Cecilia y cuando puso el primer pie en el escalón, Lavinia abrió los ojos y lo miró sorprendida.

—Pero si es el escocés.

—El mismo que viste y calza.

—Huele bien. —Sonrió con cara de boba.

—Es un alivio.

Cecilia contuvo la risa mirándolos con disimulo.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Lavinia entrecerrando los ojos para estudiar su rostro con mayor detenimiento—. Si dice un número menor de veintiocho no volveré a dirigirle la palabra.

—Veintiocho.

Ella sonrió aliviada y le rodeó el cuello con los brazos.

—Me gusta *Waverley*. —Apoyó la mejilla en su pecho—. Los escoceses son los mejores.

—*Waverley* es inglés.

—¿Eso que suena es su corazón? Pom, pom, pom… Es tan fuerte como usted. ¿Cuánto mide?

—Seis pies y tres pulgadas —respondió de nuevo.

—Eso es ser muuuuy alto.

Cecilia le abrió la puerta del cuarto y lo dejó pasar. Brodie fue hasta la cama y la depositó encima con cuidado, pero ella no lo soltó

del cuello.

—¿Por qué tiene los ojos tan azules? Nunca había visto unos ojos tan azules.

—Pues no estoy seguro, creo que tiene que ver con mi madre.

—Ah… las madres —Lo soltó y dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo—. Todos dicen que yo me parezco a ella. ¡Victoria Wainwright, esa gran mujer! ¿Ha visto su retrato? Mañana se lo enseño, ahora estoy muy cansada. —Se sentó de golpe y lo agarró de la manga cuando él se daba la vuelta—. No se vaya, quédese conmigo.

Brodie miró a Cecilia y asintió sentándose en la cama. La doncella salió del cuarto dejando la puerta abierta.

—¿A usted lo quería su madre? Seguro que sí, ¿cómo no iba a quererlo con esos ojos? —Miró hacia la ventana y no vio al escocés sonreír—. A mí no me querían, ni mi madre ni mi padre. No importaba cuánto me esforzase, nunca conseguía acercarme siquiera a sus expectativas. Mi madre quería que fuese fuerte y dura, que no me importase ser cruel si con ello conseguía lo que quería. Pero solo llegué a ser mezquina y envidiosa.

—Debería dormir.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué hace usted? No debería estar aquí. Es usted un hombre.

—Desde luego.

—Y yo soy una mujer, aunque no se haya dado cuenta.

—Me he dado cuenta, se lo aseguro.

—No siempre he tenido esta cara, antes era bonita.

—Lo sigue siendo.

—Que va —negó ella señalando su cara con el dedo—. ¿Ve esas ojeras? Antes no estaban ahí.

—Debería dormir más.

—No tengo tiempo de dormir. Ya dormiré cuando esté muerta. Ahora tengo mucho que hacer. —Se sentó en la cama.

—Es de noche. —La agarró por los hombros y volvió a tumbarla

suavemente.

—¿De noche? Ahora entiendo por qué no entra luz por la ventana —dijo pensativa—. No me gusta estar aquí, la casa huele a flores muertas por la noche. No puedo dormir con ese olor. Me asfixio.

El escocés se quitó el pañuelo del cuello y lo acercó a su nariz. Ella aspiró su aroma y sonrió.

—Huele a almizcle, a bergamota y a… usted. —Lo miró con ojos vidriosos—. Podría vivir en este olor.

Él sonrió satisfecho.

—¿Conoce a Mason Drummond? —preguntó él.

—Lo vi una vez, hace mucho, mucho tiempo —musitó ella respirando el pañuelo.

—¿Se casaría con él?

—No me casaré nunca. El matrimonio es un lugar horrible.

—¿Un lugar?

Ella asintió con el pañuelo rozando sus labios.

—¿Usted se casará pronto?

—No entra en mis planes, de momento.

Lavinia se estiró con una expresión que se parecía mucho a la de la felicidad. Volvió a acercar el pañuelo a su nariz y aspiró profundamente.

—Duérmase para que pueda irme —susurró.

—¿Se quedará hasta que me duerma? —pidió cogiéndolo de la mano.

Brodie la vio enlazar sus dedos y sintió una punzada en el pecho que lo traspasó como una daga. La miró sorprendido por aquella expresión dulce y plácida. Le brillaban los ojos con chispas plateadas y sus labios se curvaban en una sonrisa inocente. Era como si la estuviese viendo por primera vez. La auténtica Lavinia Wainwright, no esa extraña criatura que vivía escondida dentro de una falsa identidad.

—No se vaya, por favor —pidió y sus ojos lo clavaron a aquella cama.

—No me iré —susurró.

Cecilia estaba en la puerta y sintió que le daba un vuelco el corazón al ver la escena.

—La señora Woodhouse lo espera en el coche —musitó.

—Que el cochero la lleve a casa y luego vuelva a por mí —ordenó en el mismo tono.

Cecilia asintió e hizo lo que le ordenaba.

Capítulo 15

Liam tiró de la cincha con más fuerza de la necesaria y el caballo relinchó advirtiéndole de que no le gustaba nada su trato. Kenneth lo miró de soslayo preguntándose cuál sería el mejor modo de abordarlo.

—¿Qué pasa? —dijo, optando por el modo directo.

Su amigo lo miró como si fuese una boñiga en la suela de su bota.

—¿Qué pasa de qué?

—¿Por qué estás de tan mal humor?

—Por nada.

—Liam…

El otro bufó como un caballo.

—Mi madre.

—¿Otra vez?

—Me hizo una de las peores encerronas de mi vida. ¡Imogen Horsley! Sabe que no la soporto, pero le dio igual.

—Está desesperada por que te cases.

Liam lo miró con tal elocuencia que el otro levantó las manos en señal de rendición.

—Solo constato un hecho.

—Gracias por iluminarme con tu sabiduría barata.

—Vas a cumplir treinta y tres años, es normal que se impaciente. Quiere nietos.

El otro no dijo nada ignorando las miradas que le lanzaba su amigo. Al final, Kenneth no pudo contenerse y lo abordó de frente apartándolo del caballo.

—Di lo que piensas.

Liam se apartó el pelo de la frente y sopló para deshacerse de aquella irritación que sabía que no iba contra su madre.

—Me pasa algo en la cabeza. No consigo interesarme por ninguna más de dos semanas.

—Rowena te duró un poco más —se burló el otro.

—Me refiero a mujeres con las que he hecho algo más que balbucear un saludo. Soy la vergüenza de mi estirpe.

Kenneth soltó una carcajada. Las historias sobre sus antepasados eran legendarias gracias a los hermanos cuyos retratos colgaban de la pared de la escalera en casa de su amigo. Lo agarró por los hombros y lo sacó de las caballerizas.

—Vamos a beber algo, anda.

—Si entro en el castillo tendré que quedarme a cenar y hoy no tengo ánimo para estar con gente. —Se soltó de su agarre.

—¿No será que esperas que tu madre te haya preparado otra cita?

Liam lo apartó de un empujón y regresó hasta su caballo. Sin decir nada subió con gran agilidad y lo guio hacia el camino.

—No te vayas, Liam —pidió Kenneth—. Rowena y yo nos quedaremos también. Vamos, no…

Pero el otro ya se alejaba tras hacerle un gesto obsceno como despedida.

{}{}{}

—No sabía que Liam tuviese problemas con las mujeres —dijo Caillen cogiendo la copa que le brindaba Dougal.

—Y no los tiene —afirmó Kenneth esperando la suya—. Es solo que no ha dado con la correcta.

—Le gustaba Rowena —comentó Lachlan.

Dougal miró a Ewan para que le dijese qué quería beber, pero el pequeño negó con la cabeza, así que cogió su copa y fue a sentarse frente al tablero de ajedrez.

—Ya era hora —dijo Craig antes de dar un trago a su bebida.

—Me tocaba servir a mí —dijo Dougal y acto seguido cogió uno de los peones y lo adelantó una casilla.

—¿Y por qué es importante ahora que Liam se case? —preguntó

Lachlan—. Cuando encuentre a la adecuada ya…

—Le pesa su estirpe —se burló Kenneth.

Los demás lo miraron interrogadores y él soltó una carcajada.

—¿Es por los cuadros de la escalera? —preguntó Ewan incrédulo —. Vamos, eso son cuentos para niños.

Kenneth se dejó caer en una butaca y arrastró el escabel con el pie hasta situarlo donde quería.

—A Shona la pintaron con la espada en el cinto —dijo Dougal—, y era realmente hermosa.

—Como te oiga Elizabeth… —se rio Lachlan.

—Eithne era aún más bella —afirmó Caillen.

—Me parece que a Liam le impresionan más los varones —dijo Kenneth elevando una ceja.

—Los pintaron como a vikingos —insistió Ewan—. El parecido con la realidad será pura coincidencia. ¿Por qué les gustará tanto engañar a la historia?

—¿Y cómo sabes que no eran así? —preguntó Caillen.

—¿En serio tengo que contestarte?

—Pues Liam se parece a Murchadh —dijo Kenneth.

—Y Ceit a Gràinne —añadió Ewan.

—¿Y a quién se parecen Ruairidh y Tormod? —quiso saber Dougal eliminando un peón.

—A Odín —se burló Craig.

—Los MacDonald son tan rubios como ellos —apuntó Lachlan.

—No todos —puntualizó Ewan.

—Vale, no todos, pero los que sí lo son tienen ciertos rasgos vikingos, ¿no creéis?

—Liam tiene un buen físico y no es tonto del todo —se burló Dougal—. Si no ha encontrado esposa es porque no quiere.

—Ni siquiera es el primogénito y su hermano ya se ha casado. Dejadle en paz —dijo Craig y a continuación movió su alfil con una taimada sonrisa.

—Ninguna es lo bastante para él —dijo Kenneth cerrando los ojos.

—Excepto Rowena —se burló Ewan.

—Parad con eso —advirtió sin abrir los ojos.

—Deberíamos pedirles a nuestras mujeres que lo ayuden —dijo Caillen recostando también la cabeza en el respaldo.

—Esa sería la mejor idea —afirmó Ewan—. Ellas sí sabrán qué hacer, porque yo…

—Tú te has casado con Bonnie —dijo Kenneth como si eso lo explicase todo.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que lo tenías muy fácil. Ha estado aquí todo el tiempo.

Ewan lo miraba confuso.

—Pues yo creo que eso lo complica —dijo Caillen.

Los demás lo miraron esperando que dijera algo más.

—Yo también tenía a Augusta cerca y no me había dado ni cuenta…

—Tú eres imbécil —dijo Kenneth moviendo la cabeza.

—Cierto —afirmó el otro sin acritud.

—Las cosas suceden como deben suceder —intervino Lachlan—. No se puede manipular el destino, hay que dejar que…

—¡Venga ya! —exclamó Dougal levantando la mirada del tablero —. No digas tonterías. Qué destino ni destino, lo que tiene que hacer Liam es salir de Lanerburgh. El mundo es mucho más que estas montañas.

—Como si eso sirviese de algo —respondió Lachlan—. Tú viajaste durante años por esos mares y conociste a Elizabeth aquí mismo.

—La conocí en Londres —puntualizó.

—Ya me entiendes.

—Además, viajar me convirtió en el hombre que soy, por eso se enamoró de mí.

Los demás lo miraron sorprendidos y durante unos segundos tan solo las piezas del tablero de ajedrez rompieron el silencio.

—Hablaré con Rowena —dijo Kenneth rindiéndose al fin.

—Debería ser Augusta —propuso Craig. Sus hijos lo miraron expectantes—. Es la más madura, después de Elizabeth. Y también es la más sociable y la que conoce a más gente.

Caillen vio cómo todos dirigían a él sus miradas y se encogió de hombros.

—Está bien. Hablaré con ella.

—¿Y qué queréis que yo haga?

Augusta recogía la ropa seca del tendedero mientras Caillen deambulaba a su alrededor mirando al suelo y dando pataditas a las piedras.

—¿Pensar en una candidata?

—Como si Liam fuese a hacerme caso. Ya es mayorcito para elegir con quién casarse.

—Augusta, *mo speur*, tienes un don para estas cosas y todos confían en tu buen criterio.

Su mujer se puso las manos en la cintura y lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Todos confían? ¿Te lo han dicho ellos? ¡Ahora soy la casamentera!

—No es eso.

Ella volvió a la tarea de descolgar la ropa, pero Caillen la abrazó por la espalda y la besó justo debajo del lóbulo de la oreja.

—Para —dijo ella sin convencimiento alguno.

Caillen se meció con ella sin decir nada y Augusta se recostó contra él disfrutando del momento.

—Liam necesita una mujer fuerte —dijo Augusta—. Alguien que lo mantenga a raya.

—Por eso se sentía atraído por Rowena.

—No me refería a esa clase de fortaleza. A lo que me refiero… —

Se giró dentro de sus brazos hasta colocarse de frente—. Hablo de una mujer con las ideas claras, segura de sí misma y con un propósito en la vida.

—¡Vaya! Lo tienes todo muy pensado.

—Pienso estas cosas, sí.

—Al final sí que vas a ser una casamentera. ¿Qué más ideas esconde esa cabecita?

—Bueno, sé el tipo de hombre que le conviene a Ceit, lo he estado pensando mucho.

—Centrémonos en Liam, de momento.

Augusta le rodeó el cuello con los brazos sin dejar de sonreír.

—Pensaré en ello. Pero no me atosiguéis.

—Mmm —asintió él acercándose a su boca—. Me encanta atosigarte…

—Caillen —susurró ella antes de sentir sus labios—, estamos en mitad de…

La hizo callar con un beso dulce y pausado, uno de esos que le calentaba los huesos y se enroscaban alrededor de su cuerpo atándolo firmemente al de ella. Cuando se separó sus ojos hablaron por él, acarició su rostro con devoción y se mordió el labio contenido.

—Será mejor que vuelvas al trabajo —dijo ella consciente de cuáles eran sus pensamientos.

La dejó apartarse con reticencia y la observó levantar los brazos para seguir descolgando las pequeñas prendas de los niños. Respiró hondo varias veces calmando su ansia y dio gracias por la suerte de tener a su lado a alguien como ella. Volvió a cogerla por la cintura desde atrás y la apretó contra sí.

—Contaré las horas que faltan para que llegue la noche —susurró en su oído.

No lo miró hasta que se hubo alejado lo bastante de ella para no ser un peligro. Sus pisadas eran fuertes y su porte seguro y poderoso. Su corazón acelerado alteró su respiración y carraspeó inquieta al

percibir en su interior aquella fiebre repentina. Terminó de recoger la ropa y con la cesta llena regresó a la casa.

—¿Adónde vas? —preguntó al ver que Elizabeth se disponía a salir.

—Voy a llevarle algunas telas a la señora McLaughlin.

—Muy bien. ¿Quieres que te acompañe? Dejo esto y me quito el delantal…

—Si te apetece…

—No tardo nada —dijo acelerando el paso.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó Augusta cuando ya estaban sentadas en el carruaje.

—¿De la señora McLaughlin? Aún no la conozco lo bastante como para tener una opinión, solo la hemos visto un par de veces. ¿Tú sí?

La otra negó con la cabeza.

—No puedo evitar pensar en lo triste que es lo que le pasó.

—Desde luego. —Elizabeth miró por la ventanilla—. Horrible. Tenía veintidós años cuando murió su esposo, apenas tuvieron tiempo de disfrutar el uno del otro.

—Pero se casó con él sabiendo que padecía una grave enfermedad, supongo que ya sabía cómo acabaría todo.

Elizabeth la miró al tiempo que asentía.

—Debía amarlo mucho —afirmó.

—No quiero ni pensar en ello, pero si Caillen enfermase, no me separaría de él ni un instante.

Elizabeth asintió a su vez, pensaba lo mismo. Dejó escapar el aire en un largo y discreto suspiro.

—Está claro que ese hombre le dejó una profunda huella.

—Como Daphne a Craig —añadió Augusta.

Las dos mujeres se perdieron en sus pensamientos e hicieron el resto del viaje en silencio.

—Tire de ahí, ¿es que no ve que lo está desequilibrando?

Elizabeth y Augusta habían bajado del coche frente a la casa y observaban la escena con divertida expectación.

—Señorita, pesa demasiado para nosotros dos solos, necesitamos más manos —dijo el hombre de cierta edad agarrándose la espalda con expresión dolorida.

—¿Podemos ayudarles? —preguntó Augusta acercándose.

La mujer inclinó la cabeza ligeramente y fijó su mirada en ella, intrigada.

—Soy Augusta McEntrie y esta es mi cuñada Elizabeth. Hemos venido a ver a la señora McLaughlin.

—¡Oh! —exclamó Hannah con evidente turbación.

Enseguida se llevó las manos al pelo, consciente de repente de las horquillas que había perdido con el esfuerzo. Se estiró el corpiño y las saludó con una ligera inclinación.

—Yo… Soy…

—Hannah, ¿qué…? —Su hermana bajaba la escalinata de la entrada y se detuvo en seco al verlas—. Señoras McEntrie, no esperaba…

—Sentimos habernos presentado sin avisar —se apresuró Elizabeth—. Vemos que es un mal momento.

—¿Lo dice por…? —Señaló la caja repleta de objetos—. No se preocupe, mi hermana no ha terminado de llenar la casa de trastos ni creo que acabe nunca. Hannah, te presento a las señoras Augusta y Elizabeth McEntrie.

—Ya se han presentado ellas —dijo la otra con expresión avergonzada.

—Esta es mi hermana, Hannah —siguió Olivia y agarró un lateral de la caja para ayudarles a moverla—. Quizá podamos quitar esto del camino y recibir a nuestras invitadas como merecen.

Augusta agarró la caja por otro lado y Elizabeth la imitó. Entre

todos consiguieron meterla en la casa y llevarla hasta el taller de Hannah.

—Señor Collins, pídale a Mary que nos prepare un refrigerio —dijo Olivia—. ¿Qué prefieren? ¿Té, café, leche…?

—También hay jugo de grosellas —comentó Hannah con evidente deseo—. Me encanta el jugo de grosellas y ahora mismo me muero por beberme una copa bien llena.

—Yo lo tomaré también —dijo Augusta sonriendo.

—¿Está fermentado? —preguntó Elizabeth. Hannah asintió—. Entonces también lo tomaré, gracias.

—Ya lo ha oído, Tom, jugo de grosellas para todas. Y pídale a Mary que lo acompañe con un poco de queso.

—¿Lo traigo aquí? —solicitó el criado.

—No, llévelo al saloncito, por favor. Gracias.

El criado abandonó la estancia y las recién llegadas observaron aquella enorme habitación repleta de objetos. Augusta se acercó al andamio.

—¿No le da miedo subirse ahí? —preguntó mirando a Hannah.

La otra caminó hacia ella negando con la cabeza.

—Estoy acostumbrada. Y soy bastante ágil.

—¿Ágil? —Olivia se aproximó también—. Mi hermana debería trabajar en un circo. No entiendo cómo puede encaramarse a esos sitos con la edad que tiene. A mí me duelen los huesos solo de pensarlo.

—Tú eres mucho más vieja que yo —se burló la otra olvidando por un momento que no estaban solas.

—Tampoco tanto —sonrió la mayor—. Diez años pasan en un suspiro.

—Pero pesan demasiado —musitó Elizabeth.

Augusta se acercó a las figuras que habían sido colocadas a lo largo de toda una pared y que hicieron que se sintiera como en un museo.

—¿Las ha hecho usted?

Se había detenido ante una figura femenina que representaba a una ninfa del bosque.

—Es una Daphne bellísima —añadió.

Hannah sonrió satisfecha y sus ojos brillaron de un modo intenso haciendo que su color se volviese plateado. Augusta miró sus manos y la escultora hizo un gesto automático para ocultarlas en su espalda.

—No están muy cuidadas, lo sé —dijo sincera—. Las herramientas y el trabajo…

Augusta se había percatado de las heridas y las callosidades en sus dedos al transportar la caja.

—Nunca había conocido a una escultora.

—No somos muchas.

Augusta la miró con curiosidad.

—¿Cómo decidió…?

Hannah se encogió de hombros observando a la Daphne que emergía majestuosa de la enredadera.

—No lo sé. De niña se me daba bien dibujar.

—Augusta también dibuja —comentó Olivia.

—Por favor —pidió la invitada—. No haga que me ruborice delante de su hermana.

—Me gustaría ver alguno de sus dibujos.

—Algún día. —Sonrió con timidez—. Cuando vengan a visitarnos. Pero cuénteme cómo pasó del dibujo a… esto. —Señaló a Daphne.

Al ver que no se decidía a contarlo, Olivia volvió a intervenir.

—Un día que paseábamos por Charing Cross con nuestros padres, Hannah se detuvo ante la figura de Carlos I montado en su caballo. Usted es inglesa, la conocerá —dijo mirando a Elizabeth—. Lleva en Londres desde 1675.

—Yo también la conozco —respondió Augusta.

—Por aquel entonces Hannah tendría… diez años, sí, porque yo acababa de cumplir los veinte.

—Te casabas dos días después —añadió Hannah cogiéndola de la cintura.

—Esa noche, durante la cena —siguió Olivia—, anunciaste que ibas a ser escultora.

—A mamá casi le da un síncope —se rio Hannah.

—¿Cómo no? Una hija artista, ¿quién querría eso? —se rio Olivia también.

Augusta y Elizabeth las miraban con simpatía. Resultaba agradable ver lo bien que se llevaban. Elizabeth se vio a sí misma con Meredith en una situación parecida. Últimamente pensaba mucho en su cuñada, la añoraba y percibía la distancia con mayor intensidad.

—Vayamos al saloncito —dijo Olivia sacándola de sus pensamientos—, el señor Collins ya debe haber llevado lo que le hemos pedido.

Las cuatro mujeres salieron del taller. Augusta se detuvo un momento en la puerta y se volvió para observar la estancia en su conjunto.

—Interesante —musitó.

{}{}{}

—No hablo de tener un taller como el suyo —decía Augusta llevando a su hijo de la manita por la habitación de juegos mientras Daniel trotaba a caballito sobre las piernas de Elizabeth—, pero sí me gustaría un lugar en el que tener mis lienzos ordenados y no amontonados en un cuarto oscuro…

Su cuñada sonreía burlona.

—¿Qué? —preguntó Augusta deteniendo el paseo.

—Estás celosa.

—No estoy celosa.

—Roma, todos esos artistas… Reconócelo, Augusta, te ha dado envidia.

—Ha conocido a mucha gente, es cierto —aceptó la otra frunciendo los labios—. Pero yo no soy como ella. Tengo un marido. Y un hijo. Eso es más importante que… Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Como si no me creyeras.

—Augusta, sé que eres muy feliz con la vida que tienes —dijo Elizabeth llevando a Daniel hasta Craig para que jugasen juntos—, pero también sé lo mucho que te gusta el arte. He visto tus pinturas y son magníficas, entiendo que sientas un poco de envidia de la señorita Wyndham. Ha dedicado su vida a su pasión. Es normal que te haya removido cosas por dentro.

Su cuñada la miró compungida.

—Soy una mala persona por sentirme así. Y una desagradecida. Tengo todo lo que deseo… —Miró a su pequeño y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Todo.

—Ven, siéntate conmigo y hablemos de esto con tranquilidad.

Se sentaron en un sofá frente a los niños y Elizabeth la cogió de la mano dándole palmaditas cariñosas.

—Es normal lo que te pasa, Augusta, no te fustigues por ello. Reconozco que ver ese taller y oír hablar a Hannah sobre todas las cosas que ha hecho ha provocado cierta intranquilidad en mi ánimo. Yo también me he preguntado si estoy viviendo la vida que quiero vivir. Y, en mi caso, la respuesta es un rotundo sí.

—En el mío también.

—Lo sé, pero tú tienes una vena artística de la que yo carezco. El único arte para el que he sido llamada es el bordado y no creo que pueda equipararse a lo que tú haces con tus pinceles y carboncillos. —Sonrió—. Este castillo es enorme, no habrá problema en habilitar una estancia para un taller. Y estoy segura de que Craig estará de acuerdo. Ese hombre es lo más parecido a un padre que he tenido y no me ha negado nada desde que entré en este castillo.

—Te adora, como todos —dijo la otra aún con expresión

mortificada.

Elizabeth amplió su sonrisa sacudiéndole las manos ligeramente.

—Vamos, Augusta, alegra esa cara. Esto es bueno.

—¿Bueno por qué? Caillen va a pensar que no me gusta mi vida, y me encanta.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Es que no puedes desear un espacio para ti? ¿Un lugar en el que tener tus lienzos y poder trabajar aislada de todo? Tienes una sensibilidad muy especial y todos somos muy conscientes de tu talento.

—Pero tengo que centrarme en criar a mis hijos, no tardaré en volver a estar encinta y entonces…

—Entonces tendrás a tu bebé y lo querrás con locura, como quieres al pequeño Craig y a su padre. Pero también seguirás dibujando, pintando y haciendo todo aquello que te haga feliz. La vida se compone de muchas cosas, algunas grandes y otras pequeñas, pero todas tienen su importancia en ella.

Augusta miró a su pequeño que se reía por algo que había hecho Daniel y una oleada de gratitud y amor la invadió.

—Soy muy feliz —musitó con el rostro relajado—. No quiero que nada cambie. Pero sí, me gustaría tener un espacio para… mí.

—Pues lo tendrás —dijo la otra sonriendo ampliamente.

—Hace tiempo que sueño con pintar un gran cuadro. Uno que ocupe toda una pared.

—Pues entonces tenemos que encontrar un lugar con mucho espacio —dijo Elizabeth riendo—. Esta tarde empezaremos a buscar. Este castillo es enorme y hay muchas estancias vacías, seguro que encontramos el lugar perfecto.

—Primero hablaré con Craig.

—Por supuesto, aunque dirá que hagas lo que quieras, como siempre. A quien se lo tienes que contar es a Enid y a Rowena.

Augusta elevó una ceja al pensar en su amiga.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth sin seguir el hilo de sus

pensamientos.

—Va a decir que soy muy influenciable.

—Eres muy influenciable —Rowena miraba el cuarto lleno de cosas—. ¿En serio quieres instalarte aquí?

—Tiene grandes ventanales y está lejos de los dormitorios. Es perfecto —respondió Augusta con las manos en la cintura y el pelo revuelto por haberse sacudido una telaraña.

—Hay un montón de cuartos vacíos y tú tenías que elegir el que está lleno de trastos. Hace mil años que nadie limpia aquí —dijo ceñuda girando sobre sus pies—. Está lleno de baúles y… cosas. ¿Eso de ahí no es una cama?

Caminó hacia el mueble que estaba enterrado bajo un montón de objetos. Apartó con cuidado un escabel que descansaba sobre una tabla de madera que a su vez protegía un espejo…

—¿Cómo ha podido sobrevivir sin romperse? —Intentó levantarlo, pero pesaba demasiado—. Ayúdame.

Augusta hizo lo que le pedía y lo colocaron vertical apoyándolo en una pared.

—Es precioso —dijo admirada—. ¿Por qué lo dejarían aquí?

—Seguro que era de Constance y Alana ordenó que se deshicieran de él. —Rowena miró a su amiga con atención—. ¿Le has pedido permiso a Craig para hacer esto? Son cosas de… ellas.

—Dijo que podía hacer lo que quisiera.

—Quizá no se acuerde de esto —señaló Rowena a su alrededor—. Aquí hay muchas cosas y me da la impresión de que están aquí por algo.

—Le preguntaré antes de sacar nada.

—Podríamos ordenarlo.

Rowena siguió quitando objetos de encima de la cama hasta que la colcha dorada se mostró polvorienta. Pasó una mano por encima del

hilo que brilló al ser despojado de la capa que lo cubría.

—Es preciosa —musitó.

Augusta se había acercado a uno de los baúles y al levantar la tapa esta chirrió con un quejido estridente y metálico.

—Zapatos —dijo sorprendida.

Rowena dejó lo que hacía y fue hasta ella.

—Un montón de zapatos —dijo con una sonrisa—. ¿No era Daphne la que tenía debilidad por los zapatos? —Cogió un botín y lo miró con atención—. Creo que este baúl era de Daphne, está claro que era tan menuda como Enid.

—¿Quién era como yo? —preguntó la otra entrando en la estancia —. ¡Madre mía! ¿Qué es todo esto?

Augusta le hizo un gesto para que se acercase a ellas. Enid abrió los ojos como platos al ver tantos zapatos juntos.

—Son muy bonitos —murmuró cogiendo uno en color turquesa—. ¿De quién eran? Y ¿por qué están aquí?

—Creemos que de Daphne —respondió Augusta.

—Tenía los pies tan pequeños como los míos.

—Eso decíamos, sí —afirmó Rowena.

Augusta señaló los otros baúles.

—¿Crees que nuestros esposos saben que hay todo esto aquí? —preguntó Enid dejando el zapato en su sitio—. Lachlan no lo ha mencionado nunca.

—Kenneth tampoco —afirmó Rowena.

—Craig no guardaría todo esto a escondidas —dijo Augusta—, de hecho, la puerta no estaba cerrada con llave. Simplemente, lo han ignorado.

—Podríamos limpiarlo y organizarlo todo —musitó Rowena sin pensar.

Las otras dos la miraron sorprendidas.

—¿Quieres limpiar todo esto? —volvió a preguntar Enid con cara de susto.

—Podríamos hacerlo. Quizá aquí halla algo para ellos.

Augusta negó despacio.

—No creo que sea buena idea remover el pasado —dijo con preocupación.

—Tienes razón —afirmó Rowena—. Además, no estamos aquí para eso. Hay que preparar tu taller.

Su amiga sonrió ilusionada.

—¿Creéis que puede ser un buen sitio?

—A mí me gusta —dijo Enid paseándose por la atestada habitación sorteando los obstáculos con cuidado—. Tiene muy buena luz y está lejos de la zona que más utilizamos. Así los niños no te molestarán y tampoco tendrán que aspirar esos olores tan fuertes.

—Y tiene una puerta al jardín —añadió Augusta caminando hasta ella para abrirla—. Eso me permitirá trabajar fuera cuando haga buen tiempo.

—Es perfecto —afirmó Rowena acercándose con Enid.

Durante unos momentos contemplaron el jardín cada una perdida en sus propios pensamientos.

Quizá podría quedarme alguno de esos zapatos. Es un auténtico desperdicio que se queden en ese baúl olvidado. No creo que a nadie le importe. ¡Son muchos zapatos! Esos con el lacito rosa me han parecido preciosos y había unos verde musgo que quedarían perfectos con mi vestido de muselina.

Solo me faltaría ponerme a organizar todo esto. Acabé agotada cuando tuve que hacerlo con las cosas de Nathaniel y no me quedaron ganas de repetir. ¡Tres mujeres! No hay más que ver la cantidad de baúles y cajas que hay aquí.

La pared del fondo es perfecta para trabajar en un lienzo grande. ¿La señorita Wyndham me explicaría cómo hacer un andamio de esos? Aunque con lo torpe que soy seguro que me caigo.

—Craig debería volver a casarse —dijo Enid.

Las otras dos la miraron sorprendidas.

—¿Qué? No me digáis que no lo habéis pensado, porque no me lo creo. Aún es joven y lleva demasiado tiempo solo.

—¿Joven? —Rowena sonrió burlona.

—Sí, joven. Mira al señor Morrison.

—¿Qué pasa con Mungo? —preguntó Augusta.

—Le pidió a la madre de Bonnie que se casara con él —le recordó.

—Pero ella le dijo que no —respondió Rowena.

—No exactamente —puntualizó Bonnie que había entrado en la habitación sin que las otras se percatasen—. Lo que mi madre le dijo fue que necesitaba tiempo. ¿Qué hacéis aquí?

—No estábamos hablando de tu familia… —empezó Augusta.

—Sí lo hacíamos —dijo Enid sonriendo—, pero de rebote. ¿Qué opinas de que le encontremos una esposa a Craig?

—Me parece bien.

—¿Qué? —Rowena la miró sorprendida—. ¿Cómo que te parece bien?

—Es joven aún y muy atractivo.

Las otras se miraron interrogadoras y finalmente asintieron.

—Es cierto —afirmó Augusta.

—Y ha sido un magnífico padre —siguió Bonnie—. Se merece ser feliz.

—Pues yo sé de una a la que se le da muy bien eso de emparejar a la gente —dijo Rowena mirando a su amiga con expresión divertida.

—De verdad, solo ha sido una vez.

—¿Una vez? A ver, que yo recuerde… —dijo Rowena con expresión reflexiva—. La hija de los Gilmour, el hijo de los Fleming, el hermano de Tara Ramsey…

—No hice nada.

—Solo les dijiste lo justo de cada uno para que se fijaran en ellos —dijo Enid riendo—. Eres una excelente casamentera, Augusta, acéptalo.

—No tiene nada de malo —afirmó Bonnie.

Augusta suspiró y se mordió el labio atrayendo la atención de las demás.

—Pues se me acumula el trabajo. —Distendió una sonrisa divertida al ver la expresión confusa en el rostro de sus hermanas—. Caillen me ha pedido que le busque una esposa a Liam.

—¿Caillen te lo ha pedido? —Rowena chasqueó la lengua—. Eso es cosa de Kenneth, seguro.

Augusta asintió.

—Es cosa de todos, en realidad.

—¿Te han pedido que le busques esposa? —Se rio Enid—. Entonces es oficial.

—¿Y ya has pensado en alguien? —preguntó Rowena interesada.

—En ti, pero estás casada.

—Muy graciosa. En serio, tengo curiosidad, ¿en quién has pensado?

—De momento, en nadie. Le he dado algunas vueltas, pero no se me ocurre.

—¿Y Craig? —planteó Enid—. ¿Hay alguien que te parezca que puede ser buena para él?

—Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—¿Se lo consultamos a Elizabeth? —preguntó Bonnie.

Augusta miró a su alrededor y suspiró.

—Hay mucho trabajo aquí —dijo con las manos en la cintura.

—Pero no podemos limpiar así vestidas —dijo Enid mirando su precioso vestido.

—Pediremos ayuda a las doncellas —dijo Rowena.

—Entonces lo primero es hablar con Elizabeth. —Augusta se dirigió hacia la puerta.

—Habrá que contárselo todo —dijo Rowena siguiéndola.

—¿Vienes? —Bonnie se giró hacia Enid antes de salir.

Enid miró el baúl de los zapatos al pasar junto a él y suspiró antes de acelerar el paso.

Capítulo 16

—¿Hay suficientes pastas? —preguntó de nuevo dando un paso atrás para observar la mesa con las viandas—. ¿No tiene pastelitos de aquellos con caramelo?

—Señorita, si se comen todo esto revientan seguro —dijo la señora Dunlop mirándola interrogadora—. Ni que fuera usted la que tiene visita. Ese caballero viene a ver a Cecilia, ¿por qué está tan nerviosa?

Lavinia la miró horrorizada.

—¿Nerviosa? —Se retorció las manos—. Yo no estoy nerviosa.

—No, claro que no. Si la pincho con una aguja, no sangra.

—¿Quién no sangra? —Cecilia entró en el salón.

Se había vestido como si fuese a salir y miró la mesa admirada.

—¡Pero qué maravilla! Esto es mucho mejor que lo que nos ponen en la cafetería. Señora Dunlop, se ha lucido usted.

—Culpa de la señorita Wainwright, no ha parado de pedir y pedir…

Cecilia la miró con afecto y Lavinia contuvo una sonrisa de satisfacción.

—¡Los guantes! —exclamó Cecilia y salió corriendo para ir buscarlos.

—Algún día perderá algo importante —se lamentó la cocinera—. Traeré los pastelitos de caramelo, aunque no sé dónde va a poner el plato.

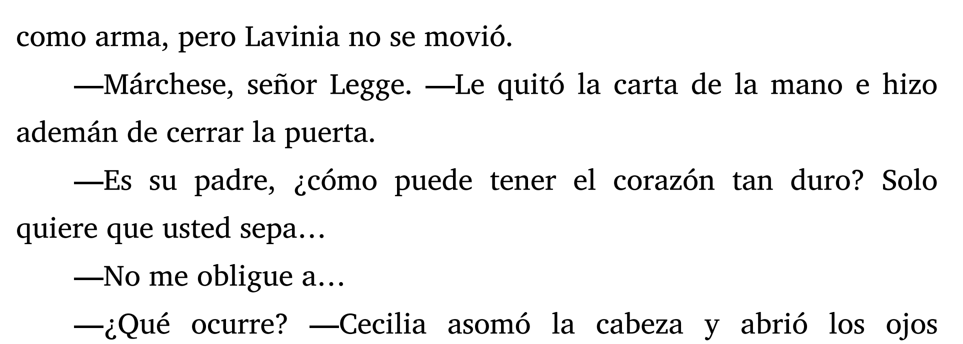
Llamaron a la puerta y Lavinia echó un último vistazo ante de ir a recibir al visitante.

—Buenas tardes, señorita Wainwright.

Harry Legge sostenía su sombrero con ademanes nerviosos mientras Lavinia sentía que la sangre se le congelaba en los pies.

—¿Qué hace aquí?

—Traigo esta carta —intentó entrar en la casa usando la misiva



como arma, pero Lavinia no se movió.

—Márchese, señor Legge. —Le quitó la carta de la mano e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Es su padre, ¿cómo puede tener el corazón tan duro? Solo quiere que usted sepa…

—No me obligue a…

—¿Qué ocurre? —Cecilia asomó la cabeza y abrió los ojos sorprendida al ver al abogado—. ¿Otra vez usted? Márchese, está molestando a la señorita.

—Cecilia, vuelve dentro. —Apretaba tanto el puño que se clavó las uñas en la palma de la mano—. Ya me ha dado su carta, ahora márchese.

—¿Las ha leído? Es imposible que las haya leído y…

—No, no las he leído y no lo haré por muchas que traiga. Se lo dije la primera vez que vino y no voy a cambiar de opinión.

—Caballero. —La voz masculina a su espalda hizo que se girara molesto—. La señorita le ha pedido que se marche. Si lo he oído yo desde ahí atrás, estoy seguro de que usted también lo ha escuchado.

—Usted no se meta —dijo el abogado con expresión ofendida—. No sabe con quién…

—Discúlpeme —lo cortó el escocés sin borrar su sonrisa—. Tiene razón, no debería meterme, pero es que la señorita le ha pedido que se marche y usted sigue aquí.

El abogado los miró a ambos con evidente enfado.

—¿Quién es este caballero, señorita Wainwright?

—Es…

—Un amigo —la ayudó él al ver que no sabía cómo responder.

—¿Qué clase de amigo? —lo dijo en un tono que hizo que Brodie levantara una ceja y la comisura de sus labios.

—Si necesita ayuda, solo tiene que pedirla —ignoró su pregunta con voz tranquila.

—¿Ayuda?

—Para marcharse. Puedo ayudarlo si no sabe el camino.

El hombrecillo lo miró de arriba abajo consciente de que sí podía.

—No será necesario. —Se tocó el sombrero frente a Lavinia y se fue.

Brodie la miró y vio que cerraba los ojos un momento mientras su mano apretaba la carta. Enseguida se recuperó y lo miró con una tímida sonrisa.

—Disculpe el espectáculo —pidió haciéndose a un lado—. Adelante.

Cecilia y Brodie se sentaron a la mesa y Lavinia ocupó la butaca en la que había dejado el costurero con algunos calcetines para remendar.

La doncella inició una conversación trivial tratando de relajar el ambiente. La señora Dunlop llevó una taza de té para Lavinia, café para Brodie y el chocolate de Cecilia y regresó a la cocina. El ambiente era tenso y ninguno de los presentes conseguía relajarse. La carta que había llevado el señor Legge había ido a parar a un baúl situado en un rincón de aquella sala y el escocés no podía evitar preguntarse por su contenido.

—Creo que me echaré un poco. El té no me está sentando bien y no querría estropear la alfombra nueva —dijo Lavinia poniéndose de pie.

Brodie se levantó también y se inclinó cortés. Cecilia hizo ademán de acompañarla, pero ella la detuvo extendiendo el brazo.

—Ni se te ocurra —ordenó—. Atiende a tu invitado y asegúrate de que se sienta cómodo. Discúlpeme, señor McEntrie.

—No recuerda nada de la otra noche —dijo la doncella.

—Lo sé.

—Se moriría si lo recordara.

Él asintió de nuevo, pero no dijo nada. Durante unos segundos permanecieron los dos en silencio. Cecilia no apartaba la vista y Brodie suspiró impaciente y le hizo un gesto para que la siguiera.

—Volveré enseguida —dijo ella antes de salir.

Cuando se quedó solo miró la mesa profusamente engalanada y repleta de dulces. Se había esforzado mucho en… La cocinera entró en el salón deteniendo sus pensamientos y se fue directa hacia él.

—No es la primera vez. Ese hombre le trae cartas de su padre que ella nunca lee. Las mete en ese baúl de ahí —señaló con el trapo que llevaba en la mano—. Al principio insistía en que fuese a verlo, pero se habrá dado cuenta de que no va a conseguirlo y ya solo trae las cartas.

—No debería contarme…

—¿Qué se puede esperar de alguien que defiende a un asesino? —siguió la cocinera como si no lo hubiese oído—. Mató a su mujer delante de su única hija. Un monstruo, eso es lo que es. Y ese desgraciado no deja de molestarla para que lo perdone. ¿Es que no ha sufrido bastante? ¿Quién hace algo así? Se aprovecha de que está sola. —Lo miró con fijeza—. Si alguien quisiera hablar con él.

El escocés la miró sorprendido, pero no mordió el anzuelo.

—A otro hombre le hará caso —insistió la mujer—. Y más si es uno como usted.

—¿Cómo yo?

—Fuerte.

Brodie no pudo evitar la sonrisa.

—No creo que esto sea cuestión de fuerza, señora Dunlop, más bien es una cuestión de idoneidad.

La mujer arrugó los labios y se encogió de hombros.

—Si se entera de que se lo he pedido se llevará un disgusto, pero es que… Si siguen atosigándola, acabarán por llevarla de nuevo a ese sanatorio. ¿Y qué será entonces de esos niños?

—Lo siento, pero no es cosa mía.

La mujer no disimuló su decepción y movió la cabeza.

—Por supuesto, nadie es cosa de nadie. En este mundo, cada uno va a lo suyo. Si no es para criticar, claro, porque entonces sí pueden

preocuparse por sus vecinos. Bien que hablan todos de ella sin miramientos, pero ayudarla, eso no, porque no es asunto suyo. —Se dirigió a la puerta para marcharse sin dejar la retahíla—. ¿Qué sabré yo? Solo soy una vieja sola y triste que no entiende el corazón de la gente. Agradezco no haber tenido hijos…

—¿Qué le pasa a la señora Dunlop? —preguntó Cecilia entrando en el salón.

—¿Cómo está la señorita Wainwright? —preguntó él sin responder.

—Se ha metido en la cama, pero no podrá dormirse —dijo sentándose—. Tiene esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada que tiene cuando vuelve a aquella noche.

—Mira que te gusta el drama. Come, anda. —Empujó uno de los platitos de galletas.

—Ojalá fuese un hombre —se lamentó ella mirándolo con fijeza —. Solo un hombre podría hacer algo.

Brodie puso los ojos en blanco.

—¿No podría usted…?

—No, no podría —la cortó—. Como le he dicho a la señora Dunlop, no es cosa mía.

—Así que era por eso por lo que rezongaba —dijo mirando hacia la puerta.

—No debería haber venido —masculló él.

—Si no quiere hacerlo por ella, hágalo por mí. No quiero quedarme sin trabajo.

—Si pierdes este trabajo, te conseguiré otro.

—¡No quiero otro!

—Vaya, al parecer tu preocupación por ella es completamente altruista —se burló, aunque empezaba a perder la paciencia.

—¿Por qué no quiere hacerlo? ¿Tanto le cuesta? A mí me ayudó sin dudarlo y eso sí que era arriesgado.

—No sé en qué momento te he dado a entender que puedes pedirme algo así.

—Somos amigos.

—No esta clase de amigos, Cecilia. Puedes pedirme ayuda si tú la necesitas, pero no utilizarme como si fuese de tu propiedad.

—No pretendía…

—Está claro que has malinterpretado la situación y probablemente yo tenga parte de culpa en ello. Lo mejor es que me marche —dijo poniéndose de pie.

Caminó hasta la puerta, pero antes de salir se giró a mirarla y suspiró con cierto cansancio.

—No puedo ir por ahí metiéndome en los asuntos de la gente, Cecilia. Además, ella tampoco lo querría. Si sigues actuando así, te despedirá y con razón. Es perfectamente capaz de solucionar sus problemas y, si no, que pida ayuda. Ella, no tú.

—oOo—

Al día siguiente Heather la miraba con fijeza acariciando a Sweete, mientras esperaba la consabida reprimenda.

—¿Está enferma, señorita Wainwright?

—Un poco indispuesta. ¿Cómo van las clases con la señorita Duffield?

—Tan mal como siempre. Me ha vuelto a castigar, esa mujer no aprende.

—¡Heather! —la regañó—, no hables así de tu maestra, es una falta de respeto imperdonable.

—Lo siento —bajó la cabeza mirándola de soslayo—. Pero yo me he portado bien, no sé por qué tiene ese empeño en decir que no.

—Enseguida hablaré con ella y sabré si eso es cierto. —Fingió severidad.

—Ya no me quejo porque no me deje repartir los pizarrines o las

tizas. Le gusta que cada día lo haga un alumno distinto, dice que así nadie se creerá que es especial. Y sé que lo dice por mí, pero lo que no entiende es que a los demás les parece bien que lo haga siempre yo. Eso no me hace especial, o sí, no lo sé, tendría que pensarlo… Me gusta hacer cosas, no soporto estar horas y horas y horas sin moverme. —Se llevó la mano a la frente con afectación, como solía hacer la señorita Perkins cuando se quejaba de algo al final del día—. Es agotador.

A Lavinia casi se le escapó una sonrisa, pero se contuvo a tiempo. Heather tenía una vena dramática muy desarrollada.

—Ruby estaba llorando, ¿qué iba a hacer? Alguien tenía que consolarla.

—¡Acabáramos! Así que fue eso… ¿Qué le ha pasado a Ruby?

—Ya sabe.

—¿Qué sé?

—Le cuesta.

Lavinia frunció el ceño pensativa.

—Cuanto más insiste la señorita Duffield, más se equivoca. Yo he tratado de explicarle que es mejor que a ella no le pregunte delante de todos, porque se asusta, pero nada, ella venga a preguntarle un día sí y otro también. Al final se puso a llorar, claro.

Lavinia temía preguntar.

—¿Qué hiciste?

—Nada —dijo desviando la mirada como si le interesara mucho el papel de la pared.

—Heather…

—Solo me levanté a consolarla, nada más, se lo prometo.

—Y cuando la señorita Duffield te dijo que te sentaras…

Heather se encogió de hombros.

—¿No obedeciste? ¡Heather!

—Solo la desobedecí un momentito chiquitito, chiquitito, de verdad.

Lavinia suspiró impaciente. Se le acumulaban los problemas. Conseguir que Heather se estuviese quieta era una tarea harto difícil, pero lograr que no interviniera en cualquier suceso que se produjese cerca de su radio de acción, era prácticamente imposible. Más aún si eso implicaba lágrimas o sufrimiento para alguien a quien ella apreciara, lo que englobaba a todos los que vivían bajo ese techo.

—¿Cuál ha sido el castigo esta vez?

—No puedo salir fuera en el descanso. —Se encogió de hombros lastimera—. Tendré que comerme mi sándwich en el pupitre toda la semana, ¿se lo imagina?

—Quizá si le aseguras que no vas a jugar y que solo caminarás un poco…

—¿Caminar? El otro día me regañó porque dice que camino tan rápido como un muchacho. Cualquier cosa que parezca divertida le molesta. No me deja hacer nada, señorita —se lamentó—. Siempre está con que una niña no ha de hacer esto, una niña no ha de hacer lo otro… Me hace desear ser un niño. Nunca la he visto regañar a Walter por subirse a un árbol, si me ve a mí seguro que me castiga un mes. Y no es justo porque…

Mientras Heather hablaba, Lavinia se había sentado en el borde de la butaca. Poco a poco, sus pensamientos habían ido ocupando todo el espacio visible de aquella sala, hasta transformarla de nuevo en el lugar que era antes. Los muebles cambiaron y la disposición se ajustó para encajar en sus recuerdos. Incluso su madre apareció nítidamente ante ella, con los ojos fijos en la niña de rubios tirabuzones que permanecía de pie ante ella con expresión desconcertada.

—Una niña no debe comportarse como un muchacho, Lavinia. Si vuelvo a verte correr por la casa… No me obligues a castigarte, sabes que sufro mil veces más que tú cuando tengo que hacerlo.

—Pero, madre…

—Ya me has oído. ¿Cuántas veces tengo que decirte que la apariencia

lo es todo? No importa cómo seas en verdad, lo único que importa es lo que los demás ven de ti. ¿Lo entiendes?

—¿Pero me dejarás ir a la fiesta de cumpleaños? Seguro que este año sí me invitan.

—No van a invitarte —afirmó moviendo la cabeza impaciente—. ¿Cómo puedes ser tan ingenua, hija mía? ¿Es que no te he enseñado bien?

—Tú siempre dices que debo relacionarme con niñas de su clase.

—Katherine Wharton es mucho más guapa que tú e hija de un barón. Y sus hermanas brillan tanto como ella. Si quieres destacar has de acercarte a niñas que tengan menos que ofrecer. Recuerda que es mejor ser cabeza de ratón que cola de león. Nuestra familia tiene mucho dinero, pero no un título ni un apellido que nos respalde. Es lo único que nos falta y tú debes conseguírnoslo. Es tu deber. He trabajado mucho para ello y merezco mi recompensa.

—Pero a mí no me importa que Katherine sea más guapa —musitó—. Me gusta estar con ellas.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? No sabes lo mucho que he tenido que batallar cada día para conseguir que te admitan en su círculo. Si no destacas, te arrinconarán, dejarán para ti las migajas del pastel y yo lo quiero todo, ¿me oyes? Quiero que mi hija sea la primera, no me sirve otra posición. Todas las madres quieren lo mismo: un buen marido para sus hijas. La diferencia entre ellas y yo es que yo no me quedo esperando a que me lo den. Si quiero algo, lo cojo, y tú has de ser como yo. ¿O es que quieres ser como tu padre? Un cero a la izquierda que no vale para nada. Si no fuese por mí, esta familia no sería lo que es.

—Las Wharton siempre han sido amables conmigo.

—¿Amables, eh? Las Wharton van a celebrar esa fiesta de cumpleaños a la que no te han invitado. Todo el mundo recibió la invitación hace dos semanas, hija mía. No llores, pequeña. Al final comprenderás que tengo razón y que es mejor que te teman. Si les das tu afecto, ya ves lo que hacen con él. No merecen tus lágrimas, cariño. —La consoló con ternura y la besó en el pelo—. Tú eres mi niña querida, lo más

importante para mí. Te moldearé a mi imagen y semejanza, no dejaré que tu padre influya en tu carácter. Bastante tengo con soportarlo a él. Te respetarán o te temerán, pero de ningún modo permitiré que te ignoren. Conseguiremos un buen marido, alguien que sirva a tus fines. Con título, por supuesto, para que te abra las puertas de todas las casas de Inglaterra.

Qué decepcionada debía sentirse su madre allí donde estuviese. No solo no era respetada, tampoco era temida ya. El olor a flores muertas inundó la estancia de repente y su respiración se agitó al recordar…

—Señorita Wainwright, señorita Wainwright… —Heather la miraba con fijeza y su voz era de apremio.

Lavinia levantó la mirada y se sorprendió de ver a la pequeña tan cerca.

—¿Qué…?

La niña señalaba la sangre que se deslizaba desde la uña clavada en su dedo y goteaba en su vestido. Se puso de pie rápidamente.

—¡Oh!

Se llevó el dedo a la boca y lo chupó fingiendo tranquilidad.

—Qué tonta soy! Están a punto de llegar los deshollinadores, tengo que ocuparme de ello. —Salió del salón con la niña pegada a sus talones—. Tú vuelve a clase. Dile a la señorita Duffield que me lo has contado todo y que te he regañado.

—¿Tengo que irme? Deje que me quede con usted, por favor.

—La clase no ha terminado —dijo tajante—. La señorita Duffield se enfadará si no regresas.

—La maestra se enfadará haga lo que haga —dijo con evidente pesar, pero hizo lo que le decía.

—Señora Crone hoy van a deshollinar las chimeneas así que tendremos más niños que alimentar —dijo al entrar en la cocina—. ¿Cómo puedo ayudar?

La mujer la vio ponerse un delantal y miró a su alrededor con

expresión pensativa.

—Pele esas patatas —dijo señalando un cesto.

—Debemos cuidar de que esos zarrapastrosos no se acerquen a nuestros niños —dijo la señorita Perkins—. No aprenderán nada bueno de ellos.

—Los niños del señor Hastings están muy bien enseñados —respondió Lavinia—. Y él los cuida muy bien, no son ningunos zarrapastrosos.

—Eso habrá que verlo. —La expresión de la gobernanta era de absoluta incredulidad.

—Yo lo he visto —insistió Lavinia sin dejar de pelar las patatas.

Después de meses haciéndolo, había conseguido cierta maestría. Sonrió al recordar la cara de susto de la cocinera la primera vez que se sentó en aquel taburete, dispuesta a hacer el trabajo. La mujer no había cerrado la boca de asombro en todo el tiempo que ella estuvo destrozando patatas.

—Esos niños tienen suerte de poder trabajar en algo —dijo la señora Crone mientras cortaba el resto de las verduras—. De no ser por el señor Hastings, ellos y sus familias se morirían de hambre.

—Es un trabajo horrible —musitó Orla Perkins moviendo la cabeza.

—Pero alguien tiene que hacerlo. —Grace Crone se encogió de hombros—. Y solo un niño cabe por el hueco de la chimenea.

—Pues alguien debería pensar en un sistema para limpiarlas que no fuese tan peligroso —insistió la gobernanta—. Son muchos los niños que se caen y se parten la cabeza. Por no hablar de los que enferman irremediablemente a causa del hollín.

Lavinia sonrió mientras seguía pelando patatas. Así era la señorita Perkins, por un lado hablaba de ellos como si fueran una plaga de la que hay que protegerse y por otra se preocupaba por su bienestar.

Una hora más tarde, llegaron Toby Hastings y su batallón de deshollinadores. Los pequeños se dispersaron por todas las

habitaciones llevando sus útiles de limpieza y, sin hacer apenas ruido, comenzaron el trabajo, mientras su jefe esperaba en la cocina frente a un buen vaso de vino y unos cuantos pedazos de tocino frito.

Cuando acabaron las clases, los huérfanos y la maestra abandonaron el aula, todos menos Heather, que esperó frente a la chimenea hasta que el niño que se había encaramado por sus tripas se descolgó de un salto. Una nube de polvo la envolvió, haciéndola toser. El muchacho tenía la cara negra y sus dientes parecían más blancos a causa del hollín.

—Hola, soy Heather —dijo la niña extendiendo la mano para ofrecérsela.

La miró ceñudo y negó con la cabeza.

—No puedo tocarte, estoy muy sucio.

—No me importa —insistió la niña.

El pequeño se encogió de hombros y se la estrechó.

—Me llamo Jack.

Heather asintió y bajó el brazo cuando él la soltó. El niño cogió sus herramientas para marcharse.

—¿Por qué eres deshollinador? —preguntó la niña siguiéndolo.

Jack se giró despacio y la miró, con una expresión que mostraba su incertidumbre sobre si la pregunta iba en serio.

—¿No sabes por qué la gente trabaja?

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—¿Y no tienes padres?

—Tengo madre y tres hermanos. Mi padre murió el año pasado.

—¿Y tú tienes que mantenerlos a todos?

El niño volvió a asentir.

—Yo no tengo padres —dijo Heather—. Si no fuera por la señorita Wainwright también tendría que trabajar. Ser deshollinador parece divertido.

El muchacho siguió con la mirada el dedo que señalaba la

chimenea y luego miró a la niña entornando los ojos.

—A veces lo es.

—¿Y es difícil?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Por si lo necesito.

Jack dejó las cosas en el suelo y se cruzó de brazos mirándola con suficiencia.

—¿Por qué ibas a necesitarlo?

—Ya te lo he dicho, esta no es mi casa y la señorita no es mi madre. —Se encogió de hombros—. Es bueno tener un plan por si acaso las cosas no salen como esperas. Soy bastante ágil y no creo que me costase mucho subir por ese hueco, pero una vez dentro no tengo muy claro qué hay que hacer. ¿Querrías enseñarme?

Jack torció la sonrisa con expresión divertida.

—¿Vas a meterte dentro de la chimenea con ese vestidito rosa?

La niña se miró, no recordaba qué llevaba puesto.

—Supongo que tendré que usar otra ropa.

Jack se sacudió los sucios pantalones y la camisa y levantó otra nube de polvo que la hizo toser de nuevo.

—No creo que sea buena idea que entres ahí. Mejor procura aprender todo lo que te enseñe tu maestra. Aunque se pasa tanto rato regañándote que no sé si tendrá tiempo para nada más. Es muy gruñona, ¿no? Ni Toby nos regaña así.

—¿Quién es Toby?

—Nuestro jefe.

—Ah. Creo que sería mejor que me pegara, seguro que acabaría antes. ¿A ti te pega ese Toby?

El muchacho se encogió de hombros.

—A veces, pero no hace daño. Es un blando. —Sonrió sincero y sus ojos se iluminaron de tal modo que Heather se sintió deslumbrada.

—Me alegro. De que no te haga daño, claro —aclaró.

Jack se llevó la mano a la nuca mientras su ceño iba cambiando

de fruncido a suavizado alternativamente. No estaba muy seguro de lo que pasaba allí, pero no tenía ganas de irse.

—No sé cómo podría enseñarte, no creo que volvamos hasta la primavera que viene.

—Podría hablar con la señorita Lavinia, ella no es una gruñona como la maestra —sonrió divertida—. Debes pensar que soy una niña muy mala y que por eso me regaña tanto, pero la mayor parte del tiempo soy buena.

—Yo no he visto que seas mala.

Heather lo miró entonces con más atención. Era muy guapo y decía cosas bonitas. Su corazón se inflamó de repente y dejó escapar un largo suspiro.

—¿Te pasa algo? —preguntó él con preocupación.

La niña negó vehementemente.

—¿Si la señorita dice que sí, vendrás a enseñarme?

—No creo que te dejen meterte en la chimenea.

—Pero ¿tú vendrás?

El niño se encogió de hombros y cogió los bártulos para marcharse.

—No te olvides de mí —dijo Heather.

Jack giró la cabeza y le guiñó un ojo antes de salir del aula.

—¿Qué le pasa a esta? —preguntó la señorita Perkins ceñuda—. ¿Se ha dado un golpe en la cabeza? ¿Cómo vas a ser deshollinadora?

—¿Por qué no? —Heather bailaba por la sala con los brazos extendidos, dando vueltas como una peonza.

—Se ha enamorado —dijo Lavinia en tono bajo.

—¿Qué? ¡Válgame Dios! ¿Quién es el pobre desgraciado?

—Uno de los muchachos de Hastings.

—¡Qué! —repitió horrorizada—. ¡Pero eso es aún peor que si fuese uno de estos!

—Tranquila, ya se le pasará.

—No se me va a pasar —dijo Heather bailando hacia ellas—. Es guapo, no piensa que yo sea mala y dice que la señorita Duffield es una gruñona.

—¿Qué sabrás tú de guapura? —dijo la criada con mal talante—. ¿Y qué sabrá él si eres buena o mala? Tú solo haces lo que te parece. Deja de decir tonterías y ve a hacer tus tareas. ¿O es que ya las has terminado?

—Me falta acabar el bordado, pero es que no puedo quedarme sentada, estoy muy contenta y solo quiero bailar.

—¡Habrase visto la niña! —exclamó la mujer moviendo la cabeza —. Si es así con seis años, ¿cómo será cuando tenga quince?

La pequeña se detuvo frente a la mujer y la miró con soberbia.

—Pues mucho más guapa, más alta y con una figura como la de la señorita.

—Para tener su figura tendrás que dejar de comer tantos pasteles.

—Pues dejaré de comerlos. Ya no voy a comer ninguno más — dijo y enseguida su rostro se contrajo y se mordió el labio—. Aunque podría empezar mañana, la señora Crone me ha dicho antes que iba a preparar galletas de jengibre y son mis preferidas. Además hoy habrá gelatina de postre y se enfadará si no como, todos sabemos que la prepara por mí.

—Claro que sí —se burló la señorita Perkins—, aquí toooodo lo hacemos por ti.

—Señorita Wainwright, deberíamos hacer algo con la señorita Perkins, siempre está de malhumor. Cada vez tiene más arrugas.

—¡Habrase visto la niña! —repitió sin dar crédito.

—Heather, ve a hacer tus tareas y deja de distraernos —la regañó Lavinia conteniendo la risa, mientras caminaba hacia su escritorio—. Tengo mucho que hacer, no he terminado los menús de la semana y aún me quedan por revisar las cuentas.

—Yo me encargo de que la deje en paz. —La señorita Perkins

agarró a Heather de la oreja y la llevó hacia la puerta.

—Auuuu —se quejó la pequeña apresurándose a obedecer.

Lavinia se quedó mirando la puerta durante unos segundos con una sonrisa boba en los labios. Después sacudió la cabeza y se concentró en terminar de organizar las comidas y hacer el listado de las compras que tendrían que realizarse para las mismas. Pensaba encargarse personalmente de algunas de ellas, aunque sabía muy bien a lo que se exponía. Se llevó la pluma a los labios y recordó la última vez que se cruzó con un antiguo conocido cuando llevaba una cesta con la compra. Una sonrisa malévola transformó su expresión en una más propia de otro tiempo. La cara que habían puesto la señora Watson y su prima, no tenía desperdicio. Casi las atropella un carruaje cuando se apresuraron a cruzar la calzada para no tener que saludarla. Y la mirada que echaron a la cesta, como si en lugar de unas cuantas viandas llevase allí el fruto del más abyecto pecado. Volvió al trabajo sin que la sonrisa se borrase de su rostro.

Capítulo 17

Harry Legge miraba a su visitante con expresión desconfiada.

—No acepto visitas intempestivas —dijo fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Y menos en mi casa.

—He ido a su despacho, pero me han dicho que se había marchado temprano. —Brodie miró a su alrededor dándole vueltas al sombrero en sus manos.

—Pida cita a mi secretario y…

El escocés lo hizo callar con una mirada y después sonrió levemente.

—No se preocupe, seré breve —dijo mirando un cuadro que colgaba de la pared detrás del escritorio—. ¿Su familia?

—Sí, señor.

—Su esposa es una mujer admirable. ¿Cinco hijos? Es usted muy afortunado, señor Legge.

El otro sonrió ufano y se irguió orgulloso.

—Son mi razón de existir.

—Nosotros somos seis y mi padre tuvo que criarnos prácticamente solo.

—¡Oh, qué lamentable situación!

—Desde luego. ¿Le importa si me siento?

El abogado empezaba a sentirse más cómodo y le indicó la silla al otro lado del escritorio antes de ocupar su lugar.

—¿Su madre murió? —preguntó con curiosidad.

—Sí, poco después de nacer mi hermano pequeño. Ewan —sonrió afable.

—Ya veo. Le doy mis condolencias.

—Es usted muy amable, pero hace muchos años que mi madre pasó a mejor vida.

—Comprendo el dolor de su padre y que no volviera a casarse —

dijo juntando las manos mientras los codos permanecían apoyados en los reposabrazos—. El vínculo con una esposa con la que se han tenido tantos hijos es demasiado in…

—Es cierto, después de morir mi madre no volvió casarse —lo interrumpió—. Pero antes tuvo otras dos esposas. Y dos hijos en cada uno de esos matrimonios.

—¡Oh! ¿Tres esposas? —Se rio nervioso—. Vaya, qué hombre tan afortunado. Quiero decir…

—Sé lo que quiere decir —afirmó Brodie—. La vida es frágil y hay que vivirla.

—Desde luego. ¿Le apetece un oporto? Me lo traen directamente del Valle del Duero, en Portugal.

—Encantado, gracias.

Brodie esperó paciente y el hombrecillo le entregó su copa antes de sentarse de nuevo.

—Qué vida más complicada la de su padre —comentó—. Yo no podría vivir sin mi querida esposa, nos conocemos desde que éramos casi unos niños. No hay esposa mejor en el mundo.

Brodie asintió reverente con la mirada fija en el cuadro de la pared.

—Se ve que es una mujer de carácter.

El abogado sonrió y se acomodó en la butaca con evidente gusto.

—¿Y de qué conoce usted a la señorita Wainwright? Si me permite preguntárselo.

—Pues su doncella es escocesa. Su padre trabajó para nosotros hasta su muerte.

—¿A qué se dedica su familia?

—Somos criadores de caballos purasangre. También entrenamos caballos de carreras.

Por su expresión supo que se había informado sobre él, algo que ya esperaba.

—Tenía entendido que trabajaba usted para el señor Burford.

Deben haberme informado mal.

—No, le han informado muy bien. Ahora trabajo para él, soy una especie de ayudante, consejero, mano derecha, ¿sabe a lo que me refiero?

—Sí, sí, por supuesto. Y entiendo su confusión del otro día —dijo Legge con una sonrisa campechana—. Usted no conoce los entresijos de esta historia y por eso malinterpretó lo que vio, pero estaré encantado de explicarle la situación para que se quede tranquilo. En primer lugar debe saber que soy el abogado del señor Wainwright, lo defendí de los cargos que se le imputaron tras la muerte de su esposa.

—Querrá decir asesinato.

—Homicidio voluntario, para ser exactos.

—Ya veo. Por eso no fue condenado a muerte.

—Existían atenuantes. La infidelidad de su esposa y el hecho de que la muerte se produjo por un arrebato pasional, mitigó el castigo. Al principio temíamos que fuese enviado a la colonia penal de Australia.

—Tengo entendido que fue Michael Drummond el que pagó sus honorarios.

—Así es. El señor Wainwright y el señor Drummond son buenos amigos.

—Qué curioso, por lo que yo sé el señor Wainwright no necesitaba ayuda económica. Antes de ser condenado era muy rico.

—No conozco los detalles que lo motivaron, pero lo cierto es que a mí me contrató el señor Drummond y realicé mi trabajo lo mejor que pude, teniendo en cuenta que se trataba de un caso muy complejo.

Brodie entornó los ojos, tenía la oportunidad delante de las narices…

—¿Conoce el caso? —preguntó el abogado recostándose en su butaca con evidente satisfacción—. Estaré encantado de relatarle cómo fueron los hechos, si le interesa.

—Tengo entendido que la hija fue testigo.

—No exactamente. Cuando ella entró en la casa, es cierto que vio a su padre sosteniendo el cuchillo, pero en ningún momento lo vio utilizarlo. Y eso fue lo que declaró en el juicio. Ni más, ni menos.

—¿La hizo testificar?

—Yo no. La señorita Wainwright fue testigo de cargo. El fiscal se apoyó en su testimonio y el de algunos criados para inculparlo. Por desgracia la defensa no tuvo ningún testigo equiparable. Los que hablaron en favor de mi cliente declararon que era un hombre cabal, bueno y generoso que ayudaba a todo aquel que lo merecía, pero ninguno de ellos estuvo directamente relacionado con los hechos.

—¿Y él? ¿Confesó el crimen? ¿Se defendió?

El abogado negó con la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro, el señor Wainwright no ha dicho una palabra desde que se le detuvo.

—¿A usted tampoco?

El abogado negó de nuevo.

—Como le he dicho fue un caso muy difícil. Tenía ante mí a un acusado que no colaboraba y a su hija testificando para la acusación. Aun así, lo salvé de una condena a muerte, algo que considero todo un éxito.

—Dice que la infidelidad de su esposa atenuó los cargos. ¿Había un testigo?

—El mejor que se puede tener —dijo el abogado cruzando las manos sobre su prominente barriga—. Benjamin Baxter, el hombre con el que la difunta mantenía una relación extramatrimonial.

—¿Declaró voluntariamente?

—Según dijo, los sentimientos que tenía hacia ella lo obligaban. No quería que hubiese dudas de que había sido su esposo.

—¿Sabiendo que eso lo eximiría del cargo de asesinato?

Legge se encogió de hombros.

—¿Y el jurado lo creyó?

—Aportó una prueba irrefutable de la veracidad de sus palabras. Describió con exactitud una marca que la señora Wainwright tenía en cierta parte de su anatomía muy privada. Solo alguien que la hubiese visto desnuda podía disponer de dicha información.

Brodie asintió. Qué caso tan rocambolesco.

—Ahora entiende las dificultades a las que me enfrenté. No conseguí la absolución, pero conseguí preservar su vida. Y mientras hay vida, hay esperanza, ¿verdad?

—¿Esperanza de qué?

—De que su hija lo perdone, por ejemplo.

—¿Por eso la atosiga?

—Su padre no quiere hablar con nadie hasta que hable con ella.

—El caso ya está juzgado, ¿qué más da lo que pueda decir?

El abogado volvió a encogerse de hombros

—Ya veo. —Brodie lo escudriñó con la mirada—. Tiene curiosidad.

—Es el caso más extraño al que me he enfrentado.

—¿Qué cree que pasó?

—¿Sinceramente? No creo que él la matara, no es esa clase de… hombre.

—No le entiendo.

—Ya sabe, apasionado, celoso por su mujer —negó con la cabeza —. Más bien lo contrario.

Brodie ladeó la cabeza con expresión impertérrita.

—Estoy seguro de que ahora entiende mi insistencia en que su hija lea sus cartas. Quizá en esas misivas explica lo ocurrido. Y si no es así, quizá se lo explique en persona si lo visita.

—Como historia, reconozco que me ha mantenido interesado durante toda la narración. Pero yo no he venido aquí a juzgar si el señor Wainwright mató o no a su esposa. —Se puso de pie y lo miró con fijeza desde esa altura—. El motivo de mi visita es pedirle, por favor, que deje en paz a esa señorita y en cuanto me dé su palabra, me

iré y no volveré a molestarlo.

—Pero no lo entiende…

—El que no lo entiende es usted. Antes de venir a verle me he estado informando sobre usted, señor Legge, y no me ha resultado nada difícil encontrar algo con lo que negociar en caso de que lo crea necesario.

El hombre su puso de pie rojo de ira.

—¿Me está amenazando?

—¿Hay algo con lo que pueda amenazarlo? —Sonrió taimado—. Llevo todo el día trabajando y tengo ganas de tomar una buena cena, darme un buen baño y meterme en la cama a descansar.

—Salga de mi casa inmediatamente.

Brodie se apoyó en el escritorio y se inclinó acercándose para mirarlo con fijeza.

—Debería bajar el tono, no quisiera que su esposa nos escuchara hablar de ese apartamento que tiene alquilado en Fairchild Lane.

El abogado empalideció y sus puños se apretaron con fuerza.

—Una promesa, señor Legge, o esta noche empiezan sus problemas conmigo.

—Es usted extraordinariamente injusto, caballero.

El escocés se irguió y dejó escapar el aire en un bufido.

—¿Tengo pinta de que me importe algo de todo esto? Porque lo cierto es que me importa una mierda. Me han pedido un favor y si hay algo que tenemos los McEntrie es que cuando ayudamos nos empleamos a fondo y sin preguntas.

—El señor Wainwright no vivirá mucho más tiempo.

Brodie enarcó una ceja, impaciente.

—Su promesa y me iré.

—Está bien —aceptó el abogado al fin—, no volveré a molestarla. Le doy mi palabra.

—Perfecto. —Caminó hacia la puerta para marcharse, pero antes de salir, se detuvo—. No tengo nada contra usted y no pienso utilizar

la información que he conseguido, puede estar tranquilo.

—Algún día se arrepentirá de esto.

—Buenas noches, señor Legge.

Cecilia la miraba con evidente nerviosismo, pero Lavinia estaba demasiado entusiasmada como para percatarse.

—He conseguido remplazo para los pizarrines a buen precio. La señorita Duffield estará satisfecha —dijo quitándose los guantes—. Y el señor Potter me ha conseguido el libro que le pedí, aunque se ha pasado media hora quejándose de lo mucho que le ha costado encontrarlo. Después me he pasado por Bond Street, ¿te lo puedes creer? Hacía varios años que no me acercaba a…

—Señorita —la interrumpió Cecilia impaciente—. Tengo que decirle algo.

Lavinia se giró a mirarla mientras se quitaba los alfileres que sujetaban el sombrero.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene esa cara?

—Ha llegado una nota para usted —dijo la joven.

—¿Una nota?

—Del señor Legge.

Se clavó uno de los alfileres y gimió antes de llevarse el dedo a la boca. Cecilia le entregó el papel con manos temblorosas. Si por ella fuese la habría roto y la habría quemado en la lumbre de la cocina.

—No la lea, señorita —suplicó.

Pero Lavinia no respondió y desplegó el papel con manos temblorosas. Cuando se volvió hacia la criada su rostro era una máscara pétrea.

—Léela en voz alta —ordenó entregándosela.

Cecilia frunció el ceño desconcertada e hizo lo que le pedía.

—«Mi querida señorita Wainwright. Me disculpo por todas las molestias que le haya podido causar mi insistencia durante estos

meses. Sepa que mi intención fue siempre la de aclarar los hechos acaecidos aquella aciaga noche por el bien de su familia. Lamento muchísimo lo sucedido y le comunico que no volveré a incomodarla con visitas intempestivas. Sepa, asimismo, que estoy aquí para servirla y que, si puedo ayudarla de cualquier modo y en cualquier circunstancia, puede acudir a mí sin dudarlo. Suyo afectísimo, Harry Legge. Posdata: si fuese tan amable de comunicarle el contenido de esta nota a su amigo el señor McEntrie, se lo agradeceré enormemente.

Cecilia no levantaba la vista del papel y se mordía el labio inquieta.

—¿Qué significa esto? —preguntó Lavinia con voz helada.

—Yo… No… Era…

—Mírame.

La doncella levantó la mirada, pero sus ojos seguían esquivos.

—Cecilia, no pongas a prueba mi paciencia.

—Fui yo. —La señora Dunlop entró en el salón con expresión resuelta—. Yo hablé con ese caballero.

Lavinia perdió el poco color que quedaba en sus mejillas cuando recuperó la nota. Miró a la cocinera y estrujó el papel entre sus manos tratando de contener la furia que crecía en su interior.

—¿Que hizo qué?

—Le pedí que hablase con el señor Legge para que la dejase en paz. Sabía que usted no iba a hacerlo, así que lo hice yo.

—¿Cómo se atreve? —masculló.

La mujer le sostuvo la mirada, había una triste dulzura en sus ojos.

—Es el único hombre que ha pisado esta casa desde que trabajo aquí y usted necesitaba ayuda, señorita.

—Recoja sus cosas. Puede quedarse esta noche, pero mañana por la mañana…

—¡No! —exclamó Cecilia angustiada—. Señorita, por favor…

Lavinia la miró con una seria advertencia en los ojos.

—Si no quieres acompañarla, será mejor que te calles.

—Lo hizo porque se preocupa por usted —insistió la joven—. Las dos nos preocupamos.

Lavinia respiró hondo y volvió a mirar a la cocinera que permanecía en el mismo lugar y con la misma expresión.

—Sé que no lo ha hecho con maldad, señora Dunlop, pero no tolero la deslealtad y usted ha traicionado mi confianza. Le pagaré todo el mes y le daré una carta de recomendación para que no tenga problema en encontrar otro trabajo. Aunque quizá le vaya mejor si no saben que ha trabajado para mí.

—Como usted mande, señorita —dijo la cocinera antes de abandonar el salón.

Cecilia miró a Lavinia con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, no puede despedirla así.

—Por supuesto que puedo —dijo la otra ocultando con dureza lo frágil que se sentía—. Puedo tolerar muchas cosas, pero que me faltéis al respeto no es una de ellas.

—Nadie pretendía faltarle al respeto. Lo que queríamos era ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿Pedirle a un completo desconocido que se inmiscuya en un asunto tan delicado es ayudarme?

—Usted no tiene a nadie y el señor McEntrie es un hombre al que nadie ignoraría. Él es bueno y sabía que no podría quedarse indiferente por eso le pedí…

Lavinia abrió los ojos asustada.

—¿Tú también?

Cecilia elevó el mentón fingiendo seguridad ante la que se le venía encima.

—Sí, yo también.

—¡Oh, Dios Santo!

—El señor Legge no iba a dejarla en paz y se pone enferma cada

vez que…

—¿Qué le dijiste? —El cuerpo le temblaba perceptiblemente.

—Pues… —Trató de recordar sus palabras—. Le pedí que hablase con él.

—¿Y él aceptó sin más?

—Nnnno exactamente.

—¿Qué significa eso?

—Ya sabe cómo es.

—Por supuesto que no sé cómo es, apenas lo conozco. —Esperó a que la doncella siguiera hablando y su mutismo la irritó aún más—. ¿Qué?

—No le hizo mucha gracia.

—Si no me dices ahora mismo lo que te dijo palabra por palabra, te juro que…

—¿Palabra por palabra? —la interrumpió para que no verbalizase una amenaza que acabaría por cumplir si la dejaba—. No lo recuerdo. Pues que no era asunto suyo, básicamente.

—¿Qué más? ¿Qué le dijiste para que cambiase de opinión?

—Le pedí que si no quería hacerlo por usted, lo hiciese por mí.

—¿Por ti?

—Le dije que si usted tenía que volver a ese sitio, yo me quedaría sin trabajo —dijo y se asustó al ver que empalidecía aún más—. Pero no lo decía en serio, solo quería convencerlo. No va a volver allí, no...

—Estoy profundamente decepcionada, Cecilia —susurró con voz tensa—. Profundamente.

Cecilia se limpió una lágrima sin apartar la mirada.

—Nos preocupamos por usted. No se imagina cuánto nos preocupamos. No nos aparte. Acepte que necesita ayuda y denos las gracias.

—¿Las gracias? Ahora mismo eso es lo último que quiero daros.

—El señor McEntrie fingirá que no ha hecho nada. No le va a pedir…

—No lo entiendes, ¿verdad, Cecilia? No eres capaz de ver lo imperdonable que es lo que has hecho y la delicada situación en la que me habéis colocado.

La doncella la miraba con expresión confusa.

—Habéis violado mi confianza, habéis hablado de cosas muy personales, que solo me incumben a mí, con un extraño. Habéis maquinado a mis espaldas y actuado sin mi consentimiento. Y lo peor es me habéis puesto en evidencia delante de todo Londres. No puedo dejarlo pasar sin más.

Había ido subiendo el tono según enumeraba los hechos y Cecilia la miraba asustada. Nunca la había visto así.

—Lo hicimos para ayudarla.

—No importa cuáles fueran vuestras intenciones, ya no confío en vosotras. En ninguna de las dos. Me habéis empujado a los pies de los caballos.

—No volveré a hacerlo —sollozó asustada—. Por favor, señorita Lavinia, no me eche.

—Debes irte, Cecilia. Cuanto antes.

—¡No! —exclamó la joven y enseguida se tapó la boca.

—Puedes pasar aquí la noche, pero mañana te irás en cuanto desayunes.

—No puede quedarse sola —sollozó con más ahínco.

—Eso ya no es asunto tuyo —dijo caminando hacia la puerta.

—Señorita…

—Hoy no subas a mi cuarto, me las arreglaré sin ti. Te dejaré una carta de recomendación en la entrada, junto a la de la señora Dunlop. Aunque te digo lo que le he dicho a ella, te irá mejor si no dices que has trabajado para mí.

Salió del salón con paso rápido huyendo de los sollozos de la muchacha. En mitad de la escalera se llevó la mano a la mejilla y comprobó que la tenía mojada. Respiró hondo y ya no se detuvo hasta llegar a su cuarto. Cerró la puerta y se apoyó en ella tratando de

recuperar la calma, pero las lágrimas caían ya a borbotones sin que pudiera pararlas. Se sentía traicionada, ridícula y, sobre todo, terrible e insoportablemente sola. Se cubrió la cara con las manos y la cara de Legge se materializó ante ella con aquella inexpresividad que lo caracterizaba. Si algo no podía olvidar del juicio, dejando a un lado la causa, era la inexpresividad del abogado que defendió a su padre. En ningún momento vio en él una expresión de horror, de compasión, de incredulidad. Nada.

Trató de imaginar qué pudo decirle ese metomentodo para convencerlo de que la dejara en paz y al instante lo imaginó levantándolo del suelo como si fuese un tronco y lanzándolo por la ventana de su despacho. Se cubrió la cara con las manos y se sorprendió riendo a carcajadas. Una risa histérica propia de una loca. ¿Estaba loca? Fue hasta el espejo y se miró. Tenía la cara desencajada y una expresión desquiciada. Cecilia y la señora Dunlop encontrarían otro trabajo enseguida, pero ella no conseguiría a nadie a quien le importase tanto como a esas descaradas y atrevidas insolentes. Suspiró y se limpió las lágrimas con resignación. Se acercó a la ventana y miró el cielo, oscuro y lúgubre como su ánimo. Ojalá no lo hubiesen hecho. Ojalá él se hubiese negado. ¿Por qué la gente buena tenía que cometer tantos errores? Los malos siempre aciertan, disparan sus flechas con maestría y dan de lleno en el objetivo sin sentir el menor resquemor. En cambio los buenos… Ellos siempre se arriesgan, se ponen en mitad de la calzada tratando de detener al caballo que se acerca desbocado. Como si levantar los brazos fuese suficiente.

Aquello iba a tener serias consecuencias para ella, lo intuía y no podía hacer nada más que levantar los brazos.

—No te vayas de noche, muchacha. —La señora Dunlop la miraba desolada—. Quizá cambie de opinión.

—No lo va a hacer porque tiene razón, ¿lo sabe, verdad? Hemos

traicionado su confianza y si ese hombre habla de esto… —Negó con la cabeza—. No sé cómo no me di cuenta. ¡Señora Dunlop, le van a quitar el orfanato por nuestra culpa!

La cocinera bajó los brazos y se mordió el labio mortificada.

—¿Adónde irás?

—A casa de los Burford, no se preocupe, me quedaré allí hasta que encuentre otro trabajo. ¿Y usted?

—Con mi hermana. —Sorbió por la nariz y se sacó un pañuelo del bolsillo.

—Pero, si no la soporta.

La cocinera se encogió de hombros.

—Solo hasta que encuentre otra casa. ¡Ay, qué disgusto más grande, Cecilia!

Las dos mujeres se abrazaron un momento, necesitaban algo de calor humano. Cuando se separaron, la cocinera la miró con preocupación.

—¿Por qué no esperas a mañana?

—No pegaré ojo en toda la noche. Y no soportaría oírla llorar. Me voy, señora Dunlop. Envíeme la dirección de su nueva casa en cuanto la tenga.

La mujer la acompañó a la puerta limpiándose las lágrimas.

—Ten cuidado.

Capítulo 18

Cuando llegó a Pall Mall respiró aliviada. Las lámparas de gas proyectaban una luz amarillenta y vacilante sobre la amplia calle. La bruma del río Támesis se había asentado en el aire, creando un velo de misterio que resonaba con los susurros lejanos de los carruajes y los pasos apresurados de algunos transeúntes. Observó las imponentes fachadas de los edificios que albergaban los clubes más prestigiosos de la ciudad y se preguntó si Brodie estaría en alguno de ellos, ajeno a la catástrofe que había provocado sin querer.

—Eh, bonita, ¿adónde vas tan sola a estas horas? —gruñó un borracho con voz pastosa, acercándose a ella tambaleante.

El corazón de Cecilia se aceleró al igual que sus pasos, pero el hombre no se rindió y le bloqueó el camino.

—Déjeme pasar, por favor —pidió ella con voz firme, aunque el miedo se reflejaba en sus ojos.

El borracho soltó una risa áspera y se acercó un poco más.

—¿Eres de esas? Vamos, no seas mala conmigo, tengo dinero, mira… —rebuscó en sus bolsillos y sacó unas monedas—. ¿Será suficiente?

Un hombre alto y con el pelo negro como el ala de un cuervo lo agarró del brazo y lo apartó de ella con firmeza.

—Siga su camino, caballero —dijo con voz profunda.

Cecilia temblaba como una hoja y no podía moverse del miedo que tenía. El borracho se marchó sin protestar consciente de que estaba en inferioridad de condiciones y que el intruso le sacaba una cabeza.

—¿Está bien, señorita?

Cecilia vio entonces que sus ojos eran tan claros que contrastaban con la oscuridad de su pelo. Y su piel era tan pálida que se adivinaban las venitas bajo las ojeras. Al mirarlo tuvo una extraña sensación, era

como si lo conociera, aunque sabía a ciencia cierta que no lo había visto nunca.

—Muuu… chas gracias —titubeó nerviosa.

El desconocido sonrió afable.

—¿Puedo hacer algo más por usted? Mi cochero puede llevarla a donde quiera. —Señaló una lujosa berlina que esperaba en la calzada —. Yo me quedaré aquí, por supuesto.

—No, gracias, estoy muy cerca de mi destino. —Miró nerviosa hacia el borracho que no se había alejado mucho.

—Si quiere, puedo caminar con usted, a cierta distancia. Me aseguraré de que no vuelva a acercarse.

Cecilia se mordió el labio insegura. Parecía un caballero y estaban en mitad de una concurrida calle…

—Voy a casa de los Burford, ¿los conoce?

El joven asintió sin cambiar de expresión. Su seriedad no se alteraba a pesar de que sus palabras fuesen amables y su tono suave.

—Estamos muy cerca.

—Me llamo Ce…

—Prefiero no saber nada de usted —la cortó—. Disculpe mi vehemencia, pero esta noche me había propuesto no ser yo mismo y si usted se presenta me veré obligado a hacerlo yo también.

Cecilia lo miró entre sorprendida y confusa.

—Supongo que piensa que soy un bicho raro.

—En absoluto.

Las comisuras de sus labios subieron imperceptiblemente.

—¿Le gustaría hacer un experimento con un completo desconocido, señorita?

—¿Qué clase de experimento?

—Imaginemos que nos conocemos de otra vida. Es lo que he pensado cuando la he visto.

Cecilia lo miró sorprendida. Si le decía que ella había sentido lo mismo pensaría que mentía.

—¿Quiere jugar, señorita?

—Aún no tengo claro en qué consiste su juego.

—En no ser uno mismo. Imaginemos que somos… otras personas. ¿Quién querría ser si pudiera elegir?

Trató de pensar algo, pero tenía la mente en blanco.

—¿Le gusta más la luna o las estrellas? —preguntó él—. Yo creo que usted es más de estrellas. La luna sería demasiado aburrida, ¿me equivoco?

Cecilia sonrió entornando los ojos haciendo que su expresión pareciese la de una niña.

—También me gusta la luna. Me he imaginado muchas veces sentada allí arriba mirándolos a todos.

—No nos vería, somos demasiado insignificantes.

—Yo, desde luego.

—Nada de información, recuerde.

La doncella se tapó boca riendo.

—Perdón.

—¿Entonces acepta jugar conmigo? Ya sé que suena un poco tonto, pero recuerde que no somos nosotros esta noche.

—Sí.

Él le hizo un gesto e iniciaron el paseo.

—¿Me permite elegir un nombre para usted?

Ella asintió sin poder dejar de sonreír.

—La llamaré Pearl, creo que ese nombre le va perfecto —sonrió —. ¿Le gusta?

Cecilia sonrió ampliamente.

—Me gusta mucho.

—Ahora le toca a usted, ¿qué nombre elige?

—George.

—¡Vaya! Nombre de rey.

La doncella bajó la mirada con timidez.

—Bien, seré George entonces —dijo y sus ojos brillaron al reflejar

la tenue luz de las farolas—. Y dígame, Pearl, si pudiera vivir en cualquier época, ¿cuál elegiría?

Ella lo miró pensativa

—Una en la que las cosas fueran más simples. Ahora me resultan demasiado complicadas.

—Interesante observación —respondió él—. Aunque, a veces, lo simple puede ser más engañoso. ¿Qué haría si descubriera que lo simple es, en realidad, un enrevesado laberinto?

—Supongo que intentaría encontrar la salida disfrutando del camino.

—¿Y no es eso lo que hacemos a diario, en realidad?

—Es posible —musitó pensativa.

—Ahora le toca a usted hacerme una pregunta. ¿Qué le gustaría saber de un completo desconocido?

Cecilia pensó por un momento, empezaba a disfrutar del juego y su relajado semblante era prueba de ello.

—¿Qué es lo más extraño que ha visto en Londres?

Él sonrió con picardía.

—Deje que piense… Una vez, vi a un hombre en Covent Garden que aseguraba poder hablar con los espíritus a través de una caja de espejos. ¿Le parece lo bastante extraño?

Cecilia lo miró con una chispa curiosa en los ojos.

—¿Y lo hizo?

—Depende de a quién le pregunte. Para algunos, habló con sus ancestros. Para otros, sólo contó historias encantadoras.

—¿Y usted qué opina?

—Mmm… —Arrugó los labios con expresión reflexiva—. Yo me imaginé que recordaba.

—¿Recordaba?

—Vidas pasadas. ¿No ha sentido alguna vez la sensación de que ya ha estado aquí antes? No me refiero a aquí aquí, ya me entiende.

—Sé a lo que se refiere.

—A mí me ha pasado hace un momento —dijo enigmático y la doncella inclinó la cabeza para mirarlo con atención.

El desconocido se subió el cuello de la chaqueta y a Cecilia le pareció un gesto aprendido por haberlo repetido muchas veces.

—Nos hemos desviado un poco del experimento —dijo George, el desconocido—. Imagine que se acaba su vida y le dan la oportunidad de seguir en el mundo, sin su cuerpo obviamente, pero existiendo de algún modo, ¿qué elegiría ser?

—¿Objeto o animal?

—Objeto.

Cecilia se llevó un dedo a los labios mientras su mente elucubraba.

—Un reloj de bolsillo.

La miró sorprendido y su sonrisa se amplió.

—¿No va a explicarme por qué?

—Mmmm. Ha dicho que tenía que ser algo que me permitiese ver lo que pasa. Un reloj me parece lo más adecuado. Los caballeros lo sacan a menudo de su bolsillo para mirarlo. Y dentro del bolsillo podré escuchar toda clase de conversaciones, lo que me permitirá descubrir muchos secretos.

—Ya veo que su curiosidad es inagotable.

—Es uno de mis defectos, sí. Ese y hacer las cosas sin pensar. —Su rostro mostró la preocupación que casi había olvidado durante un momento.

—Recuerde que ahora es Pearl —dijo él con calidez.

Cecilia sintió entonces una extraña mezcla de seguridad y calma que alivió su espíritu.

—Usted no me ha dicho qué época elegiría para vivir.

—Una muy lejana y hacia el futuro. Me gustaría ver lo que somos capaces de hacer.

Llegaron a la esquina donde se alzaba la casa de los Burford. Cecilia miró la imponente fachada con una mezcla de alivio y

decepción.

—Muchas gracias por acompañarme —dijo sincera.

—Ha sido un inesperado placer, señorita Pearl. —El joven hizo una ligera reverencia—. Recordaré este encuentro como un regalo del destino y espero que nuestras vidas se crucen de nuevo.

—Un momento —lo detuvo antes de que se despidiera—. No me ha dicho qué objeto sería usted.

—El sol. —No tuvo ni que pensarlo.

—El sol no es un objeto.

—Un objeto astronómico, sí. No hemos especificado la naturaleza del mismo.

—Está bien, aunque no sé si me está haciendo trampas. ¿Por qué el sol? Yo le he explicado mis motivos. Quiero escuchar los suyos.

La mirada de él la traspasó como una ráfaga de viento cortante y frío.

—Me gusta cuando el sol se cuela entre las hojas de los árboles. Cuando se refleja en el agua. Cuando asoma entre las nubes…

—Entonces lo que quiere es ser su luz, no el sol. El sol no vería ni escucharía nada de lo que aquí sucediera, pero la luz está en todas partes, se cuela por debajo de las puertas y por las rendijas de las cortinas cerradas.

La miró de un modo que hizo que se le calentaran los huesos. Como si desprendiera un calor insoportable.

—Buenas noches, Pearl —susurró.

—Buenas noches, George —dijo ella.

Lo vio desvanecerse entre la niebla y sintió una punzada de ansiedad. ¿Por qué no le había dicho su nombre? Jamás volvería a verlo si no sabía ni quién era.

—¡Espere! —Corrió hacia él en un impulso irrefrenable.

Él se detuvo, girándose despacio.

—Me llamo Cecilia y he sido la doncella de la señorita Wainwright hasta esta noche, que me ha despedido.

Él no movió un músculo y siguió mirándola con la misma intensidad.

—¿No va a decirme su nombre?

El hombre negó con la cabeza.

—Entiendo —dijo ella decepcionada—. Discúlpeme por haberlo abordado de este modo.

—¿Qué entiende? —preguntó él cuando ella le dio la espalda.

Cecilia lo pensó un momento antes de encararlo de nuevo.

—Solo soy una doncella y usted… —Lo señaló de arriba abajo—. Está claro que es un caballero. Su ropa y su manera de comportarse…

Una chispa de ironía brilló en sus claros ojos.

—Sepa que me cambiaría por el hombre más humilde de la tierra sin dudarlo —dijo con voz ronca—. Mi posición me pesa de un modo insoportable, señorita Pearl.

Ella no dijo nada y se dispuso a marcharse.

—Ruegue al destino para que no nos encontremos de nuevo —dijo enigmático y se alejó con paso firme y decidido.

Cecilia no pudo moverse. Aquellas palabras le habían sonado como una amenaza.

Capítulo 19

Harriet miraba a Cecilia sin expresión mientras Brodie esperaba su respuesta con aparente indiferencia.

—No creo que sea buena idea que yo hable con ella —dijo Harriet al fin—. Es mayor que yo y no puedo asegurar que no acabaré faltándole al respeto.

Cecilia bajó la mirada decepcionada.

—Lleva varios días sola —musitó retorciendo sus manos—. He hablado con la señorita Perkins, se pasa el día en el orfanato y estoy segura de que cuando llega a casa por la noche se sienta en su butaca mirando al vacío y sin hacer nada. Acabará enferma, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿Y si le pides que te readmita? —preguntó Harriet.

—Si la convenzo de que me acepte de nuevo minaré su autoridad y no puedo quitarle también eso. Estoy muy arrepentida, ahora sé que lo que hice no estuvo bien, no debí actuar a sus espaldas.

—¿Y esto no es lo mismo?

—No, porque ahora quiero que sea ella la que decida, pero sabiendo que nunca volveré a traicionar su confianza.

—Iré yo —dijo Brodie.

—¿Tú? —Harriet negaba con la cabeza—. No es buena idea. Elinor visita el orfanato a menudo, ella…

—No —la interrumpió el escocés—. Todo esto ha sido por mi causa, yo lo arreglaré.

—Está sola, no puedes ir a visitarla a su casa.

—Iré al orfanato —dijo caminando hacia la puerta.

—Sea amable, por favor —pidió la doncella corriendo tras él.

Brodie sonrió irónico.

—Si es lista ya se habrá dado cuenta de que ella te necesita a ti mucho más que tú a ella.

Sin más salió de allí. Cecilia miró a Harriet que se encogió de hombros.

—Demasiadas complicaciones.

—¿Qué quiere?

—Ya se lo he dicho, ver a la señorita Wainwright.

—¿Para qué?

—Para hablar con ella.

—¿Y qué quiere hablar con ella?

Brodie entornó los ojos mirando a la arisca mujer con atención.

—Es usted la señora Perkins, ¿verdad?

—Orla Perkins, gobernanta de este orfanato.

—Encantado, señora Perkins.

—Señorita —puntualizó—. Y sepa que aquí soy la máxima autoridad.

Brodie contuvo una sonrisa, pero antes de que pudiera responder Lavinia apareció en el vestíbulo y lo miró con cara de susto.

—Señor McEntrie…

—Señorita Wainwright.

—¿Cecilia está bien? —preguntó asustada.

—Está perfectamente —respondió el escocés frunciendo el ceño —. Le manda saludos.

Lavinia dejó escapar el aire en un suspiro y tardó unos segundos en recomponerse. Aquella no era una calle muy concurrida, pero aun así pasaba gente.

—Cierre la puerta, señorita Perkins —pidió—. Adelante, señor McEntrie, acompáñeme.

Brodie tuvo que sortear a la gobernanta que lo miraba con una expresión de lo menos amigable. La mujer los siguió hasta el saloncito al que lo llevó la otra vez.

—Señorita Perkins, traiga café y…

—¿Café a estas horas? —Lo miró a él con expresión agria—.

¿Quiere café?

Brodie a punto estuvo de soltar una carcajada.

—No, gracias.

—Mejor, la señora Crone tiene cosas mejores que hacer.

—¡Señorita Perkins! —Lavinia la miraba horrorizada. Estaba claro que su ascendente sobre el servicio había pasado a mejor vida.

La mujer salió del salón sin decir nada más.

—Discúlpela, señor McEntrie. Hablaré con ella —dijo retorciéndose las manos—. ¿Podría esperar unos minutos? Me disponía a atender una cuestión. Supongo que lo que quiere hablar conmigo le llevará un rato y la señorita Duffield me espera para contarme algo de… —suspiró sin poder contenerse—, los niños.

—Puedo esperar —respondió él depositando su sombrero sobre la mesita de la otra vez.

—Intentaré volver lo más rápido posible. —Salió del salón y cerró la puerta tras ella.

Brodie deambulaba por la estancia con tranquilidad cuando, de repente, se topó con unos grandes ojos azules que lo observaban desde el borde del respaldo de una de las butacas colocadas frente a la chimenea apagada.

—No le cae bien —dijo Heather con el ceño fruncido—. A la señorita Perkins.

—Eso parece.

—No se preocupe, no le cae bien nadie. —La niña lo siguió con la mirada mientras él se sentaba en la otra butaca—. Aunque conmigo también es así y yo le caigo bien, pero es que yo le caigo bien a todo el mundo. Excepto a la señorita Duffield, claro.

—¿La maestra?

—¿La conoce? Espero que no sea su prometido. Siempre está hablando de su prometido, aunque nadie lo haya visto nunca. ¿Es usted su prometido?

—No, que yo sepa.

—Con lo gruñona que es, mejor para usted. La señorita Perkins tampoco se ha casado nunca y la señora Crone dice que por eso es tan arisca. ¿Conoce a la señora Crone? —Esperó a que Brodie negase de nuevo con la cabeza—. Es la cocinera, hace unas gachas con miel deliciosas. ¿Le gustan las gachas? Yo prefiero las galletas de jengibre, son mis favoritas. La señora Crone siempre dice que casarte te calma el carácter porque aguantar las tonterías de un marido la curte a una. Y que por eso la señorita Perkins es tan antipática, porque nunca se ha casado. ¿Usted está casado?

Brodie negó con la cabeza.

—Mejor, así no hace falta que haga tonterías. La señorita Duffield es peor que la señorita Perkins, ella es la que me ha mandado aquí, a hablar con la señorita. Me ha castigado y quiere que ella lo sepa. Siempre quiere que lo sepa, qué mujer tan pesada.

—Bonito castigo —dijo divertido—. ¿Por qué te ha castigado, si puede saberse?

—Porque hablo mucho.

—¡No! ¿En serio? —A punto estuvo de soltar una carcajada—. ¿Y en qué consiste el castigo exactamente?

—Aun no lo ha decidido, por eso quiere hablar con la señorita. Supongo que quiere su permiso para usar la vara.

—¿La señorita Duffield os pega?

—Aún no, pero lo hará si la señorita la deja. Espero que no la regañe también.

—¿La señorita Wainwright a la señorita Duffield?

—¡No! ¡Al revés! La señorita Lavinia no sabe regañar. Da mucha risa cuando lo hace, yo tengo que apretar los dientes para que no se me note. Cuando ella era nuestra maestra era mucho más divertido. El único que me molestaba era Walter, pero lo prefiero a la señorita Duffield. ¿Por qué tenía que contratar a una maestra? ¿Para que necesitamos saber esas cosas que ella no sabe?

Brodie la miraba confuso, le resultaba un poco difícil seguir su

ritmo. La puerta del saloncito se abrió y entró una joven con una bandeja. El escocés disimuló cuando vio que la niña se encogía en la butaca para que no la viese.

—La señorita Perkins me ha dicho que le traiga café.

—Déjelo ahí mismo, gracias —dijo señalando una mesilla lo bastante alejada.

—También ha dicho que no le gustan los dulces, pero la señora Crone se ha empeñado en poner unas galletas de jengibre.

Heather se tapó la boca para ahogar una exclamación de alegría y Brodie no pudo contener su sonrisa.

—Dele las gracias a la señora Crone. Y a la señorita Perkins.

Brodie se levantó cuando la joven salió de la estancia y la niña asomó de nuevo la cabeza por el lateral de la butaca clavando sus ojos en el platito de galletas que sostenía el escocés.

—¿Te apetece una galleta? Me han dicho que la señora Crone las hace deliciosas.

La niña había comenzado a salivar devorándolas con sus enormes ojos. Él le acercó el platito y la niña lo cogió como si se tratase de un objeto sagrado.

—¿De verdad puedo comérmelas? Podemos compartirlas.

—Todas para ti.

—Pruebe una —insistió ofreciéndosela.

Brodie sospechaba que la niña no desistiría hasta agotarlo, así que optó por rendirse sin luchar. Sus ojos se abrieron con sorpresa al percibir el dulce y suave sabor en la lengua. El toque picante del jengibre se mezclaba con otro sabor que no lograba identificar.

—No se moleste, nadie sabe lo que es —dijo la pequeña y se metió el resto de galleta en la boca dando saltitos en el asiento de la butaca con ojos de felicidad.

Brodie cogió su taza de café y volvió a sentarse. Esperar a Lavinia estaba resultando mucho menos aburrido de lo que imaginaba.

—Así que la señorita Wainwright era mejor maestra que la

señorita Duffield.

—¡Oh, sí! Perdón —dijo la niña con la boca llena de galleta, tapándose con una mano mientras la otra mostraba su palma para pedirle que esperase—. Una señorita no debe hablar con la boca llena.

Brodie sonrió al ver su mirada impaciente. ¿Temía que se marchara mientras masticaba? ¿O que se le ocurriese hablar aprovechando la coyuntura? Tomó otro sorbo de café para que no tuviese que preocuparse y la niña terminó de masticar más tranquila.

—Yo siempre repartía los pizarrines, pero la señorita Duffield se empeña en que lo hagamos de forma rota… rota…

—Rotativa —la ayudó.

—¡Eso! Rotativa. Y no le importa que nadie más quiera hacerlo.

—¿Estás segura?

—¿De qué?

—De que nadie más quiere hacerlo.

—Muy segura —afirmó rotunda—. Segura del todo.

—Quizá la señorita Duffield considera que los demás deben aprender que a veces tenemos que hacer cosas que no nos apetecen, y que no está bien dejar que todo el peso recaiga sobre alguien, con la excusa de que disfruta haciéndolo.

—¿Qué importa eso si a mí me gusta?

—En este caso no importa, es cierto, pero podría importar. En el futuro podría ser algo que pusiera en riesgo tu vida o la de otros. O podría ser algo que acabase por ponerte enferma…

La niña se mordió el labio cada vez más confusa.

—Además, la señorita Duffield no solo te está educando a ti, también a los demás niños. No es bueno que piensen que pueden delegar en otros lo que es obligación suya, simplemente porque no les guste hacerlo. Aprovecharse de la buena fe de los demás no es una buena enseñanza.

La niña tenía los ojos y la boca abiertos.

—¡Qué bien habla! —dijo admirada—. No había pensado todo

eso.

Brodie sonrió consciente de que no había entendido ni la mitad.

—La misión de una maestra no es solo enseñar a sumar, debe «educar» y te aseguro que eso es mucho más difícil.

—¿Y qué opina usted de ayudar a los demás?

—Es una pregunta muy ambigua.

—Por ejemplo, cuando Ruby tartamudea… —Lo miró inclinando la cabeza—. No tartamudea siempre, solo cuando se pone nerviosa. Ruby es muy guapa, no pasa nada que se le trabe la lengua un poquito. Pero le pasa. —Se encogió de hombros—. A veces. Y entonces se pone muy nerviosa, muy nerviosa y la señorita Duffield la regaña. Y entonces se pone más nerviosa aún y tartamudea más. Y al final llora.

—Vaya, pobre Ruby.

—Yo no puedo verla llorar, de verdad que me esfuerzo en quedarme quieta en mi sitio, pero es que no puedo. Y la señorita Duffield me dice que me siente y yo quiero sentarme, se lo digo de corazón, quiero, pero es que no puedo —repitió.

—Ya veo.

—Me odia —sentenció encogiéndose de hombros—. No me soporta ni un poquito. Es que me ve aparecer y se le cambia la cara. De verdad, así —empezó a hacer muecas poniendo en riesgo la seriedad de su interlocutor.

—La entiendo —confesó manteniendo el tipo—. A tu maestra.

—¿La entiende?

—Tiene que demostrar autoridad en el aula y, si la desobedeces, no puede.

—Eso dice la señorita Lavinia —dijo la niña pensativa.

—Es difícil ser adulto, te lo aseguro. Esa señorita tiene una misión muy difícil: hacer de todos vosotros hombres y mujeres de provecho.

—Yo quiero ser deshollinadora, ¿eso es ser una mujer de provecho?

Ya no pudo contenerse y soltó una involuntaria carcajada.

Heather parpadeó confusa.

—¿De qué se ríe?

—No es una profesión muy común para una señorita.

—Lo sé, el señor Hastings no tiene a ninguna niña deshollinadora. Creo que voy a ser la primera.

—Sin duda.

—La vida es muy complicada —dijo la pequeña moviendo la cabeza con pesar—. Pensaba que cuando creciera sería más sencillo, los mayores mandan mucho y eso es que saben lo que hay que hacer. Pero según va pasando el tiempo me doy cuenta de que cada vez hay más cosas que tengo que aprender y es agotador.

—Desde luego —afirmó manteniendo a las comisuras de sus labios en una línea recta perfecta.

—¿Cómo hago para saber lo que tengo que hacer en cada momento? —preguntó curiosa—. Es difícil portarse bien cuando no sabes que te estás portando mal. Yo creía que preocuparse por los demás era bueno, pero veo que estaba equivocada.

—Preocuparse por los demás es bueno, en principio. Para saber cuándo no lo es, tienes una maestra que ha de explicártelo.

—Pues hasta ahora no lo está haciendo muy bien o yo soy más tonta que las piedras.

Brodie sonrió.

—No me pareces tonta en absoluto. De todos modos, convendrás conmigo en que hay castigos mucho peores que estar en un salón tan cómodo y agradable como este. No pareces sufrir mucho comiéndote esa galletas.

—Este no es mi castigo, hombre —se rio la niña—. Ya le he dicho que tengo que esperar a que la señorita hable con ella. ¿O no se lo he dicho?

—Sí. Crees que están hablando de usar la vara.

Heather asintió.

—¿A usted le han pegado con una vara alguna vez?

—Dougal prefiere los puños.

—¿Quién es Dougal?

—Mi hermano mayor.

—¡Ah! ¿Y le pegaba?

—Cuando me lo merecía sí.

—¿Y por qué se lo merecía?

Brodie hizo una mueca mientras reflexionaba.

—Supongo que uno busca su límite.

—Ah. —La niña se quedó pensativa.

—¿A ti te han pegado alguna vez?

—Mi madre me daba algún cachete que otro, pero casi ni lo notaba. La señorita Duffield parece fuerte.

—No creo que la señorita Wainwright le dé permiso para usar la vara. Como mucho, la usará ella.

—¿La señorita Lavinia? —Se rio de nuevo a carcajadas—. Imposible.

Un momento de silencio para engullir otra galleta.

—Por cierto, ¿quién es usted? —preguntó cuando hubo terminado de masticar.

—Discúlpeme, señorita. Soy Brodie McEntrie.

—Heather Bell, para servirle —respondió ella poniéndose de pie en la butaca para hacer una peligrosa reverencia.

—Encantado, señorita Bell, pero siéntese, por favor.

—Habla usted raro.

—Es que soy escocés. —Respiró al verla segura.

—¡Ah! ¿Y qué hace aquí?

—He venido a tratar un asunto con la señorita Wainwright.

—¿Qué asunto? —preguntó interesada cogiendo otra galleta—. No traerá una carta. Se pone muy triste con las cartas.

Brodie tuvo que aceptar que no estaba a su altura.

—Nada de cartas, entonces. Soy amigo de Cecilia y…

—Cecilia la ha abandonado —lo cortó impaciente—. No pienso

hablar con ella hasta que vuelva, ya se lo dije el otro día.

—Entonces tuviste que hablarle.

—¿Qué? Ah, sí, pero solo para decirle eso. Y a la señora Dunlop igual, aunque a ella no la he visto. La señorita Perkins la regañó mucho. A Cecilia, a la señora Dunlop no porque está en casa de su hermana. Yo le he dicho a la señorita Lavinia que me lleve con ella a su casa, pero dice que entonces tendría que ocuparse también de mí y que bastante trabajo tiene con ocuparse de sí misma. Yo podría ayudarla, sé hacer gachas. No están tan buenas como las de la señora Crone, pero se pueden comer si se tiene mucha hambre. Y también podría ayudarla a limpiar el polvo, aunque me pase todo el rato estornudando. Preferiría ser deshollinadora; es un trabajo mucho más divertido que ser doncella porque los muchachos que lo hacen cantan todo el rato, pero por ella estoy dispuesta a renunciar a mi sueño. ¿A usted le gusta cantar?

—No mucho —dijo agotado.

—La señorita canta muy bien, tiene una voz dulce y suave como el terciopelo. Sabe canciones muy divertidas de cuando iba a fiestas. Me gustaría que se quedara aquí, pero en esta casa no puede dormir.

—Cecilia está bien —dijo lo único que se le ocurrió.

—Me alegro, pero está muy mal —dijo sintiéndose desencantada y satisfecha al mismo tiempo.

—Tampoco está bien bien del todo. —Brodie sonrió ligeramente —. Se preocupa por la señorita Wainwright. Por eso estoy aquí.

—¿Va a ordenarle que la deje volver?

El escocés asintió completamente vencido por aquel torbellino con rizos.

—Voy a pedírselo.

—¿Me lo promete? Prométamelo y seré su amiga para siempre.

—Qué gran honor.

—Una promesa es algo muy serio —dijo la niña con una expresión acorde a la importancia de su explicación—. Vas al infierno

si la incumples. ¿Usted quiere ir al infierno?

—No me hace especial ilusión, no.

—Pues entonces tiene que cumplir su promesa.

—No recuerdo haberla hecho.

—¿No quiere que sea su amiga? —La niña arrugó los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te lo prometo —dijo él cerrando las compuertas.

La niña sonrió satisfecha y se limpió los ojos.

—Pues, como somos amigos, le voy a contar un secreto. A la señorita y a mí no nos gusta que nadie nos toque. No intente besarle la mano ni nada de esas cosas; se pondrá enferma si lo hace.

—¡Heather! —Lavinia entró en la sala y la miró con severidad.

—Solo me he comido una galleta —dijo la niña bajando rápidamente de la butaca.

Lavinia miró el plato vacío y entornó los ojos escudriñándola.

—¿Cuántas han traído?

—Dos o tres —respondió rodeándose con sus propios brazos—. Pero él también ha comido.

—Te quedas sin merienda.

—¡No! —exclamó la niña apesadumbrada.

—¿Quieres tener lombrices?

—¡Qué asco! No diga esas cosas delante de… —Hizo un gesto con la cabeza para señalarlo sin disimulo y añadió juntando los dientes—: No estamos solas.

—Discúlpeme, señor McEntrie.

—No se preocupe.

—En cuanto a lo sucedido con la señorita Duffield…

—No lo dije.

—¿Qué no dijiste?

—Nada.

—Heather.

—Que es una bruja —musitó— . ¿A qué no me ha oído? Ella

tampoco pudo escucharme, lo dije bajito, bajito. Alguien tuvo que decírselo.

Lavinia abrió los ojos como platos.

—Ahora tengo que creerla cuando asegura que has aleccionado a todos contra ella.

—¡Yo no he hecho eso! —Inclinó la cabeza con expresión confusa —. ¿Qué es aleccionar?

Brodie se había levantado de la butaca y permanecía en un discreto segundo plano a la espera de que acabase la función, pero si seguían así acabaría por interrumpirlas con sus carcajadas.

—Los has puesto en su contra y ahora no solo tú cuestionas sus órdenes, también los demás.

—Yo no los he puesto en contra. ¿Cómo se hace eso?

—¿Has hablado mal de la señorita Duffield?

La niña asintió.

—¿Me va a prohibir hablar mal de ella? —preguntó ceñuda—. Pues qué rollo.

—Heather… —Lavinia suavizó el tono mirándola con fijeza—. ¿No puedes hacer un esfuerzo? Si sigues molestándola acabará por marcharse y sabes que la necesito.

—Pero yo no pretendo molestarla, lo hago sin querer.

—Intenta estarte callada y no quejarte por todo lo que hace. ¿Podrías hacer eso por mí?

La niña asintió mordiéndose el labio.

—¿Y no te levantarás de tu sitio cada vez que creas que a alguien le pasa algo?

La niña volvió a asentir menos convencida.

—¿Y no insultarás ni dirás cosas desagradables de ella, ni siquiera muy bajito?

Este asentimiento ya fue casi imperceptible.

—Con eso me basta por ahora. —Lavinia sonrió satisfecha.

—¿La va a dejar usar la vara?

Lavinia negó con la cabeza.

—Me alegro. Ruby es una debilucha y seguro que se pasa todo el día llorando si le pega. A mí no me importa, soy fuerte y no me asusta, pero Ruby…

—Deja de preocuparte por Ruby, es dos años mayor que tú.

—¿Está segura, señorita? Yo creo que se equivoca.

Lavinia movió la cabeza preguntándose de dónde sacaba esa criatura tanta seguridad en sí misma.

—Vamos, ve a clase y pórtate bien. Demuéstrale a la maestra que puedes hacerlo.

La niña sonrió para complacerla y corrió hacia la puerta.

—Nada de correr, Heather.

—Uy, perdón. Adiós, señor McEntrie —dijo antes de salir.

—Adiós, señorita Bell, que tenga un buen día.

Capítulo 20

—Disculpe la espera —dijo con timidez—, y la compañía. Debe estar agotado de escucharla.

—Un poco. Pero también ha sido divertido. Compadezco a la señorita Duffield.

—Veo que le han traído café. ¿Quiere algo más? Aquí no tengo licor, pero puedo pedir que… —Se detuvo al ver la expresión de su rostro—. Supongo que ya ha perdido suficiente tiempo y tiene prisa por marcharse. Diga lo que ha venido a decir, le escucho.

—Cecilia está preocupada por usted. ¿Cómo se las ha arreglado todos estos días sin doncella ni cocinera?

—Mejor de lo que cabía esperar —mintió—. Aún no he quemado la casa.

Brodie torció el gesto, Cecilia le había contado el incidente con la lámpara.

—Señorita Wainwright, ¿no tiene ya bastantes enemigos?

—¿Por qué? ¿Quiere que lo añada a mi lista?

—Deje que vuelvan.

—Esto no es asunto suyo.

—Yo creo que sí. Entre las tres lo han convertido en asunto mío.

—No me incluya, por favor.

—Las ha despedido por mi culpa.

—No. Las despedí por faltarme al respeto. Por actuar a mis espaldas, por…

—… intentar ayudarla y preocuparse por usted.

—No recuerdo haberles pedido ayuda.

—No porque no la necesitara —dijo con dureza.

—¿Esta es la simpatía escocesa de la que todos hablan?

—Espere a verme enfadado.

Lavinia suspiró, dejando a un lado su disfraz de seguridad.

—No finja que no me entiende.

—¿Que yo la…? —Se echó a reír—. Le aseguro que estoy en las antípodas de entenderla.

—Hablaron con usted de algo sumamente personal que solo a mí me incumbe. Y lo obligaron a entrometerse, cosa que usted no quería hacer de ningún modo, y no se atreva a negarlo.

—No pienso negarlo, me molestó que me involucraran y, cuando me marché de su casa, no tenía la menor intención de intervenir en ese asunto. —Hizo una pausa para mirarla con fijeza—. Pero lo hice. Enfádese conmigo, si quiere, pero ellas las necesita. Hasta una niña se cree capacitada para cuidar de usted mejor que usted misma.

Lavinia sonrió sin humor.

—Está claro que todos tienen una elevada opinión de mí. Curiosamente, coincide con la mía.

—Cecilia está profundamente arrepentida de lo que hizo, es consciente del error que cometieron las dos y no volverá a hacer nada a sus espaldas, se lo aseguro.

—¿Por eso lo envía a usted?

—Ella no me envía, yo me he ofrecido a venir.

Lavinia lo miró sorprendida, pero enseguida recuperó el dominio de sus emociones.

—No puedo pasar por alto su falta de respeto y que traicionaran mi confianza. —Respiró hondo antes de continuar—. Aprecio sinceramente a la señora Dunlop y a Cecilia, y sé que hicieron lo que hicieron porque también me aprecian. Pero en la confianza hay una condición inexcusable, y es que no debe romperse por motivo alguno. No importa si es para proteger al otro o para salvarlo; si se rompe, no puede restituirse.

—Eso es una sandez. La confianza no es una carta blanca. Si alguien a quien apreciamos está en peligro y para salvarlo hay que sacrificar esa confianza, se trata de un mal menor.

—¿Eso quién lo decide?

—Lo decide quien está en situación de actuar. Es cierto, entiendo sus motivos y casi apruebo su reacción, pero una vez ejecutado el castigo, y viendo que la que más sufre es usted, no debería continuar con esto. No puede prescindir de ellas, y ellas quieren cuidar de usted. No sea niña y deje de torturarse inútilmente.

Lavinia sonreía, aunque sus ojos estaban fríos como un cielo de tormenta.

—¿He dicho algo incierto? —preguntó él animándola.

—Le resulto patética, ¿verdad? Las únicas personas a las que les importo cobran un sueldo que yo les pago.

—El afecto que le profesan es sincero y el suyo, por lo que he podido ver, también. No se complique tanto la vida, ya es lo bastante complicada sin su ayuda.

—Usted no quería ayudarme, lo hizo por Cecilia, así que es ella la que debería agradecérselo. Aunque ha perdido su trabajo por ello, así que no le ha salido muy bien la jugada. La próxima vez aconséjela mejor. Y ahora, si me disculpa, tengo numerosos asuntos que atender.

Brodie soltó una carcajada.

—Es usted imposible.

—Me alegra que le haga gracia. Yo no se la veo por ninguna parte.

—No tiene nada que temer —dijo paciente—. El señor Legge no le dirá a nadie que lo visité en su nombre. Ha pasado casi una semana, ¿ha tenido alguna noticia de él? ¿Alguien ha comentado algo del asunto? Ahí lo tiene, respire, mujer.

Ella lo miró sorprendida de que supiera lo que más la agobiaba.

—Sé que es por los niños —aclaró él—. Tiene miedo de que cualquier cosa que haga sirva para que le cierren el orfanato.

—No tengo el menor ascendente entre mis conciudadanos. Cualquiera de ellos podría iniciar una campaña en mi contra, a la que se unirían sin dudar mis enemigos. Estos niños no tienen adónde ir.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Porque pueden. Yo misma hice cosas horribles simplemente porque podía hacerlas. Me gané a pulso ser una persona odiada y ahora debo ir con mucho cuidado si no quiero que estos niños paguen por ello.

Brodie entornó los ojos mirándola con fijeza.

—Vuelvo a decirle que el señor Legge no dirá nada. Ha sido un desafortunado error por parte de esas dos mujeres, pero no tiene sentido alargar más esta situación. Por favor, señorita Wainwright, deje que vuelvan.

Tanto el tono como las palabras empleadas la dejaron sin habla.

—¿Podría contarme de qué hablaron?

—Fue una larga conversación y una parte de ella le causaría un gran sobresalto, así que es mejor que no responda a su pregunta

Lavinia lo miró sorprendida y enseguida una sombra cruzó frente a sus ojos oscureciéndolos.

—¿Le hizo usted… algo?

Brodie frunció el ceño y echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—¿Algo como qué?

—¿Lo golpeó?

—¿Por quién me toma?

—No sé qué pensar, señor McEntrie, es usted demasiado críptico en sus explicaciones. Y es escocés.

—¿Otra vez con eso? —Se rio él—. La invitaría a visitar Escocia, si no fuese porque sé que no aceptaría.

—No tengo tiempo para viajes y… —Se detuvo al ver su expresión—. Se burla de mí.

—Me lo pone muy fácil.

—Todo un caballero, no hay duda.

—Caballero escocés, ya lo sabe, tenemos fama de irónicos y deslenguados. Y de ir aporreando a la gente con cualquier excusa.

—Me dijo que era capaz de levantar un tronco.

—Y lanzarlo, no se olvide. De hecho, ahí radica la mayor

dificultad.

Lavinia no pudo contener su sonrisa.

—Mide seis pies y tres pulgadas, el señor Legge le llega por la cintura. —Abrió los ojos sorprendida—. Lo he dicho por decir, por supuesto usted no…

—Mido exactamente eso —la cortó divertido.

—¿Cómo lo sé?

—Yo se lo dije.

—No.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Un día. Una noche, en realidad.

Lavinia repasó todas sus conversaciones y no encontró ese dato en ninguno de sus recuerdos. Tenía una vaga sensación, pero…

—No le pegué —dijo al ver que seguía buscando respuestas—. Pero no volverá a molestarla, puede estar tranquila.

—Muchas… gracias.

—¿Me agradece que no le pegara, pero es incapaz de agradecer mi ayuda?

—Oh, yo… me refería a… todo. —Abrió los ojos asombrada—. ¿Otra vez se burla?

—Diría que lo siento, pero sería mentira. Es muy divertido meterse con usted. Se pone tan seria y circunspecta que no puedo resistirme.

—Debería asistir a la clase de la señorita Duffield para recibir un poco de educación, aunque no creo que esté a la altura de los mayores.

Él sonrió un poco más.

—Para que vea que he aprendido —siguió ella—. No solo voy a agradecerle todo lo que ha hecho por mí, además le pido disculpas por esas dos metomentodo que lo involucraron en este asunto.

Brodie sonrió ampliamente e inclinó la cabeza a modo de

aceptación.

—¿Eso es que ya pueden volver?

Lavinia asintió.

—Menos mal. No sabe lo que me jugaba en esto.

—¿Ha apostado con alguien?

—No exactamente. Pero Heather no sería mi amiga eterna si usted no hubiese cedido.

—¿Qué?

—Esa niña es muy peligrosa, señorita Wainwright. —Señaló hacia la puerta por la que se había marchado—. Tenga cuidado con ella, es capaz de conseguir cualquier cosa que se proponga.

—Quizá la señorita Duffield tenga razón y deba usar la vara con ella.

Él inclinó la cabeza burlón.

—Eso me gustaría verlo. Apuesto a que no es capaz ni de acercársela a medio metro.

—Habla demasiado. Y no asume que hay límites que debe respetar.

—Estoy de acuerdo.

—Es una desvergonzada.

—Sin duda.

—Y se comería su peso en galletas si la dejara.

—Eso no querría verlo.

Lavinia se movió impaciente y suspiró.

—Usted también piensa que Heather me manipula.

—No creo que sea esa su intención. Pero tiene un gran ascendente sobre usted, sí.

—¿Y eso es malo?

El escocés balanceó la cabeza.

—Puede serlo si uno no es consciente de ello. No sé cómo era la vida de esa niña antes, pero intuyo que no era tan importante para nadie como lo es para usted. Tengo cinco hermanos, ya lo sabe. Los

niños captan enseguida las «debilidades» de los adultos. Para ellos los adultos son «los que mandan» y su único modo de conseguir cierto «poder» es conociendo sus debilidades y utilizándolas en su propio beneficio. No lo hacen conscientemente, no es que lo planeen, simplemente es una cuestión de supervivencia.

—¿Qué me sugiere?

—Intente ver los hechos con una cierta distancia, no deje que sus sentimientos tomen el control de la situación. Eso hará que no busque atenuantes de manera instintiva. Eso es lo que hace, ¿verdad? Cuando alguien le dice algo de Heather inmediatamente busca los motivos que la «han obligado» a hacer lo que ha hecho.

Lavinia meditó sobre ello durante unos segundos. Tenía razón, eso era exactamente lo que hacía, siempre buscaba cómo justificarla. Lo miró sorprendida.

—Es normal —dijo él leyendo en sus ojos—. Ahora que lo sabe, podrá controlarlo. Piense siempre que lo hace por su bien. Quiere que sea una buena persona, amable y útil a la sociedad.

—Quiero que sea feliz. Que lo sean todos ellos.

—Eso también, por supuesto.

—Entiendo que la señorita Duffield esté enfadada —musitó para sí.

—Debería despedirla.

—¿¡Qué!? Pero si acaba de decir…

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Esa mujer deja que su animadversión por una niña guíe sus actos. No merece ser maestra.

—La necesito, no puedo despedirla.

—Contrate a otra.

—No es tan fácil. Nadie quiere trabajar para mí.

Él esperaba alguna explicación más, pero Lavinia tenía la mirada clavada en la alfombra con expresión reflexiva.

—Heather y Cecilia se parecen mucho —dijo él cuando se cansó del silencio.

Ella lo pensó un momento y asintió.

—Atrevidas y parlanchinas.

—Les cuesta ver los límites y son valientes a la hora de defender aquello en lo que creen. Justo lo contrario que usted —dijo esto último con una expresión traviesa.

—¿No le parece que es de mala educación hablar mal de mí en mi presencia?

—Supongo que está acostumbrada a que cuchicheen a sus espaldas, pero yo prefiero la opción directa. Es más gratificante porque puedes ver la reacción en el otro. Como ahora mismo, esas mejillas sonrojadas y esos ojos brillantes, no tienen desperdicio, se lo aseguro.

—Y luego quiere que lo trate como a un caballero.

—Solo si usted quiere que yo la trate como a una dama.

—La próxima vez que venga haré que lo atienda la señorita Perkins. Ella sabe poner a la gente en su sitio mucho mejor que yo.

—Puedo comportarme como es debido si estoy con la persona adecuada.

—¿Está tratando de ofenderme?

—¿Se siente ofendida?

—En absoluto.

—Entonces no.

Lavinia no pudo evitar que sus labios se curvaran ligeramente hacia arriba y volvió a desviar la mirada para que no viese en sus ojos que, por alguna incomprensible y alocada razón, se estaba divirtiendo.

—¿Qué le ha contado Heather? —preguntó con curiosidad.

—¿Quiere que se lo repita todo? No tengo tan buena memoria. Esa niña no ha dejado de hablar más que para coger aire.

Brodie tuvo que aceptar que verla sonreír le resultaba demasiado agradable.

—Y tampoco va a contarme lo que ha averiguado del señor Legge y que ha utilizado en su contra.

—Lo único que le interesa saber de ese caballero es que no volverá a molestarla.

—¿Qué hará si no cumple su palabra?

—Buen intento —se burló él.

—Sepa que es un abogado muy conocido y respetado en Londres.

—Estoy debidamente informado.

—No le importa.

—Lo más mínimo. Cuando se ha vivido teniendo como vecinos a los MacDonald no se impresiona uno fácilmente.

—Hablan de ellos como si fueran la reencarnación del mal.

Brodie cogió su sombrero de la mesita en la que lo había dejado.

—Es hora de que me vaya.

—Oh.

¿Era decepción aquel deje en su voz?

—Lo acompaño. —Pasó delante de él.

Una vez en el exterior de la casa Brodie se despojó de toda hilaridad y la miró muy serio.

—¿Le digo a Cecilia que pueden volver?

Ella asintió lentamente y él inclinó la cabeza con elegancia.

—Que tenga un buen…

—Gracias, señor McEntrie —lo detuvo—. Gracias por ayudarme con el señor Coltram. Gracias por hacerme entrar en razón respecto a Cecilia y a la señora Dunlop. Y gracias por aconsejarme con respecto a Heather.

Él no se movió de allí, dándole vueltas a su sombrero, mientras Lavinia lo interrogaba con la mirada.

—¿Espera algo más?

—Ah, ¿era en serio? ¿Me estaba dando las gracias de verdad? Creía que era una broma y que a continuación vendría lo interesante.

—No tiene remedio, ¿tiene que tomárselo todo a broma?

—¿Yo? Es usted la que no se aclara. Quizá todavía haya esperanza para usted —dijo caminando hacia atrás—. Sí, quizá todavía podamos

salvarla.

—Supongo que eso es un halago —elevó un poco la voz para que la oyera según se alejaba—. ¿Dónde ha dejado a su magnífico caballo?

Él señaló el árbol al que lo había atado y luego se dio la vuelta para correr hacia él y subirse de un salto. Lo vio alejarse con el corazón golpeando con fuerza y una estúpida sonrisa bailando en sus labios.

Capítulo 21

Brodie cabalgaba despacio por Rotten Row, analizando mentalmente los movimientos de Fionn para asegurarse de que el caballo no mostraba el menor signo de inestabilidad. Era algo innato en todos los McEntrie, estudiar su montura cada vez que se subían a ella. Añoraba las montañas, cabalgar hasta Monadhachan Aodh con el viento en la cara y el cuerpo lleno de vigor. Pasear por Hyde Park no era lo mismo, desde luego. Y más teniendo en cuenta a las personas con las que podía uno cruzarse.

Pero no funcionaría esta vez, pensar en Escocia no lo ayudaría a no pensar en «lo otro». No podía quitarse a Lavinia de la cabeza. Por más que tratase de encontrar una explicación lógica para el insoportable anhelo que había despertado en él, no era capaz de hallarla. Se devanaba los sesos buscando algo que lo dejase tranquilo, pero nada lo…

—Señor McEntrie… —Michael Drummond detuvo su montura junto a él mirando a Fionn con admiración—. ¡Qué ejemplar tan magnífico! ¿Sigue sin querer venderlo?

—Señor Drummond —saludó el otro tocándose el sombrero y maldiciendo para sí porque lo hubiese pillado desprevenido—. Señor Black.

David Black inclinó la cabeza ligeramente con una cínica sonrisa.

—Como ya le dije, Fionn no está en venta —respondió dando unas palmaditas en el lomo del animal—. Está conmigo desde que nació y se quedará a mi lado hasta que llegue su hora o la mía.

—¡Qué lástima! Por cierto, tengo entendido que van a zarpar dos barcos de Burford en breve. Me alegra ver que las cosas les van bien y ya se han recuperado del desgraciado accidente.

—En los negocios hay que mirar siempre hacia delante.

—Desde luego. Que todavía haya piratas en esta época resulta del

todo imperdonable. No entiendo cómo nuestro ejército no acaba definitivamente con ellos. Creíamos que con la desaparición de ese «Bluejacket» podríamos respirar tranquilos, pero está claro que no es así.

—Está claro que algunos de esos «piratas» tienen el apoyo de personas influyentes. —Brodie miró a Black torciendo una sonrisa—. Eso dificulta las cosas.

Black no dijo nada a pesar de la descarada mirada del escocés.

—Ya que nos hemos encontrado —siguió Drummond—, aprovecho para pedirle una cita con el señor Burford. Me urge hablar con él de un asunto.

—Si me dice de qué se trata…

—Es sobre la construcción del nuevo hospital. Habrán oído hablar de ello, no se habla de otra cosa estos días.

—Sí, lo he oído —respondió escueto y sin entonación.

—Ya tengo los planos y el lugar en el que quiero levantarlo, solo me faltan los inversores. Quiero que sean personas influyentes de nuestra sociedad, que le den una pátina de magnificencia a esta obra, ¿comprende? Por eso he pensado en el señor Burford. Estoy seguro de que, si me permite explicarle el proyecto, le entusiasmará la idea de participar en él. Invitación que hago extensiva a sus amigos, por supuesto.

El escocés buscaba las palabras para responder, pero lo que querría decir no era pertinente y lo que debía decir no le apetecía.

—Ha dicho que tiene el lugar en el que va a construir su hospital, ¿ha cambiado de opinión con respecto a la ubicación?

—En absoluto.

—Tengo entendido que la señorita Wainwright no está interesada en vender su casa. ¿No era ahí donde pensaba levantar su hospital?

—Eso es.

Brodie esperó paciente sin apartar la mirada y Drummond acabó riendo a carcajadas.

—La señorita Wainwright cederá, no se preocupe. Si aún no tengo los documentos de compra firmados es únicamente porque antes quiero asegurarme de que tengo a los inversores necesarios. No quiero embarcarme yo solo en un proyecto que va ser tan importante para la ciudad. —Desplegó una relajada sonrisa.

—Entenderá que necesite tener todos los datos para presentárselos al señor Burford. Discúlpeme que le insista, pero mi información es clara al respecto, la señorita Wainwright no piensa vender su casa.

—Supongo que es esa joven escocesa con la que lo han visto a menudo la que le proporciona información de primera mano.

Brodie no varió de expresión.

—No se preocupe, conozco a la señorita Wainwright desde que era una niña. Su padre y yo fuimos amigos hasta… la terrible tragedia que asoló a su familia.

—Mantener la amistad es difícil cuando se está entre rejas.

—Muy difícil. Pero volviendo a los Burford, me encantaría invitarlos a cenar, a él y a su esposa, por supuesto —siguió Drummond —. Usted también puede venir, si lo desea. Mi hijo, Mason, no tiene muchas ocasiones de conversar con damas tan extraordinarias como la señora Burford, y estoy seguro de que disfrutará de su compañía, mientras yo les explico los detalles del asunto al señor Burford y a usted.

Brodie entornó los ojos ligeramente.

—Le transmitiré su mensaje.

—Se lo agradezco. Espero que mis explicaciones convenzan a su jefe y que haga extensiva mi oferta a su distinguida familia

Parece necesitado. Ansioso diría yo. Está claro que el interés que despierta el hospital no le ha traído los inversores que esperaba y necesita a Joseph para que actúe de palanca.

—Bien —dijo Drummond al ver que él no pensaba decir nada más —. Allí veo al señor Wilmot y por cómo nos mira deduzco que le

espera a usted.

Brodie siguió su mirada e hizo un gesto de saludo a su amigo.

—Que tenga un buen día. —El empresario se llevó una mano al sombrero.

—Señor Drummond.

Los dos hombres se alejaron a paso tranquilo sobre sus monturas y Brodie se giró a mirarlos un instante mientras avanzaba hacia Edward.

—¿Confraternizando con el enemigo? —preguntó Edward cuando llegó hasta él.

Brodie no respondió a su pulla.

—Habíamos quedado —recordó Edward—. Lo digo por tu expresión de sorpresa.

—Estoy dándole vueltas a algo.

—No hacía falta la aclaración. ¿Drummond te ha tocado las narices?

—No estoy seguro de lo que pretende… —Lo miró con atención —. Sigue pareciéndome rara su vena altruista.

—Te refieres a lo del hospital.

Brodie asintió.

—Mucha gente despreciable participa en acciones benéficas. —Edward inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Qué te ha pedido? ¿Dinero o apoyo?

—Las dos cosas.

—Claro, cómo no.

—Quiere reunirse con Joseph como avanzadilla, pero en realidad busca el respaldo de toda vuestra familia.

—Mmmm. —Edward arrugó los labios, pensativo.

—¿Entiendes ahora mis cavilaciones?

—Su fama le precede. Drummond no es la clase de empresario que busque apoyos para sus proyectos.

Avanzaron otro trecho en silencio. Edward lo miraba cada tres

segundos intentando leer en su expresión.

—¿Qué piensas? —lo abordó al fin—. Habla de una vez y deja de rumiar en silencio que vamos a tener que separarnos sin haber aclarado nada.

—Esconde algo.

—Me refería a algo menos obvio.

—Aún no sé lo que es, pero aquí hay gato encerrado —siguió pensando en voz alta—. Todo lo que tiene que ver con ese hombre me da mala espina, así que me cuesta discernir si es mi natural animadversión hacia él la que provoca esta desazón o si hay un peligro real en su oferta.

—¿No crees en la teoría de que es por su hijo? Sufre una enfermedad terrible, cualquier padre…

—Uffff, no parece esa clase de padre. Me recuerda a uno que yo sé.

—Estás pensando en Bhattair MacDonald.

—¿Cómo lo sabes? —se burló el escocés.

—Porque yo he pensado en Jacob Burford.

—Seguro que habrían sido buenos amigos los tres.

—Dios los cría… —dijo Edward asintiendo.

—Drummond pagó los honorarios del abogado de Wainwright, ¿lo sabías?

—¿Lo conoces?

Brodie se encogió de hombros.

—Lo vi una vez en casa de la señorita Wainwright.

—¿Y qué hacías tú en casa de la señorita Wainwright? —se burló.

—Tomar chocolate con Cecilia.

—¡Ah! Ya veo. Supongo que fue antes de que la echara con viento fresco. Por cierto, ¿es verdad que ha vuelto?

Brodie asintió.

—Pues no entiendo por qué. —Edward no ocultó su desprecio—. ¿Y vas a seguir yendo a tomar chocolate? Debes apreciarla mucho si te

mezclas con esa víbora por ella.

Brodie lo miró inquisitivo.

—¿Qué? Por mucho que digan mis cuñadas, no me fiaré nunca de ella.

—Es una persona complicada, no digo que no.

—¿Complicada? Yo diría que el demonio la hizo hermosa para ocultar lo retorcido que es su corazón.

—Si Katherine la ha perdonado no sé qué tienes que decir tú.

—Tú no tengas cuidado y verás como te mete en problemas.

—Drummond está convencido de que va a conseguir su casa. —Se tocó el sombrero para saludar a lady Hickman y su hija cuando pasaban junto a ellos y observó que uno de los caballos tenía un ojo inflamado.

Se giró para observar su ritmo al caminar y no vio nada extraño.

—No puedes evitarlo —sonrió Edward—. Cada vez que ves algo raro en un caballo te pones a analizarlo.

Brodie sonrió también y no se defendió.

—¿Has oído lo que te he dicho de la casa?

—Sí.

—¿Y no te parece extraño? Ella no quiere venderla.

—¿Y a mí que me importa? —Edward se encogió de hombros para darle mayor énfasis a su indiferencia.

—A mí me importa.

Edward lo miró entonces con más atención.

—¿Te importa lo que haga con su casa Lavinia Wainwright?

—No es solo su casa, te recuerdo que es un orfanato.

—Pueden llevar a los niños a otra parte. También necesita el dinero si quiere mantener a todos esos niños. Aunque ya ha engatusado a las Wharton para eso.

—No creo que a Emma le gustara oírte hablar así.

El rostro de Edward cambió y durante un rato continuaron el paseo en silencio.

—Tú odiabas a Emma —dijo Brodie de pronto con tono malhumorado.

—¡No la odiaba!

Su amigo lo miró con ironía.

—Bueno, un poco, pero era porque no sabía que era ella. Odiaba al que había escrito ese libro.

—Edward, me conozco la historia —se burló el otro—. Me la habéis contado los dos. No os podíais ni ver.

—Bueno, vale, ¿adónde quieres llegar con eso?

—Pues que la gente cambia.

—Oh, no, no, no. ¿Hablas de Lavinia Wainwright? Ni en tus peores sueños puedes comparar a Emma con esa arpía.

—No las estoy comparando, solo digo… —Vio su expresión cínica y negó con la cabeza—. Es igual, déjalo.

Edward bufó impaciente.

—Lo siento, no me hagas caso. Di lo que ibas a decir, anda.

Brodie frunció el ceño mostrando su confusión.

—Pues que, a veces, creamos una imagen frente a los demás que nada tiene que ver con la realidad de lo que somos. En mayor o menor medida todos nos ocultamos tras una máscara. Cuanto más vulnerables somos, más tenemos que taparnos para estar a salvo.

—No estás hablando de Lavinia Wainwright, ¿verdad? —Edward lo escudriñaba con su mirada—. Dime que no hablas de ella.

—No hablaba de ella —respondió irritado.

—Brodie, es una muy mala idea —advirtió—. Pésima.

—¿Te he pedido opinión?

—Tendrás problemas con nosotros si estás pensando en…

—No me interesa Lavinia Wainwright —lo cortó tajante—. Si fuese la única mujer sobre la tierra, no me interesaría. Si el hecho de que me interesara pudiera salvarme la vida, moriría sin remedio.

—Por San Pancracio —Detuvo su caballo sin deshacerse de su asombro.

—Me estás cabreando, Edward.

—Solo te ha faltado jurarlo sobre La Biblia.

—Me he cansado de oír estupideces. Tengo cosas que hacer.

Se alejó al trote dejando a Edward confuso y preocupado.

Esa noche cenaban todas las hermanas en casa de Harriet y la velada resultó más o menos agradable. Brodie sospechaba que la actitud de Edward, que respondía con monosílabos a todo lo que le comentaban, tenía que ver con la conversación que habían mantenido aquella mañana. Por eso cuando se empeñó en que los caballeros cambiaran de estancia para «tratar asuntos de hombres», supo lo que iba a suceder. Tenía demasiada experiencia en «asuntos de hombres» como para saber lo que le esperaba. Y que huir solo retrasa lo inevitable.

—¿Qué es una intervención? —preguntó Henry apoyando la espalda en la puerta tal y como le había ordenado Edward.

Que Brodie estuviera tan tranquilo, sentado en el sofá bebiendo un whisky, no hacía que se confiara.

—Es lo que hacen los McEntrie cuando uno de ellos no quiere bajarse del burro —explicó Edward.

—¿De qué burro habla? —Joseph miraba a Brodie, perplejo.

El escocés se encogió de hombros y suspiró paciente.

—Lavinia Wainwright —dijo Edward harto de los preámbulos.

Todos clavaron sus ojos en el escocés que seguía disfrutando de su bebida sin inmutarse.

—¿Qué pasa con Lavinia Wainwright? —preguntó Alexander mirando a su amigo con rostro serio.

—Está interesado en ella.

—¿Qué quiere decir interesado? —Alexander miraba ahora a Brodie y su expresión no dejaba mucho espacio para la duda.

—Pregúntale a él, al parecer sabe más que yo del asunto —

respondió señalando a Edward.

—¿Brodie? —Joseph se acercó a él.

El escocés miraba el líquido de su vaso que su mano hacía girar con un efecto de muñeca.

—No lo va a confesar por las buenas, sabe perfectamente lo que pensamos de ella. Vamos a tener que actuar como lo harían sus hermanos. —Edward dejó su copa en la mesita y después se quitó la chaqueta—. En una intervención, se atosiga al objetivo hasta que se rinde. Y si hace falta, se le sacude. Está claro que en este caso, va a hacer falta sacudirle.

—Edward… —Alexander se puso frente a él—. Para, no tiene gracia.

—No es ninguna broma. Hay que pararlo antes de que sea tarde.

Alexander se giró hacia el escocés y Brodie lo miró de frente.

—Sabes lo que le hizo a mi esposa.

—Katherine la ha perdonado —dijo sorprendiéndose a sí mismo.

—No me lo puedo creer —musitó Joseph—. Creía que me tenías confianza.

Brodie lo miró sin cambiar de posición.

—Y te la tengo.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—No hay nada que decir, Joseph.

—¿Te interesa? —preguntó colocándose junto a Alexander—. Contesta de una maldita vez, no es tan difícil, ¿sí o no?

—No lo sé.

—Que no lo… —Joseph resopló poniéndose las manos en la cintura.

—Lavinia Wainwright no entrará jamás en esta familia —masculló Alexander.

—Estoy con él —dijo Edward colocándose al otro lado.

Brodie bebió un sorbo de su whisky, dejó el vaso en la mesilla y se puso de pie.

—Gracias por contarme vuestros planes. La compañía es muy grata, pero tengo que madrugar.

—Brodie… —Joseph lo cogió del brazo con suavidad para detenerlo.

Él se giró despacio y los miró a todos antes de responder.

—Si hubiese algo entre esa señorita y yo, no consentiría que me dijeseis lo que tengo que hacer. Y, tranquilo, Alexander, soy un McEntrie, así que no hay peligro de que mi esposa emparente contigo. —Se dirigió hacia la puerta, pero recordó algo a mitad de camino—. Por cierto, Edward, no tienes ni puñetera idea de lo que es una intervención. Buenas noches.

—Brodie… —Joseph se interpuso en su camino—. No te vayas así. Entiendo que te haya molestado; esto ha sido una idea pésima, Edward.

—Esa mujer intentó hacer daño a la familia de nuestras esposas —aclaró Edward.

El escocés se puso las manos en la cintura y fijó la mirada en la alfombra mientras trataba de organizar sus pensamientos.

—Veamos… Lavinia ofendió profundamente a Katherine, Elizabeth y Emma. Con Caroline casi tuvo una amistad y con las dos pequeñas apenas hubo relación. —Los miró irritado—. Todas esas mujeres la están ayudando ahora con el orfanato y vosotros, sus orgullosos maridos, pretendéis… ¿qué? ¿Lapidarla en la plaza pública?

—Son mejores que nosotros —dijo Edward.

—Oh, desde luego.

—Brodie… —advirtió Joseph.

—Tenéis suerte de que no sea cierto, porque si lo fuese y hablaseis así de ella os juro que…

La tensión era palpable en el ambiente.

—Brodie tiene razón de enfadarse. —Henry sacudió la cabeza—. Si me lo hicierais a mí no reaccionaría tan bien.

Joseph asintió y le dio una palmada en el hombro.

—Lo siento.

—De quien se enamore Brodie no es cosa nuestra —añadió James que se había mantenido todo el tiempo en un discreto mutismo.

Alexander y Edward no dijeron nada y siguieron bebiendo como si no fuera con ellos. Pero no pudieron soportar las miradas reprobadoras de los demás.

—Nos hemos pasado —musitó Edward.

—Un poco, sí —afirmó Alexander.

—Por otro lado —dijo Brodie de pronto—, no diré que no os entienda.

Todos lo miraron con sorpresa.

—Cierta dama trató de perjudicar a Lachlan y nos obligó a actuar para impedirlo. Si uno de mis hermanos hubiera querido algo con ella… —Movió la cabeza con elocuencia.

Edward se acercó a él visiblemente incómodo.

—Lo siento, Brodie, no debería haber hecho esto.

El escocés asintió dando por terminada la cuestión.

—Me voy a dormir, que hoy ha sido un día muy largo y mañana tengo que madrugar para ir a los muelles. Por cierto —recordó antes de salir—, Drummond quiere invitaros a cenar a Harriet y a ti.

—No me interesa.

—Ha movido ficha y quiere meterte en el proyecto del hospital.

—En realidad quiere nuestro dinero —dijo Edward—. Tu eres la avanzadilla.

—¿Qué hago? —preguntó Joseph mirándolos a todos.

—Ir —afirmó James rotundo.

—«Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca» —citó Alexander.

—Eso es. —James afirmó con la cabeza.

—Involucrarme puede traerme muchos problemas, no estoy seguro de que quiera abrir otro frente con él.

—No tiene por qué. Puedes escuchar su oferta y luego buscar una excusa para rechazarla, pero teniendo ya toda la información.—Henry dejó su copa vacía en el mueble de las bebidas.

—En el club escuché a Knowing hablando con Brisling del proyecto —dijo Alexander—. Hay que reconocer que Drummond sabe vender.

Joseph se llevó la copa a los labios pensativo y bebió un largo trago antes de mirar a Brodie expectante.

—¿Tú qué opinas?

—No lo tengo claro. —Se encogió de hombros—. Una cena no te va a quitar mucho tiempo y tengo curiosidad.

—¿Tú también estás invitado?

Brodie asintió.

—Está bien —aceptó—. Dile que iremos a cenar.

—Buenas noches —se despidió el escocés antes de salir.

Una vez fuera se quedó de pie junto a la puerta pensando en lo que había ocurrido. Edward se había comportado como un auténtico capullo y tenía ganas de partirle la crisma. ¿Qué se había creído? Él no era nadie para ponerlo en una situación tan incómoda. ¿Por qué le irritaba tanto que hablase así de Lavinia? No debería importarle en absoluto y sin embargo…

Sacudió su cabeza para librarse de esos pensamientos y se dirigió a las escaleras para subir a su cuarto.

A las dos de la madrugada, tumbado en la cama, con los pantalones aún puestos y mirando al techo, seguía dándole vueltas a un montón de pensamientos inconexos y caóticos que no le dejaban dormir. Colocó un brazo bajo la cabeza y se mordió el labio, inquieto. Oía el ruido en su cabeza y percibía el peligro que lo acechaba. Esa mujer era una complicación en su vida. Cada vez que trataba de mantenerse alejado, algo lo empujaba hacia ella. No era su tipo. Era lo

contrario a su tipo. Le gustaban las mujeres sin complicaciones y Lavinia Wainwright no habría encajado en ese perfil ni usando un cincel y un mazo. Negó con la cabeza en aquella conversación consigo mismo y al cerrar los ojos vio otros que lo miraban como un cielo de tormenta. No había un ápice de dulzura en ella, sus gestos eran contenidos. Se ponía rígida cuando se le acercaba y estaba seguro de que, si la tocase, su piel sería áspera y fría.

Si la tocase. Se incorporó de golpe con algo parecido a un gruñido. Se le aceleraba el corazón cuando la tenía cerca. Sentía un cosquilleo en la yema de los dedos y ardor en los labios. Estaba claro que la deseaba ¿Tocarla? Haría mucho más que eso si pudiera. ¿Cómo era posible desear a alguien que no te gusta? No conoció a la antigua Lavinia y esta no le parecía en absoluto una mala persona. Pero tampoco le gustaba, maldita sea, no podía gustarle. Complicaciones, eso era para él. ¿Cómo era posible que le produjese aquel efecto? No tenía lógica ninguna, por más vueltas que le diese no le encontraba explicación. Si fuese una criatura adorable, si su simpatía lo hubiese cautivado y su belleza lo hubiese deslumbrado… Miró hacia abajo y una visible erección se mofó en su cara.

—Algo no me funciona bien —musitó para sí mientras se levantaba de la cama y se dirigía a la ventana.

La abrió de par en par y se sentó en el alféizar, esperando que el frescor de la noche calmase el ardor de su cuerpo. Dobló la rodilla y apoyó el brazo en ella dejando que la mano colgara relajada. Contempló la ciudad dormida, respirando el insalubre aire de Londres, mientras pensaba en las vastas montañas de las Highlands. Imaginó a Ewan a su lado, mirándolo con aquella expresión tan suya que hacía que se sintiese seguro en cualquier situación.

—Tengo que volver a casa —susurró—. Eso es lo que me pasa, me estoy volviendo loco en esta maldita ciudad.

—¿Pero no eras tan inglés como madre?

Se giró hacia el lugar del que provenía la voz de su hermano, pero

allí no había nadie, tan solo una habitación vacía y oscura.

No, no era tan inglés como pensaba. A medida que pasaba el tiempo en esa ciudad, había ido perdiendo la curiosidad y la atracción por lo que la vida en Londres le ofrecía. Allí había tanta bondad, hipocresía y desencanto como pudiera haber en Lanerburgh; pero sin montañas. Las relaciones sociales le aburrían cada día más y las había ido reduciendo hasta su mínima expresión. ¿Eso significaba que había llegado la hora de volver a casa? Muy probablemente sí. ¿Y entonces a qué venía aquella súbita atracción por una mujer que no encajaba en ninguna de sus fantasías?

—Tampoco es que ella te adore —musitó—. Ni que estuviera loca por ti, imbécil. Piensa que eres un pueblerino inculto. Un cateto.

La vio reírse a carcajadas y una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. La retorció hasta convertirla en una mueca. Cerró los ojos de nuevo y volvió a apoyar la cabeza en la pared dándose suaves golpecitos. Debería mantenerse alejado para seguir cuerdo. Lo de tomar chocolate en su casa no era buena idea. Nada de ir al orfanato con cualquier excusa. Bastantes problemas tenía ya. Ahora lo del hospital. Suspiró dejando escapar el aire de un bufido. Si Joseph supiera que su interés provenía de que temía que ella corriese algún peligro seguro que no habría aceptado ir a cenar.

—Debo mantenerme lejos de ella —repitió—. Solo eso.

De repente abrió los ojos y se incorporó sobresaltado.

—Espera. ¿Qué día es hoy? ¡Maldita sea!

Capítulo 22

Lavinia parecía concentrada en su labor y Brodie la miraba con disimulo cada vez que Cecilia se distraía. Por suerte, ese día la doncella estaba especialmente locuaz y tenía muchas cosas que contar sobre Hyacinth y su mal gusto.

—Se piensa que ponerse esos lacitos en la cabeza la hacen parecer sofisticada, pero en realidad lo que parece es una pueblerina. En Lanerburgh se burlarían de ella hasta la ovejas.

—Cecilia, eso no es muy… —Lavinia se mordió el labio al darse cuenta de que había intervenido en la conversación—. Perdón.

—No pasa nada. —La doncella sonrió afable—. No tiene por qué hacer como si no estuviese. Puede participar si quiere. Hoy el señor McEntrie no habla mucho.

—No tengo nada que decir sobre los «lacitos» de Hyacinth, la verdad —dijo él con voz suave.

—Coja una galleta —lo ignoró Cecilia ofreciéndole a Lavinia uno de los platitos—. Son de las que le gustan.

—No, gracias.

La doncella los miró con curiosidad. Normalmente intercambiaban comentarios de cortesía, pero desde que Brodie había llegado tan solo se habían saludado escuetos y parecían dispuestos a ignorarse con ahínco el resto de la tarde. Durante la mañana Lavinia había estado sorprendentemente alegre, tarareaba cancioncillas mientras hacía las tareas cotidianas y se reía de manera espontánea y sin venir a cuento. En cambio ahora…

—Voy a ver qué pasa con su té —dijo poniéndose de pie—. La señora Dunlop se habrá despistado.

—No es nece… —Lavinia calló al verla desaparecer y miró a Brodie incómoda—. Lo siento, no quería interrumpir su reunión.

—Al contrario, se lo agradezco, me estaba costando mucho no

bostezar.

—Parece cansado.

—Lo estoy —afirmó llevándose una mano a la nuca—. Anoche no pude dormir y he tenido un día bastante agitado.

—En su posición, debe tener muchas preocupaciones.

Él asintió.

—Por nosotros no se preocupe, entiendo que tiene demasiadas cosas en las que pensar como para ocuparse de enseñar a unos niños a montar a caballo.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendido.

—Oh… —La cara de susto de Lavinia habría quedado de fábula en un cuadro—. ¿Elinor no le ha…? Yo… Olvide lo que he dicho.

—¿Qué olvide lo que ha dicho? —se rio—. Ha mencionado la palabra «caballo», no pienso olvidarlo. ¿De qué se trata?

—Elinor y yo estuvimos hablando de que sería bueno para los niños aprender a montar. Yo tengo un par de caballos mansos y pensé que sería una buena ocupación. Me planteé enseñarles yo misma, por supuesto. Sé montar —anunció.

—Lo supongo.

—Y entonces, Elinor dijo que quizá podríamos ir más allá y enseñarles a cuidar de ellos. Y fue entonces cuando lo mencionó a usted.

—Ya veo.

—Es una tontería. Olvídelo.

—Lo haré.

—¡No!

Brodie sonrió divertido.

—¿No?

—Quiero decir, que no se sienta obligado.

—¿Qué ha pensado exactamente?

—Pues, usted podría enseñarles todo lo que tiene que ver con el cuidado y el entreno de los caballos. Conseguiríamos un potrillo… ¿De

qué se ríe?

—¿Todo? Lleva años aprenderlo «todo». De hecho yo aún no creo saberlo «todo».

—Ya me entiende.

—Los sábados por la mañana ¿eh?

—No puede, ¿verdad? Si es que no tendría que haberle dicho nada.

—Ya le he dicho que lo haré. ¿Cuántas veces tengo que aceptar para que se relaje?

—¿De verdad? No se sienta obligado, yo puedo enseñarles a montar, aunque no como lo haría usted.

Brodie enarcó la ceja sin dejar de sonreír.

—¿Monto de algún modo especial?

—Oh, sí, desde luego. Es el mejor jinete que… —Se detuvo y estrechó su mirada—. ¿Se está riendo de mí?

El escocés asintió sin esconderse.

—Me lo merezco por atrevida.

—No es atrevida en absoluto, más bien es todo lo contrario… —Se le aceleró el pulso y se le secó la garganta. *No sonría. No sonría…*

Lavinia sonrió y su rostro cambió como por ensalmo. Sus ojos se iluminaron y en sus mejillas aparecieron unos graciosos hoyuelos.

—¿Me ayudaría a encontrar un potrillo? —preguntó.

—La acompañaré a Smithfield —dijo refiriéndose al mercado de ganado—. ¿Le parece bien?

Lavinia asintió.

—¿El viernes? Tengo que hacer unas gestiones cerca.

Lavinia volvió a asentir sin decir nada.

—Me acaba de decir la señora Dunlop que los Bramwell se marchan definitivamente —explicó Cecilia entrando en el salón como una tromba.

Le entregó la taza de té y se sentó con cara de tener mucho que contar.

—La señora Bramwell estaba en la cocina, por eso no le había traído el té. Se vuelven a Hackney. El señor Bramwell, que es un cabeza de chorlito, lo decidió todo sin contar con ella. La mujer está llorando como una pánfila en lugar de molerlo a palos con un buen tronco.

—Así dejarán de molestar al señor Buchan —dijo Lavinia—. Cada vez que tenía un problema con su marido lo llamaba a él.

—Es que el señor Buchan tiene más paciencia que un santo.

—Discúlpeme, señor McEntrie, de nuevo estoy interfiriendo en su reunión. Cecilia, no me hables más, por favor.

—¿Entonces no le cuento a quién le debía dinero el señor Bramwell?

Lavinia fingió no escucharla.

—Cuéntamelo a mí —pidió Brodie con expresión burlona.

—¡A Michael Drummond! —exclamó Cecilia y consiguió la atención de los dos—. Al parecer al señor Bramwell le gusta mucho apostar y pidió dinero a cuenta de su casa. ¿Quién hace eso teniendo tres niños pequeños? Drummond ha exigido el pago de la deuda y los ha echado a la calle.

—Qué desalmado —dijo Lavinia.

—Y la señora Bramwell —siguió Cecilia que no había terminado de contar su historia—, que sabe que el señor Drummond quiere comprar su casa, dice que todo es por su culpa, que necesita el dinero para pagarle a usted. La muy tonta, en lugar de enfadarse con el tarugo de su esposo se enfada con usted. Si es que las cosas no pasan porque sí.

—¿Sigue insistiendo? —preguntó Brodie mirando a Lavinia.

Ella asintió.

—Quiere que vaya a cenar a su casa —explicó Cecilia—. Ha mandado ya no sé cuántas invitaciones. No se cansa.

—¿De verdad no va a vender?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué cree que tiene tanto empeño en que sea su casa y no otra cualquiera? —preguntó Cecilia a Brodie.

—No lo sé.

—Dejen este tema y hablen de lo suyo —pidió Lavinia que se sentía culpable por distraerlo—. Si no lo hacen, tendré irme a mi cuarto para dejarles solos.

—Me ha escrito mi madre —se apresuró a decir Cecilia mojando una galleta en el chocolate—. Dice que las ovejas ya…

Brodie la escuchó asintiendo con la cabeza mientras trataba de ignorar el aroma a bergamota, limón y neroli que le llegaba desde la posición de Lavinia. Cada vez que Cecilia miraba hacia las galletas, la taza o cualquier otro lugar en pleno discurso, él desviaba la vista para clavarla en Lavinia y se preguntaba qué era lo que lo atraía de aquel modo. Si eran sus ojos, de un gris tormenta, que lo miraban unas veces sorprendidos y otras asustados, como si no encajara con sus esquemas y certezas. O eran sus labios, rosados y apetecibles, que hacía que su boca salivara y su lengua se moviera irreverente y ansiosa.

—Entonces, ¿qué le digo? —Cecilia lo miraba expectante y un poco irritada—. Señor Brodie, no me está escuchando.

—¿Qué? Perdón, me he distraído un momento.

—¿Un momento? No ha escuchado nada de lo que he dicho. —Arrugó los labios molesta.

Lavinia contenía una sonrisa, con la mirada fija en su bordado, mientras el escocés disimulaba como si el borde de su taza fuese el más intrincado trabajo de ingeniería.

Dos días después, Lavinia lo esperaba impaciente para ir al mercado de Smithfield a comprar un potrillo.

—¿Están listas? —preguntó él al entrar en la casa.

—¡Listas! —exclamó Cecilia.

Lavinia hizo el gesto de subir al carruaje y, de repente, se encontró con la mano de Brodie sujetando la suya. Conteniendo la respiración, la sacudió sin pensar y subió rápidamente.

—Lo… siento —dijo avergonzada sin mirarlo.

Cecilia le hizo un gesto a su amigo disculpándose, pero el escocés no parecía haberse inmutado. Subió al vehículo y cerró la portezuela para que el cochero se pusiera en marcha.

Lavinia no podía mirarlo, sentía las mejillas ardiendo y el corazón le latía tan fuerte que temía que se percibiese a través de su vestido. Brodie, en cambio, parecía relajado, sujetaba el sombrero sobre sus piernas y miraba al exterior distraído.

—Hace un día magnífico —dijo Cecilia para rebajar la tensión.

Brodie la miró con una sonrisa en los ojos, pero no dijo nada y continuó con su escrutinio de las calles por las que circulaban.

—En el mercado de Smithfield habrá mucha gente hoy. —Nuevo intento.

—Discúlpeme, señor McEntrie —dijo Lavinia al fin—. Agradezco su gesto galante, no quiero que piense…

Brodie clavó sus azules ojos en ella.

—Lo sé —dijo sin más.

—¿Qué sabe?

—Que no soporta que la toquen.

Las mejillas de Lavinia se tiñeron de un rojo intenso y se hubiese abanicado si hubiese podido moverse. Brodie sonrió divertido.

—Me previno Heather.

Cecilia se reía por lo bajo mientras Lavinia expresaba su asombro con diferentes gestos silenciosos.

El mercado de Smithfield se desplegaba ante ellos en un caos organizado. Los puestos de venta se alineaban a lo largo de las calles, con toldos de colores vivos ondeando ligeramente con la brisa. Los

comerciantes pregonaban sus mercancías, tratando de atraer la atención de los compradores con promesas de las mejores ofertas y la más alta calidad.

—Yo iré a comprar fruta y verdura para los niños —dijo Cecilia—. Los veré en el coche cuando terminen.

Lavinia asintió y ella y Brodie continuaron su camino.

—Es un verdadero hervidero de actividad, ¿no cree? —comentó mirando con curiosidad a su alrededor.

—Sí, un lugar perfecto para encontrar auténticas joyas o estafadores profesionales —respondió Brodie con una sonrisa irónica—. Déjeme hablar a mí y usted trate de mantener una actitud circunspecta en todo momento.

A la derecha, un grupo de caballos estaba reunido en un corral improvisado. Los animales relinchaban y se movían nerviosamente mientras los potenciales compradores caminaban alrededor, evaluándolos con ojo crítico. El comerciante los recibió con una sonrisa astuta.

—Buenos días, señor, señorita. Tengo algunos de los mejores potrillos de Londres. Perfectos para una finca elegante, como seguro que es la suya.

—Buenos días —dijo Brodie, devolviendo la sonrisa sin expresión—. Espero que sus caballos estén a la altura de su elocuencia.

—Oh, estoy seguro de que mis caballos superarán sus expectativas. ¿Qué es lo que están buscando? ¿Un caballo para su esposa, quizá? Tenemos algunos que…

—Un potrillo —lo cortó Brodie sin sacarlo de su error.

—¡Oh, para su hijo! Claro, como no, una pareja joven y feliz. Bien, aquí tenemos a un potrillo marrón, fuerte y robusto. Perfecto para cualquier uso.

Brodie se acercó al potrillo y lo observó con atención.

—¿Robusto, dice? Me sorprendería que me dijera que le da de comer todos los días, parece famélico.

Lavinia, intentando cumplir con su mandato y no dejar ver nada en su expresión, acarició suavemente al potrillo apretando los labios para contener la risa.

—Mis caballos comen dos veces al día, señor —afirmó el comerciante fingiéndose ofendido—. Pero si este no le gusta le enseñaré a nuestro mejor ejemplar. Su padre fue un famoso purasangre y él seguirá sus pasos sin dudarlo.

Los llevó hasta un ejemplar negro como la noche y con el pelo brillante. Brodie chasqueó la lengua y lo miró con un destello de ironía en los ojos.

—¿Un famoso purasangre, dice? No me diga más. ¿Es el mismo que ganó la carrera del barril en la taberna de la esquina?

El comerciante soltó una risa forzada.

—Veo que le gusta bromear, señor.

Brodie lo acarició incrédulo.

—¿Lo ha untado de grasa? —Negó con la cabeza—. ¿Cree que así va a engañar a alguien?

—Es bueno para su pelo.

—Ya. —Torció una sonrisa burlona—. ¿Y por cuánto vende esta maravilla?

—Para usted, caballero, solo veinte guineas. Una ganga para un caballo de esta calidad.

—¿Veinte guineas? ¿Acaso viene con una parcela de tierra y una casa de campo incluidas?

Lavinia no pudo evitar soltar una carcajada. Para el comerciante la cosa no iba como esperaba y tuvo que esforzarse para mantener la compostura. Además los otros clientes que merodeaban se habían parado a escuchar la discusión y eso no lo beneficiaría nada. Debía acabar con aquella venta cuanto antes si quería tener un buen día. Se volvió hacia la que creía su esposa.

—Señora, este potrillo es un verdadero tesoro. Vale cada penique de su precio. Pero por ser usted una dama tan elegante y hermosa,

estoy dispuesto a rebajárselo hasta quince guineas.

Brodie sonrió. Estaba disfrutando.

—Quince guineas, ¿eh? Si pidiera ocho me lo pensaría, pero por ese precio puedo encontrar algo mucho mejor en este mismo mercado. De hecho… —Se giró despacio haciendo ademán de irse.

—Ocho guineas es un precio muy bajo para un animal de esta categoría. —El comerciante miraba a Lavinia suplicante—. Señora, haga entrar en razón a su esposo.

—Ocho guineas… —musitó el escocés observando al potrillo—. Es demasiado, pero…

Miró a Lavinia como si le consultara y ella hizo un gesto de asentimiento muy concienzudo.

—Está bien, seré generoso porque a ella le parece bien, pero déjeme decirle que, la próxima vez que intente vender un caballo, recuerde que no todos los compradores son tan fáciles de engañar.

Pagó las ocho guineas y se llevaron el potrillo. Mientras se alejaban, Brodie le susurró a Lavinia:

—¿Qué le ha parecido?

—Ha sido muy divertido —respondió riendo.

—¿Ya no me considera un pueblerino inculto?

—Nunca dije semejante cosa, deje de repetirlo. Y ha sido un poco cruel con el pobre hombre. Debería haberle dicho que es usted criador de caballos.

—¿Y escatimarle la diversión a usted? De ningún modo.

—Tengo una curiosidad —dijo Lavinia—. ¿Cuánto vale su caballo?

—Fionn.

—¿Cuánto cuesta Fionn?

—No tiene precio.

—Sé lo que quiere decir, es muy valioso para usted, pero ¿cuánto podría valer?

Brodie lo pensó unos momentos antes de responder.

—Siendo razonable, unas mil libras. Aunque yo no lo vendería aunque me ofreciesen cinco mil.

—¿Y diez mil?

La miró irónico.

—Nadie ofrecería eso.

—Pero ¿si se lo ofrecieran?

—Tampoco lo vendería. No se le puede poner precio al afecto. Fionn es mío desde que salió de su madre y cuidaré de él hasta el fin de sus días.

Lavinia lo miró con un brillo extraño en los ojos y Brodie tuvo que apartar la mirada para no quedar deslumbrado.

Hubo un gran revuelo en el orfanato cuando llegaron con el potrillo enganchado al carruaje. Lavinia y Cecilia entraron en la casa para dejar las viandas que habían comprado y Brodie llevó al potrillo hasta uno de los ventanales del aula para que los niños lo vieran.

—¿Es nuestro? —preguntó Heather.

—Eso me han dicho —afirmó Brodie sonriendo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Beatrice.

—Aún no tiene nombre. Tendréis que pensar uno entre todos.

—Niños, niños… —La maestra, que se había quedado completamente obnubilada por el escocés, les habló con tal dulzura que la miraron sorprendidos—. Podéis salir a ver al caballito. Vamos, en orden y sin correr.

—¿Puedo montarlo? —preguntó Will.

—Solo tiene un año —respondió él—, aún es pronto. Os enseñaré a cuidarlo y a entrenarlo para que cuando llegue el momento podáis montarlo y correr con él.

—Es mu mu mu muy nnnnegro —dijo Ruby.

—Ruby, no molestes al señor. —La maestra se dirigió entonces a él—. Soy la señorita Duffield, la maestra de los niños.

Brodie se inclinó respetuosamente.

—Buenos días, señorita Duffield. Soy Brodie McEntrie.

—Encantada, señor McEntrie.

—Es amigo de la señorita Lavinia —se apresuró a decir Heather —. Y mío, ¿verdad señor McEntrie?

—Desde luego —afirmó él muy serio y mirando a Ruby, añadió—. Sí, Ruby, es muy negro como su padre, un purasangre campeón de algunas carreras. ¿Te gusta?

La niña asintió, pero no se atrevió a decir nada más y el escocés sintió una punzada en el costado y miró a la maestra con severidad.

—Así que va a enseñarles a cuidar al animal —dijo la mujer ajena a sus pensamientos—. Me parece una tarea muy loable, señor McEntrie.

—¿Cuándo? —preguntó Heather.

—Vendré todos los sábados por la mañana, si a vuestra profesora le parece bien.

Los niños la miraron convencidos de que diría que no.

—Por supuesto que me parece bien —afirmó rotunda provocando que algunos de los pequeños abrieran la boca asombrados.

—¿De verdad? —preguntó Heather—. ¿No va a protestar ni un poquito?

—¡Heather, pequeña! —se rio la maestra—. Qué cosas dices, qué se va a pensar el señor McEntrie. Estaré encantada de ayudarlo en lo que necesite.

—No quiero interrumpir vuestra clase. Voy a llevarlo a una cuadra y mañana empezaremos el entrenamiento. Pero antes… —Lo miraron expectantes—. ¿Qué tal si le ponéis un nombre?

—Yo lo llamaría Trueno —dijo George.

—Pues a mí me gusta más Tizón —dijo Christopher.

—Tizón —dijo Ruby sin tartamudear y todos la miraron sorprendidos.

—¿Tizón entonces? —preguntó Brodie.

—¡Tizón! —gritaron todos.

La señorita Duffield, con el mismo tono amable, les pidió a los niños que regresaran al aula mientras ella «ultimaba» algunos detalles con el señor McEntrie. Heather la miró ceñuda, pero contuvo su lengua y siguió a los demás con la cabeza baja. Brodie esperó paciente para escuchar lo que la maestra tuviera que decir.

—Es usted entrenador de caballos —dijo ella, aunque podría haber dicho *«es usted guapísimo y yo estoy soltera»* y habría sonado igual.

—Entre otras cosas —afirmó él mirándola galante.

—Puede ser una actividad muy interesante para los niños —afirmó la maestra encantada con la idea—. Y por mis clases no se preocupe, le cederé mi horario de los viernes por la mañana, es el más distendido y no alterará en absoluto nuestra rutina. Soy muy partidaria de la colaboración entre educadores.

Brodie sonrió levemente.

—Había pensado en el sábado…

—Oh, no, mejor el viernes, si a usted no le incomoda demasiado. Los sábados solemos repasar y es cuando veo si los niños han trabajado bien durante la semana.

—De acuerdo. Los viernes, entonces.

—Yo monto, por supuesto —continuó la maestra mientras se movía para que pudiera verla desde diferentes ángulos—. No soy ninguna experta, claro, tan solo sé lo básico, pero entiendo lo importante que es saber esas cosas para unos muchachos como estos.

Brodie percibió el tono de desprecio por debajo de aquella falsa suavidad.

—Quizá podríamos hablar sobre ello tomando una taza de chocolate en Piccadilly. ¿Qué le parece?

El escocés empequeñeció sus ojos con los sentidos alerta.

—¿Le gusta el chocolate? Qué curioso, igual que a Cecilia.

—¿Cecilia? ¿Se refiere a la doncella de la señorita Wainwright?

Brodie tuvo que sonreír. Fingir que no sabía de quién le hablaba después de haber mencionado la chocolatería de Piccadilly demostraba lo mucho que le gustaba provocar.

—Sí, me refiero a ella. Es amiga mía y suelo… solía llevarla a tomar chocolate. Quizá nos vimos alguna vez, perdone que no la recuerde. Acostumbro a tener buena memoria para las caras, pero la suya no creo haberla visto antes.

—Oh, tengo una cara muy vulgar… —dijo y esperó, pero el escocés no parecía tener nada que decir al respecto—. Bien, entonces, ¿le…

—Señorita Duffield, no quiero entretenerla más, los niños la esperan —señaló detrás de ella.

La maestra se giró y se topó con un montón de ojos que la miraban.

—Pero, niños, ¿qué hacéis ahí? ¡Sentaos en vuestros sitios! —Se dio cuenta tarde de que había gritado como siempre y sonrió cambiando de expresión antes de girarse hacia él—. Intento ser paciente, pero a veces… No sabe lo difícil que es educar a estos niños, ya lo averiguará. Lo ayudaré todo lo que pueda.

Brodie inclinó la cabeza y se llevó al potrillo de allí sintiendo los ojos de la maestra en la espalda.

—¡Qué hombre, por Dios! —musitó ella para sí con el corazón acelerado.

Capítulo 23

Emma vio a Edward en la terraza y lo observó un momento con la idea de que aquel hombre era suyo. La amaba igual que ella lo amaba a él. Se acercó sigilosa y lo abrazo por la espalda. Él la acogió sin inmutarse y luego la hizo deslizarse hasta tenerla en un costado bien sujeta. La miró con una sonrisa y le besó la punta de la nariz.

—¿Dónde estabas?

—He ido con Elinor a comprar algunas cosas para los niños del orfanato.

—¿Otra vez con eso? —dijo con evidente disgusto.

Su mujer se apartó para mirarlo severa.

—¿A qué viene ese comentario?

—No me gusta que te relaciones tanto con esa mujer. No quiero que te haga daño.

—¿Daño? ¿Qué daño va a hacerme?

—Es Lavinia Wainwright, Emma.

—¿Y?

—Antes no la soportabas.

—Antes, tú lo has dicho. Ha cambiado y está haciendo una gran labor con esos niños. ¿Por qué no habría de ayudarla?

—¿Y si vuelve a hacer de las suyas?

—Pues me disgustaría mucho si eso pasara, pero no voy a desconfiar de todo el mundo por si acaso.

—No es todo el mundo, es Lavinia Wainwright.

Su esposa lo miró con fijeza.

—¿Sabes las cosas que se decían de ti?

—¿Eso qué tiene que ver?

—¿Eran mentira?

—Algunas no.

—Eras huraño y desagradable. Disfrutabas haciendo sentir

incómoda a la gente y, algunas veces, eras cruel.

Edward se rascó la nuca inquieto.

—Ya sé por dónde vas, pero no es lo mismo.

—Tú no eras así, simplemente fingías para protegerte —siguió su esposa—. Eres el hombre más bueno y generoso que conozco y tienes un corazón tan grande que no te cabe en el pecho.

Le rodeó la cintura con los brazos y él la acogió de nuevo sin dudarlo.

—Dices eso porque me amas, no eres imparcial.

Emma sonrió.

—Ya lo creo que te amo, pero también soy imparcial. Contigo y con Lavinia. A las personas hay que juzgarlas por lo que hacen.

—¡Eso estoy diciendo!

—No por lo que hicieron.

—¿Y ya está? ¿Lo olvidamos todo y seguimos con nuestra vida? No creo que Alexander pueda.

—Katherine puede y es la que se llevó la peor parte. Y fue ella la que escribió a Lavinia al sanatorio.

—Eso lo empezó todo —masculló Edward con mala cara.

—¿Te has molestado en hablar con ella? No, ¿verdad?

—Pues te equivocas, le rebatió. Hablé con ella un día que vino a… —se calló de golpe.

Emma bajó las manos y lo miró expectante.

—¿Qué vino a qué?

—Buscando a Elinor.

—Ay, Edward, no me digas que… —Apartó la mirada y soltó el aire con un soplido antes de volver a mirarlo a él—. ¿Qué le dijiste?

—Nada.

—Edward.

Su marido se resistió unos segundos más, pero al final tuvo que relatarle la conversación integra.

—Eres…

—¿Qué? Quería que le quedase claro que no todos estamos obnubilados por su nuevo yo.

—Fuiste muy injusto. Hiriente…

—Fui sincero. No quiero que haga daño a nadie. Todas habéis caído en sus redes y nosotros debemos mantenernos atentos por si acaso.

—Estás preocupado por Brodie.

Edward la miró sorprendido.

—¿Cómo sabes…?

—¿Que Brodie siente algo por Lavinia? —Sonrió irónica—. Los hombres sois muy tontos, ¿lo sabías?

—Creía que solo nos habíamos dado cuenta nosotros.

—Ya.

Emma se acercó a la balaustrada y apoyó las manos en ella contemplando el precioso jardín en el que tantas veces había paseado con Elizabeth, haciéndose confidencias y contándole sus historias.

—Dime lo que sea, Emma —pidió Edward percibiendo la tensión en ella.

Su mujer se giró y lo miró unos segundos antes de hablar, lo que hizo que a él le temblara el corazón.

—Sé que te preocupas por Brodie. Soy consciente de que te has arrogado el papel de hermano en ausencia de los suyos. Pero, amor mío, no es así como se hace. Un hermano no se enfrenta al otro sin tener en cuenta sus sentimientos.

—Unos sentimientos erróneos.

—¿Tú has de decidir eso? Si mis hermanas hubieran actuado como tú, no me habrían dejado casarme contigo.

Él apretó los labios, consciente de que no podía rebatírselo. Cuando se casaron, no es que él se comportase precisamente como un esposo amantísimo.

—Un hermano ha de escuchar en primer lugar. Escuchar, Edward, no lanzarte a dar tu opinión sin tener en cuenta lo que él siente. ¿Le

has escuchado? ¿Te ha abierto su corazón?

—Es un cabezota, no suelta prenda.

—Porque no has mostrado interés, solo quieres conseguir tu propósito y él lo sabe.

—¿De verdad no te importaría que fuese Lavinia? Es que no me cabe en la cabeza.

—Los seres humanos somos muy complejos. Katherine se pasó la vida traumatizada por mis cicatrices y pensando que su belleza era un deber. —Movió la cabeza incrédula—. Todos tenemos cicatrices, que no se vean no significa que no estén ahí. Lavinia también las tiene.

—¿Y ya está? ¿Porque su padre mató a su madre le perdonamos todas las injusticias que cometió y la podredumbre que vertió allí por donde pasaba?

—¿No te parece suficiente castigo? ¿No crees que merece poder empezar de cero después de eso? Porque si no es suficiente no sé qué lo es. Pero no estoy hablando de eso. Me refería a lo que hizo que fuese como era. Mira a nuestros hijos, ¿crees que un niño puede nacer con maldad intrínseca? Yo no lo creo, Edward. Nuestros hijos son buenos porque los amamos, porque nosotros nos amamos y porque viven en un entorno agradable. Pero no todos los niños tienen esa suerte. Deberías visitar el orfanato. Hay una niña, Ruby, a la que su padre gritaba y la golpeaba un día sí y otro también. Esa niña vivió cosas espantosas y ahora tartamudea y tiembla si alguien levanta la voz. Los niños son frágiles y cualquier cosa que pase a su alrededor les afecta.

—¿Y por eso hay que perdonar cualquier cosa?

—Cualquier cosa, no. A la Lavinia de antes no la dejaría acercarse a mis hermanas. Y a Brodie, tampoco. Pero hay que juzgar a las personas por lo que son, no por lo que fueron. De no ser así, nadie podría arrepentirse y cambiar.

—No me fío de ella.

—Habla con Brodie.

Edward desvió la mirada muy serio y Emma lo abrazó apoyando la mejilla en su pecho.

—No sé cómo se hace —confesó él acariciándole el pelo—. No sé lo que hace un hermano.

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—Pero sabes muy bien lo que hace un amigo. Sé su amigo, Edward. Haz lo que harías por Alexander o por William si ellos estuvieran en esa situación. Deja que hable tu corazón, no tus miedos. Y no intentes ser lo que no eres.

—oOo—

Brodie miraba la taberna con expresión sorprendida.

—No imaginaba que conocieras tugurios como este.

—¡Oye! —exclamó Edward con expresión burlona—. Mira el señorito estirado, nadie sospecharía que eres escocés oyéndote hablar así.

—He frecuentado tugurios mucho peores que este. —Lo siguió hasta una mesa—. Pero no imaginaba que el futuro conde de Kenford tuviera gustos tan poco exquisitos.

—¿Qué les sirvo? —preguntó el camarero sin saludos ni preámbulos.

—Dos cervezas.

—¿*Ale* o *porter*?

Edward miró a Brodie que se encogió de hombros.

—¿Tiene *Wee Heavy*? —preguntó.

El camarero asintió y se fue.

—Quieres algo fuerte —se burló Edward.

—Me da a mí que lo voy a necesitar. —Miró a su alrededor—. No podríamos hablar en casa.

—No, no podíamos.

Brodie observaba cómo el camarero llenaba las dos jarras con la espumosa y oscura cerveza. Esperó hasta que las dejó en la mesa, y bebió un trago antes de volver a mirar a Edward.

—Adelante. Estoy listo.

Lo que ocurrió a continuación, no se lo esperaba. Edward comenzó a hablar y le relató lo sucedido con su madre, como lo envió con su padre, lo duro que fue para él y cómo acabó fingiendo su muerte para que él no tuviera más remedio que adaptarse a su nueva vida. Vaciaron dos jarras de cerveza cada uno y luego dos más antes de que llegara a la parte en la que obligó a Emma a casarse con él. Brodie lo escuchaba fascinado por su historia. Había oído comentarios y escuchado retazos de ella, pero ver el cuadro completo lo dejó anonadado.

—Menudo capullo fuiste. —El escocés se levantó de la silla—. Tengo que ir al retrete, espera.

Edward, que ya había ido con la jarra anterior asintió y le hizo una señal al camarero para que supiera que querían más.

—Llevan seis cada uno —dijo el hombre cogiendo las jarras—. ¿Está seguro de que quieren más?

—Ponga una más suavecita a partir de ahora. Una *mild ale*, servirá.

—Tengo una *porter* ligera. Les traeré esa. —Se marchó sin esperar confirmación.

Edward se encogió de hombros.

—Esta no es *Wee heavy* —dijo Brodie cuando la probó.

—He pedido algo más suave, acabaremos borrachos como cubas.

Brodie torció la sonrisa.

—Pensaba que de eso se trataba. —Bebió un largo trago y dejó la jarra en la mesa para limpiarse la espuma con la manga de la chaqueta.

—¿Sabes por qué te he contado todo eso? Porque quiero que seas sincero conmigo. Ya lo sabes todo de mí, ahora somos amigos.

—Creía que eras mi hermano en Londres.

—No, no soy tu hermano, ya tienes muchos hermanos, pero no tienes amigos.

—Tenía uno, pero ya no.

Edward frunció el ceño.

—¿Se murió?

—¡No, hombre! —se rio a carcajadas—. Pero ya no somos amigos.

—¿Por qué?

—Hizo algo.

—Vaya. Eso es malo.

—Muy malo —afirmó Brodie y bebió otro trago—. Oye, esto es muy suave, no me gusta.

—¿Qué hizo?

—¿Quién?

—Tu amigo.

—¡Ah! Chisholm…

—¿Chisholm era tu amigo?

Brodie asintió sacudiendo con fuerza la cabeza lo que provocó que se le revolviera el estómago.

—Uy, no debería moverme tanto. —Se recostó en el respaldo.

—Es el músico del rey.

—Sí.

—Y un buen amigo de los Wharton.

—Sí.

—¿Qué te hizo?

—Me besó.

—¿Qué?

Brodie aún asentía, aunque un poco menos agitadamente.

—Me plantó un beso en los morros.

—¡¿Qué?!

—Ahora entiendes que ya no seamos amigos, ¿a que sí? Y éramos muy amigos. De hecho, es el único amigo que he tenido, aparte de mis

hermanos. Como Liam con Kenneth. Son buenos amigos, los mejores. Pero Liam no lo ha besado, claro. Nosotros también éramos los mejores amigos, pero Chisholm lo estropeó todo.

—No sabía que él… —Se detuvo y abrió los ojos como platos—. ¿Entonces Colin Woodhouse?

Brodie siguió asintiendo. La bruma alcohólica empezó a disipar a la de su entendimiento.

—Emma tiene razón, los hombres somos muy tontos.

—Emma es muy especial —afirmó Brodie—. Tuviste mucha suerte. Yo querría tener suerte.

—¿Con Lavinia? —preguntó mientras se llevaba la jarra hacia la boca.

Brodie abrió los ojos sorprendido.

—¿Cómo lo sabes? Nadie lo sabe. —Sonrió como un bobo—. Soy muy bueno disimulando.

—Eso te crees tú.

—¿Qué dices?

—Emma lo sabe.

—No.

—Ya lo creo que sí —afirmó tratando de coger la jarra que se movía de su sitio todo el rato—. Y, si lo sabe ella, lo saben las demás.

—¿En serio? ¿Quién se lo ha dicho? Porque yo no, te lo aseguro.

—No hace falta, Brodie, ellas lo saben todo sin que digas una palabra. ¿Vas a casarte con Lavinia Wainwright?

—¿Qué? ¡No! A ella no le gusto. Piensa que soy escocés.

—Eres escocés.

—Esa clase de escocés —dijo arrugando la frente—, ya sabes.

—No tenía ni idea de que hubieran diferentes clases.

—Los *highlanders* tenemos fama de apasionados.

—¿Fama?

—Sí, ya sabes, que nos gusta mucho… —hizo un gesto elocuente y el otro abrió la boca y asintió.

—¡Ah, ya! Claro, eso. ¿Y no es cierto?

—Claro que es cierto. Comparado con un inglés cualquiera sería apasionado.

—Oye, oye habla de lo que conoces.

—¿Cuántas veces? —preguntó dejando la jarra vacía en la mesa.

—¿Cuántas veces qué?

—¿Cuántas veces lo haces en una noche?

Edward torció una sonrisa.

—Mi logro sin precedentes son tres veces.

—Cinco.

—Imposible.

Brodie asintió y le hizo un gesto al camarero señalando la jarra vacía. El hombre se acercó.

—Páguenme —ordenó.

—¿Qué dice? —Edward lo miraba ceñudo—. Aún no hemos terminado.

—Páguenme lo que llevan bebido y luego les traigo más. No quiero que acaben inconscientes y se les olvide lo que han bebido.

—Llevamos siete jarras cada uno —dijo Brodie sacando las monedas para pagarle.

Cuando volvieron a quedarse solos el inglés lo miró expectante.

—¿Cinco completos? ¿Todo, todo?

Brodie asintió.

—Pues sí que sois apasionados, sí. Y resistentes. Creía que yo era un caso especial… —dijo decepcionado.

—Tú tienes esposa y yo no. Tú eres el afortunado.

—¿Te gusta Lavinia?

—¿Quieres que acabemos a golpes? —Cogió la jarra y se la llevó a la boca con excesivo ímpetu lo que hizo que se vertiera una buena cantidad sobre la ropa. Se limpió con la mano y bebió el resto.

—Quiero que seamos amigos y los amigos se cuentan sus cosas. Yo te he contado mi vida.

—Porque has querido, que yo no te he preguntado. —Observó la jarra con fijeza—. ¿Qué pasa si me gusta? ¿Estoy traicionando a alguien?

Edward negó con la cabeza.

—No. Si te gusta será que de verdad ha cambiado. No podría gustarle a nadie decente de no ser así. Tú eres de buena pasta.

Brodie sonrió agradecido.

—Tú también. No me gustaría que esto se interpusiera entre nosotros.

—Ojalá que seas tan afortunado como yo.

Brodie levantó su jarra.

—Brindo por ello.

—No, brindo yo por ello.

Chocaron las jarras y bebieron hasta apurar su contenido.

—Deberíamos irnos ahora que aún podemos mantenernos en pie —dijo Brodie tambaleándose—. Suerte que has dicho de venir en carruaje.

Edward le pasó el brazo por los hombros y se ayudaron mutuamente a llegar hasta la puerta.

—Emma te va a matar. —El escocés se agarró con las dos manos para poder subir al vehículo.

Edward lo empujaba riendo y subió tras él. Se tiró en el asiento de enfrente sin dejar de reír.

—Estoy como una cuba.

—No sabes beber —arrastró las palabras—. Los ingleses no aguantáis ni un poco de cerveza.

—¿Poco? —siguió riendo—. Nos hemos bebido más cerveza que todos los demás clientes juntos.

Capítulo 24

El siguiente viernes Brodie se llevó en primer lugar a los niños, de ese modo la señorita Duffield podía continuar con la clase para las niñas y no desestabilizaba todo el horario. La maestra no parecía muy contenta con la decisión de escocés, llevaba toda la semana preparándose para ese día y no parecía que su esmerado atuendo hubiese tenido el menor efecto en él.

Heather también estaba enfurruñada. La niña sí se percataba del interés de la maestra y no estaba para nada contenta con el asunto. Le gustaba mucho Brodie McEntrie y ahora eran amigos eternos, así que convertirse en el prometido de la señorita Duffield sería nefasto para su relación. Además, se había percatado de que la señorita Lavinia también sentía algo por él, cosa que sería muchísimo más ventajosa, según ella.

El malhumor de una alteraba el de la otra y así, a media mañana, el ambiente en el aula estaba tenso como la cuerda en el *Tug of War*.

La señorita Duffield había hecho levantar a Ruby de su sitio y colocarse delante de las demás para responder a sus preguntas. La niña tenía cada vez más problemas para responder y su tartamudeo se había exacerbado tanto que no era capaz de decir una palabra sin trabarse. Heather levantaba la mano una y otra vez para responder a las preguntas de la maestra, que la ignoraba como si estuviese pintada en la pared. En un momento dado, la maestra sacó la vara y la sostuvo entre sus manos, golpeando una de sus palmas con un ritmo constante.

—Señorita Duffield, por favor, no le pegue —suplicó Heather viendo cómo temblaba Ruby.

La maestra se acercó a ella con expresión seria.

—¿Te piensas que a mí me gusta usar la vara, niña respondona?

—No, señorita —mintió.

—Si castigo a Ruby será por su bien. ¿Qué creéis que pasará si no

consigo quitarle esta estúpida manía? ¿Quién va a querer a una retrasada? Tendrá que fingir ser muda para que no se den cuenta. Lo hago por su bien. —La señaló con la vara—. Bájate las medias y súbete la falda por encima de las rodillas.

Ruby empezó a sollozar al hacer lo que le decía. La maestra se acercó a ella y sin previo aviso la golpeó en las pantorrillas.

—Ahora te preguntaré de nuevo y contestarás sin tartamudear. ¿Quién fue el primer monarca de Inglaterra?

—*Gui gui gui gui*…

—Guillermo el Conquistador —dijo la maestra golpeándola de nuevo—. ¡Dilo!

Heather se puso de pie.

—Siéntate inmediatamente, Heather.

—Por favor, señorita —pidió la niña muy seria.

—He dicho que te sientes. ¿O es que quieres recibir tú también? ¿Te crees que no te voy a castigar por ser la preferida de la señorita Wainwright? Ven aquí, colócate al lado de Ruby.

Las demás niñas estaban petrificadas y la tensión se sentía en el ambiente como cuando se ve un relámpago y esperas a oír el trueno para saber cuánto daño ha hecho.

Heather cogió a Ruby de la mano y sonrió para reconfortarla. La niña la miraba con admiración y temor.

—El dolor es solo dolor, Ruby, no pasa nada.

La profesora golpeó a Ruby mirando a Heather y la niña volvió a sollozar.

—Solo es dolor, Ruby —se rio la maestra y la golpeó de nuevo.

—Pégueme a mí —pidió Heather—, por favor, señorita, déjela a ella. Mire los verdugones de sus piernas. Ya la ha castigado bastante.

Otro golpe que fue a parar a las pantorrillas de Ruby y Heather apretó los labios consciente de que era por su culpa.

—Cada vez que habrás la boca le daré con la vara. Cuanto antes sepa Ruby… —Miró al resto de niñas—. Cuanto antes sepáis todas que

ser amigas de Heather solo os traerá disgustos, mejor para todas.

Heather bajó cabeza dispuesta a no decir una palabra más.

—Vamos, Ruby, todavía no he oído el nombre de nuestro primer rey.

—*Gggg ggggui*

Heather no pudo contenerse, fue hacia la maestra y le sujetó la mano con fuerza.

—Basta, por favor, señorita, por favor.

La maestra apretó la vara con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—¿Cómo te atreves a sujetarme?

—A la señorita Wainwright no le gustará esto —dijo soltándola.

—¿Cómo te atreves? —repitió furiosa.

—Deje a Ruby, por favor —pidió la niña bajando la cabeza—. Castígueme sin recreo hasta que se acabe el año. Pégueme a mí, pero, por favor, déjela en paz.

—Señorita… —Evie intervino poniéndose de pie—. Es verdad que la señorita Wainwright no quiere que use la vara.

—Lo dijo delante de todos —añadió Beatrice.

La maestra estaba furiosa, pero no podía pegarles a todas.

—¡Sentaos! —Miró Ruby—. ¡Todas!

—Gracias, señorita Duffield —dijo Heather y a la señorita le pareció ver en sus ojos una chispa de triunfo.

—Te crees que me has ganado, ¿verdad? Eres una niña estúpida que no sabe quién es su padre porque tu madre se entregaba a todo aquel que pudiese darle unas monedas…

Heather tenía la mirada clavada detrás de la maestra y la señorita Duffield se giró con curiosidad y se topó con que Brodie estaba de pie frente a uno de los enormes ventanales abiertos. Estaba en mangas de camisa y no llevaba pañuelo al cuello, la maestra sintió el calor que afloraba a sus mejillas y carraspeó inquieta.

—Señor… McEntrie.

—Es hora de las niñas —dijo él muy serio dejando paso a los muchachos que ocuparon su sitió sin hacer ruido.

—Niñas, preparaos —animó la maestra con una sonrisa forzada—. Evie, Beatrice y Ruby. Id.

Ruby se levantó con cuidado y caminó despacio siguiendo a las demás. Miró a Heather con preocupación y se limpió la cara que aún tenía restos de lágrimas. Brodie le puso una mano en el hombro cuando llegó a su lado.

—¿Podría hablar un momento con usted, señor McEntrie? —pidió la maestra.

Brodie les dijo a las niñas dónde estaba el potrillo.

—Esperadme allí. No lo toquéis hasta que esté con vosotras, está un poco nervioso.

Las niñas se alejaron y el escocés se giró hacia la maestra. Ella le hizo un gesto para que se apartasen de las ventanas y se alejaron.

—Siento que haya tenido que presenciar una escena tan terrible. ¿Desde cuándo…?

—Desde que le ha hablado a Heather sobre su madre.

—¡Oh! —Se llevó una mano al pecho y se dio aire con la otra—. Qué vergüenza, lo que debe usted pensar de mí. Sepa que jamás pierdo los nervios de este modo. Esa niña va a acabar conmigo. No sabe el suplicio que estoy pasando con ella.

—Creía que tenía usted experiencia.

—Y la tengo, la tengo, pero nunca es suficiente cuando te encuentras con un diablo como ese. Debería pedirle a la señorita Wainwright que me permitiese expulsarla definitivamente del aula, pero soy demasiado blanda y me da pena.

—Si quiere puedo pedírselo yo. —Contuvo una sonrisa irónica.

—¿Usted? Válgame Dios, no, ¿cómo voy a meterlo a usted en un asunto tan insignificante como este?

—Como lo desee.

—Por cierto, ¿ha pensado ya en lo que le dije?

—¿En qué, concretamente?

—En lo de ir a tomar chocolate a Piccadilly. Como ha podido comprobar, a pesar de tener mucha experiencia con niños, aun así, cometo errores. Estoy segura de que mis conocimientos podrían serle de gran...

—Señorita Duffield, no me gusta el chocolate y no tengo el menor interés en tomarlo con alguien capaz de hablar a una niña huérfana del modo en que usted le ha hablado a Heather. Y ahora, si me disculpa, las niñas me esperan. Que tenga un buen día.

La maestra sintió que se le retorcía el estómago y su rostro se teñía de ira.

—¿Cómo se atreve?

Brodie se detuvo para volverse a mirarla y su rostro habría asustado a un hombre de su talla.

—¿Que cómo me atrevo? Lo que no sé es cómo puedo contenerme, porque ahora mismo lo que me apetecería sería echarla a patadas de aquí.

—Usted no es nadie para…

—No, no lo soy y de gracias por ello.

Se alejó de ella a grandes pasos y la maestra escuchó a su espalda el ruido de las sillas dentro del aula. Cuando se giró ya estaban todos sentados de nuevo, pero sus caras evidenciaban que estaban al tanto de todo.

—Espero que actúe en consecuencia y con severidad —insistió la maestra—. Está claro que Heather no tiene solución…

—Las piernas de Ruby están llenas de verdugones. Tendrá suerte si no le quedan marcas. No quiero que vuelva a utilizar un castigo semejante jamás —la cortó Lavinia mirándola de frente—. Es del todo inhumano y no voy a permitirlo.

—Si no uso la vara, ¿cómo quiere que los adiestre?

—Son niños, señorita Duffield, no animales.

—Por eso Heather es tan soberbia y respondona. Está claro que se siente protegida por usted y esa es la causa de su imperdonable comportamiento. Se atrevió a cuestionarme delante de los demás y cuando le ordené que se callara, no solo no me hizo caso, sino que se mostró aún más irrespetuosa. ¡Me agarró de la muñeca!

—No actuó en beneficio propio sino para defender a Ruby, a la que usted estaba golpeando salvajemente, cosa que, por cierto, le advertí que no hi…

—Y yo le advertí —la cortó la otra con expresión tajante—, que no toleraría interferencias en mi trabajo. Si no voy a tener total libertad para actuar según mi criterio, me veré obligada a renunciar. Y le aseguro que todo el mundo sabrá la clase de educación que les está dando a estos niños.

Heather, que hasta entonces se miraba los zapatos visiblemente mortificada por el modo irrespetuoso en que le hablaba a Lavinia, levantó la vista y miró a la maestra asustada.

—Ella no tiene la culpa de nada. Castígueme todo lo que quiera, no protestaré. Puede atarme a la silla y amordazarme si quiere.

Lavinia sintió un pellizco en el corazón, pero no lo demostró cuando miró de nuevo a la maestra.

—Acepto sus reproches con humildad, señorita Duffield. Tiene razón en que Heather tiene un carácter difícil, pero no hay ninguna justificación para golpear a una niña por el mero hecho de que tartamudee.

—Lo hago por su bien. Tenemos que conseguir que pueda ocultar su retraso o su vida será muy difícil, señorita. Esa es mi misión aquí, conseguir que estos niños tengan la mejor vida posible. Dentro de sus eximias posibilidades, por supuesto.

—¿Y para eso es necesario golpear a una dulce criatura cuyo único pecado es ponerse nerviosa? Me parece repulsivo e

injustificable.

—¿Injustificable? ¡Menuda exageración! Se nota que no ha tenido que enderezar tantos arbustos torcidos como yo. Fíjese en Heather, esta niña se aleja de la posibilidad de tener una vida de provecho a marchas forzadas. Mano dura es lo que necesita, mano dura, se lo aseguro. Acabará convirtiéndola en un despojo inútil si continúa protegiéndola de este modo. Y en cuanto a Ruby, sepa que los nervios son muy perjudiciales, señorita, hay que controlarlos en cuanto aparecen los primeros signos de descontrol.

—Sus nervios empeoran cuando se la pone en situaciones incómodas y es evidente que usted es una experta en eso.

La maestra se rio a carcajadas.

—Debería haberla echado del aula, así me ahorraría perder el tiempo con ella. Que se dedique a oler las flores en el jardín, que es lo que le gusta.

—Le gusta estudiar los insectos, no oler las flores.

—Lo que sea. —La maestra se cruzó de brazos en una actitud defensiva—. Saque a las dos del aula y todo irá bien.

—Señorita Duffield, hablemos con serenidad. Heather hizo mal en enfrentarse a usted, es cierto, y merece un castigo por ello, pero no podemos transmitir a los niños que la violencia es un método para conseguir las cosas. O que hay que echar a aquellos que nos incomodan.

—¿Cómo que no? ¡Por supuesto que sí! ¿O acaso cree que la justicia no hace bien al castigar a los delincuentes? Si alguien mata a otro ser humano, es justo que corra la misma suerte. Ya sabemos que las leyes no son iguales para todos, que quien tiene dinero puede librarse por mucho daño que haga, pero no es eso lo que van a tener estos niños, ¿verdad? Dinero es precisamente lo que les va a faltar, así que cuanto antes sepan que para ellos no va a haber concesiones y que si no hacen las cosas bien se les pedirán cuentas, mejor.

Lavinia había empalidecido y su expresión era de profunda

confusión.

—Eso es…

—Mire, señorita, si quiere que siga siendo la maestra de estos niños, tendrá que aceptar mis métodos. Si no le gusta, está en su derecho de buscar a alguien que me sustituya. —Sonrió con malicia—. Está claro que aboga por causas perdidas.

Lavinia la miraba sin dar crédito; nunca le habían hablado con tan poco respeto. Lo que estaba claro era que ya no infundía el temor y la consideración de antes.

—Veo que no vamos a ponernos de acuerdo, así que acepto su renuncia. Si quiere una carta de recomendación, debe saber que incluiré en ella los motivos de nuestro desacuerdo.

—¿Para qué iba a querer una carta de recomendación suya? No creo que me resultase de ninguna utilidad. Deje que estos niños se rían de usted, ¿qué más da si ya lo hace todo Londres?

La maestra se giró hacia Heather, que observaba la escena con profundo pesar.

—Llora, llora, niña mala y odiosa, me alegro de no tener que seguir perdiendo el tiempo contigo.

Abandonó el salón sin más y Lavinia necesitó respirar hondo varias veces para recuperar la calma.

—Señorita… ¡lo siento tanto! No volveré a abrir la boca. Voy a quedarme callada para siempre.

Lavinia levantó una mano para que parara y la niña se tapó la boca con las manos.

—La señorita Duffield dice que se marcha. —La gobernanta había entrado en el salón y las miraba a ambas alternativamente.

—Sí —explicó Lavinia.

—¡Oh, por fin! —exclamó la mujer acercándose a Heather para acariciarle el pelo—. ¿Estás bien, niña? Tienes una cara de susto…

—Me duele el corazón por lo que he tenido que escuchar —dijo la pequeña—. Le ha dicho unas cosas muy feas a la señorita, y ella no

tiene la culpa de nada.

La señorita Perkins miró a Lavinia que puso los ojos en blanco.

—No seas exagerada, Heather.

—Lo importante —puntualizó la señorita Perkins—, es que nos hemos librado de ella. A una mujer que es capaz de tratar así a unos niños, no se le debería permitir acercarse a ellos siquiera.

—La otra vez no acudió nadie para el puesto —musitó Lavinia y se mordió el labio inquieta.

—No necesitamos a nadie, usted es una maestra excelente y podrá enseñarles todo lo que necesitan.

—No tengo los conocimientos necesarios. Hay que enseñarles álgebra y geometría, no solo literatura e historia. Además… está muy enfadada, a saber qué contará.

—Ay, señorita —sollozó Heather—, debería echarme a mí también. Yo no quiero que lo haga, pero no protestaré. Iré a ver al señor Hastings y le pediré que haga una excepción, sé que no le gustan las niñas, pero estoy dispuesta a convertirme en un muchacho si así puedo ser deshollinador.

Lavinia miraba a Heather anonadada. Miró hacia un lado y suspiró antes de acercarse a ella para acariciarle la cabeza como había hecho la señorita Perkins.

—Deja de hablar como si fueses una anciana, niña, y ve a que la señora Crone te dé algo de comer, debes estar hambrienta con tantas emociones.

—Ha preparado un montón de galletas de jengibre. —La gobernanta la cogió por los hombros—. Vamos, te dejaré comer las que quieras.

—Tres —puntualizó Lavinia—. De momento, solo tres.

—Pero si ha preparado tantas se van a echar a perder. ¿Cuatro? —dijo la niña mostrando ese número de dedos.

—He dicho tres, pero puedo bajar a dos si no te callas —dijo seria.

La niña lanzó un bufido desencantado y siguió a la gobernanta, pero antes de salir se giró para mirarla.

—No es cierto, señorita, aquí nadie se ríe de usted.

Lavinia sonrió levemente por la puntualización.

—No te preocupes por mí Heather, yo soy la adulta de las dos.

—Vamos, hay que ver lo que te gusta hablar. —La señorita Perkins volvió a cogerla de los hombros y salieron juntas de allí.

Lavinia se dejó caer en una butaca como si le pesaran hasta los pensamientos. Nunca imaginó que la señorita Duffield fuese capaz de ser tan cruel.

Alguien tocó a la puerta y miró hacia ella sorprendida al tiempo que respondía que pasaran. Se levantó de golpe al ver entrar a Brodie en mangas de camisa.

—Disculpe mi aspecto —dijo apartándose el pelo que le caía sobre los ojos.

—No se preocupe. Creía que ya había terminado.

—Sí, pero he estado haciendo algunos arreglos en las caballerizas, estaban muy descuidadas.

—¡Oh! No debería haberse molestado. Si me lo hubiera dicho habría enviado a alguien…

—¿A quién? —preguntó muy serio—. Solo tiene al señor Horton y bastante hace el hombre.

Lavinia se mordió el labio consciente de que tenía razón.

—Muchas gracias.

—No he venido a que me dé las gracias.

—Claro. Dígame lo que necesita.

—Me acaba de decir la señorita Perkins que ha despedido usted a esa maestra.

Lavinia asintió pesarosa.

—Ha sido una estupidez, ¿verdad? Puede decírmelo, no se deben manejar estas cosas con las emociones a flor de piel. Debería haberme callado y haber esperado a que se me pasara el disgusto, pero…

—A mí no se me habría pasado.

—¿Qué?

—Si no la hubiese despedido me habría decepcionado profundamente. Esa mujer no debería acercarse a un niño a menos de una milla de distancia.

Lo miró desconcertada.

—No entiendo…

—Le dijo unas cosas espantosas a Heather.

—¿Qué cosas?

—Estoy seguro de que no querrá oírlas. Le habló de su madre insinuando que era una ramera.

Lavinia empalideció y se retorció las manos desviando la mirada. Brodie entornó los ojos y la miró con atención.

—Usted no sabe…

Brodie no se inmutó.

—¿Y Heather lo sabe?

—Sabe que su madre daba «fiestas» y recibía a caballeros «muy cariñosos». Es una niña, ¿qué más puede saber?

—Entiendo.

Ella se ruborizó

—No me puedo creer que la señorita Duffield le haya hablado de eso —dijo ella con pesar.

—¿Heather conoció a su padre?

Lavinia lo miró horrorizada al darse cuenta de que eso era lo que la maestra le había dicho.

—Qué mujer tan odiosa —dijo al fin—. No me importa lo que diga de mí, pero esas niñas…

—Le dije que la despidiera.

—Me dijo que no interfiriera en sus métodos —dijo ella dolida.

—Si no estaba dispuesta a despedirla —puntualizó él—. Pero yo la habría despedido.

—Para usted es fácil decirlo. —Se dejó caer en el asiento—. Señor

McEntrie, ¿qué voy a hacer?

—Llamarme Brodie, estoy harto de oírla llamarme por mi apellido.

—No voy a tutearle.

—No se lo he pedido.

Lavinia estaba demasiado preocupada para analizar el extraño comportamiento del escocés.

—De verdad que no sé qué hacer —musitó para sí—. En serio que no sé cómo voy a solucionar esto. No puedo darles clase, no sé álgebra, mis conocimientos de ciencia son muy básicos y en geografía soy un desastre. Y esa mujer está enfadadísima conmigo, le va a hablar mal de mí a todo el mundo. No sé cómo enfrentar la…

—Respire hondo —dijo Brodie acercándose.

Lavinia lo vio frente a ella, tan alto, tan impresionante y con aquellos ojos que podían hipnotizarla.

—Ya no está sola, tiene personas que la apoyan.

Está hablando de las Wharton, de ningún modo habla de él. Deja de pensar tonterías.

—A Ruby no le quedarán marcas y Heather… Esa niña es más fuerte que usted y que yo juntos.

—Cuando le dije a la señorita Duffield que no quería que emplease el castigo físico, le conté que el padre de Ruby le pegaba. —Movió la cabeza intentando contener las lágrimas—. ¿Cómo ha podido…?

—No sirve para el trabajo, es así de sencillo. Agradezca haberse librado de ella. En cuanto a lo de las clases, yo puedo ocuparme…

—¡Por supuesto que no! Usted hace demasiado ya, de ningún modo va a…

—No me ha dejado terminar —la cortó—. Puedo conseguirle un maestro.

—¡Ah! —exclamó avergonzada.

—¿Creyó que iba a ofrecerme para darles clase? —Enarcó una

ceja con mirada irónica.

—No. Creí…

Brodie frunció el ceño y esperó.

—… pensé que se ofrecía a enseñarme a mí.

El escocés la miró sorprendido.

—¿Quiere que le dé clases de álgebra?

—No.

—¿Entonces?

—¡Oh, déjelo ya!

—¿Que deje el qué?

—De burlarse.

—Señorita Lavinia…

—No se moleste en negarlo, se está burlando de mí y no está bien. Estoy demasiado alterada para captar las señales.

—No las capta nunca —se burló—. Pero hoy no tengo ganas de bromear sino de partirle la crisma a alguien.

Ahora fue ella la sorprendida. Brodie señaló sus manos.

—Si sigue haciendo eso voy a tener que cogérselas.

—¿Qué? No.

—Ya sé que no soporta que la toquen, pero deje de retorcerlas, me pone muy nervioso.

Ella dio un paso atrás de manera instintiva.

—¿Me tiene miedo?

—Un poco.

—¿Qué piensa que voy a hacer?

—No lo sé. Tiene una expresión que asusta.

Él dejó salir el aire que se había atascado en sus pulmones y relajó levemente los hombros.

—¿Mejor así? —preguntó intentando sonreír.

—Oh, desde luego, mucho mejor. Ya no parece que tenga ganas de estrangular a alguien, solo de lanzarlo por la ventana.

—Tampoco se haría mucho daño.

Se quedaron un momento en silencio.

—Deje de mirarme así —ordenó él cambiando el peso al otro pie.

—¿Cómo le miro? —preguntó confusa.

—Así —la señaló.

—Ah, ya, está claro. —Apartó la mirada.

—No he dicho que no me mire, solo que no lo haga… normal, como si yo no fuera… nadie.

Lavinia no podría estar más confusa. O sí, porque el escocés no dejaba de sorprenderla.

—Será mejor que se marche, señor… Brodie.

Él torció la sonrisa, pero no dijo nada. Y tampoco se movió.

—¿Tiene algo más que decirme?

—Le conseguiré un maestro.

—Se lo agradeceré eternamente.

—Con una condición.

Ella contuvo la respiración.

—Vendrá conmigo al baile de los Greenwood.

—¿Qué? No.

—Entonces no quiere mi ayuda —dijo caminando hacia la puerta —. Si cambia de opinión hágamelo saber. Empiece por las ecuaciones cuadráticas, seguro que en unas cuantas semanas las domina.

Salió dejándola completamente perpleja.

Capítulo 25

Bonnie dejó la taza sobre la mesita y miró a su madre expectante, pero la mujer solo tenía ojos para el pequeño Adam al que sostenía sobre sus piernas mientras le hacía carantoñas de abuela.

—Este niño es demasiado precioso —dijo Rosslyn sincera—. Yo no tuve hijos feos, pero es que tú eres demasiado bonito, ¿verdad, tesoro?

Bonnie sintió una punzada en el pecho al verla hablándole con tanto cariño. Su madre se desvivía por su nieto, era como si todo el amor que tuvo que contener durante años le saliera ahora por todos los poros de su ser.

—Mamá… —llamó su atención.

—Dime, hija —Rosslyn la miró interrogadora.

—Gabriel.

—¡Ah, eso!

—Sí, eso. ¿Vas a aceptar su invitación para ir a Londres? Algún día tendrás que ver a Duncan…

—Sí, claro, algún día —dijo la otra fingiendo distraerse.

Bonnie comprendió que no conseguiría nada si no la tenía para ella sola.

—Señora Burns, ¿puede encargarse de dar la merienda a Adam, por favor?

La mujer sonrió al tiempo que asentía, dejó en la cesta la labor en la que trabajaba y se levantó para coger al pequeño.

—Puede merendar aquí —se quejó Rosslyn.

—En la cocina estará mejor —argumentó la señora Burns y salió del salón sin darle más opción a protestar.

Rosslyn miró a su hija con un mohín en los labios.

—¿Por qué me privas de disfrutar de mi nieto? Eres mala.

Bonnie le sirvió el té y le entregó la taza ignorando su protesta.

—Y ahora, dime qué planes tienes con Gabriel.

—No tengo ningún plan —dijo la otra mirándola con arrogancia.

—Mamá.

—¿Qué? Es la verdad. Quedamos en escribirnos de vez en cuando y es lo que ha hecho.

—Te invita a que vayas a Londres. Quiere que veas cómo se ha instalado Duncan y que están bien.

—Pues claro que están bien. Ahora está con su padre, un hombre que tiene la cabeza sobre los hombros.

—¿No quieres verlos?

—No es eso, hija. —Bebió un sorbo de té y volvió a poner la taza en el platito antes de hablar—. Está bien, te diré lo que pienso, pero no me manipules para que haga lo que tú quieres.

—Yo no quiero que hagas nada, mamá, lo único que quiero es saberlo.

Su madre mostró con su expresión que no creía una palabra, pero no protestó al respecto.

—Todavía no tengo fuerzas para enfrentarme a ellos.

—¿A ellos?

—A ninguno de los dos. Tu hermano no quiso ni despedirse de mí. Me odia por lo que… pasó.

Bonnie suspiró dejando salir el aire de golpe.

—Duncan tiene mucho en lo que trabajar, no es el más indicado para reprochar nada a nadie.

—Para él era su padre y lo quería.

—No lo creo.

—Bonnie…

—No, mamá, nadie lo quería. No era una persona digna de ser querida y se esforzó mucho para que así fuese. No es culpa nuestra, solo suya.

—Aun así, fue mi esposo durante treinta años, me dio cinco hijos y eso no me lo va a quitar nadie.

Bonnie hizo que dejara la taza en la mesilla y le cogió las manos sonriendo con cariño.

—Sea como sea, el pasado pasado está y ahora tienes que mirar hacia delante.

—Y eso hago —dijo Rosslyn sonriendo también—. Mira esta casa, aquí soy muy feliz. Nunca pensé que volvería a vivir aquí.

Bonnie miró la habitación en la que estaba.

—Lo sé, pero mereces mucho más.

—¿Más que ser feliz? —Negó con la cabeza—. Creía que jamás volvería a serlo, cada día es un regalo, hija. Verte a ti, a tu hijo, ver la vida que has conseguido… Nada podría darme mayor dicha.

—No quiero que sigas viviendo a través de tus hijos, quiero que tengas tu propia vida. Gabriel te ama, madre, no ha dejado de amarte nunca.

Rosslyn bajó la mirada a sus manos y negó con la cabeza.

—Yo ya no soy esa mujer.

—Claro que lo eres. Sigue ahí, dentro de ti, esperando a que la dejes salir. Solo tienes que darle la oportunidad. Mamá, por favor, ve a verlos, solo eso. ¿Qué mal puede hacerte?

La mujer suspiró con impaciencia, pero finalmente asintió.

—Lo pensaré, pero no me des más la lata con esto y déjame disfrutar de mi nieto.

Bonnie sonrió satisfecha.

—Lo vas a malcriar demasiado.

Rosslyn se rio divertida.

—Pienso mimarlo todo lo que pueda —dijo poniéndose de pie.

Su hija la vio abandonar el salón y cuando se quedó sola miró a su alrededor. La primera vez que vio ese salón estaba desvencijado y sucio y le pareció un lugar triste, pero ahora era una habitación llena de luz y color. Igual que su madre, no quedaba apenas nada de aquella mujer oscura, solitaria y mezquina que se ocultaba detrás de una fingida y distante pose. Ahora la abrazaba y besaba como si le diera la

vida el contacto con otro ser humano. Merecía ser feliz y no se rendiría hasta conseguirlo.

—Encontraré la manera de llevarla a Londres.

Ewan la observaba burlón mientras se libraba del pañuelo del cuello tirando suavemente.

—Me veo viajando a Londres.

Su esposa lo miró sonriente y asintió antes de darle la espalda para que la ayudase con los botones del vestido. Ewan la besó en el cuello antes de iniciar la tarea y ella ronroneó de gusto sujetándose el pelo a un lado.

—Merece una oportunidad. Y Mungo también.

—Tenemos que dejar de llamarlo Mungo, su nombre es Gabriel.

—Ya sé cuál es su nombre, pero para mí siempre será Mungo. Y para Augusta y las demás. Han sido años de llamarlo por ese nombre.

Ewan terminó la tarea y la ayudó a desprenderse del vestido, pero antes de que se apartara la atrajo hacia su cuerpo y volvió a besarla en el cuello.

—Estamos hablando —dijo ella dándose la vuelta en sus brazos.

—Mmmm —asintió él.

—Esta semana ya lo hemos hecho cuatro veces y solo estamos a sábado.

Ewan soltó una carcajada.

—¿Sigues llevando la cuenta?

Ella acarició la tela de su camisa rehuyendo su mirada conteniendo la risa.

—No puedo evitarlo.

—Tienes que dejar de hacer eso. Me pone muy nervioso.

—¿El qué? —preguntó mirándolo inocente.

—Contarlo todo.

—No lo cuento todo.

—Ya lo creo que sí. Se te nota en la cara.

—Qué tonto eres.

—Bonnie, ahora sé cuántas veces me muevo antes de…

La risa se le escapó por la comisura de los labios y él la apretó con fuerza sacudiéndola.

—No te rías.

—Es que pones una cara tan graciosa…

—Acabará por afectarme y quizá no pueda satisfacerte como mereces.

Su mujer bajó una mano y la llevó hasta un lugar muy sensible sin dejar de mirarlo.

—No creo que eso te pase nunca, amor mío.

La besó sin más tardanza, ansioso por averiguar cuántos movimientos necesitaría esa vez para llevarla hasta lo más alto.

—¿Quieres ir a Londres? —Augusta la miraba interrogadora mientras terminaba de vaciar el último baúl.

—Mi madre no irá si no le doy un motivo. Pero no se me ocurre ninguno, la verdad.

—Esto ya está —dijo su cuñada reposando en sus talones y con las manos sobre la falda de su vestido—. Qué decepción.

Bonnie sonrió con cariño.

—Esperabas encontrar algo más que trastos viejos.

Augusta asintió.

—¿Un diario, quizá? —preguntó Bonnie acercándose.

Augusta volvió a asentir.

—¿Tú llevas un diario? —preguntó la más joven.

—No. Siempre me ha dado vergüenza que alguien pudiera leerlo.

—Nadie lleva un diario hoy en día. —Bonnie se sentó frente a ella en la misma postura—. Rowena también lo buscaba.

—¿Y tú qué sabes? —dijo la susodicha desde la otra punta de la habitación sin dejar de limpiar la ventana—. Deberíamos haber hecho esto el primer día, parecemos tontas. Mirad la luz que entra ahora.

Las otras dos asintieron.

—Pues ha sido una desilusión —reconoció Augusta—, de verdad esperaba encontrar algo que nos ayudase a conocerlas mejor.

Rowena se acercó a ellas con el trapo mojado en la mano.

—¿Para qué quieres conocerlas mejor?

—No lo sé. Tenía curiosidad.

—Tu madre conocía muy bien a Constance, seguro que te ha hablado de ella. —Rowena se sentó con ellas.

—Pero solo de ella. Alana nunca fue su amiga.

—Alana no tenía amigos —masculló Rowena con expresión de desprecio.

—No debió de ser fácil para ella —dijo Augusta.

—¿Ahora vas a defenderla?

—No es eso, solo trato de ser justa. ¿Imagináis lo que sería estar casada con vuestros maridos sabiendo que no os aman? Lo he pensado a veces y me he sentido morir.

Bonnie asintió con la cabeza.

—No debió ser nada fácil para ella —musitó.

—¿Tú también? —Rowena hizo un gesto, visiblemente enfadada—. Era un monstruo, hizo mucho daño a todo el mundo.

—Lo sé, pero eso no quita que ella también debió de sufrir mucho —insistió Augusta.

—No soporto que la defiendas, me pone enferma.

—Rowena, las cosas no son blancas o negras, hay muchos más colores en…

—Esa mujer era un demonio.

—Antes pensabas que Kenneth también lo era.

—Eso es distinto.

—No, no lo es. Juzgamos los hechos que conocemos, pero hay muchas cosas que no sabemos. Me habría gustado conocer mejor a Alana y ser capaz de entenderla un poco. Quizá así podría perdonarla por lo que le hizo a Caillen. Y a Kenneth.

Rowena soltó el aire por la nariz con los labios apretados. Seguía pensando que esa mujer no merecía compasión.

—A veces me pregunto si no tendría algo que ver con la muerte de Constance —dijo en voz alta.

—¡Rowena! —exclamó Augusta.

—¿Eso te preguntas? —la potente voz de Kenneth sonó detrás de ella y se puso de pie sobresaltada.

—¿Qué haces ahí?

—Venía a avisaros de que ya está servido el almuerzo —dijo muy serio.

—Estoy hambrienta —dijo Augusta poniéndose de pie para dirigirse a la puerta.

—Y yo —corroboró Bonnie saliendo tras ella.

Rowena no se movió del sitio y esperó hasta que Kenneth cerró la puerta y se acercó a ella.

—Así que por eso tenías tanto interés en limpiar todo esto —dijo con pesar—. Pensabas averiguar algo aún más perverso sobre mi madre.

—No es ningún secreto que la odio.

—Era mi madre.

—Sí, lo era, y tú y Lachlan sois lo único bueno que hizo en la vida.

Kenneth apretó los labios y sus ojos brillaron acerados.

—Constance se cayó del caballo, fue un accidente.

—Quizá alguien la ayudó.

—Rowena.

—¿Qué? Tú mejor que nadie sabes de lo que era capaz. Estaba embarazada y creía que lo único que la separaba de Craig era Constance. —Se encogió de hombros—. Yo no lo descartaría.

Kenneth la miró tan dolido que todo su aplomo se esfumó. Lo vio darse la vuelta dispuesto a salir de allí sin decir nada más, pero corrió para interponerse en su camino.

—¿Qué pasa?

Él seguía con aquella expresión aterradora, de una vulnerabilidad dolorosa.

—Sabes el terror que me provocaba pensar que tuvo intención de matar a mi hermano y que si he podido superarlo es porque Caillen no cree que ese fuera su deseo. ¿Y tú quieres demostrar que era una asesina?

—Kenneth…

Él intentó sortearla, pero ella no se lo permitió.

—Perdóname, no me daba cuenta de…

—No, no te dabas cuenta, lo sé. Eres impulsiva y siempre estás demasiado segura de todo como para pararte a pensar antes de actuar. ¿Qué bien podría hacerle a nadie en esta familia que revolváis los trapos sucios del pasado? ¿Para qué habéis desmantelado este cuarto? ¿Te crees que no sabíamos que todo eso estaba aquí? Si lo habíamos dejado arrinconado era por algo.

—No fue idea mía.

—No, ya lo sé, pero tú eras la que tenía una intención más retorcida, ¿verdad? No imagino a Enid, Augusta o Bonnie buscando pruebas de que mi madre era aún peor de lo que todos sabemos.

—¡Kenneth!

—¿Te duele oír la verdad? Quizá debería decírtela más a menudo.

Rowena se había quedado congelada y no se movió cuando él pasó a su lado y salió del cuarto. Se llevó una mano al pecho y ahogó un sollozo. ¿Cómo podía haberle hablado con tanta dureza?

—¿Qué os pasa? —preguntó Caillen arrinconándolo esa noche después de la cena.

—Hemos discutido. ¿Augusta y tú no discutís nunca?

—Kenneth…

—¿Qué? —dijo antes de llevarse el vaso a los labios para apurar

su contenido.

—Rowena no está enfadada.

—Y te sorprende, claro, siempre está enfadada.

—No he dicho eso.

—No, no lo has dicho —dejó el vaso sobre una mesilla y se despidió de todos.

Se sentó frente a ella y cerró la portezuela del carruaje con más ímpetu del necesario. Su esposa lo miró interrogadora, pero él ignoró su mirada y dejó que la suya escapase por la ventanilla. No hablaron durante el trayecto hasta casa y tampoco cuando entraron en ella.

—¿Desean…?

—No deseamos nada —cortó Kenneth al mayordomo sin el menor tacto.

Subió las escaleras tras ella, pero al llegar al pasillo que iba hacia su dormitorio, él se desvió en dirección a su despacho. Rowena se detuvo al sentir que sus pasos se alejaban y se giró incrédula. ¿Iba a dejarla así? Apretó los labios y se dirigió a su cuarto cerrando tras ella de un portazo.

—Que haga lo que le dé la gana —dijo quitándose los zapatos enfadada—. Si se piensa que voy a ir tras él, se va a cansar de esperar.

Lanzó el otro zapato lo más lejos que pudo y comenzó a quitarse las horquillas del pelo.

—Mejor, así tendré toda la cama para mí sola.

Sacudió el pelo y se masajeó el cuero cabelludo con más firmeza de la necesaria. Entró Seraphina para ayudarla a desvestirse, pero la doncella se dio cuenta enseguida de que no era día de charla, así que se marchó en cuanto hubo terminado sin decir apenas nada. Ya con el camisón puesto se subió al banco frente a la ventana y abrazada a sus piernas miró la impenitente luna en el firmamento pidiéndole algo de paz para su ánimo.

—¿Por qué tiene que ser tan cavernícola? —musitó para sí—. ¿Qué he hecho que sea tan terrible? Ni que él no pensara cosas peores

sobre ella.

Una vez más calmada, bajó del banco, se puso las zapatillas y una bata y salió del cuarto para ir a ver a Cai, aunque estaría durmiendo no podía irse a la cama sin darle un beso de buenas noches.

—¿Ha pasado un buen día? —preguntó a la niñera cuando entró en el cuarto.

—Muy bueno —asintió la mujer—. Ya apenas tose nada y se ha comido toda la cena.

Rowena se acercó a su cama y se inclinó para besarlo en la frente. El pequeño no se movió siquiera, de tan dormido que estaba. Lo acarició con suavidad estudiando cada facción de su rostro y sonrió con calidez sintiendo como el amor brotaba de su pecho como un manantial inagotable.

Cuando salió del cuarto caminó despacio, con expresión reflexiva. Sentía una profunda congoja y sus ojos se llenaron de lágrimas que apartó con rabia antes de que se deslizaran por sus mejillas. ¿Como Alana pudo ser tan cruel con su hijo? ¿Cómo pudo tratarlo del modo en que lo hizo? Seguro que Kenneth se parecía a Cai. Seguro que era tan dulce y tierno como él. Tan vulnerable y sensible… Se detuvo en mitad del pasillo y respiró hondo para calmar su angustia. Era su madre, a pesar de todo Alana era su madre. ¿Cómo no iba a causarle dolor todo lo que se dijera de ella? Por muy verdad que fuera.

Kenneth estaba tumbado en el sofá, con un brazo cubriéndole los ojos y el otro colgando hasta el suelo con la mano sosteniendo un vaso de whisky. Oyó la puerta abrirse y cerrarse, pero no se movió.

—¿Estás dormido? —musitó Rowena llegando junto a él.

—No.

—¿Puedes mirarme?

—Ahora mismo preferiría estar solo.

—Kenneth… —Se arrodilló a su lado y apartó el vaso de whisky para tomar su mano y llevársela a la mejilla—. Lo siento.

—Lo sé.

—Mírame, amor mío.

Él apartó el brazo y giró la cabeza para mirarla. Sus ojos seguían teniendo aquella expresión dolida y vulnerable que le partía el corazón.

—Lo siento —repitió Rowena.

Su marido se incorporó bajando los pies al suelo y la acogió entre sus brazos cuando se sentó a su lado. Durante un buen rato permanecieron abrazados en silencio, como si temieran que las palabras pudieran estropearlo todo de nuevo.

—Nunca me hablas de ella —dijo al fin apartándose para mirarlo —. Necesito saber cómo te sientes, lo que piensas…

—Ya sabes lo que pienso y mucho más lo que siento.

—No con respecto a ella. Ahora soy madre y no lo entiendo. Quiero creer que hay una explicación, comprender cómo se sentía, pero…

—No, Rowena, ni te atrevas a intentarlo. —Se puso de pie llevándose las manos a la cabeza y se tiró del pelo hacia atrás.

Sus fuertes músculos se marcaron bajo la camisa revelando su tensión.

—No, no puedo —dijo poniéndose delante de él—. Acabo de estar con Cai y te he imaginado tan frágil y vulnerable como nuestro hijo. ¿Cómo pudo ella hacerte daño? No me cabe en la cabeza y no puedo perdonarla.

—No me lo hacía a mí, sino a Caillen —le recordó.

Rowena torció su sonrisa con una mirada triste.

—Los dos sabemos que a ti te hizo tanto daño como a él. Y si Lachlan no hubiese sido un recién nacido habría corrido la misma suerte. No la perdonaré, Kenneth, no puedo.

Él la miró muy serio y su nuez subió y bajó cuando la saliva pasó por su garganta.

—No quiero hablar de ella. No está en nuestra vida, solo quiero

olvidarla.

—¿Olvidarla? Esto no es olvidarla. Encerrarte aquí cuando te duele, cuando te sientes vulnerable, eso no es olvidarla, amor mío.

La agarró del brazo y la atrajo hacia su cuerpo envolviéndola en un apretado abrazo, aspirando el aroma de su pelo, impregnándose de ella hasta que su cerebro quedó completamente inundado de su presencia. Rowena esperó a que los latidos de su corazón se ralentizaran. Ese era su don, podía alterarlo hasta el paroxismo cuando la pasión los desbordaba y calmarlo por completo cuando era su alma la que necesitaba sosiego.

—Nuestro hijo es muy afortunado —dijo él con una sonrisa en la voz—. Tiene una madre que lo defenderá de cualquier peligro.

Ella levantó la cabeza para mirarlo y le acarició la mejilla con los dedos.

—Y un padre que daría la vida por él. Un hombre fuerte, bueno y dulce al que amo con toda mi alma.

La mirada de Kenneth no dejaba lugar a dudas y Rowena asintió una vez como respuesta. Él la tomó entonces en sus brazos elevándola del suelo y salió con ella del despacho. Su esposa le rodeaba el cuello con los suyos sin dejar de mirar su perfecto perfil.

—Eres el hombre más guapo que conozco —musitó.

Él se detuvo y casi no pudo contener la risa.

—¿Qué? —preguntó ella cuando siguió caminando.

No dijo nada hasta que la depositó suavemente en la cama. Entonces la miró con fijeza y las manos en la cintura.

—¿Guapo?

Rowena se apoyó en los codos mirándolo divertida.

—Eres guapo.

—Casi prefería que me llamaras demonio. —Se quitó la camisa y la lanzó a una butaca.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo que te vea guapo?

—Me resulta ridículo —dijo despojándose de los pantalones.

—¿Ridículo? —Rowena se dejó caer en la cama mirando al techo —. No veo por qué te parece ridículo. Eres guapo y fuerte y…

Se tumbó sobre ella completamente desnudo y su esposa lo miró a los ojos con un brillo de picardía que él conocía muy bien.

—¿Crees que no sé que me estás provocando? —preguntó él.

—¿Yo? ¿Provocarte? ¿Por qué piensas eso? No estás juzgándote con claridad. Solo hay que ver esta nariz tan perfecta —dijo recorriéndola con el dedo—, o estos pómulos marcados para ver que eres…

La hizo callar cubriendo su boca y deslizó su lengua imparable, dispuesto a dejarla sin aliento. Cuando se apartó, comenzó a librarla de la ropa interior que los separaba, seguro de que su esposa ya no tendría ganas de seguir bromeando, pero Rowena no había terminado.

—Eres hermoso, esposo mío. Tu rostro y tu cuerpo son dignos de ser inmortalizados y expuestos en un… ¡Oooooh!

La penetró de una estocada y se detuvo un instante para mirarla.

—¿Hermoso?

Rowena se mordió el labio y contuvo la risa.

—¿Por qué te molestaaaaa? —Un gemido de placer y el mundo giró para ella.

Se encontró sentada a horcajadas sobre él que la miraba expectante.

—¿No vas a moverte? —preguntó burlón.

—Ni siquiera me has quitado el vestido.

—Tenía prisa —dijo él agarrándola de las caderas.

—Estamos casados.

—¿Y?

—Ya no deberías necesitarlo tanto. Puedes tenerme cuando quieres.

—Cuando quiero… no —dijo jadeante.

—Claro… que… sí… —Echó la cabeza hacia atrás acelerando sus movimientos.

Él se incorporó y la besó en el cuello mientras su mano le bajaba el escote para que sus labios pudieran llegar hasta uno de sus pechos.

—Si pudiera tenerte cuando quiero, escandalizaría a medio Lanerburgh, a todos los que viven en esta casa y a los de *Slioscreige*.

Rowena sintió un estallido en el centro de su vientre y gimió presa de un ansia devoradora. Siempre era igual, una marea suave que va creciendo hasta cubrirla por completo. Y ahora mismo se estaba ahogando bajo el agua. Lo empujó para que se tumbara y dejó las manos en su pecho para concentrarse solo en lo que sucedía entre sus piernas. Kenneth tenía esa cara y ella sabía que necesitaba dejarse ir, pero no lo haría hasta que…

—¡Oooooooooh! —exclamó piadosa y sus músculos internos lo exprimieron sin compasión.

Kenneth lanzó un gruñido áspero y se soltó del amarre sin más resistencia.

—¿Qué opinas de Olivia McLaughlin? —preguntó Enid a su esposo que jugaba con uno de los mechones de su pelo con los ojos cerrados, mientras ella descansaba exhausta sobre su pecho.

Él detuvo su mano. Después de un momento tan apasionado como el que acababan de disfrutar lo que menos le apetecía era hablar de…

—¿Olivia McLaughlin?

Enid se incorporó y lo miró interesada al tiempo que asentía.

—Sí, ¿qué opinas de ella?

—Pues… teniendo en cuenta que la he visto un par de veces… tres si contamos el primer día… Es agradable.

—¿Verdad? —Se incorporó sentándose sobre los talones y lo miró asintiendo—. ¿No crees que sería perfecta para tu padre?

Lachlan abrió los ojos como platos mostrando su enorme sobresalto.

—¿Qué? ¿No te gusta?

—¡Enid!

—¿Qué pasa?

—Acabamos de hacer el amor y estamos desnudos, ¿crees que es el momento de hablar de…? ¿Qué haces? —preguntó al ver que bajaba de la cama.

—Voy a vestirme —dijo su esposa poniéndose el camisón antes de volver a subirse al lecho con expresión sonriente—. ¿Mejor así?

Él se cubrió con las sábanas. De repente se sentía de lo más expuesto.

—No me gusta que Craig esté solo. A ninguna nos gusta.

—¿A ninguna?

—Sí, lo hemos hablado y creemos que ya es hora de que Craig vuelva a casarse.

—¿Creéis? ¿Y no os parece que eso debería decidirlo él?

—Es un hombre.

Lachlan frunció más el ceño.

—Ya sabes, los hombres no se preocupan de estas cosas.

—¿De qué cosas, exactamente, no nos preocupamos?

—Supongo que tiene lo que necesita. Sé que visita a la señora Stewart de vez en cuando. Se consuelan mutuamente, pero ella no es para él.

—¿Que tú sabes?

—Oh, lo sabemos todo. También hubo algún escarceo con la señora Kerr, pero creo que pasó algo porque dejaron de verse enseguida. Necesita una esposa, algo más… serio.

Lachlan tuvo claro que no podía seguir hablando de eso sin los pantalones puestos y se levantó de la cama dispuesto a solucionarlo. Se había despejado por completo. Enid lo miró con el codo apoyado en la almohada para que su mano sujetara erguida su cabeza.

—¿Qué opinas?

—¿De qué?

—¡Lachlan!

—Ni se me ha pasado por la cabeza buscarle esposa a mi padre.

—¿Por qué no? —Augusta miraba a Caillen con las manos en la cintura y expresión interrogadora.

—Es mi padre, Augusta, no creo que tengamos que decidir por él.

—¿Y? También es una persona. ¿Te crees que él no necesita que lo quieran?

—Nosotros le queremos.

—Sabes que no hablo de eso.

—Augusta… vuelve a la cama.

—No, hasta que hablemos de esto. ¿Cómo que tu padre no va a volver a casarse?

—Es lo que ha dicho durante todos estos años y lo ha cumplido. Con tres matrimonios ha tenido bastante.

—Quiso mucho a Daphne, es cierto.

—A mi madre también la quiso —dijo él molesto.

Augusta lo miró con ternura y regresó a la cama para abrazarlo.

—Claro que la quiso, muchísimo.

Él sonrió satisfecho y ella se sentó a su lado apoyando la espalda en el cabecero de la cama. Dejó las manos sobre su regazo con expresión reflexiva.

—Olivia McLaughlin es perfecta para él.

—¿Por qué es perfecta para él?

—Ya los has visto juntos. Se ríen.

—¿Se ríen? —dijo divertido—. ¿Eso es todo?

—Reírse es muy importante, más de lo que la gente imagina.

—Augusta, con que le busques esposa a Liam ya es suficiente, deja en paz a mi padre, no le gustará saber…

—Puedo hacer las dos cosas. Aunque para Liam no se me ocurre nadie después de que la señorita Hamilton se comprometiese con Daniel McLeod. ¿Tú te lo esperabas? —Negó con la cabeza—. No

entiendo cómo no me di cuenta.

—Lo llevaban muy en secreto.

—Más razón para darme cuenta —dijo ella mordiéndose una uña con expresión distraída—. Tengo que encontrar a alguien, pobre Liam.

Lachlan asintió.

—Eso, céntrate en Liam.

—Lo de tu padre no es solo cosa mía, amor mío, todas estamos de acuerdo.

—No van a parar. —Elizabeth cogió el libro de la mesilla y lo abrió por donde había puesto la marca la noche anterior.

Dougal se secó un poco más el pelo con la toalla y la miró torciendo una sonrisa.

—Será divertido verlo.

Su mujer levantó la mirada del libro y movió la cabeza reprobadora.

—Te encanta.

Él asintió y tiró la toalla que quedó colgando sobre el brazo de una butaca, después se metió bajo las sábanas desnudo y miró a su esposa con elocuente expresión.

—Es miércoles —dijo enarcando una ceja.

Elizabeth cerró el libro y lo miró muy seria.

—Dijiste los miércoles y los sábados —le recordó él de nuevo.

—No quiero quedarme embarazada tan pronto, Dougal. No soy ninguna jovencita.

Los ojos del escocés brillaron con tristeza y su esposa no pudo contenerse más. Le rodeó el cuello con los brazos y se incorporó conteniendo la risa.

—Mira que eres tonto —dijo antes de besarlo.

El amor que se tenían se manifestó en todas sus vertientes. Jadeos y gemidos ocuparon todo espacio libre dentro de aquel cuarto. Dougal

se la sabía de memoria, podría dibujarla con los ojos cerrados y, sin embargo, cada vez que la recorría con sus dedos se sentía como un imberbe inexperto y asustado, temeroso de hacer algo que le desagradase de tantas cosas que quería experimentar con ella.

Elizabeth se sentía flotar en sus brazos, encendida como una tea llameante en mitad de un vendaval. Se arqueó contra él, buscándolo, mientras sus manos lo acariciaban también resuelta y poderosa.

La madera de la cama crujió y ella rio traviesa atrapándolo entre sus piernas.

—Déjame jugar un poco más —pidió él con voz ronca.

—Juega, amor mío, pero dentro de mí.

La penetró indefenso, ¿quién podría resistirse? Él no, desde luego. Lo tenía completamente dominado y a su merced. Era un niño en sus manos y ella era una amante implacable. ¿Quién lo habría dicho de la remilgada y puritana Elizabeth Wharton?

—Dios Santo… —musitó el escocés con un gruñido.

Se movía despacio y profundo, como sabía que a ella le gustaba.

—Más fuerte —dijo ella sorprendiéndolo.

Se detuvo para mirarla con fijeza.

—¿Estás segura?

Elizabeth asintió.

—Esta noche no quiero que me trates con delicadeza, quiero verte perder el control. Quiero saber cómo eres con todas tus aristas, Dougal. Esta noche no quiero que estés pendiente de mí, quiero que goces de mí como no has gozado de nadie en tu vida.

El escocés seguía inmóvil, lo que le pedía era demasiado peligroso. No estaba seguro de que comprendiera.

—No será hoy cuando vas a decepcionarme, ¿verdad, amor? —dijo ella muy seria—. ¿O es que temes que si veo todo lo que me escondes deje de amarte?

—Podría hacerte daño —musitó él con temor.

—Si me duele, te lo haré saber, descuida.

Dougal lo dudó un poco más, pero finalmente se incorporó y la arrastró con él hasta colocarla como quería. Levantó sus piernas y las colocó sobre sus propios hombros para poder penetrarla más profundamente. Lo hizo sin contemplaciones, concentrado en su propio placer. Elizabeth fue poseída por un mar embravecido, por un ciclón que arrolló todo a su paso. La tomó de todas las formas posibles, la volteó una y otra vez sin miramientos, la hizo hacer cosas que la estremecerían cuando las recordase y la disfrutó como solo un hombre experimentado en las artes amatorias sabe hacer. Su esposa iba de la sorpresa al sonrojo pasando por el temor en algunos momentos críticos, pero en no lo detuvo. Conocía bien a ese hombre y sabía que siempre se había contenido con ella, que la trataba como si fuera una delicada pieza de porcelana que podía romperse si se la agitaba demasiado. Quería demostrarle que era fuerte y que podía con él. Quería entregarse por completo, sin protección de ninguna clase.

Cuando descargó dentro de ella Elizabeth no tenía fuerzas ya y su cuerpo quedó desmadejado sobre las sábanas. Dougal gruñó al abandonarlo y con suma delicadeza la colocó apoyándole la cabeza en su almohada.

—¿Te he… hecho daño?

—No —musitó ella—, pero mañana no voy a poder moverme. Ni en una semana…

El escocés sonrió con timidez.

—Él tampoco —dijo señalándose el agotado miembro.

Elizabeth apoyó una mano en su pecho y sintió los latidos que retumbaban aún contra él.

—¿Era lo que esperabas? —preguntó Dougal con cierto temor—. ¿Todavía me amas?

Elizabeth sonrió dejando que sus ojos se cerrasen.

—Ha sido tan revelador…

Él agarró su mano y se la llevó a los labios y ella volvió a mirarlo.

—Por fin te he visto por completo —dijo adormilada—. Poderoso,

brutal y dulce al mismo tiempo. Tal y como ya sabía que eras.

—Desearía poder expresarte lo mucho que te amo, pero nunca es suficiente.

—Lo sé —musitó ella—. Yo siento lo mismo.

La observó dormir con los ojos llenos de lágrimas. Lo amaba tal y como era, con todos sus defectos y carencias. Lo amaba tan profundamente que él podía sentirlo en el aire que respiraba. Que mataría por ella, estaba claro. Que moriría por ella, no admitía duda. Pero lo que de verdad querría sería vivir con esa mujer toda la eternidad.

—Elizabeth —musitó acercándose a su rostro.

—Mmmm.

—Júrame que no te morirás antes que yo.

—¿Qué? —trató de abrir los ojos, pero estaba tan cansada que no pudo.

—Júrame que no me dejarás solo. Soy mucho más débil que tú, no podría soportarlo. Júramelo.

—Nadie va a… morirse.

Él se limpió las lágrimas con impotencia.

—Pero no te dejaré solo —susurró ella antes de caer en un profundo sueño.

Capítulo 26

Esa noche Lavinia se paseaba por el saloncito de su casa lamentándose de que tuviese tan poco espacio. Cecilia entró para llevarle su tisana y ella negó con la cabeza.

—No quiero eso hoy, no necesito dormir. Tengo mucho en lo que pensar.

—¿Que ocurre?

—He despedido a la señorita Duffield. ¿Es que nadie podía detenerme?

—Ha hecho muy bien —afirmó la doncella dejando la taza junto a su butaca por si decidía sentarse.

—El señor Brodie podría conseguirnos un maestro, pero es tan… tan…

—¿Tan…?

—¡Tan él! —exclamó furiosa—. Me dice que tiene la solución y después… ¡Oh, es odioso!

—Tiene sus momentos, sí.

—No lo defiendas. —La señaló con el dedo.

—No era mi intención.

Lavinia se paró y la miró interrogadora.

—¿Todos son así?

—¿Todos?

—Los escoceses.

—No conozco a todos los escoceses. ¿Usted conoce a todos los ingleses?

—No, claro, debe ser algo de Lanerburgh, no hay más que ver cómo me contestas tú.

Cecilia contuvo la risa, estaba realmente alterada.

—Se piensa que puede avasallarme con su altura y sus hombros fuertes y esos ojos… ¿Por qué son tan azules? ¿Habías visto alguna

vez unos ojos más azules?

—Muy azules —murmuró la doncella sentándose para ver el espectáculo.

Lavinia, en cambio, no podía quedarse quieta.

—Y encima, se preocupa por los niños. ¿Te lo puedes creer? Estaba muy enfadado con la señorita Duffield. Se creerá que con eso me va a encandilar. ¡Ja!

—¿Por qué está tan enfadada?

—¿Que por qué?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué ha hecho exactamente el señor Brodie?

—Pues, ya te lo he dicho. Puede conseguir un maestro, pero no va a hacerlo.

—No me lo creo.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Hay algo que no me cuenta.

—No hay nada.

Cecilia la miró dudosa.

—Un baile —soltó Lavinia sin poder soportar su escrutinio—. No cualquier baile, el de los Greenwood.

—No entiendo nada.

—Quiere-que-vaya-con-él-al-baile-de-los-Greenwood. ¿Mejor así?

—Mucho mejor. ¿Y cuál es el problema? Puede ponerse el vestido…

—No voy a ir a un baile con él.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Esa respuesta no es muy madura, si me lo permite.

—Como si a ti te importase que te lo permita o no —dijo mirándola con los brazos en jarras—. Eres cada día más insolente, Cecilia, como doncella eres un desastre.

La joven sonrió abiertamente.

—Vaya al baile, no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Si vas a un baile con alguien tienes que bailar, Cecilia. Y yo no puedo.

—Ah.

—Eso, «ah».

—Puede intentarlo. Solo es una mano. O puede hablarlo con él. El señor Brodie ya sabe lo de su problema, ¿recuerda?

Lavinia se mordió el labio. Tenía razón, podía hablarlo con él, hacerle entender que no podía ir a un baile y exponerse a hacer el ridículo o a que pensaran que…

—Estoy mal de la cabeza —dijo en voz alta y toda la energía que la mantenía en pie se esfumó de golpe.

Se dejó caer en una butaca con las piernas y los brazos estirados.

—Pensará que estoy loca.

—No diga tonterías. Esas cosas pasan. La señora Blanche no soportaba que los cuchillos la apuntaran. Al señor Menzies, el mayordomo, le daba un tic en el ojo cada vez que hacía que los torciesen en la mesa. Y mi hermano tiene que tocar la puerta del cercado cada vez que pasa cerca. Ha intentado un millón de veces no hacerlo, pero no puede. Las personas somos muy raras, señorita Lavinia, no se mortifique y hable con él. Seguro que lo entenderá.

—No lo entenderá.

—Ya verá como sí. —Cogió La Biblia que estaba la mesilla y la abrió para seguir leyendo.

—¿De verdad piensas leértela?

—Estoy aprendiendo mucho con el Nuevo Testamento. El Antiguo lo dejé porque era demasiado violento para mi gusto.

La doncella fijó la mirada en el texto sagrado, pero sus pensamientos escaparon por la ventana y llegaron a Pall Mall sin que pudiera detenerlos. Levantó la mirada y la fijó en Lavinia que parecía concentrada. Cerró el libro con un golpe sonoro y la otra la miró con sorpresa.

—Tengo una cosa que contarle.

—¡Ay, Dios mío! —Se sentó erguida y juntó las manos en su regazo—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada, cualquiera diría… Es igual. Me pasó algo la noche que me marché de aquí. Ya sabe, cuando me despidió.

Lavinia abrió los ojos asustada.

—¿Algo malo?

—No, al contrario. Bueno, al contrario tampoco. Fue algo… raro. Sí, muy raro.

Sin escatimar detalles le habló de George y de cómo la ayudó con el borracho y luego la acompañó hasta la casa de los Burford.

—¡Pero, Cecilia! ¿Cómo se te ocurre aceptar la compañía de un completo desconocido en plena noche y yendo sola? Podría haberte pasado algo.

—Sé cómo suena lo que le voy a decir porque llevo oyéndolo en mi cabeza desde esa noche, pero sabía que no corría ningún peligro. No me pregunte cómo lo sabía, pero así fue.

—Está claro que era un caballero y, a juzgar por su carruaje, de buena posición.

Cecilia asintió.

—Sus modales eran los de un caballero y desprendía la seguridad de los que han crecido sin estrecheces.

—Pero ese juego… ¿qué pretendía? —se preguntó Lavinia—. Está claro que no quería aprovecharse de ti, no te pidió nada y no lo has vuelto a ver.

—No lo sé. Parecía tan triste.

—¿Triste?

Cecilia asintió al recordarlo.

—Se notaba que se sentía solo y tuve la impresión de que necesitaba desesperadamente hablar con alguien.

—Vaya, parece que no puedes dejar de pensar en él.

La doncella desvió la mirada avergonzada.

—Cecilia, si era un caballero…

—Lo sé.

Lavinia suspiró.

—Tampoco sabes quién es, él no quiso decírtelo ni siquiera cuando tú…

—También lo sé. —La miró sin poder contener su anhelo—. ¿Tan malo es que sueñe con volver a verlo? Anoche estuve a punto de ir a Pall Mall por si…

—Ni se te ocurra —la reprendió—. Ya te he dicho que es peligroso. Una joven como tú, sola por ahí a esas horas. De ningún modo te lo permito.

—No voy a hacerlo. Además, ni siquiera sé si habrá vuelto. Y si lo hiciera seguro que no sería por mí.

—Tienes que quitártelo de la cabeza. Pensar en eso solo te causará sufrimiento. Cuando algo no es para ti, no tiene sentido darle vueltas y más vueltas. No sueñes con él, no dediques tus noches a imaginar… —Se detuvo al darse cuenta de cómo la miraba.

—Señorita… ¿Usted con quién sueña?

—¿Qué tonterías me preguntas? Yo no sueño con nadie.

—No estaba hablando de mí.

—Por supuesto que estaba hablando de ti.

—Creía que confiaba en mí.

—¿Otra vez con eso?

—Yo le he contado algo muy íntimo que no le contaría ni a mi madre.

—Yo no tengo nada que contar —dijo apartando la mirada.

Cecilia suspiró y se puso de pie decepcionada.

—No quiero que vuelva a decir confía en mí. Nunca más —se dirigió a la puerta.

—Pero, Cecilia, claro que…

—No lo diga —la frenó mostrándole la palma de su mano—. La confianza se demuestra con hechos, no con palabras. Solo soy una doncella, no tiene por qué…

—Tu señor Brodie.

Cecilia contuvo la sonrisa y volvió a sentarse.

—No es «mi señor Brodie».

—¿Ves como es una tontería?

—¿Está enamorada de él?

—¿Qué dices? Tu encuentro nocturno con ese hombre misterioso te ha nublado el entendimiento. Por supuesto que no estoy enamorada. No me he enamorado jamás, no voy a empezar ahora. Y menos de ese… ese… escocés.

—Sabe que «escocés» no es un insulto, ¿verdad? —se burló la doncella.

—Muy graciosa.

—Yo creo que a él le gusta, aunque también creo que no le gusta que le guste.

Lavinia tenía una expresión de lo más divertida y Cecilia tuvo que esforzarse para no reírse.

—Por supuesto que no le gusto.

—Yo creo que sí. No hay más que ver cómo la mira cuando usted no lo ve.

—¿Cómo me mira?

—Como si estuviera muerto de sed y usted fuese un manantial en el desierto.

Lavinia miró La Biblia que había dejado sobre la mesita.

—Tienes que dejar de leer —advirtió.

—Lo digo en serio, señorita. Y la verdad es que no me desagrada la idea de que estén juntos.

—No debería haberte dicho nada. ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué te he dicho nada? —Se puso de pie y vuelta a deambular por la estancia.

—No se asuste, no diré nada.

—Te despediré —se detuvo y la señaló con el dedo—. Si le dices algo, te juro que te despido.

—¿Otra vez? —se burló.

—Lo digo en serio, Cecilia.

—Que no voy a decir nada, puede estar tranquila. Estas cosas hay que dejar que pasen como tengan que pasar.

—No va a pasar nada. No hay nada que tenga que pasar, ¿lo entiendes? Ha sido una estupidez, nada más.

—oOo—

Brodie había escuchado su explicación pacientemente, sosteniendo el sombrero en la mano en mitad de *Rotten Row*. Había bajado del caballo al verla con Cecilia, y cuando lo abordó tuvo la impresión de que había salido expresamente con la intención de encontrarlo para soltarle toda aquella parrafada sobre las manos, y el baile, y lo incómodo y violento que sería que todos se percatasen de que no era normal.

—¿Ha escuchado lo que le he dicho? —preguntó ella al ver que no respondía.

Brodie asintió con la cabeza.

—¿Entonces comprende por qué no puedo ir a ese baile y me ayudará a conseguir un maestro de todos modos?

—En los bailes se acostumbra a utilizar guantes, señorita —dijo cogiendo su mano enguantada.

Lavinia bajó la mirada confusa a aquella mano que la sujetaba y luego lo miró a los ojos.

—Me he dado cuenta de que solo se altera cuando el contacto es directo. —Sonrió taimado—. No me quitaré los guantes en ningún momento, no tema.

Se llevó la mano a los labios sin dejar de mirarla y Lavinia no fue capaz de decir una palabra.

—La recogeré a las siete en su casa. Llevaré un carruaje.

Se puso el sombrero e inclinó la cabeza con cortesía antes de subir a su caballo. La miró desde su montura y Fionn se agitó excitado y con

ganas de correr.

—Que tengan un buen día, señoritas.

Lavinia lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista. Entonces se giró hacia su doncella.

—¿Qué acaba de pasar?

—Me parece que necesitará un vestido para el baile.

—oOo—

Elinor seguía sacando vestidos del baúl y los iba soltando sobre la cama con algún que otro gruñido, monosílabo o exclamación de sorpresa.

—Hay que ver lo pronto que pasa la ropa de moda. Esto ya no se lleva. Ni esto. Ni esto tampoco.

Lavinia la miraba con el ceño fruncido y unas tremendas ganas de volver a pelar patatas. Se miró las manos un poco avergonzada de lo poco cuidadas que las tenía y las escondió debajo del delantal.

—Este puede servir con algunos arreglos —dijo Elinor mirándola sonriente con un vestido color azul celeste sobre su pecho—. Me lo llevo. Te lo traeré mañana.

—Cecilia puede arreglarlo.

—Es cierto, tiene muy buena mano para la costura. De acuerdo, hablaré con ella, ¿dónde está? —Salió de la habitación con Lavinia pisándole los talones.

—En el cuarto de juegos con los más pequeños.

—¿Tienes zapatos? Debes tenerlos, antes no repetías un par en todo el verano.

—Sí —dijo un poco avergonzada por su derroche—. Los tengo en…

—Te dejo a ti escogerlos. Que sean cómodos, tienes que poder bailar con ellos.

—No pienso bailar —musitó.

—Te he oído y ya lo creo que bailarás. ¿Es que no ha servido de nada la conversación que hemos tenido?

¿Aparte de para que me duela la cabeza durante una semana? Lavinia sonrió cuando Elinor posó sus ojos en ella, convencida de que había oído sus pensamientos.

—Es un baile importante y va a estar todo el mundo. Tienes que demostrarles que has vuelto —dijo sin detenerse hasta llegar a las escaleras. Allí se giró un momento para mirarla—. No vuelto, vuelto, nadie quiere a la antigua Lavinia, ya me entiendes.

La otra asintió con una mezcla de agradecimiento y humillación en su cara.

—Sabes lo que quiero decir. —Subió las escaleras.

Lavinia la seguía de cerca rogando porque no pisara el vestido y acabase dándose de bruces contra el suelo. También pensaba en las patatas que había dejado a medias de pelar. Y en comprar aceite para las lámparas. Cualquier cosa para no pensar en ese baile y en… él. Su corazón se saltó un latido y su pie tropezó con el último escalón. Elinor se giró a mirarla con cara de susto.

—¡Cuidado! —exclamó.

—Gracias —dijo ella con ironía.

Elinor sonrió ampliamente.

—No queremos que te lesiones y te pierdas el baile.

Lavinia miró hacia las escaleras con deseo. ¿Cuántos escalones serían necesarios sin romperse la crisma?

—Brodie será el más elegante, como siempre —dijo Elinor avanzando por el pasillo—. No puedes desentonar.

Su corazón iba a matarla a golpes.

—Cecilia —la llamó Elinor en cuanto entró en el cuarto—, te necesitamos.

La doncella miró el vestido al tiempo que se levantaba del suelo en el que estaba jugando con Matilda y Arthur.

—Buena elección —dijo acariciando la tela del vestido—. El azul

celeste le queda muy bien.

—¿Verdad? No es que yo sea una entendida, precisamente.

—Le quitaría esto de aquí —dijo manipulando la tela con mirada de entendida—. Y le retocaría el escote… Unos detalles por aquí, quizá un poco de seda más oscura…

Elinor la miraba admirada.

—No entiendo qué haces siendo doncella, deberías ser modista, Cecilia.

La otra sonrió agradecida y cogió el vestido de sus manos.

—Señorita Perkins, ¿se encargan ustedes de los niños?

—Por supuesto —dijo la gobernanta con el beneplácito de las demás niñeras.

Lavinia se preguntó si se habría vuelto invisible, cuando Cecilia pasó a su lado con Elinor pisándole los talones y las dos salieron de la estancia sin mirarla siquiera, tuvo el gesto de tocarse los brazos para asegurarse de que seguía siendo corpórea antes de seguirlas.

Se paseó por el cuarto de costura mientras Cecilia y Elinor hablaban y hablaban sin parar. Cuando vio la tijera acercarse al vestido creyó que quizá sus problemas acabasen antes de lo que pensaba. Un desliz y ¡oh, qué pena! Pero no, el vestido seguía intacto y ellas continuaban haciendo planes para el baile de los Somerset. Al pensar en ese baile se le revolvió el estómago y se mordió el labio inquieta.

—¿Qué hace? —preguntó Cecilia irguiéndose para mirarla—. Venga aquí y opine, es su vestido.

—Vosotras lo hacéis muy bien —dijo pasando por detrás del sofá y acariciando el respaldo con un dedo—. Debería estar pelando patatas.

—Claro que sí —dijo la doncella acercándose a ella—. O limpiando lo suelos. Mírese las manos.

Las escondió rápidamente.

—Katherine seguro que tiene algo para arreglarlas —dijo Elinor

uniéndose al grupo—. Esta noche en la cena se lo preguntaré.

—Tengo mucho que hacer si queremos que el vestido esté a tiempo —dijo Cecilia empujándolas hacia la puerta—. Márchense ya.

Las otras dos salieron del cuarto y Cecilia cerró tras ellas sin contemplaciones.

—oOo—

La casa de los duques de Greenwood estaba en plena ebullición cuando el carruaje que llevaba a Lavinia y Brodie se detuvo frente al camino de entrada. Aun así, no eran los últimos, tenían a tres rezagados más delante, por lo que deberían esperar a que bajaran los ocupantes de esos vehículos.

—Siento haberme retrasado tanto —dijo ella mirando su vestido con expresión dudosa.

Se había cambiado cinco veces antes de volver a ponerse el azul. Que fue su primera elección, como le había repetido Cecilia mientras la seguía hasta el carruaje. Se retorció las manos y tuvo un sobresalto cuando Brodie las sujetó.

—No haga eso —pidió mirándola a los ojos—. De verdad que me pone muy nervioso.

Ella asintió y se mordió el labio. El escocés apartó la mirada para no decirle que verla morderse el labio lo ponía mucho más nervioso, aunque por otra razón muy distinta.

—Hace mucho tiempo que no asisto a un baile —musitó—. Tenga paciencia conmigo, por favor.

Brodie la miró con fijeza.

—No tiene nada que temer —dijo muy serio—. Está conmigo.

Ella sonrió con timidez. Si supiera que eso era lo que más la alteraba, no lo usaría para tranquilizarla

—Señorita Wainwright —la saludó Katherine—. Cuánto me alegro

de verla. Buenas noches, Brodie.

—Buenas noches, Katherine —dijo con una cortés inclinación.

—Dele las gracias a sus suegros por invitarme —dijo Lavinia.

—Oh, no, de ningún modo, venga a saludarlos. —La cogió del brazo—. Te la devolveré enseguida, Brodie.

Alexander se acercó en cuanto lo vio solo.

—La has traído.

—Sí.

Él otro dejó escapar el aire con un suspiro y el escocés lo miró interrogador.

—¿Quieres decirme algo, Alexander?

—¿Me harías caso?

—No sé, ¿tú qué crees?

Edward se unió al grupo.

—¿A qué vienen esas caras?

—Alexander no está contento conmigo.

—Ah, ya. —Edward puso una mano en el hombro de su viejo amigo—. Vamos, Alexander, ya hablamos de esto el otro día.

—¿Ahora habláis de mí a mis espaldas?

—Todo el tiempo —afirmó Edward mofándose.

—¿Qué es lo que te atrae de ella? —preguntó Alexander—. Es muy guapa, pero no creo que eso sea suficiente como para olvidar la clase de arpía que es.

Brodie lo miró unos segundos antes de responder.

—La ha invitado tu mujer.

Alexander apretó los labios para contener sus palabras, pero Brodie no apartaba aquella desafiante mirada y eso lo irritó aún más.

—¿Te excita? ¿Es eso?

—Alexand…

—No te metas, Edward —lo cortó sin mirarlo—. Brodie no es ningún niño, puede defenderse solo.

—Desde luego —afirmó el escocés.

—No has respondido a mi pregunta. Es eso, ¿verdad? Un reto. Todos la odian así que voy a seducirla.

—Tienes una elevada opinión sobre mí.

Alexander respiró hondo antes de contestar.

—No haces caso de lo que se te dice.

—¿Soy un niño que ha de obedecer a sus mayores?

—No me puedo creer que no lo entiendas.

—¿Quién ha dicho que no lo entiendo?

—¿Entonces? Para de una vez —pidió Alexander—. Ahora que aún estás a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

La mirada que le dedicó el escocés fue suficiente para que el otro soltara un bufido.

—Vamos, Brodie, no me… —Se apartó visiblemente enfadado.

—Voy a por una copa, está claro que la voy a necesitar —dijo alejándose de ellos.

—¿Seducirla? ¿Cómo se te ocurre? —mascullo Edward sujetando a Alexander del brazo.

El otro se soltó de su agarre con brusquedad y se alejó también.

Lavinia saludó a todo el mundo y Katherine no se movió de su lado dejando claro su apoyo. Poco a poco su espalda se relajó y consiguió sonreír sin que pareciese una mueca extraña y grotesca.

Para cenar, habían establecido una sala para que los invitados disfrutaran de las delicias que había preparado la cocinera a su gusto.

—Comamos algo —dijo Katherine llevándola hasta el bufé en el que estaban varios miembros de la familia.

Brodie un poco apartado sostenía una copa de champan, mientras los demás comían y charlaban.

—Kenneth es el que más carreras ha ganado —explicaba Edward —, pero los demás le siguen a la zaga.

—Lo más importante en una carrera es el caballo —dijo Elinor girándose hacia Brodie con malicia mal disimulada.

—Organiza una carrera sin jinetes, a ver cuánto corren los caballos —mascullό el escocés.

La pequeña de las Wharton sonrió divertida.

—Hablábamos de caballos —explicó James a las recién llegadas —. Señorita Wainwright, con Brodie en el orfanato, acabará por ser una experta.

—Los niños deben estar muy contentos —se unió el barón—. Ya querrían muchos tener a un profesor como él.

—Lo están disfrutando muchísimo —afirmó Elinor—. Creo que deberíamos comprar otro potrillo para los más pequeños.

—Este faisán está delicioso —dijo Henry.

—Pues la galantina no se queda atrás —apuntó Edward.

—¿Qué te apetece, Lavinia? —preguntó Meredith.

—No tengo mucha hambre —dijo un poco abrumada.

—¿Alguien piensa asistir a la representación del Rey Lear ese año? —preguntó Elinor.

—Yo puedo acompañarte —se ofreció Meredith—. Siempre que no tengas intención de pasarte toda la obra señalando lo injusta que es la vida para las mujeres, como hiciste en la ópera.

—Nosotros no nos marchamos hasta que haya nacido la criatura —dijo Emma señalando su abultado vientre—. Seguramente nos quedaremos hasta después de Navidad, así que si es antes del parto, también podría ir. Aunque ya os digo que la versión que se representa, no me gusta.

Su esposo la miró con una enorme sonrisa.

—Necesitamos una casa en Londres —afirmó rotundo.

—Vaya —lo miró Meredith—, no sabía que estuvieses incómodo con nosotros.

—Y no lo estoy, querida suegra, pero el casado, casa quiere —dijo con una sonrisa.

—Cierto —afirmó Frederick mirándola con cariño—. No puedes tenerlos siempre bajo el ala. Necesitan intimidad.

—¿Intimidad? ¿Es que acaso no les doy intimidad?

Sus hijas se echaron a reír.

—¿Qué? —preguntó ceñuda—. Hacéis lo que queréis.

—Siempre que a ti te parezca bien —dijo Caroline.

—Seréis desagradecidas. Pues hala, buscaos todos una casa.

—De momento deja que me instale en la mía —pidió Caroline.

—¿Cuándo os vais? —preguntó su padre.

—La semana que viene —respondió James.

—No necesitáis a los niños para organizar la casa —dijo su madre —. Podríais dejar que nos los llevásemos a Harmouth hasta Navidad, así tendríais la excusa para pasar esas fechas con nosotros.

—¿Cuatro meses separada de mis hijos? Ni loca.

—Qué egoísta eres. Estoy enseñando a Scarlett a jugar al ajedrez.

—Mamá, tiene cuatro años.

—¿Y qué? Es una niña muy lista. Por eso es tan traviesa, porque se aburre. Y tú no la dejas hacer nada.

—Ahora va a ser culpa mía que Scarlett se porte mal.

—Hombre, no va a ser mía.

Lavinia las observaba con expresión obnubilada. Nunca había compartido un momento como ese y estaba segura de que ninguno de los allí presentes era conscientes de lo mágico y maravilloso que era el vínculo que compartían.

—Lavinia está asustada —dijo Harriet sonriendo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Joseph llenando su plato.

—Lavinia es hija única. —Harriet le añadió verduras y su esposo arrugó la nariz.

—¿Te agobiamos, Lavinia? —preguntó Caroline.

—Puede irse cuando quiera.

—¡Alexander! —exclamó Meredith.

—Trataba de darle una salida. Si está incómoda, no debe sentirse

obligada a permanecer entre nosotros.

Katherine lo miró muy seria y su esposo se apartó del grupo.

—Probaré la galantina —dijo Lavinia, con una forzada sonrisa, acercándose a la mesa para coger un plato.

—Mira, mamá, la duquesa ha hecho que preparen esos pastelitos que siempre ponías en nuestras fiestas de cumpleaños —dijo Harriet cogiendo uno.

—Son los favoritos de Katherine —apuntó Emma señalando para que le dieran uno sin tener que levantarse de la silla—. La duquesa no deja de mimarla.

—¿Quieres uno, Lavinia? —preguntó Harriet.

—¿De qué son? —dijo con la mirada fija en el precioso pastelito rosa que Harriet sostenía en su mano.

—¿No los probaste nunca? Pero si siempre sobraban.

—No creo que la señorita Wainwright asistiera al cumpleaños de su mayor enemiga —dijo Alexander.

—No éramos enemigas —espetó Katherine con evidente disgusto.

—Nunca la invitaron.

La voz de Lucille a su espalda hizo que Lavinia se volviese asustada.

—Que curiosa es la vida —dijo acercándose más—. Cuando he visto la estampa no he podido contenerme, tenía que verlo de cerca. Lavinia Wainwright departiendo amigablemente con la familia Wharton. Digno de ver, desde luego.

—Lucille…

—¿Te acuerdas de cómo me interrogabas cada año después del cumpleaños de Katherine? —Miró a la susodicha con una enorme sonrisa—. Quería saber hasta el más mínimo detalle. La admiraba mucho, ¿verdad, Lavinia?

La otra había perdido el color por completo.

—Me sorprende que no invitases a Lavinia, mamá —dijo Harriet poniendo dos pastelitos en un plato para ofrecérselo. Luego se giró

hacia Lucille y le dedicó una brillante sonrisa—. Está claro que invitabas a cualquiera.

—Sí la invitaba —dijo la baronesa al fin, sin poder contenerse más.

Lavinia se giró ahora hacia ella igual de sorprendida.

—Eso es imposible —dijo Lucille—. Limpié sus lágrimas muchas veces por ese motivo.

—La invité cada año, pero su madre no le permitió asistir.

—¿Cómo dice, baronesa?

Meredith se acercó a ella y suspiró antes de responder.

—No me gusta hablar de los muertos, no pueden defenderse y es injusto mencionarlos. Pero lo cierto es que tu madre no quería que te relacionaras con mis hijas. Aun así, te invité cada año, lo que ocurriese con esa invitación escapa por completo a mi conocimiento, aunque puedo imaginarlo.

El pecho de Lavinia subía y bajaba agitado mientras su expresión se mantenía en una tensa y falsa calma.

—Discúlpenme.

—Pero, Lavinia —Lucille trató de detenerla—. ¿Cómo vas a perder la oportunidad de…?

Brodie dejó su copa y fue tras ella. Lavinia había echado a correr para salir de la casa y tuvo que esforzarse para alcanzarla.

Capítulo 27

—No sabía que fuese tan ágil —dijo cuando llegó hasta ella.

—Deseo estar sola —dijo dándole la espalda.

—No haga caso a esa amargada. Disfruta molestándola.

Ella no dijo nada, tratando de contener los sollozos que pugnaban por salir de su garganta. La dejó tranquila, esperando a que se recuperase. Pasados unos minutos ella se limpió el rostro y carraspeó dispuesta a enfrentarlo.

—Parece que se lo está pasando bien —dijo el escocés con gesto burlón.

—Hasta que ha llegado Lucille, así era.

—Y eso que aún no hemos bailado.

—Usted parecía tener una celebración privada. Le he visto apurar cuatro copas de champán en lo que yo disfrutaba de una lección completa de lo que supone pertenecer a una familia numerosa.

—Me aburría como una ostra. Mi pareja me había abandonado nada más llegar y mis amigos me habían tocado las narices.

—Imagino que ambas cosas estaban relacionadas. El señor Greenwood no está muy contento con mi presencia aquí.

—El señor Greenwood tiene un *jō* metido por el…

—Yo prometo no llorar —lo interrumpió—, si usted se compromete a no decir cosas como esa.

—Me iría bien que me diera el aire. ¿Damos un paseo?

Ella asintió y caminaron hacia los parterres, aunque la luz de la luna no sería suficiente para mostrar su belleza.

—Hace una noche muy agradable —dijo ella.

Brodie emitió un sonido gutural que servía igual como afirmación que como negación.

—Hace poco alguien me habló de un juego. Consistía en imaginar que eras otra persona.

—¿Otra persona? —preguntó confuso.

—Sí. Podía ser cualquiera y vivir en cualquier época. —Lo miró con curiosidad—. ¿Qué época escogería usted?

—Una en la que la gente no haga preguntas estúpidas —se burló.

—Parece que su humor no mejora. Insistió mucho en venir, creía que le gustaban los bailes.

—Antes me gustaban.

—Espero no tener nada que ver con ese cambio.

—¿Cómo lo hace? —preguntó él deteniéndose en el camino.

—¿El qué?

—Que solo pueda pensar en usted.

—¿Cómo dice?

Si un meteorito se acercase a ellos envuelto en una nube de fuego que iluminase todo Londres, no se habrían percatado.

—No finja que no se ha dado cuenta. Tiene mi pañuelo.

Ella se mostró confusa.

—No me lo ha devuelto —insistió él.

—Su… pañuelo —dijo temblando.

—Sí, se lo quedó. Pensé que me lo devolvería con cualquier excusa y que intentaría sonsacarme. Suponiendo que sea verdad que no se acuerda.

—¿No me acuerdo de qué?

—De aquella noche.

—¿Qué noche?

Él se movió impaciente y Lavinia se mordió el labio al borde del colapso.

—¿Qué noche? —insistió.

—La noche que la llevé a su cama. La noche que me dijo que no podía dormir en su casa porque olía a flores muertas. La noche en la que le di mi pañuelo y me dijo que quería vivir en ese olor. —Dio un paso hacia ella, tan cerca que podía sentir su calor como una llamarada—. La noche en que tomó mi mano y entrelazó sus dedos

con los míos. Esa noche, Lavinia.

—Eso jamás ha ocurrido, yo no puedo…

La atrajo hacia sí y la besó sin poder contenerse más. Un beso duro y rápido que lo dejó aún más furioso y más necesitado. La soltó con brusquedad haciendo que perdiera el equilibrio.

—¿Qué? —Ella lo miraba estupefacta—. ¿Cómo se atreve?

Le costaba respirar y sentía una furia creciente extendiéndose por todo su cuerpo.

—¿Cómo se atreve? —repitió la pregunta mordiendo cada palabra.

—Estoy borracho —mintió.

—¿Esa es su excusa?

La miró con fijeza.

—Sí, esa es mi excusa, ¿cuál es la suya?

—¿Qué?

—No me ha apartado. Es más, sus labios me han respondido.

—¿Qué? —repitió incrédula—. Eso no es cierto.

—¿Quiere que se lo demuestre? —dio un paso hacia ella y Lavinia se apartó asustada.

—No se atreva a tocarme.

—Es usted una mandona —masculló girándole la cara.

Lavinia suspiró con cansancio.

—Para insultarme no era necesario obligarme a venir, podría haberlo hecho en el orfanato el próximo miércoles. O el viernes. Ahora tiene más ocasiones.

—Deje de hacerse la víctima, aquí nadie la está insultando. Que le gusta llevar las riendas es un hecho. Pero yo no soy su caballo, señorita Wainwright.

—¿Por qué está tan enfadado conmigo? Si no quería venir ¿por qué insistió? ¿Para castigarme?

—¿Castigarla?

Ella asintió confusa.

—Dice que me gusta llevar las riendas, pero es usted el que siempre me está mandando. Y me da ordenes contradictorias. Que despida a la maestra, que la deje hacer lo que quiera, que venga al baile, que…

—Aún no ha contestado a mi pregunta: ¿Por qué no me ha devuelto el pañuelo?

—No sabía que era suyo.

—Miente.

Ella se mordió el labio y él contuvo un gemido desviando la mirada.

—Está bien, sabía que era suyo, huele a usted. Creía que se lo había dejado olvidado.

Él la miró incrédulo.

—Es raro, lo sé, pero no recuerdo nada de… esa noche de la que habla.

—Miente de nuevo, lo veo en sus ojos. Deje de comportarse como una cobarde y diga la verdad por una vez en su vida.

Ella respiró hondo y elevó el mentón.

—Pensaba que lo había soñado.

—Ya.

—No puedo tocar a nadie, ¿cómo iba a imaginar que…?

Brodie se quitó el guante e hizo ademán de coger su mano.

—¿Qué hace? —Se apartó con brusquedad.

—Le demostraré algo —dijo mirándola con fijeza—. Estese quieta.

Cogió su mano, le quitó el guante también y lo metió en su bolsillo. Después enlazó sus dedos tal y como había hecho ella aquella noche. Lavinia no se movió, estaba hipnotizada con aquel gesto. Sentía el contacto de su piel como si la envolviera por completo. En su mano y en todas partes.

—A mí sí puede tocarme.

Brodie se inclinó de nuevo y cubrió su boca, pero esta vez fue un beso dulce y profundo. Deslizó la lengua y la saboreó con deleite.

Rodeó su cintura con la otra mano y la pegó a su cuerpo, quería sentirla, se moría por sentirla mucho más cerca.

—Ese licor de cerezas es realmente un peligro —musitó contra sus labios—. No debería ni olerlo.

Lavinia iba a decir algo, pero él volvió a besarla y esta vez la pasión que sentía se desbordó sin remedio. La empujó hasta el pequeño templete que sustentaba una estatua de Eros ligero de ropa y le sujetó las manos a ambos lados del cuerpo. Su boca se apoderó de ella, exigente y dura. Besó sus mejillas, sus ojos, su cuello y volvió de nuevo a su boca cuando ya la tenía completamente rendida. Mordió su labio, ese con el que ella lo torturaba, y tiró de él con un gemido.

—No vuelvas a morderte el labio delante de nadie o no respondo —dijo con voz ronca y lo acarició con la punta de su lengua—. Solo yo puedo morderlo, ¿me oyes?

Ella lo miraba enajenada, como si aquello fuese un sueño del que no quería despertar. Sacó su lengua para acariciarle los labios como había hecho él y el escocés sintió que su erección crecía imparable. Llevó una de sus manos hasta ella y Lavinia abrió la boca sorprendida, momento que él aprovechó para invadirla de nuevo con su lengua.

—Esto no está bien —susurró ella cuando él se separó.

—No —dijo él—, no lo está. Me muero por tomarte aquí mismo, tienes que decirme algo para que pueda parar.

—Ese pañuelo… —susurró—. Me calma cuando aparecen los fantasmas.

Brodie gimió en su cuello y se quedó quieto mientras ella hablaba.

—Desde que ella murió vienen a visitarme a menudo. Casi siempre de noche. Por eso no duermo bien. Pero desde que tengo su pañuelo no han vuelto a venir.

Él se apartó y evitó su mirada.

—No quiero devolvérselo. Deje que me lo quede.

Brodie movía la cabeza visiblemente enfadado, aunque Lavinia no

estaba segura de si era con él mismo por haber sucumbido a sus instintos o con ella por haberlo detenido.

—¿Dije algo… indebido? —preguntó con timidez.

Él la miró con las manos en la cintura y ligeramente inclinado hacia adelante para ocultar su incómoda y evidente protuberancia dentro de los pantalones.

—¿Algo como qué? Dijo muchas cosas.

—Algo que… le haya llevado a tomarse tales libertades conmigo.

—Dijo cosas que me hicieron pensar que no le soy del todo… indiferente.

Lavinia asintió y su expresión mortificada hicieron que él marcase más su mandíbula.

—Es evidente que la deseo —dijo con más dureza de la que pretendía—. Desde ese día no he podido quitármela de la cabeza. Soy un hombre y mi cuerpo reacciona a los estímulos.

Ella asintió de nuevo desviando la mirada para no fijarla allí donde estaba claro que no debía mirar.

—No pretendo ofenderla.

—Lo sé.

—Solo la informo, no quisiera que pensara cosas que no son.

—Lo entiendo. —Se apartó del templete y se arregló el vestido—. Deberíamos volver, se estarán preguntando…

Brodie suspiró impaciente y la enfrentó.

—Le pido disculpas por haberla besado sin su permiso. Y por todo… lo que he hecho.

—Gracias.

—¿Quiere que le pida perdón también por desearla?

—No será necesario.

Lo estaba sacando de sus casillas.

—Dígame lo que quiere, Lavinia, es agotador tener que adivinarlo siempre todo de usted.

Lo miró dolida.

—Me preguntaba si habría tratado así a Katherine o a cualquiera de sus hermanas, de estar en mi lugar.

Él puso los ojos en blanco y gruñó alguna clase de respuesta, que ella no entendió. La miró con fijeza.

—¿Quiere que me imagine besando a Katherine?

—Yo no he dicho eso.

—Sé lo que ha dicho.

—Pero no ha respondido.

—No era una pregunta.

—Sí lo era.

—No puedo imaginarlo, lo siento. Y no voy por ahí besando a mujeres casadas, así que tendrá que pensar en otra pregunta para lo que quiere averiguar.

—¿Usted me respeta, señor Brodie? ¿Cree que soy una persona que merece respeto?

—Por supuesto.

—¿De verdad?

No había doblez en su expresión, realmente quería saberlo.

—Lavinia, no la he besado porque no la respete. Ha sido un impulso irrefrenable y lamento que la haya ofendido. No volveré a hacerlo, le doy mi palabra.

Ella asintió y luego respiró hondo con aquella mirada triste que lo desquiciaba.

—¿Qué? -preguntó impotente.

—Mañana le devolveré su pañuelo. No estuvo bien quedármelo. Y, sea lo que sea lo que le dije, no me lo tenga en cuenta, nunca me había excedido con el alcohol y parece que no lo tolero bien.

—Necesito recuperarme —dijo él con tono gruñón—. Demos un paseo hasta que se me pase.

Caminaron por el sendero de grava que dividía la perfecta composición de flores que conformaba el parterre. Los setos de boj, recortados con precisión, delimitaban formas geométricas que

contenían un vibrante tapiz de flores. Las dalias y capuchinas se mezclaban en patrones simétricos, creando un efecto visual de colores brillantes y contrastes armoniosos. En el centro del parterre, una elegante fuente de mármol lanzaba destellos de agua bajo la luz de la luna. Los caminos de grava blanca resaltaban aún más la belleza del diseño.

Brodie se puso las manos en la espalda y ella lo miró con preocupación.

—¿Sabe que si tropieza se romperá los dientes? Perdone —se excusó al ver su mirada cínica—. Era lo que me decía mi madre. Eso y que no era nada femenino. Me pregunto si será por eso que a tantos caballeros les faltan dientes.

Brodie se quitó las manos de la espalda.

—No habla mucho de su madre. De hecho, creo que es la primera vez que la oigo mencionarla. Habrá sido un duro golpe saber que fue ella la que no le permitió ir a las fiestas de cumpleaños de Katherine.

—Lucille me ha dado una buena noticia sin saberlo. Estoy segura de que se tiraría de los pelos si viera que me ha hecho un bien tratando de hacerme daño.

—Le alivia que fuera cosa de su madre —dijo sorprendido.

Ella asintió.

—La próxima vez, recuerde que el camino más corto entre dos puntos es la línea recta. Cuando quiera saber algo, pregúntele a la persona que lo sabe. Por ejemplo, yo tengo interés en saber por qué se comprometió con un hombre que usted sabía que era un miserable.

—El señor Lovelace fue siempre el principal candidato de mi madre. Oí su nombre desde que era una niña y crecí pensando que si lograba casarme con él sería la mujer más feliz sobre la tierra. —Lo miró con una sonrisa cínica—. Solo así tendría la admiración y el afecto de Victoria Wainwright.

—¿Y en su aceptación no tuvo el menor peso saber que él amaba a Katherine?

No pudo ocultar que el comentario le dolió.

—Conoce bien mis debilidades, además de mis defectos. Es usted muy perspicaz, señor McEntrie, además de tener muchos amigos que le habrán explicado todo lo que escapa a su conocimiento.

—¿Por qué tenía esa fijación con Katherine? Ciertamente es hermosa, pero no más que usted. ¿A qué venía entonces tanta animadversión?

Pasó por alto el hecho de que era el primer hombre al que oía afirmar que Katherine no era más hermosa que ella. De repente sentía una congoja incomprensible. Empezaba a asimilar lo que había ocurrido y no estaba muy segura de salir indemne de aquella prueba.

—Solo quería ser su amiga.

—No creo que Katherine fuese una niña mezquina que le negase su amistad.

—Al contrario, era encantadora conmigo y siempre que estaba con ella me sentía… feliz.

—¿Entonces?

—Ya lo sabe.

—Los cumpleaños.

—Era un desprecio público, al menos así lo vivía una niña de seis años a la que dejaban fuera de la fiesta. Lucille venía a casa en cuanto salía de la celebración, ya sabe por qué.

—Para torturarla. Parece que apuntaba maneras.

—Recuerdo exactamente cómo me sentía, sentada en una silla del salón mirando hacia la puerta y rogando en mi cabeza: que llegue, que llegue, que llegue.

—¿Quién?

—La invitación. La esperaba hasta el mismo día de la fiesta, a pesar de saber que todos la habían recibido una semana antes. Mi madre se sentaba conmigo y me observaba. Cuando pasaba la hora y veía que me rendía empezaba su verdadero trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó al ver que no continuaba.

Lavinia sopesó la posibilidad de no responder, pero estaba muy cansada. Cansada de esperar, cansada de desear, cansada de perder…

—Primero me decía que si no quería que me despreciaran debía hacer que me temieran. Luego seguía con que era débil y que por eso me maltrataban.

—Bonito discurso para una niña a la que han dejado fuera de una fiesta. Estoy seguro de que usted actuaría igual con Heather o Ruby.

Ella lo miró horrorizada.

—¿Cómo puede…? —Bajó la mirada incrédula—. ¿Se burla de mí incluso ahora?

Él se encogió de hombros.

—Lavinia, tengo cinco hermanos, ¿cuántas veces voy a tener que repetírselo?

Ella tuvo que sonreír, no era posible resistirse.

—Hábleme de ella, de su madre. ¿Cómo era?

Lavinia suspiró y trató de desligarse de su relación con ella para intentar describirla lo más honesta y objetivamente posible.

—Victoria Wainwright era una mujer de una belleza y elegancia impresionantes. Tenía un porte altivo que imponía respeto y temor. Siempre vestía a la última moda y se aseguraba de que su presencia fuera notable en cualquier evento social. Mi madre, señor McEntrie, parecía una diosa del Olimpo, una reina de Egipto. Será más fácil imaginarla si piensa en alguien opuesto a mí. Ella destilaba seguridad y aplomo. No necesitaba demostrar nada, solo tenía que mirarte y tú caías a su pies.

—No hay duda de que la tenía dominada.

—Dominante era su segundo nombre. Sabía muy bien lo que quería y cómo conseguirlo. «El poder no se da, se toma», era una de sus frases favoritas. Trató de inculcarme su sabiduría, pero en mí yacían las debilidades de mi padre. La sacaba de quicio cuando me veía llorar por no obtener lo que deseaba, se avergonzaba de mí y me ridiculizaba hasta hacerme sentir más insignificante que una mota de

polvo. Ella sabía muy bien utilizar su belleza y su encanto para conseguir lo que quería. Era fría y dura y tenía una persistencia inquebrantable. Nunca se compadecía del sufrimiento ajeno, despreciaba la debilidad más que ninguna otra cosa en el mundo. «La debilidad es una enfermedad, y en esta casa, no hay lugar para enfermos».

—No me lo diga, ¿otra de sus frases favoritas?

—Me repetía esas frases una y otra vez —respondió al tiempo que asentía—. Las otras madres les dicen palabras de cariño a sus hijas, mi madre me aleccionaba para ser como ella. «No importa cuántos corazones tenga que romper, siempre que consiga lo que deseo». Traté de convertirme en la persona que ella quería que fuese, porque era el único modo de sobrevivir. Me plegué a sus deseos, solo respiraba tranquila cuando ella estaba contenta. No me importaba que los demás me odiasen, mientras ella estuviera contenta.

—¿Y qué hacía tu padre?

Torció una sonrisa perversa.

—Él era tan débil como yo. Lo ninguneaba, lo ridiculizaba en público, pero luego le daba lo que él quería y volvía a comer de su mano.

Brodie comprendió a qué se refería, pero se abstuvo de mencionarlo.

—Los escuchaba reír tras la puerta del dormitorio y se me revolvían las tripas. Lo había tratado como a un felpudo y él había soportado su ira y su desprecio, pero luego se reía y le decía cuánto la amaba. —Apartó la mirada con asco—. Ella lo decidía todo, incluso qué se hacía con el dinero. Mi padre solo fingía ser el hombre, pero en realidad su opinión nunca tuvo el menor peso.

Se inclinó para acariciar una de aquellas dalias y sonrió con tristeza antes de volver a mirarlo.

—Mi madre era una experta en el arte de la manipulación, supo exactamente cómo manejarme en todo momento. Hacía lo que ella

quería, cuando ella quería. Hasta tal punto llegó su dominio sobre mí que cuando murió fue como si alguien cortara mis cuerdas de marioneta. Literalmente, me desplomé en el suelo sin fuerzas. No perdí el conocimiento, simplemente me caí al suelo con los ojos muy abiertos —dijo pensativa—. Yo quería gritar, pero no pude emitir el menor sonido. Me quedé allí tumbada mientras mi madre exhalaba su último aliento y se llevaban a mi padre. Pasé tres días sin comer, tan solo podía tragar un poco de agua…

Arrancó la dalia que había acariciado y la dejó caer al suelo sin dejar de mirarla. Después la pisó y retorció el pie sobre ella hasta destrozarla. Levantó la cabeza y posó sus ojos en él.

—¿Le parece suficiente o quiere más?

Se alejó de él, pero Brodie la alcanzó y se interpuso en su camino.

—Quiero más.

Ella respiraba agitada y lo miraba con una mezcla de furia y dolor que lo dejó temblando.

—¿Por qué me hace esto?

—¿Qué le hago?

—Me hace… daño —gimió—. Esto me duele muchísimo.

—¿Qué le duele?

—Esto… —Lo señaló—. Creer que… No puedo pensar en ella.

—¿En su madre?

—Usted no lo entiende. Llevo dos años cargando con… —Sollozó.

Le dio la espalda, no quería llorar delante de él, no quería que viese en sus lágrimas que también lloraba por él. Pero Brodie no se quedó fuera, la rodeó con sus brazos con firmeza y no dejó que se apartara.

Quince minutos después, ya sin lágrimas, se sentaron en un banco de piedra y contemplaron la figura de Eros cuya desnudez iluminaban sin pudor los rayos de la luna.

—Debe pensar que soy una estúpida.

—Es exactamente lo que estaba pensando —se burló él.

—No se lo reprocharía. Ahora mismo no tengo más de cuatro años.

Él sonrió y la miró divertido.

—Me ha emocionado eso de la marioneta. Muy descriptivo. Casi he podido verlo.

—Es como me sentí.

—¿Cuál es esa carga?

Ella lo miró confusa.

—Ha dicho que carga con algo desde hace dos años. ¿Qué es? Dígamelo para que pueda librarla de ese peso.

—No puede.

—Usted no me conoce. Ya le dije que soy capaz de lanzar un tronco. ¿Ve ese árbol de ahí? Podría lanzarlo sin problemas.

—Descubrí que mi madre era una adúltera —dijo ella al fin.

—Ya veo. ¿Y se lo contó a su padre?

Lavinia asintió.

—Y cree que por eso él la mató.

Volvió a asentir.

—No se me pasó por la cabeza que él pudiera hacer algo así. Jamás había demostrado el más mínimo comportamiento violento. Creía que la repudiaría. O, al menos, que se acabaría su domino sobre nosotros.

—Y las cosas no salieron como esperaba.

—Me temo que las cosas nunca salen como espero.

—Según yo lo veo, la única responsabilidad que tiene usted en todo esto es no haber sido capaz de defenderse. Uno ha de saber defenderse en cualquier situación, esa es una de las enseñanzas que nos transmitió nuestro padre a mis hermanos y a mí. Como ve no tengo frases lapidarias, pero creo que no se le daba mal eso de criar hijos. —Sonrió para distender el ambiente—. La otra cosa que nos decía era que fuésemos una piña, que nos protegiésemos y defendiésemos siempre de todo y de todos. Usted no tenía a nadie y

no puedo ni imaginarme lo duro que fue.

Lavinia desvió la mirada y tragó saliva para dejar hueco a las lágrimas.

—No conocí a su madre y, visto lo visto, me alegro, la verdad. Pero de lo que no me cabe la menor duda es que usted no se parece en nada a ella. Y a su padre, tampoco. Ninguno de los dos habría montado un orfanato para cuidar de unos niños a los que no han querido y que habrían acabado en la calle, probablemente, si no fuese por usted. No puedo imaginarme a esa impresionante y elegante mujer tendiendo la ropa o pelando patatas. Sí, me lo han contado.—Sonrió al ver su cara de susto.

—No debería hablarme así si no quiere verme llorar otra vez —musitó ella.

—Algún día le contaré la historia completa de Kenneth y su madre. Los McEntrie tenemos nuestros dramas, no se vaya usted a creer.

Ella se puso de pie y sacudió la falda para hacer algo.

—Debo estar horrible. Todo el mundo sabrá que he llorado.

—Veamos: Ojos rojos, nariz hinchada, mejillas rojas… Cumple todos los requisitos, sí.

—Si doy la vuelta a la casa podría irme sin que me vean, usted podría excu…

—Mira que es cobarde. —Se puso de pie y le tendió la mano—. Le recuerdo que aún no ha bailado conmigo.

Capítulo 28

Drummond intentaba disimular lo enfadado que estaba, y Joseph, en cambio, estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Qué es lo que no le gusta del proyecto? —preguntó con voz tensa.

—Mmmm, déjeme pensar. —Lo miró inclinando la cabeza—. Desde el promotor hasta la idea, pasando por la localización. No me gusta nada.

—El señor McEntrie me dijo que vendrían a cenar, pero no ha hecho más que posponer la cita hasta hoy. ¿No cree que es de muy mal empresario no escuchar siquiera la propuesta antes de rechazarla?

—En cualquier otro negocio, sí, pero con usted sé que esta es la mejor actuación. No olvide que soy hijo de Jacob Burford, sé muy bien la forma que tiene usted de hacer negocios.

—Estoy seguro de que se arrepentirá de no haber participado.

—¿Es una amenaza?

—Cuando el proyecto sea un éxito…

—Le felicitaré humildemente y me alegraré por esta ciudad y por sus enfermos. Y ahora, si nos disculpa, mi cuñado y yo tenemos que sacar a bailar a nuestras esposas.

Joseph se llevó a Henry con él y Drummond hizo un gesto a su perro para que acudiera.

—¿Dónde está la señorita Wainwright?

—No ha vuelto de su paseo con el señor McEntrie.

—Esos dos… —Desvió la mirada, incrédula—. No me gusta nada lo que se traen entre manos.

—¿Quiere que lo quite de en medio? Podría pedirle a Weis…

Drummond tenía ganas de hacer daño, pero dada su situación no le convenía asumir más riesgos.

—No, seguiremos con el plan B. Voy a la biblioteca, en cuanto la

veas sola, dale la nota.

—Voy a refrescarme y arreglarme un poco —dijo Lavinia antes de entrar al salón—. Trataré de que no se me note tanto que he llorado.

—La espero para nuestro baile. No escape o tendré que ir a buscarla.

Ella sonrió y caminó hacia el tocador. Antes de llegar, alguien la detuvo.

—Señorita Wainwright.

La voz de Black la hizo dar un respingo. Miró a su alrededor y lamentó que no hubiese nadie cerca.

—El señor Drummond me ha pedido que le entregue esta nota.

Ella la miró como si le diera asco mancharse con ella.

—Puede decirme lo que pone —dijo mirándolo de nuevo.

—Es mejor que la lea, le aseguro que no querrá que yo sepa lo que contiene.

Estaba cansada y quería marcharse a casa, así que tomó la nota y la abrió. Enseguida su rostro empalideció y se alejó de él sin decir nada.

—Señorita Wainwright —la saludó Michael Drummond girándose desde la ventana frente a la que estaba parado—. Me alegra ver que ha aceptado mi invitación.

—Yo no llamaría invitación a esto —dijo ella mostrando la nota —. Y estoy segura de que un alguacil tampoco lo verá como tal.

—Y aun así, ha venido. ¿Por qué no ha ido a denunciarme inmediatamente?

—Primero quiero oír lo que tenga que decir.

Drummond caminó tranquilo hasta una butaca y se sentó a la espera de que ella hiciese lo mismo en la que había justo enfrente. Lavinia se retorció las manos nerviosa, pero se sentó.

—De haber sabido que esa niña le importaba tanto, me habría

informado antes sobre ella.

—Diga lo que tenga que decir, mis amigos se preocuparán si tardo tanto en regresar.

—Tiene razón, ahora tiene amigos. Qué bonito, estoy seguro de que su madre se enorgullecería de usted. Ha sabido rodearse de las personas adecuadas. Bien hecho. Como ha leído en esa nota, tengo el certificado de nacimiento de esa niña y he contactado con su padre, que sorprendentemente sigue vivo a pesar de la mala vida que ha llevado. Ese hombre, por llamarlo de algún modo, estuvo aprovechándose de su esposa hasta que murió. ¿Sabe que la obligaba a prostituirse? —Asintió con expresión de pesar—. Esa mujer hizo todo lo que él le pedía con tal de proteger a la niña, ¿se lo imagina? Y es que hay hombres muy despreciables, señorita Wainwright. No dudó ni un momento en vendérmela por doscientas libras.

Lavinia se tapó la boca para ahogar una exclamación horrorizada.

—Solo tiene seis años —masculló Lavinia asqueada.

—Ni se imagina lo que paga la gente porque le dejen un rato a solas con una niña como esa. —Chasqueó la lengua moviendo cabeza —. Hay toda clase de pervertidos, señorita, solo hay que saber dónde buscarlos.

—Le pagaré lo que pida, pero por favor, no le haga daño a Heather.

—No tengo ningún interés en ella. Estoy dispuesto a traspasarle los documentos que la convertirán en su problema. —Hizo una pausa para que la idea de que podía salvarla se asentara en su cerebro—. Solo tiene que venderme la casa.

—¿Por cuánto? —Se agarraba las manos para que no viera lo mucho que le temblaban.

—Estaba dispuesto a pagar un precio justo, pero me ha estado tocando las narices durante demasiado tiempo. Así que le pagaré… una libra.

Lavinia empalideció.

—Esa casa vale más de cincuenta mil libras.

—Lo sé.

—No puede hacer esto, se ha vuelto loco.

—¿A usted le parezco loco, señorita? Esa niña ha sido un gran descubrimiento para mí, no me lo esperaba. Tenía intención de extorsionarla, es cierto, pero mi enfoque iba ser más… directo. Hasta que apareció ese escocés, no tenía a nadie con quién amenazarla. Si le hubiese dicho que iba a hacer daño a su padre, le habría dado igual, ¿me equivoco? Vaya, parece que lo desprecia tanto como lo despreciaba su madre. Ah, Victoria Wainwright, que gran mujer. ¿Sabía que fuimos amantes durante años? Me habría casado con ella sin dudarlo, si ella hubiese querido. La habría dejado viuda en un santiamén, pero, curiosamente, ella no quería dejar a su padre. Lo despreciaba, sí, pero decía que servía a sus propósitos y que no lo dejaría jamás. —Golpeó el brazo de su butaca con los dedos—. En el fondo creo que disfrutaba más torturándolo a él que en la cama conmigo.

Lavinia enrojeció, pero sus ojos permanecieron fijos en él.

—La cuestión es que cuando supe que se interesaba por ese escocés vi el cielo abierto. ¡Por fin había alguien con quién amenazarla! Alguien decente, quiero decir. Estaban los huérfanos y sus criadas, pero seamos sinceros, no le veía futuro a eso. Al señor McEntrie sí, creí que esa amistad acabaría en boda y entonces ya tendría una baza para manipularla. ¿A qué es inteligente? Digno de su madre. Ella me enseñó todo lo que sé —sonrió burlón—. Pero la cosa no parece cuajar y yo tengo mucha prisa. Y, mira por dónde, va y se cruza en mi camino la señorita Duffield. No es que sea nada del otro mundo, pero para calentarle a uno la cama vale casi cualquiera. La cuestión es que después de dejarla satisfecha, me contó la absoluta debilidad de Lavinia Wainwright por una niña del orfanato. Hasta tal punto cree que están unidas que ha llegado a preguntarse si tienen algún parentesco. —Se rio a carcajadas—. Esa mujer es más simple

que multiplicar por uno.

—Está loco —repitió.

—Loco y todo, voy a quedarme con su casa y con todo lo que contiene. Total, usted tampoco es que la use.

—Esa casa es de los niños.

—Menuda aberración. Si su madre levantara la cabeza se llevaría un disgusto al ver lo poco que aprendió de ella. Era una mujer fuera de serie, capaz de las cosas más increíbles. Si viera cómo manejaba los negocios. En fin, no quiero pensar en eso porque me pondré melancólico. Alégrese, no voy a desposeerla de todo lo que tiene, solo quiero la casa, el dinero puede quedárselo. Es más, voy a hacer una proposición: cásese con mi hijo y los suyos heredarán toda mi fortuna, incluida esa casa. Es más, de regalo de boda le daré a la niña, ¿qué le parece? ¿A que soy generoso? —Volvió a reírse a carcajadas—. Mason es un buen hombre, un poco raro, pero supongo que es normal para alguien que no puede salir de casa. No se casará jamás, ya lo tengo asumido, quizá si yo le llevo a una candidata tan hermosa como usted…

—¿Por qué tanto interés en que sea precisamente esa casa?

Él se encogió de hombros.

—Me gusta.

—No va a decírmelo. —Entrecerró los ojos—. Hay algo que no quiere que sepa.

Él sonrió.

—Mire, señorita Wainwright, si no he solucionado este problema quitándola a usted de en medio, es única y exclusivamente por su madre. Me crea o no, Victoria fue el amor de mi vida.

—Por favor —pidió poniéndose de pie—. Por favor, señor Drummond.

—Lavinia, por Dios, no avergüence más la memoria de su madre. La compasión es para los débiles y los débiles son como los enfermos. Sus amigos la van a echar de menos. Vaya, vaya… —Le señaló la

puerta—. Le doy hasta el miércoles para tomar una decisión. Después de eso, Heather dejará de ser su problema.

Lavinia tenía la mano en el pomo de la puerta cuando la detuvo.

—Una cosa, señorita Wainwright. No soy hombre de dar nuevas oportunidades, cuando alguien me falla soy muuuuy rencoroso. Si involucra a alguien en este trato, esa niña y usted pasarán a mejor vida. Recuerde lo que decía su madre: «No importa cuántos corazones tenga que romper, siempre consigo lo que quiero».

—oOo—

—¿Qué le pasa? —musitó la señora Dunlop dándole a Cecilia con el codo.

—No lo sé, respondió la otra en el mismo tono—. Está así desde anoche. Pensaba que me contaría un montón de cosas del baile, pero no me dejó ni que la ayudara a cambiarse.

—Debió pasar algo con tu señor Brodie.

—Deje de decir que es mío —se rio la doncella por lo bajo—. Acabará enfadándose conmigo por eso, que es muy suyo.

—Dejad de cuchichear —dijo Lavinia parándose para mirarlas—. Hoy no iré al orfanato, pero tú sí.

—¿Adónde va?

—Tengo que hacer un recado.

—¿Qué recado? ¿Con quién?

—¿Desde cuándo tengo que date explicaciones? Tendrás que ir caminando porque yo necesito el coche.

Cecilia asintió y Lavinia salió del salón para ponerse el sombrero.

—¿Se va ya? ¿No es muy temprano?

Miró el reloj que estaba en la repisa de la chimenea.

—No, la persona que tengo que ver ya estará en su despacho.

Harry Legge se levantó de su silla para recibirla con evidente asombro.

—Señorita, no me esperaba tan grata visita.

—No le quitaré mucho tiempo. Quisiera que concertara una visita con mi padre.

El hombre abrió los ojos como platos.

—¡Oh, qué magnífica noticia!

—Cuanto antes, por favor, he oído que su estado de salud es muy delicado.

Legge asintió con expresión de pesar.

—Intentaré que sea mañana mismo.

Lavinia, que no se había ni sentado, se dio la vuelta para marcharse.

—Pero, señorita, permítame ofrecerle algo. ¿Ha podido leer las cartas?

—Ya le dije que no pienso leerlas jamás. Escucharé lo que tenga que decirme para que limpie su conciencia y se marche de este mundo sin más cargas que las que no pueden redimirse, pero no voy a leer ninguna de sus cartas. Que tenga un buen día, señor.

El abogado la despidió y corrió a la ventana para verla salir a la calle. Fuera la esperaba su carruaje y en cuanto el vehículo se alejó, cogió su sombrero y salió de su despacho.

Drummond lo miraba reflexivo.

—¿Qué es lo que la ha ablandado si no ha leído sus cartas?

—No lo sé, pero quiere verlo cuanto antes y escuchará todo lo que le diga —sonrió el hombrecillo con cara de frotarse las manos—. Lo que usted quería.

—Por fin sabré dónde están los documentos…

—Prefiero no conocer los detalles —dijo Legge haciéndole un

gesto para que no siguiera hablando—. Soy un hombre de leyes, después de todo.

Drummond miró a Black con expresión cínica y su mano derecha se rio a carcajadas.

—No se preocupe, Legge —dijo Black pasándole un brazo por los hombros para acompañarlo a la puerta—. Vaya a hablar con el gobernador de la prisión de Newgate, de parte del señor Drummond, y dígale que Wainwright recibirá la visita de su hija mañana mismo. Él sabe lo que tiene que hacer.

El abogado abandonó el despacho y Black cerró la puerta tras él.

—¿Crees que le contará dónde está el oro?

—Estoy seguro, pero lo que más me preocupa son los documentos que demuestran que su madre y yo conseguimos ese oro con la venta de esclavos. ¿Cómo me iba a imaginar que ese medio hombre sería capaz de matarla? De haberlo sabido habría tomado precauciones y la habría dejado viuda.

—Podríamos haberlo hecho desaparecer después.

—¿Y que Lavinia encuentre los documentos por casualidad cuando menos lo espere?

—También podríamos reunir a toda la familia en el más allá?

—Mira que eres bruto. Victoria no habría querido que eliminase a su hija. —Movió la cabeza con disgusto—. Nunca llegué a entenderla del todo. ¿Se puede entender a una mujer, Black?

—Yo no lo he conseguido aún.

—No la entendí nunca. Sabía que me amaba, pero prefería estar casada con ese medio hombre, que ni hijos pudo darle. ¿Te has encargado del cabo suelto?

—Sí, ya está hecho.

—Bien, bien —se frotó las manos satisfecho—. Muy buen trabajo, Black. Cuando todo esto acabe te llevarás un buen pellizco de los beneficios.

—¿Y Weis?

—¿Qué pasa con él?

—Deberíamos librarnos de él, podría estropearlo todo.

Drummond asintió.

—Cuando solucionemos todo esto dejaré que te encargues.

Capítulo 29

Un guardia la condujo hasta una pequeña sala de visitas. La habitación era austera, con una mesa de madera en el centro y dos sillas. Lavinia se sentó, tratando de calmar su respiración mientras esperaba. No tuvo que esperar mucho; la puerta de hierro chirrió y su padre fue escoltado por dos guardias hasta la silla frente a ella. El hombre que tenía delante distaba mucho de parecerse a la persona que ella recordaba. En dos años había envejecido veinte y sus ojos parecían mirar a través de unas oscuras sombras.

—Lavinia —dijo él con voz temblorosa—. Ya había perdido la esperanza.

—Estoy aquí —respondió Lavinia con frialdad, manteniendo la compostura—. He venido a escuchar lo que tengas que decirme.

Su padre tomó aire profundamente y su respiración sonó como el viento filtrándose por una rendija.

—Antes, me gustaría saber cómo estás. ¿Cómo es tu vida ahora? ¿Te has casado?

—¿El señor Legge no te ha informado de todo?

Su padre la miró con temor.

—No te fíes de ese hombre, no es tu amigo. Es un esbirro de Drummond… —Miró a su alrededor con temor—. El gobernador sí es un buen hombre, sé que coge su dinero, pero no ha dejado que me torturaran. Tiene conciencia.

—Legge te defendió.

—Porque a Drummond le interesa que siga vivo. Quiere los documentos, pero no le voy a decir dónde están, no importa las palizas que me den los reclusos a los que paga, no hablaré aunque me maten. Solo te lo contaré a ti y en cuanto lo haga deberás explicárselo a alguien de total confianza para que no puedan hacerte daño.

Lavinia empezaba a asustarse. Su padre parecía un hombre

desquiciado y probablemente lo era.

—Drummond quiere comprarme la casa —dijo sin pensar.

—¡No se la vendas! No debes dejar que le eche el guante, podría librarse de lo que se le viene encima.

—Padre, estás desvariando. Drummond tiene mucho poder, no necesita…

—Tú hazme caso, cuando veas los documentos te cerciorarás de que digo la verdad.

Lavinia arqueó una ceja, pero se conminó a callar para acabar cuanto antes.

Él la miró con ojos llenos de arrepentimiento y tristeza.

—Quería mucho a tu madre. Cuando la conocí era joven y alegre. Mucho más joven que yo. Me pareció un sueño que un hombre anodino como yo pudiera poseer a alguien tan lleno de vida. Aunque al principio no fue nada fácil… —Negó con la cabeza como si hablase consigo mismo—. Yo solo quería que estuviese conmigo. Que me dejase amarla. Y me dejaba. De vez en cuando cedía a mis deseos. Y aunque no pude darle lo que ella quería, fue mía. —Miró a su hija regresando a aquella presión—. Victoria era muy inteligente y capaz, la mayor parte de nuestra fortuna la consiguió ella. Decía que yo no servía para los negocios, que no tenía «visión». —Se encogió de hombros—. Y yo tenía razón, el dinero llegaba sin parar. Pero luego descubrí que no eran los negocios que me decía, sino otros, los que nos proporcionaban el capital.

—¿Qué negocios? —preguntó temerosa.

—Traficaba con esclavos.

Lavinia empalideció.

—No.

Su padre asintió.

—Sí, tu madre vendía seres humanos, tenía una red de flujo constante entre las colonias y América. Ganó mucho dinero de formas que ni tú ni yo podíamos sospechar. —Hizo una pausa, su voz

quebrándose.

Lavinia sintió náuseas. La imagen de su madre, siempre impecable y autoritaria, se entrelazaba con la de los horrores que sufrían esos pobres esclavos. Trató de mantener la calma, pero su voz salió temblorosa como la de su padre.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste al respecto?

—¿Yo? ¿Qué podía hacer yo? Intenté convencerla de que lo dejase, hacerle ver que ese hombre acabaría destruyéndola, que era el único que tenía poder sobre ella —dijo él, sus ojos llenos de desesperación—. Le supliqué, le dije que no importaba que no ganáramos tanto dinero, que acabaríamos todos en la cárcel. Ella se reía de mí y me hacía callar. «Denúnciame, si te atreves», me decía mientras me besaba.

Lavinia lo miró con desdén.

—Veo en tus ojos que me desprecias. Yo también me desprecio. Siempre cedía ante ella. No importaba lo que me dijera o me hiciera. Cuando creía que no podría soportarlo más y sentía que por fin podía romper el lazo que me unía a ella, metía la mano en mi pecho y me tocaba el corazón. Si no has amado, no puedes entender el poder que tenía sobre mí. Lo que un hombre es capaz de soportar… Saber que otro podía tenerla, que otro la acariciaba…

—Ya he escuchado suficiente —dijo ella haciendo ademán de ponerse de pie.

Su padre puso una mano en las suyas y Lavinia se apartó rápidamente.

—El oro está escondido en un compartimento secreto —dijo en un susurro—. Solo tú puedes encontrarlo. Lee mis cartas y lo entenderás. También hay documentos que prueban los negocios que hicieron Drummond y tu madre. En ellos está todo detallado, cada una de las transacciones, los intermediarios, todo. Esos documentos serán la espada que cortará la cabeza de ese hombre. Debes buscar a alguien de tu total confianza para que te ayude a encontrar una autoridad en

la que Drummond no haya puesto sus sucias manos.

—¿Por qué?

Su padre la miró confuso.

—¿Por qué he de hacer todo eso?

—Para vengar a tu madre, por supuesto.

—¿Vengarla? Pero si fuiste tú el que la mató.

—Pero fue por su culpa, él quería quedarse con todo. Con su cuerpo, con su dinero, contigo, todo.

Lavinia sintió de nuevo aquel desprecio insano que le erizaba el vello de la nuca y le retorcía las tripas.

—¿Conmigo?

—Es un hombre desnaturalizado, quería casarte con su hijo. Ese castigo divino que se esconde en el sótano. A ti, su… —Enmudeció como si alguien le hubiese puesto una mano en la boca. Las nubes empezaban a disiparse frente a ella y la luz que se colaba a través era más negra que la propia oscuridad.

—Ella nunca fue tuya. —Negó con la cabeza con una expresión en el rostro que su padre no había visto antes—. Te usó como usaba sus botines para no mancharse los pies de fango. Te usó igual que me usó a mí. Ese hombre no nos quitó nada, nosotros dejamos que ella nos lo quitara todo sin protestar, sin defendernos. —Volvió a negar como si se estuviera respondiendo a sí misma y se puso de pie—. Pero ya no está. Ella no está y no dejaré que siga gobernando mi vida. Se acabó.

—No sabes lo que dices. Drummond intentará convencerte de que le entregues esos documentos, que te cases con su hijo… No le escuches, busca una autoridad a la que no haya sobornado y…

—¿Esperas que sea tu mano ejecutora para hacer lo que tú no fuiste capaz de hacer?

El rostro del hombre mostró la vergüenza que sentía y desvió la mirada.

—Lavinia, sé que te he fallado. No supe comportarme como un padre, pero ahora te estoy dando el arma para destruir a tu… a ese

hombre. Voy a morir aquí, pero todo habrá valido la pena si destruyes a Drummond.

—¿Tengo que destruirlo yo? —Sonrió perversa—. ¿Por qué no lo hiciste tú? Estos años he vivido con una culpa que no era mía. Creía que la habías matado porque te dije que tenía un amante y resulta que lo sabías desde hacía años. —Se rio histérica—. ¿Por qué la mataste, padre? ¿O no debería llamarte así?

La miró horrorizado y estiró el brazo como si quisiera tocarla. Lavinia dio un paso atrás sin dejar de mirarlo con aquella expresión que él conocía tan bien.

—Lo sabes. Eres como ella. —Sonrió desquiciado—. Puedo verla en tus ojos. ¡Ay del que se enamore de ti! Su vida será un delicioso infierno. —Se rio a carcajadas—. Tenía miedo de que no fueras capaz, pero ahora sé que no vas a dejar de Drummond ni las cenizas. —Se puso serio—. No te creas nada de lo que te diga, intentará engatusarte, Victoria. No le creas. Yo te amo, amor mío, solo yo te amo. Por eso le di tanto dinero a tu padre. No podía quitarte de mi cabeza. Desde el momento en el que te vi vestida con harapos, pero con el porte de una diosa supe que tenías que ser mía. Te lo di todo. ¡Todo lo que tenía! Fui bueno contigo, siempre lo decías. Ni una sola vez te pegué, aunque al principio no quisieras complacerme. ¿Cómo aprendiste todas aquellas cosas? De ser una niña pasaste a convertirte en una apasionada mujer.

Cerró los ojos con una sonrisa extasiada y Lavinia se dobló sobre sí misma tratando de contener las arcadas. Él abrió los ojos de nuevo y la miró sorprendido.

—No creas nada de lo que diga —repitió mirándola con rencor—. Te dirá que es tu padre, pero es tu enemigo, te destruirá como la destruyó a ella. No lo dejes acercarse. Tienes que matarlo. Debes hacerlo por tu madre y por mí. Yo te crie como si fueses hija mía cuando solo eras una bastarda. Te dejé gastar mi dinero para comprarte cosas bonitas. Tu madre quería que fueras condesa. —Se rio

a carcajadas—. En realidad, habría querido hacerte reina, pero tuvo que conformarse con Lovelace. Tenía grandes planes para ti, pero tú siempre los estropeabas. «Es demasiado blanda» «Es demasiado sensible». Se enfadaba conmigo porque decía que era mi influencia la que te debilitaba. Pero yo le respondía siempre que no era mi sangre la que corría por tus venas, que si tenía que reclamarle a alguien, no era a mí.

—Al menos ahora ya sé por qué nunca me quisiste —se limpió una lágrima furtiva y levantó el mentón decidida—. Espero que antes de morir consigas la paz que no tuviste con ella.

—No eres mi hija, pero te quiero —sollozó él golpeando sin fuerzas la mesa sobre la que se apoyaba—. Te quiero porque eres como ella.

Lavinia se giró para mirarlo una última vez.

—Jamás seré como ella.

Salió de aquella habitación con el corazón golpeando desenfrenado. Hizo el recorrido a la inversa acompañada por un guardia y en cuanto salió corrió hasta el carruaje que la esperaba y se montó con urgencia. El cochero se puso en marcha y poco a poco la calma se fue asentando en su ánimo. La cabeza le iba a estallar y sentía náuseas, pero escondido en el fondo de aquella vorágine de emociones, había un pálpito, una llama que brillaba tenue a la espera de que alguien lo prendiera todo con ella. Sus nervios se calmaron y la angustia desapareció. No fue culpa suya. Por fin era libre.

—¿Y ahora qué hace? —La señora Dunlop trataba de ver por la rendija de la puerta, pero Cecilia ocupaba todo el espacio.

—Está leyendo las cartas.

—¡Las cartas!

Cecilia la miró con ojos muy abiertos y la cocinera se tapó la boca y asintió.

—¿Quiere entrar y decírselo directamente?

—Podéis entrar las dos.

Las criadas se miraron con preocupación.

—De esta nos despide —musitó la cocinera siguiendo a Cecilia.

—¿Qué hace con estas cartas? —preguntó Cecilia viéndolas diseminadas por la alfombra.

—Las he leído todas —dijo pensativa.

—¿Por qué? —Cecilia se sentó en el suelo frente a ella.

La señora Dunlop escogió una silla, sus rodillas no admitirían nada más bajo que eso.

—Os voy a contar lo que pasa, tengo que confiar en alguien y no hay nadie en quien confíe más que en vosotras y en la señorita Perkins. Me tenéis que prometer, por lo que más queráis, que no hablaréis de esto con nadie. —Miró a Cecilia—. Con nadie.

—Ni una palabra —dijo la otra con expresión solemne.

—¿A quién iba a decírselo? —preguntó la señora Dunlop negando con la cabeza.

—¿Ha venido el señor Brodie? —preguntó Lavinia—. ¿Aquí o al orfanato?

Las dos mujeres se miraron negando con la cabeza.

—¿Qué pasó en el baile de los Greenwood?

—Me marché sin despedirme.

—¿Qué?

—Me escapé. A escondidas —confesó y después dejó escapar un largo suspiro—. Que bien sienta decir en voz alta algo que te está haciendo un agujero en el estómago.

—¿Por qué hizo eso?

—No habría podido disimular delante de él. Pasaron muchas cosas, pero para haceros un resumen: me besó.

—¿¡Qué!? —gritaron al unísono y Lavinia asintió.

—Pero si nadie puede tocarla, ¿cómo pudo…? ¿La besó? —Cecilia no daba crédito.

—Al parecer, él puede.

—¿Cómo, cómo, cómo? —La señora Dunlop tenía el ceño tan fruncido que sus arrugas no cabían en su pequeña frente.

—Me besó y no pasó nada. Bueno, sí que pasó, casi me muero. Pero no me dio un ataque, ni me caí redonda al suelo. Nada. Fue una sensación… maravillosa.

Cecilia tenía la boca abierta y sonreía demasiado alegre.

—No te emociones, Cecilia, el señor Brodie no siente nada por mí más que algo… carnal.

—¿Qué? ¿Él le dijo eso? —La cocinera apretó los labios—. La próxima vez que lo vea se va a enterar.

—Me pidió perdón.

—Menos mal.

—Por el beso.

—¡Ah! ¿Solo por eso? —La señora Dunlop no ocultó su decepción.

—Y hablamos mucho. Le conté cosas que no le había contado a nadie. Sobre mi madre y mi padre… Luego volvimos a la casa, estábamos en el jardín.

—¡Qué peligro! —exclamó Cecilia—. Un McEntrie con necesidades carnales en un espacio abierto. Yo no lo repetiría si fuese usted. A no ser que quiera…

—¡Cecilia! —La regañó Lavinia riendo—. ¿Es que no tienes ni un poquito de vergüenza, muchacha?

—¿Y qué pasó luego? —la apremió la señora Dunlop—. ¿Qué tiene que ver el beso con las cartas?

—Nada. Luego entramos y él dijo que le debía un baile. Yo me fui al tocador para refrescarme, había llorado mucho y…

—¿Llorado? —La cocinera frunció el ceño de nuevo—. ¿Por qué había llorado? ¿Por el beso? ¡No es para tanto!

—No, señora Dunlop, por su madre —explicó Cecilia—. ¿Es que no ha visto la cara que ha puesto cuando ha hablado de eso?

Lavinia asintió para que la dejarán continuar.

—Cuando iba hacia el tocador me interceptó ese horrible hombre, Black, el esbirro de Drummond.

—¿Estaban en el baile? —preguntó Cecilia.

—Sí. Y me dio una nota de Drummond en la que me ordenaba que me reuniera con él en la biblioteca.

—¿Le ordenaba? ¿Quién se cree que es? —dijo Cecilia con mirada de desprecio.

—Pues, lo cierto es que podría ser mi padre.

La cara de las criadas fue de un pasmo abrumador.

—Y, aun sabiéndolo, me ha propuesto que me case con su hijo.

—¿Con su hermano? —La señora Dunlop la miraba horrorizada —. Pero eso es pecado.

—Y antinatura —añadió Cecilia asqueada.

—Al parecer nada de eso le importa. Será mejor que me dejéis que lo cuente todo sin interrumpirme o no llegaré nunca a las cartas.

Empezó a hablar y, a pesar de algunas exclamaciones de susto, imprecaciones e insultos pudo contar toda la historia hasta llegar al contenido de las cartas.

—¿Y ya sabe dónde escondió el oro su madre? —peguntó la cocinera.

Lavinia asintió.

—¿Lo ponía en esas cartas?

—No exactamente, pero había varias pistas que solo yo podía interpretar. La cuestión es que sé exactamente dónde está, pero Drummond sabe que yo lo sé.

—¿Cómo es posible? —preguntó de nuevo la cocinera.

—Cuando me marché del despacho de Legge le dije al cochero que parara en un callejón desde el que se veía la puerta de su edificio. Lo vi salir enseguida y lo seguimos. ¿A que no sabéis adonde fue?

—A ver a Drummond —dijo Cecilia.

Lavinia sonrió asintiendo.

—Sospechaba de él y de sus motivaciones para defender a mi… al

esposo de mi madre. Y mis sospechas quedaron confirmadas. En cuanto le dije que iría a visitar a mi padre él corrió a contárselo a Drummond.

—Rata de cloaca —masculló Flora Dunlop.

—Entonces Drummond sabe que ha ido a ver a su padre y que él se lo ha contado todo. ¿No le hará daño, señorita? —preguntó Cecilia.

—Creo que no. Si hubiese querido hacérmelo, ha tenido tiempo de sobra todos estos meses. Quitarme de en medio a mí y a mi… a Wainwright, le habría solucionado mucho las cosas.

—No lo ha hecho porque es su hija —afirmó la cocinera.

—Pero a Heather… —Cecilia sintió que se le encogía el corazón —. Sé que le he dicho que no se lo contaría a nadie y cumpliré mi promesa, pero creo que se equivoca, el señor Brodie debería saberlo. Él podría ayudarla. Quizá llevarse a Heather a Escocia, como hizo conmigo al traerme aquí.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer. Eres muy lista, Cecilia. Tu historia sobre Carlton MacDonald fue la que me dio la idea. Tengo un plan para que lleves a Heather a Lanerburgh y la pongas bajo la protección de los McEntrie, pero el señor Brodie no puede saber nada o el plan fracasará. Sé que Drummond nos estará vigilando, a mí y a él también. Sabe que somos amigos, de hecho sospechaba que había algo más. Así que no puedo meterlo en esto si quiero proteger a Heather. ¿Lo entiendes? Sé que él podría ayudarme mejor que nadie y no sabes las ganas que tengo de contárselo todo, pero no podemos arriesgarnos.

—No sabe cómo son esos McEntrie, señorita. De verdad que no lo sabe. Ya le he contado todo lo que hicieron para detener a Carlton, pero es que no ha sido la única vez que se han enfrentado a hombres como Drummond. Le hice una promesa y voy a cumplirla, pero si de verdad cree que soy lista, no deseche mi opinión sin valorarla siquiera.

—Estoy de acuerdo con Cecilia. Todo esto es muy peligroso para

hacerlo usted sola. Ese hombre es capaz de todo y usted no está acostumbrada a enfrentarse a personas así. El señor Brodie, sí.

Lavinia se mordió el labio y reflexionó durante un rato sobre ello.

—Está bien —aceptó—. Hablaré con él y le contaré…

—¡Sí! —exclamó Cecilia sin poder contener la risa de alivio—. Gracias, señorita, gracias.

Las dos criadas se miraban y reían satisfechas.

—Para que luego digáis que no os hago caso —dijo recogiendo las cartas y metiéndolas en el baúl antes de ponerse de pie.

—¿Qué hago con ellas? —preguntó Cecilia antes de volver a colocarlo donde estaba.

—Quémalas. —Se sacudió el polvo de las manos—. No contienen más que las mentiras de un hombre débil, consumido por una pasión enfermiza.

Capítulo 30

Brodie escuchó el relato sin interrumpirla. Lavinia se paseaba por el cuarto mientras Cecilia y la señora Dunlop lo observaban a él para ver sus reacciones. La cocinera no disimuló su decepción al ver que no variaba un ápice su rostro durante toda la narración.

—… así que he pensado que Cecilia lleve a Heather hasta Lanerburgh y la deje bajo la protección de su familia de usted. Por supuesto, yo correré con todos sus gastos, enviaré con ella parte del oro para…

—Eso es exactamente lo que Drummond le dijo que no hiciera.

—Ya, pero él no se va a enterar.

—Me sorprendería que no lo supiese ya.

—¿Qué? —Lavinia miró a sus criadas perpleja—. Ellas jamás…

Brodie suspiró y levantó el trasero de la mesa en la que lo había apoyado.

—Nada de sacar a Heather del orfanato. La niña es la que estará más vigilada. Tampoco hará nada fuera de lo normal, ya bastante ha hecho yendo a ver a su padre. No debería haberme hecho venir, ahora ya sabe que me lo ha contado.

Lavinia miró a Cecilia que se encogió de hombros. La doncella le había pedido que esperase al miércoles para contárselo.

—Señora Dunlop, ¿podría preparar café y algún emparedado? Llevo todo el día apagando fuegos y no he comido nada.

—Por supuesto, ahora mismo le preparo una buena cena. —La cocinera salió del salón, contenta por tener algo que hacer.

—Yo la ayudo, señora Dunlop. —Cecilia la siguió.

Brodie se paseó por el cuarto con rostro circunspecto. De vez en cuando se paraba para mesarse el pelo o frotarse la nuca. Lavinia, sentada en la butaca y sin moverse, lo observaba sin poder dejar de pensar en sus brazos rodeándola o sus labios…

—¿En qué piensa? —preguntó él de repente y sus mejillas encendidas respondieron por ella.

Carraspeó incómoda y desvió la mirada.

—¿En qué quiere que piense? —dijo fingiendo un repentino interés por la técnica de labrado de la madera del reposabrazos.

Él siguió mirándola interrogador, pero no dijo nada al respecto.

—¿No hay ningún modo de enviar a Heather a Lanerburgh? —preguntó ella un par de minutos después.

Brodie negó con la cabeza.

—No sin que Drummond se entere. En cuanto hagamos cualquier movimiento al respecto, actuará. No olvide que ahora la niña es de su propiedad.

—No permitiré que le ponga una mano encima —dijo poniéndose de pie.

Toda su debilidad pareció esfumarse como por ensalmo y su mirada firme y decidida mostró a una Lavinia que le gustó.

—¿Hasta dónde está dispuesta a llegar para proteger a Heather?

—Hasta donde haga falta.

—Bien, esa es la actitud. Pero debemos actuar con cabeza. En el discurso de Drummond veo varias líneas de actuación. Veamos, tenemos la invitación a cenar, la proposición de casarse con su hijo…

—No pretenderá que me plantee la posibilidad de aceptar una unión incestuosa…

—Ha dicho que está dispuesta a llegar hasta donde haga falta. Me temo que va a hacer falta que se meta en la boca del lobo, Lavinia. Al menos eso es lo que él creerá.

Ella se cogió las manos y comenzó a retorcerlas, pero la mirada del escocés fue tan elocuente que paró al instante.

—Tenemos que hacer que crea que se ha rendido. Me ha pedido ayuda, por supuesto, pero yo no he podido dársela. Mi respuesta ha sido que le venda la casa y saque a los niños del orfanato. Usted se ha sentido decepcionada de mí y desde ese momento me ha desechado. El

señor Drummond amaba a su madre, pero seguro que sabe que era una mujer manipuladora capaz de dominar a un hombre. Deber saber que usted no es así. Que no ha heredado las dotes maquiavélicas de su madre.

Ella empalideció al tiempo que asentía con la cabeza.

—Organizaré un encuentro. En él habrá presente alguien de mi confianza.

—¿Cómo va a hacerlo?

—Aún no lo he decidido.

—No hay tiempo —dijo ella negando con la cabeza—. Iré yo.

—¿Ira adónde?

—A su casa.

—No.

—Es la única forma.

—He dicho que no.

—¿Qué es lo que teme?

—Tantas cosas que no tendría tiempo de enumerarlas.

—No me hará daño.

—Eso no lo sabe.

—Soy su hija.

—¿Y cree que arriesgará su futuro por usted? ¿Acaso no sabe cómo ha tratado a su hijo?

—Amaba a mi madre. Le recordaré ese afecto.

—Su madre podía dominarlo, era una maestra de la manipulación.

—Quizá yo también lo sea —dijo de pronto con mirada desquiciada—. Quizá ese don está oculto en mí y no haya salido hasta ahora. Mi madre no era así antes de conocer a… No sé ni cómo llamarlo. ¡Tenía veinte años más que ella! ¡La compró como si fuese un trozo de carne! ¡Oh, Dios, cuánto lo odio!

Brodie respiró hondo.

—Mi padre era mucho mayor que mi madre —dijo al fin—. Ella

tendría unos dieciséis cuando lo conoció. Y se amaron profunda y sinceramente.

—Su padre no la compró.

—Cierto.

—Victoria no se enamoró de él, la vendieron. Se la llevó de su casa por la fuerza. La tuvo encerrada durante semanas para que no escapara. —Señaló el baúl que había contenido las cartas—. Me lo contaba todo ahí, como si se sintiera orgulloso. Afirmaba que nunca le pegó, el muy cobarde. Como si tenerla encerrada en un sótano hasta que cediera a sus deseos no fuese igual de cruel. No quiero ser como ella, pero entiendo muchas cosas que no entendía. Y me asusta. Me asusta llegar a… justificarla.

—Ese hombre fue un desgraciado y merece la muerte —afirmó él rotundo—, pero debemos centrarnos en el tema que nos ocupa, Lavinia. Pase lo que pase, nunca será su madre. Ella lo intentó de todas las maneras y no lo consiguió. No es ni será nunca ella.

Lavinia respiró hondo y cerró los ojos antes de asentir.

—Está bien. Haré lo que me diga.

—No irá a verlo sola —sentenció él dando el tema por zanjado—. Espero que la señora Dunlop haga bastante comida. Va a ser una noche larga.

Era la una de la madrugada cuando terminaron de diseñar el plan a grandes rasgos. La señora Dunlop y Cecilia se habían ido a dormir una hora antes y ya no quedaba café en la cafetera.

—¿Tiene algo de ese licor de cereza del que tanto me han hablado? —preguntó él socarrón.

—No pienso ni olerlo, como usted me aconsejó —sonrió ella—. No lo tengo aquí, está en mi… En la otra casa.

—Lástima. Me habría gustado verla de nuevo borracha. Fue muy divertido. Y clarificador.

La miró de un modo tan intenso que le temblaron las rodillas.

—Debió maldecirme cuando vio que me había marchado de casa de los Greenwood.

—Contento no estaba, no.

—Ahora que sabe el motivo…

—Habría preferido que diese la cara y me lo contase todo mientras bailábamos.

—No habría podido. Salí de allí aterrada.

Él se puso serio y asintió. Tenía el pelo un poco revuelto de habérselo mesado varias veces, y una mirada azul que brillaba de un modo especial a la luz de la lámpara.

—Siento que tenga que pasar por esto —dijo él con voz profunda.

Ella sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—Cada uno tiene la familia que le toca. No es que nos den a elegir.

—Respecto a lo que dije en el jardín esa noche…

Lavinia se levantó de la silla y comenzó a recoger los platos y vasos que habían arrinconado.

—Se ha hecho muy tarde y mañana…

Él se levantó también y con suavidad la hizo soltarlos para que lo escuchara.

—No quiero hablar de eso —dijo ella apartándose despacio.

Él dio un paso hacia ella.

—Tenemos que hablarlo o me volveré loco.

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—Es usted muy alto —dijo sin pensar.

—Si me miras así, no voy a poder contenerme.

Ella apartó la mirada y Brodie la cogió del mentón para dirigirla de nuevo hacia él.

—No dejes de mirarme.

—Otra vez dándome indicaciones contradictorias…

La besó con dulzura, recreándose en su sabor y en la intensa

emoción que su contacto le provocaba. Enseguida le cogió la cara entre las manos y su beso se hizo mucho más profundo e intenso. Ella se aferró a sus fuertes antebrazos como si quisiera apartar aquellas manos, pero sin dar el paso. No podía. No quería que parara.

Brodie tenía el cuerpo en llamas y ella estaba allí, a su alcance. Estaban los dos solos y sería tan fácil tumbarla en aquel sofá, despojarla de su sencillo vestido y meterse dentro de ella para librarse de ese fuego que lo consumía. Todo su cuerpo estaba duro y preparado. Le dolía de tanto que la deseaba. En un instante la tuvo debajo, con el cuerpo bien apretado contra el suyo. Sentía sus senos subir y bajar agitados contra su pecho.

—¿Recuerdas lo que te dije? —preguntó él buceando en sus ojos.

Ella asintió levemente.

—Me desea —musitó.

—Ni te imaginas cuánto —pasó el dedo por su labio inferior—. Cuando lo muerdes siento como si me mordieras allí abajo.

Ella abrió la boca sorprendida y él sonrió.

—Me preguntaste si te respeto y quiero que sepas que nunca en mi vida he respetado a nadie tanto como te respeto a ti. —Deslizó el dedo por su cuello y llegó hasta el escote de su vestido para dibujarlo con suavidad—. Ahora mismo me muero por arrancarte el vestido y verte desnuda ante mí. Y aun así, me contengo. Me gustaría sostener tus pechos en mis manos y acariciarlos con mi lengua. Y aun así, me contengo. Querría subirte la falda, quitarte esa estúpida ropa que nos separa y meterme dentro de ti. Y aun así, me contengo.

Lavinia no podía respirar, sentía que le faltaba el aire y el corazón le latía demasiado rápido para el poco oxígeno que tenía.

—¿Estás asustada? —preguntó antes de besar su barbilla.

Ella asintió levemente.

—¿De mí? —La besó en la punta de la nariz.

—De mí.

Ahora fue ella la que lo besó con urgencia, segura de que se

asfixiaría si no podía respirarlo a él. Recuperado el aliento, el beso se suavizó convirtiéndose en caricia. Su lengua no dejó un recoveco sin explorar y se entrelazó con la de él provocando un gemido ahogado y primitivo. Quería que hiciera todo eso que había dicho, quería ser suya y no le importaba nada más que lo que ocurría allí en aquel instante. Sin pensarlo lo buscó con su mano y lo sintió duro contra ella. Brodie masculló algo apartándose de su boca y la miró con ojos enfebrecidos.

—Para —ordenó con el rostro contraído.

—No quiero —dijo ella sin apartar la mirada.

—Eres…

—Quiero que me desnude. Quiero me toque. Quiero que esté dentro de mí. ¿Me desprecia por ello? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—¿Despreciarte? —Pasó la lengua por encima de sus labios—. Lo que siento por ti está a miles de millas de distancia del desprecio, *mo ghràidh*.

—¿Qué significa?

—Mi amor.

Ella abrió los ojos sorprendida y él sonrió abiertamente.

—No debería decirme cosas que no siente —dijo empujándolo para levantarse.

Él la dejó hacerlo, pero se quedó tumbado apoyando la cabeza en su mano.

—Me confunde —dijo sacudiéndose el vestido.

—*Tionndaidhidh i thu nad chuthach, Albannach.*

—¿Qué ha dicho ahora? No, mejor no me lo diga.

—Que me vas a volver loco.

—He dicho que no me lo diga. Debería irse, es tardísimo y no es decente.

—¿Ahora te preocupa ser «decente»? Has puesto la mano encima de mi…

—Ni se le ocurra decirlo. Me muero de la vergüenza. Márchese, por favor. Tenemos que centrarnos en solucionar lo de Heather. Esto es del todo inapropiado y muy…

Él se levantó y ella puso distancia entre ellos inmediatamente.

—*Mo ghràidh…* —dijo extendiendo la mano—. Ven aquí.

—No. De ninguna manera voy a…

Él alcanzó su mano y tiró de ella hasta que chocó contra su cuerpo.

—Te deseo, es cierto, pero lo que pretendía decirte ahí tumbado muriéndome de ganas de hacerte todas esas cosas, y otras que no te diré porque te asustaría, es que te quiero, Lavinia. Deseo tu cuerpo y quiero hacerte mía, pero por encima de eso hay un sentimiento profundo e intenso que jamás antes había sentido por nadie. Y se llama amor, por si no lo conocías.

—No… puede… burlarse.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—Siempre tiene cara de estar bromeando —dijo ella obnubilada.

—Estoy hablando en serio y tú estás estropeando un momento muy importante en nuestra vida. Cuando nuestros nietos…

—¿Nuestros nietos?

—Cuando nuestros nietos escuchen la maravillosa historia de amor de sus abuelos…

—¿Nuestros nietos? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿De nuevo va a llover? Tus ojos de tormenta no dejan de traerme aguaceros. —La apretó contra sí y se meció con ella—. Si tú no me quieres, dilo ya, cuanto más tardes más doloroso será para mí.

Lavinia escondió la cara en su pecho y los sollozos los sacudieron a ambos confundiéndose con la risa del escocés.

—No era así como lo había imaginado, pero contigo nunca deja uno de sorprenderse.

Le cogió la cara con las manos para obligarla a mirarlo.

—*Na biodh eagal ort, mo ghràidh, cha leig mi le duine sam bith do*

ghortachadh a-rithist. Ma leigeas leat mi, bidh mi nam dhìdean agus nam dhachaigh dhut. Nì mi cinnteach gum bi do bheatha làn de ghàirean is phògan gu deireadh mo làithean. Tha gaol agam ort.

—No entiendo el gaélico —musitó con la voz rota—. Deje de…

—Ha dicho: «No tengas miedo, mi amor». —Los dos se volvieron hacia la puerta para mirar a Cecilia—. «No dejaré que nadie vuelva a hacerte daño. Si tú me dejas, seré tu refugio y tu hogar. Haré que tu vida esté llena de risas y de besos hasta el fin de mis días. Te amo».

—Cecilia… —sollozó Lavinia.

—Ay, señorita, qué alegría —musitó la otra llorando también. Y consciente de que estaba interrumpiendo un momento muy especial se marchó corriendo.

—Esto no se lo contaremos a nuestros nietos —dijo Brodie poniendo los ojos en blanco.

Lavinia lo miró emocionada.

—¿De verdad no estás bromeando? Mira que me romperás el corazón si…

—Sería un detalle por tu parte, decirme que tú también me amas. Para que luego digan que los escoceses somos impacientes.

—Te amo —dijo agarrándose a su cuello—. Claro que te amo.

La levantó del suelo sin esfuerzo y la llevó hasta sus labios para besarla.

—Tendremos que guardar el secreto hasta que todo se solucione —dijo él sonriendo.

Ella asintió sin soltarlo, lo abrazaba con tanta fuerza que apenas tenían espacio para hablar.

—¿Se dice *mo ghràidh?* —preguntó ella.

Él asintió.

—*Mo ghràidh* —repitió y lo besó.

Capítulo 31

Cecilia subió al carruaje tras ella y cerró la puerta sentándose enfrente. Las dos mujeres se miraron serias sin poder ocultar su preocupación.

—Deberíamos relajarnos —dijo Lavinia y la doncella asintió.

—Temo que el hijo se parezca al padre —dijo Cecilia—. Estaré atenta por si necesita algo. ¿La cocina está lejos del comedor? ¿La oiré si grita?

—Tranquilízate. No va a pasar nada. Brodie tiene a alguien dentro de la casa.

—Y aun así, él no quería que fuera.

—No confía en mí —dijo molesta.

—No creo que sea ese el problema. En quien no confía es en ese hombre. Y yo tampoco.

—Soy perfectamente capaz de hacer esto. Brodie quería que actuase y es lo que voy a hacer esta noche, actuar.

—Se va a enfadar muchísimo cuando sepa que ha ido sola.

—No voy sola.

—Yo no voy a poder ayudarla si pasa algo.

—Ya te he dicho que Brodie tiene alguien dentro.

La doncella mostró con su expresión que eso no la tranquilizaba en absoluto, pero no dijo nada.

El carruaje se detuvo suavemente frente a la imponente mansión de los Drummond, situada en uno de los barrios más exclusivos de Londres. La estructura de tres pisos se erguía majestuosa, con una fachada de piedra caliza adornada por columnas corintias y balcones de hierro forjado.

—Hemos llegado, señorita Wainwright —anunció el cochero descendiendo del carruaje para abrirle la puerta.

Lavinia respiró hondo para calmar sus nervios y bajó. Esperó a

que Cecilia descendiera también y juntas caminaron hacia la puerta de la casa. El mayordomo de los Drummond, un hombre alto y de semblante severo, las esperaba al pie de la escalinata de mármol. Su chaqueta impecable y su porte recto reflejaban la formalidad y el rigor de la familia.

—Señorita Wainwright —dijo con una reverencia, haciéndose a un lado para que pasaran al vestíbulo—. El señor Drummond y el joven Mason la esperan en el salón principal. Usted espere aquí.

Cecilia asintió y Lavinia le dedicó una sonrisa cálida para templar sus nervios. El suelo de mármol blanco y negro brillaba bajo la luz de un candelabro de cristal que colgaba del techo, dispersando destellos de luz por todo el *hall*. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera oscura y adornadas con retratos de antepasados de la familia, todos ellos mirándola con expresión altiva. Un gran espejo con marco dorado reflejó su imagen mientras seguía al mayordomo. A su derecha, la escalera ascendía elegantemente al piso superior, con el brillo de las velas refulgiendo en su pulido pasamanos de caoba. A la izquierda, un par de puertas dobles abiertas dejaban entrever un salón de baile vacío, sus paredes cubiertas de tapices franceses y sus ventanas adornadas con cortinas de terciopelo verde.

—Si me permite, señorita —dijo el mayordomo, guiándola a través del arco que daba paso a un largo corredor en el que jarrones chinos y estatuas de mármol se mostraban en nichos empotrados.

Finalmente, llegaron al salón principal, una estancia amplia y acogedora con altos techos decorados con frescos que representaban escenas mitológicas. Los muebles tapizados en brocado de seda aparecían impolutos y Lavinia sospechó que no se utilizaba aquel salón habitualmente. Drummond y su hijo Mason se levantaron al verlas entrar. Drummond, con su semblante afable, y Mason, sin expresión alguna.

—Señorita Wainwright, qué placer tenerla en nuestra casa —dijo Drummond, saludándola cortésmente—. ¿Conoce a mi hijo? Mason,

esta es la señorita Wainwright, de la que tanto te he hablado.

—Señorita. —Se inclinó para besarle la mano con galantería.

—Disculpe los modales de mi hijo. Está un poco anticuado. Lee demasiado y sale poco.

—Encantada —respondió Lavinia mirándolo con ojo evaluador.

—¿Un jerez? ¿O prefiere el oporto?

—Un jerez está bien —dijo respondiendo a Drummond que ya se dirigía al mueble bar—. Le confieso que me llevé una gran alegría cuando recibí su mensaje. Todavía faltan tres días para nuestro encuentro.

—Recordé su invitación y pensé que sería agradable cenar con un viejo amigo de mi madre… y su hijo.

Mason Drummond era un joven peculiar. Lo que primero llamaba la atención era su palidez extrema que contrastaba enormemente con un pelo demasiado negro. Pero enseguida eran sus ojos los que atraían la mirada. ¿Qué color era aquel? ¿Verde? ¿Ámbar? No estaba segura, eran demasiado claros para definirlos. Una mezcla de ambos, probablemente.

—¿De qué conoce a mi padre, señorita Wainwright?

—Todo el mundo conoce a Michael Drummond en Londres, señor.

—Llámeme Mason, si no le importa. No tengo oportunidad de hablar con mucha gente y preferiría ahorrarme los preliminares. ¿Puedo llamarla Lavinia?

Sonrió de un modo que le dio escalofríos, pero no estaba segura de si era porque le desagradaba o porque lo compadecía. Asintió a su pregunta.

—¿Y ha venido usted a esta cena voluntariamente, Lavinia?

Ella no pudo disimular la sorpresa, pero enseguida rectificó su expresión y sonrió calmada.

—Por supuesto.

—Mi padre no recibe nunca visitas «voluntarias», de ahí mis dudas.

—Mason, Mason, no atosigues a mi invitada. Me gustaría que se quedase hasta los postres. Mi hijo, señorita Wainwright tiene un humor ácido y corrosivo. Yo lo achaco a su sufrimiento.

—Ha llegado el momento de hablar de mi enfermedad —dijo Mason cruzando las piernas en una pose muy poco protocolaria—. Normalmente espera a que hayamos empezado a cenar.

—Creía que no recibían muchas visitas —dijo ella con ironía y por primera vez desde que había llegado vio una chispa de humor en los ojos de Mason.

—La señorita Wainwright ya sabe de tu enfermedad. Su madre era muy buena amiga mía y te conocía bien.

—No tan bien como ella se pensaba —dijo antes de llevarse la copa a los labios.

Ahora fue Lavinia la que contuvo su sonrisa.

—Padre, en vista de que usted va a estar aquí hasta que la cena esté lista, ¿le importa que las señorita Lavinia y yo paseemos solos por el jardín? Después de todo la ha traído para que me evalúe y vea si soy de su conveniencia. Creo que si me ve caminando se quedará más tranquila. ¿Le apetece?

Lavinia no se lo esperaba, pero dejó su copa sobre la mesilla más cercana y se puso de pie. Mason se levantó también y vio que era tan alto como Brodie, aunque menos musculoso. La dejó pasar delante y salieron al jardín por uno de los ventanales, que Mason se cuidó de cerrar en cuanto ella lo cruzó. Caminaron en silencio por un sendero que rodeaba la casa y Mason siguió avanzando en dirección a una coqueta glorieta.

—Me gusta sentarme a leer aquí —dijo cuando llegaron a ella.

Se apoyó en una de las columnas y se cruzó de brazos.

—¿Con qué la ha amenazado?

Lavinia se quedó sin palabras. Mason Drummond era la persona más extraña que había conocido nunca.

—¿Cómo dice?

—No está aquí por su propia voluntad. Se retorcería las manos si no tuviera una voluntad férrea, señorita Lavinia. Imagino que heredada de su madre, porque, por lo que sé de su padre, no es precisamente fuerte. La noche es mi momento. Es cuando puedo salir al exterior y disfrutar de estar vivo. Los días son mi infierno particular. Vivo encerrado, como ya sabrá. Por eso valoro tanto mis noches y no me apetece sacrificarlas a los deseos de mi padre. No estoy interesado en usted y usted no está interesada en mí. No se ofenda, creo que es la mujer más bella que he visto nunca. Mucho más hermosa que su madre, aunque ella se creyera la más bella.

—Me deja sin palabras.

—Puedo acompañarla hasta el vestíbulo y pedirle a nuestro querido Peter, que traiga su coche. ¿Ha venido usted sola o la acompaña alguna criada?

—Me ha acompañado mi doncella.

Mason se quedó en silencio un momento, aunque sus ojos se dirigieron impulsivamente hacia la casa.

—No tengo intención de salir huyendo, señor Mason.

—Debería. Tan lejos y tan rápido como pueda.

Ella sonrió.

—Parece usted más preocupado que yo.

—Conozco a mi padre mejor que usted.

—¿Por qué no le dice que no quiere casarse?

—¿Por qué no le dice alguien al sol que deje de quemarme vivo? —Sonrió con cinismo—. Porque él solo está ahí para calentar y que yo me achicharre cuando me toca, no es problema suyo.

—Pero su bienestar sí es problema de su padre.

—En mi mundo, no.

—Entonces su mundo y el mío se parecen mucho.

Mason se sentó a su lado en el banco y Lavinia le sonrió.

—Usted conoció a mi madre.

Él asintió.

—No se parece a ella.

—No.

—Yo tampoco me parezco a mi padre. A veces dudo sinceramente de que lo sea. Aunque creo que es más un anhelo que una certeza.

—Sé a lo que se refiere.

Mason la miró divertido.

—Quizá no sea tan mala idea que usted y yo nos casemos.

Durante un momento permanecieron callados, cada uno perdido en sus pensamientos.

—No me dirá con qué la ha amenazado, ¿verdad?

Lavinia negó con la cabeza.

—¿Es grave?

Ella asintió y Mason emitió un sonido que estaba entre un quejido y un gruñido animal.

—Deberíamos volver —dijo Lavinia poniéndose de pie. No estaba segura de que aquello la beneficiase frente a Drummond.

Durante la cena se trataron temas banales que el servicio que los atendía pudiese escuchar y Lavinia constató que, tal como Mason le había dado a entender en su conversación previa, la relación padre hijo estaba muy deteriorada. Ella actúo de mediadora impidiendo que se profundizase en tema alguno, hasta que pasaron al salón para charlar del asunto que la había llevado hasta allí.

—¿Qué opina sobre las bodas rápidas, señorita Lavinia —preguntó Drummond.

—No sabría decirle.

—Mason no es ningún niño y usted, con todo el respeto, tampoco. Si de verdad hay conexión entre los dos no veo por qué habría que esperar.

—Padre, me sorprende que sea tan romántico.

—El romanticismo es para los pobres, hijo. Los que atesoramos

una gran fortuna hemos tenido que hacer sacrificios para labrárnosla. No podemos perder el tiempo en tonterías.

—Esos pobres no saben la suerte que tienen —dijo burlón.

—¿Ya le has explicado a la señorita las condiciones del enlace. —La miró a ella—. Como sabrá, mi hijo no puede recibir luz solar. No es una exageración, es algo literal. Si el sol le toca, se quema.

—Sí, lo sé.

—La boda tendría que celebrarse en el interior o de noche, como ahora. Usted podrá salir de casa, como es normal, tan solo le pedimos que cumpla con los deberes de una esposa y que cuide de él cuando lo necesite.

—Una criada, enfermera y niñera —dijo mirando al trasluz el contenido de su copa—, es básicamente lo que le está ofreciendo. ¿Y ella qué recibirá a cambio, padre?

—Tu amor, ¿te parece poco?

—Me parece poquísimo. Me sentiría mejor si le diésemos algo más objetivo.

—Su padre va a comprar la casa de mi familia por una libra, casarme con usted es la única manera que me queda de asegurar un patrimonio para mis hijos. Nuestros hijos, en este caso.

Mason apretó los labios sin apartar la mirada de la copa.

—No es necesario que Mason conozca todos los detalles, señorita Wainwright.

—¿Cómo no? Si va a ser mi esposo debe saber que usted piensa regalarnos una hija.

—¿Qué? —Mason la miró con fijeza.

—¿No le ha hablado de Heather?

—¿Quién es Heather? —preguntó Mason con voz profunda.

—Su regalo de boda para mí. Una de las niñas de mi orfanato que su padre ha comprado.

Mason miró a su padre esperando el desarrollo de la noticia.

—Su padre quiso ceder la patria potestad —dijo Drummond

encogiéndose de hombros. .

—Por un módico precio —puntualizó Lavinia.

Mason miraba a Lavinia tratando de averiguar qué era lo que quería de él. Podría haberle contado todo aquello cuando estaban a solas, pero intuía que todo aquello respondía a un plan marcado en el que el solo era una marioneta. Después de pensarlo un momento llegó a la conclusión de que sería mejor que no estuviera en el segundo acto. Tiró la servilleta sobre la mesa y se puso de pie airado. Si quería espectáculo, no la decepcionaría.

—No sé cómo puede ser tan insensible, padre, pero no puedo seguir con esto, acabaré por vomitar lo poco que he comido. Si me disculpa, señorita Wainwright. Espero verla pronto en mejores circunstancias. Considérese libre de quedarse o irse, según su criterio.

—Pero Mason, hijo… —Su padre trató de detenerlo.

—Buenas noches.

Lavinia lo saludo con un gesto cortés y lo vio salir sin decir nada.

—Disculpe a mi hijo, es demasiado sensible y no sabe mucho de negocios.

—Cómpreme la casa a un precio justo y entrégueme los documentos de Heather. Yo fingiré que se la he vendido voluntariamente y olvidaré que ha intentado casarme con mi medio hermano. —Lo miró con tal seguridad que lo impresionó.

—Así que lo sabe —dijo riendo—. No tenía que saberlo, pero bueno. ¿Qué hay de malo? Antes, eso no hubiese sido ningún impedimento. Se trata de meras convenciones sociales. ¿Por qué no habrían de poder casarse personas de la misma familia si así lo desean?

—Ninguno de los dos lo desea y su hijo ni siquiera sabe del vínculo de sangre que nos une.

—Paparruchas. Una boda sería de lo más beneficiosa para los dos. Cada uno lograría lo que desea.

Lo que yo deseo es verlo en la misma cárcel en la que está mi otro

padre.

—Si tensa demasiado la cuerda, al final se romperá. Podría quedarse sin nada.

—Dejemos el fingimiento y los jueguecitos, Lavinia. No eres tu madre y no vas a engatusarme con tus tretas. Wainwright te ha contado dónde está el oro y los documentos. Dámelo todo y dejaré que te quedes con la casa.

Por fin estaban donde quería.

—¿Y Heather?

—Eso después. Cuando los documentos estén en mi poder, te la daré. No quiero a esa niña para nada.

—¿Cómo sé que puedo fiarme?

—Soy tu padre, tú misma lo has dicho.

Tocaba dejarse convencer.

—¿De verdad puedo confiar en que eso importa?

Michael Drummond suavizó su expresión.

—Por supuesto que puedes, Lavinia. En ningún momento he querido hacerte el menor daño, tú misma habrás llegado a esa conclusión. Podría haberos matado a ese desgraciado y a ti y me habría evitado el problema. Conseguir la casa después habría sido muy fácil. Si no lo hice fue, única y exclusivamente, por ti.

Lavinia echó mano de sus dotes de actuación y suspiró con la mirada baja.

—¿Es cierto que amaba a mi madre?

—Puedes estar segura. Fue el amor de mi vida. Mi esposa fue un bonito adorno que me dio un hijo defectuoso. Pero tu madre —suspiró—. Tu madre me dio algo muchísimo más grande. Era una mujer maravillosa y la vida es mucho más dura desde que no está.

—Así es —musitó como si lo dijera para sí.

—Sé lo mucho que se preocupaba por ti. Siempre quiso que consiguieras un buen matrimonio. Si aceptaras casarte con Mason cumplirías con sus deseos. Mi hijo heredará mucho dinero cuando yo

muera. Nadie más sabe que sois hermanos. Quedará entre tú y yo. Podrás seguir ocupándote de ese orfanato. Es habitual que las damas de clase alta tengan obligaciones benéficas. Hazme caso, Lavinia, es la mejor solución. Para ti y para Mason. Ya no tendrás que hacerlo todo sola nunca más. Y yo ganaré una hija.

La copa tembló en la mano de Lavinia y vertió en su vestido parte del contenido.

—¡Qué torpe soy!

Drummond sonrió con expresión afable.

—Vamos, vamos, no estés nerviosa.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Estos dos años han sido espantosos.

—Lo imagino.

—Ver a mi padre con aquel cuchillo…

—Maldito desgraciado —masculló con odio—. Pagará por ello, te lo juro.

—Ella no se merecía morir así —siguió con la misma expresión lastimera.

Drummond movió la cabeza y Lavinia se enjugó las lágrimas como si se avergonzara de que la viera llorar.

—Es una decisión… difícil.

Drummond entornó los ojos y los clavó en ella como un sabueso analizando una presa.

—No lo creo. Hay distintas posibilidades sobre la mesa, solo tienes que escoger una.

—¿Si acepto la boda, cuándo sería?

—Como he dicho, me gustaría que fuese cuanto antes.

—Una boda requiere de cierta preparación, no quiero que piensen que me caso con urgencia. Y necesitaré reubicar a los niños para que Mason y yo vivamos allí.

—¿Qué opinará su amigo, el señor McEntrie? Supe que estuvo en su casa hace un par de días hasta altas horas de la noche. ¿Tenían

algún tema importante que debatir?

—¿Puedo confiar en usted? Este es un tema delicado, bastante trabajo me ha dado el asunto. Supongo que sabe que Cecilia, mi doncella, y el señor McEntrie se conocen de su pueblo natal. El señor McEntrie fue el que la trajo aquí.

—Sí, tengo conocimiento de ese asunto.

—Bien, lo que no sabrá es que Cecilia y el señor McEntrie son… Ya me entiende, más que amigos.

Drummond frunció el ceño, curioso.

—¿Me está diciendo que son amantes? No tiene nada de sorprendente.

—Verá, su relación es más estrecha que eso. En realidad están casados.

Drummond se echó a reír a carcajadas.

—No se ría, esto es serio. La familia del señor McEntrie no aprobaba su relación, como es normal, ella es hija de uno de los trabajadores de la familia y ella era criada en casa de sus vecinos. Ese es el verdadero motivo por el que el señor McEntrie se marchó de Escocia. Vino a Londres por ella.

—¿Me está diciendo que ha estado encubriendo su relación?

Lavinia asintió con expresión apenada.

—No me juzgue demasiado duramente, me conmovió su historia y no supe negarme.

Drummond volvió a reírse y Lavinia sonrió también.

—Soy mujer, y creo que el amor existe, aunque yo no lo haya conocido. Mi madre me insistió muchas veces en que así era. Yo no lo entendía porque era más que evidente que no quería a mi padre. —Sonrió taimada—. Ahora sé la razón.

Drummond se removió en el asiento visiblemente complacido.

—Claro que conocerá el amor, muchacha, lo conocerá seguro. Mi hijo tampoco se ha enamorado nunca, pero creo que con usted hay posibilidades —siguió riendo—. Y yo que pensaba… Vaya con Brodie

McEntrie, así que una doncella.

—Su intención es marcharse a un lugar en donde nadie los conozca, pero él quiere amasar antes una cantidad de dinero que les permita vivir holgadamente.

—Ya veo.

—Bien —dijo ella poniéndose de pie cuando se acabó el contenido de su copa—. Debería irme ya.

Él se levantó también.

—Me ha encantado esta visita, ha sido muy… reveladora.

—Le daré una respuesta en cuanto lo haya pensado un poco más, pero le confieso que conocer a su hijo me ha aclarado algunas cosas.

—Así lo espero. La acompaño.

El mayordomo fue en busca de Cecilia y se reunió con ella en el vestíbulo.

—Espero que venga a visitarnos pronto —dijo Drummond cogiendo la mano enguantada de Lavinia y depositando un beso en ella tal y como había hecho su hijo—. Mason, qué oportuno, la señorita Wainwright ya se marcha.

El joven se acercó con paso tranquilo e hizo una reverencia al llegar a ella.

—Gracias por su visita, señorita Wainwright, ha sido un placer.

Cecilia tenía la mirada baja en actitud de respeto y también porque no quería que Drummond leyera en sus ojos. Pero al escuchar aquella voz profunda y suave no pudo evitar levantar la vista y clavarla en su dueño. La sangre abandonó su cara y cayó a sus pies. Mason no la miró ni una sola vez, pero ella sabía que la había reconocido.

—Buenas noches —dijo Lavinia, ajena a la vorágine de emociones de su criada.

Subieron al carruaje y se alejaron de allí ante la atenta mirada de los dos hombres.

—Muy inteligente —musitó Drummond.

—Y muy hermosa —añadió su hijo, que no estaba pensando en Lavinia Wainwright, precisamente.

Capítulo 32

—¿Qué le pasa a Cecilia? —preguntó Heather mientras intentaba que Sweete se colase en el cesto cuando ella movía la mano.

—¿Por qué lo dices?

—La he visto llorando esta mañana. Se ha escondido en el armario de los aperos.

Lavinia dejó de tender la ropa y miró a la niña que continuaba con sus infructuosos intentos para controlar a su gato. Pensó un momento y se dio cuenta de que Cecilia estaba rara desde la noche que cenó en casa de Drummond. No había hablado apenas en el coche ni siquiera la interrogó sobre lo sucedido, cosa que debería haberla puesto sobre aviso. Claro que ella estaba exhausta después de mentir y fingir tanto y no tenía la cabeza para ver más allá de sus propias preocupaciones.

—¿No deberías estar en clase? —preguntó.

—El señor Potter me ha dejado intentar este experimento. Le he contado que estoy entrenando a Sweete con las técnicas que enseña el señor McEntrie. Le ha parecido muy interesante y me ha dicho que saliera a practicar.

Ese hombre era un sabio, se libraba de que incordiase en clase y encima ella lo adoraba.

—Heather, tú no asistes a las clases del señor McEntrie.

—Pero sé todo lo que dice porque Ruby me lo cuenta. —Dio una palmada y luego señaló la cesta, pero Sweete la miró indiferente y se fue detrás de una mariposa—. Creo que a este gato le pasa algo malo en la cabeza. No es capaz de entender nada de lo que le digo, con lo fácil que es.

—Ve a clase y dile al señor Potter que lo siento.

—De acuerdo. ¿Qué siente, señorita?

—Nada, no te preocupes, él lo entenderá.

Heather se fue cantando hacia la clase y Lavinia se mordió el labio con preocupación. Cogió el cesto vacío y entró en la casa. Encontró a Cecilia en la cocina. La cogió de la mano y se la llevó de allí sin responder a sus insistentes preguntas. Salió con ella al jardín y siguieron caminando hasta que estuvieron lo bastante lejos como para que ninguno de los niños interrumpiera su conversación.

—¿Por qué estabas llorando en el armario de los aperos?

Cecilia abrió la boca sorprendida.

—¿Quién ha sido? Es imposible que me hayan visto.

Lavinia se cruzó de brazos y la miró expectante.

—No es nada. Son tonterías mías.

—Si te hacen llorar, quiero saberlas.

—Prefiero no hablar de ello.

—Lo siento. Me pediste confianza y te la di, yo te cuento mis cosas y tú tienes que contarme las tuyas. Es así como funciona la amistad. He tardado años en aprenderlo, pero ahora ya lo sé.

—Usted no es mi amiga, es mi señorita.

Lavinia sonrió.

—Buen intento, que diría Brodie, pero no te va a funcionar.

Cecilia suspiró vencida y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—El otro día, en casa de ese hombre horrible vi algo… A alguien, en realidad.

—¿A quién?

—A George.

—¿Te refieres a tu George? ¿Al hombre misterioso que…?

Cecilia asintió.

—No lo llame «mi George», hace que me sienta aún peor.

—Peor ¿por qué? —Empequeñeció su mirada con perspicacia—. No será…

—Mason Drummond —afirmó la otra si poder contenerse más.

Lavinia cerró los ojos conteniendo una exclamación y Cecilia dejó que las lágrimas cayeran libremente.

—Soy estúpida, no sé por qué estoy llorando, pero no puedo parar de hacerlo. Cada vez que pienso en ello, venga a llorar.

—Me pareció un hombre honesto, nunca pensé que…

—¿Que se divirtiera con una criada? Pues ya ve. Pero no puedo reprocharle nada, fue amable y atento en todo momento. No hizo nada indebido.

—Aun así…

—Lo que yo me imaginara, es cosa mía. Pero no dejo de escuchar su voz y había tanta tristeza en ella… Y resulta que es hijo de ese hombre horrible y pienso si realmente será tan desgraciado y entonces me entero de su enfermedad. ¿Cómo puede nadie vivir sin ver el sol?

Las lágrimas arreciaron y Cecilia se agachó cubriendo la cara con sus manos. Lavinia se acuclilló a su lado y le dio palmaditas en la espalda con cariño.

—El ama de llaves me contó cosas espantosas, señorita, dice que el dolor es insoportable y que no se le calma con nada. No puede ni acercarse a una ventana. Durante el día no sale del sótano. —Los sollozos arreciaron—. Me dijo que quería ser la luz del sol para colarse entre las hojas de los árboles. Ay, señorita se me parte el corazón.

Lavinia la acariciaba con expresión pesarosa. Se había enamorado de un fantasma, una sombra que apareció en su vida en un momento en el que era muy vulnerable. Pero Mason Drummond no era para ella y alimentar ese amor solo le traería desgracias. Se puso de pie y la llevó con ella.

—Sécate esas lágrimas y mírame. —Esperó a que lo hiciera, aunque las lágrimas no dejaban de brotar—. Mason Drummond es hijo de un hombre poderoso y rico, debes olvidarte de él.

—Lo sé, señorita —dijo Cecilia desviando la mirada.

—No importa lo desgraciado que sea, nunca podrás formar parte de su vida.

—Lo sé, señorita. —La miró dolida.

—Sé que no es lo que quieres oír, pero debo ser sincera, no quiero

que sufras para nada.

La doncella asintió y enderezó la espalda.

—No pensaré más en él.

Lavinia sonrió con tristeza, sabía que no iba a poder evitarlo, al menos de momento. Entonces hizo algo del todo inesperado, extendió los brazos y la agarró por los hombros atrayéndola hacia sí. Las dos se abrazaron con sentimiento y permanecieron así un buen rato antes de separarse.

—Ojalá pudiese ahorrarte este dolor, pero no puedo.

Cecilia la miraba agradecida y asintió varias veces antes de sonreír.

—No me importaría que no volviese a mirarme siquiera —dijo sincera—. Lo que me parte el corazón es pensar que sufre y está solo.

Le pasó un brazo por los hombros y caminaron hacia la casa.

—Debemos ayudar al señor Potter en todo lo que esté en nuestra mano.

—¿Lo dice por Heather? —La cogió de la cintura.

—¡Hoy la ha dejado salir de clase para entrenar a Sweete!

—Debía estar muy desesperado.

—¿Te imaginas cómo será cuando sea mayor? ¡Miedo me da!

—El único que sabe manejarla es el señor Brodie —dijo Cecilia.

—Como a todos —musitó Lavinia con añoranza.

—Heather lo mira como si fuese un dios.

Lavinia suspiró, aunque sonó como un gemido.

—¡Señorita! —se rio Cecilia que aún tenía rastros de lágrimas en la cara.

—Lo siento, lo siento.

La otra se rio secándose bien el rostro y se detuvo antes de entrar en la casa.

—¿Se me nota?

Lavinia asintió.

—Tendré que sortear muchas preguntas —dijo la doncella

encogiéndose de hombros—. Voy a seguir ayudando a la señora Crone o ella sí que me hará llorar de verdad.

Lavinia la dejó entrar y se quedó fuera un momento disfrutando del olor a lluvia que impregnaba el ambiente. Le gustaba la lluvia. Antes la detestaba porque arruinaba su peinado y estropeaba sus planes. Ahora la adoraba. Se preguntaba cómo sería un invierno con Brodie a su lado y se imaginó sentada con él en el sofá frente a la chimenea, mientras afuera diluviaba. Él tendría su brazo rodeando sus hombros y su mano jugaría con su pelo. Mientras, ella reposaría la cabeza sobre su pecho y lo escucharía hablar de negocios o caballos o lo mucho que la quería. Sonrió como una boba hasta que notó que alguien tiraba de su falda.

—Arthur. ¿Qué haces aquí?

—Tengo hambre —dijo el pequeño.

—Siempre tienes hambre —dijo cogiéndolo en brazos para entrar con él en la casa.

El niño asintió repetidamente y Lavinia le sonrió al tiempo que le acariciaba la barriga.

—Iremos a la cocina y veremos qué tiene la señora Crone. ¿Qué te parecería una zanahoria?

El niño sonrió y asintió rápidamente.

—¡Sí zanahorias! —Comenzó a hacer ruidos con la boca tratando de imitar el sonido—. A Tizón le gustan.

—Y a mí —afirmó Lavinia.

—No lo lleve en brazos —la regañó la señorita Perkins en cuanto la vio—. Tiene tres años, sabe caminar.

Lavinia lo dejó en el suelo y le dio la mano.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor —dijo la gobernanta caminando a su lado—. Deberíamos lavar las cortinas del piso de arriba.

—Luego la ayudo a descolgarlas.

—¿Usted? De eso nada. Que lo haga Horton.

—Horton ya hace demasiado. Hoy está en el jardín.

—¿Por qué no le dice al señor Potter que saque a los niños fuera y que ayuden? Sería una actividad mucho más productiva que recitar países.

—Está a punto de llover.

—No les hará daño un poco de agua. Hace calor.

Entraron en la cocina y la señora Crone movió la cabeza para dejar claro que no le gustaban las intromisiones.

—El menú está cerrado, no vamos a cambiar nada.

—Venimos a por una zanahoria para Arthur —explicó Lavinia.

—Y otra para Tizón —dijo el niño sonriendo.

A la cocinera la desarmaban los pequeños así que dejó su gesto gruñón y le hizo un gesto para que la cogiera de la mano. Lavinia se volvió entonces hacia la señorita Perkins.

—Si quiere una excusa para entrar en la clase del señor Potter, invéntesela usted.

—¿Qué? ¿Excusa? ¿Y por qué iba yo a querer eso?

—No lo sé, usted sabrá. —Se cruzó de brazos mirándola con fijeza y escuchó la risa de Cecilia que batía huevos en un bol en la mesa que había detrás de ella.

—Habrase visto, menudas tonterías dice. ¿Tú de qué te ríes? —dijo enfrentándose a Cecilia con la que se atrevía más—. Hace un rato parecías un alma en pena y mírate ahora. Esta juventud, no sabe nada de la vida. En mis tiempos no habrías sobrevivido con…

Salió de la cocina con paso rápido y Lavinia se giró hacia Cecilia con una ceja arqueada.

—Me parece a mí que al señor Potter también le gustan sus interrupciones —dijo la doncella sin dejar de batir.

—Hala, ya tiene sus zanahorias —dijo la cocinera regresando con el pequeño.

Lavinia se echó a reír al ver la expresión de felicidad en el rostro de Arthur.

—¡Pero si no le caben en las manos!

—Son para Tizón —dijo el niño—. Vamos a llevárselas.

Ella asintió y lo ayudó con su carga. Miró a la cocinera que sonreía satisfecha y salió de la cocina.

No se esperaba encontrarlo allí.

—Br… Señor Brodie —rectificó rápidamente.

—Señorita Lavinia —la saludó cortés, aunque su mirada era tan fría que habría congelado las nubes que se cernían fuera—. Arthur, ¿qué llevas ahí?

—Zanahorias —dijo el pequeño—. Son para Tizón.

—Pues me temo que vas a tener que dárselas a los demás porque Tizón no puede comer.

—¿Está malito?

—Sí, está malito —asintió agachándose delante del niño—. No podréis darle nada durante unos días, pero se pondrá bien.

—¿Por eso has venido? —preguntó ella.

Se puso de pie al tiempo que asentía.

—Sí, recibí un aviso del señor Horton —dijo cogiendo a Arthur en brazos para que le diera las zanahorias a los otros caballos—. Así, agárralas de la punta. Muy bien. Eso es.

Verlo con el niño en brazos activó un resorte oculto que la encendió al instante. Su cuerpo respondía siempre ante él, pero aquella escena la abrumó extraordinariamente. Cuando las zanahorias se acabaron dejó al pequeño en el suelo y lo empujó con suavidad hacia la puerta.

—Ahora vuelve a casa —ordenó con suavidad—. La señorita Lavinia y yo tenemos que hablar de cosas de mayores.

El niño salió de allí sin protestar llevándose su zanahoria bien apretada en su manita. En cuanto la puerta del establo se cerró Brodie se giró hacia ella y la furia salía por todos sus poros.

—No pasó nada —se apresuró a tranquilizarlo—. Todo fue bien.

Pero él seguía con los puños apretados y una mirada que daba

escalofríos.

—Deja que te lo cuente.

—Te dije expresamente que no podías ir sola.

—No fui sola, Cecilia me…

—¡Te lo prohibí expresamente!

—Tú no puedes prohibirme…

—¡Cállate! —dijo moviéndose de un lado a otro nervioso.

Ella obedeció consciente de que estaba fuera de sí.

—No me lo puedo creer… —negó con la cabeza—. ¿Hasta dónde puede llegar tu estupidez? ¡Presentarte en casa de Drummond! ¡Y sin decirme nada!

—No me habrías dejado ir.

—¡Desde luego que no!

—No pasó nada, Brodie. Hablé con Mason y…

—¿Mason? ¿Ahora os tuteáis?

—No, pero…

—¿Qué pasa, ya no te parece tan indecente que sea tu hermano?

—Brodie, basta —dijo muy seria.

—¿Basta? —Se apartó el pelo de la frente tirando de él con furia —. Yo diré cuándo basta.

—No, lo digo yo. ¡Basta!

Él se detuvo incrédulo.

—No pasó nada. Cenamos, luego el señor Mason se marchó y Drummond y yo hablamos. Le dije que estaba dispuesta a pensarme lo de la boda, después de que él me asegurara que nadie sabría de nuestro parentesco. También dijo que podría quedarme con la casa y con el orfanato, si me casaba. Yo le dije que le daría el oro y los documentos si me entregaba a Heather, pero que me dejase un tiempo para pensar lo de la boda. Y ya está. Nos fuimos de allí y no pasó nada más.

—No conoces a esa clase de hombres. No se dejará engañar por alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —preguntó visiblemente ofendida—. ¿Qué significa eso?

—Ingenua, tonta, sabelotodo y desobediente.

—Vaya, tu lista de insultos crece cada día, ignorante cateto.

—¿Qué me has llamado?

Ella enarcó una ceja con arrogancia.

—Es lo que eres, un ignorante y un cateto. Yo no soy ninguna tonta y la prueba es que lo engañé por completo.

—¿Eso te crees? A saber lo que está maquinando ahora mismo.

—Ahora mismo se está frotando las manos al imaginarse ya en posesión del oro y de esos documentos tan importantes. Eso está haciendo.

—Eres insoportable.

—Y tú… tú eres… odioso.

—Ven aquí. —Señaló el lugar delante de sus pies.

—¡Ja! —Se dio la vuelta para marcharse.

La cogió por la cintura desde atrás y la levantó del suelo ignorando su pataleta. La llevó hasta el fondo del establo y se metió con ella en una de las cuadras vacías. La besó en el cuello, detrás de la oreja y antes de que ella dijera nada cubrió su boca para bebérsela entera. Ella se plegó a sus deseos, lo abrazó y devolvió la caricia con la misma pasión con la que él la devoraba. La tumbó sobre la mullida paja y las manos de Brodie la recorrieron de arriba abajo por encima del vestido. Se apartó lo justo para mirarla, quería ver sus ojos vidriosos, sus labios rojos por la fricción. Quería ver el deseo palpitando en su mirada y su lengua rosada escondiéndose pudorosa.

—Dios, *mo ghràidh*, no sé cómo voy a esperar si me miras así.

Ella sonrió traviesa.

—¿Y cómo te miro? No te estoy mirando de ningún modo especial. Así es como miro a todo el mundo. Absolutamente a…

La agarró por las nalgas y apretó su cuerpo contra la dureza que presionaba su vientre.

—Señor McEntrie, es usted un indecente.

Él metió una mano por debajo de su falda y la llevó en ascenso hasta detenerse entre sus muslos sin dejar de mirarla con una expresión sensual y muy reveladora. Lavinia no pudo seguir con su teatro y su respiración se aceleró.

—¿Qué… haces?

—Todavía nada —dijo él con voz ronca.

—Quita la mano de… ahí.

—¿Por qué? ¿No te gusta sentirme tan cerca?

—Es… no… —Se mordió el labio sin encontrar las palabras.

—Oh, señorita Wainwright, no deberías haber hecho eso. Acabas de morderme en un sitio demasiado delicado y voy a tener que responder a eso como merece.

Se coló dentro de sus pololos y llegó hasta el vello rizado que protegía sus más íntimos secretos. La rozó apenas con la punta de los dedos mientras colocaba una pierna entre las suyas para que no se cerrara.

—Dios mío —jadeó ella al sentir un ardor insoportable, como si aquellos dedos fueran en realidad dos ascuas encendidas.

—¿Te gusta así? —Se deslizó hasta el lugar más húmedo impregnando sus dedos antes de regresar al punto más sensible—. ¿Sabías esto?

—Brodie…

—Dime, amor.

—Por favor.

—¿Por favor qué? —Sus dedos seguían moviéndose suavemente, con una fricción constante de una cadencia casi perfecta.

—Por favor.

El escocés sonrió abiertamente acelerando sus movimientos lo justo para que ella se arqueara contra su mano.

—Eso que sientes, ¿sabes qué es? —preguntó en su oído sin dejar de torturarla.

—No, por Dios, no lo sé.

—Es tu cuerpo pidiéndome que entre dentro de ti.

—No… puedes… hacer…

—No, no puedo, pero tú quieres y yo quiero. Tócame —ordenó sin dejar de mirarla.

Ella levantó una mano y la posó en su rostro temblando.

—Ahí no. Abajo.

Ella abrió los ojos como platos y se mordió el labio negando con la cabeza.

—Respuesta equivocada. Dos veces.

Dejó de acariciarla y cogió su mano para llevarla hasta el interior de sus pantalones. Ella respiraba agitadamente y emitía unos suaves jadeos nerviosos y la besó para darle su aliento. Un beso profundo y exigente, que daba cuenta de lo que esperaba de ella. Movió su mano para que lo agarrara y cuando su pequeña mano lo engarzó gimió entre dientes desesperado. Sin poder contenerse se movió dentro de aquella mano apretándose contra su cuerpo y, por primera vez en su vida, Lavinia se sintió poderosa y fuerte.

—Quiero…

Él se detuvo mirándola expectante.

—¿Qué? Pídeme lo que quieras.

—Más.

—¿Más?

—Lo que hacías… antes.

Brodie sonrió al tiempo que su mano se colaba por debajo de la falda del vestido. Lavinia sintió el contacto con cada fibra de su ser y gimió asustada cuando él introdujo un dedo en su interior. El sobresalto hizo que apretara involuntariamente la mano que rodeaba su duro miembro y él contrajo músculos que no sabía ni que tenía. Se aventuró con dos dedos y ella se arqueó desesperada sin soltarse de su agarre.

—¿Qué…? ¡Oh…! —gimió al borde de las lágrimas

No encontraba el modo de desahogar los efectos que aquella excitación estaba provocando en su mente.

—Duele… —dijo de pronto al notar la presión que él ejercía.

—Sí. Solo será esta vez —aseguro con la voz contenida—. Te juro por Dios que valdrá la pena.

Y rasgó el velo que la protegía al tiempo que se movía dentro de su pequeña mano.

—No me sueltes —suplicó—. Solo, deja… que me mueva.

Ella siguió apretándolo suavemente mientras él se deslizaba entre sus dedos sin dejar de acariciarla. El dolor de ella menguó y se unió a él en el placer mutuo.

—Pronto alcanzarás la cima —susurró él contenido—. Déjate ir, *mo ghràidh*.

Brodie la sintió contraerse y capturar sus dedos con tanta ansia como su mano apretaba el palpitante miembro.

—No —gimió consciente de que iba a explotar.

El cuerpo de ella tembló imparable y él se derramó sin remedio.

Lavinia le daba la espalda mientras se colocaba la ropa en su sitio, mientras él terminaba de limpiarse.

—Debo irme —dijo ella caminando hacia la puerta.

La alcanzó y se interpuso en su camino.

—Mírame —pidió al ver que rehuía su mirada—. ¿He hecho algo que no quisieras?

Ella se sonrojó irremediablemente al tiempo que negaba con la cabeza.

—Entonces, mírame.

—No puedo —musitó.

—¿Por qué?

—Me muero de la vergüenza.

La abrazó sonriendo y con el corazón a punto de estallarle en el pecho.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Vamos a casarnos.

—Pero aún no estamos casados.

La apartó para mirarla y su insistencia acabó por hacerla sonreír.

—No me puedo creer lo que acaba de pasar —dijo tocándose las mejillas para refrescarlas, pero sus manos estaban ardiendo—. ¡No sé lo que acaba de pasar!

Él la besó en la punta de la nariz y luego la abrazó con fuerza aspirando el aroma de su cabello. Cuando la apartó lo hizo como si le costara un imperio.

—Lo que acaba de pasar es que te he hecho mía sin hacerte mía —dijo divertido.

—Ahora lo entiendo mejor, gracias —dijo tratando de salir de la cuadra.

—Deja de intentar huir, no voy a dejarte ir a ninguna parte. Debería haberte dado unos buenos azotes por haberme desobedecido, no placer.

Las mejillas volvieron a colorearse intensamente. Se mordió el labio con fuerza mirándolo retadora.

—¿Lo has sentido? —preguntó con malicia.

—Algún día te recordaré esta pregunta.

Ella frunció el ceño sin comprender. Él señaló su boca y luego se señaló en pantalón.

—¿Qué? —abrió los ojos asustada—. ¡No!

Él asintió.

—¡Jamás! —exclamó negando con la cabeza.

Brodie sonrió perverso y ella salió de la cuadra lo más rápido que le permitieron sus pies.

—Lo harás —afirmó antes de que saliera del establo.

—¡Jamás! —respondió ella sin detenerse.

—*Nì thu a h-uile rud a dh'iarras mi ort* —gritó él cuando ella ya estaba fuera.

Y Lavinia se recordó que debía aprender gaélico cuanto antes.

Aunque quizá sería mejor no saberlo.

Capítulo 33

Gabriel miró a Brodie y luego a su hijo con expresión paciente.

—¿Desde cuándo tenéis «asuntos que tratar»?

—Desde que Brodie me pidió ayuda —se regodeó Duncan con gran satisfacción—. Quería que averiguase todo lo que pudiera sobre las finanzas de Drummond.

—¿Y tú accediste?

—Sé lo importantes que son para ti.

—Ya.

—Le prometí convencer a las Wharton de invitar a merendar a su esposa —confesó Brodie.

—Yyyy… —Duncan le hizo gestos para que continuase hablando.

—Pedirles que la ayuden a dejar su afición por la bebida.

—¿Les has pasado el muerto a ellas? No tienes remedio.

Brodie seguía viendo a Mungo, a pesar de sus ropas elegantes y sus modales educados, para él seguía siendo el viejo vagabundo que vivía en una de las granjas de los McEntrie. Rufus ladró como si quisiera corroborarlo y Brodie sonrió agachándose a acariciarlo.

—¿Y qué has descubierto? —preguntó su padre con mirada inteligente.

—Drummond contrajo hace dos años una importante deuda con el Banco de Norte América por culpa de un negocio fallido en el comercio del algodón. Esa deuda lo llevó a tomar malas y precipitadas decisiones que no han hecho más que aumentar la deuda hasta hacerla impagable.

Así que por eso actúa con tan poco tino. Está desesperado.

—No creo que tuviera la menor intención de construir un hospital, no tiene fondos que lo respalden y los inversores no participarían sin una inversión inicial por su parte —siguió Duncan—. Me temo que lo que pretendía era conseguir el dinero de manera

rápida.

—¿No os ha pedido ayuda a vosotros?

Duncan negó con la cabeza.

—Sus problemas de dinero no podían saberse si quería conseguir capital.

Gabriel se mesó la barba pensativo.

—Un hombre como Drummond es aún más peligroso si está desesperado.

Brodie asintió.

—Tened cuidado —añadió Gabriel con preocupación—. No lo toméis por estúpido. Ha vivido mucho como para dejarse engañar por vuestras tretas.

Brodie lo taladró con la mirada.

—¿Crees que Lavinia corre peligro?

Mungo asintió.

—La gallina que visita la cueva del lobo no sale viva, a no ser que el lobo quiera quedarse con todo el gallinero. Probablemente la intervención de Lavinia en el asunto haya despertado suspicacias en él y ahora esté más alerta. ¿A quién se le ocurrió tan brillante idea?

El McEntrie contuvo una imprecación y apretó los puños en respuesta.

—oOo—

—Sr. Drummond. —Lavinia lo recibió en su despacho y ocultó su temor detrás de la evidente sorpresa—. No esperaba su visita.

—Quería ver el magnífico trabajo que has estado haciendo. Y de paso interesarme por el punto en el que está nuestro futuro familiar.

—Aún tengo hasta mañana para responder.

—Lo sé, lo sé. Tranquila, no vengo a reclamarte nada —dijo mirando a su alrededor—. Esto ha cambiado mucho, desde la última vez que estuve aquí. Ahí había un sofá muy cómodo, lo recuerdo bien.

Este era un salón muy agradable en el que pasé muy buenos ratos con tu madre. —La miró entornando los ojos—. Lo has convertido en un despacho. Qué desperdicio.

—Al contrario, ahora puedo disfrutarlo mucho más. No tengo tiempo de sentarme en sofás a no hacer nada.

—Se pueden hacer muchas cosas en un sofá, querida. Espero que Mason sepa enseñártelas todas.

Lavinia se sonrojó hasta la raíz del pelo, pero no hizo ningún comentario.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Café? ¿Té?

—¿Un whisky? No te habrás deshecho también del whisky de tu padre. Era en lo único que tenía buen gusto. En eso y en tu madre, claro.

—Lo siento, no tengo whisky.

—Vaya, qué pena —se sentó en una butaca y le señaló la gemela para que ella tomara asiento—. Ya que estoy aquí, podrías presentarme a mi… protegida.

El sonrojo desapareció como por ensalmo y Lavinia unió sus manos para ocultarle el temblor.

—Ahora mismo están en clase…

—Estoy seguro de que no le importará. A los niños les aburren las clases. Mason no las soportaba. Claro que entonces era mucho más rebelde que ahora. Supongo que el tiempo lo cura todo. ¿La llamas, por favor? —Sonrió taimado y Lavinia comprendió que no tenía otra salida.

—Cecilia, trae a Heather… por favor.

La doncella, que esperaba tras la puerta desde que se había enterado de la llegada de Drummond asintió temerosa. Cerró la puerta tras ella y recorrió el pasillo con apremio. Interrumpió la clase del señor Potter después de tocar a la puerta.

—Disculpe la interrupción. La señorita quiere que Heather venga conmigo.

—¿Ahora? Pero si justo iba a empezar a explicarnos lo que es una barracuda.

—Oh, no se preocupe —respondió el maestro—. Se lo explicaré otro día. Vaya, vaya, Heather.

—Espérame fuera, enseguida salgo —pidió Cecilia.

La niña suspiró, pero hizo lo que le decía. La doncella no quería que Heather escuchara lo que iba a decir porque no creía que pudiese guardárselo para ella. Pedirle que se lo callara la habría puesto alerta y sabía lo peligrosa que podía ser Heather si estaba demasiado alerta.

Se acercó al maestro y le susurró algo al oído. El hombre asintió y ella se volvió hacia los niños.

—¿Quién de vosotros es el que corre más rápido y sin caerse?

—¡George! —gritaron todos.

Cecilia sintió un vuelco en el corazón al escuchar aquel nombre.

—Bien, George, ¿sabes dónde está la casa de los Burford?

—¿Dónde vive el señor Brodie? —asintió el muchacho—. Sí, lo sé.

—¿Me deja un poco de papel y un lápiz, señor Potter?

El maestro hizo lo que le pedía. Ella escribió algo y lo dobló varias veces antes de entregárselo al muchacho.

—Guárdatelo en el bolsillo y no lo pierdas. Llévaselo al señor Brodie y dile que es muy urgente.

George salió por uno de los ventanales y Cecilia lo vio correr al tiempo que asentía.

—Bien, ya no le molesto más, señor y disculpe la interrupción.

Salió del aula y cogió a Heather de la mano.

—¿Adónde ha ido George? —preguntó la niña.

Cecilia la miró sorprendida.

—¿Has pegado la oreja a la puerta?

—No —señaló la habitación contigua al aula—. Lo he visto por la ventana. ¿Adónde ha ido? Está claro que lo has escogido porque es el que más corre.

Cecilia se agachó frente a ella y la miró a los ojos muy seria.

—Quieres mucho a la señorita Lavinia, ¿verdad?

La niña asintió ceñuda.

—Y si te digo que no debes decir nada de George delante del hombre al que vas a conocer porque si lo haces la señorita estará en peligro, ¿podrás hacerlo?

La niña no borraba su ceño fruncido, pero tampoco decía nada. Después de unos segundos que a Cecilia se le hicieron interminables, asintió.

—¿Hay más cosas de las que no debo hablar?

—Del señor Brodie. Si te pregunta él es mi amigo, no es amigo de la señorita. Tampoco digas que no es su amigo. Simplemente no lo menciones. Solo si te pregunta. Es mi amigo. Y os enseña a montar.

—A mí no.

—A los otros.

La niña asentía.

—Tranquila, Cecilia. Vas estropearlo todo —dijo poniendo una mano en su hombro.

La doncella se puso de pie y dejó escapar el aire de un bufido.

—Tú no tienes seis años —masculló cogiéndola de la mano.

—Así que tú eres Heather —dijo Drummond poniéndole una mano en la cabeza con suavidad.

—Sí, señor.

—Y tienes seis años.

—Sí, señor.

—¿Te gusta vivir en esta casa?

—Sí, señor.

Drummond miró a Lavinia riendo.

—¿Sabe decir algo más aparte de «sí, señor»? —Se giró hacia la niña y la escrutó con atención—. Te pareces a tu padre.

—Yo no tengo padre —dijo la niña con total desparpajo.

—Supongo que sabes que eso no es posible. Se necesita un hombre y una mujer para hacer un niño.

Heather no respondió.

—Se llama Kyle Bowles.

La niña entrecerró los ojos.

—¿Kyle es mi padre? No —se rio—. ¿Cómo va a ser ese tonto mi padre?

—Pues lo es, lo pone en tu partida de nacimiento.

Heather miró a Lavinia que estaba petrificada.

—¿Por qué le ha dicho eso? —preguntó incrédula.

—¿No debía saberlo? Uno ha de saber quiénes son su padres. Respetar a los padres es vital, señorita Wainwright.

—No se preocupe, señorita, no me importa quien sea mi padre —dijo la niña encogiéndose de hombros.

—¿Y te gustaría venir a vivir conmigo? —preguntó Drummond con una sonrisa que a Lavinia le provocó un intenso escalofrío.

Heather negó con la cabeza y se pegó a su vestido.

—No te preocupes, Heather, el señor Drummond habla en broma.

—En realidad es la señorita Wainwright la que ha de decidir dónde vivirás a partir de mañana. Si con ella, conmigo o con tu padre.

Heather levantó la cabeza y posó sus inocentes ojos en ella. Lavinia sintió un nudo en el estómago y le acarició el pelo.

—Vivirás conmigo. Siempre, Heather.

La niña asintió convencida y miró al hombre con una sonrisa.

—Me quedaré con la señorita Lavinia. Es la persona que más quiero en el mundo. La quiero más que a Sweete —dijo como si eso lo explicase todo.

—¿Quién es Sweete?

—Mi gato —miró a su alrededor—. Qué raro que no haya aparecido, siempre aparece cuando salgo del aula. No sé cómo lo sabe, pero siempre viene corriendo para que lo coja en brazos. Es un holgazán, siempre quiere ir en brazos. ¿Usted tiene gato?

—No me gustan los animales.

Heather decidió en ese momento que a ella no le gustaba él. Miró a Lavinia interrogadora.

—¿Puedo volver a clase, señorita? —Lavinia asintió—. ¿Y puedo buscar a Sweete antes? —Volvió a asentir—. Adiós, señor Drummond.

—Adiós, Heather. O hasta mañana —dijo mirando a Lavinia cuando la niña hubo salido.

Lavinia se sentó en la butaca sin fuerzas.

—Supongo que se sintió muy ufana la otra noche con mi hijo de su parte. Pero sepa que Mason no es un buen aliado, tiene demasiados problemas para poder cargar con los de nadie más. He aprovechado estos días para preparar el futuro de esa niña. Si a mí me pasara algo o esos documentos llegan a manos indeseadas, inmediatamente sería llevada a un lugar en el que las niñas de su edad tienen una vida… digamos que más entretenida que la que lleva ahora. Si me entrega su casa, con el oro y los documentos, le entregaré a la niña. Está claro que no tiene la menor intención de casarse con mi hijo, me quedó claro con su numerito del otro día. ¿Qué esperaba? ¿Conseguir más tiempo? ¿Tocarme la fibra paternal? Carezco de ella, como habrá podido comprobar al conocer a mi hijo.

La puerta del despacho se abrió de golpe y entró Brodie sudoroso y aterradoramente serio.

—¡Hombre, McEntrie! —Se rio a carcajadas—. ¿Viene a ver a su querida doncella escocesa? No sabe lo mucho que me divertí con el teatro de la señorita Wainwright. Fue todo un espectáculo, siento que se lo perdiera.

Brodie lo miraba sin expresión y Lavinia se retorcía las manos de impotencia, temiendo que aquello acabase muy mal para todos.

—Señor Drummond, no…

—Lavinia, déjanos solos.

—Brodie, deja que…

La miró con tal firmeza que se quedó muda.

—He dicho que nos dejes solos —ordenó tajante.

Cuando hubo salido del despacho, el escocés se puso las manos en la cabeza y dejó salir la tensión con un bufido.

—Ha hecho una buena carrera. Aunque le hayan avisado en cuanto he llegado, ha venido demasiado rápido, yo lo esperaba un poco más tarde.

—¿Qué pretende?

—Su prometida… Porque es su prometida, ¿verdad? —Brodie asintió—. Lo sabía. Bien, pues, su prometida, tiene algo que me pertenece.

—Pertenecía a su madre.

—Su madre lo guardaba, pero era de los dos y usted lo sabe igual que ella. Todo esto es una cuestión de negocios, señor McEntrie y estoy seguro de que usted sabe cómo funciona esto. No tengo ningún interés en estropearles la fiesta ni en meterme en sus vidas. Tan solo quiero que esos documentos no lleguen a manos de mis enemigos.

Brodie tomó asiento y lo miró con fijeza.

—Lavinia tampoco tiene interés en hundirlo a usted.

—No puedo confiar en su buena fe. Y mucho menos en la de usted. Solo una vez en toda mi vida he dejado un cabo suelto y no sabe lo mucho que me arrepiento. Debí matar a Thomas Wainwright hace muchos años, pero Victoria no me lo permitió. De no haberle hecho caso ahora ella estaría viva. Nos habríamos casado, como yo quería, y esos documentos estarían en mi poder, junto al oro. Lavinia sería mi hija y Mason su hermano. Una familia feliz. Pero Victoria era una mujer a la que uno no puede negarle nada, y su cabezonería nos ha traído hasta esta situación.

—Déjele la casa.

—No. Quiero esta casa. Es evidente que a ella no le importa. La ha transformado en un cascarón vacío, ha borrado la impronta de su madre y todos sus recuerdos. No dejaré que se la quede. Además, ¿para qué la quiere? ¿Piensa vivir aquí, acaso?

Brodie negó con la cabeza.

—Pues entonces, no se meta.

—¿Una libra?

—Lamentablemente no dispongo de capital. Supongo que las pesquisas de Duncan MacDonald al Banco de Norte América, eran en su nombre. Han ganado mucho dinero conmigo, el que ahora esté en horas bajas no borra todo lo que he sido. Además, saben que volveré a amasar una gran fortuna. La esclavitud sigue siendo un buen negocio.

Brodie mostró el desprecio que sentía.

—Lo único que le daré a mi hija en cuanto me entregue lo que es mío, es el certificado de paternidad de esa niña. Si quiere puedo hacerles un regalo de bodas y conseguirles un certificado a nombre de los dos. La niña será oficialmente suya y ya nadie podrá volver a usarla en su contra. —Se puso de pie y Brodie lo imitó—. Mire, señor McEntrie, no soy un hombre honrado, eso es cierto, pero tampoco soy tan malvado como usted cree. Aun así, no dudaré en aplastarlos a los dos si se atreven a luchar contra mí.

Brodie lo miraba impertérrito, si Drummond esperaba una rendición sin paliativos, iba a tener que seguir esperando.

—Señor Drummond, es posible que ahora mismo tenga usted cierta ventaja, es cierto que mi prometida aprecia sinceramente a esa niña y por eso no deseo que sufra ningún daño. —Dio un paso hacia él y su fría mirada no dejaba lugar a duda—. Pero si cree que estoy asustado o vencido, es que no me conoce. Si Lavinia acepta mi consejo, no le entregará los documentos y si se atreve a hacerle daño a esa niña pasará el resto de su vida en una celda de Newgate.

—Vaya, vaya, se pone gallito conmigo. —Se rio perverso—. He visto su expresión, le aseguro que está aterrada. Y tiene motivos, no me temblará el pulso, se lo aseguro. Esa niña pagará las consecuencias si no acepta mi oferta.

Brodie se acercó tanto que tuvo que bajar la cabeza para mirarlo amenazador.

—Si le causa el menor sufrimiento a mi futura esposa, le doy mi palabra de que será la última persona a la que haga daño.

Drummond iba a responder, pero temió que le temblase la voz al hacerlo y se dirigió a la puerta esforzándose en caminar despacio.

—Cuide de ella —pidió sin volverse—. Si se parece un poco a su madre podrá hacerlo el hombre más feliz del mundo. O el más desgraciado.

Lavinia entró en el despacho y lo encontró de pie frente a la ventana.

—¿Qué ha pasado?

Se volvió hacia ella con expresión interrogadora.

—¿Vas a dárselo todo? —Se acercó despacio.

—Si usamos los documentos, además de que podría hacer daño a Heather, mi reputación quedará totalmente destruida. Mi falso padre un asesino, mi madre una esclavista, mi verdadero padre un estafador… No hay reputación que soporte eso.

La cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Aun así. Con esos documentos tienes un arma contra él.

—¿Para qué quiero un arma que no puedo utilizar? En ellos queda maltrecha la imagen de mi madre tanto como la suya. Él lo sabe bien, por eso me ha hecho una oferta que nadie aceptaría.

—No hará daño a Heather. Yo no se lo permitiré.

—No voy a arriesgarme. Esa niña solo me tiene a mí, no dejaré que nadie le haga daño. ¿Estás seguro de querer casarte conmigo? Yo si fuera tú huiría despavorido ahora que aún puedes.

—Se quedará con esta casa.

Ella se encogió de hombros.

—No me importa. No fui feliz aquí, hasta que aparecieron los niños. Estén donde estén, yo estaré bien.

—Entonces… ¿vas a aceptar?

Ella asintió y poniéndose de puntillas lo besó en los labios.

—Tú eres mi hogar. ¿No fue eso lo que dijiste?

Él sonrió asintiendo.

—Por cierto —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos—. ¿Qué fue lo que me dijiste ayer?

—¿Cuándo?

—Cuando me escapé de la cuadra.

—¡Ah, eso!

—Sí, eso. Dijiste algo en gaélico cuando salí y no sé qué significa.

—*Nì thu a h-uile rud a dh'iarras mi ort* —repitió él.

—¿Qué significa?

—Mmmm. Creo que no voy a decírtelo aún.

Ella abrió la boca sorprendida y trató de soltarse, pero él la apretó más fuerte para impedírselo.

—Dímelo.

—No. —Sonrió.

—Repíteme la frase. Me la aprenderé y le pediré a Cecilia que me la traduzca.

La miró con fuego en los ojos y acercándose a su oído susurró:

—*Nì thu a h-uile rud a dh'iarras mi ort.*

Capítulo 34

Emma se puso de parto el dos de septiembre y se perdió la visita a la modista para decidir cómo sería el vestido de novia de Lavinia una semana después. Katherine fue la anfitriona y Cecilia estuvo ayudando a la señorita Branting que aseguró que la doncella tenía muy buena mano y excelentes ideas de diseño.

—Estoy pensando abrir una tienda en Covent Garden. Será un lugar muy exclusivo. Tengo intención de contratar modelos para que las clientas puedan ver los diseños antes de comprarlos.

—Podría hacerlos con telas más sencillas y después realizar el traje definitivo con las más caras —dijo Cecilia.

—¡Exacto! Eso es lo que voy a hacer. Señorita Wainwright, tener a esta muchacha como doncella es un desperdicio. Deje que trabaje para mí, estoy segura de que no se arrepentirá.

A Lavinia le pareció que a la joven escocesa le brillaban los ojos. Sonrió sin responder.

—¿Seguro que quiere seda azul celeste? Nos ha entrado un percal rosa que…

—No, gracias. El color y la tela los he tenido claros desde el primer momento. Con el diseño aceptaré sus sugerencias, pero lo demás ya está decidido.

La modista miró a Katherine esperando su apoyo.

—Estoy de acuerdo con Lavinia, es el color que mejor le sienta.

—Como quieran. Pues empezaremos a trabajar en el vestido. Lo tendremos listo en dos semanas.

—Tiempo de sobra, no me caso hasta final de mes.

—¿Le importa si me quedo un rato? —preguntó Cecilia.

—¿Me lo preguntas a mí? —Se señaló la modista—. Por favor, me harías muy feliz. Podría enseñarte algunos diseños que he estado haciendo a ver qué se te ocurre.

Cecilia miró a Lavinia que asintió afable.

—No vuelvas muy tarde. Te dejo nuestro coche y yo me voy con Katherine. Elinor quería hablar conmigo y así aprovecho el viaje.

—¿Habéis tenido noticia de los McEntrie? —preguntó Katherine cogiéndola del brazo para ir hasta su carruaje en la acera de enfrente.

—Aún no. Es pronto, solo hace quince días que Brodie les escribió para contarles lo de la boda.

—¿Crees que vendrá Ewan? Me gustaría mucho volver a verlo.

—Brodie está convencido de que vendrá. Yo estoy aterrada.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Su familia es como la vuestra. Se preguntarán por que va a casarse con alguien como yo.

—¿Alguien como tú? Ni que tuvieras tres piernas.

—Katherine, saben quién soy.

—¿Lo dices por Elizabeth? No creo que les haya hablado mal de ti.

—Si me ha mencionado solo puede haber sido por algo malo. Espera, voy a decirle al cochero que espere a Cecilia.

Katherine subió al carruaje y la esperó paciente.

—Pues Alexander está arrepentido —siguió cuando la otra estuvo sentada y el vehículo se puso en marcha.

—No es cierto —dijo ella sonriendo—, pero gracias por decirlo.

—No te miento. No está encantado, pero es consciente de que ha sido muy duro contigo. Y muy injusto, al fin y al cabo nunca conseguiste tus propósitos —dijo burlona.

—Ahora entiendo por qué me odia, si tratas de convencerlo con esos argumentos…

—En serio, Lavinia, ¿qué hiciste que fuese tan terrible? ¿Cuchichear con malicia? No me creo que pretendieras que Lovelace hiciera lo que hizo. Lo que intentó hacer.

Lavinia la miró angustiada.

—Te doy mi palabra de que no pretendí eso jamás. No pensé que pudiera pasar algo tan terrible. Pensaba que dejaría de arrastrarse detrás de ti y que se fijaría en mí. Lo que hizo fue espantoso.

—Hay una cosa que siempre he querido preguntarte. No me contestes si no quieres. ¿Por qué aceptaste un compromiso con él después de eso? Sabías la clase de hombre que era y aun así, te arriesgaste.

Lavinia se miró las manos un momento.

—Podría decirte que mi madre me forzó a ello, y sería cierto, pero también lo es que yo habría aceptado aunque no me lo hubiese impuesto. Desde niña creí que mi destino estaba ligado a él. Llegué a convencerme a mí misma de que solo podía ser feliz si Joseph Lovelace era mi esposo. Se lo había oído decir tantas veces a mi madre que lo asumí como cierto. Cuando lo pillé con la mano dentro del escote de aquella doncella, fue muy extraño. No entendía por qué no me caía redonda al suelo, por qué no lloraba desconsolada. Mi madre me obligó a quedarme en casa para que nadie viera que estaba completamente tranquila y es que no me importó en absoluto.

—Pero no rompiste el compromiso.

—¿Por qué habría de hacerlo? Por mí podía acostarse con todas las criadas si quería, me daba igual.

—Está claro que no lo amabas.

—Si viera a Brodie con otra mujer, creo que lo mataría —afirmó rotunda y Katherine se rio carcajadas.

—Lo digo en serio. Lo que siento por él tan abrumador que me asusta. No puedo imaginar mi vida sin él y creo que me moriría si rompiese el compromiso.

—Eso no va a pasar —dijo Katherine poniendo una mano sobre las suyas. Sonrió afable al ver que no se apartaba.

—¿Tú sabes qué quiere Elinor?

Katherine asintió.

—Pero es mejor que te lo cuente ella.

—oOo—

—Mi padre puede acompañarte al altar —dijo Elinor colocando flores en un jarrón.

Lavinia trataba de no reírse de lo mal que se le daba mientras negaba con la cabeza.

—No. Iré sola.

—No tienes por qué.

—No pondré al barón en semejante tesitura. Ya bastante habla todo el mundo como para meter a tu padre.

—Yo puedo…

—No, Elinor —dijo tajante y con una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—Está bien. —Se apartó para mirar el arreglo y se rio entre dientes—. Yo diría que esto ha quedado fatal.

—¿Tú crees? —Lavinia se llegó hasta ella y sacó todas las flores del jarrón para volver a empezar.

—¿Ya habéis decidido dónde viviréis?

—Prácticamente seguro que en Lanerburgh.

—Mmm, ya veo.

—Si al final nos decidimos, allí podré encontrar una casa para el orfanato. Brodie está de acuerdo.

—Entiendo.

Terminó el arreglo floral y recogió las hojas que había arrancado.

—No entiendo cómo se te da tan bien y a mí tan mal. Solo las has metido en el jarrón, igual que he hecho yo, pero mi trabajo daba pena y el tuyo es de lo más bonito.

—La señorita Perkins dice que tengo un don —dijo yendo a sentarse con ella en el sofá—. A ti te aprecia mucho.

—Es una buena mujer. Esa semana hemos estado en Shaftbury y todo el mundo me ha dado saludos para ella.

—Deberías haberte quedado hasta final de mes. Estás desatendiendo el negocio por mi culpa, sé que has vuelto para encargarte del orfanato mientras yo hago los preparativos.

—Mi suegra es perfectamente capaz de arreglárselas sin mí. Pero hemos dejado a Aidan allí para que le haga compañía.

—Matilda se puso muy triste cuando lo supo. Lo adora.

—Es mutuo. Y, hablando de Matilda… Quería hablar contigo de algo —dijo mirándola de soslayo.

—Adelante. ¿A qué viene ese preámbulo? ¿Es algo malo? —preguntó al ver que le costaba empezar.

—No, al contrario, creo que es muy bueno, pero no sé… qué opinarás tú.

—Pues si no me lo dices…

—He visto una casa en Shaftbury. No es tan grande como esta, pero tiene espacio más que de sobra.

—¿Estás pensando en abrir un orfanato? —preguntó.

Elinor asintió y su amiga mostró un enorme entusiasmo.

—¡Pero, Elinor! ¿No me dijiste una vez que en Shaftbury no había niños mendigando? —se rio—. ¿Qué ha pasado? No importa, es maravilloso y te ayudaré en todo lo que necesites, por supues…

—Espera, espera, es mucho más largo que eso. Déjame que te lo cuente todo antes de que digas nada más. —Se estiró la falda para darse tiempo a organizar sus pensamientos—. Londres no está lejos, pero sabes que tengo mucho trabajo con la fábrica y no podré venir todas las veces que me gustaría. Además, el embarazo…

—Lo entiendo —asintió la otra.

—Tú vas a casarte y no tienes familia. Bueno, ya me entiendes… —Lavinia volvió a asentir, aunque ya no sonreía—. Está claro que os vais a ir a Escocia.

—Aún no está decidido.

—Está claro —repitió contundente.

—No voy a abandonar a los niños.

—Pero sería otra tierra, otras costumbres… Si vinieran conmigo a Shaftbury…

—Elinor, tú tienes a tu familia y las fábricas, no puedes ocuparte también de un orfanato.

—¿Sabes qué más tengo? Dinero, eso tengo. Además, Daisy y Mary están dispuestas a venir con nosotros.

—¿Has hablado de esto con las niñeras?

—Les pregunté y me dijeron que sí. En cuanto a la señora Perkins…

—¿También ella?

—Conoce a todo el mundo allí, ha sido su hogar toda su vida.

Lavinia se puso de pie nerviosa y después de mirarla con fijeza un momento comenzó a pasear por el salón.

—Piénsalo bien antes de decirme que no, porque tengo algo más…

—¿Más? —Lavinia la miraba sin dar crédito y Elinor asintió.

—Lo comenté en la fábrica con algunas de mis trabajadoras y sucedió algo del todo inesperado. Algunas de ellas no han podido tener hijos…

—¿Qué? —Lavinia regresó para sentarse frente a ella—. ¿Estás diciendo que quieren adoptarlos?

—Hay varias familias interesadas. Yo, por supuesto, supervisaré esas adopciones y me aseguraré de que los niños sean bien tratados. Pero ya te adelanto que conozco a esas familias y son buenas personas. Quieren ser padres y la naturaleza, Dios o quién sea que se encargue de decidir eso, no ha tenido a bien otorgarles ese privilegio.

—Supongo que querrán a los más pequeños.

—Sí, porque quieren que crezcan sintiendo que ellos son sus padres y los mayores ya saben la verdad…

—Son mi responsabilidad, Elinor, no quiero librarme de ellos porque me vaya a casar.

—Piensa en su bien, Lavinia. Además…

—¿Hay más?

—Henry y yo lo hemos hablado largo y tendido.

—¿El qué?

—Matilda y Aidan se quieren mucho. Desde el principio congeniaron. Ella lo cuida como si fuese su hermano pequeño.

Lavinia tenía los ojos muy abiertos.

—¿Estás diciendo que queréis quedaros con ella?

—Sí.

—Pero…

—Sé que soy un desastre haciendo arreglos florales y que no soy una mujer al uso, dirijo las fábricas con mi suegra, ella tampoco será una abuela al uso, pero te aseguro que Matilda será una niña muy querida en nuestra casa y no le faltará nunca de nada.

—Tú ya tendrás tus hijos. ¿Cómo encajará ella en esa vida?

—Pues, como uno más. No habrá distinciones, de eso puedes estar segura.

Lavinia no se esperaba aquello y no tenía una respuesta que la satisficiese. No quería separarse de los niños, pero unirse a una familia tan numerosa como la de los McEntrie con su historia y un montón de niños huérfanos no facilitaría nada las cosas. Y, sobre todo, ¿Qué era mejor para ellos? Esa era la única pregunta que debería hacerse.

—Necesito pensármelo.

—Por supuesto. Lo del orfanato. Lo de Matilda. Lo de que te los lleves o los dejes a mi cargo…

Lavinia asintió.

—Se pondrá muy contenta cuando se lo digamos. —Se puso de pie—. Y ahora acompáñame a ver al pequeño Charles y a Emma antes de irme.

—Pero qué cosita más preciosa —dijo sosteniendo al bebé en los brazos mientras Emma aprovechaba para comerse un crema de arroz que, según la baronesa, haría la leche mucho más nutritiva.

—El color azul es una idea excelente —afirmó Emma—. Brodie podría llevar un chaleco de la misma seda.

Elinor la miró sorprendida.

—¿Desde cuándo te interesas tú por la ropa?

—Me lo comentó Cecilia y estoy de acuerdo —aclaró la escritora poniendo los ojos en blanco—. Dios, qué delicia, me encanta esa mezcla de vainilla y nuez moscada.

Lavinia miraba los diminutos deditos con una mezcla de admiración y estupefacción que daban a su rostro una expresión la mar de divertida. Elinor y Emma se miraron asintiendo.

—Ya estás lista —dijo Emma.

—No hay remedio —añadió Elinor—. Te quedarás embarazada en cuanto Brodie plante su semilla.

—¿Plante su semilla? —se burló Emma riendo.

—No quiero asustarla —dijo la pequeña con expresión de suficiencia—. Podría recomendarte un libro…

—Déjate de libros. Brodie le explicará todo lo que necesita saber.

—Eso es cierto —dijo Elinor—. A veces asusta lo fácil que parece todo para ellos.

—Yo no creo que sea fácil —dijo Emma—. Lo que pasa es que para nosotras es totalmente nuevo.

—¿Creéis que llegará el día en el que las mujeres tendrán relaciones con más de un hombre en su vida?

—Ese día ya ha llegado, Elinor —dijo Lavinia sin soltar la manita de Charles—. Las viudas también se casan. Y hay mujeres que tienen amantes.

—No me refiero a eso. Hablo de que sea normal que una mujer esté con el hombre que le apetezca sin estar casada. Y que cuando se canse…

—¿Cuándo se canse? —la pregunta la hicieron las dos a la vez mirándola con sorpresa.

—No hablo de mí. Adoro a Henry y me hace muy feliz. Solo

pregunto.

—Es muy peligroso hacerse esa clase de preguntas, Elinor —dijo su hermana.

—Me hago preguntas mucho más estrambóticas que esa. Por ejemplo, me pregunto si algún día los hombres podrán casarse con otros hombres y las mujeres…

Volvieron a mirarla con sorpresa.

—Todos sabemos que eso sucede. ¿No creéis que algún día pueda volver a ser normal? En la Antigua Grecia, lo era. Podría volver a serlo.

Lavinia dejó al pequeño en su cuna.

—Será mejor que me marche para no llegar tarde a la cena.

—¿Elinor te ha contado su proyecto? —preguntó Emma.

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Necesito tiempo para pensármelo.

—¿Y lo de Matilda?

—Si ella está segura… Es una decisión muy importante, espero que la haya valorado a fondo y que Henry esté de acuerdo.

—Lo hemos hecho. Y lo está.

Emma asintió.

—Lo contaron a toda la familia y parecía entusiasmado con la idea.

Lavinia miró a Elinor que sonreía satisfecha. No pudo más que sonreír también.

—Me voy ya.

—Te acompaño. Llévate nuestro coche.

—Espero que Cecilia no espere hasta que se haga de noche para regresar.

—oOo—

—Siento que nos hayamos demorado tanto —dijo la modista—. Estaba disfrutando y se me ha ido el santo al cielo.

—Tranquila, no tenía prisa.

—La señorita Wainwright no quería que se le hiciera tarde.

—No se preocupe.

Cruzó a la otra acera.

—Vaya por Pall Mall y no corra, quiero disfrutar del paseo —le pidió al cochero.

No se apartó de la ventanilla, hasta que lo vio. Estaba en el sitio exacto donde la encontró la primera vez que se vieron. No pudo resistir la tentación e hizo que el cochero se detuviera.

—Caminaré un poco, hace una noche magnífica. Sígame despacio, por favor.

Mason contemplaba el edificio de Carlton House, la residencia del Príncipe Regente con expresión reflexiva.

—Buenas noches.

Se volvió rápidamente y la miró con alivio.

—Al fin —musitó.

—Parece que supiese que iba a venir —dijo ella sonriendo con timidez.

—Llevo esperándola todas las noches desde la primera vez que nos vimos. ¿Cómo ha estado usted, señorita Pearl?

—Me llamo Cecilia, señor Drummond.

La miró dolido y ella sintió como si una mano le estrujase el corazón.

—¿Dará un paseo conmigo, señorita… Cecilia?

Ella asintió y caminó a su lado.

—No creo que hoy vaya a casa de los Burford.

—No, ya no vivo allí.

—Esto no le cae de paso, entonces.

—No.

Él desvió la mirada para ocultarle su emoción.

—Las cosas entre la señorita Wainwright y mi padre se han solucionado, tengo entendido.

—Sí.

—Me alegra mucho que sea así.

—Hoy me ha pasado una cosa y en el primero que he pensado ha sido en usted. —Lo miró con una brillante sonrisa.

—No sabe lo feliz que me hace. Soy todo oídos.

—La señorita Wainwright tenía hoy la primera visita a la modista, para elegir las telas y los detalles de su vestido de novia.

—Maravillosa noticia.

—La modista cree que soy brillante. Que mis ideas son novedosas y que podría diseñar ropa que otros querrían comprar.

Él sonrió al tiempo que asentía.

—Y eso la ha hecho feliz.

—Muy feliz. No podía ni imaginar que alguien quisiera algo que yo pueda darle. Es como estar sentada en la luna.

—¿Es este el futuro sencillo con el que soñaba?

Ella negó con la cabeza.

—Me temo que no, señor Drummond, se parece más a su laberinto.

—¿Podrías llamarme Mason, al menos? Ya que no puedo ser George.

—No sería correcto, señor. Solo soy una doncella y usted es un caballero. Si alguien nos viese hablándonos con tal familiaridad mi reputación se vería irremediablemente dañada. Para usted sería solo un desliz, pero para mí…

—La comprendo. Pero quiero que sepa que desde el día en que nos vimos… no la he olvidado. Tuve la ilusión de que mi padre se arruinaría y eso me convertiría en pobre pero feliz. Sin embargo la suerte, como siempre, está de su parte y es él el que consigue de nuevo que se cumpla su sueño.

Ella lo miró con pesar.

—No me tenga lástima, es un sentimiento muy destructivo, señorita Cecilia. —Miró hacia el cielo y durante unos segundos Cecilia contuvo la respiración—. Si no estuviera enfermo, me habría ido lejos de él hace mucho tiempo. Me daría igual ser campesino o carpintero, con tal de despertarme todas las mañanas para ver amanecer. Pero mi «peculiaridad» me impide valerme por mí mismo. Dependo de mi padre por completo. Así que sí, tengo la desgracia de que mi padre sea lord Drummond y algún día, si sobrevivo, heredaré todas sus posesiones. Pero si a usted no le importase lo que dijeran los demás contravendría todas y cada una de las normas que nos prohíben estar juntos. Daría todo lo que tengo por ser George para usted y que usted fuese Pearl para mí.

—Es usted demasiado ingenuo para su edad.

—¿Le parezco ingenuo por hablarle de amor?

—¿Amor? —rehuyó su mirada—. Uno no se enamora de la noche a la mañana. Eso solo ocurre en las novelas.

—Uno no se quema por ver amanecer —dijo deteniéndose.

Dio un paso hacia ella y sin decir nada se levantó la manga para que Cecilia pudiese ver las cicatrices en su brazo. Las siguió con el dedo como si trazara un camino.

—Tengo una de estás en cada parte de mi cuerpo. Cada una de ellas habla de mi desesperación por ser normal. De mis deseos de ser normal. De mi anhelo por vivir. De mi angustia por tanta soledad. De la oscuridad que habita en mí. De la luz que ansío. —La miró a los ojos y ella se estremeció—. Ahora tengo otra que no puede verse y que lleva su nombre. Y, curiosamente, ninguna me ha dolido tanto como esa.

Ella abrió la boca incrédula, pero se llevó una mano al pecho para asegurarse de que no se le había detenido el corazón.

—Adiós, señorita Pearl. Espero que alguna vez piense en esta solitaria y triste sombra. Yo le agradezco que compartiera durante unos minutos un poco de su luz.

Se alejó de ella a pasos agigantados, subió a su carruaje y se alejó dejándola en mitad de la calle con el rostro anegado en lágrimas.

Capítulo 35

—No puedes hacer eso —dijo Lavinia riendo.

—¿Cómo que no? —se extrañó Brodie.

—Es trampa —dijo Heather asintiendo con la cabeza.

—¿Desde cuándo? En Escocia siempre jugamos así.

La niña miró a Lavinia con expresión sorprendida.

—¡Señorita, está mintiendo! —exclamó—. Va a ir al infierno.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó él—. Seguro que la señorita Duffield. En realidad no vas al infierno por mentir. Si es una mentirijilla solo te hacen trabajar durante un tiempo en las cuadras del cielo.

—Se lo está inventando —dijo la niña—. No soy tan tonta como para que pueda engañarme tan fácilmente y ha hecho trampas, así que ha perdido.

Brodie se rio a carcajadas.

—Es imposible engañarla.

—Imposible —afirmó Lavinia.

Brodie se tumbó en el mantel que habían extendido y dobló el brazo bajo la cabeza mirando al cielo. Hacía una tarde magnífica y la brisa era muy agradable.

—El señor Potter nos ha explicado que hay una ballena tan grande como tres barcos puestos en fila —dijo Heather acariciando a Sweete—. Sus aletas son enormes, y cuando sale a la superficie para respirar, expulsa un chorro de agua tan alto como un árbol. Los marineros que la han visto se quedan aterrorizados. ¿Usted la ha visto, señor Brodie?

El escocés sonrió.

—No, pero he visto barcos muy grandes, así que puedo hacerme una idea.

La niña se sentó sobre sus pies mirándolo con mucho interés.

—¿Y ha subido a uno de esos barcos?

Brodie asintió.

—¡Hala! ¡Qué suerte!

—¿Te gustaría subir a uno?

Heather se puso de pie de golpe.

—¿Lo dice en serio? ¡Claro que me gustaría! ¿Puedo? —Miró a Lavinia buscando apoyo.

—Si Brodie quiere…

—Lo organizaré y os llevaré a todos —dijo el escocés.

—¿A todos? —Heather se tapó la boca para ahogar una exclamación—. Señorita, ha dicho que nos llevará a todos. Ya verá cuando se lo diga a Ruby. Y a Walter. ¿Puedo decírselo yo? Por favor…

Lavinia asintió y la niña se movió inquieta arrugando la tela.

—Para, muchacha —se rio Lavinia.

—¿Puedo ir ahora?

Los dos adultos se miraron y asintieron. Heather echó a correr gritando de alegría. Desde que la señorita Duffield se fue, Heather corría todo lo que quería y a todos les parecía muy bien. Sobre todo al señor Potter, siempre que fuese lejos y se tomase su tiempo para regresar.

—Está tan feliz… —dijo Lavinia viéndola alejarse hacia la casa.

—Así es como debe ser.

Brodie extendió la mano y la dejó con la palma hacia arriba cerca de ella. Lavinia acercó la suya y dibujó las líneas de su palma antes de entrelazar los dedos con los suyos. El escocés la miró intensamente, pero no se movió de donde estaba. Aunque se moría por abrazarla.

—La señora Perkins ya no me odia —dijo burlón.

—Nunca te ha odiado.

—Ya lo creo que sí.

—Sabe que yo te quiero.

—¿Ella lo sabe? Pensaba que me lo dirías primero a mí.

Ella sonrió feliz e inclinó la cabeza para mirarlo con una pícara sonrisa.

—Brodie.

—¿Sí?

—*Tha gaol agam ort.*

Él sonrió.

—Así que me quieres, ¿eh? Pues sería el momento perfecto para que me besaras —dijo agarrándola para tirar de ella.

Lavinia cayó sobre él con una exclamación y enseguida miró a su alrededor con temor.

—¿Estás loco?

—Completamente.

Lo besó dulce y suavemente, deslizando su lengua con tal delicadeza que provocó una oleada de calidez en el pecho masculino. Cuando ya se apartaba él le mordió el labio de manera contenida y ella lanzó un débil aullido llevándose la mano a la boca.

—¡Me has mordido!

—Culpable.

Lavinia se rio a carcajadas y se apartó de él sentándose sobre sus pies.

—Eres perverso.

Él se apoyó sobre el codo sin dejar de mirarla con aquella sonrisa canalla y feliz.

—He estado pensando en lo que te dijo Elinor.

—Yo también.

—Quiero que vivamos en Escocia.

—Lo sé.

—Deberías preguntarles a ellos. Es su futuro y tienen derecho a opinar.

—Me da miedo.

—¿Miedo por qué?

—Por que sientan que les he fallado. Sé que solo han estado

conmigo medio año, pero nunca antes habían tenido un hogar. Les dije que cuidaría de ellos.

—Y lo has hecho. Lo vas a seguir haciendo, de un modo u otro. En Escocia también hay niños.

Ella lo miró sorprendida.

—Me dejarías abrir un orfanato en Lanerburgh.

—Siempre y cuando no vivas allí y no te pases todo el tiempo cuidando de ellos. Yo necesito mi ración diaria de Lavinia. Y quiero hijos.

—Por supuesto.

—Y las noches serán solo mías.

—Desde luego.

—Todas las noches.

—Mmm —asintió ella con la cabeza.

—Espero que estés preparada, soy un escocés de las tierras altas.

—¿Y eso qué significa?

Brodie se sentó con expresión asombrada.

—¿No has oído hablar de nuestra virilidad? —dijo mostrando su puño.

Lavinia sonrió divertida.

—¿No me crees? Hasta Edward se sorprendió de mi marca: cinco veces en una noche. Tú no lo sabes, pero eso es toda una hazaña para un hombre.

—E imposible para una mujer —dijo ella poniéndose de pie—. No cuentes conmigo para ello.

—¿Cómo? —Se levantó también—. Ya lo creo que sí.

—No.

—*¡Nì thu a h-uile rud a dh'iarras mi ort!*

—Que te lo has creído —dijo recogiendo las cosas.

Él la miró sorprendido.

—¿Sabes lo que significa?

Ella se giró hacia él entornando los ojos.

—¿Harás todo lo que te pida? Menuda cara puso Cecilia cuando le pregunté. Eres…

Brodie se echó a reír a carcajadas.

—Tú ríete todo lo que quieras, pero estás muy equivocado si te crees que me voy a dejar dominar. No sé cómo será en ese pueblucho de Lanerburgh, pero aquí a las mujeres se las respeta y…

La rodeó con sus brazos y la obligó a tumbarse con él inmovilizándola con su cuerpo. A Lavinia se le aceleró la respiración.

—Vas a destruir mi frágil reputación —se rio ella.

—¡Dios! ¡Cómo te deseo! Déjame visitarte esta noche, te haré mía y así podré seguir respirando.

Besó sus mejillas, sus ojos y mordió el lóbulo de su oreja. Ella gimió involuntariamente y él la miró seductor.

—Ni te imaginas lo que voy a hacerte cuando estemos casados.

Rodó de nuevo y la liberó poniéndose de pie.

—¡Apártate de mí! —exclamó señalándola con el dedo—. Eres una bruja seductora.

Ella se rio a carcajadas y él se puso las manos en la cintura mirándola satisfecho.

—Voy a amarte mucho, Lavinia Wainwright. Todos los días de mi vida.

Ahora fue ella la que lo abrazó. Un abrazo apretado y sentido que quería transmitirle el enorme amor que sentía, pero también el agradecimiento por haberla salvado. Levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Me lo darás por escrito?

Él sonrió y luego la besó en la frente.

—Me voy antes de cometer una locura —dijo soltándola y caminando hacia atrás—. Recuerda que tienes que hablar con Heather.

Le lanzó un beso y se dio la vuelta para correr hacia la casa.

—¡Amo a Lavinia Wainwright! —exclamó a voz en grito.

Ella se tapó la boca para ahogar su sorpresa y miró a su alrededor

rogando porque nadie lo hubiese oído. Lo observó alejarse con el corazón henchido de amor y una felicidad tan insoportable que apenas podía respirar. Sintió la humedad en sus mejillas y se limpió las lágrimas entre risas. Sentía que su alma había encontrado al fin un hogar. Lejos del pozo negro de la culpa y el dolor. Por primera vez en su vida era realmente ella y se sentía una persona completa. Soltó el mantel y enmarcó su boca con las manos

—¡Amo a Brodie McEntrie! —gritó con todas sus fuerzas.

Brodie ya estaba frente a la casa y se volvió al escucharla. Le hizo una reverencia y la saludó con el brazo levantado antes de entrar.

—oOo—

Heather acariciaba a Sweete sin decir nada y Lavinia esperaba impaciente una reacción.

—¿No te gusta la idea?

La niña se encogió de hombros y siguió acariciando al desprendido gato. Se acercó a ella y se sentó en el sofá mirándola expectante.

—Estabas muy contenta de que el señor Brodie y yo nos casáramos.

—Me gusta el señor Brodie —dijo ella sin levantar la cabeza.

—Di lo que sea, Heather. Te lo he contado porque quiero saber tu opinión. La señora Woodhouse también te gusta, ¿verdad?

—Sí. Es buena. Y divertida. Y la señorita Perkins la quiere mucho.

Ha encontrado una casa muy bonita y todos parecen contentos con la idea de vivir en Shaftbury.

—A mí me gustaba estar aquí —musitó.

—Lo importante no es dónde vives, sino con quién, Heather.

La niña asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se las limpió con el dorso de la mano cuando empezaron a caer y Lavinia se sintió fatal por alargar tanto aquel momento.

—Heather, sabes que yo te quiero, aunque no te lo haya dicho, ¿verdad?

—Yo también la quiero, señorita, y me da mucha pena que se marche. Me gusta el señor Brodie, pero no me gusta que sea escocés. La voy a echar mucho de menos. —Sollozó abrazándose al gato que no parecía muy dispuesto a consolarla y en dos segundos saltó por la ventana huyendo de ella.

Lavinia se inclinó para limpiarle las lágrimas y le sostuvo la cara para que la mirase.

—¿Te gustaría vivir en Lanerburgh, Heather? La familia de Brodie tiene un castillo y viven frente a la costa. ¿Has visto el mar alguna vez?

La niña había dejado de llorar y la miraba con los ojos muy abiertos.

—A Brodie y a mí nos gustaría mucho que vinieras con nosotros.

Heather se limpió los ojos con los puños y volvió a mirarla sorprendida.

—Pero ha dicho que la señora Woodhouse…

—No hablo de llevarme a todos, Heather. Quiero adoptarte.

La niña se tapó la boca justo después de gritar y Lavinia sonrió al ver cómo temblaba.

—¿Quieres, Heather? ¿Te gustaría que Brodie y yo seamos tus padres a partir de que nos casemos?

La niña se abrazó a su cuello y lloró a moco tendido. Tan fuertes eran sus sollozos que Sweete volvió y se subió a la butaca para refregarse contra ella.

—Espero que estas lágrimas sean de alegría —dijo Lavinia acunándola—. Vamos, vamos, ¿qué va a pensar Sweete?

La niña se apartó un momento.

—¿Él también vendrá?

—Por supuesto.

—¡Ay, señorita! —Volvió a abrazarla llorando.

—Me vas a estrangular —dijo aflojando su agarre.

Capítulo 36

—¿No habías estado en palacio?

Brodie negó con la cabeza sin que se borrase aquella sonrisa burlona de su rostro.

—¿Qué? —preguntó el otro consciente de que tenía algo que decir.

—¡Un MacDonald músico del rey! ¿Quién lo habría dicho?

Chisholm sonrió también.

—¿Un whisky? Quita esa cara, es escocés, por supuesto.

—Entonces sí.

El anfitrión llenó los vasos y le entregó el suyo antes de sentarse frente a él.

—Dos escoceses de Lanerburgh en palacio, si nuestros antepasados pudiesen vernos.

Brodie no dijo nada y bebió un trago con actitud relajada.

—Me sorprendió tu nota —siguió Chisholm—. Vivimos en la misma ciudad y apenas nos hemos visto un par de veces.

—No frecuentamos los mismos ambientes, supongo.

—Y tampoco tenías ganas de verme —dijo el otro sin apartar la mirada.

—No muchas, es cierto —afirmó Brodie llevándose el vaso a los labios.

—Veo que has venido a ser sincero. —Suspiró recostándose en el respaldo—. Estoy listo. Pero te advierto que ya no soy aquel muchacho asustado que te besó en los labios.

—Tampoco yo soy el estúpido que te dio un puñetazo como respuesta.

—Me habrías dado una paliza si no salgo corriendo de allí.

Brodie torció una sonrisa.

—Puedes asegurarlo. —Miró su vaso mientras reflexionaba y

después posó sus ojos en él—. Lo siento.

—¿Lo sientes? Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Tampoco yo me esperaba que mi mejor amigo me metiese la lengua en la boca.

—No te metí la lengua, capullo. Fue un beso de lo más casto.

Brodie torció una sonrisa y asintió.

—Supongo que comprendes mi confusión mental. Casi me explota la cabeza.

—Sabía perfectamente que me rechazarías de manera violenta, pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué tenías que hacerlo? Éramos amigos, los mejores amigos…

—No —negó con la cabeza—, no lo éramos.

Brodie frunció el ceño dolido.

—No podía ser yo contigo, ¿lo entiendes? Tenía que ser el Chisholm que tú querías que fuera. Eras mi amigo y te quería profundamente. —Asintió—. Pero también te deseaba y tenía tanto miedo de que te dieses cuenta… Al final tuve que lanzarme al mar, aun sabiendo que me estrellaría contra las rocas.

—Si hubieras hablado conmigo, quizá habría podido entenderlo. Pero con el modo en que lo hiciste fue imposible.

—¿En serio no lo sabías? No me ponía cachondo con las cosas que a ti o a los demás os ponían. No me enamoré nunca. ¡Me fijaba en la ropa que llevabas puesta! Vamos, Brodie, no digas que no te diste cuenta de que yo era diferente.

Brodie negó con la cabeza.

—Tengo cinco hermanos y todos son diferentes. ¿Cómo iba a pensar…? ¡Eras mi amigo! Jamás pensé mal de ti.

—¿Mal?

—Ya me entiendes.

—Claro que te entiendo. Mal. Porque está mal. Yo estoy mal. Es algo malo amar a otro hombre. Pues, ¿sabes qué? Ya no lo creo. Yo no

estoy mal. Esto no está mal. Lo que está mal es que hayamos creado una sociedad que nos dice cómo y a quién debemos amar. Que prefiere a un hombre malvado que tortura a su familia, siempre que esté casado con una mujer, que a uno que ama a sus semejantes y jamás haría daño a nadie, pero ama a otro hombre.

—Tienes razón. Ahora lo sé. Nunca había amado a nadie como amo a Lavinia. Ahora entiendo muchas cosas.

—Así es como amo a Colin.

—Lo sé. No le caigo muy bien, por cierto. Las veces que nos hemos visto no se ha molestado en disimular.

—Supongo que le conté las cosas con demasiado realismo.

Brodie sonrió y levantó su vaso.

—Por Colin.

Chisholm también sonrió al responder al brindis.

—Si podemos ser sinceros… —Esperó a que Brodie asintiera antes de continuar—. Estaba profundamente enamorado de ti y me rompiste el corazón.

—Yo también te quería —dijo el otro—. Eras mi mejor amigo. El único, aparte de mis hermanos.

—Aun así, no me arrepiento. Necesitaba hacer aquello para poder seguir adelante. Jamás habría salido de Lanerburgh si no hubiese dado ese paso. Si no me hubieses dado aquel puñetazo. Ese día se me rompió el corazón, pero cuando volví a unir los pedazos ese corazón ya era solo mío. Sabía quién era y lo que quería y no me engañaría nunca más. Si tenía que estar solo, lo estaría sintiéndome bien conmigo mismo.

—Ojalá no me hubieses necesitado a mí para eso —se burló el otro sin humor.

—Tenías que ser tú.

—Pues menuda mierda —dijo y bebió otro trago.

Durante uno segundos se evaluaron en silencio. Hasta que Chisholm sonrió ya más relajado.

—Colin te tiene celos.

—¿Qué?

—Sí. Se piensa que todavía siento algo por ti. No es cierto, tranquilo.

—¿Sabes lo que más me dolió? Que no fueras sincero conmigo. Que fingieras ser quien no eras y de repente me obligaras a enfrentarme a ello. Entiendo lo que dices y sé que para ti fue peor, pero aun así, sigo sintiendo resquemor por todos los momentos que compartimos, y que no me dijeras nada. Siento haberte dado un puñetazo, siento haberte apartado de mi vida, pero no me diste siquiera el beneficio de la duda. Nunca sabremos si te habría comprendido. Si habría podido asimilarlo, de haberlo hecho de otro modo. No fuiste justo ni leal conmigo.

Chisholm se tragó aquel veneno consciente de que se lo merecía y asintió sin apartar la mirada.

—Tienes razón.

Brodie respiró hondo y dejó salir el aire muy despacio. Llevaba años cargando con aquel peso y resultaba liberador quitárselo de encima.

Se quedaron de nuevo en silencio.

—¿Eres feliz? —preguntó Brodie.

—Tengo mis momentos.

—Colin parece un buen hombre, aunque yo le caiga fatal.

—Ahora está en Roma para una exposición, cuando vuelva hablaré con él y le contaré esta conversación. Seguro que ayuda. No me gustaría que os pelearais en tu boda. Por cierto, además de a una exposición ha ido a ultimar los detalles de la compra de una casa en la Toscana.

—¿No está un poco lejos de Londres? —preguntó Brodie con ironía.

—Esa es la idea. —Apoyó el vaso en el reposabrazos del sillón—. No seré el músico del rey para siempre. Viviremos así unos años, cinco

máximo, y después nos retiraremos a vivir en el paraíso. Es un pueblo pequeño y la casa está rodeada de viñedos. Fabricar mi propio vino, ¿qué más se puede pedir? Allí él pintará y yo compondré mi música. A los artistas se les conceden algunos privilegios. Uno de ellos es aceptar que no tengan esposa e hijos. Dos artistas que envejecen juntos.

—Es un buen plan —reconoció Brodie.

—El tuyo ha sido sonado. ¡Lavinia Wainwright! Lo que había oído sobre ella no animaba mucho a un acercamiento.

—No hay que creerse todo lo que dicen.

—Totalmente cierto. Al final tu amor por Inglaterra ha tenido sus frutos.

—Vuelvo a Lanerburgh. Nos iremos después de la boda.

—El último de los McEntrie en casarse. Aunque todavía queda Craig.

—¿Qué dices? Mi padre tuvo tres bodas, déjalo como está. Disfrutando de sus nietos y de tener el castillo lleno de gente que se quiere.

—Tengo mucho que agradecerles a los McEntrie. Ahora somos familia.

Brodie asintió.

—Ewan es maravilloso y hace muy feliz a mi hermana.

—Espero que venga a la boda, aunque aún no ha llegado la respuesta a mi carta. Se habrán quedado helados al saber que voy a casarme en Londres y de manera tan repentina.

—¿No habría sido más fácil llevarla a Escocia y casaros allí? Ella no tiene familia aquí.

—No puedo irme aún. Hasta que llegue mi sustituto en la empresa Burford.

—Pues yo también espero que Ewan venga y traiga a Bonnie y a Adam. Ese niño es una bendición.

—¿Sabes algo de Gilleasbuig?

—¿Ahora te interesas por los MacDonald?

—Solo por los que están lejos —se burló.

—Pues no le está yendo mal del todo. Se ha casado y tiene un hijo. No piensa volver, así que puedes estar tranquilo.

—¿Y ves a Duncan?

Chisholm negó con la cabeza.

—Parece que le sienta bien vivir con Mungo. Quiero decir, Gabriel.

—Ya. Tuve una interesante conversación con mi madre cuando estuve en Lanerburgh. ¿Más whisky?

—No, gracias, tengo una cena especial. Hablando de cenas, podrías venir a alguna en casa de los Wharton. Como has dicho, ahora somos familia.

—Los visito a menudo. Me hicieron sentir muy cómodo cuando viví con ellos en Harmouth, les tengo mucho aprecio.

—Pero hasta ahora no hemos coincidido nunca —dijo con complicidad—. Espero que a partir de hoy eso cambie. Así podré presentarte a Lavinia antes de la boda —dijo poniéndose de pie.

—Me he alegrado mucho de verte, Brodie.

—Y yo.

Se miraron unos segundos antes de darse un fuerte y sentido abrazo.

—oOo—

—… y el caballo lo arrastró por todo el cercado sacándole los pantalones.

Cecilia contaba la anécdota mientras ayudaba a la señora Dunlop a recoger los platos de la cena y Brodie la dejaba hablar sin que pareciera importarle que lo ridiculizase con un relato en el que él acababa enseñando partes poco edificantes de su anatomía. Lavinia no paraba de reír y eso era impagable para él.

—No ponga esa cara, señora Dunlop —dijo Cecilia dándole una palmadita en el brazo—. El señor McEntrie está acostumbrado a escuchar cosas peores. Tendría que oír a sus hermanos…

—Deja de hablar y ayúdame a recoger, charlatana.

Lavinia hizo el gesto de ayudarlas, pero la señora Dunlop la fulminó con la mirada y volvió a sentarse sin protestar. A Brodie no le pasó desapercibido el gesto y sonrió levemente consciente de quién mandaba en aquella cocina.

—No sabe la que le espera cuando esté en *Slioscreige* —dijo Cecilia poniendo una botella de licor de cerezas en la mesa—. Me la ha dado la señora Crone para esta noche.

Lavinia miró a Brodie con preocupación, pero él sonreía la mar de alegre.

—No me imagino lo que es vivir en un castillo —dijo la cocinera poniendo un gran recipiente de natillas en la mesa y colocando frente a cada uno una cuchara, antes de sentarse de nuevo.

—Lavinia está nerviosa por tener que lidiar con tantos McEntrie juntos —dijo Brodie sirviendo el licor en las copas.

—En realidad, es envidia —confesó ella metiendo su cuchara en las natillas.

—¿Envidia por qué? —preguntó Cecilia.

—Se nota lo mucho que se quieren.

—Claro, usted es hija única —afirmó la señora Dunlop—. Debió de sentirse muy sola.

—Mucho.

—Los McEntrie son una familia muy especial —dijo Cecilia después de tragarse las natillas—. No hay muchos como ellos ni en Escocia ni en ninguna parte.

—¿Qué sabrás tú lo que hay por ahí? —dijo la cocinera dándole un ligero empellón en el brazo.

—Le aseguro que tengo razón. ¿Sabía que su padre tuvo tres mujeres y dos hijos con cada una de ellas? Lo normal habría sido que

esos niños no se llevaran bien, pero se quieren a rabiar.

—Yo tampoco puedo imaginar lo que es vivir siendo hijo único —dijo mirándola con cariño.

—Es muy fácil de explicar. No hay juegos, no hay complicidad, ni travesuras —sonrió sin tristeza—. Por eso disfruto tanto en el orfanato.

—Tampoco habría peleas —dijo Cecilia y se metió la cuchara a la boca.

Lavinia la miró interrogadora.

—Dígale, dígale cómo se las gasta Dougal.

Lavinia lo miró asustada.

—¿Te pegaba?

Brodie se rio al ver su cara de susto.

—A mí no mucho, pero alguna vez me cayó algún mamporro. Los que se llevaron la peor parte fueron Caillen y Kenneth, porque siempre estaban a la gresca. Había una máxima no escrita y era que no podíamos pegarnos. Él sí, él podía sacudirte si lo consideraba oportuno, pero no permitía que llegáramos a las manos entre nosotros.

—Lo dices como si lo admirases —dijo molesta.

—Lo admiro muchísimo. Es el mejor hombre que conozco.

—Seguro que no es mejor que tú —musitó ella.

—¡Oh, no, señorita! Que estamos aquí… —dijo Cecilia señalando a la señora Dunlop y a ella misma.

—Perdón —dijo conteniendo una sonrisa—. Aunque no me guste lo que dices de él, deduzco que debe ser un gran hombre si Elizabeth Wharton se casó con él.

—Esos dos son como la noche y el día, pero mi hermano se convierte en un oso de peluche cuando está con ella. Es una transformación asombrosa. Al principio no podía dejar de mirarlo, era como si hubiese sido poseído por el espíritu de una oveja. Agacha las orejas como un corderillo.

—¿Y su padre no volvió a casarse después de morir su madre? —

preguntó la señora Dunlop con curiosidad—. Los hombres no deberían estar solos mucho tiempo. Necesitan quien los cuide.

—¿Está pensando en el señor McEntrie o en otra persona, señora Dunlop? —preguntó Cecilia con una sonrisa maliciosa.

—No sé en quién quieres que esté pensando.

—¿El señor Horton, quizá? —intervino Lavinia con el mismo retintín.

—No digan tonterías. El señor Horton y yo somos meros conocidos.

—Ya, ya —asintió Cecilia incrédula—. Por eso le plancha las camisas que se pone para ir a misa.

—Esa es una buena acción sin la menor trascendencia. Solo pretendo ayudar a alguien que lo necesita.

—Como si él no supiera planchar.

—Pues sabrá, pero le gusta que lo haga yo.

—Pero, señora Dunlop, cómo se va a ir a Escocia y va a dejar al señor Horton sin su planchadora oficial.

—¿Quién ha dicho que yo voy a irme a ninguna parte?

Cecilia miró a Lavinia que negó con la cabeza.

—Dijo que no.

—Pero entonces… ¿Adónde va a ir? ¿Otra vez con su hermana?

Lavinia volvió a negar.

—Se marcha con Elinor, será la cocinera del orfanato. La señora Crone no quiere irse a Shaftbury.

Cecilia abrió los ojos sorprendida.

—¿Va a ir con la señorita Perkins? ¡Uy! Ahora me alegro aún más de no ir. Las dos juntas sería demasiado para mí.

—Serás… —Le dio una palmada en el brazo y la otra se quejó pasando la mano por donde le había dado.

—Echaré de menos su sopa de langosta, señora Dunlop —dijo Brodie poniendo los ojos en blanco—. Y ese pastel de carne, Dios mío, ha estado delicioso.

—Está claro que quería agasajarlo —dijo Lavinia sonriendo afable a la cocinera—. Ha hecho usted los platos que más le gustan.

—Ha sido lo más delicioso que he comido desde que estoy en Inglaterra.

—Qué exagerado —musitó la cocinera turbada por los halagos.

—¿Exagerado? La cocinera de Harriet no es ninguna joya, la verdad. Según dicen el cocinero que tenían antes sí lo era, por desgracia no llegué a disfrutar de sus exquisiteces.

—Pues me alegro de que Katherine me recomendase a la señora Dunlop a mí y no a Harriet. He disfrutado mucho de sus comidas. Y de sus consejos.

—Voy a sacar un pedazo del pastel de manzana que hice ayer —dijo la mujer levantándose y dándoles la espalda.

—Se ha emocionado —vocalizó Cecilia sin emitir sonido alguno.

Los otros dos asintieron sin decir nada.

—Has tenido una idea magnífica —dijo Brodie cuando se quedaron solos en el salón—. Cenar en esa cocina ha sido toda una experiencia.

Estaban sentados en el sofá y ella apoyaba la cabeza en su hombro mientras él le acariciaba el brazo con indolencia.

—Las echaré de menos —dijo adormilada—. Han sido como mi familia durante estos meses. Ellas y el orfanato me han dado más afecto del que nunca tuve.

—Lo sé.

Lavinia se incorporó para mirarlo.

—¿Cecilia estará bien aquí? ¿Has hablado con ella?

Brodie asintió.

—¿Te he contado qué le pasa?

—No.

—Pero crees, como yo, que le pasa algo.

—Es evidente.

—Tiene que ver con Mason Drummond —afirmó rotunda—. Sé que la otra noche lo vio. Le pregunté al cochero y me dijo que se bajó del coche en Pall Mall y que estuvo paseando unos minutos con un caballero. Por la descripción que me dio era Mason Drummond, seguro.

Brodie asintió.

—¿Es seguro dejarla en Londres?

—Es lo que ella quiere. Trabajar con la señorita Branting es un sueño para ella.

—Pero no tendrá tu protección. ¿Y si Mason se comporta como un canalla con ella?

—No podemos obligarla a que venga con nosotros. Además, Harriet se ocupará de vigilarla, ya se lo he pedido.

—Aun así… —Volvió a recostarse en él y cerró los ojos.

Capítulo 37

Mason miraba a su padre expectante.

—Padre. Tiene la oportunidad de redimirse. Ha conseguido lo que quería y está a salvo. Deje esos negocios turbios, no necesitamos más dinero. Envejezca en paz y deje que yo haga mi vida como quiera.

Drummond se sirvió una copa dándole al espalda y cuando se giró no había el menor signo de afecto en su rostro.

—Escúchame bien, Mason, has sido una completa nulidad toda tu vida, no me sirves para nada. ¿Cómo va a encargarse de nuestros negocios alguien que no puede salir a la calle de día? No sé qué pasará con todo lo que he conseguido cuando yo no esté, lo que te pase a ti ya ha dejado de importarme, pero no voy a consentir que, encima de todo eso, arrastres mi apellido por el fango. Si quieres beneficiarte a esa muchacha, adelante, ya te he dicho que estoy dispuesto a pagarle. Pero no te casarás con ella de ningún modo.

—¿No ha oído nada de lo que he dicho, padre? Deje esa vida y redímase.

—¿Que me redima? —Se rio a carcajadas—. Hablas como un santurrón.

—Hablo como alguien que tiene conciencia. La esclavitud es algo espantoso. Comprar y vender personas es un delito.

—No son personas, son animales. ¿No te comes un buen bistec sin preocuparte por la vaca?

—Padre…

—Son negocios y dan mucho dinero, no pienso dejarlo.

—¿Por qué? ¿Para qué quiere más? Tiene el oro.

—Después de pagar mis deudas apenas quedará nada. No voy a perder todo lo que he levantado por tus escrúpulos estúpidos.

—Por última vez, padre, se lo suplico.

—Ya me he cansado de oírte —dijo caminando hacia la puerta—.

Buenas noches.

Mason se dejó caer en la butaca y escondió la cabeza entre las manos dejando salir el aire de sus pulmones con un largo y quejumbroso suspiro. Permaneció allí mucho tiempo, con la mente dando vueltas y más vueltas hasta que todo estuvo en su sitio. Se levantó y salió del salón.

—Que preparen el carruaje, voy a salir.

Brodie miraba lo que le ofrecía con expresión impertérrita.

—¿No va a cogerlo?

Reconocía la encuadernación en piel, a pesar de que estuviese chamuscada.

—Lo importante está intacto —afirmó Mason—. Lo rescaté de las llamas antes de que ardiera. Mi padre lo echó a la chimenea sin saber que yo estaba en la habitación. ¿Quién enciende la chimenea en pleno verano? Sabía que se trataba de algo serio.

Brodie comprobó que decía la verdad y lo miró ceñudo.

—¿Por qué me lo entrega?

—Nunca quise saber en qué consistían sus negocios porque intuía que no podría soportarlo —dijo sincero—. He dedicado mi vida al estudio y la meditación. Se me da bien la filosofía y conozco a fondo la historia de los hombres, pero nunca me interesaron ni el dinero ni el poder ni la vida de mi padre. —Señaló el pliego que Brodie sostenía —. Ahora lo sé y ya no puedo desentenderme.

—Sabe que esto lo llevará a la cárcel.

—He intentado detenerlo sin éxito. Lo habría amenazado yo mismo, pero sospecho que se libraría de mí sin dudar, soy perfectamente prescindible para él.

—¿Quiere una copa? —preguntó consciente de que la necesitaba.

Mason asintió y Brodie se dispuso a servirlas. Le entregó su vaso y se sentó frente a él.

—Debe haber sido muy difícil tomar esta decisión.

—Más difícil fue leer lo que pone ahí. Habla de personas deshumanizadas, indiferentes al sufrimiento ajeno de un modo que no alcanzo a comprender. He vivido aislado toda mi vida, anhelando formar parte del mundo de los hombres. Deseando ser «normal». Pero ahora me doy cuenta de que ya es tarde para mí. No quiero tener que vivir en un mundo en el que secuestrar a personas contra su voluntad y mantenerlas bajo un férreo yugo para que hagan lo que nosotros queremos, es algo aceptable.

—No lo es, para eso se aprobó una ley que lo prohíbe.

—¿Ha leído lo que pone en esos documentos? Pagan a un montón de gente que mira para otro lado por muy poco dinero. La gente se vende muy barata, señor McEntrie. —Suspiró.

—¿Es consciente de que lo perderá todo cuando detengan a su padre? Confiscarán todos sus bienes por haber sido obtenidos de manera ilícita. ¿Tiene algo de su propiedad?

—Sí. Cuento con la casa de mis abuelos y una humilde renta que me proporciona el dinero que me legó mi madre. No es mucho, pero me permitirá vivir decentemente.

Brodie asintió mientras en su mente elucubraba cuales debían ser los pasos a seguir y qué sería más seguro para todos. Heather ya no estaba en peligro, Drummond había renunciado a sus derechos sobre ella y el padre había desaparecido convenientemente a manos de Black. Habían presentado una petición ante el juzgado solicitando la custodia legal de la niña y pronto estaría completamente bajo su protección.

—Ha hecho lo correcto, si le sirve de algo mi opinión. Pero, además, solo ha acelerado el proceso. ¿No se pensará que iba a dejar las cosas como estaban?

—En absoluto, no parece usted la clase de hombre que se deja vencer fácilmente.

—Su padre iba a caer más pronto que tarde. Tengo un testimonio inestimable contra él y pruebas de varios delitos. Si he esperado ha

sido para no enturbiar mi boda.

—Permítame darle la enhorabuena. —Levantó su copa a modo de brindis—. Le deseo toda la felicidad, señor McEntrie. Sé que salvó a Cecilia de una muerte segura y le estaré eternamente agradecido por ello. Además, la señorita Wainwright me cayó muy bien el día que vino a cenar a nuestra casa.

Brodie frunció el ceño.

—¿Qué quiere de Cecilia?

—¿Si digo que la quiero a ella le parecería mal?

—Apenas la conoce.

—Soy una persona muy perspicaz, señor McEntrie. Quizá porque soy muy observador. Por ejemplo, me di cuenta enseguida de que la señorita Wainwright no era como la describían. Y de que no se parecía en nada a su madre.

—Cecilia es muy joven e influenciable.

—Suerte que lo tiene a usted para protegerla.

Brodie lo miraba con fijeza.

—Pronto dejaré de ser una persona influyente. La casa de mis abuelos es sencilla, aunque no humilde, y dispongo de una renta de seiscientas libras anuales. Como ve, Cecilia no será rica si decide aceptarme.

—Esto debería hablarlo con ella.

—Y eso es lo que pensaba hacer cuando usted me diese su permiso.

—¿Yo?

—Es usted su protector y no se me ocurre a nadie mejor para pedirle su mano.

—Se precipita usted, caballero, debería hablar antes con ella.

—Pero, en caso de que acepte, ¿nos dará usted su bendición?

Brodie sonrió frotándose la nuca, no estaba preparado para aquello, igual que no estaba preparado para ser padre de una niña de seis años. Asintió. Cualquier cosa con tal de que dejase de mirarlo de

esa forma.

—¿Cree que podría ir ahora mismo a hablar con ella?

—Hágalo pronto y quitémonos este asunto de encima antes de que detengan a su padre.

—¿Un paseo? —Cecilia no podía creer que estuviese allí.

—Hace una noche magnífica.

—Pero si parece que va a llover.

—¿No le gusta la lluvia? —Sonrió alegre.

Cecilia miró a Lavinia interrogadora y ella se encogió de hombros.

—Si Brodie le ha dicho que podía venir, quizá debas escuchar lo que tiene que decirte.

La doncella lo pensó un poco más y finalmente cogió un chal y salió pasando a su lado sin detenerse.

—Señorita Wainwright. —Se inclinó tocándose el sombrero y fue tras ella.

—Esto es Ledford Street, no hay mucho que ver —dijo un poco arisca. Se ponía de malhumor cuando estaba nerviosa.

—No me importa dónde estemos, siempre que estés conmigo.

Ella se detuvo y lo miró de frente.

—Creía que había quedado todo claro entre nosotros.

—Cecilia, ¿te gusto? ¿Te resulta agradable estar conmigo? No voy a preguntarte si me quieres, es demasiado pronto, pero ¿puedes contestar a eso?

—No.

—¿No te gusto o no puedes contestar? —preguntó confuso.

—No puedo contestar.

—Menos mal, se me había parado el corazón. ¿Por qué no?

—Porque es indebido, ya se lo dije el otro día.

—¿Si fuera pobre podrías contestarme?

—Pero no lo es.

—Imaginemos que lo soy.

—No tengo tanta imaginación.

—Por favor. Juega conmigo.

Ella lo pensó un momento y se planteó la posibilidad de dejarlo solo y regresar a casa.

—Está bien —aceptó—. Si fuese pobre, quizá.

—¿Quizá te gustaría?

Ella asintió con expresión arrogante.

—¿Y te resulta agradable estar conmigo? Quiero decir, en el hipotético caso de que fuera pobre…

—Mmmm —asintió de nuevo.

Mason tenía una mirada divertida mientras trataba de contener una flagrante sonrisa.

—¿Cuánto es lo bastante pobre?

—¡Oh, vamos! —exclamó ella impotente—. No va a deshacerse de su dinero. Seguirá siendo un Drummond.

—Pronto eso no será tan bueno como cree. Aunque, en realidad, nunca lo haya sido.

—No estoy entendiendo nada. Y no me gusta este juego.

—Cecilia, se lo voy a explicar sin omitir el menor detalle y al final le haré la pregunta.

—¿Qué pregunta?

Él sonrió.

—La paciencia no es una de sus virtudes.

—Tengo pocas virtudes. Esa no es una desde luego. Tampoco sé estarme callada y suelo ser bastante irreverente y deslenguada.

—Lo tendré en cuenta.

—Iba a contarme algo.

—El señor McEntrie ha recuperado las pruebas contra mi padre.

Ella abrió los ojos asustada.

—Heather ya no corre ningún peligro y, como mi padre persiste

en seguir con sus turbios negocios, acabará en prisión. Las autoridades confiscarán todos sus bienes, ya que ha sido conseguidos gracias a sus acciones delictivas y yo me quedaré sin herencia por su parte.

Cecilia abrió la boca asombrada.

—Pero eso no es justo, usted no ha hecho nada. ¿Por qué sonríe? Yo estaría furiosa si fuese a perder todo ese dinero. Que no sé cuánto dinero es, porque no tengo ni idea de cuánto dinero tienen los ricos.

Mason tenía una enorme sonrisa.

—No me quedo en la miseria. Cuento con una casa que heredé de mis abuelos. Está en Bloomsbuy Square, cerca del Museo Británico.

—Oh, me gusta esa zona.

—Además contaré con seiscientas libras anuales, lo que me permitirá mantener a una familia sin lujos pero sin estrecheces.

Cecilia se mordió una uña con expresión reflexiva.

—Y ahora que tiene toda la información…

—Espere —lo cortó y empezó a caminar de un lado a otro agradeciendo que la calle estuviese desierta a esas horas.

Mason la observaba con evidente nerviosismo, quería hacerle la pregunta para poder respirar tranquilo. Estaba preparado para aceptar su decisión, fuese la que fuese.

—Bien, le he dicho que soy respondona, irreverente, parlanchina… No soporto que me hablen cuando me despierto. De verdad que soy un ogro recién levantada. No me gusta el olor de la miel, me produce náuseas. Tengo los pies siempre helados. Y cuando digo siempre es siempre. Me como primero lo que más me gusta, no quiero quedarme sin hambre y no disfrutarlo. Mi pelo es muy rebelde y siempre está encrespado. Tengo muchísimas cosquillas, pero muchas, muchas y si me hacen cosquillas me vuelvo loca.

Mason la miraba con tanta intensidad que tuvo que cerrar la boca.

—Yo soy muy silencioso, la gente se asusta cuando me ve porque no me oyen llegar. A veces necesito estar callado durante horas, en

esos momentos no contesto ni cuando me hablan. Puedo pasarme horas mirando el cielo y no puedo estar ni un minuto oyendo quejas. Me gusta el chocolate.

—¡A mí también me gusta muchísimo!

—No me gusta el café.

—A mí tampoco.

—A veces me siento triste hasta las lágrimas —dijo muy serio.

Ella sintió una mano estrujando su corazón.

—Me gusta mucho —dijo de nuevo sin pensar—. Me resulta muy agradable estar con usted.

—¿Puedo besarte?

Ella asintió y él dio un paso para acercarse. En cuanto la cogió en sus brazos y lo sintió en sus labios el mundo dejó de girar. La saboreó despacio, explorando con tacto y sin prisa. La invadió dispuesto, acariciando su lengua con maestría. A Cecilia nunca la habían besado, no así, como si quisieran bebérsela entera. Como si fuese completamente suya y pudiera disponer de ella a su antojo. Cuando se apartó de ella lo miró enajenada y lo vio hermoso y masculino, como una de esas estatuas que colocaban en hornacinas y que mostraban a hombres musculosos y tan seguros de sí mismos que podían estar comiendo con el culo al aire.

—¿Aceptas ser la esposa de un hombre que no podrá jamás salir a pasear contigo bajo sol?

Cecilia asintió.

—¿Aceptas entregarte a un hombre cuyo cuerpo está repleto de cicatrices?

Volvió a asentir.

—Me haces el hombre más feliz de la tierra y haré todo lo que esté en mi mano para que seas feliz.

Cecilia sonrió emocionada.

—¿Podrías… besarme otra vez? —pidió.

—oOo—

—A qué viene hacerme venir a estas horas. ¿No podías esperar a mañana? Drummond podría sospechar si…

Weis se dejó caer en el asiento y pasó una pierna por encima del brazo del sillón.

—Tu testimonio no va a ser necesario —dijo Joseph dándole el vaso de brandy que le había servido—. Ya tenemos lo que necesitamos.

El pirata lo miró ceñudo.

—Te he dado pruebas más que suficientes para encerrar a Black, no me jodas Blue…

—Voy a cumplir nuestro trato, no te calientes. De esta no se libra, pero deberías largarte esta noche mismo porque no sabemos cómo se van a desarrollar los acontecimientos.

—Me habría gustado ver su cara cuando lo detengan. El muy desgraciado pensaba librarse de mí.

—Mejor que estés lejos cuando eso pase —intervino Brodie con expresión cínica—. Nunca se sabe, yo si fuese tú no me arriesgaría.

—¿Y vosotros?

—¿Ahora te preocupas por mí? —se burló Joseph—. ¡Qué tierno!

El otro le hizo un gesto obsceno y apuró el contenido de su vaso.

—Una buena temporada en Isla Refugio y se olvidarán de mí —dijo poniéndose de pie—. Con el dinero que me vas a pagar, viviré como un rey.

—A primera hora zarpa uno de nuestros barcos —dijo Brodie—. Súbete a él y no vuelvas.

—Mira el escocés qué gallito, se parece a Dougal, pero sin ese pelo de zanahoria que tiene el cabrón. Dale recuerdos la próxima vez que le veas. Dile que vivo como un señor en Isla Refugio, seguro que esa noche no duerme. —Soltó una carcajada que ninguno de los otros secundó.

—Si me entero que haces algo indebido cuando estés allí, te juro

que iré yo mismo a cortarte el gaznate.

—Tranquilo, Blue, no te calientes ahora tú, que voy a estarme quietecito. ¿No cuidé de la dama como me pidió este? —Lo señaló con el pulgar—. La estuve vigilando hasta que se montó en su coche, sana y salva, con la criada esa. Está para mojar pan la tal Cecilia, le hacía yo un traje de saliva si me dejara. Podría venirse conmigo a…

Brodie se sacó la daga de la bota y fingió limpiarse las uñas como hacía Dougal y Weis se rio a carcajadas.

—¡Igualito que Dougal!

Capítulo 38

La carta llegó poco antes que ellos y en ella solo habían escrito las palabras: «Allí estaremos», por lo que Brodie no estaba seguro de quiénes llegarían. Faltaban dos días para la boda cuando dos grandes berlinas se detuvieron frente a la mansión del barón Wharton. Todo el mundo que estaba en ese momento en la calle aminoró el paso o se detuvo por completo para ver a los recién llegados. Cinco hombres, como cinco torres, montados en imponentes caballos se aseguraban de que nada entorpeciese el descenso de las ocupantes de los dos vehículos.

Caillen y Kenneth desmontaron y se situaron frente a la portezuela de los dos coches para ayudarlas a bajar, mientras Dougal se encargaba de los caballos.

—Nessa, baja de una vez y no te muevas de mi lado —decía Enid con Nuna en los brazos.

—Dame —pidió Elizabeth extendiendo las manos hacia su hija cuando hubo descendido. Kenneth bajó a Daniel y lo puso al lado de su madre.

—Gracias —dijo Elizabeth con una sonrisa—. Voy entrando.

Caillen cogió a Craig y lo dejó en el suelo para después ayudar a Augusta.

—Qué viaje más largo —musitó ella con cansancio y cogió a su hijo de la mano.

La puerta de la casa se abrió y Meredith salió corriendo hacia ellos.

—¡Madre mía! ¡Estáis todos aquí! ¡Qué alegría!

Elizabeth se había prometido no llorar, pero, como era de esperar, no pudo cumplir con ello.

Bonnie ayudó a su madre a bajar del coche y Rosslyn miró a la baronesa con timidez.

—Espero que me perdone por presentarme en su casa de esta manera.

Meredith no pudo disimular su sorpresa, pero enseguida sonrió y la saludó afable y cariñosa.

Dougal la vio salir de la casa corriendo y puso las riendas en manos de Ewan para correr hacia ella. Abrió los brazos y Harriet se colgó de su cuello riendo a carcajadas.

—¡Dougal, estás aquí! —exclamó mientras él le daba vueltas como a sus hijos.

—¿Cómo está la pirata más valiente de toda Inglaterra?

La dejó en el suelo sin borrar su enorme sonrisa.

—Pero, mírate, pareces una matriarca.

—Pues tú sigues pareciendo un escocés gruñón y temible.

—Gracias —dijo riendo satisfecho.

—¡Elizabeth! ¡Enid! —exclamó Harriet corriendo hacia ellas para abrazarlas—. ¡Qué ganas tenía de veros!

Enid no pudo contener las lágrimas.

—Estás preciosa, Harriet —dijo Elizabeth emocionada.

—Tú también. ¿Está cosita tan pequeña…?

—Es Nuna. Y ese de ahí es Daniel.

Harriet cogió al bebé en brazos.

—Podemos ponerla en la cunita de Charles, seguro que su primito se alegra de tener compañía.

—Entremos en casa —dijo Meredith señalando el camino—, los vecinos ya han tenido bastante distracción. Haremos las presentaciones como Dios manda.

Frederick sostenía a Daniel en un brazo y a Nuna en el otro y los miraba alternativamente con una sonrisa.

—Nuna se parece a su tío —dijo Meredith sin soltar a su cuñada de la mano, junto a la que estaba sentada en el sofá—. Tiene los

mismos ojos.

Dougal miró a su cuñado con expresión curiosa.

—Mi hija es mucho más guapa. Disculpe, barón, pero es la verdad.

Frederick se echó a reír a carcajadas y Daniel se contagió riéndose también.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dijo Alexander a Lachlan.

—Y yo a ti, he oído grandes historias sobre ti.

—No hagas caso de Enid, es demasiado fantasiosa.

—Desde luego, imagina que me dijo que estuviste más de quince años ciego. Y que viajaste por Asia cuando aún no veías —se rio a carcajadas—. Es de fantasiosa…

Alexander arqueó una ceja.

—Eso es cierto —dijo muy serio.

—No puede ser.

—Alexander —dijo su hermana moviendo la cabeza—, te está tomando el pelo.

Lachlan puso cara de inocente, pero no le funcionó.

—Pues Lachlan es el menos bromista —dijo Edward riéndose de su amigo.

Kenneth tenía en los brazos al pequeño de Alexander y Katherine, Benjamin, y Rowena lo miraba con semblante serio.

—¿Y esa cara? —preguntó Augusta en tono bajo.

—Míralo, le encantan los bebés. Antes de que me dé cuenta estoy embarazada otra vez.

Emma, que tenía a su hijo Frederick sentado en la falda se inclinó hacia ella y susurró.

—Hay un método infalible para que no quieran que te quedes todo el tiempo. Cuando estés encinta finge que no tienes nunca ganas, verás que pronto cambia de opinión.

Rowena la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Nunca?

Emma asintió.

—Abstinencia total.

Augusta se rio a carcajadas.

—¿Rowena, abstinencia? Eso tengo que verlo.

—Oye —le espetó su cuñada—, ¿qué van a pensar de mí Emma y sus hermanas?

—Tranquila, ninguna lo ha cumplido, así que no sabemos ni siquiera si funciona. Creo que yo fui la única que lo intentó y no lo conseguí —dijo Caroline—. Creo que duré cinco días sin rendirme.

—Scarlett y Samuel se llevan casi tres años —dijo Elinor—. Algo funcionó.

—Pero no fue por eso, te lo aseguro. Lo cierto —bajó el tono hasta que fue apenas audible—, es que cuando estoy preñada es cuando más ganas tengo.

—¿Dónde están los novios? —preguntó Elizabeth.

—Lavinia estará en el orfanato, no sale de allí durante el día. Y Brodie y Joseph tenían algo entre manos. ¿Sabes si tardarán mucho, Harriet? ¿Dónde está Harriet?

—Enid se las ha llevado a ella y a Elinor. Supongo que tendrán cosas que contarse.

—Yo te lo he contado todo en el montón de cartas que te he escrito —decía Elinor—, pero tú, anda que contestas. ¿Por qué te gusta tan poco escribir?

—No tengo tiempo, hay mucho que hacer en *Slioscreige*. Apenas monto a caballo, con lo que me gusta.

—¿Os dais cuenta de que estamos las cuatro casadas y tenemos hijos? —Harriet movía la cabeza incrédula—. Pero si hace dos días estabas enamorada del mozo de cuadra.

—No digas eso. —Se rio Enid—. Me muero de vergüenza cuando me acuerdo.

—Si Marianne hubiese venido habría sido perfecto —dijo Elinor.

—Vendrá en Navidad. —Harriet se recostó en el sofá y puso los pies en la mesa—. Poneos cómodas, ahora que estamos solas.

Enid la imitó, pero Elinor prefirió quitarse los zapatos y subir los pies al sofá.

—Mamá nos regañará si nos ve —dijo Elinor.

—No sabéis lo que echo de menos los regaños de mi madre —dijo Enid—. Se nota mucho que en *Slioscreige* no han tenido una mano femenina desde que eran pequeños. Adoro a Craig, pero me dice a todo que sí.

—¿Por qué no ha venido? Me habría gustado conocer al hombre que hizo a esos magníficos highlanders. —dijo Harriet.

—No podíamos dejarlo todo en manos del servicio. Alguien tenía que quedarse. Además, está entretenido ayudando a la señora McLaughlin con su granja de caballos.

—¿Pero eso no va en su contra? —preguntó Elinor ceñuda—. Es la competencia.

—Qué va. No hay quien compita con los McEntrie en eso. Bueno, ni en eso ni en nada —se rio Enid.

—Estás completamente abducida —dijo Harriet moviendo la cabeza.

—Tus padres están deseando verte. —Elinor estiró las piernas—. Sophia no estaba muy contenta de que te quedaras aquí.

—Es más cómodo para todos. Mañana iré a verlos y pasaré todo el día con ellos.

—Tienes que contarnos lo de los MacDonald con todo lujo de detalles —pidió Harriet.

—Sí, pero antes explícame cómo te organizas con dos niños.

—Es fácil, uso el *jō*.

—¿Qué? —Enid la miró asustada—. ¿Les pegas con el palo?

—¡No, mujer! —se rio Harriet—. Me han visto usarlo y les encanta, si se portan bien les dejo que lo cojan y si no…

—Fanny solo tiene tres años y ya lo maneja mejor que yo —dijo Elinor.

—Cualquiera lo manejaría mejor que tú.

—Eso es cierto.

—No me puedo creer que Bhattair acabara como acabó —le decía Meredith a Elizabeth aprovechando que Emma se había llevado a las mujeres a ver al pequeño Charles.

—Fue horrible. Rosslyn perdió la cabeza de tanto como la hizo sufrir. En el momento que vio que la vida de su hija iba a ser un infierno como había sido la suya, acabó con él.

—No ha querido ni tomarse un té antes de ir a ver a su hijo.

—No se han visto desde que él se vino a vivir a Londres. Tienen mucho de lo que hablar.

Meredith asintió y la cogió de la mano dándole cariñosas palmaditas.

—Te veo muy feliz.

—Lo soy, Meredith. Aunque sigo echándoos muchísimo de menos.

—Nuna es preciosa y Daniel, adorable. Se parece a ti. Frederick está muy feliz, espero que lo sepas.

Elizabeth asintió y miró a su hermanastro con una cariñosa sonrisa.

—Estoy un poco preocupada por Brodie —confesó—. ¿De verdad Lavinia ha cambiado tanto como decíais en vuestras cartas? Me cuesta…

—En realidad, creo que ahora es la auténtica Lavinia. La de antes era un pozo de rencor y sufrimiento que su madre había ido llenando durante años.

—Es verdad que un suceso tan terrible puede sacar todo lo que uno lleva dentro, pero aun así…

—Una muerte violenta no es cualquier cosa, te aseguro que esta

Lavinia no tiene nada que ver con la que tú conociste.

—Tampoco es que ella matara a nadie, pero es que Brodie es muy sensible y bueno y no quiero que le hagan daño.

—Están muy enamorados. Ella lo quiere mucho, Elizabeth. No tienes de qué preocuparte.

—Lo cierto es que el ser humano es muy complejo —dijo Elizabeth mirando a Dougal—. Yo me casé con un feroz pirata y, míralo ahora, es tierno como un corderillo.

—oOo—

Rosslyn observaba a su hijo con sorpresa. Estaba diferente aunque su aspecto fuese el mismo. Se notaba que Gabriel no había escatimado en nada y su nivel de vida era aún más alto de lo que lo fue como un MacDonald. Vestía elegante y parecía tranquilo, ya no tenía aquel velo de temor en la mirada.

—Te veo bien —dijo para romper el hielo.

Duncan asintió.

—Me voy acostumbrando a mi nueva vida —dijo con una sonrisa cínica—. El hecho de que mi nuevo padre tenga dinero, lo hace todo un poco más fácil.

—¿Cómo está Alice?

—Bien, supongo, apenas nos vemos. Cenamos juntos un par de días por semana, por eso me has pillado en casa hoy, si no, estaría en el club. Ahora trabajo de verdad, madre, no tengo mucho tiempo libre.

—Eres director de un banco.

Duncan asintió cruzando las piernas de manera informal.

—Gabriel es un hombre generoso.

—Siempre lo fue.

—Qué curioso que su sed de venganza lo convirtiera en un hombre inmensamente rico, ¿verdad? A cualquiera lo habría

destruido, pero él supo sacarle partido a su rabia.

—Hijo… Siento… No pude hacer nada.

—Alice y yo estamos pensando en comprar una casa —siguió como si no la hubiese oído—. No queremos vivir aquí siempre.

—Duncan…

—Estamos mirando en Mayfair, Gabriel dice que no nos privemos de nada —de nuevo aquella sonrisa cínica—. Lo único que no me permite es tener animales. De ninguna clase. Llevo meses sin montar a caballo.

—Duncan, por favor, mírame.

Su hijo la miró y lo que vio en sus ojos le erizó el vello de la nuca.

—Di lo que sea que piensas —pidió—. Lo soportaré.

Él apretó los dientes hasta que los huesos de su mandíbula se marcaron prominentes y su mirada se oscureció trayendo de vuelta al Duncan de siempre.

—¿Qué quieres que diga, madre? Te casaste con Bhattair embarazada de otro hombre. Ahora entiendo el odio que él nos tenía a los dos y por qué nos trató siempre como un saco de golpes.

—¿Qué podía hacer? Dime, ¿qué crees que debería haber hecho?

—No es cosa mía responder a eso. Tú sabes bien lo que no deberías haber hecho. Cualquier mujer decente lo sabe.

—Tienes razón, hice mal y pagué muy caro mi delito.

—Yo también lo pagué, no lo olvides.

—No lo olvido. Me ha martirizado toda la vida.

—Claro.

—¿Por qué crees que soporté esa vida? ¡Por ti!

—¿Por mí? ¿Qué habrías hecho si yo no hubiese estado?

—No me hagas decirlo.

—¿Lo habrías matado antes?

—Jamás me habría casado con él. No me hubiese importado lo que me hubiera hecho, no me habría casado con él de no estar tú en peligro.

—Habría sido mejor estar muerto —masculló.

—No digas eso, hijo —trató de cogerle la mano, pero él la apartó.

—Es la verdad. Me condenaste a vivir en el infierno.

—Traté de protegerte.

—¿Protegerme? Aceptaste una rebaja de condena, cambiaste muerte por tortura. —Había tanto odio en sus ojos como dolor en su corazón.

Mientras las llamas devoraban el castillo que había sido su hogar durante treinta años se prometió a sí misma no volver a ser una cobarde y solo Dios sabía lo difícil que le estaba resultando cumplir esa promesa.

—Me avergüenzo de muchas cosas en mi vida, tantas que no puedo con el peso que llevo en mi espalda. Y me arrepiento de muchas cosas también. Pero, te juro por Dios, que tú no eres una de ellas. Todo lo que hice lo hice por ti. Me habría abierto el pecho y arrancado el corazón si con eso hubiera podido salvarte. Eres el único de mis hijos que fue fruto del amor y no consentiré que digas que estarías mejor muerto. —Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos —. Amaba a Gabriel con toda mi alma y me entregué a él porque lo consideraba mi esposo. Bhattair nos lo quitó todo y me obligó a casarme con él. Me amenazó con matarte en cuanto nacieras. A ti y a toda mi familia. Yo era débil y no tenía a nadie a quien pedirle ayuda. Puedes acusarme de eso, de ser débil, pero nunca podrás recriminarme que pensara en mí, porque todos mis actos fueron para protegerte a ti y tus hermanos.

—Qué mal lo hiciste, madre, si era eso lo que pretendías —dijo cínico—. ¿Me protegías cuando él me golpeaba y tú te quedabas quieta? ¿Cuando me ridiculizaba y se burlaba de mí delante de todos, tú incluida?

—Sí —respondió con firmeza—. Sí, te estaba protegiendo. Si él hubiera sabido el dolor que podía causarme haciéndote daño, se habría ensañado de formas que ni te imaginas. Tuve que convertirme

en roca por vosotros. Tu padre solo podía calmar su dolor haciéndome sufrir. ¿Tu vida ha sido un infierno? No tienes ni idea de lo que es vivir en el infierno, hijo. Las vejaciones y humillaciones, los golpes que a mí me daba, las cosas que me obligaba a hacer y las que me hacía, no eran nada comparadas con el terror de que descubriera que los golpes que os daba a vosotros, que vuestras lágrimas y sufrimiento, me causaban un dolor muchísimo mayor. Si lo hubiese sabido… —Por más que trataba de limpiarse las lágrimas, no dejaban de caer—. No te pido que me perdones, es tarde para eso, pero quiero que entiendas que no hay nada de él en ti, nada. Fuiste engendrado con amor, con un profundo y sincero amor. Puedes desprenderte del rencor y el odio, él ya no está y nunca volverá a hacerte daño.

Duncan se tapaba la boca con una mano para calmar el temblor de sus labios, mientras la miraba sin expresión.

—La vida te ha dado una nueva oportunidad. Eres joven y aún puedes darle un sentido a tu vida. Sé un buen hombre, hijo, haz el bien y el Universo te lo devolverá, estoy segura.

—¿Como se lo devolvió a tu padre? ¿A los padres de Gabriel? Me lo ha contado todo. Todo, madre. Como Bhattair los mató para tenerte. El Universo no te devuelve una mierda —dijo con desprecio—. El Universo se ríe en tu cara. Los malos siempre ganan.

—No siempre —dijo ella con firmeza—. No siempre, hijo. Mira a Gabriel, él consiguió una enorme fortuna.

—Lo hizo para vengarse.

—Pero en el camino hizo muchas cosas buenas, ayudó a mucha gente… Escúchame, Duncan, tenemos que dar un sentido a nuestra vida. Los dos. ¿Te crees que a mí no me cuesta? Cuando me despierto cada mañana lo primero que hago es asegurarme de que él no está. A veces me despierto en plena noche aterrorizada porque creo que todo ha sido un sueño y los segundos que tardo en salir de ahí son espantosos. —Al fin pudo cogerlo de la mano—. Intentémoslo, hijo, por favor. Construye una familia.

—No soporto a Alice —dijo con rencor—. No aguanto que esté gorda, que beba.

—Sigues enamorado de…

—No la nombres —la cortó con ojos vidriosos.

Su madre asintió.

—Sé que la amabas, pero no era una buena mujer. En cuanto tu padre le ofreció una salida mejor, la aceptó sin dudarlo. Alice te ama, siempre te ha amado. Bebe y come sin parar para soportar la ansiedad que le provoca tu rechazo.

Duncan la miró sorprendido.

—Se casó conmigo obligada.

—¿Eso crees? —Negó con la cabeza—. Ella le pidió a su padre que organizara la boda. Te quiere desde que era una niña. Y no ha dejado de quererte ni un solo día, a pesar de tus desprecios y de tus rechazos. Es la única que ha sabido ver en ti lo que le escondes a todo el mundo.

—Desvarías.

—Haz la prueba y lo verás. Trátala con consideración. Háblale con respeto, verás cómo se transforma ante tus ojos. Perdió a tu hijo y ese dolor fue demasiado para ella, necesita curarse para poder volver a ser madre. Su cuerpo no responderá hasta que sane sus heridas. He sido una mala suegra, eso no puedo negarlo. Me desahogué con ellas, vertí mi frustración y angustia sobre ellas. Blanche casi pierde la razón y Alice…

Duncan tenía la mirada perdida, de repente un montón de imágenes pasaron ante él que, con una luz nueva, se veían totalmente distintas. Si su padre le había pegado, o lo había dejado en ridículo delante de otros hombres, bebía hasta caer muerto sobre la cama. Y cuando despertaba en sus brazos la apartaba con desprecio y asco. De pronto se vio a sí mismo llorando como un niño y a ella consolándolo con dulzura. Recordó cómo lo cuidó cuando estuvo gravemente enfermo o cómo se ilusionó cuando supo que estaba embarazada.

Cuando se cayó por las escaleras y perdió el bebé no tuvo la menor consideración con ella, la acusó de no tener cuidado, de matar a su hijo por ser una estúpida… No podía amarlo, había sido un monstruo con ella. La había tratado con tanto desprecio como su padre a él. No le había pegado palizas, eso no estaba en su naturaleza y ahora sabía por qué, pero la había maltratado sin la más mínima compasión.

Se cubrió el rostro con las manos y gruñó como un animal herido. No sabía llorar, su padre le había arrancado las lágrimas a golpes y lo había dejado seco. Quería deshacerse de aquella sensación espantosa que dolía como si lo quemasen con un hierro candente. Pero no sabía cómo. Su madre lo rodeó con sus brazos e hizo que apoyara la cabeza en su hombro. Lo sentía duro y tenso, pero siguió abrazándolo.

—Te quiero, hijo mío. Siempre te he querido.

Se levantó de golpe y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Gabriel abrió la puerta de la sala pocos minutos después.

—¿Puedo pasar?

—Estás en tu casa —dijo ella con cansancio.

Entró y cerró tras él. Caminó hacia el mueble de las bebidas y sirvió dos copas de oporto y le entregó una antes de sentarse frente a ella.

—¿Cómo ha ido?

—Tan mal como esperaba.

Gabriel asintió y después bebió un sorbo haciéndole un gesto con la mano para que lo imitará. Rosslyn miró entonces la copa que sostenía en su mano sin saber cómo había llegado hasta allí. Bebió también y el dulce líquido la reconfortó.

—Está tan roto como yo —dijo tras unos segundos de silencio.

—Es joven.

—No sé si con eso será suficiente.

—Alice no lo abandonará. Esa mujer tiene una resistencia

impresionante.

Rosslyn apartó la mirada para que viera sus lágrimas.

—Ojalá algún día pueda perdonarme —musitó.

—Deberías hablar con ella.

—Sí, forma parte de mi viacrucis.

—¿Cómo estás?

—Bien —sonrió con tristeza—. Tranquila.

—¿Ya no tienes esas pesadillas de las que me hablabas en tus cartas?

—Cada vez menos. Bonnie, Ewan y Adam me dan muchas alegrías.

Gabriel sonrió.

—Y pronto nacerá la criatura de Anabella —añadió—, aunque no nos vemos mucho. Desde que vive con sus suegros solo me ha visitado un par de veces. Parece muy decidida a ser una buena madre.

—Pronto verás a Chisholm. Es muy respetado aquí en Londres.

—Lo sé. Y Gilleasbuig me escribió hace un mes y me dijo que es posible que venga a visitarnos el año que viene. Le van muy bien las cosas en América.

Una vez repasados todos sus hijos ya no supo qué más decir y siguió bebiendo de su copa en silencio.

—Rosslyn…

—¿Sí, Gabriel?

—¿Cuánto tiempo me vas a hacer esperar antes de darme una respuesta? No soy ningún niño y no sé cuánto tiempo me queda. Me gustaría vivir estos últimos años contigo.

—Gabriel, sabes…

—Sí, ya me lo has dicho, no puedes ser feliz sabiendo que nuestro hijo no lo es. Pero hemos hecho todo lo posible por él. Le he dado todo que un padre puede dar a su hijo. Ya no es ningún niño. Le toca a él decidir y si escoge el camino de la infelicidad, no es justo que tú y yo lo acompañemos. Ya hemos sufrido suficiente.

Ella se mordió el tembloroso labio y se limpió las lágrimas que empezaban a resbalar por sus mejillas. Gabriel se levantó para cogerle la copa y dejó las dos sobre la mesilla antes de sentarse en el sofá junto a ella. Le cogió las mano y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Todavía me amas? Ya no soy aquel muchacho joven y fuerte del que te enamoraste, ahora soy viejo y estoy arrugado como una pasa. —Sonrió.

—Si hablamos de arrugas, me voy.

Gabriel llevó una de las manos de Rosslyn hasta su pecho.

—Mi corazón sigue siendo fuerte y sigue siendo tuyo.

Ella bajó la cabeza sollozando sintiendo en la mano sus latidos.

—Sé mi esposa, Rosslyn, te suplico que esta vez pienses solo mí. Sé que suena egoísta, pero ya he tenido demasiada soledad en mi vida. Demasiada renuncia. Demasiados deseos sin cumplir. Te amo, siempre te he amado. Eres mi razón de existir. Por favor, si tú aún sientes algo por mí, no me…

—Sí —dijo mirándolo a los ojos—. Sí. Sí. Sí.

Gabriel no podía respirar y estaba seguro de que su corazón había dejado de latir.

—¿Has dicho que… sí?

Rosslyn asintió.

—Creo que yo también he tenido demasiada soledad en mi vida. Necesito… ansío que me amen y que me cuiden y que…

La besó impaciente y ansioso, poniendo en aquel beso todos los años de anhelos y deseos sin cumplir. Ella respondió como si lo hubiese estado esperando y supiese exactamente cómo sería. Gabriel le acarició la mejilla sin apartar sus ojos de los suyos.

—Te he amado con cada fibra de mi ser todos los días de mi vida. He soñado, imaginado y llorado cada recuerdo que compartimos, una y otra y otra y otra vez.

—Voy a amarte cada minuto del día —dijo ella—, y no habrá mayor placer para mí que escuchar el sonido de tu voz o ver una

sonrisa en tu rostro. Eres el único capaz de hacerme feliz, has vivido alojado en lo más profundo de mi corazón todos estos años, así que te será muy fácil encontrar el camino a casa.

—¿Si te pidiese que te quedases conmigo esta noche lo harías? No pretendo nada más que dormir abrazado a ti. Quiero acariciar tu pelo mientras recuestas tu cabeza en mi pecho. Sentir que vuelves a estar entre mis brazos y que, por fin, puedo protegerte.

—Con una condición —dijo ella poniéndose de pie muy seria—. Prométeme que te afeitarás esa barba.

Él se levantó también.

—¿No te gusta? —Contuvo la risa mientras se la mesaba.

—Nada en absoluto. Pareces un mendigo.

—Y a mí que parecía que me hacía distinguido.

—Pues no es así. No me gustan la barbas, nunca me han gustado.

—Ah, ¿no?

—No. Y ¿sabes qué otra cosa no me gusta?

Gabriel la rodeó con sus brazos.

—Dime.

—Londres. Es una ciudad feísima y huele muy mal.

—Pues tendré que mudarme. Duncan y Alice querían buscar casa, quizá podría dejarles esta.

—¿Te vendrías a Auchencrow?

—Allí nací. ¿Te cuento un secreto? —dijo hablando bajito en su oído—. A mí tampoco me gusta Londres.

Ella se rio feliz y Gabriel tuvo que besarla.

—oOo—

La luna llena se reflejaba en las aguas del Támesis, esparciendo su luz plateada sobre los muelles de Londres. El aire se sentía fresco esa noche y la actividad en los muelles era intensa con el trasiego constante de hombres, mercancías y barcos. Las antorchas y las lámparas titilaban a lo largo de los muelles, proyectando sombras

danzantes sobre las pilas de cajas y barriles.

Los estibadores, con sus ropas desgastadas y manos encallecidas, trabajaban incansablemente. Sus voces roncas resonaban mientras coordinaban la descarga de los barcos que habían llegado con la marea alta. Uno de los navíos había atracado hacía apenas una hora, y ya se veían los marineros descargando barriles de ron y sacos de especias. La fragancia de la canela y el clavo llenaba el aire, mezclándose con el aroma salado del río.

Cerca de uno de los grandes almacenes, un hombre de mediana edad con una capa oscura y sombrero de ala ancha observaba con atención el desembarco de un cargamento especialmente valioso. Su mirada escrutadora no dejaba escapar detalle alguno, y de vez en cuando intercambiaba palabras con el capataz, un hombre robusto con un rostro curtido por el trabajo y la intemperie.

A unos pasos de allí, en una taberna cercana, la luz y el ruido también eran intensos. «La Vela encendida» era un refugio para marineros y estibadores, un lugar donde podían descansar y beber después de un arduo día de trabajo. La música de un violín se escuchaba desde dentro, acompañada por las voces de los hombres que cantaban viejas baladas marineras. El olor a cerveza y comida caliente le resultó a Black nauseabundo. Estaba tan nervioso que apenas podía sostener la jarra de cerveza que tenía delante. Una hora, aún tendría que esperar una hora para subir al barco que lo sacaría de allí.

La detención de Drummond era inminente y él caería de cabeza en cuanto eso sucediera. En los documentos que tenían sus enemigos se detallaban toda clase de hechos delictivos con su firma. Maldito Weis. Se pensó que por advertirlo se iba a librar.

—Nadie me traiciona y se va de rositas —masculló antes de dar un largo trago a su cerveza.

Le ofreció escapar con él a Isla Refugio. En el fondo era un maldito cobarde que solo se sentía fuerte cuando tenía a hombres que

luchaban por él, pero solo era una cucaracha y no había más que aplastarla.

Vació el contenido de su copa y salió de la taberna. Se subió el cuello de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos para dirigirse al barco. El hombre de la capa no lo miró siquiera.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó impertérrito.

Black le entregó un paquete y él lo revisó. Después le señaló el barco que había estado observando todo ese tiempo. Se tocó el sombrero y recorrió el trecho que había entre el misterioso caballero y el agua, cruzó el puente y subió a bordo.

—Soy David Black —dijo a un contramaestre que le interceptó el paso.

—Ah, sí. —Le señaló la puerta bajo el puente de mando—. El capitán lo espera.

Black se regocijó con ello, al parecer había pagado lo suficiente.

Entró en el camarote del capitán y alguien cerró la puerta tras él.

—Hombre, Black —dijo Brodie acercándose con una sonrisa—. Te estábamos esperando.

Black se giró para salir de allí, pero Joseph le cortó el paso.

Capítulo 39

Cuando Lavinia llegó, los niños se habían ido a dormir y los mayores estaban en el salón contiguo al comedor esperando ser llamados para la cena, que habían retrasado hasta las ocho porque Brodie y Joseph tenían asuntos que resolver. Se hizo un tenso silencio cuando la futura novia entró en la estancia y el corazón se le aceleró repentinamente al ver a aquellos hombres desconocidos que le resultaron tan familiares.

—Lavinia —se acercó Meredith dejando la copa que sostenía en una mesilla—. Ven, hija, que te presento. Esta es Lavinia Wainwright, la prometida de Brodie. Estos son los McEntrie.

Dougal se acercó el primero a saludarla y ella tuvo que levantar la cabeza más de lo que ya lo hacía para mirar a Brodie.

—Ese es Caillen, Kenneth, Lachlan y Ewan.

Todos la saludaron inclinándose convenientemente y ella les devolvió el gesto de cortesía sin emitir el menor sonido.

—Y estas —Meredith la cogió del brazo para que se girara—, son Augusta, la esposa de Caillen, Rowena, la esposa de Kenneth y Bonnie, la esposa de Ewan. A Elizabeth y Enid, ya las conoces.

Su mirada se quedó clavada en Elizabeth.

—Le agradecí mucho su carta de condolencias —dijo sincera.

—Lo sentí mucho, Lavinia.

Ella asintió. Quería decir muchas cosas, algo que sonase mínimamente a arrepentimiento, pero no encontró nada que pudiera equipararse a lo que sentía.

—Encantada de conocerlas —dijo saludando a las demás.

—Enhorabuena —dijo Augusta—, se lleva usted una joya.

—Queremos mucho a Brodie —dijo Bonnie.

—Lo sé, me ha hablado mucho de todos.

—Teníais que llegar cuando no estuviese —dijo Brodie entrando en el salón como una tromba, seguido de Joseph.

Sus hermanos fueron directos hacia él y lo abrazaron con tanto ímpetu que Lavinia se asustó. Dougal le rodeaba el cuello con un brazo mientras con la otra mano le revolvía el pelo. Ewan aprovechó que no podía defenderse y se subió a su espalda como si fuese un caballo y los demás los zarandeaban entre risas.

—¡Parad! —se rio Brodie al tiempo que se libraba de ellos.

—¿Cómo se te ocurre casarte en Londres? —Kenneth le dio un manotazo en la espalda—. ¿Sabes la que hemos tenido que liar?

—Habéis venido todos.

—Menos padre, alguien tenía que quedarse a cuidar de los caballos —dijo Lachlan.

—Hemos traído a los niños —dijo Caillen—. Y a nuestras mujeres.

Brodie se giró y aceptó sus cariños y abrazos con resignación mientras miraba a Lavinia sonriendo. Cuando lo soltaron la cogió de la cintura y los miró a todos.

—¿Ya os han presentado?

—Justo antes de que entraras —dijo Rowena—. No nos has dado tiempo a preguntarle nada.

—Te he salvado —le dijo a ella como si nadie más pudiera escucharlo—. Ya me lo agradecerás más tarde.

—Uuuuuuy —se burlaron sus hermanos y Lavinia se puso roja.

—No empecéis —advirtió Augusta mirándolo con las manos en la cintura—. Ahora es una de las nuestras.

Joseph y Dougal se abrazaron con fuertes manotazos en la espalda y luego el escocés lo sacudió agarrándolo por los hombros.

—Sin barba pareces un hombre respetable —se rio *Bluejacket.*

—¿Eso que se ve ahí es una barriga? —dijo Dougal señalando.

—¿Barriga? —Joseph se golpeó los duros abdominales—. ¿Te crees que tengo tiempo de echar barriga?

—Venga, va, que sé que es Brodie el que hace todo el trabajo.

—No me quejo de él, pero no creo que trabaje más que yo.

Los dos lo miraron para ver si recogía el guante. El otro balanceó

la mano.

—No sé qué voy a hacer sin él. —Joseph suspiró—. No quiero a más escoceses en mi empresa. Siempre acaban marchándose.

—La cena está servida —dijo George, el mayordomo, interrumpiendo la amena recepción.

—No hagas caso de nada de lo que dicen —aconsejó Augusta ignorando el último comentario de Kenneth—. Es lo que hacen, se fastidian unos a otros y hoy le toca a Brodie porque estás tú delante. No te preocupes, cuando se acostumbren a ti, pararán.

—Son como niños —dijo Enid—, pero enormes. Al final se cansan.

—Oye, ¿qué es eso de que va a hacernos la competencia Olivia McLaughlin? —preguntó Brodie.

—Ella tenía la idea de criar vacas, pero padre la hizo cambiar de opinión —explicó Kenneth.

—Hace tiempo que quiere centrarse solo en los purasangre —dijo Dougal—. Ha visto la oportunidad de delegar en ella y la ha aprovechado.

—Tengo entendido que las conocen —dijo Augusta mirando a la baronesa.

—Así es —respondió Meredith—, sobre todo a Olivia, a Hannah no tanto. Viajaba mucho.

—Es escultora —dijo Augusta con evidente admiración.

—A Augusta la pierde todo lo que sea arte.

—Podríamos ir juntas a la *Royal Academy*.

—¡Oh, me encantaría!

—Olivia es una mujer encantadora y admirable. A pesar de su desgracia siempre estaba llena de vitalidad.

—Su padre no quería que se casara con el que fue su esposo —explicó Frederick.

—No era por maldad —aclaró Meredith—. Querían a su hija y creían que sufriría mucho cuando él muriese.

—Como así fue.

—Los padres no deberían ponerse en contra de sus hijos. Pueden aconsejarlos, pero nunca ponerse contra ellos.

—No todos los padres saben serlo —dijo Frederick

—¿Cómo va tu embarazo, Elinor? —preguntó Elizabeth consciente de que entraban en terreno peligroso pues sabía que hablaban del anterior barón de Harmouth.

—De momento, bien. Tengo mucha energía, así que creo que va a ser niña. Con Aidan estaba muy cansada. ¿Vosotras creéis en estas cosas? Mamá dice que una madre sabe el sexo del bebé antes de que nazca.

—Siempre lo supe —afirmó la baronesa.

—No tuviste que dudar mucho —dijo Frederick cogiéndole la mano con una sonrisa.

—¿Le disgustó tener solo hijas? —preguntó Kenneth mirando al barón.

—Hasta Caroline, un poco, no por ellas, por mis expectativas. Pero una vez asumí que no tendría un hijo varón pude relajarme y disfrutar.

—No finjas —lo acusó su mujer—. Me habrías repudiado si no fuera porque eres demasiado leal como para hacerlo.

Frederick sonrió divertido.

—Pocas mujeres pueden estar tan seguras como tú de que eso no se me pasó por la cabeza ni una sola vez en todos los años que llevamos juntos.

James levantó ligeramente el tenedor para llamar la atención de los presentes.

—Mi padre siempre dice que se enamoró de la baronesa en cuanto la conoció.

—Tu padre miente más que habla —dijo Meredith sonriendo

burlona—. Cuando Frederick me conoció pensó de mí que era una escocesa resabida y orgullosa digna de ser lapidada en la plaza mayor por ladrona.

—¡Meredith! —se rio el barón—. ¿Cómo dices esas cosas? No estamos solos.

—¿Me llamaste o no me llamaste «pelirroja del demonio»?

—Pero eso fue porque te enfrentaste a mí y me dijiste que era un aprovechado y un mal amigo.

—Malinterpreté la situación, es cierto, pero todo indicaba…

—Todo indicaba, todo indicaba… Entonces eras muy resabida y no aceptabas haberte equivocado conmigo.

Ella desvió la mirada sin dar su brazo a torcer mientras los demás observaban la escena expectantes.

—Reconoce que parecía que estabas rebuscando en aquel cajón —exigió el barón.

—Lo parecía porque tú entraste convencido de que era lo que ibas a encontrar.

—Meredith…

—Sabes que tengo razón.

—Siempre tienes razón.

—Eso también es verdad. Confiesa ahora mismo, fuiste a casa de los Warren para delatarme —exigió su mujer.

—Quizá tenía algo así en mente, pero no lo hice.

—¿Que no lo hiciste? ¡Era mentira!

—En ese momento no lo sabía y aun así, no te desenmascaré.

—Pero… —Se rio a carcajadas—. ¿Desenmascararme? ¡Repito que era mentira!

—Me trataste como si fuese poco menos que un lacayo y te reíste de mí en mi cara.

—Lo que te merecías.

—Eres imposible, Meredith, sigues contando las cosas como te parece y nada más lejos de la verdad.

—¿Me llamas mentirosa?

—Las cosas pasaron como pasaron, no como tú quieres que pasaran.

—Qué pena no poder volver atrás y restregártelo por la cara.

—Yo podría desear lo mismo. De hecho, muchas veces lo…

De repente se dieron cuenta de que había un montón de ojos mirándolos.

—¡Qué vergüenza! —exclamó la baronesa tapándose la boca—. Hemos estado hablando como dos tontos delante de todos.

—Tampoco es que hayamos dicho nada importante —dijo el barón.

—Aparte de llamaros mentirosos el uno al otro, no —dijo Elinor —. Bueno, sí, que mamá era una ladrona y tú un mal amigo y que pensabas en «pelirroja del demonio» era un buen apelativo para la que sería la madre de tus queridísimas, y para nada sorprendidas por la escena que acaban de presenciar, hijas.

Frederick contuvo la risa, pero Meredith no fue capaz.

—Y ahora se ríen —dijo Harriet que no salía de su asombro.

—¿Pero qué les pasa? —preguntó Caroline.

—Elinor se va a quedar con los niños del orfanato —dijo Meredith como gesto efectivo para desviar la atención.

—¿Con todos? —Se sorprendió Kenneth—. ¿Cuántos son.

—Eran veintiuno —dijo Lavinia—, pero ahora serán quince.

—Pero volvamos a lo de ladrona —dijo Elinor que no quería distracciones—. ¿Qué fue lo que robaste, mamá?

—Brodie y Lavinia van a quedarse con una de las niñas —dijo el barón probando suerte.

—¡¿Qué?! —Ewan fue el que verbalizó la pregunta.

—Mañana os la presento —dijo Brodie.

—¿Vais a quedaros una huérfana? —preguntó Caillen—. Sabéis que no es una cuestión de cogerla y ya, hay un procedimiento a…

—Ya hemos hecho los trámites, tranquilo. Esperamos recibir la

confirmación antes de la boda.

—¿Antes de la boda? Eso es pasado mañana. —Dougal soltó el tenedor—. ¿Vas a ser padre dentro de dos días?

—¿Cuántos años tiene la niña? —preguntó Rowena.

—Seis.

La preocupación en el rostro de todos lo hizo sonreír.

—Esperad a conocerla. Se llama Heather.

Dougal se puso de pie.

—Barón, baronesa, discúlpennos, pero esto no puede esperar.

Brodie puso los ojos en blanco e iba a protestar, pero en cuanto sus hermanos se levantaron comprendió que solo conseguiría hacer más el ridículo y se resignó.

Cuando hubieron salido del comedor Edward dijo con expresión de triunfo.

—Le van a hacer una intervención. Nosotros le hicimos una hace un tiempo, aunque no salió muy bien.

—Eso no fue una intervención —dijo Henry—. Él mismo lo dijo.

—Más bien fue hacer el ridículo —apuntó Joseph.

—Cómo me gustaría estar presente —musitó Edward y su esposa fue la única que lo miró con cariño.

—oOo—

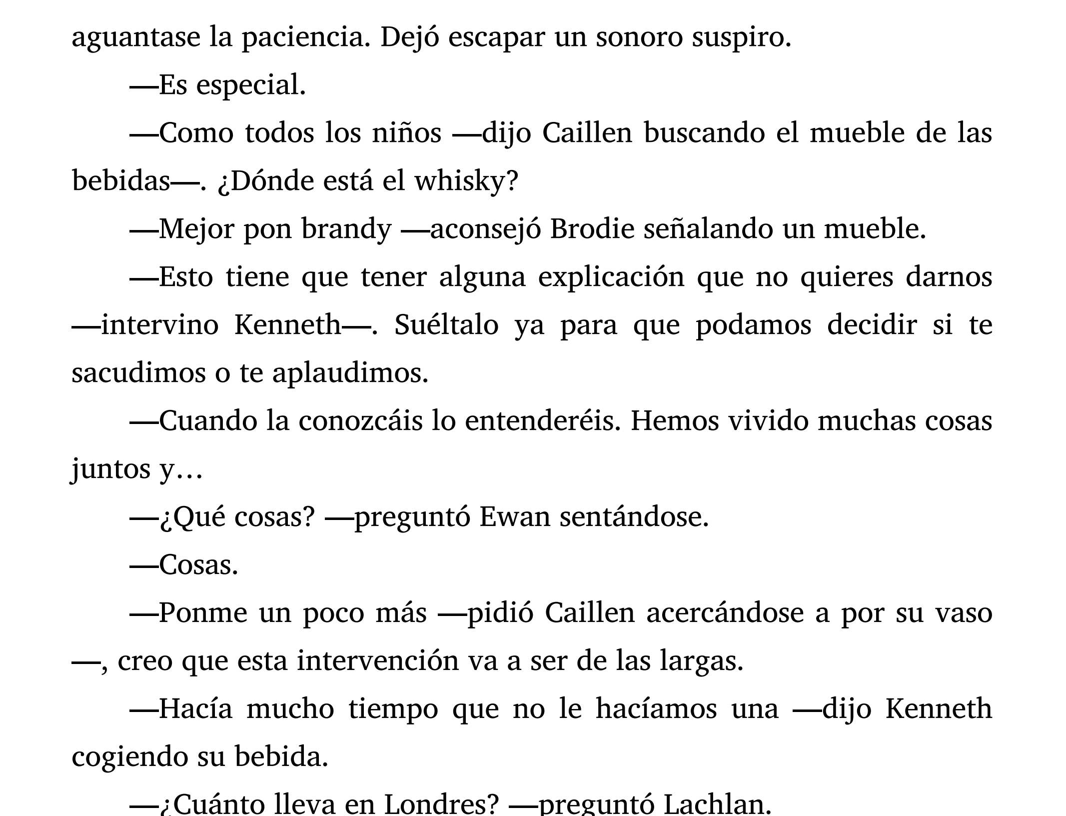
Ewan cerró la puerta y se quedó delante con los brazos cruzados.

—Sois imbéciles —dijo Brodie sin dar crédito—. ¿Ahora? Acabáis de llegar.

—Hemos esperado a terminar la cena por cortesía hacia los barones —advirtió Dougal—. En *Slioscreige* no habrías llegado al segundo plato.

—¿Vas a adoptar a una niña de seis años? ¿Es que Lavinia tiene algún problema que no sabemos?

Brodie se puso las manos en la cintura clamando porque le



aguantase la paciencia. Dejó escapar un sonoro suspiro.

—Es especial.

—Como todos los niños —dijo Caillen buscando el mueble de las bebidas—. ¿Dónde está el whisky?

—Mejor pon brandy —aconsejó Brodie señalando un mueble.

—Esto tiene que tener alguna explicación que no quieres darnos —intervino Kenneth—. Suéltalo ya para que podamos decidir si te sacudimos o te aplaudimos.

—Cuando la conozcáis lo entenderéis. Hemos vivido muchas cosas juntos y…

—¿Qué cosas? —preguntó Ewan sentándose.

—Cosas.

—Ponme un poco más —pidió Caillen acercándose a por su vaso —, creo que esta intervención va a ser de las largas.

—Hacía mucho tiempo que no le hacíamos una —dijo Kenneth cogiendo su bebida.

—¿Cuánto lleva en Londres? —preguntó Lachlan.

—Demasiado —sentenció Dougal—. Sabes que Lavinia fastidió a las Wharton, ¿verdad?

—No empecéis con eso, ya tuve bastante con Edward y los demás. —Cogió su vaso, se sentó en una butaca y apoyó el pie en una mesa—. Intentaron hacerme una intervención.

—¿Qué? —Lachlan lo miró perplejo.

—Si no me hubieran cabreado tanto, hasta me habría parecido divertido.

—Fue cosa de Edward, ¿verdad? —Kenneth se sentó en la alfombra delante del sofá en el que Caillen se había medio echado—. Se moría por tener hermanos.

—¿Dónde habéis estado Joseph y tú? —preguntó Dougal con cara de pocos amigos.

—Teníamos una cosa que solucionar.

—¿Qué cosa?

—Una cosa.

—Brodie…

—No preguntes, es mejor que sepáis lo menos posible.

Los hermanos se miraron entonces como si hubiese dicho una palabra prohibida.

—¿Qué es lo que no tenemos que saber? —preguntó Kenneth.

—Tú lo sabes, ¿no? —dijo Ewan como si eso ya fuese lo bastante elocuente.

Brodie bufó derrotado y les contó el paseo que habían hecho hasta los muelles.

—¿Lo habéis lanzado por la borda? —preguntó Dougal.

—No. Solo lo hemos encerrado hasta que detengan a Drummond —dijo Brodie.

Su hermano mayor negó con la cabeza.

—No hay duda de que Joseph está perdiendo facultades.

—Él quería tirarlo. —Brodie lo miró con expresión cínica.

—¡Bien! —Dougal hizo un gesto con el puño de lo más expresivo.

—Deberíamos volver al tema —dijo Ewan—. De esto podemos hablar luego con Joseph presente, no creo que le guste que lo excluyamos.

—Tienes razón —afirmó Lachlan—. ¿Qué pasará con esa niña cuando tengáis vuestros propios hijos? ¿Lo habéis pensado?

—No pasará nada. Heather es mayor, sabe que no es hija nuestra.

—¿Y quién heredará primero? —preguntó Kenneth.

—Por eso no hay problema —intervino Caillen—. Heather no es su hija, solo heredará lo que se estipule para ella concretamente en un testamento. Si no hubiese testamento, no heredaría nada.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó incrédulo—. ¿A qué viene pensar ahora en eso? ¿Creéis que esa niña quiere algo aparte de afecto? Me estáis empezando a cabrear.

—Uy, qué miedo da el mocoso este —dijo Dougal. Se acercó a él y le empujó el hombro con un dedo—. ¿Te han ablandado estos

ingleses? ¿Ahora te vas a poner gracioso?

—Para.

—Que pare dice —se rio—. Contesta a las preguntas y convéncenos—. ¿A qué viene el *quejiqueo*?

—Está bien —aceptó—. Está claro que he perdido la costumbre.

Empezó a contarles toda la historia. Les habló de Heather y de su infancia. De sus padres, de su llegada al orfanato y mientras lo hacía iba desvelando en parte la personalidad de la niña, aunque Brodie sabía que no lo entenderían hasta que la conocieran.

Capítulo 40

El día que se celebraba el enlace entre señor McEntrie y la señorita Wainwright, llovió. Fue una lluvia suave que no enturbió la ceremonia y ya se sabe: «Novia mojada, novia afortunada». Después de la boda hubo una celebración en casa de los Burford y también en el orfanato. La señorita Perkins, la señora Dunlop, Cecilia, la señora Crone y las dos niñeras montaron una fiesta para los niños. Heather pidió a los novios que la dejaran quedarse allí. Con su consabida sabiduría les hizo ver que iba a pasar el resto de su vida con ellos y que era la última vez que podría celebrar algo con sus otros «hermanos». Los novios, por supuesto, aceptaron.

Mientras ellos se casaban, lord Drummond estaba en su estudio, absorto en sus pensamientos y revisando sus estados financieros. Tenía un vaso de brandy sobre la mesa y hacía una tarde que no invitaba a salir. Cuando el mayordomo entró en el despacho no tuvo tiempo de anunciar a los visitantes, que lo apartaron con firmeza. Drummond levantó la vista, sorprendido y reconoció al magistrado Stuart, con el que había charlado en incontables ocasiones en el club del que los dos eran miembros.

—Lord Drummond, tenemos pruebas contundentes en su contra de enriquecimiento ilícito a través del comercio de esclavos y otros negocios delictivos. Queda usted arrestado —dijo, entregándole la orden.

Drummond le arrancó el papel de la mano y lo leyó rápidamente con expresión incrédula.

—¿Qué pruebas? ¡Es una acusación falsa! ¿Quién la hace? Tengo muchos enemigos que dirían cualquier cosa para dañarme. Esto es indignante, no merezco semejante…

—Debe acompañarnos, *milord* —dijo uno de los *Bow Street Runners,* que estaban allí para ejecutar la orden.

Drummond temblaba de rabia, pero Stuart negó con la cabeza.

—No vale la pena que se resista, amigo mío. Las pruebas contra usted son irrefutables. No lo empeore. Estos caballeros y yo, solo hacemos nuestro trabajo.

—Espero que comprendan que habrá represalias —dijo, intentando intimidarlos—. Soy un hombre poderoso, no pueden avasallarme de este modo y esperar que no me defienda. Arruinaré sus vidas y la de todo aquel que esté involucrado en este asunto. Dígame quién ha hecho la denuncia y me encargaré de…

—He sido yo. —Mason entró en el despacho con paso firme y decidido.

—¿Qué? —Miró al magistrado—. ¿Ha sido él?

El hombre asintió con semblante serio y Drummond se echó a reír a carcajadas.

—¿Y hacen caso de este imbécil? —Siguió riéndose—. Por un momento pensé que estaba en un aprieto.

—Los recogí de la chimenea.

La risa de Drummond se cortó en seco.

—¿Qué?

—Los documentos que tratabas de quemar, los tiene el juez.

—¿Qué juez?

Dio un paso hacia él, pero uno de los *Bow Street Runners* se interpuso en su camino.

—Es inútil que te resistas, padre. Te dije que pararas, pero no quisiste escucharme.

Drummond lo miraba incrédulo, no era posible que su propio hijo lo traicionara de aquel modo.

—¿Te crees que vas a heredarlo todo? —dijo perplejo—. Si me condenasen sería tu ruina.

—Lo sé.

—Toda mi fortuna…

—No quiero ni un penique de tu dinero, padre, nunca lo quise.

—Eres mi hijo. He cuidado de ti toda tu vida…

—Me encerraste en un sótano. Me ignoraste y me despreciaste. —Se inclinó con una respetuosa reverencia—. Te agradezco que no me mataras. Intentaré vivir una vida de amor y perdón. Era lo que quería para ti.

—¡Maldito! —gritó furioso intentando golpearlo—. ¡Maldito desgraciado! Debería haberte matado con mis propias manos. ¡Judas! ¡Has traicionado a tu padre por unos míseros esclavos de mierda!

El magistrado les hizo una seña a los *Bow Street Runners* que lo sujetaban y lo sacaron de allí mientras él gritaba sus maldiciones. Enmudeció al ver que había varias personas congregadas en la acera.

—¿Qué significa esto? —le espetó al magistrado.

—Ya estaban aquí cuando hemos llegado.

La rabia se convirtió en impotencia cuando escuchó que alguien preguntaba a voz en grito:

—¿Así es como ganan los ricos su dinero? ¿Vendiendo a personas como si fueran animales?

—Por supuesto —respondió otro de los allí presentes—. Nadie se hace rico siendo honrado y decente.

Drummond levantó la barbilla, intentando mostrar dignidad, pero no respiró hasta que estuvo dentro del carruaje de los *Bow Street Runners* y cerraron las puertas.

—Llévenlo a la prisión de Newgate —ordenó el magistrado

El coche se puso en marcha, alejándose de la que había sido su casa los últimos treinta años.

—Ese malnacido me ha traicionado —musitó para sí ignorando a los tres hombres que lo acompañaban—. Lo mataré. Black se encargará de él. No permitiré que se salga con la suya. Convertiré su vida en un infierno. Lo dejaré a pleno sol para que se ase vivo y luego le arrancaré los jirones de piel con mis propias manos.

Siguió con su retahíla de venganza, hasta que el carruaje se detuvo frente a la imponente estructura de la prisión de Newgate. Sus

captores lo escoltaron al interior y allí lo recibió el gobernador con cara circunspecta.

—Lord Drummond, siento verlo en estas circunstancias.

—Esto es un salvaje atropello y todos los que participen recibirán su merecido cuando las cosas se…

—Yo me limito a acatar órdenes e intentaré que su estancia aquí sea lo mejor posible, dadas las circunstancias, pero solo podré hacerlo si usted coopera.

Drummond fue conducido por pasillos oscuros y húmedos hasta una celda fría. Cuando las puertas se cerraron con un fuerte golpe metálico, él se quedó de pie, observando su entorno con una confusa desesperación. La ira había ido dando paso al miedo. ¿Cómo era posible que él se viese en esa situación? Tenía que salir de allí como fuese. ¿Dónde narices estaba Black?

—¿Drummond?

Escuchó una voz familiar que venía de la pared contigua.

—¿Es Michael Drummond?

—¿Quién me llama? —preguntó enfadado.

Una risa histérica lo hizo dar un paso atrás.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó el hombre que estaba en la celda contigua—. El destino ha vuelto a unirnos para nuestro final. Victoria debe estar riéndose de nosotros.

—Maldito desgraciado —dijo horrorizado al darse cuenta de que era Thomas Wainwright—. Vas a morir. Haré que te maten. Todos vais a morir. ¡Os mataré! ¡Os mataré a todos!

El otro seguía riéndose a carcajadas sin hacer caso de los gritos que le mandaban callar.

—oOo—

Lo que comenzó como una ligera lluvia, a media tarde se convirtió en un aguacero. El cielo estaba completamente tapado y las

nubes cargadas de agua oscurecían el día cuando Mason saltó de su caballo frente al orfanato.

—Hay un hombre ahí fuera —dijo Christopher desde la ventana —. Se está mojando.

Cecilia y la señorita Perkins se acercaron a mirar y la doncella lanzó un grito de sorpresa al reconocerlo. Sin pensarlo, abrió el ventanal y salió fuera.

—¡Muchacha, te vas a empapar! —exclamó la señorita Perkins.

Pero Cecilia ya había echado a correr hacia él.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco?

—Ya está hecho. —Tenía las mejillas sonrosadas—. Se lo acaban de llevar a la prisión de Newgate.

Ella lo miró con atención.

—¿Estás llorando?

Mason asintió muy serio.

—Tenía que verte. Necesitaba… verte.

Ella asintió. Estaba completamente empapada, pero no le importó. Lo abrazó y apoyó la mejilla en su pecho.

—Señorita Perkins, se están abrazando —dijo Ruby sin tartamudear.

—Pues tendrán que casarse —apuntó Heather asintiendo convencida—. Los mayores que se abrazan, tienen que casarse.

—Yo me casaré con Aidan —dijo Matilda y lo sentenció con un golpe de cabeza.

—¿Cómo vas a casarte con tu hermano? —dijo Ralph—. Eso no se puede hacer.

—No es mi hermano —dijo la pequeña.

—Pero vas a vivir en su casa, eso es como si lo fuera.

—Nosotros vivimos en la misma casa y no somos hermanos —dijo la niña siguiéndolo cuando Ralph decidió que el tema había dejado de interesarle.

—Venga, niños, apartaos de las ventanas —dijo la gobernanta

haciendo gestos a las niñeras para que la ayudaran—. Todavía queda tarta y luego os acordaréis de ella. Vamos, vamos… —Miró un momento hacia afuera y movió la cabeza conteniendo una sonrisa—. Dos resfriados, eso van a conseguir.

Heather se quedó rezagada y sonrió cuando vio que se besaban.

—Otra boda —musitó mientras corría a por su tercer trozo de tarta.

Mason, con la cara ligeramente enrojecida, la apretaba con tanta fuerza que Cecilia apenas podía respirar.

—¿El sol puede hacerte daño aun así?

Él asintió sin apartarse.

—Debes irte inmediatamente.

—Tranquila, es más lento. Aunque…

—¿Aunque qué?

Él le acarició el pelo empapado y sonrió con tristeza.

—Muchas de mis cicatrices son por salir cuando hay tormenta. A veces… espero demasiado.

—¡Como ahora! —lo empujó con fuerza—. Vete.

—Solo si me besas.

Ella se puso de puntillas y cogiéndole la cara con las manos, lo besó. Iba a apartarse enseguida, pero él se había asegurado de tenerla bien sujeta y no se lo permitió. Se deleitó hasta que la sintió revolverse inquieta entre sus brazos.

—Por favor —suplicó Cecilia—, por favor, Mason.

Él le dio un ligero beso en la punta de la nariz antes de correr a su caballo.

—Tranquila —le gritó guiando al animal—. Estaré bien.

Cecilia lo vio alejarse al galope y se llevó la mano al pecho con el corazón desbocado.

—oOo—

—Enhorabuena —dijo Alexander ofreciéndole una copa de champán.

Brodie cogió la copa y la levantó a modo de brindis. Alexander se giró un momento para ver a Lavinia que charlaba con las mujeres de la familia y se reía animada.

—Estaba equivocado. Siento haber sido tan imbécil. A veces se me olvida que tener la capacidad de ver con los ojos puede anular la otra. —Se tocó el pecho para señalar el corazón.

Brodie sonrió divertido.

—No digas cosas como esta delante de mis hermanos o se estarán riendo de ti hasta el fin de los tiempos.

—Estoy acostumbrado a Edward.

Los McEntrie estaban jugando con Edward y Harriet a meter una bola de papel en un jarrón y, a juzgar por las risas, se lo estaban pasando muy bien.

—Harriet y Bonnie les están dando una paliza —afirmó Alexander.

—¿Por eso has venido? ¿Para no tener que reconocer que te han vencido?

—Si no quisiera reconocer eso tendría que irme de esta familia. Harriet siempre acaba ganándome a todo. El alumno siempre supera al maestro.

—Harriet es impresionante en todo lo que se propone, no sabe hacer nada a medias.

Brodie la conocía bien y la admiraba aún más.

—¿De qué habláis? —preguntó Joseph llegando hasta ellos.

—De tu mujer —dijo Brodie antes de beber.

Joseph observó al grupo que jugaba. En ese momento lanzaba Lachlan y acertó.

—Entre Bonnie y ella les están dando una paliza —dijo Joseph moviendo la cabeza con expresión compasiva.

—Ni sumando los puntos de todos las igualan —dijo Alexander.

—Te has ido para no tener que aceptar tu derrota —dijo Joseph y Brodie casi se atraganta.

—¿Por quién me tomáis? Acepto muy bien cuando pierdo.

—Sí, claro —afirmó el pirata con expresión burlona—. Lo aceptas estupendamente.

—Todavía le duele la última partida de *Pall Mall*. —Brodie miró a Lavinia con una sensación enormemente placentera en el pecho.

—¿Que me duele? No sé de qué hablas. Aunque, para ser justos, el tiro de Edward habría sido considerado trampa por cualquier juez imparcial. Cosa que no hubo en esa partida, por cierto.

Los gritos de Bonnie y Harriet los hicieron girarse para ver cómo se abrazaban y saltaban entusiasmadas con su victoria.

—Son como niños —dijo Caroline viendo a su hermana celebrar el triunfo.

—Muchas gracias por volver para la boda. —Lavinia llevaba días queriendo decírselo.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. —Caroline se la llevó a un lado.

—¿Ya lo tenéis todo listo para el viaje?

—No, qué va, aún hay mucho que preparar.

—Me alegro, no quiero que Elizabeth se vaya tan pronto. Tú tómate tu tiempo.

Lavinia sonrió feliz por aquella complicidad que mostraba.

—¿Vosotros ya estáis instalados en la nueva casa?

—Cuando volvimos, mi suegra lo había hecho todo. Prácticamente no tuvimos que mover un mueble. Empiezo a pensar que ella tenía más ganas de que nos fuésemos, que nosotros. Bueno, que yo no, pero ya me entiendes.

Lavinia se rio.

—No pienses mal, me tratan como si fueran mis padres y si tienen que escoger bando siempre eligen el mío, pero necesitábamos

intimidad. —Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo sin dejar de mirarla. Lavinia tenía una expresión confusa—. Ya sabes… en la cama.

—¡Oh! —Sus mejillas se encendieron como una antorcha—. ¿Os molestaban ahí? Sé que hay suegras que se entrometen en la pareja, pero hasta el punto de entrar en el dormitorio…

Caroline frunció el ceño.

—No me refiero a eso.

—¿Y a qué te referías? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Pues… ¿hasta dónde sabes?

—¿Cómo?

—Me imagino que no estás familiarizada con la intimidad de un matrimonio. ¿Me equivoco?

—¿De qué habláis tan en secreto? —preguntó Enid.

Lavinia dio un respingo de tan concentrada que estaba.

—Trataba de explicarle a Lavinia por qué necesitaba tanto tener mi propia casa.

—¡Oh, eso!

—Tú vives con un montón de gente —dijo Lavinia.

—¡Oh, sí, pero *Slioscreige* es un castillo, ya sabes.

—No —dijo la otra más confusa cada vez.

—Se refiere a que es muy grande —dijo Rowena uniéndose al grupo—. Aun así, yo prefiero mi propia casa.

—¿Verdad? —Caroline asintió—. Yo igual.

—¿Estáis explicándole…? —preguntó Rowena a lo que las otras asintieron—. ¿Hasta dónde sabe?

—¿Hasta dónde sabe de qué? —preguntó Elinor que había visto el grupo y por sus caras supo que el tema le interesaba.

—Sobre lo que le espera esta noche.

—¡Ah, eso! —La pequeña de las Wharton se encogió de hombros —. Ya lo averiguará.

—Estáis hablando de esta noche, verdad. —Harriet les hizo un gesto—. Vamos, aquí no podemos hablar tranquilas. Coged una copa

de champan cada una y seguidme.

Rowena cogió a Augusta del brazo y se la llevó también, salieron todas con la novia y Brodie miró a Joseph y a Alexander interrogador.

—Querrán hablar de esta noche —dijo Alexander y se llevó la copa a los labios.

—Seguro —afirmó Joseph—, las mujeres hablan de esas cosas.

—¿Queréis decir…? —Brodie los miró con preocupación—. ¿Hay algo que debería saber?

Los otros dos se giraron sorprendidos.

—¿Hay algo que no sabes?

—Ahora mismo estoy un poco confuso.

—¿Confuso en tu noche de bodas?

—¿Quién está confuso? —preguntó Kenneth ceñudo—. No serás tú, Brodie, me consta que tienes la suficiente práctica. Si hubiese sido Ewan estaría asustado, pero tú…

—¿Ewan no tenía práctica? —se sorprendió Joseph, divertido.

—¿Por qué habláis de mí? —preguntó Ewan.

—Dice tu hermano que eras virgen —apuntó Alexander.

—Serás capullo —dijo empujando a Kenneth.

—¿Qué pasa? —preguntó Dougal que llegaba con Edward.

—Nada, que Kenneth es un capullo —sentenció Ewan.

—Pensaba que hablaban de ti —se excusó el otro riendo—. He oído que decían que alguien estaba confuso en su noche de bodas y me has venido a la mente.

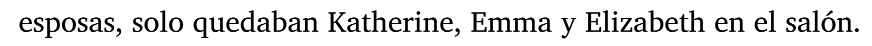
—En su noche de bodas, Ewan ya tenía un hijo —le recordó Brodie.

—Chúpate esa, capullo —dijo el pequeño con orgullo.

—¿Por qué estás confuso? Cuando estás casado funciona igual que cuando no —aclaró Dougal con una sabiduría apabullante.

—¿No me digas? —Brodie puso los ojos en blanco—. Hablábamos de las mujeres.

—¿Dónde se han metido? —preguntó Edward al ver que, de sus


esposas, solo quedaban Katherine, Emma y Elizabeth en el salón.

—Se han llevado a la novia —explicó Joseph.

—¿Para qué? —preguntó

—¿Tú qué crees? —Alexander torció una sonrisa irónica.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó Caillen.

—¿Pasa algo? —Lachlan se colocó entre Dougal y Joseph.

—Las mujeres van a aleccionar a Lavinia —explicó Dougal.

—¿Aleccionarla en…? ¡Ah, ya! —Lachlan sonrió divertido—. Pues más vale que estés a la altura, hermanito, porque como le cuenten todo lo que han aprendido…

—No va a durar ni diez minutos —se compadeció Alexander.

—Dice que puede cinco —afirmó Edward.

—¿Cinco qué? —Se rio Henry que se había colocado junto a James—. ¿Cinco minutos?

—Cinco veces —dijo Edward—. En una noche.

—No en esta —dijo James muy serio—, eso seguro.

—¿Cinco veces? —Ewan lo miró con admiración.

—Eso es imposible afirmó Dougal con incredulidad—. Completamente imposible.

—No lo es —sentenció Kenneth.

—¡Venga ya! —Edward empezaba a enfadarse. Uno era una excepción dos…

—Totalmente posible —dijo Henry encogiéndose de hombros.

—No es una competición —dijo James—. Vamos, lo importante es que ellas queden satisfechas.

Todos se giraron a mirarlo interrogadores y él se encogió de hombros antes de asentir.

—¿Tú también? ¿En serio? —Edward apuró el contenido de su copa visiblemente irritado.

—El alcohol no ayuda —advirtió James conteniendo la sonrisa.

—Yo me baño siempre con agua fría —dijo Henry—, por si te sirve.

—¿Un cachete? —Augusta se rio a carcajadas—. No me lo creo.

—Te lo prometo —afirmó Rowena—. Pruébalo y me cuentas.

—No creo que a mí me gustase que me dieran cachetes en el culo —dijo Harriet—. Seguro que se los devolvería.

—No es pegar —aclaró Rowena—, es un juego. También me gusta que me despierte.

—¿Que te despierte cómo? —preguntó Enid.

—Pues… ya sabes… dentro.

Augusta abrió la boca sorprendida.

—¡A mí también!

—¿De verdad?

—Siiii —se rio su amiga.

—Es muy excitante irte a dormir sin saber…

—Creo que me estoy perdiendo algunas cosas —dijo Caroline—. Y no es que nosotros no experimentemos. ¿Alguna vez lo habéis hecho fuera?

—¿Cómo fuera? —preguntó Rowena—. ¿Te refieres a fuera de casa?

—Sí.

Rowena les contó la experiencia que tuvieron en el jardín con el reverendo Campbell mirando.

—¡No! —exclamó Bonnie—. ¡Qué vergüenza!

Rowena asintió.

—Nosotros lo hemos hecho en la playa —dijo Augusta.

—Y nosotros en las cuadras. —Enid bajó la mirada avergonzada—. Varias veces.

Ninguna se daba cuenta de la cara de susto que tenía Lavinia.

—Qué lástima que no esté aquí Elizabeth —dijo Rowena—. Me encantaría saber cómo ellos…

—¿Por qué? —Se rio Augusta.

—No sé, se la ve tan recatada. Y él, en cambio… ¡Era un pirata!

—¿Qué? —Lavinia no podía abrir más los ojos.

—Un día los vi —dijo Enid conteniendo la risa.

—Cuéntanoslo ahora mismo.

—En la mesa de la cocina.

Rowena desvió la mirada tratando de ocultarse.

—¿También ahí? —se rio Augusta—. ¿Pero tú no tienes vergüenza o qué?

—A mí me gusta sacarlo de quicio antes —dijo Caroline—. Es… mucho mejor.

—¿Qué dices? —Elinor dejó su copa vacía sobre la mesa.

—Lo irrito un poco, le digo algo que sé que le molesta… nada serio, no para discutir, pero, ya sabes, molestarlo un poco. Que no quiero ir a un sitio, que me aburre lo que me cuenta, cosas triviales y sin importancia.

—¿Y? —La animó Rowena.

Caroline sonrió perversa.

—Cuando nos vamos a la cama se le nota tenso, ¿sabéis? Con ese humor raro, no sabe lo que le pasa, pero está como enfadado. —Su sonrisa se convirtió en una risita nerviosa—. Se desahoga conmigo. No os imagináis cómo se desahoga. ¡Y lo que aguanta!

—¿Cuántas veces? —preguntó Enid—. Vosotras, ¿cuántas veces podéis subir a la cima en una noche?

—¿Subir adónde? —Lavinia estaba pálida.

—Nunca las he contado —dijo Rowena.

—Yo sí —dijo Bonnie riendo.

—Me gusta mucho que se quede hablando conmigo y me acaricie después —dijo Augusta.

—A mí me trae algo dulce —explicó Bonnie—. Es como si le pusiera una guinda al pastel.

—¿Tengo que hacer todo eso? —dijo Lavinia al fin recuperando el habla.

Las demás la miraron sorprendidas.

—¡No! —exclamó Augusta—. Ni se te ocurra. Les encanta pensar que no sabemos nada.

—Yo no sabía nada —dijo Enid.

—Yo tampoco —dijo Caroline—. Ojalá me hubieran explicado todas estas cosas.

—Nosotras lo leímos en un libro —dijo Harriet señalando a Elinor —, pero lo cierto es que no se parecía en nada a lo que me encontré. Aquello era mucho más grande.

—Claro, en los libros no lo ponen como es en ese momento. —Se rio Elinor.

—Menudo susto me habría llevado si hubiese visto un dibujo real en un libro —dijo Augusta—. No me habría casado nunca.

Bonnie se levantó y fue a sentarse al lado de la novia.

—No hagas caso de lo que decimos, solo tienes que saber una cosa: es maravilloso, y nada de lo que pase esta noche entre vosotros debe avergonzarte, asustarte o preocuparte.

—Ya te preocuparás en unos meses —dijo Elinor tocándose la barriga.

Lavinia se dejó caer contra el respaldo, exhausta y asustada.

—Así que una casa en la Toscana —dijo Bonnie cogiendo a su hermano del brazo—. Supongo que nos invitarás a pasar un verano cuando viváis en ella.

—Todavía falta mucho para eso —dijo Colin con una afable sonrisa.

—¿Tendréis viñedos? —preguntó Ewan adelantándose con Colin mientras los dos hermanos se quedaban rezagados.

Había dejado de llover hacía un rato e iban sorteando los charcos para no acabar con los pies empapados.

—¿Has visto a madre? —preguntó Bonnie aminorando el paso

para poder hablar tranquilos.

—Sí. Gabriel y ella han ido a verme esta mañana. Parece que por fin van a dar el paso.

—¿Te parece bien?

Chisholm se encogió de hombros.

—No creo que mi opinión importe, pero sí, me parece muy bien. Ya le toca ser feliz.

—Supongo que habló contigo y te contó…

—Sí, aunque no hacía falta. Yo siempre supe que en el fondo nos quería.

—¿Por eso eras el único que salía en su defensa?

—Comprendí que si nos hubiese mostrado cariño padre se habría ensañado con nosotros para castigarla. Una vez le oí decir que estaba en este mundo solo para torturarla. Era un hombre enfermo.

—Sé que no debería decir esto, pero me alegro de que esté muerto. No hizo nada bueno por nadie.

—Nos engendró.

—Su única labor en la tierra. Esa y destruir todo lo que tocaba.

—Ewan en cambio —sonrió mirando a su cuñado—. Es un gran hombre.

—Lo es, y un maravilloso padre.

—Eso es algo que yo nunca podré ser.

Bonnie apretó su brazo con cariño y durante unos segundos caminaron en silencio.

—Colin y tú sois felices. Has encontrado un modo de hacerlo, debes estar orgulloso.

—Lo estoy. Y feliz. —Suspiró—. Supongo que uno siempre quiere más. ¿Vas a ir a ver a Duncan y Alice?

Su hermana negó con la cabeza.

—Madre dice que intenta encontrarse en la maraña que han tejido para él. Pero, sinceramente, no me interesa. A quien sí quiero ver es a Mungo y a Rufus.

—Ese perro está muy viejo y no le gusta nada Londres.

—Entonces se alegrará de vivir en Auchencrow.

Ewan y Colin los esperaron para seguir el paseo juntos y Bonnie cambió de pareja.

—Mañana vamos a visitar a los niños del orfanato —dijo mirando a Colin y a Chisholm—. Deberíais venir. Hemos quedado a las diez de la mañana.

Capítulo 41

Brodie la desnudó despacio. La miraba con fijeza analizando cada una de sus reacciones mientras él la iba despojando de las prendas que conformaban su delicado traje de novia. Lavinia temblaba absolutamente aterrada. En su mente, todas las cosas que había oído que pasaban en el cuarto de un matrimonio, a las que había que añadir lo sucedido en las cuadras, el jardín, la playa, la cocina y un sinfín de lugares que ella jamás habría ni remotamente imaginado que se emplearían para esos menesteres.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Se había cubierto los pechos con un brazo y sus partes más íntimas con la otra.

—No tienes que taparte, estamos casados.

Ella se mordió el labio nerviosa y él cerró los ojos un instante para centrarse en lo que debía. Con suavidad separó sus brazos y la miró con deleite.

—Eres preciosa —musitó—. No tienes nada que temer, te prometo que te voy a hacer muy feliz.

—¿Cuántas veces?

—¿Qué?

—¿Cuántas veces me harás feliz esta noche?

Brodie abrió la boca confuso y volvió a cerrarla.

—No sé si estoy preparada, Brodie.

—¿Para qué?

—Para que me hagas todas esas cosas. Estoy muerta de miedo. ¿De verdad vas a poner tu lengua en…? ¿Y yo tendré que…? No voy a poder —dijo negando con la cabeza.

Brodie se puso las manos en la cintura en actitud relajada y suspiró.

—Te han asustado.

—¿Puedo ponerme algo encima? —pidió y cuando le dijo que sí corrió a por el camisón que la doncella había dejado sobre la cama.

Lo miró asustada, era demasiado fino, pero se lo puso.

—No es posible que una mujer haga todas esas cosas voluntariamente. Ni que permita que un hombre… No me lo puedo creer. Tendría que estar inconsciente para permitir… —Abrió los ojos asustada—. Tampoco quiero que me las hagas dormida. ¡Oh, Dios Santo! Pero, ¿cómo es posible que haya que hacer todo eso para tener hijos?

—No es exactamente para eso. —Contuvo las ganas de tumbarla sobre la cama y demostrarle cuán equivocada estaba respecto a su deseo de experimentar aquellas sensaciones, que estaba seguro que le encantarían—. Iremos despacio, te lo prometo. Mírame, Lavinia, te doy mi palabra de que no haré nada que no desees.

Ella asintió y sonrió ya más relajada.

—Menos mal. Sabía que lo comprenderías, no es posible que tú quieras esas cosas.

—¿Confías en mí?

Ella asintió de nuevo y cogió la mano que él le ofrecía.

—Ven, tumbémonos en la cama.

Él se quitó la ropa, pero se dejó los calzones. Se tumbó a su lado y durante unos segundos solo se miraron. Se acercó despacio y comenzó a jugar con su boca. La besaba suavemente sin profundizar, sin adentrarse, tan solo rozando la superficie con suaves caricias. Según los besos se fueron haciendo más intensos y la presión en sus labios era más exigente, Brodie fue acercando su cuerpo hasta que estuvo prácticamente encima de ella. Cuando le introdujo la lengua en la boca su mano se movió por encima del camisón y atrapó por entero uno de sus pechos presionando lo justo para que ella gimiera sin saber por qué. Lavinia movió sus manos acomodándolas a la musculosa espalda y las movió como si quisiera aprendérselo de memoria.

Él se apartó y se puso de rodillas, le quitó el camisón y la

contempló desnuda. Antes de que ella dijera nada, le dio la vuelta y al ver su trasero expuesto contuvo el instintivo deseo de morderle las nalgas. Se tumbó sobre ella y besó su nuca, succionando con cada beso que deslizaba por su espalda. Trazó un camino descendente de besos y saliva mientras una de sus manos se metía entre sus piernas. Lavinia gimió contra las sábanas y el calor la abrasó a oleadas cuando él acarició la secreta hendidura. Como la otra vez introdujo uno de sus dedos en ella y la acarició hasta sentirla mojada en sus manos. Solo entonces la volteó y la miró con lujuria cuando vio que se cubría los pechos para no sentirse tan expuesta. Apartó sus manos y se inclinó para atrapar uno de sus pezones y lo succionó con tanta ansia como percibía en sus jadeos. Lo mordió, lo apretó con los labios y luego tiró de él hasta que escapó sin remedio. Repitió el proceso provocando un agónico gemido en ella y entonces volvió a llevar su mano hasta aquel lugar que tanto ansiaba poseer.

—¿Me deseas? —preguntó el deteniendo sus caricias.

—Sí —dijo ella con ojos vidriosos y labios trémulos.

Se inclinó de nuevo sobre ella y la besó con dureza, exigiendo una entrega total y una rendición absoluta. Ella gimió de nuevo cuando él se apartó y su boca comenzó a descender por su cuello, por encima de su pecho, lamió el botón enrojecido y siguió bajando imparable.

—¿Qué…?

No se atrevió a formular la pregunta cuando él separó sus muslos y sintió su aliento frío sobre la humedad expuesta. Cuando su lengua la tocó, su cuerpo reaccionó fuera de su voluntad y lo buscó elevando las caderas de manera impúdica. Él profundizó su caricia y ella gimió entre dientes para no gritar de terror, o de deseo, o de algo que era incapaz de discernir, porque tenía el cerebro en llamas y no podía pensar.

—No puede ser… no puede… no… no

La penetró con su lengua y ella sujetó su cabeza como si quisiera apartarlo, pero en realidad lo empujó hacia sí guiándolo sin saber,

moviéndose inexperta pero guiándose por sus instintos más primitivos. Él se apropió de una parte minúscula pero extremadamente sensible de su anatomía y las sensaciones la atravesaron como una espada de abajo hacia adentro, profundamente. Él lamía, succionaba y atrapaba con los labios sin compasión hasta que las contracciones llegaron y el placer explotó en el mismo centro de su ser.

Lavinia sollozó sin saber lo que le pasaba. ¿Aquello era normal? ¿Eso era posible? Brodie salió de entre sus piernas y bajó de la cama para quitarse los calzones. Lavinia lo miró asustada al ver aquella amenaza en ciernes.

—No tengas miedo. Ya has visto lo que puedo hacer. Relájate, *mo ghràidh*.

Subió a la cama de nuevo y le separó las piernas. Con la mano empezó a acariciarla de nuevo, como había hecho al empezar y cuando notó la humedad en ella la cubrió con su cuerpo colocándose en la entrada. Apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo para ejercer mayor presión y comenzó a empujar lentamente. Lavinia abrió los ojos asustada.

—Tranquila, no estoy intentando entrar aún, solo quiero excitarte.

—No podrás, es…

Notó un pequeño avance y cómo su cuerpo aceptaba aquella primera porción de él. Brodie volvió a mecerse suavemente y de nuevo presionó introduciéndose un poco más. Los músculos de sus brazos estaban tensos y una capa de sudor cubría su pecho. Echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire con un leve soplido, su cuerpo le pedía que la tomase, quería atravesarla de una sola vez y llegar hasta lo más profundo de su ser, pero su mente le decía que fuese con calma, que no debía asustarla. Un poco más, ya estaba a la mitad y Lavinia se sentía llena. Inconscientemente trataba de resistir su avance lo que hacía que para él fuese cada vez más intenso y difícil de contener.

—Voy a tener que… —jadeó incrédulo. Si no la penetraba

acabaría por tener un disgusto—. Lo… siento.

Empujó con fuerza y la encajó hasta el fondo. Lavinia gritó sin poder contenerse y él le cubrió la boca con la mano mientras recuperaba el aliento.

—No te muevas —pidió él con voz ronca.

Los músculos internos de ella palpitaban incontrolados alrededor de aquella enorme presión. Durante unos segundos los dos trataron de recuperar la calma, aunque él sabía que aquello no había hecho más que empezar y que terminaría pronto si no se concentraba. Cogió aire varias veces poniendo toda su atención en la respiración. Inhalar, expirar. Poco a poco su corazón se ralentizó y dejó escapar un suspiro, aliviado.

—Lavinia, escúchame. No te resistas, ¿de acuerdo? Ya eres mía, estoy dentro de ti. Solo tienes que dejar que suceda. Será muy parecido a lo que has sentido antes, tienes que dejar que la ola te alcance y te arrastre, no temas nada. Será tan placentero como lo ha sido con mi boca.

Ella seguía con aquella expresión asustada, pero asintió. Brodie se retiró y volvió a empujar suavemente sintiendo cada porción de carne que arrastraba a su paso. Se movió con profundas embestidas de cadencia creciente, sintiendo la respuesta del cuerpo femenino, que se movía con él. Lavinia sintió que regresaba aquella inexplicable necesidad de absorberlo, como si su cuerpo quisiera bebérselo desde dentro. Y entonces él aceleró su movimientos haciéndolos más y más duros. Ella gimió desesperada y él se apoyó de nuevo en las manos para tener más fuerza.

—No… pares —suplicó ella sin saber lo que decía—. Sigue, sigue, sigue…

Brodie se sintió impelido por una fuerza salvaje y la embistió por completo hasta chocar con un punto lejano y extraordinariamente sensible que provocó en ambos una mezcla de dolor y placer irresistible. Una explosión de placer devastador los arrolló llevándolos

a un orgasmo único e irrepetible.

—Tenían razón —dijo ella cuando fue capaz de hablar—. Es tal y como… decían.

Él le apartó el pelo de la cara y la miró sonriente.

—¿He sido muy duro?

—Duro es, desde luego. —Sonrió con timidez—. Jamás imaginé…

—¿Satisfecha?

Ella asintió.

—Me alegro, porque en unos minutos voy a volver a tomarte.

—¿Qué? Imposible.

Él señaló su miembro que empezaba a erguirse lentamente.

—En cuanto esté listo volverá a casa —dijo risueño.

—Me duele —dijo ella poniéndose una mano entre las piernas.

—Si quieres hacerlo de otro modo, estoy abierto a sugerencias.

—¿Hay otro modo?

Él asintió y se acercó para darle un beso en los labios. Sin separarse del todo susurró:

—¿Recuerdas lo que te he hecho yo con la lengua?

Lavinia sintió que el calor la arrollaba sin remedio.

—¿Vas a volver a…?

—No —dijo él tumbándose—. Ahora te toca a ti.

—¿Qué? —Lo miró completamente preparado—. ¡No!

—¿No?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces…

La cubrió con su cuerpo y esta vez no hubo preámbulos, la penetró de una estocada hasta el fondo y ella solo pudo acogerlo y dejarse llevar.

—oOo—

—¿Vas a ir al orfanato con los demás? —preguntó Joseph.

Dougal asintió y se encogió de hombros.

—Brodie nos ha pedido que vayamos, quiere que conozcamos a Heather.

Joseph suspiró.

—Hay muchos niños por aquí —dijo sonriendo.

—Me sorprende lo de Henry casi más que lo de mi hermano. Brodie aún no sabe lo que es tener un hijo, pero Henry…

—Es idea de Elinor y ya la conoces. Cuando se le mete algo en la cabeza…

—Como todas las Wharton —afirmó el escocés sentándose en la butaca—. ¿De qué querías hablarme? Anoche insististe mucho en que viniera temprano, antes de ir al orfanato.

—¿Sabes quién ha vuelto? Saggs.

—¿Cameron Saggs está en Londres?

Joseph asintió.

—Casado y con un hijo.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer!

Se casó con su cuñada, la viuda de su hermano.

—¿Y el hijo es suyo?

—Sí. Parece que le va bien.

Dougal lo miró de soslayo.

—¿Estás pensando lo que creo que estás pensando?

—Es un buen contable y confío en él.

—Una cosa era en el barco, pero aquí…

—Aquí es lo mismo, Dougal. Y necesito a alguien que no vaya a marcharse en uno o dos años.

—Lo siento, creía que a Brodie le encantaría estar aquí. Siempre pensamos…

—Es escocés hasta la médula, lo vi desde el principio. Estaba convencido de que Harvey regresaría antes de que él quisiera irse, pero me temo que con mi hermano me equivoqué. Le encanta vivir en

Calcuta, no va a volver, al menos en una larga temporada.

—Saggs… —Se mesó la inexistente barba pensativo—. Quizá… pueda funcionar. ¿Has hablado ya con él?

—No.

Dougal sonrió divertido.

—Necesitabas mi sabiduría antes. ¿Qué has hecho con Tom?

—Lo he mandado a Isla Refugio. Era lo que él quería.

—Sí, lo sé.

—Tampoco me habría servido de mucho aquí. —Torció una sonrisa.

—Como yo no encontrarás a otro —dijo el escocés con mirada arrogante.

Joseph negó con la cabeza pensativo.

—¿Lo echas de menos? —preguntó—. Aquella vida, digo.

—A veces —confesó Dougal—. ¿Y tú?

—También.

Harriet entró en el despacho.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Recordando viejos tiempos?

Se sentó en las piernas de su esposo y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tu marido dice que va a contratar a Saggs, ¿estás de acuerdo?

—Fue idea mía.

Dougal miró a Joseph sorprendido.

—¿Se te ha olvidado mencionar ese detalle?

—¿No crees que sea buena idea? —preguntó ella.

—Entre la opciones que tenéis, es posible que lo sea.

—¿Ya habéis conocido a Heather?

Dougal se puso de pie.

—Precisamente, deben estar esperándome. ¿Vosotros venís?

Harriet se levantó también.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Heather los observaba atentamente deteniéndose frente a cada uno de ellos para mirarlos de arriba abajo. Cuando los hubo evaluado a todos se colocó en el centro e hizo una exagerada reverencia.

—Queridísimos tíos, mi nombre es Heather y me gustaría mucho que me dejaran utilizar el apellido McEntrie. He sabido de las muchas hazañas suyas y estoy muy admirada por ello. —Se giró a mirar a Lavinia—. ¿Se dice hazañas, ¿verdad se… mamá?

—Sí, Heather.

A la niña se le iluminó la cara con una sonrisa, pero enseguida volvió a ponerse seria para seguir con su discurso.

—Son muy fuertes y altos. Yo también quiero ser alta, pero dentro de mucho tiempo porque si crezco pronto no cabré por la chimenea y no podré ser deshollinadora, que es mi sueño. Me voy a portar muy bien en Slios… slios... en su castillo. No gruñiré, no haré travesuras y obedeceré. Siempre que no me manden callar, no es que no quiera obedecer, es que en eso es imposible. Lo he probado todo y nada funciona, mi boca no puede parar de hablar, solo me callo cuando como o cuando duermo, el resto del tiempo, nada. La señorita Perkins dice que necesito oír mi voz para saber que estoy viva. —Se encogió de hombros—. Sé que el señor Brodie y la señorita Lavinia no son mis verdaderos padres, pero estoy dispuesta a llamarlos así, ellos me han pedido que lo haga ahora que están casados. Por eso llevo un vestido tan bonito, porque ya no soy una huérfana. ¿Ven? Está lleno de lacitos y se supone que no debe mancharse. ¿Cómo voy a evitar eso? Es imposible no mancharse a no ser que no te muevas. Ah, también tienen que saber eso antes de aceptarme en su familia. —Negó con la cabeza y con la mano—. No hay manera de que yo me esté quieta. Bueno la señorita Duffield decía que me ataría, supongo que si me atan no podré moverme, pero no lo he probado aún.

Los McEntrie la observaban entre perplejos y anonadados, pero la niña parecía inmune a sus efectos.

—Si quieren decir algo, háganlo, yo no pararé de hablar si no lo hacen y sé que estoy hablando demasiado porque nadie más dice nada. —Se giró hacia Brodie y lo miró suplicante—. Señor Brodie, diga que me calle, que no me van a querer en su familia.

Brodie se lo estaba pasando en grande viendo las caras de sus hermanos.

—¿No queréis preguntarle nada?

—¿Preguntarle? —Caillen tenía los ojos muy abiertos—. Debería ser abogada, el juez fallaría siempre a su favor con tal de que se callara.

—Seré abogada si usted quiere —dijo convencida—. ¿Puedo ser abogada y deshollinadora?

Caillen no pudo evitar reírse y Heather miró a Lavinia pidiendo ayuda.

—He dicho una tontería, ¿verdad? La gente solo se ríe cuando digo tonterías porque yo no soy nada graciosa.

Lavinia se acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—Ya está bien por hoy, Heather. Te has presentado muy bien, ahora solo debes dejar que se acostumbren a ti.

—Sí, señorita. ¿Puedo irme? Tengo que ayudar a Ruby a empaquetar sus cosas.

—Claro, ve.

Se giró de nuevo hacia los McEntrie y volvió a hacer una reverencia tal que tuvo que poner las manos para no dar con la cabeza en el suelo.

—Adiós.

Salió corriendo de la sala y Dougal miró a Brodie y a Lavinia sin dar crédito.

—Esa niña es aterradora. No puedes dejar de escucharla y es imposible decirle que se calle.

—Pues espera a que adivine lo que estás pensando, entonces sí que te va a parecer aterradora.

Epílogo 1

Harriet sostenía el *jō* de manera ceremonial y, en cuanto estuvo preparada, comenzó su demostración frente a unos McEntrie arrogantes e incrédulos.

—Bonita danza —dijo Lachlan cuando acabó.

Todos posaron sus ojos en Dougal.

—¿En serio te derribó una mujer tan pequeña? —preguntó Caillen.

—No te fíes de su tamaño —apuntó su hermano con gesto malhumorado—. Es ágil como una ardilla y mucho más fuerte de lo que parece.

—No puede ser —dijo Kenneth con los brazos cruzados delante del pecho, sin dejar de mirarla—. Dinos que estabas herido.

—O moribundo, más bien —se burló Lachlan—. Pero si es poco más alta que Heather.

Harriet le dio el *jō* a su marido sin emitir sonido alguno. Dougal se dio cuenta enseguida de que estaba perdiendo la paciencia. Le habían pedido una demostración con el arco, la habían visto cabalgar y ahora se habían empeñado en verla usar el *jō*, pero seguían poniendo en duda sus capacidades. Contuvo una sonrisa divertida y fingió sentirse muy ofendido.

—Me gustaría veros a vosotros en mi lugar.

—Yo estoy dispuesto, si a Joseph le parece bien —dijo Lachlan mirando al pirata.

—Deberías preguntarme a mí. —La expresión de Harriet no dejaba lugar a dudas.

Lachlan mostró las palmas de sus manos.

—No pienso hacerte daño —dijo con suavidad—. Me quedaré quieto.

Brodie se inclinó hacia Ewan.

—Hagan lo que hagan, nosotros pasamos.

—Tranquilo —dijo el pequeño que también conocía bien a Harriet —, dejemos que tengan su baño de humildad.

—No sé si deberíamos estar aquí —musitó Rowena.

—¿Por qué no? —preguntó Lavinia.

—Porque va a ser muy humillante para ellos si Harriet les hace lo que le hizo a Dougal.

—¿De verdad crees que puede… —Augusta no terminó la frase al ver la expresión de Elizabeth.

—¿Qué le hizo? —Lavinia era la única que no conocía la historia y Enid se la resumió.

—Lo va a hacer —afirmó su tía con orgullo—. Les va a dar su dosis de humildad.

—Todos han pasado por eso, los nuestros también —explicó Elinor con expresión irónica—. No lo pueden evitar.

—Son hombres —dijo Emma poniendo los ojos en blanco.

—Y necesitan demostrarlo —sentenció Caroline.

Sus maridos observaban la escena con una mezcla de compasión y vergüenza.

—¿No les has avisado? —preguntó Edward en tono bajo inclinándose hacia Joseph.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Se encogió de hombros—. Nos lo ha hecho a todos, que aprendan la lección.

—Por tu culpa —señaló James a Alexander que era el único que contemplaba la escena con visible satisfacción.

—Es mi mejor alumna.

—Querrás decir que es la única.

Cuando Lachlan dio con la espalda en el suelo, se hizo un silencio sepulcral.

—¿El siguiente? —preguntó Harriet con los brazos en jarras.

Meredith miró a su esposo mordiéndose el labio con preocupación.

—Deberías haberla regañado más cuando era pequeña.

—¿Más? —Frederick sonrió—. No habría servido de nada.

La baronesa vio a su hija derribar a Kenneth McEntrie y movió la cabeza apesadumbrada.

—Aún recuerdo cuando decía que quería ser una princesa —musitó.

El barón la cogió por la cintura y la besó en el pelo con el corazón rebosante de amor.

—Es digna hija de su madre.

—No digas tonterías, no se parece en nada a mí.

—Me tiraste al lago —le recordó.

Meredith contuvo una sonrisa.

—No sé de qué me hablas.

—Yo te lo recordaré esta noche —musitó junto a su oído.

La baronesa lo miró estupefacta.

—¡Señor Wharton!

Frederick se echó a reír a carcajadas y, como si estuvieran solos en mitad del jardín, le dio un beso en la boca sin el menor recato.

Epílogo 2

28 de junio de 1838. Día de la coronación de su Majestad la Reina Victoria del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

Robert jugaba al ajedrez con su abuela. Era una costumbre que, siempre que estaba de visita en Harmouth, compartieran aquellas partidas de las que tanto disfrutaban los dos.

—¿Qué opinas de la última novela de mi madre, abuela?

—Es excelente y un tema mucho más adecuado que el que ella pretendía.

—¿Por qué tanta reticencia a que escriba vuestra historia? Deberías sentirte orgullosa.

—¿Orgullosa de que se aireen mis trapos sucios?

—¿Qué trapos sucios?

—A ti te lo voy a contar.

—¿No confías en tu nieto favorito?

—Tengo muchos nietos favoritos. Y nietas. La mejor manera de que nadie conozca tus secretos es no contándolos. Si no se lo dejé escribir a tu madre, que es mi hija, ¿por qué iba a dejarte a ti?

—Yo no escribo esa clase de libros, los míos son un poco más crudos y reales.

—Ay, Robert, qué poco sabes de la vida. A tus veintisiete años aún no te has enamorado de verdad. El amor es lo más real y crudo que ninguna de las cosas que cuentas en tus libros. ¿De verdad vas a casarte con esa señorita Dunn?

—No te cae muy bien.

—No es eso y lo sabes.

—Es un buen matrimonio. Como bien has dicho, tengo veintisiete años, no voy a esperar a que aparezca el mirlo blanco.

—Ojalá no te arrepientas.

—Jaque mate. —Robert se recostó en el respaldo con los brazos cruzados—. Si me cuentas tu historia, la próxima vez me dejo ganar.

Meredith sonrió divertida.

—Eres un manipulador, ¿lo sabías? Siempre has conseguido todo lo que querías de mí. Desde que eras un mocoso que no levantaba dos palmos del suelo.

—Nunca he sido tan pequeño.

—Te contaré la historia si me prometes una cosa.

—Te lo prometo.

—Aún no sabes lo que es.

—Yo sí confío en ti.

—No te cases con esa señorita hasta dentro de un año.

—¿Por qué hasta dentro de un año?

Meredith se encogió de hombros.

—El destino tendrá un año más para darte lo que mereces.

Robert sonrió divertido.

—¿De verdad me vas a contar la historia que no has querido contarle a nadie en todos estos años? ¿Y podré contársela a mi madre? Si no me lo permites no voy a poder aceptar, sabes que no puedo hacerle eso.

—Está bien. Puedes contársela con la condición de que te prometa no escribirla.

Robert asintió.

—¿Esperarás un año para casarte con tu señorita Dunn?

—No tengo ninguna prisa.

Meredith sonrió.

—Conocí a tu abuelo un verano en casa de los Crawford. Por aquel entonces era yo institutriz de Belinda, la hija de los…

Nota de la autora



Hola, ¿cómo estás? Supongo que con el corazón blandito y un sentimiento agridulce corriendo ahora mismo por tus venas. Así me he quedado yo cuando he puesto el punto final a la historia de Brodie.

Este muchacho lo sabía, sabía que tenía que ir a Londres a buscar al amor de su vida. Y casi tira la toalla, el pobre, pero es que Lavinia se ha pasado alargando su estancia en el sanatorio. No se lo tendremos en cuenta porque hay que ver lo que ha tenido que pasar la pobre.

Sé que a algunas, la idea de redimirla no les ha hecho mucha gracia, si eres una de ellas espero haberte hecho cambiar de opinión al conocer a la verdadera Lavinia. Sabes por mis novelas que yo no creo en los blancos y negros, a mí me gustan más las escalas de grises. Hay malos que no pueden redimirse, por supuesto. Duncan lo tiene difícil y su padre lo tenía imposible. Pero Lavinia no era una mala, mala de verdad. En realidad, nunca hizo verdadero daño a nadie. Con ella se cumplía casi siempre eso de «escupir hacia arriba» (perdón por la alegoría un poco asquerosilla). Los malos por hobbie o por placer no encontrarán espacio en el pódium del amor de mis novelas, pero los

malillos… ¿quién sabe?

Aún no te lo he dicho, estoy escuchando en bucle: Austin (Boots Stop Workin') de Dasha, mientras me tomo un café contigo.

Entremos en materia que tengo mucho que contarte y poco tiempo.

Brodie ha sido el último de los hermanos en encontrar el amor y también se ha encontrado a sí mismo en el viaje. Creía que sería feliz lejos de casa, pero es que la vida con los McEntrie no es fácil de superar.

Perdóname por el viaje de horror que te he dado con Lavinia y su terrible familia, pero tenía que mostrarte por qué era tan repelente y odiosa

Preguntas… Seguro que tienes muchas. Venga, empiezo yo.

1. ¿Qué va a pasar con las cosas de las esposas de Craig?
2. ¿Tendrá Augusta su taller de dibujo?
3. ¿Qué pintan Olivia y Hanna en Lanerburgh?
4. ¿Conseguirán Craig y Liam encontrar el amor?
5. ¿Veremos por fin la historia de Meredith y Frederick impresa en papel?
6. ¿La Reina Victoria? ¡Pero eso ya es otra época!
7. ¿Heather acabará siendo toda una McEntrie?
8. ¿Lavinia encontrará su lugar entre las mujeres McEntrie?
9. Y la pregunta del millón… ¿Es Mason un vampiro?

Ideas te aseguro que no me faltan y me quedan muchas historias por contar.

Preguntas que sí tienen respuesta:

1. ¿Se acaban los McEntrie?

No. Todavía queda un libro pendiente y seguro que ya sabes de

quién.

2. ¿Se han acabado las Wharton?

Evidentemente, tampoco, Meredith y Frederick se merecen un lugar en el pódium.

3. ¿Qué será primero el huevo o la gallina?

Pues para eso vas a tener que esperar un poquito, básicamente hasta que te enseñe la portada, que calculo que será de aquí a uno o dos meses. Cuenta mes y medio y así redondeamos.

4. ¿Fecha para mi próxima publicación?

Pues allá por octubre, diré el día cuando se acerque la fecha.

5. ¿No habrá nada fuera del universo Wharton/McEntrie?

Sí, por supuesto, mis otros proyectos (los libros mágicos con viajes en el tiempo, las chicas Tebutt…) siguen en fase de desarrollo.

Y se me ha acabado el café, así que toca ponerse a trabajar que las novelas no se escriben solas.

Sígueme en las redes, sobre todo en Instagram que es donde más interactúo.

Instagram: https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

Facebook: https://www.facebook.com/WestwoodJana

También en Amazon, para estar al día de las novedades:

https://www.amazon.es/Jana-Westwood/e/B01NCPV4ZB



También puedes visitar mi Web: https://janawestwood.com/

Deja tu reseña en Amazon, me siento menos sola cuando estoy en mi despacho, si puedo leer tus emociones al leerme.

No olvides que tengo audiolibros en todas las plataformas de lectura, por si te gusta que te lean al oído.

Sin más, me despido dándote las gracias por leer. Nunca dejes que te digan qué puedes o no puedes leer. No hay lectores de primera o de segunda. No hay nada malo en las historias de amor. Todas las novelas son historias de amor en mayor o menor medida. Y no lo digo yo, lo dice Stephen King, que muy romántico no es que digamos.

Nos leemos pronto.

Gracias.

Te quiero.

Besos, Jana.